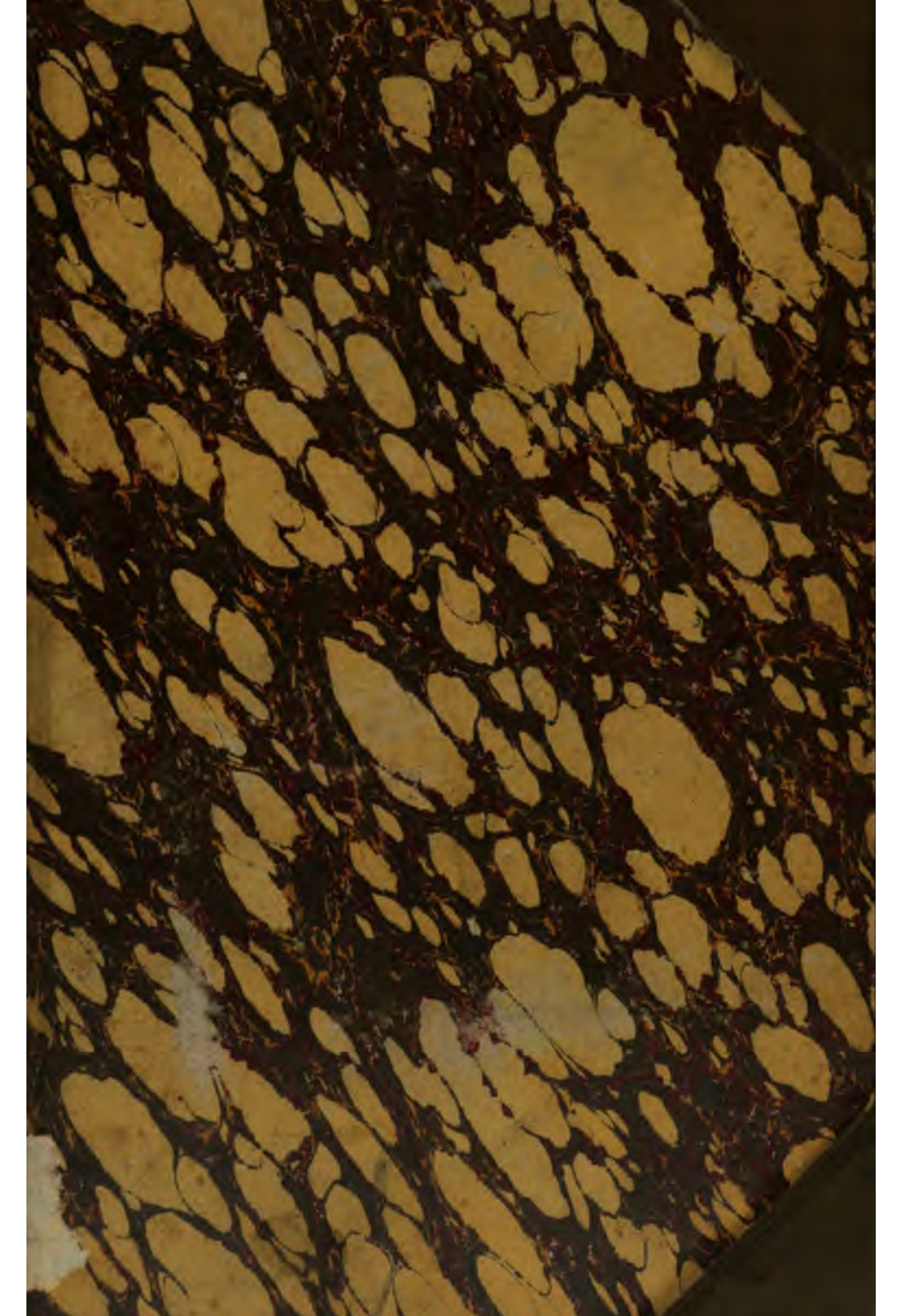
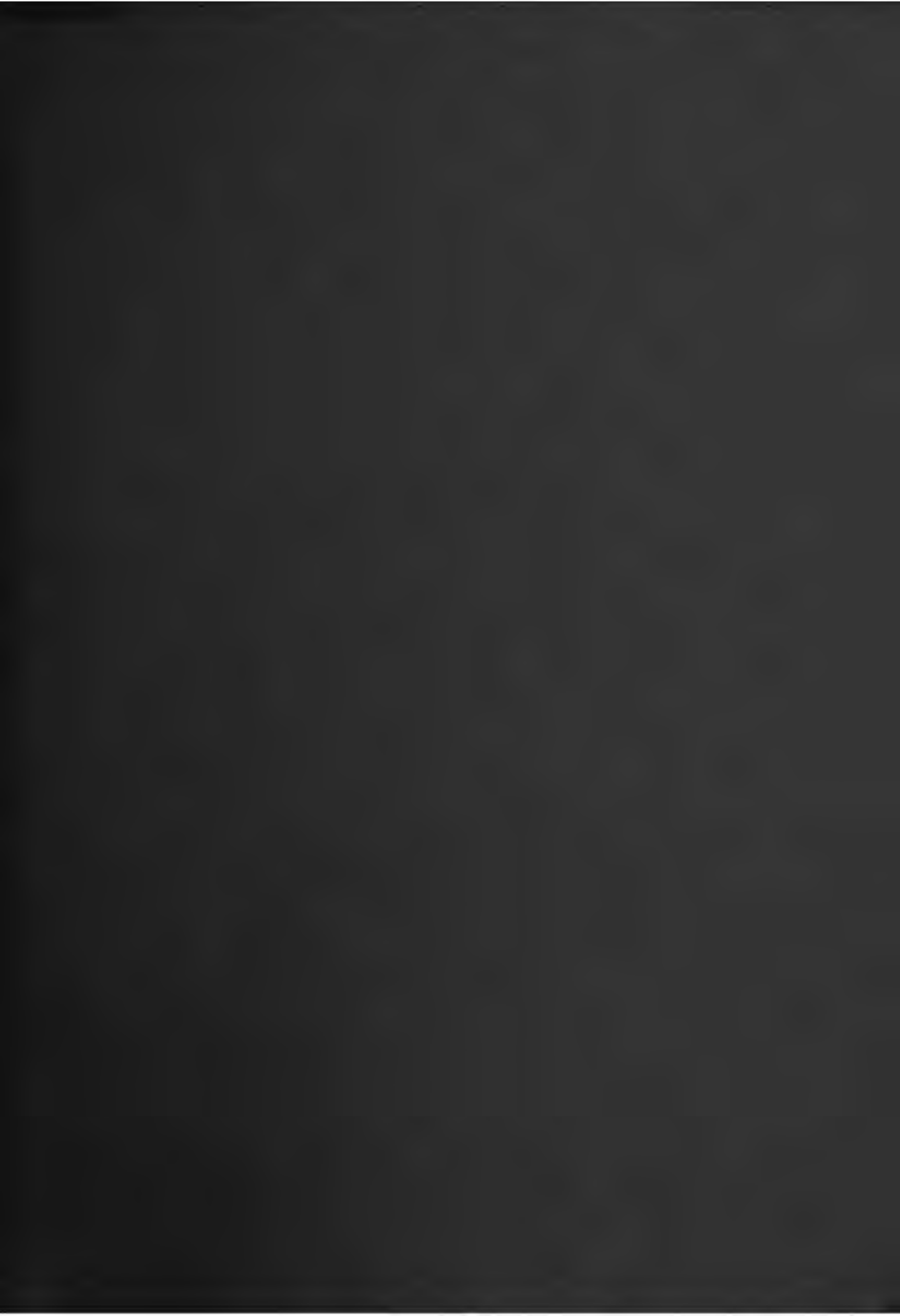



TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA





584

VALENTIN MARIN Y CARBONELL.

POESÍAS LÍRICAS,

CON UN PRÓLOGO

DE

BALDOMERO MEDIANO Y RUIZ.

ZARAGOZA.
IMPRENTA DEL HOSPICIO PROVINCIAL.
1881.





PRÓLOGO.

Refería cierto historiador de los Estados-Unidos los esplendores y grandezas de su país, y despues de recordar con disculpable orgullo que la civilizacion de su patria no tenía que envidiar, en lo perfecta y sazonada, á la del continente europeo; de evocar una ilustre pléyade de héroes, mártires y sabios que principiaba por Washington y Franklin y concluia por Morse y Lincoln; y de resumir los inventos prodigiosos, audaces tentativas y hazañas realizadas á la sombra del estrellado pabellon de los Estados-Unidos, sentíase, súbitamente, agobiado y sobrecogido por la santa tristeza del pensador, al observar que como cima y coronacion de tantas grandezas, faltaba un poeta que las cantára, y que lo real y lo ideal estaban desequilibrados en aquel pueblo que, sin pasar por la infancia, habia llegado á la virilidad y amenazaba hundirse, con igual rapidez, en la decrepitud. ¡Cuán justos eran los temores de aquel sabio! El poeta consagra las glorias históricas de su patria; místico iniciado de lo futuro, presiente y

señala sus derroteros á la humanidad; le inspira el sentimiento de una vida útil y austera, es el heraldo de los más nobles instintos y de las más generosas aspiraciones, y tan pronto encierra, en sus apasionadas estrofas, consuelos inefables para el débil y el desgraciado, como apresta castigos y expiacion para el perverso y el tirano, en sus candentes y aceradas rimas.

¿Cómo, pues, no hemos de acoger con benevolencia y saludar con efusion al poeta que reclaman de consuno nuestras glorias pasadas y nuestros futuros ideales? Y cuando este poeta, jóven y lleno de porvenir, más que una esperanza es una nueva y espléndida revelacion, atendidas las tradiciones literarias del país en que aparece, ¿esta buena acogida no se convierte en obligacion ineludible y en deber de justicia, para cuantos en algo tienen y consideran el florecimiento intelectual de su patria?

Ya que he hablado de *tradiciones literarias* creo preciso consignar que lo he hecho aludiendo á las de la titulada *escuela aragonesa* que más que por el brillo de la forma, por el vuelo de sus creaciones y por el vigor de sus líricos arranques, se distingue por la exactitud y precision de frase, y por la severidad y buen sentido que parecen ser patrimonio de todos sus cultivadores. De este modo se explica que, segun observa un insigne crítico [1], «el género didáctico tanto en la prosa como en el verso, y por analogía los géneros satírico y descriptivo, ofrecen mejores modelos que la lírica pura en la literatura

(1) D. Jerónimo Borao.—Estudio preliminar de las obras de J. Francisco del Plano.

aragonesa.» Este aserto que no ha sido aun desmentido y al que ni aun por via de excepcion se puede oponer el nombre de uno solo de nuestros ingenios, desde el epigramático Marcial hasta los contemporáneos, ó sea en un período de diez y nueve siglos, es la fase característica de nuestra literatura regional.

Para explicar este hecho, podrian quizá aventurarse, como causas predominantes, nuestro carácter serio y reflexivo que da menor importancia á la forma que al fondo, y prescinde de buen grado de ciertas galas y adornos que conceptúa accesorios cuando no redundantes; la escasa influencia de la civilizacion y literatura árabes en nuestro país, merced al breve período que en él dominaron los invasores de la Mauritania; y, por último, las condiciones y disposicion de nuestro suelo y comarcas que forman el más completo contraste con las meridionales donde una constante explosion de luz, aromas y colores, una asombrosa exuberancia vegetativa y hasta la transparencia de su atmósfera, siempre límpida y azulada, parecen favorecer los ensueños y delirios de la fantasía de los poetas cordobeses y granadinos que, fieles en los deleitosos cármenes de Andalucía, á las inspiraciones de la musa oriental, encierran en sus himnos, en sus maravillosas leyendas y en sus sentidas *gacelas*, el recuerdo de las huríes y del Paraíso del profeta, imágenes y metáforas tan vivas y luminosas como el espléndido cielo que los cobija, y alegorías de tan vário y radiante colorido como los mosáicos, atauxías y alicatados de los alcázares moriscos y de los palacios de hadas y génios que se llaman la Alhambra y el Generalife.

Sean éstas ú otras las causas que motivan la marcada diferencia que se nota entre las producciones de la escuela sevillana si se compara con la aragonesa, ello es que ésta, en el siglo de oro de la literatura española, no encuentra para oponer á la grandilocuencia é inagotable raudal poético de Herrera, Rioja y aun de Góngora,—completa encarnacion del exaltado númen meridional con todas sus cualidades y defectos,—poetas de mayor talla que los dos Argensolas, que si bien pudieron enseñar á los castellanos su propio idioma, segun la frase de Lope de Vega, no consiguieron con la atildada y clásica correccion de sus sátiras y epístolas, emular el entusiasmo, lozanía y pindáricos transportes de los vates andaluces.

Lícito ha de ser á quien con tan leal franqueza confiesa que Aragon en la lírica rayó á escasa altura, manifestar su firme conviccion de que en el género didáctico, tanto en prosa como en verso, apénas podrá sostener la competencia ningun país con el que cuenta entre sus historiadores á Zurita, los Argensolas ya citados, Blancas y Dormer; entre sus eruditos y bibliógrafos á Pellicer, Garcés y Latassa, y entre sus preceptistas al cultísimo Gracian y á D. Ignacio de Luzan cuyos estudios críticos señalaron una nueva época en la historia de la literatura española. (1)

(1) No cito los escritores contemporáneos aragoneses á que sirvió de precursor el malogrado Miguel A. Príncipe, y entre los que,—á mi juicio,—descuellan en primer término, Julio Monreal, castizo y correcto prosista; Agustin Paraíso, poeta festivo y epigramático cuya musa no desmiente las buenas tradiciones de las de Marcial y los Argensolas; Márcos Zapata, que ha alcanzado en el proscenio español brillantes y legítimos triunfos, y Eusebio Blasco,

Conocidos en este asunto mi particular criterio y opinion (ya apuntada por el inolvidable escritor aragonés Sr. Borao y por el docto catedrático y decano de la Facultad de Filosofía y Letras de esta capital D. Martin Villar (1), juzgue quien pueda mi sorpresa y satisfaccion hoy que, en justo desagravio de las anteriores inculpaciones, y como para tomar el desquite de su ya comentada esterilidad, ofrece la *Lírica aragonesa* un volúmen de *Poesías* tan respetable por la cantidad como digno de aprecio y loa por la calidad.

¡Ochocientas páginas de versos! ¡Cuántos de nuestros más aplaudidos escritores no contarán, al finalizar su carrera, con un bagaje literario igual al que, sin esfuerzo, por via de principio, y en sus verdes años, presenta Valentin Marin!... Salvo el caso excepcional é inaudito de Lope de Vega, cuya portentosa fecundidad parece dispuesto á emular nuestro poeta aragonés (2), no recordamos ninguno, nacional ó extranjero, que en juvenil edad exhibiera

ameno é ingenioso autor cómico. Por lo demás, ni los anteriores, ni aquellos cuyos nombres no incluyo por temor á incurrir en alguna involuntaria omision y porque no resulten demasiado extensos estos ligeros apuntes, contradicen mi aserto con sus estimables producciones.

(1) Prólogo al Cancionero de D. Pedro Manuel Ximenez de Urrea. — Zaragoza, Imprenta provincial, 1878.

(2) Conviene hacer, en obsequio de la exactitud, una salvedad importante. Aun los que saben que Valentin Marin nació en Barcelona durante una larga permanencia de sus padres en dicha capital, le titulan sin reserva y sin ningun género de duda, ARAGONÉS, no sólo por serlo de corazon y porque en Zaragoza tiene concentradas sus más queridas afecciones de familia y amistad, sino tambien porque como tal se considera él mismo. Así, en su poesía DOS PATRIAS, despues de referir que ha visto mecer su cuna

El eden de verdes hojas
Y del azul Llobregat;
El pueblo del MONTSERRAT,
De la fe y las BARRAS ROJAS,

tan ámplia y variadísima coleccion de poesías, y sobre todo de sonetos.

Esta admirable abundancia ha sido siempre signo seguro é infalible del verdadero númen, porque distingue á la poesía sabia, pretenciosa y efectista, de la poesía que brota caudalosa y espontánea, como del sol la luz, de un corazon que siente y ama.

Si este volúmen es el único dato que debo aducir para probar que su autor es un versificador fácil y fecundo, la lectura de una sola de sus páginas equivaldrá á demostrar palmariamente que es, á la vez, un verdadero poeta *lírico*, porque en cada una de ellas se vé esculpida, en versos cadenciosos y sonoros, y con estilo siempre florido y abundante, la vigorosa personalidad del poeta que se apodera de los asuntos, ideas y pensamientos, y al recubrirlos con la inmaterial vestidura del lenguaje, les presta color, relieve y vida con su propia pasion, y los presenta bajo los puntos de vista que, en su concepto, mayor interés han de producir en el lector.

añade con el brío y sentimiento que le son característicos, dirigiéndose á Aragon:

Este es un suelo sagrado
Á quien dar la vida ansío:
¡Aquí nació el padre mio
Y aquí le tengo enterrado!
Mi sangre, mi corazon,
El alma que oculta llevo,
¡Nada es mio... se los debo
Á este glorioso Aragon!

y más adelante, á Zaragoza:

Tú que brillas soberana,
Que no cabes en la esfera:
¡Yo te doy el alma entera!
¡Dame una tumba mañana!

Aragon y Zaragoza, que en nobleza é hidalgos sentimientos á nadie ceden la palma, apreciarán en lo que vale la entusiasta y desinteresada preferencia de su poeta.

Sería esta oportuna coyuntura, que rechazo cual si fuera una tentacion, para delinear las diversas escuelas, tendencias y jefes que hoy se disputan los dominios literarios, para clasificar en alguna de ellas á Valentin Marin y para extenderle su filiacion poética, como en tales casos se acostumbra. Creo, sin embargo, que esto no es procedente desde el momento en que se reconoce en él un *lirismo* á todas luces innegable; lo más que podria conseguirse sería establecer ciertas semejanzas y analogías con poetas determinados; de otro modo, careciendo de estilo propio, que es como el sello de una individualidad poderosa y absorbente, no merecería el dictado de *lírico*, ni serían sus composiciones más que pálido reflejo de las de alguno de los astros que con luz vivísima se destacan en el cielo del arte.

No sucede así, ciertamente. El verso alguna vez poco correcto, pero siempre fluido y cadencioso de Valentin Marin, deja siempre ver al través de su lujosa y asiática difusion, el fondo del alma del poeta. En ella se agitan con vehemencia incontrastables afectos y sentimientos; en ella hierven la santa cólera del inspirado, el entusiasmo que se trasmite, la pasion que se desborda y subyuga. Las glorias de su patria, las verdades de la religion que profesa, las bellezas que en la creacion y en las obras de arte admira, el amor que siente, prestan á su lira acordes viriles y enérgicos, armonías cuya nota dominante es la fe cristiana, descripciones no indignas de las más exaltadas fantasías orientales y conceptos que revelan la más delicada y exquisita sensibilidad. Ni deja de ser muy extraño,—por más que produzca

impresion gratísima,—el optimismo nada hipócrita de nuestro poeta, que contrasta con el desfallecimiento, la duda ó incredulidad, el hastío y la desesperacion que se revelan en las producciones de nuestro siglo y que demuestran que aun son muchos los que siguen las desconsoladoras huellas de Lord Byron. Valentin Marin profesa al pasado un culto que peca en idolatría, y tiene en el porvenir una confianza que raya en lo sublime. Así se desprende del rápido exámen que, de las creencias y declaraciones que en su libro hallamos, podemos hacer para reconstituir el sistema filosófico-social que las inspira.

Primeramente, la Teología de Marin, por lo poco complicada, inspira verdadera envidia. Redúcese á creer con sinceridad para nadie sospechosa, lo que cree y enseña la Iglesia católica: solo así pueden escribirse aquellos sonetos religiosos en que rebosan el fervor y la conviccion, y solo á un poeta cristiano del más subido temple puede ocurrirle el grandioso final de aquel otro soneto dirigido á la *Cruz* (pág. 533):

¡Miradla!... Ella rasgó malditos lazos;
En ella estuvo Cristo moribundo;
Ella con hondo pié cerró el infierno.
¡Ved cómo extiende los jigantes brazos
Y recoge las lágrimas del mundo
Y las arroja al trono del Eterno!...

Ni aun en esas crísis supremas de tristeza y desfallecimiento á que las almas poéticas y soñadoras están mas expuestas que ninguna, se quebrantan ó

debilitan el espiritualismo y las santas creencias del cantor de la fe de nuestros mayores, porque si alguna vez la duda, asomándose al fondo sereno y tranquilo de su alma, se atreve á preguntar pérfidamente, en versos que por su belleza y vigor son impropios de tan incolora entidad,

¿Tal vez la noche pálida y hermosa,
Augura al hombre una mansion de calmas
Dormida eternamente y silenciosa,
Y se apaga en el sueño de la fosa
El resplandor divino de las almas?

no tarda el poeta, en contestar, repuesto y fortalecido por fe inquebrantable que le anima (pág. 146),

Al avanzar los débiles y el fuerte
Hácia oscura region desconocida,
No debe el justo maldecir su suerte;
¡Que en el dintel del reino de la muerte
Amanece la aurora de la vida!

ó bien, ante el recuerdo de un moribundo, exclama con tristísima emocion (pág. 18):

Me lo dijo aquella cruz,
Aquella frente rojiza:
¡No eres monton de ceniza!
¡Eres un rayo de luz!

A la nota religiosa responde en perfecto acorde la patriótica, para justificar la profunda observacion de un crítico francés (1) de que «el poeta necesita fe

(1) J. Janin. — Histoire de la poesie moderne. — París, 1830.

y libertad; una pasion que le anime y un Dios en quien crea.» El autor profesa leal respeto á los reyes, y, cortesano del infortunio, reserva sus más delicadas atenciones y simpatías á los que el soplo de la desgracia y la ingratitud de los hombres combatieron, (páginas 174, 548, 549, y 625); canta con un entusiasmo cuyo secreto parece haberse perdido, nuestros héroes y glorias nacionales, y tributa sus más inspirados acentos á la *libertad*, sublime musa de las edades modernas. No he de resistir al deseo de copiar algunos sonoros y robustos endecasílabos no indignos de las mejores odas de Quintana, y que indican el juicio que nuestras instituciones le merecen: (pág. 183)

Hoy es un rey el guardador que vela
Por la sagrada libertad . . . .
. . . .
Ya el siglo inmenso de la luz, rechaza
Aquella oscura tiranía fiera
Del látigo, el dogal y la mordaza;
Ni eleva el fanatismo en negra plaza
Los lívidos fulgores de una hoguera.
. . . .
¡Hoy amparada por augustas leyes.
Brilla la libertad, y las naciones
No son el patrimonio que los reyes
Podian regalar hecho girones!
No existen los abismos tenebrosos
De cadenas y oscuros soberanos...
¡La luz impera! ¡Reyes generosos
Ocupan el sitial de los tiranos!...

Bien al contrario de Leopardi cuyo escepticismo impregnaba de un tinte elegiaco los cantos en que la suerte de su Italia *no redimida* le hacía prorumpir, y que le impulsaba «á despertar á los muertos, ya que los vivos dormian el pesado sueño de la servidumbre,» el patriotismo de nuestro poeta le inspira entusiastas himnos á las glorias y héroes del pasado y le hace adivinar un porvenir más radiante y espléndido: como la alondra al nuevo dia, saluda á la aurora de la libertad que, segun él, no ha de tardar en lucir, logrando de este modo que una celeste y consoladora esperanza anime y vivifique todas sus concepciones y se difunda en las abundosas armonías que de su lira brotan.

Así es que,—ó mucho nos equivocamos,—ó Valentin Marin reune todas las condiciones que la más escrupulosa crítica podria exigir para añadir su nombre al brillante catálogo de nuestros poetas nacionales: creencias firmísimas, altos y generosos ideales políticos, inspiracion tan abundante que más necesita freno que la contenga que acicate que la impulse, facilidad asombrosa para versificar y espíritu siempre impresionable y abierto á todas las emociones que en el alma del poeta deben marcar su huella.

No hay hecho importante que no excite vivamente su atencion, desgracia que no le conmueva, gloria que no admire, personaje de alguna talla que no le inspire interés ó antipatía: profundamente afectado por la dramática narracion de las catástrofes de Múrcia le he visto escribir, casi en tiempo equivalente al que algunos invertirian en leerla, su magnífica poesía *Caridad* que mereció figurar al lado

de las de nuestros más insignes poetas en el álbum ofrecido á S. M. el Rey; el luto y sentimiento nacionales ocasionados por la muerte de una jóven Reina, ángel de bondad y de hermosura

«que con sus alas defendia un trono,»

le inspiran una tiernísima elegía que por su extension más bien parece poema, y en cuyas descripciones agota toda la riqueza y opulencia de nuestro sonoro idioma; el trágico fin que hallan en las revueltas ondas del Ebro algunos infelices soldados le hacen exhalar un grito de compasion (pág. 45) que reproducen todos los periódicos militares y que ántes, en el Teatro de Pignatelli, le habia valido una ovacion inmensa é indescriptible cuando con voz vibrante y conmovida leyó:

¡Morir sin caer luchando!
¡Fenecer sin combatir!...
¡Ellos que saben morir,
Pero que mueren matando!
El agua no les aterra,
Pero á sus ímpetus ceden:
¡Si los leones no pueden
Luchar sino sobre tierra!...

En suma, no hay hecho notable, trágico infortunio, suceso contemporáneo, gloria legítimamente adquirida y éxito merecido que no encuentren en Marin un entusiasta y desinteresado cantor. Testigo sea este libro, cuyo índice, símbolo acabado de la inquieta y jigante fantasía de su autor, resume y hace alternar, en sus variados epígrafes, los hondos mis-

terios metafísicos con los tiernísimos conceptos amorosos, las plegarias y arrebatados ditirambos á la Divinidad con los sentimientos íntimos y familiares; Cervantes, Calderon, Lope y Camoens, con Thiers, Cánovas, Sagasta y Echegaray; Numancia, la casa de Austria y Napoleon, con Víctor Hugo, Gottschalk y Edisson; todo ello tratado y juzgado con valiente independencia y sin que se sepa qué admirar más, si lo nuevo del pensamiento, ó lo bizarro y enérgico de la forma.

En ésta transpira toda la sávia de una imaginacion desbordada y juvenil hasta el extremo de que, en algunas composiciones, se eche de ménos cierta sobriedad de estilo, pero el *lujo* aun llevado al exceso ¿no será siempre, más que un defecto, una cualidad en las Bellas artes? ¿No es de creer que la contínua práctica y el tiempo pondrán conveniente límite á la prodigalidad poética, á la *orgía de inspiracion*,—como gráficamente la ha calificado un brillante orador aragonés [1],—en que precipitan á veces á Valentin Marin su inagotable vena y pasmosa facilidad en eludir y vencer las dificultades rítmicas?

No ménos que otro volúmen sería preciso para indicar las múltiples bellezas que este encierra, y si bien los lectores se darán cuenta de ellas, no he de resistir el deseo de citar algunas, prescindiendo, por ahora, de los sonetos que merecen especial mencion.

La tiernísima elegía *En la muerte de mi padre*, las *Inundaciones*, *Las glorias de Zaragoza*, *Thiers*, *En la muerte de Ayala*, *El beso*, *Al mar*, y otras

(1) D. Faustino Sancho y Gil.

composiciones escritas en décimas que ó recuerdan el gallardo corte calderoniano, ó reproducen el vigoroso estilo de García Lopez, justifican la aficion que á este popular metro, así como al endecasílabo, tiene nuestro poeta. Hé aquí copiada al azar, una décima (página 323) que demuestra la exactitud de mi aserto:

Del orbe fuimos espanto
Y holló nuestra valentía
Los franceses en Pavía
Y los turcos en Lepanto;
Al indio un lábaro santo
Le llevó nuestra constancia,
¡Y áun laureles y fragancia
Son de inmarchita corona,
Los escombros de Gerona
Y las llamas de Numancia!

Como poeta descriptivo despliega Marin en su *Caridad, Contrastes, Blanca-Flor, A Cuba*, dotes que nada tienen que envidiar á las de nuestros más insignes maestros: hé aquí los rasgos que le bastan para idealizar una tranquila noche de primavera iluminada por el plácido centelleo de luna y estrellas (página 143).

Y al beso de sus luces blanquecinas,
Pueblan las aguas del callado rio
Legiones de fantásticas ondinas
Que recorren las olas cristalinas
Como bella ilusion del desvarío.

. . . .

Penden del árbol rumorosos nidos,
Y allá en las ramas se estremece el gérmen
Que hace latir los cálices floridos,
Y un susurro de besos y latidos
Exhala el lecho en que las aves duermen.

. . . .

¡Oh noches de placer y de armonías!
A vuestro encanto pálido, indeciso,
Arde la mente en vagas fantasías
Y sueña con la luz y melodías
De un hermoso y lejano Paraíso!

Entre sus inspiraciones religiosas y filosóficas sobresalen los cuartetos *Al ateo*, lleños de pasion, movimientos oratorios y bellísimas enumeraciones, y las octavas á Dios que no desmerecen junto á los más arrebatados himnos del malogrado Arolas. De ellas inserto una por via de muestra (pág. 220).

Tú haces del orbe vívidos crisoles
Donde bullen tesoros de alegrías:
Tú bañas las alturas de arreboles,
Y el corazon de fuego y armonías;
Alfombra de tus plantas son los soles,
Destello de tus ojos son los dias,
Y los siglos, apénas un instante
De tu infinita eternidad jigante.

¿No hay en estos fragmentos algo semejante á la fantástica y opulenta imaginacion de Zorrilla (en sus buenos tiempos), diluida en el verso apasionado y brioso de Espronceda?

El último tercio del libro contiene unos *quinientos* sonetos cuyo detenido estudio, que haría de buen grado á no haber rebasado los límites en que este prólogo debía circunscribirse, daría por seguro resultado demostrar que en ellos lucen, en todo su apogeo, las escepcionales dotes de su autor.

¡Cosa verdaderamente extraña! En el soneto, en esa estrofa artística y musical que los trovadores provenzales inventaron y cuyo uso extendió por Europa Petrarca, el poeta de Vaucluse, al que imitaron en Inglaterra Shakespeare, Ronsard en Francia, y Herrera, Arguijo y los Argensolas en España, es en el que más depurado aparece y mayores quilates adquiere el númen de Valentin Marin. Esto es de fácil explicacion; el soneto con su extension limitada, con sus inflexibles catorce líneas á que debe circunscribirse el desarrollo de un pensamiento, opone un saludable freno á las genialidades de la abundosa y desbordada fantasía de nuestro poeta y le obliga á expresar sus ideas, á la vez que con ménos difusion, con mayor energía. De aquí que muchos de los sonetos incluidos (y que el autor divide, siguiendo la costumbre consagrada por el uso de nuestros clásicos, en *religiosos*, *elegiacos*, *encomiásticos*, *descriptivos*, *filosóficos*, *históricos*, *amorosos* y *festivos* y *humorísticos)* sean dignos, en mi humilde concepto, de colocarse al lado de los mejores que hasta hoy ha producido el Parnaso español.

No me atrevo á citar ninguno porque entre *quinientos* buenos sonetos, si aun prescindiendo de los muy notables, sólo pretendiera inscribir el título de los de *primer órden*, resultaría este párrafo de des-

mesurada extension. Sé muy bien que el lector los repasará todos con avidez y deleite, y omito una recomendacion ociosa é innecesaria. Mas ya que no cite ningun soneto aislado, séame permitido, al ménos, hacer breves observaciones sobre el grupo de los *amorosos*.

Escritos sin la conceptuosidad y amaneramiento que afean á los de la escuela italiana, los 160 sonetos amorosos que en este libro se incluyen, además de poner de manifiesto los inagotables recursos de una imaginacion oriental y de encerrar en armoniosas estrofas esos acentos de pasion y verdad cuyo secreto poseen tan pocos artistas, tienen la singularidad de referirse á una dolorosa historia: forman en conjunto un bellísimo poema, y cada uno reproduce un accidente ó fase de la pasion que los inspirára, al igual de los 155 sonetos, perfectamente eslabonados entre sí, que de Shakespeare quedan.

Tiempo es ya de poner fin á este prólogo: si la falta de conocimientos y autoridad propia me daban suficientes motivos y escusa para no escribirlo, la leal amistad que á su autor profeso me imponia el deber de sacrificar mezquinas pretensiones literarias y escrúpulos de amor propio. Así lo he hecho, y si no he conseguido que resaltáran, en el grado que merecian, las múltiples bellezas que en el libro abundan, cúlpese, más que á mi buen deséo, á la mala eleccion de Valentin Marin que ha pretendido que todo en su libro,—hasta la oscura firma del prologuista,—fuera *aragonés*. Salven, por lo tanto, mis omisiones los lectores de este libro, y exponga acerca de su mérito decisivo fallo una *Crítica* imparcial y

levantada que no olvidará, seguramente, que se trata del primer volúmen de un jóven poeta que ya lleva escritos 500 sonetos, cuando por maravilla y caso extraño refieren todos los tratados de literatura que el *divino Herrera,* á los 63 años, habia escrito cerca de *cuatrocientos.*

Baldomero Mediano y Ruiz.



Á MI QUERIDO TIO D. VÍCTOR BALAGUER.

Á tí, al hermano del alma de mi padre, de aquel que me dió esta fe que me anima, esta sangre que corre por mis venas; á tí, cuyas honradas canas me recuerdan todavía las de aquella frente que tanto adoré; á tí que me viste nacer, y á quien enlazo, en un amor, con el muerto que llena mi corazon, dedico estas míseras hojas, estas humildes é incoloras páginas; pero hay en ellas algo de mi pecho, y tú sabrás apreciarlas, sabrás leerlas con los ojos del cariño, sabrás aspirar el aroma y prescindir de un brillante ropaje que en vano buscarías y que yo no puedo ofrecerte.

Aquel sér tan querido para tí y que tanto te amaba, no existe ya.

¡Pobre padre mio!

¡Él no puede leer estas páginas! Tú las leerás, y si acaso hicieran asomar una lágrima á tus ojos, ella sola sería la mejor y más preciada recompensa para tu triste sobrino

VALENTIN.



¡PADRE MIO!

¿No adornaré esa mansion
Donde tu cuerpo reposa?
¿No hay flores sobre esa losa,
Oh padre del corazon?...
¡Cuán presto de la ilusion
El alcázar se derrumba!...
Que la mia no sucumba
A desengaños traidores...
¡Si yo sólo quiero flores
Para adornar una tumba!...





Á NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

Sagrada Vírgen, mística palmera,
A quien un himno el corazon entona:
Para ofrecerte una inmortal corona
Su fuego al sol arrebatar quisiera;

Fundir en oro las canciones mias,
Y saber confundir en mis cantares
El oro de los mundos estelares
Y el rumor de encantadas melodías;

A la alondra vencer y á los jilgueros;
Que envidiáran los ángeles mi canto,
Y á la noche arrancar para tu manto
Un giron salpicado de luceros.

Yo quisiera ofrecerte cuanto encierra
El pecho mio en hervorosa pira,
Y que el acorde humilde de mi lira
Fuese el orgullo de cristiana tierra;

Dar á mis trovas músicos raudales,
Albos matices de azucena y lirio,
Y cuanto nunca imaginó el delirio
De ardientes soñadores inmortales;

Robar el jugo á las altivas palmas
Que adornan las arenas del desierto,
Y robar melodías al concierto
Que dulce elevan á tus piés las almas;

Comprender los ábismos de los mares
Que ocultan mundos de sin par belleza;
Abarcar con mis manos su grandeza
Para ofrecer á tu grandeza altares.

Yo quisiera á los mirtos y á las rosas
Arrebatarles germinal tesoro,
Arrebatar al estrellado Coro
Las cuerdas de sus arpas melodiosas;

Yo quisiera robar á la alborada
Sus áureas tintas y sus mil rumores,
Anegarme en los mágicos vapores
Que esmaltan esa bóveda azulada;

Yo quisiera ofrecerte cuanto asombra,
Cuanto en la azul inmensidad diviso,
Y flores arrancar al Paraíso,
Dando á tus piés inmaculada alfombra;

Y como el rayo de tus glorias santas,
Robar al cielo inspiraciones bellas,

Y puñados de soles y de estrellas
Ir arrojando á tus excelsas plantas.

¡Oh Vírgen del Pilar!... Nombre esplendente,
Raudal inagotable de consuelo;
Eterno aroma del jardin del Cielo,
Rayo de amor sobre abatida frente.

¡Oh Vírgen del Pilar!... Nombre glorioso,
Rio de luces que el sediento apura;
Oasis de purísima dulzura
Que brinda al alma celestial reposo.

¡Oh Vírgen del Pilar!... Nombre fecundo,
Nombre que llena el Universo entero,
Y por quien Zaragoza al extranjero
Detuvo un dia conmoviendo al mundo:

Sacrosanto pendon de libertades,
Que una ciudad homérica tremola
Para ceñirse deslumbrante aureola
Y hundir colosos y asombrar edades:

Iris de turbulentos corazones
En que se ceba el padecer insano;
Madre que tiendes bondadosa mano,
Y haces latir á un pueblo de leones:

Aliento de las almas; estandarte
Que hace brillar la gloria en la pelea;
Sol de quien brota la divina idea
Y la sublime majestad del arte;

Vívido faro, sonrïente aurora
De toda pura concepcion sublime;
Bálsamo y luz del infeliz que gime,
Bálsamo y luz del corazon que llora:

Arca dorada de inmarchita esencia,
Dulce esperanza en el combate rudo;
Madre del triste, luminoso escudo
Del honor y la sacra independencia:

Isla de flores y esplendor sereno,
Inspiracion de glorias deslumbrantes...
¡En Zaragoza sobrarán jigantes
Miéntras fulgures en su heróico seno!

¡Miéntras un rayo viertas de tu gloria,
Este pueblo que late valeroso
Abatirá la frente del coloso,
Y de fulgor inundará la historia!

¡Miéntras prestes aliento á la constancia
Y al valor de este pueblo sobrehumano,
Vivientes muros opondrá al tirano
O las hogueras que encendió Numancia!

EN LA MUERTE DE MI PADRE.

Allá te veo... postrado
Sobre el lecho del dolor,
Y en quejumbroso estertor
Hierve tu pecho angustiado;
En tu rostro marchitado
Fulgura un destello místico;
¡La vida, el pan eucarístico
Reclamas con voz histérica,
Y por tu faz cadavérica
Corre el sudor agonístico!...

Tus lábios áridos, secos,
Nos hablan de Dios acaso,
En voz sorda como el paso
Que suena en fúnebres huecos;
Escuchas lejanos ecos,
Y ante las lágrimas nuestras,
Erguida la frente muestras
Y sin sombra de temor:
¡Sólo tú tienes valor
En estas horas siniestras!

¡Horas de angustia y de luto!
¡Escenas de un drama triste,
Al cual el hombre no asiste
Jamás con el rostro enjuto!
¡Donde rendimos tributo
A la tierra que pisamos,
Y un tributo le pagamos
Que todos le pagarán!
¡Donde á muchos que se van,
Algo del alma les damos!...

¡Hora de luto y grandeza,
Sublime, majestüosa!
Con la mano temblorosa
Has robado á tu cabeza,
Donde ya la muerte empieza
A extender sus alas fria,
El lienzo que la cubría
En su ardoroso sufrir;
¡Que así quieres recibir
Al Señor en tu agonía!

¡Sublime, angustiosa escena
Que no olvidaré jamás!
¡Te alzas risueño, y estás
Con el dogal de la pena!
¡En tus oïdos resuena
La funeral campanilla
A cuya voz se arrodilla
Y ora sombrío el creyente,
Y allá en tu pálida frente
Un rayo del cielo brilla!

Entre mis párpados rojos
Ardió el dolor sobrehumano;
Yo te besaba la mano,
¡Te la besaba de hinojos!
Algo encendia mis ojos,
Algo doraba aquel lecho;
El aposento era estrecho,
No cabíamos los dos...
¡Habia bajado Dios
Hasta el fondo dė tu pecho!...

¡En aquella sala oscura,
Aquel que todo lo alcanza,
Dejó en tu faz la esperanza
Y en mi rostro la amargura!
¡Aun el recuerdo fulgura
En mi mente dolorida!
¡Lo que te daba la vida
Era á mis ojos la muerte;
Que iba tal vez á perderte
Mi corazon en seguida!

¡Cómo la sombra se graba
En la mente juvenil!...
¡Aquella mano febril,
Angustiosa nos buscaba!...
¡Yo, padre, te la regaba
Con sangre del corazon!...
Sobre todos un crespon
Iba cayendo asfixiante;
¡Llegaba el supremo instante!
¡La horrible separacion!...

Besé tu frente adorada,
Y sentí en el alma hielo;
¡Padre, estabas en el cielo!
¡No eras ya en el mundo nada!
¡A mis ojos una oleada
De sangre entónces subió,
Y en mi pecho se grabó
Aquella lívida tez!....
¡Sólo se siente una vez
Aquello que sentí yo!...

¡Allá te veo!... ¡Mortal,
Aun el recuerdo me oprime!
¡Aquella quietud sublime
Me hacía á mí tanto mal!...
Aquel frio sepulcral,
Aquellos negros crespones;
Los amarillos blandones
Ante la fúnebre caja,
¡Eran la horrible mortaja
De todas mis ilusiones!...

¡Allá te veo!... ¡Qué breves
Son las horas de ventura!...
¡Te aguarda la sepultura!
¡La noche de eternas nieves!...
¡Cuán despiadadas, qué aleves,
Las traiciones del destino!
¡A la mitad del camino
La muerte te sorprendió,
Y nuestras dichas barrió
Cual oscuro torbellino!...

¡Allá te veo!... ¡El horrible,
El negro atäud te espera!...
¡Algo me oprime y lacera!
¡Algo inmenso indefinible!...
¡Padre del alma!... ¿Es posible
Que para siempre te alejes,
Que abandonados nos dejes
A nuestra angustia infinita?...
¿Tu corazon no palpita?...
¿No amas ya, ni nos protejes?...

¿Nada pueden los dolores,
Las angustias, los tormentos?
¿Qué congojas, qué lamentos
Habrá más desgarradores?
¡Qué implacables, qué traidores
Son los filos de la muerte!...
¡No podemos retenerte,
Nos quitan el alma ya!...
¡Pronto, qué pronto será
Nuestro destino, no verte!...

¿No se conmueven?... ¿No ven
Esos hombres que porfían,
Y con sus manos ansían
Robarme todo mi bien,
Que has sido nuestro sosten,
Y nos unen tales lazos,
Que un corazon á pedazos
Antes podrán desgarrar
Que consigan arrancar
Tu cadáver de mis brazos?...

Pero vano es combatir:
¡La negra caja te encierra
Que con un manto de tierra
Muy pronto habrán de cubrir!
¿Y aguarda tal porvenir
A ese cuerpo tan querido?...
¡Me desgarran... me han vencido...
Se alejan... pero no importa;
Que esta existencia es muy corta,
Y en mí no cabe el olvido!

¡No importa que los arcanos
De los sepulcros te esperen!
Que venzan esos que quieren
Arrebatarte inhumanos!
¡Que te profanen sus manos,
Y mis angustias ultrajen!
¡Que con sus manos te bajen
A un lecho de horrible calma!...
¡Podrán arrancarme el alma!
¡Nunca del alma tu imágen!...

¿Y quién ejerce un imperio
Que yo no sepa humillar?
Te llevan hácia un lugar
De sombras y de misterio;
Te aguarda allí un cementerio,
¿Y yo contigo no voy?
Pues que sangre tuya soy,
Yo quien te siga he de ser...
¡Cuántas venturas ayer,
Y cuántas desdichas hoy!...

En busca de la quietud
De solitario hospedaje,
Sobre enlutado carruaje
Se alejaba un atäud;
Silenciosa multitud
Marchaba lúgubre en pos;
¡Pero no quería Dios
Dejarme en negro vacío!...
¡En la caja, padre mio,
Ibamos juntos los dos!...

Yo unía en beso tenaz
Mis labios á tus despojos;
Yo sentía arder mis ojos
Sobre tu pálida faz;
Tú descansabas en paz,
Y yo vivia muriendo;
Todavía no comprendo
Aquel martirio ignorado...
Tu corazon iba helado,
¡Y mi corazon latiendo!

¿Cómo estaba allí un giron
De la mortal vestidura,
Y en aquella caja oscura
No se ahogaba mi afliccion?
¿Cómo estaba el corazon
Si yo no estaba con él?
¿Era delirio crüel?
¿Era voraz frenesí?...
¡Era el alma que iba allí,
Llenando el abismo aquel!

¡Padre... te ví moribundo,
Y en mí, desde aquel instante,
El pecho que ardía amante
Es santüario profundo!
Ya que te fuiste del mundo,
Sean los hombres tu juez:
¿Qué timbres, qué noble prez
Más enaltece y abona?
¿No son bastante corona
Las canas y la honradez?

¿Para qué más, si tenia
Aquel pecho generoso
El corazon más hermoso
Que sobre el mundo latía?
¡Si aquel corazon sabia
Latir con el desdichado,
Y latías angustiado
Con el mal de los demás,
Y no dejaste jamás
De ser amante y amado!...

¡Ay de aquel que mira holladas
Todas sus dichas hermosas,
Cual grupo de mariposas
Por el viento desgarradas!
¡Las ilusiones doradas
Tienen tan frágil cimiento!
¡Alcázar que el pensamiento
Fabrica en su roja hoguera,
Eres chispa, eres quimera
Que se deshace en el viento!...

¿Y tú que adorar sabías,
A otrà region emigraste,
Y al hogar que abandonaste
Acaso volver no ansías?
¿Irán huyendo los dias
Sin que te mire volver?
¿Anegará el rosicler
Los mundos en oro y grana,
Sin que jamás la mañana
Pueda en mi espíritu ver?

¿Será eterna mi afliccion?
¿No habré de verte jamás?...
¡Padre mio!... ¿Dónde estás?
¿Allá en helada mansion?
¿No volaste á la region
Que oculta ese hermoso velo?
¿No alzó tu espíritu el vuelo
Hácia el mundo que hay allí?...
Si no fuera para tí,
¿Para quién sería el cielo?...

Esta es la tierra encantada
Que tanto supiste amar;
En donde tiene un altar
De grandeza inmaculada,
Aquella Vírgen sagrada
Que tú adoraste de hinojos;
Aquí se abrieron tus ojos
A la luz del cielo hermosa,
¡Y aquí duermen en la fosa
Tus adorados despojos!

¡Padre del alma querido!
¡Qué breves las dichas son!
¡Aquel bello corazon
No tiene ya ni un latido!
¿Cómo ante el hondo quejido
De nuestra angustia, callabas?...
¡Si nuestros brazos trocabas
Por el nicho que te encierra,
Al ménos... sobre la tierra
Estás que tanto adorabas!

Surja en ola brilladora
Toda la pena que siento;
Suba á tus piés mi lamento,
Y esa Vírgen protectora
Que un pueblo altísimo adora
Como al más bello tesoro,
Y de quien un mundo imploro
De dulzuras sacrosantas,
¡Trueque en astros á tus plantas
Estas lágrimas que lloro!...

¡Mas no he llorado bastante!...
¿Qué vale lo que lloré?...
¿Por qué llorarte no sé
Con algo inmenso, jigante?
¿Por qué el dolor palpitante
No estalla en rugiente mar?
¿Por qué no me quiso dar
El Dios que me hace latir,
Más alma para sufrir,
Más sangre con que llorar?...

¡Aunque en tristísimo lecho
Descansa tu cuerpo helado,
Y un paraíso encantado
La fría muerte ha deshecho,
No puede llorar mi pecho,
Ni más llanto arrojará!
¡No tengo lágrimas ya,
Y el corazon que te dí,
En un atäud allí
Contigo enterrado está!...

¡Yo recuerdo con espanto
Aquellas horas mortales
Que ahogaban con los dogales
De la afliccion y el quebranto!...
¡Si yo te adoraba tanto,
Y eras tú tan cariñoso!
¡Si tu espíritu amoroso
Se desbordaba en cariño!...
¡Si eras dulce como un niño!...
¡Tan buen padre y noble esposo!...

¡Si era tu faz el espejo
De un alma libre de agravios,
Y la sonrisa en tus labios,
Puro y celeste reflejo;
Y en tus labios el consejo
Era luz y excelsitud,
Y apénas la senectud
Abria sus tristes puertas,
Cuando ya miraste abiertas
Las simas del atäud!

¡Si flotabas sobre el cieno
De la humana pequeñez,
Y eras la fé, la honradez...
Tan dulce, padre, tan bueno!
¡Si agonizabas sereno
Entre febriles congojas,
Miéntras en lágrimas rojas
Ahogaba mis ilusiones,
Cual hirvientes turbïones
Arrastran míseras hojas!

¡Si, como linfa que encanta,
En manantial cristalino
Siempre el consuelo divino
Surgía de tu garganta,
Y eras tú la imágen santa
Del amor y la bondad;
Y en la suprema ansiedad,
Sonreías espirante
Cuando tenías delante
La noche, la eternidad!

¡Si hallaban las azucenas
Blancura en tu pensamiento,
Y en incesante tormento
Sufrías con nuestras penas,
O en nuestras frentes serenas
Buscabas tus regocijos;
Y, los dulces ojos fijos
En nuestras dichas y amores,
Eran cadenas de flores
Tus brazos para tus hijos!

¡Si yo la dulce alborada
Hallé en tu frente amorosa,
Y una nube tenebrosa
Te aniquiló despiadada;
Y en aquella frente helada,
Sin vida, sin expresion,
Se rompió mi corazon,
Como la nave se estrella,
A la luz de la centella,
Sobre insensible peñon!

¡Si yo, en congoja mortal
Y el espíritu entre brumas,
Cual ave herida sus plumas
En las zarzas del breñal,
Dejé en sombrío erïal
Dichas del cielo halagüeñas!...
¿Dónde, esperanzas risueñas,
Se hundió aquella playa verde?
¡Ay del bajel que se pierde,
Y se rasga entre las peñas!...

¡Has quedado tan impreso
En el fondo de mi sér,
Que hablar no sé del ayer,
Ni sus angustias expreso!
¡En aquel último beso
Toda tu esencia bebí;
Y estamos tan juntos, sí,
Tan juntos, padre, los dos,
Que nadie, ni el mismo Dios
Puede arrancarte de mí!...

¡Pero estas frases impías
Me las arranca el dolor!
¡Aquel huracan traidor
Que mató mis alegrías!
¡Aquellas alas sombrías
Que tu cuerpo marchitaban!...
¡Pero si á mí te arrancaban,
Yo te veré... me lo dijo
La faz de aquel crucifijo
Que tus manos estrechaban!...

Deja que vuele y me cierna
Sobre las sombras que miro,
En las alas de un suspiro,
En una lágrima tierna;
No estás en la noche eterna
De helado y negro capuz;
Me lo dijo aquella cruz,
Aquella frente rojiza:
¡No eres monton de ceniza!
¡Eres un rayo de luz!...

Sé que mi voz reconoces,
Que en las alturas resuena
Cuando el grito de la pena
Recuerda los muertos goces;
Que al cielo suben las voces
De los tristes que suspiran;
Sé que tus ojos me miran
Rasgando el célico tul,
Y estás sobre el mar azul
Por donde los astros giran.

Sé que las dichas livianas
Son deletéreo perfume,
Y el resplandor se consume
De las quimeras mundanas;
Sé que las glorias humanas
Huyen cual ígnea balumba;
Que el alcázar se derrumba
Y muere el brillo de un nombre;
Pero que el alma del hombre
No se deshace en la tumba.

¿Quién sabe si las estrellas
Que de cielo en cielo van,
Almas errantes serán
Que dejan vívidas huellas?
¿Si el aroma de las bellas,
De las dulcísimas flores,
Se eleva en ténues vapores
A envolver en blanca nube
El espíritu que sube
Hácia otros mundos mejores?

Majestüoso palacio
Contemplo en la crëacion;
En esa azul extension,
Como en hojas de topacio,
Nunca, ardoroso, me sacio
De ver un pöema escrito;
Escucho á Dios en el grito
De la inmensa tempestad;
¡Sé que hay una eternidad!
¡Sé que Dios es lo infinito!

¡Yo sé que en nubes de incienso
Le saluda la alborada;
Que de una sola mirada
Alumbra el espacio inmenso;
Que el padecer más intenso
Trocar en dulzuras sabe,
Y nuestro espíritu es ave
Que huye hácia un seno amoroso,
Como en los puertos reposo
Busca la mísera nave!

¡Sé que el rayo de la luna
Que aquellos cipreses baña,
No te besa ni acompaña
Lamentando tu fortuna,
Ni habrá soplo que nos una
En aquel mundo de hielo!
¡Sé que el frio desconsuelo
De aquel lugar, no te aterra!
¡Sé que dejaste la tierra
Para ser astro en el cielo!...

Pero si pudo la muerte
A otras regiones alzarte,
¡Es tan amargo buscarte,
Y, padre mio, no verte!
¡Tan doloroso, tenerte
Allí, tan léjos, que yo
Al cielo que te arrancó
Para siempre de mi lado,
Quisiera, padre adorado,
Robar lo que me robó!...

¡Tú que con vívida esencia
Otros mundos arrebolas,
Mira que, hundido en las olas
Del dolor y la inclemencia,
Por el mar de esta existencia
Perdido y errante voy!
¡A ver si hallo un iris hoy,
Y la tormenta se calma;
Que es un torrente del alma
Esta sangre que te doy!...

¡Es mi dolor tan impío,
Tan agudo mi tormento,
Y en el espíritu siento
Tan espantoso vacío!...
¡Sobre tu cadáver frio
Mis venturas apagué!
¡Ay, si la célica fé
No me prestára sus lumbres,
Y no volase á las cumbres
El llanto que yo te dé!...

¡El llanto!... ¡Hervor, catarata
Que el pecho á la faz envia;
Y arde en ella la alegría,
O allí el dolor se desata!
¡Cráter del fuego que mata
Si se encarcela en el pecho!
¡Lluvia que cae en el lecho
Del moribundo angustiado!
¡Las lágrimas que he llorado,
Cuánto bien, cuánto, me han hecho!...

¡El lloro!... ¡Voz del quebranto
Y del dolor más agudo!...
¡Yo te ví sombrío y mudo,
Y te regué con mi llanto!...
¡Cuando en su lúgubre manto
Envuelve al hombre el pesar,
Si no pudiese llorar,
Sus fibras estallarían;
Que contener no podrían
Las tempestades del mar!

¡El llanto!... ¡Amarga expresion
Del sér doliente que gime;
La voz, el grito sublime
De la angustia y la pasion!...
¡Contigo, mi corazon,
Mi esperanza se moría!...
¡Aun recuerdo tu agonía!
¡Cómo mi pecho lloraba!
¡Cómo era el lloro que ahogaba
A la pobre madre mia!...

Algo en mi pecho sentí
Acabar con tu existencia;
Venció la ruda inclemencia,
Y helado y mudo te ví;
Yo dė rodillas caí,
Sobre tu rostro lloré,
Y sólo decirte sé
Que algo en mí se desgarró..
¡Que como lloraba yo,
Padre... jamás lloraré!

Allí dormias en paz,
Como planta helada y mustia,
Y respondiendo á mi angustia
Con un silencio tenaz;
Sobre tu lívida faz,
Sobre tu frente querida
Rodaba un alma encendida
Gimiendo desgarradora...
¡Ay... de aquel modo se llora
Sólo una vez en la vida!...



CARIDAD.

VED cómo tiende la gentil mañana
Sobre la vega su risueño encanto;
Cómo se cubre de zafir y grana
El claro cielo y se deshace ufana
El avecilla en melodioso canto;
  Cómo la brisa susurrando juega
Con la rama teñida de colores;
Cómo sonríe la encantada vega
Que el rio azul con sus espumas riega
Desprendiendo un penacho de vapores;
  Cómo extendiendo el pájaro sus alas
Sobre el verdor de mágica espesura,
Saluda en trinos de feliz dulzura
Al valle ameno que rebosa en galas
Y los áureos fulgores de la altura;
  Cómo el arròyo salta y juguetea
Y entre mil flores se desata fresco,
Bajando de peñasco jigantesco
A recorrer la solitaria aldea
Y á fecundar el valle pintoresco;

Cómo en el seno de fecundas ramas
Dulce titila el matinal rocío;
Cómo se anega en púrpura el vacío
Y se extienden en vastos panoramas
Verdes alfombras de follaje umbrío;
Cómo el pensil al rebosar de aromas,
Brinda doquier reparador descanso;
Cuál de la cima de doradas lomas
Descienden á bañarse las palomas
En el agua de límpido remanso;
Cómo nada la fúlgida grandeza
De las campiñas y del cielo empaña;
¡Cómo de régios esplendores baña
Inmensidades de feraz belleza
El claro sol de mi adorada España!...

—

Mirad cómo el fosfórico topacio
Se convierte en mortaja aterradora;
Mirad cómo la nube matadora
Se extiende negra por el ancho espacio
Y amenaza estallar asoladora;
Cómo se anubla y ruje el firmamento
Y se trueca en cortina cenicienta;
Cómo en la nube abrasador fermenta
El génio de las iras vïolento
Y la altura el relámpago ensangrienta;
Cuál se desgarra nebulosa cumbre;
Cómo revive el manantial enjuto,
Y baja el rayo con siniestra lumbre
Al seno de aterrada muchedumbre
A ser mensaje de exterminio y luto;

Cómo jigante se despeña el trueno;
Cómo el torrente asolador destroza,
Y hunde viviendas entre impuro cieno
Y ahoga los quejidos en el seno
Del que arrebata en desvalida choza;
Cómo el torrente impetuoso avanza
Y en oscuro aluvion se precipita;
Cómo arrebata en confusion maldita
Al infeliz que pierde la esperanza
Y entre las olas con horror se agita;
Cómo del seno de la hinchada nube
Todo un diluvio tormentoso brota;
Cuál la vivienda se deshace rota
Por el furor que desbordado sube,
Y crece, y nunca el poderío agota;
Cómo un sollozo el moribundo vierte;
Cuál se retuerce una comarca herida
Por los furores de implacable suerte;
Cómo se posa el ángel de la muerte
Sobre un país que iluminó la vida;
Cómo de un rio que volaba puro
Cual dulce sueño de topacio y rosa,
La desbordada furia borrascosa
Ha convertido en cementerio oscuro
Una region de esplendidez grandiosa;
Cuál de una alegre inmensidad tan pura,
Henchida de verdor y lozanía,
No queda más que un grito de agonía,
Un Océano inmenso de amargura,
Una region estéril y sombría;
Cómo praderas de color rïente
Trocó el torrente en lodazal escueto;

Cómo, rugiendo la voraz corriente,
Por donde quiera que pasó el torrente
Trocóse el valle en lúgubre esqueleto;
  Cómo de tantos séres anegados
En aromas y lumbres purpurinas,
Y tantas flores y risueños prados,
¡No quedan más que desoladas ruinas!
¡Que un oscuro monton de desdichados!...

—

  Astros de amor, del de la luz sonrojos;
Vosotras, bellas, que en ardiente anhelo
Haceis el cielo bendecir de hinojos,
Porque llevais en los divinos ojos
El encantado resplandor del cielo;
  Hadas á quien purpúrea diadema
Esplendoroso el génio ceñiría;
Que desprendeis de la mirada el dia,
Que llevais en los ojos un poema,
Un abismo de amor y poesía;
  Arcángeles que el hombre en su locura
A la esperanza del Eden prefiere:
Recordad al medir vuestra hermosura,
Que la del alma eternamente dura
Y la belleza de los cuerpos muere;
  Que la belleza cuando sólo halaga
A los sentidos, es fugaz destello,
Exhalacion que en el azul se apaga,
¡Y no existe inclemencia que deshaga
Un corazon cual vuestros ojos bellos!...
  Damas egrégias que los ricos dones
Ostentais de coronas y belleza:
Recordad al lucir vuestros blasones,

Que la hermosura está en los corazones,
Que la del alma es la mejor nobleza;
  Que tiene ocaso el dia más brillante,
Que todo pasa como leve ensueño,
Que la existencia es volador instante;
Que poco vale una ascension jigante
Cuando palpita un corazon pequeño;
  Que todo se deshace y desmorona,
Y cuando el alma viva luz encierra,
Mañana es astro que el azul tachona;
Que la virtud es la mejor corona
Que se ciñen los grandes de la tierra;
  Que si deidad tan pura se ajiganta
Y le prestan altar las multitudes,
Y donde quiera la virtud encanta,
¡Siempre la caridad fué la más santa,
Más dulce y celestial de las virtudes!...
  Vosotras, madres, que afeccion ninguna
Anteponeis al maternal cariño;
Que teneis la dulcísima fortuna
De ver cómo sonríese en la cuna
A vuestros besos inocente niño;
  Vosotras ¡ay! que en cariñoso abrazo
Veis en los hijos adoradas flores;
Vosotras que estrechais contra el regazo,
Que bañais en caricias al pedazo
De un alma henchida de placer y amores;
  Vosotras que los dulces regocijos
De veros madres le debeis al cielo:
Compadeceos de tan grande duelo;
Recordad, por amor á vuestros hijos,
Que hay mujeres llorando sin consuelo;

Mirad que la miseria descarnada,
El infortunio con siniestros lazos
Oprime una region desventurada,
Y que tal vez hay madre desolada
Que estrecha al hijo hambriento entre sus brazos;
Que, desplomado el amoroso techo,
Hay mujer que se agita delirante,
Que solloza sin pan, sin luz, sin lecho;
¡Que ya no tiene jugos en el pecho
Para dar vida á un niño agonizante!...

—

Vosotros, todos los que oís mi canto,
Humilde y pobre como el labio mio;
Pero inspirado en el dolor sombrío
Del infeliz que se deshace en llanto
O que agoniza de miseria y frio:
A todos llama un doloroso ruego
Para que vuelva la perdida calma
Al que gime en crüel desasosiego;
A todos triste y conmovido llego;
Llegue la voz del sentimiento al alma.
Al más pudiente, al más desheredado
Deben llegar las angustiosas frases
Del poeta en favor del desdichado;
La caridad no reconoce estado
Ni condiciones, ni opinion, ni clases;
Todo es, por ser caritativo, hermoso,
Y acaso el Dios, el Mártir del Calvario,
Sacrificado en leño doloroso,
¡Antepone al favor del poderoso
La ofrenda del hambriento proletario!

Vosotros que dorada esta existencia
Veis transcurrir como ilusion radiante,
Sacrificad más oro á la indigencia;
Pues por mucho que hagais, vuestra conciencia
Ha de deciros que no haceis bastante.
El pobre que por dar una esperanza,
De humilde harapo ó negro pan se priva,
Amor demuestra y caridad más viva;
Y si en el mundo el galardon no alcanza,
¡En cuenta Dios se lo tendrá allá arriba!...
Hidalgos hijos de este noble suelo;
Génios del bien, caritativas damas:
Apiadaos de tanto desconsuelo;
Avive ardiente vuestro santo celo
La caridad con sus benditas llamas;
Alzaos ante el grito doloroso
Que en todas partes resonancia tiene;
Que llega al alma de un país hermoso,
Del entusiasta pueblo generoso
Que late tras las rocas del Pirene;
Imaginad el cuadro lastimero
Que forman tantos como gimen bajo
El rudo azote más traidor y fiero,
Y recordad que hasta el modesto obrero
El ahorro ofreció de su trabajo;
No vacileis con el alma enternecida
En hacer otro nuevo sacrificio;
No dudeis en prestar otro servicio
Reproductivo, pues jamás olvida
El pobre un generoso beneficio;
Piedad tened del aterido anciano,
De la mujer que lívida y llorosa

Le dá un adios al moribundo hermano;
Del triste qûe en sollozo sobrehumano
Al cadáver se abraza de una esposa;
  Del anciano que loco y vacilante,
Recorriendo la fúnebre campiña
Donde la muerte se posó asfixiante,
Busca el cadáver de la tierna niña
Que á la vejez acariciaba amante;
  Ved que quizá, sobre desnuda roca
Sumida en lodo y fúnebres marañas,
En un cadáver al clavar la boca
Está una madre sollozando loca
Sobre el fruto infeliz de sus entrañas;
  Que el huracan de las desdichas zumba
Sobre campos ayer resplandecientes,
¡Y que hay allí desventuradas gentes
Que lloran, y no tienen una tumba
Que regar con sus lágrimas ardientes!...

—

  No vacileis en arrancaros algo
A cuanto un dulce bienestar abarca;
Seguid la senda que el humilde os marca,
Y recordad el proceder hidalgo,
El bienhechor ejemplo del monarca;
  Que por calmar á los que el rayo fiero
De la tormenta les mostró su encono,
Para ofrecer el bálsamo primero,
Desciende un rey, cristiano y caballero,
Desde la altura de esplendente trono;
  Pero entre el cieno del pantano inmundo,
Allá en un campo desolado y yerto
Donde el torrente se agitó iracundo;

Ante la muda rigidez del muerto
Y el lúgubre estertor del moribundo,
  Encuentra besos, cariñosas manos,
Llanto de gratitud, frases sencillas,
Trono desnudo de oropeles vanos...
¡Los pobres son mejores cortesanos!
¡Agradecen y lloran de rodillas!...
  Miéntras cruza siniestras soledades,
Cercadle aquellos en quien hoy se sácia
El furor de rugientes tempestades,
Y en una confundid dos majestades,
¡La majestad del rey y la desgracia!...
  Buscadle, sí, con labio agradecido;
Es rey más grande, de mayor alteza,
El que tiende su mano al desvalido,
Que aquel que, ansiando esclavizar temido,
Amasa en sangre su fatal grandeza;
  Más jigante se ostenta y más robusta
La majestad que desprendió sus vestes
Del rico manto de la Paz augusta,
Y en repeler una agresion injusta
Tan sólo emplea las marciales huestes;
  Que aquel que anega en sangre sus legiones;
Cuya ambicion no reconoce vallas,
Y hace temblar á pueblos y naciones
Con la estridente voz de los cañones
Y el ángel matador de las batallas:
  Es rey más grande el que las alas bate
Al noble impulso de fecunda idea,
Y con las armas de la paz combate,
Y, como Cristo, bondadoso late
Y de tristes y pobres se rodea;

Es rey más grande el que piadoso trata
De secar tantas olas de amargura,
Que el génio audaz, conquistador, que mata,
Y extermina, y los hijos arrebata
Al seno de las madres sin ventura:
Es rey más grande el que de amores llena
Y generoso una esperanza envía
A cuantos sienten congojosa pena,
Que el tirano sangriento que encadena
Y á los pueblos escupe y desafía;
Y, con las sienes de laurel ornadas,
Con el manto imperial sobre los hombros,
Y cien naciones á sus piés postradas,
¡Pisotea en cadáveres y escombros
El alma de las madres desdichadas!...

Octubre, 1879.



INUNDACIONES DE ARAGON.

Á ZARAGOZA.

Corriendo de peña en mata,
De mata en peña avanzando,
Desciende el rio, que blando
Y musical se desata
Como serpiente de plata
Entre miriadas de flores,
Entre pomposos verdores
Que una corona se ciñen,
Pues de oro y grana los tiñen
Resplandecientes fulgores.

Reinando vivo placer
En brazos de la abundancia,
Y dulzuras y fragancia
Exhalándose doquier,
Entre venturas ayer
Brillaba hermosa region,
Dorada cual la explosion
De una aurora en *Stambul;*
¡Eden que bañó de azul
Y de perlas el Jalon!

Pero al rasgarse bravía
La tempestad inclemente,
Es desbordado torrente,
Es catarata sombría
Aquel Jalon que corría
Como apacible arroyuelo,
Esa música del cielo,
Esa sonrisa de Dios
Que avanza dejando en pos
Fertilidad y consuelo.

El cielo rásgase impío,
Fieros torrentes arroja,
Y de sus galas despoja
Al aromoso plantío;
¡Aquel mansísimo rio
Que sólo sabía amar,
Va creciendo sin cesar
Y malogra á cada instante
Todo el trabajo incesante
De una vida y de un hogar!

Por la tormenta deshecho
El dulce y manso reposo,
Aquel rio venturoso
Estremécese en el lecho,
Y al saltar del cáuce estrecho,
Sobre los campos se lanza,
Y por doquiera que avanza
En siniestra confusion,
¡Va matando una ilusion
Sin dejar una esperanza!

Como la fiera que ruje
Y desgarra sus cadenas,
Entre campiñas amenas
Desata el rio su empuje;
La frágil vivienda cruje,
Vacila el árbol más fuerte,
Y en lodazal se convierte
Un paraíso de galas
En donde nunca sus alas
Posó sombría la muerte.

Murió aquel dulce esplendor
Dejando en las almas sombra;
Agostándose una alfombra
De delicias y verdor,
Tendió un sudario el furor
De las aguas y los vientos;
Estallan hondos lamentos
Sobre desnudos regazos;
¡Las madres tienden los brazos!
¡Los niños lloran hambrientos!

¡Cuántas venturas el sol
Doró en aquellos lugares!
¡Qué negros son los pesares
Bañados en arrebol!
¡De aquel eden español
Ya no quedó flor alguna!
¡Qué triste la blanca luna
Besa á mil pálidos séres!
¡Cómo lloran las mujeres
Sobre el pantano y la cuna!

¡Ay del árbol que endulzaron
Vivas orquestas aladas!
¡De las vegas encantadas
Que las olas arrasaron!
¡Del hogar donde reinaron
La abundancia y el sosiego!
¡Ay del mísero labriego,
Al trocarse en catarata
El manso arroyo de plata,
El dulce y límpido riego!

De vuestras galas ¿qué queda,
Oh lugares deliciosos?
¿Qué de los frutos pomposos?
¿Qué de la rica arboleda?
¡Todo cedió! ¡Todo rueda,
Y en confusion se derrumba!
¡Un grito de muerte zumba
Llorando el perdido bien!
¡Aquel magnífico eden
Es un desierto, una tumba!

¡La tierra es fosa sombría!
¡Nubes se elevan al cielo
Desde el tristísimo suelo
Donde ayer el ave hacía
Resonar la melodía
De su dulcísimo canto!
¡Olas de fúnebre llanto
Dejó el impuro torrente
Que fué sembrando rugiente
Lágrimas, ruinas y espanto!

Tendió sus olas oscuras,
Aterradoras, crueles;
Cruzó matando verjeles,
Mató celestes dulzuras;
Huyó arrastrando espesuras,
Dejando lúgubres huellas,
¡Llevándose con aquellas
Inmensidades de flores,
Las esperanzas mejores,
Las ilusiones más bellas!...

¡Rotos la casa y el nido!
¡Las almas llenas de luto!
¡Todo ha pagado tributo
Al torrente enfurecido
Que sobre el campo ha caido
Como traidora pantera!
¡Qué pobre está la ladera
Del fértil y altivo monte!
¡Qué siniestro el horizonte!
¡Ay del que llora y no espera!...

¡En cieno hundidos los prados
Y las riberas floridas!
¡Las viviendas derruïdas!
¡Los hogares asolados!
¡Sollozan los desdichados
Que su inmensa angustia miden!
¡Sangre los ojos despiden,
Muerte sembró el huracan!...
¡Las madres os piden pan!
¡De rodillas os lo piden!...

¡Tened piedad, por favor;
Que de aquellas soledades
Brotaron inmensidades
De amargura y de dolor!
¡Que el pueblo cuyo valor
A las naciones conmueve,
A tantos míseros lleve
Una esperanza bendita,
Y deje otra gloria escrita
En el siglo diez y nueve!...

¡Ay del triste ribereño
Que sobre ruinas solloza!
¡Ay de la nívida choza
Y del plantío risueño!
¡Todo pasó como un sueño!
¡Cuán amargo el despertar!
¡Aquel espléndido altar,
Aquella próvida tierra
Ya sólo el hálito encierra
De la muerte y del pesar!

¡Trocóse allá toda calma
En angustias dolorosas!...
Llorad, mujeres hermosas,
Y alcanzareis otra palma:
Dejad asomar el alma
A vuestras pupilas bellas,
Y de las célicas huellas
Que deje el lloro exhalado,
¡Acaso Dios un puñado
Saque de auroras y estrellas!

Los que amor, felicidad
Buscais en mil panoramas,
Abrasaos en las llamas
De la hermosa caridad;
Algo á los míseros dad
De la riqueza que os sobre,
Para que el triste recobre
La dulce calma perdida,
Y os lleve toda una vida
Entre sus labios el pobre.

Los que en humildes talleres
Ganais el pan cotidiano,
Sacrificad al hermano
El descanso y los placeres;
Caritativas mujeres
Que el desdichado bendijo,
A vosotras me dirijo
Para que el alma presteis:
¡A vosotras que sabeis
Dar la vida por un hijo!

Tras las olas torrenciales,
Tras los siniestros rigores,
Sea un bálsamo de amores
Alivio de tantos males;
Salte el amor á raudales
Del alma caritativa
Sobre la tierra aflictiva
Que impuro lodo ha cubierto,
Y de esperanzas que han muerto
Brillante aurora reviva.

Rasgad los negros crespones
Del sufrimiento y del llanto,
Y á la voz de un númen santo
Abrid hoy los corazones;
Que tienen esas acciones
La recompensa mejor;
Pues la más hermosa flor,
La perla de más valía
Es la bendicion que envía
El triste á su bienhechor.

¡Bendito mil veces, sí,
El que hondas penas subyugue,
Quien una lágrima enjugue
De cuantas ruedan allí,
Que angustioso frenesí
Arroja sobre el pantano!
¡Bendita la dulce mano
Que seque el llanto que brilla
En la rugosa mejilla
Del enfermo y del anciano!...

¿Y acaso debo rogar,
Debo pediros que deis?
¿Por ventura no quereis
Ser los primeros en dar?
Cuando desgarra el pesar
A un país desventurado,
¿No tendrá quien siempre ha dado
Su alma en la ofrenda primera,
Ni una lágrima siquiera
Que enviar al desdichado?

Cuando un sollozo, un gemido
Exhala desgarrador
Todo un pueblo, en el dolor
Y entre miserias hundido;
Cuando el jardin más florido
Trocóse en hondo erïal;
Cuando el furor torrencial
Al desbordarse crüel,
Hundió encantado verjel
En abismo sepulcral;

Cuando ha podido anegarse
Un pueblo en tal desventura,
Y gime en negra amargura
Que ahoga sin desbordarse;
Cuando al querer libertarse
Del infortunio, un hermano
Al pueblo zaragozano
La mano pide angustioso,
¿Este pueblo generoso
No ha de tenderle la mano?

Ya que una célica ofrenda
Exige el hado tan duro,
Hasta aquel abismo oscuro
Piadosa mano descienda:
Nadie habrá que no la tienda,
Que no arroje el corazon;
Y si no, ¿con qué razon,
Por qué ley se llamaría
La tierra de la hidalguía
Esta tierra de Aragon?

Tú, Zaragoza, que ofreces
Al mundo tantas bellezas
Y aun con las áureas grandezas
Del pasado resplandeces;
Tú que jigante apareces
En el campo de la historia,
Que para abarcar tu gloria
Estrecha se siente acaso:
¡Haz que luzcan á tu paso
Las llamas de otra victoria!

Tiende una mano sublime
A la asolada region
Que envuelve impuro crespon,
Que mortal desdicha oprime;
Escucha al pueblo que gime
Sumido en honda ansiedad;
Deja, grandiosa Ciudad,
Que oro el dolor te demande:
¡Aun puede hacerte más grande,
Más noble la *Caridad!*

Si jamás se dió al olvido
Ese guerrero valor
Que invoca ante el invasor
Todo el que lucha oprimido;
Ante el pecho dolorido
Que el infortunio destroza,
Ante la ruina y la choza
Exclame la *Caridad:*
«¡Mi trono es una ciudad,
Y la ciudad, Zaragoza!»

¡Aun, Zaragoza, bastante
Con cuanto has hecho; no hiciste!
Tiende hácia abismo tan triste
Otra mirada, y jigante
La *Caridad* se levante
Sobre inmenso lodazal;
Y á su influjo celestial,
Una region desolada
¡Sea otra perla engarzada
A tu corona inmortal!

Caigan las madres de hinojos;
Flote tu imágen divina
Sobre tanta y tanta ruina
Y tan amargos despojos;
Que derramando los ojos
Torrentes del corazon,
Diga esa triste region
Que hoy entre escombros solloza:
«¡Miéntras viva Zaragoza
No ha de morir Aragon!»

Mayo, 1880.

LA HECATOMBE DE LOGROÑO.

AL EJÉRCITO ESPAÑOL.

Allí la dulce ribera,
El agua allí murmurante,
Y débil tabla flotante
Que fuertes hombres espera.
El claro sol del estío
Doraba alegre legion;
La frágil embarcacion
Flotaba allá sobre el rio.
Las marciales armonías
Resonaban en el viento
Con el eterno lamento
De las oleadas sombrías.
De pronto, el rio, cual fiera
Que abre las fauces impura,
Se convierte en sepultura
De aquella tropa guerrera.
Vida, esplendor sonriente,
Juventud, bravura... todo
Se hunde hasta el fúnebre lodo
Del hondo rio inclemente.

¡Momento desgarrador
Que al noble espíritu apena!
¡Dolorosísima escena
De majestad y de horror!
¡Cuánta luz desvanecida
Y cuántas tumbas abiertas!
¡Cuántas esperanzas muertas!
¡Cuánta juventud perdida!
¡Aquellas aguas son fosa
De amores y juventud,
Y tambien el ataud
Del alma de alguna esposa!
De allí cien despojos yertos
Iban surgiendo aflictivos...
¡Cómo sollozan los vivos
Recordando aquellos muertos!...
Cubra tantas desventuras
El manto de la piedad,
Y el amor, la caridad
Desciendan de las alturas.
¡Que eterno mal no taladre
Al sér que pide cariño!
¡Amparad al pobre niño
Que se ha quedado sin padre!
¡Tiene tan hondas raices
Ese dolor venerando!
¡Hay tantos niños llorando!
¡Tantas viudas infelices!
Tantas lágrimas lloradas
Hagan las vuestras rodar...
¡Que es muy hermoso llorar
Con las madres desdichadas!...

¿Qué fué de su sólo bien,
De sus solos regocijos,
Si se han quedado sin hijos
Y sin entrañas tambien?
Noble patria sin ventura,
Si ser magnánima quieres,
No dejes á esas mujeres
Anegarse en su amargura:
Ellas sus hijos te dieron;
Su sangre dieron por tí,
¡Y sus entrañas allí
Entre las olas se hundieron!...

—

¡Al recordar los despojos
De tanto bravo, una nube
De sangre y lágrimas sube
Del corazon á los ojos!
¡Pobres soldados! Traidor
El rio abrió inmensa tumba:
¡Triste es que el bravo sucumba
Sin ostentar su valor!
¡Cuántos valientes rodaron
Para no alzarse jamás!
Un sólo instante no más
Las olas se separaron;
¡Y aquellas fúnebres moles
Rodaron en confusion
Sobre un siniestro monton
De soldados españoles!
¡De esos soldados altivos,
Tan bravos, tan generosos,

Que combaten valerosos
Y palpitan compasivos!
Su heróica tenacidad
Aun conmueve á las naciones;
Y tiene en sus corazones
Un altar la caridad...
Allí, luchando abatido
Por la corriente bravía,
El noble jefe moría
Por el soldado querido;
Allí el soldado buscaba
Al noble jefe adorado,
Y por salvarle, el soldado
Heróicamente luchaba,
Y le arrancaba al abismo,
O perecia con él;
¡Y hubo soldado tan fiel,
De tan sublime heroismo,
Que libertándose fuerte
De la corriente homicida,
Viendo á su jefe sin vida,
Buscó en las olas la muerte!...
¡Cuánto heroismo infecundo!
¡Cuántos bríos malogrados!
¡Aun nuestros pobres soldados
Son los primeros del mundo!
¡Cuántos hermanos ausentes!
¡Cuántos la tumba ha cubierto!
¡Pobres soldados! ¡Han muerto
Sin morir cual los valientes!
¡Morir sin caer luchando!
¡Fenecer sin combatir!

¡Ellos, que saben morir,
Pero que mueren matando!
El agua no les aterra,
Pero á sus ímpetus ceden:
¡Si los leones no pueden
Luchar sino sobre tierra!...
No presencié su agonía,
Y algo mis ojos empaña;
¡Que era un pedazo de España
Lo que en las olas se hundia!...

—

Vosotros, que áun á las lides
Sabeis aportar bizarros
La sangre de los *Pizarros*
Y el aliento de los *Cides;*
Los que con noble entereza
Por nuestra España luchais,
Y cual restos palpitais
De su pasada grandeza;
Que áun dorais la patria mia
Como restos palpitantes
De aquellas huestes jigantes
De Lepanto y de Pavía;
Que áun sobre abismos profundos
Volais en nave guerrera,
Y haceis flotar la bandera
De España sobre dos mundos:
Vosotros, fuertes guerreros
Que luchais para vencer,
Y de las glorias de ayer
Sois altivos herederos;

Herederos de una gloria
Que asombro fué de la tierra:
Hoy piadosísima encierra
Esta lid otra victoria;
Teneis un alto derecho
A recibir el tributo
Que en estas horas de luto
Os arroja nuestro pecho;
Aceptad el homenaje
Que os rinde oscuro mi lira,
Pues el dolor que la inspira
No encuentra digno lenguaje;
Delaten hoy vuestras manos
Al corazon generoso,
Ya que en eterno reposo
Descansan vuestros hermanos:
Id á calmar los primeros
A esas madres dolorosas...
¡Quizá os ven desde las fosas
Vuestros pobres compañeros!...
No hizo otra lucha crüel
Rodar la sangre á torrentes;
Pero adorna vuestras frentes
Quizá más rico laurel:
¡Si hoy alcanzais otra palma!
¡Si con su llanto os la doran
Las pobres madres que lloran
Por los hijos de su alma!
¡Lloremos con sus angustias;
Lloremos todos con ellas,
Y deje el llanto sus huellas
Sobre tantas flores mustias!

Corra esta pena que embarga,
En un torrente sombrío...
¡Hoy el agua de aquel rio
No es dulce, no... muy amarga!...
¡Si aquellas fúnebres olas
Amargas ó dulces son,
Preguntadlo al corazon
De cien madres españolas!...



LAS GLORIAS DE ZARAGOZA.

Á MI ESTIMADO COMPAÑERO D. B. MEDIANO.

¿Quién no guarda en la memoria
Las hazañas inmortales
Con que los ricos anales
Fatigaste de la historia?
¿Quién puede cantar la gloria
De tu sublime entereza?
Yo, al humillar mi cabeza,
Juzgo locura ese empeño:
¿No he de sentirme pequeño
Al medir tanta grandeza?

Yo sólo quiero ofrecer
Una flor, un homenaje
En el humilde lenguaje
Que se escapa de mi sér;
Yo no aspiro á recoger
Un laurel en tus laureles,
Y tan grande como sueles
No sabrás ser para mí,
Si al prosternarme ante tí,
De tus plantas me repeles.

Yo sólo ansío arrojar
A tus plantas una ofrenda
Que del alma se desprenda
Donde tienes un altar;
¡Que no bastan á copiar
Tu heróico brio guerrero
Ni todo el empuje fiero
Del huracan, ni el pincel
Del divino Rafäel,
Ni las grandezas de Homero!

¿Pero humillarme podrías
O despreciarme orgullosa?...
¡Si tu sangre generosa
Corre por las venas mias!
¡Si aquí entre cenizas frias
Sepulté toda ilusion!
¡Si sangre y vida Aragon
Dió al padre mio adorado
Y con él, aquí enterrado
Tengo todo el corazon!...

¡Zaragoza!... ¡Diosa eterna
Sobre flores reclinada;
Ejemplo en la edad pasada,
Asombro en la edad moderna!
Tú harás que vuele y se cierna,
Como el águila en la altura,
Como esa luz que fulgura
Sobre las ánsias del hombre,
La llama viva de un nombre
Sobre la gente futura.

Tú, valerosa Ciudad,
Enseñabas á tu rey
A respetar en la ley
La más santa majestad;
Tú adoras la libertad;
A los tiranos detienes;
Con el poder no te avienes
Que en sombras el hacha aguza,
Y el cadalso de un *Lanuza*
Y un *Cinco de Marzo* tienes.

Y tú, Ciudad generosa,
De resplandor deslumbrante;
En todo siempre jigante,
Y siempre en todo grandiosa:
¿Nada hiciste valerosa
Por la fé y la religion?
¿Cuántos tus mártires son?
¿Los pudiste numerar?
¿Quién ha podido contar
Las grandezas de Aragon?

¡Aragon!... ¡Llamas gloriosas
Que se esparcen por el mundo!
¡Un santüario fecundo
De leyes maravillosas!
¡Altares que las hermosas
Bañan de luces divinas!
¡No brilla sólo en sus ruinas,
Ni faltarán nunca en él,
Para amar, una *Isabel*,
Para luchar, *Agustinas!*

¡Aragon!... ¡Verjel florido;
Crisol de mágicos séres,
De guerreros y mujeres
Que asombro del mundo han sido!...
Aquel *Trovador*, herido
De amorosa ceguedad;
Aquella ardiente beldad,
Aquella sublime amante,
¿Fueron sueño, ó palpitante,
Luminosa realidad?

Aquel loco frenesí
No es delirio, no es mentira;
Y si es que el génio delira,
El génio soñaba así,
Porque bien podia aquí
Nacer una *Lëonor!*
¡Mujeres! ¡Divina flor!
¡Mujeres! ¡Luz de esta tierra!
¡Que así matan en la guerra
Como se mueren de amor!...

No es sueño aquella *Isabel*,
No es sueño aquella *Bureta*,
Como no es sueño un poeta
Que hoy te cubre de laurel;
Y si el encanto, el pincel
Que hizo inmortal á Sevilla,
Las luces del cielo humilla
En una espléndida joya,
¡Hoy en la patria de *Goya*
Puede nacer un *Pradilla!*

Y tú, inmortal balüarte
Contra extranjeros agravios:
¿No han conseguido tus sabios
Hasta los cielos alzarte?
¿Los horizontes del arte
Acaso tú no arrebolas,
Ni las glorias españolas
Nada te deben, ni son
Orgullo de esta nacion
Los divinos *Argensolas?*

Aquella Grecia, cantada
Por sus glorias seculares,
¿No vió á tus almogavares
Vencida y ensangrentada?
¿Quién la morisca Granada
Miró tendida á sus piés,
Y el mundo que el Genovés
Besó cual mágica orilla?
Una reina de Castilla
Y un monarca aragonés.

Si, asombro de las naciones,
Los heróicos castellanos
Ante infieles soberanos
Tremolaban sus pendones,
¿Las homéricas legiones
De tus rudos capitanes,
No hendian, como huracanes,
Cual nubes asoladoras,
Las huestes batalladoras
De los fieros musulmanes?

¿Y no sabian lidiando
Tus cristianos caballeros,
Forjar los timbres guerreros
De aquel tiempo venerando;
Y, sobre alfombras pisando
De turbantes y alquiceles,
De ensangrentados infieles
Y medias lunas malditas,
No retumbó en las mezquitas
El casco de sus corceles?

Y si espejo de valor
Y de hidalguía es el *Cid*,
¿No fué un jigante adalid
Aquel *rey Batallador?*
Y si ante inícuo invasor
Lanza Madrid aquel rayo
Que arranca de su desmayo
A la esclava que solloza,
¿Los sitios de Zaragoza
No valen un *Dos de Mayo?*

¡Oh tierra que á la fortuna
Debiste legisladores,
Y reyes conquistadores
Que hollaron la media luna!
Aragon: dorada cuna
Del pöeta y del soldado;
Hermoso altar consagrado
Al valor y á la nobleza:
¡Yo descubro mi cabeza
Y saludo tu pasado!...

Al lejano Oriente fueron
Tus rudos almogavares,
Y, señores de los mares,
El turco á sus plantas vieron;
Indomables, te ciñeron
Una inmortal dïadema;
Que, con bravura suprema
Y desdeñando la malla,
Con sangre en cada batalla
Te escribian un pöema!

¡Oh Ciudad, á quien no abate
Ni el esfuerzo más grandioso!
Tu corazon generoso
Con sangre de fuego late;
Tú te arrojaste al combate
En una y en otra edad,
Cual gloriosa tempestad
De rugiente vïolencia,
Al grito de *¡independencia!*
Al grito de *¡libertad!*

Cuando á naciones veías
Enmudecer como esclavas,
¡Atrás! con brio gritabas
Y á Napoleon detenías;
Indómita defendías
Tus sacrosantos derechos;
Si, por las balas deshechos,
Se desplomaban tus muros,
¡Otros, tus hijos, más duros
Te formaban con sus pechos!

Tú te opusiste serena
A la carrera triunfal
De aquel guerrero inmortal
Que fué de *Arcole* hasta *Jena;*
A las águilas del Sena
Les infundiste respeto;
Tú les lanzabas un reto,
Y bien lanzarlo podías,
Pues muros de carne hacías
Y de un hombre un parapeto!

Jamás el miedo en tu faz
Imprimió su amarillez,
Y con grandiosa altivez
Te defendiste tenaz;
Y el enemigo, que audaz
Llegó á minar tus cimientos
Y con brazos vïolentos
A desgarrar tus entrañas,
Avanzó sobre montañas
De cadáveres sangrientos!

Con las huestes del *Coloso*
Anhelando combatir,
Era un matar y morir
Sin piedad y sin reposo,
Y, sobre un mar ardoroso
Cual la arena del desierto,
De lodo y sangre cubierto
El moribundo luchaba:
¡Si todo el que no mataba
Era porque estaba muerto!

Te desangrabas, herida,
Por mil copiosos torrentes;
Las llamas, como serpientes,
Te iban robando la vida;
Humareda enrojecida
Te envolvia en un sudario;
En un manto funerario
Las nubes te aprisionaban,
Y tus calles semejaban
Inmenso, lúgubre osario:

Una tumba, un cementerio
Eran aquellas viviendas
Donde ardorosas contiendas
Hallaron horrible imperio;
De hemisferio en hemisferio
Volaba tu inmensa gloria;
En cada piedra una historia
Quedaba esculpida ya,
Y en cada *palmo*, quizá
Una inscripcion mortüoria:

En pié ya no te quedaba
Un hombre, ni un parapeto;
Eras lívido esqueleto
Que sobre ruinas se alzaba;
El hambre te atormentaba,
La fiebre te consumia,
Y en tu homérica agonía
Aun murmurabas *¡atrás!*...
Un esfuerzo, un paso más,
¡Y otra Numancia caía!

Caiste, pero anegada
En un Océano humeante;
Caiste, pero jigante;
Caiste, mas no humillada:
Al cabo cede y se horada
Y se deshace la roca,
Y el recuerdo te coloca
Sobre tan alto esplendor,
¡Que hoy tu mismo vencedor
Para ser grande, te invoca!...

Venid, génios inflamados
De la ardiente fantasía:
Bañad á la pluma mia
En los recuerdos sagrados
Que viven aprisionados
En el fondo de mi sér,
Y dejadme conmover,
Arrebatar á las fosas
Aquellas sombras gloriosas
Que fueron rayos ayer...

Mirad... mirad cómo viene
Hácia nuestros horizontes,
Y cruza valles y montes,
Y en la cima del Pirene,
Vacilante, se detiene
Cual si en magnífica presa
Intentára por sorpresa
Caer como el huracan...
Es el génio de un Titan:
¡Es el águila francesa!...

Si en la Europa te has bañado
Como en sangrienta laguna;
Si, reina de la fortuna,
Con todos has batallado,
Y por doquier que has pasado,
Has batallado y vencido;
Si de tu vuelo temido
Intentas hoy otro alarde,
¡No es sobre un pueblo cobarde,
Es ante un pueblo dormido!...

Ya se agita el suelo ibero,
Ya se enrojece la esfera;
¡Venganza! se oye doquiera,
Doquiera cruge el acero;
Relincha el corcel guerrero,
Surge el rayo del cañon;
Tiembla el oscuro panteon,
Tiembla la altiva montaña;
¡Es el rugido de España!
¡El despertar del lëon!...

En vano le sorprendiste,
En vano le sujetaste;
Como la nube llegaste
Y como el rayo caiste,
Y, traidora, le pusiste
El hierro que le ataraza;
¡Pues deshacen la mordaza
Y el látigo y las cadenas,
Al sacudir las melenas,
Los lëones de su raza!

¿Pretendiste en un instante
Atar la España á tus piés?
¡Si es cada pueblo que ves,
Un muro de dïamante;
Cada español un jigante,
Cada pecho una montaña!
Huye á buscar en tu saña
Otros *Marengos* y *Jenas*;
¡Que no hay quien ponga cadenas
A los lëones de España!...

Tu garra al suelo la inclina,
Y no has de hacer que sucumba;
Volarás de tumba en tumba,
Volarás de ruina en ruina,
Y de aquel que te domina
Roto has de ver el pendon;
Que no siempre la ambicion
Esclaviza á la victoria,
¡Ni debe acabar la gloria
Lo que empieza la traicion!

En vano aquí desafías
Como intentando humillar;
¡Si no puedes despreciar!
¡Ni á tanto te atreverías!
¡Bien temiste que venías
A herir á un pueblo valiente,
Cuando el águila esplendente
A quien el rayo acompaña,
En las fronteras de España
Se arrastró cual la serpiente!

En vano negros crespones
Envuelven á la que fué
Altar de cristiana fé,
Señora de las naciones;
En vano empleas traiciones,
Y en desgarrarla te gozas:
Si la tierra que destrozas,
Que desangrándose está,
No tiene *Numancias* ya,
¡Aun puede dar *Zaragozas!*

¿Pretendiste domeñar
A un noble pueblo guerrero,
Las plantas del extranjero
Condenándole á besar?
Cadenas no ha de arrastrar,
O ha de romperlas al cabo,
El pueblo que lucha bravo
Y vence ó muere en las lides:
¡Sobre *Guzmanes* y *Cides*
No hay tierra para el esclavo!

Aguila que hundes gloriosa
Tu garra resplandeciente
Sobre inmenso continente
Que aterraste valerosa:
No te muestres codiciosa
Y el alto vuelo deten;
¡Que han resonado tambien
En las rocas del Moncayo
Los gritos del *Dos de Mayo*,
Los cañones de Bailén!

Ave inmortal que rutilas
Sobre enseñas tricolores,
Y en rayos deslumbradores
Has clavado las pupilas:
Avanza... ¿acaso vacilas,
Y tiemblas por vez primera?
Tú que arrancaste á la esfera
Las llamaradas del sol,
¡Tiembla ante el fuego español!
¡Que Zaragoza te espera!...

¡Cuadro grandioso, sublime,
Radiante de majestad!...
¡Cómo lucha la ciudad
Que sangriento acero esgrime!
Estrecho cerco la oprime,
Y se revuelve bravía,
Y lucha dia tras dia,
Y, sin noche de reposo,
Al enemigo animoso
Amedrenta y desafía!

Al herido, ensangrentadas
Mujeres prestan sus hombros,
Y sangre, y muertos, y escombros,
Y rugientes llamaradas,
Forman muros, barricadas,
Montañas al invasor,
Y al siniestro resplandor
Del incendio, entre clamores
El génio de los rencores
Aletea abrasador.

Todo es bravura y matanza,
Y la ciudad en su encono,
Parece el inmenso trono
Del ángel de la venganza;
El cañon en lontananza,
Como un eco funeral,
En latido colosal
Nuevos horrores anuncia,
Y allí á lo léjos pronuncia
Otra sentencia fatal.

Los nuestros, entre montones
De cenizas, resplandecen;
Entre las llamas, parecen
Fosforescentes legiones;
Y, no piedras, corazones,
El ejército francés
Mira extenderse á sus piés
En rojo y fúnebre mar...
¡Sólo así puede avanzar
Sobre el suelo aragonés!...

¡Cuadro aterrador, augusto,
Y de grandezas compendio!
¡A las llamas del incendio,
Sobre el cimiento robusto,
El edificio vetusto
Se abre en horrible estallido!
¡Muere el que cae vencido
Allá en el combate airado,
Y en cada *palmo ganado*
Queda un cadáver tendido!...

¿Qué son esas movedizas
Flotantes apariciones
Que atraes con tus cañones
Y tus humeantes cenizas?
¿Esas mil nubes rojizas
Que, sobre atmósfera impura,
Son límite de esa oscura
Anchurosa inmensidad
Y sorben la tempestad
Que en tus entrañas fulgura?

Son héroes que para hallarte
Digna rival de sus hechos,
Dejan los pálidos lechos
Y acuden á saludarte;
Son muertos que al escucharte
Desde sus tumbas gloriosas,
Sobre piedras silenciosas,
Ebrios de orgullo, temblaron,
Y para verte, dejaron
En raudo tropel las fosas.

Son *el ayer* de este suelo,
Son espectros vengadores
Que en luminosos vapores
Suben de la tierra al cielo;
Rojos fantasmas que el vuelo
Vienen tendiendo hácia aquí,
Para ver luchar por tí
A tus hijos generosos,
¡Para sentirse orgullosos
De verles luchando así!...

Al ronco fúnebre grito
Que se escapa de tu seno,
Y, como horrísono trueno,
Llena el espacio infinito,
Los sepulcros de granito
Crugen con sordo fragor,
Y ante el siniestro fulgor
De la tormenta que zumba,
Deja el primero su tumba
Alfonso el Batallador.

Pronto se agita á su lado
Otro monarca guerrero,
Fulgura Pedro Tercero,
De almogávares cercado;
Tambien la tumba ha dejado
Que eterna llama arrebola,
Aquella gloria española
Que el *Garellano* tiñó
De luz y sangre, y barrió
Al francés en *Ceriñola*.

Fosforescente huracan
De cien tumbas se desprende;
En el tropel que se extiende
Sobre tu rojo volcan,
Centellea aquel *Guzman*
Que apellidaron el *Bueno*:
Contempla, al posar sereno
Los ojos claros y fijos,
¡Si tiemblas al dar los hijos
Que te arrancas de tu seno!...

Cruge el inmenso *Escorial:*
En su sagrado recinto
La sombra de Cárlos Quinto
Deja el lecho sepulcral,
Y, ¡vive Dios! no hace mal
En elevarse bravía
A ver si tanta energía
Hace bajo tus pendones
Renacer á las legiones
Que lidiaron en *Pavía!*...

El rey Felipe Segundo,
Aquel que aterró á la Francia,
Tambien la lúgubre estancia
Dejó de un nicho profundo,
Para ver si áun tiembla el mundo
Ante nosotros ruïn,
Si cual fiero paladin
Te corónas de arreboles...
¡Si áun nos quedan españoles
De aquellos de *San Quintin!*...

Aun, ¡vive Dios! luchan bien,
Con asombroso ardimiento,
Y luchan diez contra ciento,
Y uno sólo contra cien...
De los sepulcros, tambien,
Surge otro Felipe ya,
Y ese, trémulo, querrá
De nuevo oïr los rugidos
Con que caían heridos
Los lëones en *Rocroi!*...

Esos de lívida frente,
Que extrañas frases murmuran,
Y más siniestros fulguran
En el tropel que se siente
Quemar sobre el fuego hirviente
Que en tus nobles venas arde;
Y bendicen el alarde
Que heróico das á los vientos,
¡Son los fantasmas sangrientos
De Däoiz y de Velarde!

Llegan á ver si la presa
Que se disputan con saña,
De entre las garras de España
Roba el águila francesa:
Si la ciudad que no cesa
De lanzar rayo tras rayo
Ante el cobarde desmayo
De la Europa vacilante,
¡Consigue vengar bastante
La sangre del *Dos de Mayo!*...

La sangre corre á torrentes,
A mares la sangre corre...
Allá vacila una torre
Y rueda sobre valientes,
Y oleadas de combatientes
Hunde en eterno reposo;
Allá el cañon tembloroso
En rugidos se desata,
Y allá el acero que mata,
Cuerpos empuja hácia el foso:

Allí rojiza palestra
De hirvientes restos se alfombra
Bajo un combate que asombra
Y heróicos guerreros muestra;
Allí otra alfombra siniestra
Cubre la verde campiña,
Miéntras la azada escudriña
Y busca dónde enterrar,
Bajo el tétrico aletear
De las aves de rapiña:

Allí negra nube flota
Como espectro funeral
Sobre el humeante raudal
Que de cien heridas brota;
Allí una cureña rota
Y cuerpos despedazados;
Allí enemigos callados
Que forman un grupo inerte,
Que en el sueño de la muerte
Se confunden abrazados:

Allí hácia un antro profundo
Rodar un muro, amenaza;
Allí un valiente se abraza
A su enemigo, iracundo,
Y le abraza moribundo,
Y de abrazarle no cesa
Hasta lograr que á la hüesa
De un abismo se derrumbe,
¡Cual la fiera que sucumbe
Sin querer soltar la presa!

Allí fúnebres tañidos
De funerales campanas,
Y brotan moles humanas
De escombros enrojecidos,
Como fantasmas surgidos
De las fáuces del Averno,
Y por las calles eterno
El incendio se derrama,
Y en una homérica llama
Parece abrirse el infierno:

Allí avanza contra mil
Un puñado de valientes;
Allá mujeres dolientes
Dan ejemplo varonil;
Allí humeante proyectil
Deja el exterminio en pos;
Allí un ministro de Dios
Acerca, herido, una cruz
Al moribundo, y de luz
Baña el incendio á los dos:

Allí, cual de áspera falda
De un monte henchido de abrojos,
Brota de espesos despojos
La sangre que el suelo escalda;
Allí te muestran la espalda
Aquellas huestes marciales
Que en cien batallas campales
A la Europa amedrentaron,
Y por Egipto pasearon
Sus banderas inmortales:

Allá el enemigo acecha
Como tigre carnicero;
Allá indómito guerrero,
Erguido frente á la brecha,
Empuña rojiza mecha,
Y ante el cañon rueda inerte,
Y una mujer brava y fuerte
Al bronce se precipita,
Y arde el cañon y vomita
Nube de rayos y muerte:

Allí creciente matanza,
Interminable alarido;
Allá el Ebro, embravecido,
Parece que al aire lanza
Grito eterno de venganza
En oleadas borrascosas;
Allí frentes sudorosas,
Allí rezos funerales;
Allá inmensos hospitales,
Allá interminables fosas:

Y allá la Vírgen Sagrada,
Sobre el augusto *Pilar*,
Parece que, al abarcar
De una jigante mirada
La ciudad ensangrentada
Y de horrible cerco presa,
A la gente aragonesa
Que á sus piés ruge y palpita,
Eternamente le grita:
¡Yo no quiero ser francesa!...

Por donde quiera en tropel
Los enemigos asoman;
Las viviendas se desploman,
El hambre hostiga crüel;
Ya en el guerrero corcel
Busca el sitiado el sustento;
Y arden las fiebres, y el viento
Con los restos se envenena
Que insepultos en la escena
Yacen de un drama sangriento.

Y deja, nunca amenguando
El asombroso heroïsmo,
Nueva sangre el patriotismo
Sobre un altar venerando:
Unos se cansan matando,
Otros descansan muriendo,
Y en el crepúsculo horrendo
De otra lucha despiadada,
A crugir vuelve la azada
Más cadáveres pidiendo!

Y más cadáveres rojos
Vé la fosa, que se extiende
Hasta que el sol la sorprende
Pidiendo nuevos despojos;
Y amortiguados enojos
Vuelven de nuevo á estallar;
Y ya se vuelve á luchar,
Y han de volver á rugir
Miéntras se pueda morir
O algo quede por matar!

Y se lucha con más ira
Y con más saña se hïere,
Y junto al bravo que muere
Allá en la tarde que espira,
Más surcos pálido mira
El vivo en la tierra abiertos,
Y tantos despojos yertos
Otra vez la azada entierra,
Que ya no sabe la tierra
Cómo tragarse los muertos!...

Esas que acuden ardientes
A socorrer al herido
Sobre un campo enrojecido
Por hervorosos torrentes;
Esas que á mil combatientes
Incitan, en su altivez,
A la pelea otra vez
Contra el audaz extranjero;
Y el ronco clarin guerrero
Escuchan con avidez;

Esas que ven las auroras
Y las noches aflictivas
Sucederse, en luchas vivas
Y escenas desgarradoras;
Que latiendo vengadoras,
Concitan á la pelea,
Y al negro cañon que humea
Se acercan con pecho fuerte,
Miéntras un soplo de muerte
Alrededor centellea;

Esas que pasan corriendo
Hácia el campo de batalla;
Esas que ven la metralla
A sus piés caer hirviendo;
Esas que el bélico estruendo
De las armas alboroza;
Esas que el plomo destroza,
¿Son mujeres ó qué son?...
¡Son las bravas de Aragon!
¡Las hijas de Zaragoza!...

¡Cómo sus brazos enlazan
Amantes á los esposos
Que en combates victoriosos
Al enemigo rechazan!...
Muchas son madres, y abrazan,
Y besan á un hijo yerto;
Algunas lloran, es cierto...
¡Mas lloran de no tener
Ya más hijos que ofrecer
A la tierra donde han muerto!

¡Bravas mujeres! ¡Honor
A la madre, á las esposas
Que saben dar valerosas
Los pedazos de su amor!
No avanzará el invasor
Sin que vacile, y se asombre,
Y con sus muertos alfombre
La cuna de tales séres;
¡Que de tan bravas mujeres
No nace cobarde el hombre!...

Miradlas... A todas horas
Ven el cerco más estrecho;
¡Cómo presentan el pecho
A las balas matadoras!
Son las dignas sucesoras
De aquella *Numancia* fiera,
De aquella raza altanera
De madres que no temblaban,
¡Que sin temblar se arrojaban
Con sus hijos á la hoguera!...

Jigantesco torbellino
De mortales resplandores
Contemplan los invasores
Oponerse á su camino:
El nombre de *numantino*
Espanto fué del romano;
Así su ardor sobrehumano
Mira extinguido el francés
Al nombre de *aragonés*,
Con decir *¡zaragozano!...*

Siguen las luchas airadas
Entre sombras y alaridos,
Y haces de muertos y heridos
Forman nuevas barricadas;
Las banderas, desgarradas
Por el plomo matador,
Ondean entre el fragor
Del siniestro batallar,
Y convidan sin cesar
A morir, al defensor.

Muchos caen, y al caer
Centuplican el denuedo
De corazones que el miedo
Jamás hizo estremecer;
No tiemblan ante un poder
Que avasalla artero y ducho;
Roto el último cartucho,
Sienten miedo al combatir,
¡Pero es miedo de morir
Sin haber matado mucho!

Antes que *un palmo* le cedan,
De sangre hervirá cubierto;
Muchos valientes han muerto
Y han de morir los que quedan;
Al plomo otros bravos ruedan,
La sangre vertida es mucha;
Mas ya el enemigo escucha
Un grito que el ódio arranca,
El grito de *¡al arma blanca!*
¡El grito de horrenda lucha!

Sin reparar que hácia mil
Avanzan tan sólo ciento;
Arrojando, en su ardimiento,
El rojo humeante fusil,
Y con anhelo febril
La mano hundiendo en las fajas,
¡Cuánta sangre, y cuántas bajas,
Y cuánta gloria, despues
De rodar sobre el francés
Un huracan de navajas!

Sobre las filas espesas
Rodando aquel torbellino,
Olas de fuego divino
Surgian de entre pavesas:
Las baterías francesas
Servidas por fuertes brazos,
En el *Norte* á metrallazos
Sabian barrer naciones,
¡Y Aragon esos cañones
Los barría á navajazos!

En el *Norte* á Napoleon
Podian sus mariscales,
Dando batallas campales,
Ofrecerle una nacion;
Pero en el fiero Aragon
Dice esa gente tan fiera:
«Gané la casa primera,
La segunda conquisté;
¡Ignoro si llegaré
A conquistar la tercera!»

¡Oh Ciudad que haces hablar
A los más bravos así!
Para conquistarte á tí
Y hasta tu seno avanzar,
Tiembla el águila que hollar
Quiso el suelo aragonés,
Y arrastrándose á tus piés
Quien siempre venció en un dia,
Aquí vencer no confía
Luchando un mes y otro mes.

¿Y cómo los sitiadores
Han de humillar tu valor
Con la enseña tricolor
Que ya empañó sus fulgores,
Ni los rudos vencedores
De Europa y de Asia, vencerte?...
¡Si se estremecen al verte
Desgarrar sus estandartes,
Y, rotos tus balüartes,
Rugir pidiendo la muerte!

¡Si entre las llamas, bravía
Sigues luchando y rugiendo,
Y, nueva sangre escupiendo
Con delirante porfía,
Al alumbrar tu agonía
La luz de los fogonazos,
Ante *Francia* con tus brazos
Te abres las entrañas rojas,
Y con tus hijos le arrojas
El corazon á pedazos!

¡Si hay tras los muros abiertos
Que la metralla derriba,
Montones de carne viva
Y barricadas de muertos!
¡Si los más bravos y expertos
Se estrellan contra esa valla,
Y no sirve la metralla,
Y al francés, que no te arredra,
Cuesta un hombre cada piedra,
Cada piedra una batalla!...

¡Si á cada batalla el mundo
Saluda inmenso heroïsmo,
Y cada lucha es abismo,
Todo un infierno iracundo
En que Aragon moribundo
Se retuerce con más saña,
Y escupe hirviente montaña
De despojos palpitantes,
Y de homéricos jigantes
Convierte en sepulcro á España!...

Cada lucha fué grandioso
Poëma de sangre y gloria,
Y si al grito de ¡victoria!
Las legiones del *Coloso*
Daban cual mar borrascoso
En tu seno un paso más,
Temblaba el suelo, y jamás
Más de otro paso avanzaban,
Y hasta los muertos se alzaban
Para gritarles ¡atrás!...

Al acero y al cañon,
Al hambre, á soplos insanos,
Los rudos zaragozanos
Resistiendo con teson,
Morian como el lëon,
Que cuando muere, destroza:
Los viejos, la gente moza,
Todos, de suerte morian,
¡Que aquellos muertos hacian
Inmortal á Zaragoza!...

Acaso se rasgarán
Mañana grandiosos lazos
Y los orbes á pedazos
Por la esfera rodarán;
En polvo se desharán
Las montañas de granito;
¡Pero en el cielo infinito
Donde hubo un sol español,
Por Dios, en vez de aquel sol,
Quedará tu nombre escrito!...



EN LA MUERTE

DE MI SOBRINO VÍCTOR.

¡Llora el alma, siento frio!...
¡Con qué terrible porfía
El mal te desgarra impío!
¡Cuánto sufres, ángel mio!
¡Cuánto dura tu agonía!
¡Con qué penosa ansiedad,
Tu vista se clava en mí!
Tus ojos, mirando así,
Están pidiendo piedad,
¡Y no hay piedad para tí!
Esas supremas miradas
Piden al cielo clemencia;
Tus manecitas crispadas
Quieren romper las pesadas
Cadenas de la existencia.
¿Bastante no has expiado,
Con tan cruel padecer,
Tus faltas, hijo adorado?
¿Acaso es tan gran pecado,
Tan gran delito el nacer?..

¿Dónde están aquellas galas
De ese rostro ya marchito?...
¿Quizá el espíritu exhalas?...
¿Acaso tiendes las alas
Hácia el espacio infinito?
¡Hijo del alma! ¿Te vas?
¿El cielo á robarte viene
De ese lecho donde estás?...
Si tantos ángeles tiene,
¿Para qué quiere uno más?

—

Fulgor de ilusiones eras,
El amoroso destello
De esperanzas hechiceras;
¿Y qué mucho que lo fueras
Si eras tan dulce y tan bello?
Blanco cual orla de espumas,
Yaces en sueño fatal,
Como en oscuro breñal
Duerme el ave cuyas plumas
Aniquiló el vendaval...
Deja que llore, que aspire
La muerte en tu faz rugosa;
Que en mi agonía ardorosa,
Con toda el alma te admire
Y bese tu frente hermosa.
¿Y el rostro que marchitó
Un soplo fúnebre, es éste
Que baño en lágrimas yo?...
¡A iluminarle bajó
Una sonrisa celeste!...

¡Qué bello estás! ¡El reposo
De la muerte te rodea!
¡Angel mio!... Estás hermoso
Como el astro luminoso
Que entre brumas centellea.
¡Parece que estás dormido!
Mil flores sin ufanía
Cercan tu cuerpo abatido...
¡Un dia sólo has vivido!
¡Las flores viven un dia!

—

¡La hora suprema ha llegado!
¡Al abrazo delirante
De tus padres te han robado!
Mas yo seguir á tu lado
Debo hasta el último instante.
¡Oh dulces glorias de ayer!
¡Sarcasmos de amarga suerte!...
¡Cuán presuroso correr
Para venir á caer
En la ciudad de la muerte!
¿Qué soledad! ¡Cuánto frio!...
Antes de quedarte preso
En ese abismo sombrío,
Quiero en tu rostro, ángel mio,
Dejar el último beso.
¡Encantos que se evaporan
Con ese blanco tesoro!
¿Ni áun mis pupilas coloran?...
Otros con los ojos lloran:
¡Yo con el alma te lloro!

Algo del sér me han herido...
¡Esos golpes!... ¡Qué hondos son!...
Esos golpes... ese ruido
No ha resonado en mi oïdo:
¡Resuena en mi corazon!...
¡Y cuánto el mármol resiste!...
¡Oh siniestras paletadas!...
¡Ya para siempre te hundiste
En aquel abismo triste
Que te roba á mis miradas!

—

Me voy... ¿escuchas quizás?
Te dejo, alma mia... adios...
¡Qué solo te quedarás!
Pero en el nicho no estás:
¡Estás allí... junto á Dios!...



JERÓNIMO BORAO. [1]

Aunque de triste pobreza
Mis elegías vestí,
La luz primera no ví
En suelo de tal belleza;
No extrañe tanta grandeza,
No extrañes, astro fecundo,
Venga con duelo profundo
A honrarte en este proscenio;
Porque la patria del génio
No es Aragon, es el mundo.

Si son los jugos que doy
De mis angustias resúmen,
Y si regalo á tu númen
Cuanto valgo y cuanto soy,
¿Acaso me encuentras hoy
En mi humildad, arrogante?
¿Acaso no soy bastante
Para honrar un mausoleo?
¿Cómo se crece el pigmeo
Sino admirando al jigante?

(1) Esta composicion fué leida en el «Teatro Principal» de Zaragoza, despues de haberse representado el drama «D. Alfonso el Batallador», original del malogrado vate aragonés.

Aunque falta de valía,
La que mi pecho derrama
Es, tan ajena á la fama,
Insonora pöesía,
¿Comete la lengua mia
Aquí una profanacion?
Noble tierra de Aragon,
¿Podrás despreciar mi acento?
¿Qué importa falte talento
A quien sobra corazon?

Tus cantos, ¡oh cisne! oí,
Y contemplé tu virtud,
Y allá en oscuro ataud
Blanco cadáver te ví.
Lo que en el alma sentí
Al mirarte mudo y frio,
No podrá en el lábio mio,
En mi aliento condensarse,
Como no puede abarcarse
La inmensidad del vacío.

Bien puede llorar al pié
De ese triste mármol yerto,
Quien no tiene el pecho muerto
Ni muerta tiene la fé.
Si yo cantarte no sé,
Sé sentir y sé llorar,
Y quisiera al recordar
Aquellos mudos despojos,
Sentir correr por mis ojos
Las amarguras del mar.

Ciudad que altiva fulguras
Como las llamas del sol
Y al firmamento español
Eterna lumbre aseguras;
Cuyas régias hermosuras
El orbe entero pregona:
¡Oh deslumbrante matrona
Que venciste en mil combates!
Forman guerreros y vates
Las perlas de tu corona.

La ciudad que ejemplo fuera
De valor y de constancia,
Con asombrosa arrogancia
Dijo al águila altanera:
«Si pasaste por doquiera
Y tu garra al mundo holló,
Que pases no quiero yo,
Y de aquí no pasarás.»
Zaragoza dijo «¡atrás!»
Y, ¡vive Dios! no pasó.

La ciudad que con sus hechos
Asombro fué en cien batallas;
Y cuyos hijos, murallas
Oponen siempre en sus pechos,
Con horizontes estrechos
No limita su poder;
Y si en el campo al vencer
Pudo laurel conquistar,
Tambien consiguió ganar
Las batallas del saber.

No volador metëoro
Que sólo brilla un momento,
Sino eternal monumento,
Maravilloso tesoro,
En sus páginas de oro
Te lleva escrita la historia;
Pues, para eterna memoria,
Justicia fueron tus leyes,
Siervos de la ley tus reyes,
Esclava tuya la gloria.

Entre los ígneos fulgores
De tus glorias más preciadas,
Entre tus luces doradas
Y tus espléndidas flores;
Entre los hijos mejores
Que te supieron honrar,
Uno vimos centellar
Y centellando le vemos,
Por más que muerto lloremos
Al que tanto quiso amar.

¿Quién no sintiera tras él
Huïr algo de su vida?
¿Quién no llora al ver herida
La flor del gayo verjel?
¿Quién no derrama laurel
Sobre ese altar sacrosanto?
¿Quién no rinde al que fué encanto
De esta ciudad, una palma?
¡Qué mezquina tendrá el alma
Quien no se deshaga en llanto!

¡Oh Zaragoza eminente
Que en flores hundes las plantas
Y la cabeza levantas
Hasta tocar con tu frente
El astro resplandeciente
A quien nueva lumbre das!
No debes morir jamás
En las alturas del arte:
Hoy para inmortalizarte
Ya tienes un muerto más.

Vísteis esa crëacion,
Aplaudísteis ese drama
Donde á torrentes derrama
El génio su inspiracion;
Joya que añade Aragon
A una corona jigante,
Con cuya luz deslumbrante,
Con cuyos áureos florones
Tuvieran muchas naciones,
Para ser mucho, bastante.

No en vano al autor le dísteis
Aplauso conmovedor;
Que al aplaudir al autor,
Vuestra grandeza aplaudísteis.
¿La mágia en él no sentísteis
Del glorioso paladin?
Rendidle aplausos sin fin;
Que venció en honrosa lidia:
Sólo no aplaude la envidia,
La envidia sólo es ruïn.

Miéntras nosotros venimos
A rendir un homenaje,
Y encandecido lenguaje
A las lágrimas pedimos;
Miéntras de flores cubrimos
Ese blanco monumento,
Allá en otro mundo exento
De límites y de vallas,
Quizá el rey de las batallas,
Salúda al rey del talento.

¿Quién sabe si del pasado
Algo grandioso nos vé,
Si vuestro aplauso no fué
Desde una tumba escuchado;
Si al sentirse retratado
Por pincel de tal valor,
Aquel rey dominador
Más gloria á raudales bebe,
Si en la tumba se conmueve
Alfonso el Batallador?

Á MI AMADO TIO JOAQUIN.

¿Tu cuerpo yace sin vida?
¡Sin vida tú! ¿Será cierto?
El mundo dice que has muerto,
Que has volado á otra region;
Y el pecho mio lo niega
En su gemido profundo:
¡Que estás llenando otro mundo,
El mundo de un corazon!

—

De tí, de ese cuerpo helado,
Bien podrá decir el hombre,
Que ya sólo queda un nombre
En la terrena mansion;
Pero yo sé que se engaña;
Pues al verte moribundo,
Para ofrecerte otro mundo,
Te encerré en mi corazon.

—

Aunque aseguran que has muerto
Y el padecer nos contrista,
Vivirás miéntras yo exista
Y lata en mí la pasion;
Sólo conmigo, podría
Robarte un soplo iracundo...
¡Cuando yo salga del mundo,
Saldrás de mi corazon!

—

Y si es verdad que mi pecho
En sus abismos te encierra,
¿Te hará falta de la tierra
La engañadora ficcion?
¿No tienes sitio bastante
En este lugar fecundo?
¿Acaso es más grande el *mundo*
Que el mundo de un corazon?...

Á TÍ.

Si los arroyos ante tí se niegan
Las cañas y los juncos á platear,
Es que las perlas que al verjel entregan
No pueden con las tuyas igualar.

Si el manso rio de corriente pura
A herir tus plantas borrascoso fué,
Sería que humillada su blancura
Vió al acercarse á tu nevado pié.

Si alguna flor risueña y perfumada
A tu boca llevaste con amor,
Y la viste en tus labios marchitada,
Fué que de envidia agonizó la flor.

Si el cielo azul que se ostentó sin velos
Se envuelve en manto de sombrío tul,
Es que se cubre por no ver dos cielos
De sempiterno fulgurar azul.

Si tus pupilas, tristes y llorosas,
Se acercaron al mar alguna vez,
Quizás vería perlas más hermosas
Que las suyas, rodando por tu tez.

Y si el mar á tus labios virginales
Amargas olas arrojó quizás,
Llegaría pidiéndoles corales
Que en sus entrañas no guardó jamás.

Cuando á tu lado, en su feraz retiro,
El ave que cantaba enmudeció,
De tu garganta acaso algun suspiro
Brotar más dulce que su lengua, oyó.

Cuando de triste solitaria roca
Veas dos aves hácia tí volar,
En el jardin florido de tu boca
Acaso busquen sitio en que anidar.

Cuando se nubla la dorada esfera
Y las campiñas pierden su matiz,
En tu rostro la hermosa primavera
Sigue mostrando su esplendor feliz.

Cuando los montes de su cima helada
Desprenden un arroyo musical,
El resplandor de tu gentil mirada
Deshace el hielo en bullidor raudal.

Cuando veas secarse el arroyuelo
Que brillaba cual sierpe de zafir,

Piensa que el dulce manantial en hielo
Con tus desdenes sabes convertir.

Cuando tiemblen las rosas á tu paso
Cual si perdieran un soñado bien,
En tu semblante malicioso, acaso
De la sonrisa brotará el desden.

Y si en negro horizonte se divisa
Al iris serenar la inmensidad,
Es que asomó en tu boca una sonrisa
Y aplaca la rugiente tempestad.

Si de celestes soledades bellas
A las estrellas contemplaste huïr,
Fué que nunca pudieron las estrellas
Con la luz de tus ojos competir.

Si los mágicos cielos españoles
Has visto alguna vez sin arrebol,
Es que, envidioso de mirar dos soles,
Al fin se nubla y palidece el sol.

Y si un dia abrasada mariposa
Del fulgor de tus ojos no me ves,
Será que, muerto, cubrirá una losa
Al que de amores suspiró á tus piés...

Mas como entónces, al morir la tarde,
Vayas de un mármol á besar la cruz,
Hasta el fondo del nicho que me guarde
Penetrará maravillosa luz.

Como en el hielo de la tumba mia
Poses tus labios una vez no más,
En esplendente caloroso dia
La noche del sepulcro trocarás.

Y no te olvides de dejar tus besos
Todas las noches sollozando allí;
Que al acercarte, crugirán mis huesos
Y yo de amor me abrasaré por tí.

Miéntras alumbres la mansion que inflamas
Te aguardaré en aquella soledad,
Y cuando mueras, se unirán dos llamas
Para arder en azul eternidad.

Entónces, sin raquíticos placeres,
Sin dolor, sin mañana, sin ayer,
En las alturas flotarán dos séres
Para siempre fundidos en un sér.



TUS HIJAS.

Á MI AMIGO DEL ALMA D. EUGENIO ESCARTIN.

COMPRENDO la adoracion
Que profesas á tus hijas;
Que en el sér las lleves fijas,
Donde luz y aroma son.
Pues tienen tu corazon,
Contigo tal semejanza,
¿Quién á honrar humilde alcanza
A esas purísimas flores
Del jardin de tus amores,
Del árbol de tu esperanza?

Por el color, azucenas,
En el perfume son rosas;
Tan amantes como hermosas,
Tan hermosas como buenas.
De los jugos de tus venas
Surgió celeste alïanza,
Que la bondad se afianza
Cual la belleza, en las flores
Del jardin de tus amores,
Del árbol de tu esperanza.

Pueda aquí su gentileza
Crecer con la dicha tuya;
Ni tanto amor disminuya,
Ni amengüe tanta belleza.
Nunca el hombre en su bajeza
Las impulse á la venganza,
Ni nunca odiosa asechanza
Manche el cáliz de las flores
Del jardin de tus amores,
Del árbol de tu esperanza.

Y si al sentir un vacío
Ante amoroso arrebol,
Piden un rayo de sol,
Una gota de rocío;
No venza interés sombrío
En el fiel de la balanza,
Ni jamás antigua usanza
Marchite á las libres flores
Del jardin de tus amores,
Del árbol de tu esperanza.

No llegues jamás á verlas
Arrancadas del verjel
Por algun soplo crüel
Que goce en escarnecerlas.
Aquí rocío de perlas,
Allá bienaventuranza
Se merece la crianza
Que dar supiste á las flores
Del jardin de tus amores,
Del árbol de tu esperanza.

No importa que llegue artera
Y otros encantos te mate,
Y tesoros arrebate
Y cuanto vive y espera,
La deidad que reina fiera
Sin adormirse en la holganza;
Pero que, al ménos, tardanza
Muestre en llegar á las flores
Del jardin de tus amores,
Del árbol de tu esperanza...

Cuando verdor y raudales
Y frescas auras desees,
Y el espíritu pasees
Por inmensos arenales;
Cuando te acosen los males
Con ardorosa pujanza,
Busca al delirio templanza
En el beso de las flores
Del jardin de tus amores.
Del árbol de tu esperanza.

Cuando crucen por tu mente
Nubes de alegre matiz;
Cuando te sientas feliz
Y acaricies sonriente;
Cuando ilumine tu frente.
Un rayo de bienandanza,
Busca sin desconfianza
Otra sonrisa en las flores
Del jardin de tus amores,
Del árbol de tu esperanza.

Si un dia á soplo traidor
La cabeza inclinas mustia,
Y tu espíritu se angustia
Como en crüel torcedor;
Si el huracan del dolor
A un mar hirviente te lanza,
Busca puerto de bonanza
En el seno de las flores
Del jardin de tus amores,
Del árbol de tu esperanza.

Si en triste y caduca edad
Llegases mañana á verte,
A los brazos de la muerte
Tendiendo tu ancianidad;
Si una sombría deidad
Ves alzarse en lontananza;
Si hácia tí la muerte avanza,
Cerquen tu lecho las flores
Del jardin de tus amores,
Del árbol de tu esperanza.

Si al verte anegado así
En casto y vívido aroma,
La muerte al fin se desploma
Implacable sobre tí;
Si por robarte de aquí
A tu lecho se abalanza,
Ten la dulce confianza
De ver llorar á las flores
Del jardin de tus amores,
Del árbol de tu esperanza.

Tu nombre en la tierra escrito
Por dos flores quedará,
A soterrarse no irá
Bajo insensible granito.
Si Dios, si un soplo infinito
A los espacios te lanza...
¡Allá la eterna bonanza,
Aquí te honrarán las flores
Del jardin de tus amores,
Del árbol de tu esperanza!



IMAN DE UN AVE.

Pasó el estío—de llamas rojas,
Llegó el otoño—con sus neblinas;
Buscando flores—y verdes hojas,
Cruzan el éter—las golondrinas.

Huyen rozando—nuestra ventana;
La más hermosa—se ha detenido,
Miéntras se alejan—las que mañana
Tal vez descansen—en dulce nido.
¿Por qué no quiere—seguir errante,
Ni, cual las otras,—veloz camina?
¿No tiene brios,—no tiene amante
Por quien suspire,—la golondrina?

¿Por qué, emigrando—del crudo hielo
Que al árbol priva—de su fragancia,
Esa avecilla—detiene el vuelo
En la ventana—de nuestra estancia?
No es el ornato,—no es la riqueza
Quien la detiene,—quien la fascina;
Es que se asombra—de tu belleza,
Es que te ha visto—la golondrina.

Pasó más cerca—de tu hermosura
Y de tu rostro—quedó prendada,
Enamorada—de tu dulzura,
Y de tus ojos—enamorada.
Buscaba amparo—la viajera
En tierra fértil—y purpurina,
Y encantos halla—de primavera
En tus hechizos—la golondrina.

Cuando las alas—de brisa suave
Acariciaban—de nuevo al prado,
A las campiñas—tornaba el ave
Tal vez en busca—de un sér amado.
Muertas las flores—del valle ameno,
Muertas las pompas—de la colina,
En mi ventana—luz á tu seno
Pedía siempre—la golondrina.

Hoy el engaño—que me arrebata
Todas las dichas—de un cielo hermoso,
Oscuro reina,—mujer ingrata,
En este pecho—que late ansioso.
Llega la noche;—pálida luna
Platea el bosque,—la triste ruina;
Ultimo resto—de mi fortuna,
Huyó contigo—la golondrina.

Hoy, olvidado—tu juramento,
Por tus engaños—mi dicha muerta,
Pasa el estío,—solloza el viento.
Y mi ventana—miro desierta.

Igual ornato—mi estancia tiene,
Cubre á los cielos—igual neblina;
Llega el otoño,—pero no viene
A mi ventana—la golondrina.

La primavera—de nuevo viste
Los horizontes—de azul y grana,
Y de ilusiones—mi pecho triste
Está desierto—cual mi ventana.
Crudos rigores—hieren la selva,
Tu rostro ardiente—no me ilumina;
Vuelve á mis brazos,—y harás que vuelva
A mi ventana—la golondrina.

Vuelven las flores—á henchidas ramas,
Y un nuevo otoño—desnuda al suelo;
Doran el éter—candentes llamas,
Y luego torna—punzante hielo.
Del hielo rompen—los frios lazos
Otros torrentes—de luz divina,
Y tú no vuelves—nunca á mis brazos,
Ni á mi ventana—la golondrina.

Pero ninguno,—ninguno sabe
Tus resplandores—dar al olvido:
Por fin ha vuelto...—te busca el ave
Como buscamos—el bien perdido...
¡Y quién de un alma—jamás serena,
Podrá arrancarme—sangrienta espina,
Si, por no verte,—murió de pena
En mi ventana—la golondrina!...

THIERS.

—

Á FRANCIA.

HOY que en amargo tormento
Un pueblo se arrastra herido
Y se inclina dolorido
A besar un monumento;
Que en las regiones del viento
Un eco de muerte zumba;
Que algo inmenso se derrumba
Sobre esa tierra enlutada;
Que una nacion desdichada
Solloza sobre una tumba:

Hoy que te miro llorosa
Ante un sepulcro posarte
Y delirar y agitarte
En convulsion angustiosa,
No extrañes, Francia orgullosa,
Cuyas desdichas venero,
Que cual eco lastimero
Mi pobre lira resuene;
Pues si altar el mártir tiene,
Lo tiene en el orbe entero.

Ardiendo en la fiebre aguda
De delirante contienda,
En demanda de una ofrenda
Al verjel tu mano acuda.
Verdes campiñas desnuda,
Desnuda de aroma el prado;
Sobre ese mármol nevado
Deja tus galas mejores;
Que no morirán las flores
Donde hay un sol enterrado.

De la muerte aborrecida
Sientes el fúnebre encono,
Que lo mismo llega al trono
Que á la choza desvalida;
Bajas la frente abatida
Al sumirte en la orfandad,
El génio que, de su edad
Cruzando los rudos mares,
Quemó incienso en los altares
De la vírgen libertad.

Tu amargura se desata
En estallido grandioso
Al ver perdido el coloso
Que la muerte te arrebata.
Lloras porque fuiste ingrata
Y comprendo tu pesar;
Si la mancha hay que lavar
Con amarguísimo riego.
¡Qué inmensidades de fuego
Y de sangre has de llorar!

Hay oro donde se escriben
Las vidas que gloria adquieren;
Hay hombres que nunca mueren,
Hay muertos que siempre viven,
Que nueva vida reciben
En la conciencia del hombre,
Para que exista y asombre
A la gente venidera,
Y sin que el mundo no muera
No llegue á morir un hombre.

El jigante que te amó
Con un amor tan intenso,
Era sublime, era inmenso,
Hácia lo inmenso voló;
Pero su nombre quedó
En la humanidad grabado,
Para que, vivo el pecado
Que pudiste consumar,
¡Nunca llegues á olvidar
Que le tuviste olvidado!

Despues de haberte servido
Como lëal caballero
Contra temido extranjero
Y otro adversario temido,
Le relegaste al olvido
Más injusto y más crüel.
¡Noble te portas con él!
¡Gran ofrenda le destinas!
Vivo, le ofreciste espinas;
¡Muerto, le ofreces laurel!

Para génio de esa talla
¿Qué laurel debe bastar?
Cuando te vió caminar
Hácia una pérfida malla,
Quiso oponerse, cual valla
A torrente asolador;
Por él á yugo opresor
No ves tu cerviz sujeta;
Que fué primero profeta
Y luego fué redentor.

No olvides, ¡oh Francia hermosa!
Al más grande de tus hijos;
Ten siempre los ojos fijos
Sobre la tumba gloriosa
Donde un coloso reposa
Convirtiéndola en sagrario...
¡Profeta, de visionario
Le tachó la multitud;
Redentor, tu ingratitud
Le dió tambien un Calvario!

Por tu culpa sin medida,
¡Oh Francia! no te maldigo;
Tiene bastante castigo
Tu ingratitud maldecida.
No has de volverle á la vida;
¿De qué te sirve llorarle?
¡Basta el castigo de amarle
Por sus muertos esplendores,
Y saber que aunque le llores
No puedes ya recobrarle!...

Si hoy un pueblo, irresoluto,
Se deshace en amargura,
Sobre nívea sepultura
Dejando ardiente tributo;
Si Francia viste de luto,
Se envuelve en negro crespon,
Tan honda, inmensa afliccion
A las naciones no asombre:
Que á veces es la de un hombre
La muerte de una nacion.

Setiembre, 1877.



AYALA.

AL SEÑOR DON VÍCTOR BALAGUER,

COMO HOMENAJE DE RESPETO Y DE ACENDRADO CARIÑO.

VED á esa gente cubriendo
Toda una extensa carrera;
¿Qué la detiene, qué espera?
¿Qué están sus ánsias diciendo?
¿Qué dice el fúnebre estruendo
De cien bocas de metal?
¿El aparato marcial
De ese cortejo grandioso?
¿Ese pueblo silencioso?
¿Esa tristeza mortal?

Esos gemidos que lanza
El bronce tendido á vuelo,
Como si al pálido cielo
Pidiesen una esperanza;
Ese cortejo que avanza
En imponente actitud;
Esa triste multitud
Anuncia que Ayala ha muerto,
Y que está un sepulcro abierto
Aguardando un ataud.

Aromas de áureos verjeles
El etéreo ambiente anegan;
Ya se aproximan, ya llegan
Empenachados corceles;
En un monton de laureles
Yace una flor marchitada;
Sobre carroza enlutada
Camina un muerto á una fosa
Que honra á esta tierra, orgullosa
De su grandeza pasada.

El muerto aléjase ya;
De laurel es la mortaja;
Mirad: en aquella caja,
Envuelto en coronas, vá
Un muerto que vivirá
Miéntras viva la nacion
Donde hoy anuncia el cañon
Que áun quedan astros brillantes
En la patria de Cervantes
Y cuna de Calderon!...

El estruendo militar,
El crugir de los aceros,
Esos acordes guerreros
Que resuenan sin cesar,
Se confunden para honrar
En el tribuno al atleta;
Pero esa sombría y quieta
Muchedumbre reverente,
Al saludar tristemente,
Saluda al génio, al pöeta.

Todos se sienten heridos
Por angustioso dolor,
Que llega en amargo hervor
A los ojos encendidos;
Todos bajan conmovidos
Ante un muerto la cabeza:
¡Con qué sombría tristeza
Contempla la multitud
Alejarse el ataud
Que encierra tanta grandeza!

El negro cañon retumba
Cual eco de un pueblo hidalgo
Que llora, y llora por algo
Grandioso que se derrumba...
Todo cayó en una tumba;
Pero no ha quedado sola.
La envuelve mágica aureola
A los cielos arrancada:
Aquella tumba es sagrada,
¡Guarda una gloria española!...

Es verdad que en triste manto
Nos envuelve la amargura;
Que allá en una sepultura
Hundióse espléndido encanto;
Que está un sepulcro de llanto
Y siemprevivas cubierto;
Que el rostro aquel está yerto,
Que aquel corazon no late...
Si pudo morir el vate,
¡Sus enseñanzas no han muerto!

Abatir hermosa frente
Supieron adversos hados;
Los honores tributados
Al república eminente
Murieron con la imponente
Rica pompa funeral;
Pero el númen celestial
Que abortó *El tanto por ciento*,
Ese tendrá un monumento,
¡Ese Ayala es inmortal!

Otra vez el llanto empaña
A esta nacion dolorida;
Otra grandeza perdida
De las grandezas de España!
A su torpe y ciega saña
La muerte todo lo inmola;
Ya no existe, no arrebola,
No resplandece glorioso
En nuestro suelo el coloso
Que honró la escena española.

Ya se extinguió el peregrino
Raudal de luz y colores,
De rayos deslumbradores
Y de rumor argentino;
Aquel raudal cristalino
De dulzuras celestiales;
Aquellos frescos caudales
De armonías encantadas
Que parecian robadas
A las cumbres inmortales.

Ya no existe aquel sonoro
Torrente de inspiraciones,
De sublimes concepciones
Que se fundían en oro;
Aquel divino tesoro
De belleza soberana,
Que á la esplendente mañana
Robó el albor y el murmullo;
¡El vate, el génio, el orgullo
De la lengua castellana!

Las ricas galas vertidas
Por aquel númen florido,
En los mares del olvido
Nunca han de verse perdidas;
Famas sin estro aquiridas
Viven no más un instante,
Sobre piedra vacilante
Tejado de vidrio son;
Que sólo la inspiracion
Se graba en el dïamante.

Si ante el destino fatal
Todo cede y se desgasta;
Si un poco de tierra basta
Para enterrar al mortal;
Si al que brilló colosal
Le basta oscuro puñado;
Si Ayala yace enterrado,
Si estrecha tumba lo encierra,
¿Dónde hay en el mundo tierra
Que cubra á *El hombre de Estado*?

Al fin abátese el vuelo
Del que más alto se agita;
Todo al cabo se marchita
Y se deshace en el suelo;
Torres que elévanse al cielo
En el polvo se hundirán;
Sombras mañana serán
Los que brillaron ayer;
Pero ¡quién podria hacer
Sombra de *El nuevo D. Juan!*

Aquel que á la pöesía
Robó encantados raudales;
Que de chispas celestiales
Nuestros tëatros cubria,
Huyó, cual se apaga un dia
De mágicas ilusiones
Para tender sus crespones
Oscuro manto aflictivo...
¡Pero no ha muerto; está vivo
Quien vive en los corazones!

Aquella llama serena
Que, cual dorada fortuna,
Iluminó la tribuna
Y alumbraba nuestra escena,
No ha muerto, ni la encadena
Una caja mortüoria;
Ayala está en la memoria,
Ayala está en nuestros pechos,
¡Y nos parecen estrechos
Para encerrar tanta gloria!

Cielos de rosa y zafir
El vate halló en su camino;
Ayala es fuego divino
Y nunca puede morir;
Para el génio el porvenir
Es gloriosa eternidad;
El génio es inmensidad
Que hasta el cielo se levanta,
Y tiene bajo su planta
Por altar, la humanidad.

Pero la esencia florida
Que tantas galas nos dió,
De las alturas voló
A la region encendida;
Otra vez España herida,
Exhala un hondo lamento
Que entre las alas del viento
Cruza la tierra y los mares...
¡Oh, qué grandiosos altares
Elevará el sentimiento!

¿Qué importa que amarga suerte
Marchite excelso verdor,
Y que un grito de dolor
En nuestras almas despierte?
¿Que al influjo de la muerte
Todo se derrumbe y ceda?
¿Que hundir nuestras almas pueda
En los abismos del llanto,
Que arranque la muerte tanto,
Si tanto y tanto nos queda?

Algo en el mundo seremos
Miéntras ardientes podamos
Llorar en lo que perdamos
Grandezas cual hoy perdemos;
Si revivir no podemos
Los fulgores deslumbrantes
De aquellos tiempos brillantes
En que era el sol español,
¡Aun puede en España el sol
Dorar tumbas de jigantes!

Si ya un poder sin segundo
No fulgura esplendoroso,
En el pueblo valeroso
Que impuso leyes al mundo,
Algo palpita fecundo,
Que á los más grandes iguala;
Grande es el llanto que exhala...
¡Aun es grande la nacion
Que puede en el corazon
Guardar muertos como Ayala!...

Enero, 1880.

MÁS LÉJOS.

ÁGUILA que te ciernes en los vientos,
Vuela á bañarte en los fulgores rojos,
En la luz de lejanos firmamentos
A donde nunca llegarán mis ojos.

Volad tambien, fantásticos vapores
De misteriosa tierra desprendidos;
Subid, hermosas nubes de colores,
Hasta remotos aires encendidos.

Informes séres, deletéreos miasmas
Que os alzais desde fúnebre laguna;
Espectros y legiones de fantasmas,
Sombras que vais á oscurecer la luna;

Humeante aroma, blanquecinas nubes
Que subís á teñiros de reflejos;
Ave orgullosa que tan léjos subes:
¡Mi pensamiento subirá más léjos!...

¿DÓNDE ESTÁS?

Donde se inunde todo
De poesía;
Donde flores y palmas
Bese la brisa;
Donde haya luz,
Y músicas y aromas,
Allí estás tú.

En la sonrisa pálida
De los crepúsculos;
En el fulgor del astro
Que dora el mundo;
En el capuz
De blanquecinas noches,
Allí estás tú.

En los frescos verdores
De la enramada;
En el susurro tierno
De fuente lánguida;
En el läud
De donde perlas surgen,
Allí estás tú.

En los besos que el céfiro
Vierte dulcísimos;
Sobre lechos de rosas,
Nardos y mirtos;
En el azul
De trasparentes lagos,
Allí estás tú.

En la voz de las arpas
Y de las aves;
En el humeante incienso
De los altares;
Junto á la cruz
De solitaria ermita,
Allí estás tú.

En el ala blanquísima
De las palomas;
En los besos que hierven
Entre las hojas...
En la segur
Que hermosa espiga abate,
¡Allí estás tú!...

TUS OJOS.

Deja, mi bien, que suspire
Y te mire sin cesar,
Y aunque me abrase al mirar.
Eternamente te mire,
Y siempre mirando, gire
Sin despertar tus enojos;
Pues los eternos antojos
De mi ansiedad ardorosa,
Me hacen ser la mariposa
De las llamas de tus ojos.

No busco mágicas huellas
Ni esplendentes panoramas,
Ni las clarísimas llamas
Con que sabrán otras bellas
Al rayo de las estrellas
Causar ardientes sonrojos,
Ni en el sol encantos rojos
Busqué con mirada ansiosa;
Que sólo soy mariposa
De las llamas de tus ojos.

Con afan eterno giro
En torno de quien giraba,
Y á la que ayer suspiraba
Es aquella á quien suspiro.
Ojos, ¡ay! en que me miro,
No me mireis con enojos;
¡Dejad calmar sus antojos
En vuestra luz amorosa,
A la herida mariposa
De las llamas de unos ojos!

Deja que gire, y te siga,
Y busque en tus ojos fuego;
Que así como anhela el ciego
Hallar una mano amiga,
Y sombra, aquel que fatiga
Siente en inmensos rastrojos,
Ansía verse despojos
De tu lumbre esplendorosa,
La doliente mariposa
De las llamas de tus ojos.

Yo querría que te vieras
De luceros coronada,
Y contemplarte elevada
A purpurinas esferas;
Que alfombra de oro tuvieras
Y te adoráran de hinojos,
Y al avivar mis antojos
Tu belleza prodigiosa,
Morir siendo mariposa
De las llamas de tus ojos.

La mariposa que vá
A posarse sobre flores,
Entre aromas y colores
Abrojos halla quizá;
Pero la espina no está
Oculta en tus labios rojos:
Deje una flor sin abrojos,
Sobre sus labios de rosa,
Latir á la mariposa
De las llamas de esos ojos.

Será mi afan postrimero,
Y el ánsia primera ha sido,
Marchar á tí tan unido
Como al iman el acero;
Perderme en tus ojos quiero,
Quiero adorarte de hinojos;
Quiero robar mis despojos
Al ataud y á la fosa,
Siendo herida mariposa
De las llamas de tus ojos.

Si mis alas se plegáran
Ante el hielo de la muerte,
Y al que suspira por verte
Las sombras aprisionáran,
Y esos labios me llamáran
Que son del fuego sonrojos,
Rompería los cerrojos
De su cárcel misteriosa,
La encendida mariposa
De las llamas de tus ojos.

La mariposa inconstante
Que amores nuevos anhela,
Y allá en los *cármenes* vuela
De flor en flor, suspirante,
Adora sólo un instante
Con pasajeros antojos,
Y no sufre los enojos
Ni la fiebre dolorosa
Que abrasa á la mariposa
De las llamas de tus ojos.

La mariposa que gira,
Y cual hoy, giraba ayer,
Hasta llegar á cäer
En la luz por quien suspira;
Y enamorada, la mira,
Y anhela en abismos rojos
Ser abrasados despojos
De una beldad luminosa,
Esa es, ¡ay! la mariposa
De las llamas de tus ojos.

Á LA SEÑORITA
MENDOZA TENORIO.

Tú que al cielo del arte te levantas
Como vapor de luminosa pira,
No desprecies, no rasgues con tus plantas
Las cuerdas de mi lira.

Si agradecida y con amor recuerdas
Quizá otros cantos que latir te han hecho,
¿Qué sabes tú si las humildes cuerdas
Son fibras de mi pecho?

Tú que en el éter de los astros flotas
Y como el arpa de los génios vibras,
No desprecies, no olvides estas notas,
No rasgues estas fibras.

Yo, en mi pecho, de llamas te corono,
Ya que la escena te concede asiento,
E impones desde allí, cual desde un trono,
La ley del sentimiento.

Tus labios son purísimos rubíes,
Tus lágrimas son perlas brilladoras;
Tú haces reïr si placentera ríes,
Tú haces llorar si lloras.

El público, á tu encanto, se estremece
Como una grey ante su altivo dueño,
Y tu belleza mágica aparece
Cual la ilusion de un sueño.

Tú sientes el amor y los dolores;
A tí te ha dado la sublime altura
Sus más divinas y preciadas flores:
El génio y la hermosura.

Tu génio es un aroma que embrïaga,
Es una esencia, un célico perfume
Que por alturas esplendentes vaga
Y nunca se consume.

Tú rasgas el azul como la tierna
Ala gentil de virginal paloma;
Tú eres aquí la primavera eterna
De eterno amor y aroma.

Tu vírgen labio á los corales rojos
Tal vez hará palidecer de celos;
La sacra inspiracion arde en tus ojos:
Tus ojos son dos cielos.

Los cielos, como el pecho de un atleta,
Hierven rasgando vaporosos tules;

Tus ojos, cual los sueños del pöeta,
Son lagos siempre azules.

Olas rodar de tus pupilas miro,
Como chispas de amor, resplandecientes,
Y haces sentir acaso en un suspiro
La inmensidad que sientes.

Tu dulce aliento al corazon atrae
Que hácia regiones límpidas conduces;
Y cuando lloras, de tus ojos cae
Un manantial de luces.

Resplandecen tus mágicas pupilas,
Y se estremece el corazon al verlas,
Y nos hieres tambien cuando destilas
Claro raudal de perlas.

Tú eres pura y gentil cual los raudales
Que, al descender á la llanura verde,
Son tesoro de perlas y cristales
Que en el jardin se pierde.

Dulce rumor indefinible exhalas
Como la brisa al agitar las velas;
Y al extender las purpurinas alas,
A las alturas vuelas.

Tú haces vibrar al corazon inerme
Y al latir, eres nota de una rima,
Y al descansar, un pájaro que duerme
Sobre dorada cima.

Tú eres el génio que inspirado late,
Sacerdotisa de un altar grandioso;
El númen que fulgura en el combate
Para vencer glorioso;

El rico pebetero que derrama
Excelsas nubes de dorada esencia;
Y por tí se descubre el panorama
De toda una existencia;

Eres hada que alumbra prodigiosa
El horizonte inmenso de la vida,
Y haces sentir la llama venturosa
Y la sangrienta herida.

Eres la actriz que al entusiasmo arranca
Del noble pecho un ardoroso grito;
Eres la nube de los sueños blanca
Que vuela á lo infinito;

La vibracion dulcísima que hiere
Al pecho triste que en amores arde;
La pálida sonrisa con que muere
El génio de la tarde;

Bajel que apénas roza las espumas
En alas de la brisa que le alienta;
El iris que sonrie entre las brumas
Despues de la tormenta:

La niebla que vacila allí en el monte:
La espiral vaporosa del incienso

Que se pierde, esmaltando el horizonte,
En el espacio inmenso;

La espada que gloriosa centellea;
La pasion, el murmullo del torrente;
El resplandor de la fecunda idea
Que abrasa nuestra mente;

El cáliz de la dulce pasionaria,
Las hojas de la vírgen azucena;
El eco de la mística plegaria
Que en el altar resuena;

El soplo del dolor y las congojas,
El aletear de errantes avecillas;
El lúgubre quejido de las hojas
Que caen amarillas;

El canto melancólico, el lamento
Arrancado á las íntimas angustias;
Las lágrimas que llora el firmamento
Sobre las flores mustias;

La claridad de la indecisa aurora
Coronada de pálidos reflejos;
La brillante ilusion que se evapora
Perdiéndose á lo léjos;

Eres la fé, la régia llamarada;
Eres la gloria que inmortal palpita;
La amarillez de la mujer burlada
Y de la flor marchita;

La parda niebla por el iris rota;
El vapor que se eleva desde el rio
A las regiones del azul; la gota
De célico rocío;

La pedrería que desciende al cuello,
Desde la frente, en brillador tesoro;
La blanca sien, la trenza de cabello
Que se desata en oro;

La majestad que vencedora sube
A las régias mansiones del palacio;
La esperanza, el amor, la etérea nube
Deshecha en el espacio;

El albor que fosfórico se extiende
Y tembloroso en los espacios brilla;
La lágrima ardorosa que desciende
Quemando una mejilla;

El tierno acorde, el melodioso arrullo;
La tórtola que gime enamorada;
El puro cáliz, el gentil capullo
Abierto á la alborada;

El aliento armonioso de la brisa
Que riza el dulce lago cristalino;
El crepúsculo incierto, la sonrisa
Del fuego matutino;

El resplandor de la amorosa hoguera
Que crece y se ajiganta á cada instante;

El suspirar de la beldad que espera
Al paladin amante;

El hada que recorre los jardines
Y surge de encantados surtidores;
La bella que en dorados camarines
Exhala sus amores;

La reina que se cubre con un manto
Recamado de púrpura y luceros,
Y es el orgullo, y el amor y encanto
De altivos caballeros;

La música vibrante que se aleja;
La blanca nube que el zafir recorre;
La beldad asomada allí á la reja
De solitaria torre;

El aura que estremece los verjeles;
La diosa que preside los torneos,
Y á cuyos piés arrojan los donceles
Espléndidos trofeos;

La castellana que con honda pena
Oye crugir el áspero rastrillo;
El fantasma que cruza por la almena
Del gótico castillo;

Tú eres el génio: la hechicera dama
Que por gallardo trovador moria,
Y un destello tambien de aquella llama
Que en *Isabel* ardia;

Eres el eco del susurro vago
Que el céfiro despierta entre las frondas;
Eres el cisne que recorre el lago
De cristalinas ondas;

Eres el beso de plateada luna;
Eres la luz del virginal cariño;
El ángel que desciende hasta la cuna
A sonreïr al niño;

Eres la diosa, el insondable arcano
Que verdes palmas y laurel conquista;
Eres, en fin, el númen soberano
De la sublime artista.

Tú eres ángel que flota sobre el lodo
En medio de una atmósfera azulada;
Tú eres dulzuras, resplandores, todo;
Yo soy la sombra, nada.

Lirio gentil, tesoro de armonía,
Angel del cielo brillador del arte:
Nunca á tus plantas arrojar podría
Lo que quisiera darte.

Quisiera hallar la inspiracion suprema
En esa luz que anima al Universo:
Arrojar á tus plantas un pöema,
Un astro en cada verso.

Yo no puedo á los célicos verjeles
Robar el oro de la excelsa palma;

Pero te elevo un trono de laureles
En el altar del alma.

Quede el fulgor de tu grandeza impreso
En el fondo del alma estremecida,
Como en ardiente corazon el beso
De la mujer querida.

Luzcan los rayos de tu frente bella
Y á los abismos de mi pecho bajen:
¡Fulgure allí, como divina estrella,
Tu luminosa imágen!...

Octubre, 1880.

CONTRASTES.

El alba anuncia un esplendente dia:
La virginal sonrisa de la aurora
Las libres cumbres de los montes dora,
Como al altivo corazon envía
Un beso el idëal que le enamora.

Cual de la mente la divina idea.
Surgen las llamas del zafir distante;
Y trocado en hoguera palpitante,
El Oriente se agita y centellea,
Y luce al fin el prodigioso instante.

Despierta el agua; las dormidas olas
Que encarcelan los juncos y abedules,
Roto un cendal de nebulosos tules,
Se coronan de célicas aureolas,
Y alegres tornan á ostentarse azules.

El arroyo cual sierpe se desata
Buscando los aromas del plantío;
Las claras ondas del sereno rio
Saltan en perlas y hervorosa plata.
Rival feliz del matinal rocío.

La gota de rocío que titila
Sobre las hojas de la flor risueña,
Es clara como el cielo que se sueña
O el fulgor virginal de la pupila
Que amar á Dios al corazon enseña.

Brilla el clavel y se estremece ardiente;
Abre su cáliz la encendida rosa,
Y acariciada por la luz se siente
Cual por los rayos del amor hirviente
Y de la dicha, una mujer hermosa.

Baja la nieve de los altos montes
Deshecha en haz de límpidos cristales,
Y desde el nido oculto entre breñales,
Hácia el fulgor de inmensos horizontes
Se remontan las águilas caudales.

Sobre el jardin el pájaro se mece,
Bajo el fruto la tierra se fatiga,
Y la mies se colora y resplandece,
Y la amapola, al sonreïr, parece
El encendido labio de la espiga.

La planta reverdece en sus colores,
De oro se tiñen las crecientes siembras,
Y el jardin se sonrie con sus flores,
Bañado en los dulcísimos rumores
Que el ave exhala entre amorosas hembras.

Los cielos, cual doseles de topacio,
El valle cubren y el ameno risco,
Y al fulgurar el luminoso espacio,
Resplandecen las torres del palacio
Y deslumbran las nieves del aprisco.

El puerto deja la velera nave,
Y el amoroso cristalino riego
Por las florestas se desliza suave,
Miéntras cantan los niños como el ave
Y bulle la esperanza del labriego.
Ya el campo, en fin, deslumbrador tesoro
Ofrece de rumores y ufanía;
Ya resplandece prodigioso el dia,
Como ilusion que se desata en oro,
En una inmensidad de pöesía.

—

Las brumas, en fantásticas legiones
Que su vuelo remontan inseguro,
Cubriendo van un horizonte impuro;
Y cual mente que turban las ficciones,
De horror se puebla el firmamento oscuro.
Allá del mar hasta los cielos sube
La oscura tromba que el espacio llena,
Y la argentada inmensidad serena
Se ha convertido en pavorosa nube,
Y el hondo trueno sin cesar resuena.
Todo ha perdido el plácido sosiego.
Y arden las nieblas como hirviente fragua
Que va á rasgarse en luminoso riego;
Los rayos brillan en un mar de fuego,
Miéntras se anega la campiña en agua.
El horizonte es horno encandecido
Que abrasa y ruge cual siniestra hoguera;
Y buscan, temerosos, por doquiera,
La nave un puerto, el pájaro su nido
Y una guarida la sangrienta fiera.

El pobre arroyo se desata hirviente
Cual muchedumbre que murmura sorda;
El rio se despeña en un torrente
Que abrumador avanza, y se desborda
Amenazando á la angustiada gente.

Crugen y ruedan las flexibles cañas,
Vacilan en su asiento los breñales,
Y á la vez que las míseras cabañas,
Vacilan las mansíones señoriales,
Y tiemblan la ciudad y las montañas.

Y la ardorosa tempestad que ruje
Sobre los troncos que doquier hacina,
Siega las galas de la flor divina;
Y al fuerte soplo de su airado empuje,
Rueda tambien la secular encina.

El Aquilon con furia vïolenta
Hasta el hervor del precipicio baja
Y espectros y reptiles amedrenta,
Y los peñascos de raïz desgaja
La mano colosal de la tormenta.

La torre que cual fúnebre coloso
Guarda las playas, se estremece rota;
Y el huracan alienta pavoroso,
Y al latir sobre el piélago hervoroso,
Como estridente látigo, lo azota.

Saltan las naves cual deshechas plumas,
Y en el oscuro mar desaparecen
Bajo un sudario colosal de brumas,
Miéntras las olas irritadas crecen
Y escupen hasta el cielo sus espumas.

Y desafían á los rayos mismos
Que se desprenden en airados vuelos;
Y horrible cual la furia de los celos.
El rayo se despeña á los abismos.
Y los abismos suben á los cielos...

—

Mas ya del seno de la nube oscura
No brota el rayo que mortal fulgura,
Y desparrama el iris sus colores,
Y vuelve el sol á coronar la altura,
Y sonrie á las aves y á las flores.

En los rayos del astro purpurino
Nuevo esplendor la crëacion aspira,
Y nadando en el éter cristalino,
Cual rica muestra del poder divino,
El mundo late y luminoso gira.

Mágicas tintas y arreboles bellos
Bañan las ondas del cenit rïente,
Y renacer la humanidad se siente,
Y excelsa inspiracion, con sus destellos
Arroja el sol de su amorosa frente...

¡Yo te saludo, deslumbrante emblema
Del celeste entusiasmo y de la gloria!
¡Tú nos ciñes purpúrea dïadema,
Y has brillado tal vez como anatema
Sobre las sombras de la humana historia!

Gérmen de amor y esplendorosa lumbre,
De tu fecunda cabellera el dia
Surge, al bañarse en tu fulgor la cumbre,
Desde donde quizás tu rostro expía
Los pasos de la humana muchedumbre.

¡Cuántas veces magnífico y sereno
Ardes allá como crisol fecundo,
Y haces la flor aparecer del cieno,
Y haces girar y palpitar al mundo,
De deslumbrantes resplandores lleno!

¡Y cuántas veces, el cenit velado
Por anchurosas nubes matadoras,
Habrán nacido dias sin auroras,
Y habrás las tempestades escuchado,
Gemir eternas en amargas horas!

¡Cuántas veces la paz, que el logro encierra
De la mayor felicidad del hombre,
Morir has visto, y la implacable guerra
Desató su inclemencia, que hasta el nombre
De algun pueblo borró sobre la tierra!

¡Cuántas veces las rígidas murallas
Habrás visto rodar ante la hueste
Que consiguió vencer en las batallas,
Y llegar, y romper todas las vallas
Las ráfagas del llanto y de la peste!

¡Cuántas horas y dias no alumbraste!
¡Cuántos años y siglos en la esfera
No buscaron tu mágica lumbrera,
Y despues á las sombras los miraste
Hundirse oscuros en fugaz carrera!

¡Cuántas veces doraste los verdores
De los floridos y lozanos meses,
Y llegaron inviernos destructores,
Y volvieron al árbol los colores,
Y al campo alegre las purpúreas mieses!

¡Brillaron esperanzas y alegrías,
Y ardieron penas y angustiosos daños,
Y tú reinaste, y jigantesco envías
Nueva hermosura á los fugaces dias,
Nuevo fulgor á los veloces años!

¡Y girarán más horas y estaciones,
Y rodarán colosos de granito,
Y verás cien y cien generaciones,
Y reyes, y soberbias, y naciones,
Hundirse en el cendal de lo infinito!...

—

¡El ostentoso alcázar se derrumba,
Cae el alto ciprés, y á nuestro paso
Surge la muerte, y la desdicha zumba!
¡El sol mañana se hundirá en la tumba,
Y la tumba del dia es el ocaso!...

En sombra ha de trocarse cuanto existe...
La noche llega con su manto frio;
Pero no avanza apenadora y triste,
Y de ropajes blanquecinos viste
Las bóvedas inmensas del vacío...

Allá entre sombras indecisa oculta
Su postrimero resplandor la tarde,
Y la sonrisa que en los montes arde,
Al fin en Occidente se sepulta
Temblando cual la mano del cobarde.

Surgen del éter las antorchas bellas
Cual la luz del humano pensamiento;
Una mano invisible cruza el viento
Sembrando de luceros y de estrellas
La azulada region del firmamento.

El blanco lirio y las dormidas rosas
Se tiñen de fosfóricos albores,
Al platear cristalinos surtidores
Esa deidad que enciende misteriosa
La mágica ilusion de los amores.

Y al beso de sus luces blanquecinas,
Pueblan las aguas del callado rio
Legiones de fantásticas ondinas
Que recorren las olas cristalinas
Como bella ilusion del desvarío.

Murmura el eco misterioso y vago
Uniendo sus susurros á la fuente,
Y el génio de las aguas, sobre el lago
Se levanta feliz como el halago
Que acaricia un instante nuestra mente.

Penden del árbol rumorosos nidos,
Y allá en las ramas se estremece el gérmen
Que hace latir los cálices floridos,
Y un susurro de besos y latidos
Exhala el lecho en que las aves duermen.

Al tibio albor de vaporosas llamas,
Se cubre el árbol de plateados flecos
Y de voces y cánticos las ramas,
Y el éter de flotantes panoramas;
Y el peñascal de misteriosos ecos.

Y el soñador á quien la suerte aleja
De la mujer que el corazon le roba,
Vertiendo toda el alma en una queja.
Hasta el cancel de la implacable reja
Hace llegar enamorada trova.

O en las alas del sueño, estremecido
Cruza un doncel la inmensidad dorada
Que baña en luces la mujer amada,
Más hermosa que el cielo embellecido
Por el dulce esplendor de la alborada.

¡Horas de amor y deslumbrantes sueños,
Pobladas de delicias y de encanto!
El amor se cobija en vuestro manto
Teñido de fulgores halagüeños
Que matan las tinieblas y el espanto.

En esas noches álzase el pöeta,
Y en los destellos de los astros calma
La fiebre ansiosa de su mente inquieta;
Que sobre nuestro mísero planeta
Se eleva en alas que le presta el alma;

Y busca inspiracion en los albores
Que llegan de lejanos hemisferios,
Y habla con las estrellas y las flores,
Y secretos arranca á los rumores
Poblados de dulzuras y misterios.

¡Oh noches de placer y de armonías!
A vuestro encanto pálido, indeciso,
Arde la mente en vagas fantasías
Y sueña con la luz y melodías
De un hermoso y lejano Paraíso!...

—

Al astro de las noches encarcela
Un grupo de apiñados nubarrones,
Y cual huyen del sér las ilusiones,
Alada tropa de fantasmas vuela
A perderse entre fúnebres crespones.

Y la luna, que trémula aparece
En medio de un sudario ceniciento,
Es el destello de un fanal sangriento
Que los tristes espacios ilumina
Cual pupila del negro firmamento.

El sordo rio murmurando, llora,
Y el eco triste que lejano zumba
Y el débil rayo que el cenit colora,
Parecen ilusion que se evapora,
Destellos y rumores de una tumba.

Al corazon desciende la tristeza,
A quien la sombra de lo eterno espanta,
Y ceden el orgullo y la grandeza,
Hasta hundirse en el polvo la cabeza
Del soberbio que impío la levanta.

El fulgor que á lo léjos se columbra,
Parece luz surgida de un imperio
Aprisionado en eternal penumbra...
¡Un destello, una lámpara que alumbra
Los sepulcros de inmenso cementerio!...

—

Cuando el cielo en sudario se convierte
Y flota sobre tétricas alfombras
Donde reposa nuestro mundo inerte,
¿Esa noche es imágen de la muerte,
Abismo del no sér y de las sombras?

¿Será tal vez nuestra existencia el dia
Que se ciñe encantada dïadema
Y se desata en olas de armonía?
¿Será la noche el misterioso emblema
Del reino triste de la muerte fria?

¿Tal vez la noche pálida y hermosa,
Augura al hombre una mansion de calmas,
Dormida eternamente y silenciosa,
Y se apaga en el sueño de la fosa
El resplandor divino de las almas?

¿Teniendo un alma que nos presta aliento,
Rodamos como plantas enfermizas
Al soplo helado y matador del viento,
Y se apaga el fulgor del pensamiento
En un monton oscuro de cenizas?

La muerte es sólo indefinible aurora
De mejor y más plácida existencia,
Y el alma se remonta voladora,
Sube á fundirse en la suprema esencia
Que astros y mundos vivifica y dora.

Volamos á esos mares de zafiro
Desde la cárcel del terreno lodo,
Como aroma inmortal, como suspiro
De Aquel que alienta en sempiterno giro
La creäcion, y lo ilumina todo...

Al avanzar los débiles y el fuerte
Hácia oscura region desconocida,
No debe el justo maldecir su suerte;
Que en el dintel del reino de la muerte
Amanece la aurora de la vida!...

COLON.

—

RASGAR quisiera el nebuloso manto,
El cendal que ha cubierto una existencia
Condenada á las lágrimas de un llanto
Donde vertías tu celeste esencia;
Pero no cabe en mi terreno canto
El mártir que alentó la Providencia,
Para subir á otro Calvario rudo,
Y hollar abrojos con el pié desnudo.

—

Hirviendo el pecho en encendida lava,
Humilde y descubierta una cabeza
Donde el rayo divino fulguraba,
Recorria los mundos tu grandeza;
¡Y el mísero reptil, que no abarcaba
Aquellos orbes de inmortal belleza
Surgidos del abismo de tu mente,
Se mofaba del loco eternamente!

—

Tú que á los sabios que miraste esquivos,
Diste horizontes á tu gloria abiertos,
Y el rayo de los númenes altivos
Paseaste por los mares y desiertos;
¡Tú que sufriste el yugo de los vivos,
Arráncate al lugar donde los muertos
Tienen un lecho en misteriosas urnas,
Y surge de las ráfagas nocturnas!

—

Aparezca tu sombra brilladora
De los sepulcros donde lecho tienes,
Y como rayo de divina aurora,
Ven con tu fuego á coronar mis sienes;
Sal de las tumbas deslumbrando ahora,
Ya que arrancaste á los supremos bienes
Una locura que atormenta á pocos;
¡Que tambien era Cristo de esos locos!

—

¡Cuando tu vida centelló gloriosa,
Contigo el hombre se mostró pequeño,
Y su rencor no cede ante la fosa,
Y te persigue con igual empeño!
¡Abandona esa tumba silenciosa,
Excelso mártir que buscaste el sueño
Despues de inmenso batallar jigante,
Y humilla á los pigmeos un instante!

—

Yo quisiera tener la sacra lira
Que pulsa el génio, y sabe lastimera
Cantar la gloria del mortal que espira
Al encender inextinguible hoguera;
¡Y á los fulgores de siniestra pira,
Ver á la ingrata humanidad entera
Que holló en tu frente majestades santas,
Besar la sangre que arrancó á tus plantas!

—

¡Quisiera que los cielos, palpitantes
De resplandores y armonías puras,
Te ofrecieran coronas deslumbrantes
Que no ciñen humanas crïaturas!
¡Ver al coloso que ultrajamos ántes
Con negra ingratitud, á las futuras
Generaciones asombrar, y honrado
Llegar al porvenir, por su pasado!

—

¡Tú á la muerte sus triunfos arrebatas;
Que no se extingue el luminoso foco
Que supiste encender, y las ingratas
Generaciones resplandecen poco!
¡Las turbas que podian insensatas
Ver en el cuerdo un miserable loco,
No consiguieron arrojarte herido
A los siniestros mares del olvido!

—

Esquife volador que desgarraron
Los furores de humanas tempestades,
Tus gloriosas estelas no dejaron
De lucir sobre el mar de las edades;
Los colosos de ayer se derrumbaron,
Cayeron las soberbias majestades
Del tiempo aquel que te ultrajó infecundo,
¡Y áun tienes hoy por epitafio un mundo!

—

¡Todo cede á la inmensa pesadumbre
Del tiempo oscuro que derrumba y hiela;
Pero tu nombre por la régia cumbre
De los espacios infinitos vuela!
¡No importa que la baja muchedumbre
Que á los justos y sabios encarcela,
Te tratára cual loco y visionario!
¿Qué génio no ha tenido su Calvario?

—

Mas, ¡ay! el tuyo superó al delirio
De enardecidas mentes soñadoras,
Y tu faz se doblaba como el lirio
Al embate de ráfagas traidoras:
¡Por epitafio un mundo, ese martirio
De largos años y siniestrás horas,
Inextinguible te valió, y el hombre
Al mundo aquel le arrebató tu nombre!

—

¡Tus manos el grillete desgarraba,
Miéntras en tí la inmensidad ardía
Que deslumbrantes horizontes daba
A la villana ingratitud impía;
Y á tus alientos reservado estaba
El dolor más fecundo, en la agonía
Más sobrehumana que la tierra ha visto
Desde que dió su sangre Jesucristo!...



MI DESEO.

(ORIENTAL.)

QUERRÍA á la primavera
Esclavizar á tus plantas,
Y que al sentir cómo encantas,
Se agostase y feneciera;
  Y yo, al luchar, batallára
Cual sobrehumano guerrero
Que á tus piés el orbe entero,
Como trofeo, arrojára.

—

  Quisiera sin arreboles
Dejar las alturas bellas;
Robar á la noche estrellas,
Robar á los dias soles,
  Y, como alfombra, despues
Irlos, mi bien, arrojando,
Para que fueran pisando
Soles y estrellas, tus piés.

—

Quisiera abismos profundos
Encontrar como mi anhelo;
Atar las aves del cielo,
Reinar en cielos y mundos;
Y sobre mundos y esferas,
Y sobre todo reinar...
¡Para podértelo dar
Por un beso que me dieras!...



EL SOL Y TUS OJOS.

Al cielo, vida mia,
Jamás envidies tú;
Que azules siempre tus pupilas veo,
Y no es el cielo eternidad azul.

Jamás al cielo envidies,
Encanto de mi sér;
Que en tí no cesan de latir dos cielos,
Divino altar de mi constante fé.

Agradecida debes
Estar al Crëador;
Que un sol al mundo regaló tan sólo,
Y quiso hacer para tu rostro, dos.

El otro, que es inmenso,
¿Acaso brilla más?
Yo, sin cegar, el de los cielos miro,
Y no miro los tuyos sin cegar.

Al sol mis ojos pueden
Serenos resistir;
¡Pero jamás los tuyos he mirado
Sin caer de rodillas ante tí!

Á UNA DAMA.

¿Que si sois bella? Muy bella:
Como no lo pueden ser
En el mundo una mujer,
En el azul una estrella.

Sois bella como la palma
Que dora el índico suelo;
Cual las sonrisas del cielo,
Cual los delirios del alma;

Como la nube de aroma
Que se escapa de un verjel;
Como el matiz del clavel
Y el ala de la paloma;

Como amorosa ficcion
Que sonrie en lontananza;
Como adorada esperanza,
Cual deslumbrante ilusion;

Como horizonte risueño,
Como glorioso combate;

Cual los suspiros del vate,
Cual las quimeras de un sueño;

Como fosfórica ondina
De un zafir que nadie empaña;
Cual sílfide que se baña
En la luna blanquecina;

Cual ruiseñor que en las frondas
Exhala un murmullo vago;
Como el batel que en el lago
Recorre mágicas ondas;

Como el vibrar de la lira
Y el sueño de los amantes;
Cual las ficciones brillantes
De la mente que delira;

Como la lluvia de plata
De encantado surtidor;
Como el cáliz de la flor
Engañadora que mata:

Como el rayo que colora
La inmensidad cenicienta;
Como el amor que atormenta
Y volcanes atesora;

Cual mirada en que fulgura
La pasion, el fanatismo;
Como el ángel que al abismo
Rodaba desde la altura;

Como un abismo de luz
Cuando la luz es del sol,
Y el sol es fuego español
Que dora un cielo andaluz...

¿Que si sois bella?... Muy bella:
Como no lo pueden ser
En el mundo una mujer,
En el azul una estrella.



AL ATEO.

Á MI BUEN AMIGO EL DISTINGUIDO ESCRITOR ARAGONÉS

D. SALVADOR MORALES Y MARCÉN.

Poco me asombra que, en tu amargo anhelo,
No leas el poder del Crëador
Ni en la montaña que se eleva al cielo,
Ni en el insecto, ni en la humilde flor;

Ni en el matíz excelso y purpurino
De las flores que visten el rosal,
Ni en el rumor que elévase argentino
Del órgano de augusta catedral;

Ni cuando secas y desnudas ramas
Apénas tiñe un pálido arrebol,
Ni al abrasarse el firmamento en llamas
Que arroja inmenso de su frente el sol;

Ni entre la linfa del arroyo fresco
Que platea una verde soledad,
Ni del frondoso valle pintoresco
En la frescura y dulce amenidad;

Ni al descender el matinal rocío
Sobre radiantes flores á lucir,
Ni cuando anuncia el piélago sombrío
La tempestad, ya próxima á rugir;

Ni en la voz de las aves soñolientas
Que exhalan un tristísimo cantar,
Ni en el sordo fragor de las tormentas
Que barren los penachos del palmar;

Ni en los flotantes pálidos girones
Que ahuyenta el dia al asomar feliz;
Ni en el arpa de dulces vibraciones.
Ni en el verjel de espléndido matiz:

Ni en el abismo que fulgura abierto
Para atraer al infeliz bajel,
Ni en la serena majestad del puerto
Que no desgarra el temporal cruel.

Poco me asombra, pues auxilio impetras
Tan sólo del orgullo engañador,
Que nunca mires en los astros letras
Que escriben el poder del Hacedor;

Que no le veas en la ténue gasa
Que cubre al cielo en el sereno abril,
Ni en la siniestra tempestad que abrasa
Las verdes lomas y el feraz pensil;

Que no le mires en la intensa hoguera
Que surge de las fáuces del volcan,
Ni en los frutos que dá la primavera
Recompensando trabajoso afan;

Ni en el arco amoroso de colores
Que al serenarse el cielo matador,
Pide sonrisas á las tristes flores
Y al ave pide musical rumor;

Que no le mires en el fresco monte
De que brota el arroyo de zafir,
Ni en la chispa que rasga el horizonte
Y vá la copa del ciprés á herir;

Ni en el ígneo relámpago que llena
De cárdeno fulgor la inmensidad,
Ni en el cáliz de pálida azucena,
Que es símbolo de amor y castidad;

Ni en los verdores del lozano tronco
En cuyas ramas pia el ruiseñor,
Ni en las centellas y el quejido ronco
Del mar hirviendo en colosal furor;

Ni en las perlas de arroyo cristalino
Que dan coronas al jardin feraz;
Ni en las alas de oscuro torbellino,
Ni en el öasis de frescura y paz;

Ni en la voz de las ramas seculares
Heridas por el rápido Aquilon,
Ni en el dulce rumor de los cantares
Que el alma eleva á celestial region.

Poco me asombra que en el gran pöema
Que allá en los astros centellando está,
No veas al Señor que dïadema
De sacros rayos á los orbes dá;

Poco me asombra que en el astro regio
No leas el poder del Hacedor,
Ni en la grandeza del sublime arpegio
En que vibra este mundo brillador;

Que no le veas en la blanca nube
Surgida de las galas del altar,
Ni en el ardor del águila que sube
De un solo vuelo á la region solar;

Que no le mires en la excelsa rosa
En donde vive la purpúrea miel,
O en la nube que estalla tormentosa
Y roba los encantos del verjel;

Que no le sientas en la brisa suave
Que lleva al puerto al buque volador,
Ni en el alegre saludar del ave
Al matutino celestial albor;

Ni en los destellos de encendida gualda
Que rasgan la nocturna lobreguez,
Ni en el mar que semeja una esmeralda
De serena y augusta limpidez;

Ni al sollozar los árboles escuetos
Que desnuda la ráfaga otoñal
Y crugen cual siniestros esqueletos
Sobre el oscuro mármol sepulcral;

Ni al contemplar la régia catarata
Que exhala nubes de irisado tul;
Ni en el arroyo de bullente plata
Que se despeña sobre el lago azul.

Poco me asombra que al Señor no veas
Reinar entre el amor y la humildad,
Y encender el hogar de las aldeas
Y en los templos arder de la ciudad;

Que no le mires en la dulce aurora
Que alegre rasga funeral capuz,
Ni en la estrella que surge brilladora
Vertiendo rayos de amorosa luz;

Que no le mires en los verdes campos
Cubiertos de fecunda esplendidez,
Ni en la blancura de los níveos ampos
Con que tu frente acarició tal vez;

Ni en las bandadas de palomas bellas
Que giran en la cárcel del jardin,
Ni en los haces de soles y de estrellas
Que ruedan en un piélago sin fin;

Ni entre las hojas de la flor marchita,
Ni en el rugir de inmensa tempestad;
Ni en esa lucha eterna en que se agita
Sobre el mundo la triste humanidad;

Ni en el giro del rápido planeta,
Ni en la luz de la inmensa creacion;
Ni en el sublime arranque del poeta
Que pugna por volar á otra region...

¿Pero es tan grande tu soberbia vana
Y tan constante tu soberbia fué,
Que nada admiras en la fé cristiana
Y no latiste ante ninguna fé?

¿Nada ves en la lágrima que brilla
Sobre la faz que marchitó el pesar?
¿En el guerrero audaz que se arrodilla
Y besa el suelo del humilde altar?

¿Nada tu seco corazon impío
Al entreabrirse un ataud, sintió?
¿Nada te dice ese punzante frio
Que deja el alma al cuerpo que animó?

¿Nada te dice el cementerio abierto
A triste y silenciosa multitud?
¿La majestad, la palidez del muerto
Tendido sobre el fúnebre ataud?

¿Nada te dice la callada tumba
Donde dejaste un adorado sér?
¿Nada, el coloso audaz que se derrumba
Y parecia omnipotente ayer?

¿Nada, el amor que desgarrar el yugo
Anhela de la vida terrenal?
¿Ni la mártir que al hacha del verdugo
Entregaba su cuello virginal?

¿Nada, el furor de las hambrientas fieras
Que hollaban á la vírgen infeliz,
Profanando las lúgubres panteras
La faz que al lirio arrebató el matiz?...

¿Los ecos de la lúgubre campana
Que á los fieles congrega á la oracion,
No conmueven, hablando del *mañana*,
Las fibras de tu seco corazon?

La torre del lejano monasterio
Que aparece en el áspero breñal;
El fúnebre ciprés del cementerio
Elevado ante el lecho sepulcral;

Las mujeres dulcísimas que velan
Junto al lecho siniestro del dolor,
Y á los tristes y míseros consuelan
Volando en alas del sublime amor;

Esos mundos de amores y tristeza
¿Nada consiguen despertar en tí,
Y no bajas humilde la cabeza
Ante el Señor que los anima aquí?

¿En los amores de la esposa honrada
Algo celeste palpitar no ves,
Y en la faz de la niña sonrosada
Que juguetea vívida á sus piés?

¿No ves á Dios en el inmenso abismo
Del mar ó de la célica extension,
Ni en el ótro que ocultas en tí mismo
Y al que llaman los hombres *corazon?*

¿El lenguaje inmortal del sentimiento
Jamás tus fibras hizo estremecer?
¿No has sentido jamás lo que yo siento,
Ni puedes mis palabras comprender?

¿Nada dice la aureola que circunda
La frente de la vírgen que espiró?
¿El beso de la madre moribunda
Que en sus dulces entrañas nos llevó?

¿No ves en los alcázares augustos
Que eleva el génio, lo inmortal brillar?
¿No ves en el semblante de los justos
Algo excelso y divino palpitar?

¿No ves, no sientes palpitar los besos
Que las almas envian al Señor?
¿Cómo se elevan á la cumbre, presos
En la espiral de incienso bienhechor?

¿No llega á tu cerebro oscurecido,
Como torrente de gloriosa luz,
La historia de aquel *Justo* escarnecido
Que perdonando feneció en la cruz?...

¿Alzas la impura frente? ¿No te humillas
Ante el augusto altar de la verdad?...
¿No existe Dios?... ¡Ateo: de rodillas;
Que ruge en el cenit la tempestad!...

—

¿Escupe al cielo tu soberbia loca?
¿Intentas su grandeza escarnecer?
¡Escupe; que el veneno de tu boca
Sobre tu frente volverá á caer!

Blasfemen esos labios iracundos
Sobre el mísero valle terrenal;
¡Que no, por eso, dejarán los mundos
De alzar á Dios un cántico inmortal!

¿Qué lograrás escarneciendo el nombre
De Aquel que vida nos prestó á los dos?
El hombre puede combatir al hombre;
No puede el hombre prescindir de Dios.

Espíritu de fuego nos anima
Que no debe extinguirse ni morir,
Y remontarnos á la etérea cima
Es nuestro venturoso porvenir.

¿Lograrán esos labios inclementes
Deshacer la esperanza, el *más allá*,
Y la sublime fé de los creyentes
Tu pequeñez soberbia extinguirá?

¡Rueden las necias vanidades locas
Del pigmeo que agítase ruïn,
Como el bajel en las punzantes rocas
De los escollos se deshace al fin!

¿Qué sería del hombre que en el mundo
Se apaga cual relámpago veloz?
¡Qué frio desconsuelo al moribundo
Le llevaría tu blasfema voz!

¿Qué anunciaría la tenaz campana
Con fatídica lengua de metal,
Si no esperase recorrer mañana
Las azuladas cumbres, el mortal?

¿De qué sirve el delirio que te agita
Si no ves el öasis salvador?
¿Cómo tu negro corazon palpita
Sin abrasarse en el divino amor?

¿Y una sublime inteligencia tienes
Para llegar á comprender no más,
Que de las sombras de la tierra vienes
Y al polvo de la tierra volverás?

¿Qué valen tu furor y tus blasfemias?
¿Qué vale el hombre que á su Dios negó?
¿Así el amor inextinguible premias
De Aquel que un rayo de su sér te dió?

¿Y tú te atreves á elevar la frente
Para medir la inmensidad tal vez?
¡Mide á Dios con las alas de la mente,
Y sólo medirás tu pequeñez!

Luz del cielo es la humana inteligencia,
Un destello divino es la razon;
Pero á donde jamás llegó la ciencia
Debe llegar el alma, el corazon.

¿Qué esperas tú, ni tu poder qué alcanza
Sin los destellos de la excelsa fé,
Cuando á mí me sonrie la esperanza
De encontrar á los séres que adoré?

¿De qué te sirve el blasfemar impío
De una voz que la muerte apagará,
Cuando espero encontrar al padre mio
Y mi sér en su luz se fundirá?...

¿No temes ver la inmensidad airada
Respondiendo al sarcasmo aterrador?
¿Que el rayo á la siniestra carcajada
Conteste con enojo matador?...

¡Niegas al Dios que te prestó su aliento,
Que te ofrece un glorioso porvenir!
¡Al Dios que hace brillar el pensamiento
Y hace en el pecho al corazon latir!...

¿A Dios arrojas un blasfemo grito,
Porque, inmenso, no cabe en la razon?
¡Cómo quieres luchar con lo infinito
Si limitados tus alientos son!

Medirlo no consigues, y lo niegas,
Y tu labio crüel blasfemará
Si con las alas de la fé no llegas
A donde sólo con la fé se vá.

¡No avances hasta el fin de tu camino
Sin adorar el eternal poder,
Y deshaga un relámpago divino
Las negras sombras de tu impuro sér!

¿Será la tierra á tu ansiedad, bastante,
Y no presientes un grandioso fin?
¿De qué sirven tus vuelos de jigante
Si luego en sombras te hundirás ruïn?

Y si, coloso, al yugo del pigmeo
Atado siempre á tu pesar te ves,
Y libertarte ansías, ¿tu deseo
Acaso digno de jigantes es?

¡No tienes medio de acabar tus penas,
Y en mi glorioso afan de libertad,
Ya que el mundo me tiende sus cadenas,
A romperlas iré á la eternidad!

Falto del fuego aquel que nos anima
Y nos hace latir, y comprender,
Y las nevadas cumbres y la sima
De los hondos abismos recorrer;

Falto de aquella llama vaporosa
Que nadie puede consumir jamás,
¿Qué *mañana* te espera allá en la fosa
A cuyas simas á dormir irás?

Falto de aquella luminosa esencia
Que á los hombres eleva ante el reptil,
Mañana habrás de ser, segun tu ciencia,
Gusanos sólo y podredumbre vil.

¿Qué habrías, pues, de conseguir, al cabo,
Con toda tu soberbia y tu poder?
¡Dejar de ser un orgulloso esclavo,
Y un vil enjambre de gusanos ser!

El pasado contemplas con desprecio,
Y despreciando tu presente estás;
¡Pero le bastan á tu orgullo necio
Algunos piés de tierra, y nada más!

¡Y yo no quiero que mi fé sucumba,
Ni hallarme envuelto en eternal capuz!
¡Yo no quiero perderme allá en la tumba!
¡Yo quiero un cielo de grandeza y luz!

Si no consigue aniquilar la muerte
Ni los despojos que al sepulcro van,
Y el rígido cadáver se convierte
En otros séres que otra vida dan;

Si no consigue en silenciosa calma
Dormir siquiera la materia aquí,
¡Cómo pretendes que fenezca el alma
Que palpitante se estremece en tí!...

¿Serás un vil autómata? ¿No sientes,
Ni nada esperas, ni padeces? No:
Por la soberbia arrebatado, mientes;
Porque sufres y esperas como yo...

¿Calmar no puedes esa fiebre aguda,
Ese loco y eterno frenesí?
¿El ángel ponzoñoso de la duda,
Como serpiente, se ha enroscado á tí?...

Jamás el hombre, débil y proscrito,
Náufrago eterno de ardoroso mar,
La inagotable sed de lo infinito
En la *razon* conseguirá apagar,

Como no puede, del airado viento
Y de las rudas olas á merced,
¡Apagar triste náufrago sediento
Ni con todo el Océano su sed!...

—

Tú que, abrasado en hervorosa pena,
Ansías batallar con lo inmortal,
Y ves mares que humillan entre arena
Las iras de su enojo colosal;

Que sueñas con los mundos de la nada,
Con soledades de eternal quietud,
Y ves trocarse la materia helada
En mil séres, allá en el ataud;

Que contemplas de llamas infinitas
Llenarse la fosfórica extension,
Y no te inflamas nunca ni palpitas
A la voz de la excelsa religion:

Tú que te abrasas en volcan intenso
Que no consigues extinguir jamás,
Y que pretendes abarcar lo inmenso,
Y con lo inmenso batallando estás;

Que al rio tormentoso la bonanza
Miras risueña y con amor, volver,
Y la vega teñirse de esperanza,
Fundido el hielo que la ahogaba ayer;

Que ves al árbol matizar las vegas,
Y los verdores renacer de Abril,
Y eternamente á la afliccion te entregas,
Sin esperanza, en tu ansiedad febril:

Tú que te arrastras por la tierra herido,
Y pretendes medir la inmensidad,
Y en tu seno percibes el latido
De una eterna y sombría tempestad;

Tú que contemplas serenarse el cielo
Y arrojar sobre tí su resplandor;
Tú que contemplas, en inmenso vuelo,
Al águila bañarse entre fulgor;

Tú que pretendes desgarrar en vano
El velo azul de ese infinito mar,
Y en las eternas llamas del arcano
Con la razon humana penetrar:

¿Nada en la tierra que abarcaste ansioso
Y recorriste con herido pié,
Sabe alzar en tu pecho tenebroso
El sacro grito de la hermosa fé?

¿Nada te dice la rugosa mano
Que muestra al niño una mansion de paz?
¿Ni tampoco la frente del anciano
Que algo dejó en tu rostro, de su faz?

¿Nada te dice el maternal cariño,
Ese amor sin celajes y sin fin?
¿Ni la sonrisa angélica del niño
Hermoso cual los lirios del jardin?

¿Nada sentiste ante la fosa abierta
Que un hijo acaso á tu afeccion robó?
¿No viste un ángel en la niña muerta,
Un cielo en la mujer que te adoró?

¿Nada ves en la niña enamorada
A quien hace el amor estremecer?
¿Nada ves en la frente inmaculada
Que á los cielos eleva una mujer?

¿No ves del niño por el rostro tierno
Vagar una sonrisa celestial,
Y no ves las tinieblas del infierno
Sobre la frente vil del criminal?

¿Ves á la madre que perdió su calma,
Herido el fruto de su santo amor?
¿No la sientes fundirse toda en alma
Para gemir y sollozar mejor?

¿Y al alma que solloza, condensarse
Y en una ardiente lágrima saltar,
Y en vapor esa lágrima trocarse,
Y al alto cielo ese vapor llegar?

¿Viste á la vírgen que murió angustiosa,
Sobre ataud oscuro sonreïr?
¿Viste tal vez á una adorada esposa,
A una madre adorada sucumbir?

Y si la viste rígida en el lecho,
Cubierta de amarilla palidez,
¿Nada te dijo sollozando el pecho?
¿Nada te dijo el corazon tal vez?

Al contemplarla inanimada y fria,
¿Tu ciencia repitió *no hay más allá?...*
¡Oh, qué menguada es esa ciencia impía
Que tal consuelo en esas horas dá!...

—

¿Abrir, ateo, en tu soberbia quieres
Un abismo insondable entre los dos?...
¿De innoble bruto descender prefieres?
¡Pues yo prefiero descender de Dios!



EN LA MUERTE DE S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y DE BORBON.

Á LOS SERENÍSIMOS SEÑORES DUQUES DE MONTPENSIER.

¿Qué dicen esos ecos de alegría,
De amor y de grandeza anunciadores?
¿Qué anuncian esos vívidos rumores
En que late feliz la patria mia,
Adormidos pesares y rencores?

¿Esa gente que bulle placentera?
¿Esas nubes de pájaros y versos
Que ocultan los fulgores de la esfera,
Y que palpitan, por doquier dispersos,
Como las chispas de amorosa hoguera?

¿Esas mil ropas que, al flotar galanas,
Embellecen históricos balcones
Y adornan humildísimas ventanas;
Y el alegre metal de las campanas,
Y el bélico rugir de los cañones?

¿Esos nobles palacios seculares
Revestidos de pompas y riquezas?
¿Esa explosion de acordes militares?
¿Esos brillantes y hervorosos mares
De fuego y nieve, y plumas y cabezas?

¿Qué anuncia ese cortejo refulgente
Que se aproxima, y crece, y se dilata
Cual irisada colosal serpiente,
Cual olas de flamígero torrente
Que el oro esparce y la bruñida plata?

¿Ese estruendo de músicas legiones;
Esos haces de vivos ramilletes,
De hermosuras que pueblan los balcones,
Y carrozas seguidas de escuadrones.
Y grupos de magníficos jinetes?

¿Ese mar de flotantes terciopelos;
Ese jardin de seductoras damas
Que agitan en el aire los pañuelos;
Y de sus ojos, españoles cielos,
Un mar arrojan de encendidas llamas?

¿Esos pechos de flores matizados:
Ese tropel hermoso de corceles
Con deslumbrante lujo empenachados;
Esas doradas filas de soldados
Brillantes cual la gloria y sus laureles?

¿Esos raudales de fulgor y galas,
Y palomas, y seda y pedrería;
Ese mundo de ardiente melodía
Que se remonta al firmamento en alas
De un aire palpitante de alegría?

¿Qué dice esa gallarda concurrencia,
El lujo fastüoso de esa Córte
Desplegando oriental magnificencia?
¿Esos guerreros de marcial presencia,
Esas matronas de soberbio porte?

¿Ese de galas desbordado rio,
Esa de nobles muchedumbre altiva;
Esa régia dorada comitiva,
Memoria del inmenso poderío
En que la tierra se sintió cautiva?...

El esplendor de esa alegría advierte
Que fiel y enamorada compañera,
De dulces esperanzas mensajera,
A nuestro rey le concedió la suerte,
Y hallar las glorias del Eden espera;

Ese brillante resplandor pregona
Que ya la Córte guarda en su recinto
A quien excelsa juventud abona
Para ceñirse la inmortal corona
Que en las sienes brilló de Cárlos Quinto;

Y anuncia esa alegría, desbordada
En vívida corriente esplendorosa,
Que una nacion fulgurará dichosa
Al adorar en una reina amada
Tan noble reina como amante esposa;

Que un lirio virginal, una doncella
Arrancada á los célicos pensiles,
En el dulce verdor de sus abriles
Ha conseguido remontarse bella
Al mundo de sus sueños infantiles;

Que una niña de rostro luminoso
Como el cielo feliz de Andalucía,
En su encendido palpitar, confía
Remontarse hasta un mundo venturoso,
A un alcázar de amor y poesía;

Esa entusiasta multitud expresa
Que hoy fulgura un hidalgo sentimiento,
Y que concede purpurino asiento
Un trono secular á una princesa
Gentil cual las que finge el pensamiento;

Que un monarca su dicha ha realizado
Al acercarse á las divinas aras
Para lograr el resplandor soñado;
Que esa dulce princesa es un dechado
De todas las virtudes más preclaras;

Que de estirpe clarísima proviene
Digna de España y su inmortal grandeza;
Que si á ceñirse una corona viene,
Otra celeste y deslumbrante tiene
De juventud, virtudes y belleza;

Que esa vírgen no sube á coronarse
Para flotar á la merced de un bando
O en mezquina bandera cobijarse;
¡Que ha descendido un ángel á posarse
Sobre el régio sitial de San Fernando!...

—

¿Qué anuncian esos fúnebres crespones,
Flotando oscuros en señal de duelo?
¿Por qué, inundado el ardoroso cielo
De llamas y de luz, los corazones
Se sienten presa de punzante hielo?

¿Qué dicen esas armas enlutadas;
Esas gentes que tiemblan, hacinadas
A las puertas de lóbrego palacio;
Esas sombras que cruzan el espacio,
Esas banderas de crespon orladas?

¿Por qué asoman y brillan por doquiera
Semblantes tristes y dolientes ojos?
¿Por qué esa voz murmura lastimera
Cual si llorára infausta plañidera
Sobre monton de lívidos despojos?

¿Por qué tiemblan las flores más lozanas?
¿Por qué doblan á muerto las campanas
En quejumbroso apenador estruendo,
Con sus lenguas metálicas hiriendo
Las almas que blasonan de cristianas?

¿Qué dicen esos ecos funerales
Que en el alma resuenan dolorosos?
¿Qué dicen esos grupos silenciosos,
Cual si hubieran sus lechos sepulcrales
Abandonado espectros misteriosos?

¿Qué dicen esos fúnebres retazos
De negra ropa en el brillante acero;
El luto y el dolor de un pueblo entero;
Esos tristes y sordos cañonazos
Repetidos cual eco lastimero?

¿Por qué siente humillada su entereza
Aquel que pompas militares viste,
Y humillan los más altos la cabeza,
Y resonando cual sollozo triste,
Exhala el aire un eco de tristeza?...

Porque la muerte se cebó traidora
En una flor de las del cielo hermana;
Porque nuestra adorable soberana
Era ayer un prodigio, y es ahora
Emblema triste de la suerte humana:

Porque un Eden en púrpura bañado
Entre el azul se evaporó, ilusorio,
Con el aroma del placer soñado,
Y el tálamo de amores se ha trocado
En silencioso lecho mortüorio;

Porque un jardin de amor desaparece
Por implacable tempestad deshecho;
Porque cesó de estremecerse el pecho
Que latía dulcísimo, y ofrece
La yerta pompa al atäud estrecho;

Porque sus galas un Abril florido
En mustias hojas marchitado deja,
Y una paloma celestial se aleja,
Y queda triste y sin calor el nido
Donde se escucha lastimosa queja;

Porque voló celeste golondrina
A un mundo fértil y de luz cubierto;
Porque una fresca juventud ha muerto
Cual se seca la gota cristalina
En las rojas arenas del desierto;

Porque la angustia inmensa nos aflige
Que holló mortal á un adorado esposo,
Al herir al monarca generoso
Que los destinos de la patria rige
Para ofrecer laureles y reposo;

Porque un rey infeliz la antorcha pierde
Que le guiaba al puerto de bonanza,
Y el desengaño matador le lanza
Léjos, muy léjos, de la playa verde
Que corona de flores la esperanza;

Porque, en amargo padecer hundido,
Se siente un rey en lúgubre abandono
Y de toda ilusion desposeido;
¡Porque á la altura el ángel ha subido
Que con sus alas defendía el trono!...

—

¡Rodó la dulce sensitiva, hollada
Por un soplo glacial que la convierte
En un puñado de ceniza helada!
¡Rodó la flor, que yace deshojada
Por la siniestra mano de la muerte!...

¿Cómo llorar, si el corazon no sabe
En pobres letras encerrar su llanto
Para que en otro corazon se grabe?
¿Podrá caber en la humildad de un canto
Lo que hoy apénas en un pueblo cabe?

¿Ni cómo, hidalga, ante el dolor podría
Esta nacion permanecer inmoble?
¿No gemirá tambien la España mia
Si, tan hermosa, y desdichada, y noble,
Es cuna del amor y la hidalguía?

¡En este pueblo, que lidió robusto,
Altivo cual las rocas del Pirene,
Con la soberbia del tirano adusto,
Adoradores y un altar augusto
La majestad del infortunio tiene!

¡Oh! ¿No es verdad que se estremece el pecho
Al ver cómo una reina sin ventura
Trocó el nupcial por mortüorio lecho,
Y ver allí cuál un sepulcro estrecho
Encierra tanto amor, tanta hermosura?

¿Y no es verdad que, estremecido, siente
El hielo del horrible desengaño
Al contemplar herido al inocente,
A la beldad de inmaculada frente
Que era incapaz de concebir un daño?

¿Y que sentís un vívido deseo
De llorar y asociaros á la pena
Que las estancias del palacio llena
Donde á buscar deslumbrador trofeo
Voló la muerte, al padecer ajena?

¿Y no es verdad que con mi voz consigo
Hacer sentir las amarguras mias
Y que lloreis y que sintais conmigo?...
¡Oh dulce patria, el corazon bendigo
A que el sosten de tus grandezas fias!...

Vosotros, ¡ay! los que escuchais mi canto,
Dejad que al alma doloroso os hable
Y se evapore en un raudal de llanto;
Que siempre ha sido el infortunio santo,
Y la ajena desdicha, venerable;

Que siempre el noble rendirá tributo
Al humano infeliz en quien se sácia
Oscuro arcángel de exterminio y luto;
Y ostenta, hollado cual marchito fruto,
La triste amarillez de la desgracia;

Y ya, sin humillar nuestro decoro,
Podemos, libres, asistir sin mengua
A las desdichas que cobija el oro,
Dejando por el cauce de la lengua
Correr el alma en encendido lloro...

—

Hoy no debemos ante adusto ceño
Arrastrarnos cual míseros reptiles,
Ni prosternar un corazon pequeño;
No somos el tropel de siervos viles
Que acarician las plantas de su dueño;
Hoy resplandece el luminoso dia
De las grandes ideas, y el encono
Feneció que á los pueblos oprimia,
Y la sagrada libertad el trono
Barrió de la infecunda tiranía;
Hoy el látigo impuro no ensangrienta
Ni humilla nuestra frente soberana,
Ni ruge encarcelada la tormenta;
Hoy *somos hombres*, y grandiosa ostenta
Un pedestal la dignidad humana;
Hoy surge el rayo de la altiva mente
Sin proceder la mano del verdugo
A cortar una lengua delincuente,
Y al sol alzamos la serena frente,
Libres de sombras y ominoso yugo;
Hoy los pueblos anhelan ser hermanos,
Y sollozar no quieren, y no gimen
Bajo el cetro de aquellos soberanos
Que se manchaban con el necio crímen
De ahogar la luz entre sus frias manos;

Hoy crímenes soñados el tormento
No fuerza impuro á confesar, ni azota
Ni escupe al hombre un déspota sangriento,
Ni el hombre exhala su postrer aliento
Sobre el tablado vil de una picota;

Hoy es un rey el guardador que vela
Por la sagrada libertad del bravo
Y altivo pueblo que avanzar anhela;
Y no es ciego verdugo, ni flagela
Las espaldas desnudas del esclavo;

Ya el siglo inmenso de la luz, rechaza
Aquella oscura tiranía fiera
Del látigo, el dogal y la mordaza;
Ni eleva el fanatismo en negra plaza
Los lívidos fulgores de una hoguera;

Ya no puede existir la tiranía
Que dominaba hipócrita, y en nombre
Del Dios que á todos perdonar sabía,
Al paso de las ciencias se oponía
Y á las hogueras arrojaba al hombre;

No existe el juez que con voraz deseo
Y acallando un impuro regocijo,
Escuchaba el crüel chisporroteo
De los sangrientos piés, miéntras al reo
Le mostraba la faz de un crucifijo;

Hoy ya no pueden imperar, no imperan
Aquellos que á los sabios perseguian,
¡Cuando los sabios demostrar querian
Que las obras de Dios más grandes eran
Y adoracion más grande merecian!

Ya no existen aquellos que reinaban
Sobre vivos cadáveres, y asiento
A su poder en el terror buscaban;
¡Aquellos ciegos que la lengua ataban
Y querian atar el pensamiento!

¡Los que á los astros sin cesar veian
Prestar á Dios flamígeras alfombras,
Y de sus rayos vívidos huian!
¡Heraldos de la luz, y pretendian
Reinar con el silencio y con las sombras!

¡Hoy no es la ley celajes y opresiones;
Hoy, amparados por augustas leyes,
Brilla la libertad, y las naciones
No son el patrimonio que los reyes
Podian regalar hecho girones!...

Lloremos como nobles y cristianos:
No existen los abismos tenebrosos
De cadenas y oscuros soberanos...
¡La luz impera!... ¡Reyes generosos
Ocupan el sitial de los tiranos!...

—

Sobre la real corona ya no brilla
La más luciente inmaculada perla
De los ricos florones de Castilla...
¡Doblad ante una santa la rodilla!...
Venid conmigo, con el alma á verla...

Venid en muchedumbre silenciosa,
Y penetrad en la mansion nublada
Donde un arcángel matador se posa...
¡Ved cómo tiembla la celeste rosa
Por el aliento del pesar hollada!...

¡Esa es la misma estancia en que tuvieron
Un nido celestial castos amores,
La estancia misma donde ayer lucieron
Las esplendentes aromadas flores
Que emblema dulce de venturas fueron!

¡La misma estancia en que feliz doncella
Dejó su vírgen dïadema hermosa,
Pura cual rayo de divina estrella,
Y la trocó por la corona bella
Que ciñen los amores á la esposa!

¡Entre el mismo esplendor de aquella estancia,
Henchida ayer de mágico alborozo,
De aroma y luz y celestial fragancia,
Es donde el lloro, en fúnebre abundancia,
De los pechos se escapa entre un sollozo!

¡Donde la muerte, con callado vuelo,
Sobre su presa mísera desciende,
Y por un rostro angelical extiende
La misteriosa amarillez de un velo
Que el hombre en vano desgarrar pretende

¡Donde á la rosa que humilló beldades,
Intentan abatir los Aquilones,
Y lanzarla á remotas soledades
Convirtiendo en siniestras realidades
Un mundo de venturas é ilusiones!

¡Donde, cual gota de la cima yerma,
Desaparece la ilusion radiante!
¡Donde fulgura un drama palpitante!
¡Donde agoniza una sublime enferma
Y solloza un monarca agonizante!

¡Donde el eco mortal de los dolores
Eternamente al corazon apena!
¡Donde asisten llorosos servidores
A los cuadros que arder desgarradores
Hace crüel una sublime escena!...

Allí los padres de la enferma, heridos
Exhalan su profundo desconsuelo
En lágrimas ardientes y gemidos
Que, desde el pecho, suben encendidos
Hasta las cumbres pálidas del cielo;

Allí la voz de augusto Patriarca
Sabe llegar al corazon fecunda,
Alumbrando á la excelsa moribunda,
Y descender al pecho del monarca
A quien la sombra del dolor inunda;

Allí una reina en su postrero dia;
Allí un rey sollozando junto al lecho,
Y sintiendo, en su tétrica agonía,
Cual si una mano descarnada y fria
Robar quisiera un corazon del pecho;

Allí un alma luchando acongojada
Por elevarse del terreno lodo
Y subir á los cielos libertada...
¡En el azul de los espacios, todo!...
¡Sobre aquel lecho de cien reyes, nada!...

—

¡Allá el raudal de la afliccion más viva
Corre anegando la morada altiva
Donde los hombres coronados moran,
Y padecen tambien, y heridos lloran
A los embates de fortuna esquiva!...

¡Abajo, el pueblo, siempre codicioso
De padecer con la desdicha ajena,
Los anchos patios del alcázar llena,
Y no reposa, preguntando ansioso
Por los que gimen en aciaga pena!

¡Todo, abajo, semblantes doloridos,
Y todo allá conmovedoras frases!
¡Sin distancias de esferas y partidos,
Sin abismos de estados y de clases,
Todos se sienten en el alma heridos!

¡Todos quieren llegar hasta una mesa
Donde fïar á temblorosa pluma
El inmenso dolor que les abruma,
Y cómo late un pueblo y se interesa
En el amor y en la desdicha suma!

Y ante el alcázar mudo y lastimero,
Crece voraz la inextinguible llama;
Y el escritor, y el prócer, y el guerrero;
El mendigo infeliz, la hermosa dama,
El escolar, el indigente obrero;

El sacerdote augusto, el magistrado,
El soberbio aristócrata, y el hombre
Más humilde de un pueblo no humillado;
El noble artista, el mísero soldado,
Quieren grabar en el papel su nombre;

Y no prestan aureola pasajera,
Dejando allí, como en altar bendito,
Sobre el papel un monumento escrito
Que brilla cual los astros en la esfera,
Como el mar y los cielos infinito;

¡Eterno, sí, cual las divinas leyes,
Y siempre para un rey, más estimable
Que las cartas escritas por los reyes,
Cuando los pueblos no se llaman greyes
Ni consienten que el látigo les hable!...

—

Pero, vosotros, los que habeis sentido,
Y tambien con el alma habeis llorado
Al apagarse el último latido
De hermoso corazon enamorado
Donde la dicha fabricó su nido:

Acompañadme á contemplar la santa,
A ver la niña de existencia breve,
Que del dolor humano se levanta
Cual si quisiese con etérea planta
Cimas hollar de deslumbrante nieve;

¡Venid conmigo á contemplar la tierna
Hermosa flor del tallo desprendida,
Que trueca los dolores de la vida
Por las dulzuras de la calma eterna,
Si lograda una vez, jamás perdida!...

Crucemos esas frias antesalas,
Subamos hasta el lúgubre aposento
Donde descansan las marchitas galas;
Donde tal vez el roce de unas alas
Turbó la paz del sosegado viento;

Desde donde tal vez, como paloma
Que al tierno nido de sus dichas sube,
Y busca amores en la verde loma,
¡De mustia flor, en vaporosa nube,
Subió á las cumbres el bendito aroma!...

Hasta el altar de la afliccion lleguemos,
Y ante esa caja oscura y funeraria
La dolorida frente prosternemos,
Y humildes, sobre el túmulo dejemos
Un recuerdo de amor, una plegaria!...

¡Cómo ruedan tambien las pompas reales,
Y todo cede al fin y se derrumba!
¡Cómo mueren las galas terrenales,
Y somos todos en la tierra iguales
Al hollar los dinteles de la tumba!

¿Ese atäud nos dice á dónde vamos
Los que á los mundos del dolor venimos?
¿Acaso, que en las sombras nos unimos,
Y en silencioso abrazo descansamos
Los que contrarios en la tierra fuimos?

¡Ved cómo todo aquí se desvanece,
Y cual el hondo padecer, el sumo
Idolatrado bien desaparece,
Y huye el amor que eterno nos parece,
Y toda gloria se disipa en humo!

¡Cómo su aliento que desata airado,
Esparce ruda la implacable muerte
Destruyendo el öasis encantado,
Y la hermosura en mísero puñado
De pálidas cenizas se convierte!...

¿Qué fué de aquel dulcísimo portento
Que hoy un gemido al corazon arranca?...
¡La eterna luz, el inmortal aliento
Es rica nube que recorre blanca
La inmensidad azul del firmamento!...

¡Huyó la luz!... ¡Mirad cómo ese anciano
Inclina dolorida la cabeza
Ante un puñado de cenizas vano,
Al sentir en qué paran la grandeza
Y los dolores y el orgullo humano!

¡Allá, siniestros, los marciales guardas
Oscura imágen del dolor parecen,
Y no pueden gemir ni desfallecen,
Y al empuñar las férreas alabardas,
Acaso lloren con el alma y recen!

¡Y si algun rostro abrasan y coloran
Lágrimas que saltaron encendidas,
Jamás serán de aquellas que desdoran;
Que son de sangre y fuego las vertidas
Cuando guerreros indomables lloran!...

—

Venid, mirad esa capilla ardiente:
Esa que veis de un hábito cubierta,
Esa que está vestida pobremente,
¡Esa es la reina, la llorada muerta
Por quien un pueblo agonizar se siente!

Esa que duerme en inmutable calma,
En medio de esa estancia silenciosa,
¡Es la gentil, la idolatrada esposa
Que de un esposo se ha llevado el alma
Y el alma de una madre dolorosa!...

Tierna flor que las brisas arrullaron,
Y luego, herida por mortal angustia,
Los vientos sin piedad la desgarraron,
Y sus galas purísimas hollaron
Hasta mirarla deshojada y mustia!

¡Murió la dulce niña placentera,
Y están blandones de amarilla cera,
Con angustiosa llama vacilante,
Iluminando el rígido semblante
Que luz del cielo y de los hombres era!

¿Ese es el labio aquel en que podian
Robar las aves los suspiros leves
En que su amor al firmamento envian?
¿Ese, el cuello gallardo que las nieves
Y hasta los cisnes envidiar debian?

¿A dónde huyó el raudal con sus dulzuras
Robadas á los mundos celestiales?
¿La luz de aquellos ojos tropicales,
Hermosos como el sueño de venturas
Que laten en las mentes orientales?

¿Dónde están los hechizos que admiramos
Como un sueño de amor y de alegría?
¿Aquella frente hermosa como el dia
En que esplendores y ventura hallamos
Y tesoros de fuego y melodía?

¿Las plantas, ¡ay! que parecian hechas
Para pisar alfombras de luceros?
¿La garganta gentil, donde parleros
Exhalar parecian sus endechas
Y su amor, ruiseñores y jilgueros?

¿El rostro brillador como el delirio
De enamorados génios soñadores?
¿El talle aquel que un hálito de amores
Temblar hacía, como tiembla el lirio
Sobre el cristal de azules surtidores?

¡Esa es la reina hermosa y sin ventura,
Por el furor del huracan robada,
Y al lecho del amor arrebatada
Para caer en la estrechez oscura,
En los abismos de la tumba helada!

¡La que, sublime, sin espanto viera,
Deshecho el Paraíso deslumbrante
De la ilusion que fulguró hechicera,
Zozobrar la esperanza postrimera
Entre las brumas del postrer instante!

¡Esa es la reina que, en edad florida,
Gozando del amor y los placeres
Y todos los encantos de la vida,
Ansió al sepulcro descender vestida
Cual la más infeliz de las mujeres!

¡Ese, el ángel purísimo y risueño,
Sagrario del amor y la inocencia!
¡Esa la planta de divina esencia
Que se ostentó como el bendito sueño
Que ilumina un instante la existencia!

¡Esa, la hermosa que descansa inerte
Y orgullo fué de la oriental campiña!
¡La que serena contempló la muerte,
Y si vivió cual delicada niña,
Supo morir como el varon más fuerte!

¡Ese, aquel ángel que al morir, lanzaba
De su mirada vívidos destellos!
¡Que al morir, bendecía y alentaba,
Y sin temor se despidió de aquellos
A quienes entre lágrimas dejaba!

¡Esa, el bajel de luz y sentimiento
Que hundióse al fin en el abismo amargo!
¡La que exhaló su postrimer aliento
Despues de batallar con un tormento
Como la noche y las desdichas largo!

¿Esa es aquella niña delicada
Como el cáliz de vírgen azucena,
Y que al abismo de la oscura pena
Se sintió por los hados arrojada,
Mustia la frente que brilló serena?

¿Es esto lo que resta de un pasado
Que centelló divino y amoroso?
¿De aquel Eden que deslumbraba hermoso,
Y cual dulce ilusion se ha disipado
Matando las venturas de un esposo?

¿En esos restos se han trocado aquellas
Galas, que ayer celestes florecieron?
¿Son esos ojos los que ayer vertieron
Enamorados, vívidas centellas
Que á las del cielo sonrojarse hicieron?

¿Esas, las tiernas nacaradas manos
Que de otras manos el calor buscaban?
¿Esa, la dulce faz donde ostentaban
Su matiz los hechizos soberanos
Que rosas y jazmines envidiaban?

¿Esos, ¡ay! los negrísimos cabellos
Que, brillando cual cielos españoles,
Eran noche de mágicos destellos:
Y por corona merecian ellos
Todo un puñado de encendidos soles?

¿Esos, los ojos, ¡ay! que moribundo
Ni un rayo exhalan, y brillantes olas
Daban ayer del resplandor fecundo
Con que siempre podrán las españolas,
Si el sol se apaga, iluminar el mundo?

¡Esos son de una reina los despojos!
¡Esos, los labios cual el fuego rojos,
Que hechizaban ayer al sonreirse!
¡Esos, los negros celebrados ojos
Que ya jamás han de volver á abrirse!

¡Ese, el ángel de luz, la soberana
Que á los hombres rogó que la cercasen
De sencillez y de humildad cristiana,
Y que de toda vanidad mundana
El cuerpo libre, al fenecer, dejasen!

¡La que sufrió un martirio despiadado!
¡La que perdon á todos exigía
Con acento sublime y angustiado,
Cual si hubiera perdon necesitado
Quien sólo amar y bendecir sabía!...

—

¡Oh! ¿No es verdad que el ósculo piadoso
Y la tierna oracion de los que ruegan
Por vuestro sacro y perenal reposo,
Como leve susurro melodioso
A vuestro oïdo palpitando llegan?

Y aunque no pueden esos labios yertos
Y de amarilla palidez cubiertos,
Romper el hielo de su eterna calma,
¿Acaso no sentís que no son muertos
Los muertos que enterramos en el alma?

¿Y no es cierto que Vos en las alturas
Una risueña inmensidad hallásteis
De inmarchitos aromas y dulzuras
Que no pueden hallar las crïaturas
En la triste mansion que abandonásteis?

¡Oh! ¡Hicisteis bien en remontar el vuelo
Desde el hervor de la sombría tierra
Hácia la libre inmensidad del cielo;
Que no servia para Vos el suelo
Que llanto sólo y mezquindad encierra!

Bien es verdad que una nacion apura
El cáliz del dolor, y que sus ojos
Se clavan en la triste sepultura,
En el monton de lívidos despojos
En que vino á parar tanta hermosura;

Pero si, muertas sus mejores galas,
Un rey solloza de amarguras lleno,
Desde la cárcel del mundano cieno
Alzásteis libre las etéreas alas
Hácia un dorado azul, siempre sereno;

Y, aquí dejando luminosas huellas,
Vuestra esencia inmortal nos abandona
Por regiones tan altas y tan bellas,
¡Que palpitan muy bajas las estrellas
Para poder serviros de corona!...

—

¿Por qué el ronco clarin gemidos lanza,
Y el indomable generoso bruto
Con paso triste, y enlutado, avanza;
Y el alma sólo á contemplar alcanza
Luto en los rostros y en las flores luto?

¿Qué anuncian esos cantos funerales
Que en el pecho se apagan estridentes?
¿Esas oscuras y abatidas frentes?
¿Esos ecos que llegan sepulcrales
A herir el alma de angustiadas gentes?

¿Qué anuncian esos roncos cañonazos
Que en honda voz y sin cesar resuenan,
Y los espacios de fantasmas llenan
Al surgir y al humear los fogonazos
Que al temeroso corazon apenan?

¿Por qué los labios y las almas oran,
Y apagado el rumor de los placeres,
Las pupilas se encienden y coloran,
Y sollozan las débiles mujeres,
Y como niños los guerreros lloran?

¿Qué anuncian esas fábricas cerradas?
¿Ese silencio en las inmobles puertas?
¿Esas vias oscuras y desiertas,
Y esas calles rasgándose inundadas
Por un mar de cabezas descubiertas?

¿Ese silencio, sólo interrumpido
Por álguien que suspira ó que solloza?
¿El lujo de esa tétrica carroza
Que, al deslizarse y avanzar sin ruido,
El suelo apénas, cual fantasma, roza?

¿Qué dicen esos hombres enlutados
Al avanzar entre calladas filas
De pálidas mujeres y soldados?
¿Y el eco de clarines apagados,
Y el lloro que fulgura en las pupilas?

¿Por qué laten y lloran conmovidos
Esos séres que cubren la carrera,
Oyendo la campana plañidera
Resonar cual tristísimos latidos,
Como voz de infortunios mensajera?

¿Y el soldado marcial, que la batalla
Ruda y sangrienta conmover no pudo,
Quizá el sollozo de la angustia acalla,
Miéntras en otros el quejido agudo
Del sentimiento y la afliccion estalla?

¿Y herido el noble pecho del soldado
Cuya frente de pálida ceniza
Los rigores del tiempo han coronado,
Honda amargura por un rostro arado
En lágrima rebelde se desliza?

¿Qué dice ese glacial, meditabundo,
Ese callado y fúnebre cortejo
De hombres que halaga el esplendor del mundo,
Y en cuya faz un astro moribundo
Dejar parece su postrer reflejo?

¿Qué llevan, ¡ay! en esa triste caja?
¿Qué cielo oculta, qué tesoro encierra
La imponente humildad de esa mortaja?
¿Algo tal vez del trono se desgaja?
¿Quizás un ángel huye de la tierra?

¿Por qué al dolor y á las torturas cede
El corazon, y mísero suspira?
¿Qué desdicha nos cerca? ¿Qué sucede?...
Algo que el labio condensar no puede,
Ni el eco humilde de mi pobre lira;

Algo que no podria condensarse
Ni en el vivaz relámpago del estro;
Que ese cortejo, lúgubre y siniestro,
Parece que se lleva, al alejarse,
Algo que ha sido, en las entrañas, nuestro!...

—

¡Aurea palmera que crecer veíamos,
Y se abatió marchita en lontananza!
¡Iris de paz, destello de bonanza;
Purísimo raudal donde bebíamos
El aliento feliz de la esperanza!

Aquella aureola de esplendores santos,
Aquellas maravillas, ¿qué se hicieron?
¿A dónde están, Señora, á dónde huyeron
Las galas celestiales, los encantos
Que emanacion del Paraíso fueron?

¡El sueño fuísteis que deslumbra un dia,
Para llegar el hondo desengaño,
Y la tristeza, y la amargura impía!
¡El recuerdo de pompas y ufanía
Que deja, al espirar, un fértil año!

¡Fuísteis la gota de gentil rocío
Que brilla un sólo instante en la espesura
Quemada por los labios del estío!
¡La estrella que se apaga en el vacío!
¡La flor que sólo una mañana dura!

¡Fuísteis el árbol que su manto arroja
Para mostrarse aterrador y escueto!
¡Arbol de la ilusion que, hoja tras hoja,
De aromas y verdores se despoja
Y se convierte en lívido esqueleto!...

¡Arca de timbres y de honor preclaros!
El llanto en la ciudad y en las montañas
Dice que un pueblo no cesó de amaros...
¡Al Escorial os llevan, y al dejaros,
Algo allí dejarán de sus entrañas!...

¡Ayer bañarse al corazon sentimos
En vuestra esencia pura y brilladora
A cuyos rayos florecer pudimos!
¡Ayer lucir y palpitar os vimos
Como el fulgor de venturosa aurora!

¡Hoy mira España con mortal tristeza,
En la tumba á su dulce soberana!...
¡Qué miserable la existencia humana!
¡Ayer, amores, juventud, belleza;
Silencio, y frio, y soledad, mañana!...

¡Silencio, y frio, y soledad! ¿Acaso
Eso en el fondo del sepulcro hallásteis?
¿Tal vez cual ráuda exhalacion volásteis,
Y sin saber dejar á vuestro paso
Un destello inmortal, os alejásteis?

En vano os guarda ese sepulcro yerto;
La muerte, en vano, despiadada quiere
Hundiros en un árido desierto;
Que en el alma del pueblo no habeis muerto,
Y el alma de los pueblos nunca muere!

¡Niña de breve y peregrina historia,
Casi un sueño, un relámpago habeis sido;
Pero sueño, relámpago de gloria
Que eterno alumbrará nuestra memoria
Sin borrarse jamás en el olvido!

¡Angel herido que voló al reposo
De encantada mansion resplandeciente,
Habeis cruzado el mundo, sonrïente
Como el primer ensueño venturoso
Que jamás se evapora en nuestra mente!

Vuestro nombre dulcísimo está escrito
De una nacion en el jigante pecho,
Y vivireis, grabada en lo infinito,
Más que esa tumba inmensa de granito
Que á tantos reyes ha ofrecido un lecho.

¡Bajad á las mansiones ignoradas
Donde etéreos fantasmas centellean,
Y cortejo de oscuras llamaradas
A vuestra luz, las sombras coronadas
Del gran Felipe y Cárlos Quinto, sean!

Al lucir de fosfóricos destellos,
Entrad allí cual soberana altiva
A fulgurar y á competir con ellos:
Pues el oro de títulos más bellos
Y generosos alcanzásteis viva...

¡Para añadir á España otros florones,
Y el mundo contemplar bajo sus manos,
Necesitaban rayos y leones,
La fiereza de aquellos castellanos
Ante quienes temblaban las naciones!

¡Si se lanzaban á remotos puertos,
Y á los abismos imponian leyes;
Si alzaban su pendon en los desiertos,
Y eran dueños del mundo, aquellos reyes
Dejaban mucha sangre, muchos muertos!..

¡Divina esencia que alumbraba pura,
Astro de amor, hoguera bienhechora,
Estrella desprendida de la altura;
Reina por el ingenio y la hermosura,
No habíais Vos de menester, Señora,

El negro arcángel que al humano aterra
Y vuela matador sobre infecundos
Y horribles antros de exterminio y guerra,
Para mirar á vuestros piés la tierra,
Para mirar á vuestros piés dos mundos!

Julio, 1878.



EL BESO.

Á MI ESTIMADO COMPAÑERO D. MARIANO DE CÁVIA.

Es la mortal llamarada
Que surge de impuro lodo;
Es luz, espíritu, todo;
Humo, relámpago, nada:
Es dulce lengua encantada
De engañadora ficcion;
Es soplo del corazon
Que enamorado suspira;
Y puede ser la mentira,
El engaño y la traicion.

Es el ardiente lenguaje
Del amor y el entusiasmo;
Burla, ironía, sarcasmo,
Sangriento y bárbaro ultraje;
Es el instinto salvaje,
La ruda naturaleza;
El fervor y la pureza,
El místico arrobamiento,
La pasion, el sentimiento,
La majestad, la belleza.

Es algo que elevan puras
Las almas al Hacedor;
Es emblema halagador
De celestiales ternuras;
Para mujeres impuras
Es la caricia comprada;
¡Para el alma enamorada,
Un Eden resplandeciente
Que brota del labio ardiente
De la mujer adorada!

Algo puro como el dia
Que en resplandores anega
Y hasta el espíritu llega
Cual celestial melodía;
Aliento de un alma fria,
Helada como el invierno;
Lenguaje de un mundo interno
Que arde cual rayo de gloria;
¡Epílogo de una historia!
¡Principio de un drama eterno!

Es engaño, es amistad;
Es hielo, es lúbrico hervor;
Es el supremo dolor,
Suprema felicidad;
Alienta en la inmensidad,
Palpita sobre el desierto;
Habla al espíritu yerto,
Y es hondo como la fosa:
¿Habeis besado á una esposa?
¿Besásteis á un hijo muerto?

Un beso endulza al que gime
En implacable prision;
Es caridad y perdon;
Algo grandioso y sublime;
Un beso acaso redime
De su oprobio al criminal;
Un beso es luz celestial
Que brota de fresco Eden:
¡Es el aliento del bien!
¡Es la ponzoña del mal!

El crepúsculo incoloro
Se trueca en dulce sonrisa,
Y el ave presta á la brisa
Su tierno canto sonoro:
El aura besa un tesoro
De colores y fragancia;
Para el beso no hay distancia
Y es puro cual santa prez...
¡Cómo besa la vejez
Los encantos de la infancia!

Un beso nace en el pecho
Y sale del corazon,
Y al saltar de esa mansion,
Encuentra el espacio estrecho;
Late en el mísero lecho,
Y bajo rico dosel;
Es aroma de un verjel,
Un manantial de dulzuras:
¡Un soplo de las alturas!
¡Una llama de Luzbel!

¡El iris bello atraviesa
Nebulosos horizontes;
El alba tiñe los montes
Cual venturosa promesa;
El cisne recorre y besa
El cristal de la laguna;
El beso de áurea fortuna
Ahuyenta siniestro tul,
Y besa el estanque azul
Un blanco rayo de luna!

Un beso ciñe de albores,
Y seduce como el sueño
Que hace girar halagüeño
Mundos de dichas y flores;
Es soplo henchido de amores,
Que con su aroma encariña;
¡Pero á la hermosa campiña
Marchita un ósculo insano,
Cual beso de impuro anciano
El corazon de una niña!

El beso deja en el hombre
Gérmen que mundos encierra,
Y sabe hacer que la tierra
De maravillas se alfombre;
Es mágico como el nombre
De libertad para el preso:
En dulces labios impreso
Queda cual fúnebre agravio,
¡Y allá donde mate un labio,
Podrá matar con un beso!

Es algo hermoso cual gota
De rocío matinal
Y ese rumor sin igual
Que de los céfiros brota;
Vibrante como la nota
Que se escapa del salterio;
Algo que tiene un imperio
Entre armonías y luces,
¡Y tambien allá en las cruces
Y el ciprés del cementerio!

¡Dora al que abismos concibe,
Y acalla el hondo dolor!
¡Un hijo es beso de amor
Que amor y besos recibe!
Un beso es algo que vive
En el materno regazo;
¡Que suena con el abrazo
Cuando no abraza la muerte,
Y amoroso se convierte
En un dulcísimo lazo!

El meteoro en la bruma
Deja una espléndida raya;
Sobre el hervor de la playa
Cae la frígida espuma;
El aura con leve pluma
Verdes penachos orea;
El manantial serpentea
Entre jardines luciente,
Y acaricia nuestra mente
El resplandor de una idea.

¡Besa la frente moruna
Un sol de destellos rojos!
¡Tambien se besan los ojos,
Y el batel y la laguna!
¡La madre besa la cuna
Del tierno niño inocente,
Y ese grupo sonrïente
Lo besa el padre que adora
Y con las lágrimas llora
Del que adorado se siente!

La llama besa el crisol
De donde surge hechicera;
El manto de la pradera
Se corona de arrebol;
El rojo beso del sol
Dora los cielos y el mundo;
Espira el mártir fecundo
Besando á la humanidad,
¡Y besa la caridad
La frente del moribundo!

¿Qué son esas ígneas huellas
Que allá en el éter espiran?
¿Qué son los astros que giran
En esas bóvedas bellas?
¿No nos besan las estrellas
Desde su régia mansion?
¿Beso de un beso no son
Todos los séres que miro?
¿No es el azul un suspiro?
¿Un beso la crëacion?

Un beso es dulce ternura
En que suspiran los hombres;
Un beso ha unido los nombres
De *Marcilla* y de *Segura;*
El beso de la hermosura
A los monarcas sujeta;
Un beso ciñe al poeta
Resplandeciente corona:
¡Un beso eterno, en Verona,
Une á *Romeo* y *Julieta!*

La luna besa el matiz
Inmaculado del lirio,
Y son besos el delirio
Y la sonrisa feliz;
La imágen de *Bëâtriz*
Besó la mente del *Dante;*
Beso es el rayo espirante
Que dora la cumbre helada,
¡Y un beso hizo arder la espada
Que unió á *Francesca* á su amante!

Un beso es frescura tierna,
Un manantial de alegría;
Un beso es chispa sombría
De una llama que arde interna;
Un beso es la sombra eterna,
Es la esperanza fecunda;
Y de dolor nos inunda,
Y queda en el alma impreso...
¿Quién puede olvidar el beso
De una madre moribunda?...

Un beso mata la pena,
Alivia la pesadumbre;
Un beso enciende la cumbre
E inflama la humilde arena,
Y espumas y abismos llena
De prismas deslumbradores;
Y por un beso de amores,
De unos labios hechiceros,
Morian los caballeros,
Cantaban los trovadores.

Un beso es algo que quema,
Es algo impuro que mata;
Fuego que un crímen delata,
Frase que oculta un pöema;
Es un dulcísimo emblema
De adoracion y cariño,
Es puro como el armiño,
Es traidor como las dudas:
¡Qué negro el beso de *Judas!*
¡Qué dulce el beso de un niño!

Un beso cruza el raudal
Y riza sus ondas suaves;
Es algo que une á las aves
Sobre encantado rosal;
El oro primaveral
Que dá el insecto á la flor;
Algo en que late el amor,
Y unió á los séres que amaron:
¡Las golondrinas besaron
La frente del *Redentor!*

Es un aroma que sube
Hácia el fulgor de lo eterno;
Algo más blanco y más tierno
Que las alas del querube:
Algo triste cual la nube
De tormentoso capuz;
Inmenso como esa luz
Que un Dios sublime encendió...
¡También la *Vírgen* besó
A *Cristo* al pié de la cruz!

Es el giron de un zafir
Que sonrie en lontananza;
La venturosa esperanza
De un dorado porvenir;
Algo que sabe fundir
En un espíritu dos;
Es algo que late en pos
De angustias y regocijos...
¡La madre besa á los hijos!
¡Las almas besan á Dios!...

Es pureza que fulgura
En el sér de la mujer,
Y que baña nuestro sér
En inefable dulzura;
Algo que presta frescura
Como al desierto la palma;
Algo amoroso que calma
El hervor de amargas heces...
¡Me ha besado tantas veces
La madre mia del alma!...

Un beso es símbolo fiel
Del pecho de donde nace;
Dulzura que se deshace
Como en los labios la miel;
Algo punzante, crüel,
Eterno cual la agonía
Que va matando sombría
Y ahoga con lentitud...
¡Yo besé, en el ataud,
Al padre del alma mia!...



DIOS.

Á MI RESPETABLE AMIGO EL EMINENTE LITERATO

D. LUIS CUCHET.

¿Quién hace al rayo atravesar las brumas,
Y á la centella dió sus resplandores?
¿Quién presta al ave matizadas plumas,
Tintas al iris, y al jardin colores?
¿Quién dió á los rios mágicas espumas,
Y á las espumas ecos bullidores,
Y hervor á las marinas soledades,
Y al jigantesco mar sus tempestades?

—

¿Quién cubre el monte de pomposas galas,
Y la brillante inmensidad de estrellas?
¿Quién dió á la ruda tempestad las alas
Y el penacho de lívidas centellas?
¿Quién supo hacer del pensamiento escalas,
Para subir á las regiones bellas
Donde la luz de la verdad fulgura
Sobre la noche del pesar oscura?

—

¿Quién dá al cielo flamígera corona
Y á las noches un manto de luceros?
¿Quién encamina al ave que abandona
El alegre verdor de los oteros?
¿Quién resplandece en la abrasada zona,
Y palpita en arroyos placenteros
Donde afanoso el caminante bebe;
Y luz dá al astro, y á los montes nieve?

—

Yo te siento, gran Dios, tras ese velo
Que sabes oponer á nuestros ojos,
Y libro de mil astros es el cielo
Que el hombre debe contemplar de hinojos;
Yo te miro en la cúspide del hielo,
En la lluvia que baña los rastrojos,
Entre las flores del alegre Mayo,
Y allá en la nube que atesora el rayo.

—

¡Niega! me dice la soberbia vana,
Y *¡cree!* el hondo corazon me grita;
Sé que no cabe en pequeñez humana
La majestad que ostentas infinita;
¡Sé que das fuego á la gentil mañana,
Y con las alas de la fé bendita,
Te busco en el humilde santüario,
Y en la cima sangrienta del Calvario!

—

Yo te veo en los fúlgidos palmares
Que doran las arenas del desierto,
Y en el hervor de los rugientes mares,
Y en el cristal del amoroso puerto;
Yo te miro brillar en los altares
Y en la serena palidez del muerto
Que, envuelto por la tétrica mortaja,
Parece adormecido allá en la caja.

—

Tú prestas rayos al luciente dia
Y amor y estrellas á la noche oscura;
Tú eres la llama que la sombra fria
De heladas mentes atraviesa pura;
Tú eres beso de fuego y melodía,
Y öasis de verdores y frescura,
Y el huracan que se desata inmenso,
Y el Dios que flota en la espiral de incienso.

—

Tú prestas melodías á las aves,
Y aromas á la rica primavera;
Tú eres el puerto de las tristes naves
Que huyendo van de la tormenta fiera;
Tú con alegres resplandores sabes
Alimentar al corazon que espera
Volar mañana á las excelsas cumbres
Donde palpita el rayo de tus lumbres.

—

Tú prestas vida á las hermosas flores,
Y su aureola inmortal al firmamento,
Y á los nidos y al aura sus rumores,
Y arrullo y quejas al amor y al viento;
Tú tiñes los espacios de fulgores,
Tú das vida al humano pensamiento,
Y á los abismos y á los hombres calma,
Y luz al cuerpo, y religion al alma.

—

No quiero que, sacrílegas, mis manos
Revelen el temblor de la flaqueza;
No pretendo rasgar esos arcanos
Que forman tu misterio y tu grandeza;
Yo sé bien que los débiles humanos
Debemos humillar nuestra cabeza,
Y en el altar del mundo, de rodillas
Adorar tus sublimes maravillas.

—

Tú llegas al abismo más profundo;
Tú surges del ardor de los volcanes;
Tú llevas el consuelo al moribundo
Calmando su amargura y sus afanes;
Tú desatas el hálito iracundo
Que estalla en procelosos huracanes,
Y haces al éter palpitar sereno,
Y el mar aduermes, adormido el trueno.

—

Tú das inspiraciones al pöeta,
Tú prestas resplandores á la mente;
Por tí el profundo batallar se aquieta,
Y se baña en dulzuras el creyente,
Y no mueren los astros, y el planeta
Girando en el espacio eternamente,
Es bajel de los mares del vacío
Que nunca agota el incesante brio.

—

Tu pupila es la hoguera acrisolada
Que de mil rayos la extension inunda;
Tu beso es la grandiosa llamarada
Que hace á la mente palpitar fecunda;
Tú surges de la noche en la alborada,
Y arde por Tí la soledad profunda,
Y son los mares y las verdes tierras
Atomo sólo del poder que encierras.

—

Tú eres el Dios que en el verjel anida
Y despierta sublimes concepciones,
Y hace vibrar la esfera estremecida
Y volver las fecundas estaciones;
Tú eres amor y deslumbrante vida
Que aspiran sin cesar los corazones
Sobre el hervor del padecer terreno,
Y viertes olas de esperanza al bueno.

—

Tú eres el Dios que nos alienta fuerte
Al fulminar la inmensidad bravía;
Por tí el humano al vislumbrar la muerte,
Alzarse á un cielo brillador confía,
Y al sepultarse la ceniza inerte
En los abismos de la fosa impía,
Polvo no más la sepultura encierra,
Y el alma no se funde con la tierra.

—

Tú sostienes las alas colosales
Que el ave audaz á los espacios tiende;
Tú brillas en los límpidos raudales
Y en ese sol que el firmamento enciende,
Y eres iris que rueda en los cristales
Del arroyuelo que amoroso extiende
El caudal de sus ecos y sus perlas
Sobre el jardin, que se estremece al verlas.

—

Tú eres el Dios á quien alcé mis preces,
Y en su cantar el pájaro te nombra;
Pediste al cáliz del dolor sus heces,
Y tienes las estrellas por alfombra;
Y á tu justicia temblarán los jueces,
Y como Juez, condenas á la sombra
De las eternas dudas, al ateo
Que tus grandezas despreció, pigmeo.

—

Tú el alimento de las almas eres,
Y al través del desierto las conduces;
Tú arrebatarnos á las sombras quieres
Y elevarnos al mundo de las luces;
Tú brillas en el fondo de los séres,
Sobre el altar, y en las humildes cruces
Que adornan olvidadas sepulturas,
Y en el regio esplendor de las alturas.

—

Tú eres el Dios que veste purpurina
Dá á las hermosas tardes del estío,
Y el que rumor y espuma cristalina
Presta á las olas del sereno rio;
Y eres el rayo que abatió la encina,
Y hace temblar la frente del impío
Que, al escupir en su impotencia al cielo,
Como el reptil se arrastra por el suelo.

—

Tú eres consuelo del mortal que gime
Y hácia la sombra de la muerte avanza;
La salvadora cruz que nos redime,
El rayo de dulcísima esperanza;
El Dios inmenso, el Crëador sublime,
El Supremo Hacedor que, á semejanza
De tu jigante sér ilimitado,
Para volver á Tí, nos has crëado.

—

Por tí el humano espíritu no muere
Ni se apaga veloz como un latido,
Ni la campana funeral nos hiere
Anunciando las sombras y el olvido;
Tú haces que el hombre infortunado espere,
Al remontarse, en dia esclarecido,
Sobre abismos de lágrimas y lodo,
Volar al *Sol* que lo ilumina todo.

—

Tú eres el Dios que el Universo alaba
Al disipar el matador nublado;
Tú eres poema inmenso que se graba
Allá en el corazon del desdichado;
¡Tú fuiste el Redentor que perdonaba,
De sangrientas espinas coronado,
Y al fenecer en una cruz sombría,
A sus verdugos perdonar sabía!

—

Yo te contemplo en el raudal que alienta,
Y en las alas de inmenso torbellino;
Tú brillas en la nube cenicienta,
Y en el vírgen ropaje matutino;
¡Yo te siento latir en la tormenta,
Y te veo en el éter cristalino,
Y te escucho en el órgano sonoro,
Y me prosterno, y de rodillas oro!

—

¡Palpite el sér, y el inspirado verso
De luz el trono del Señor alfombre;
Cante su régio porvenir el hombre
Y humille la soberbia del perverso!
Alcemos himnos al excelso nombre;
Ya que el alto Hacedor del Universo,
Que orbes y estrellas derramó fecundos,
¡Hizo el alma más grande que los mundos!...

—

¡Dios de bondad y llamas inmortales,
Que, gimiendo azotado y escupido,
De la cárcel siniestra de los males
Al hombre libertar has conseguido!
¡Tú haces á todos descender iguales
Hácia el lugar aquel desconocido,
Envuelto en sombras, y tristeza, y hielo,
Que conduce á las márgenes del cielo!

—

¡Tú haces del orbe vívidos crisoles
Donde bullen tesoros de alegrías;
Tú bañas las alturas de arreboles,
Y el corazon de fuego y armonías;
Alfombra de tus plantas son los soles,
Destello de tus ojos son los dias,
Y los siglos, apénas un instante
De tu infinita eternidad jigante!

—

¡Tú lates en las auras apacible,
Y arrojas las escarchas del invierno;
Tú eres la inmensidad, lo indefinible,
La eterna vida, el resplandor eterno;
Y el necio impío, que juzgó posible
Mofarse de las sombras de tu infierno,
A los infiernos del dolor se lanza,
De llorar y morir sin esperanza!...



LOS MÁRTIRES DE ZARAGOZA.

Reina crüel la tiranía adusta:
El cielo está sin luz; gente cristiana
Debe arrancarse á la *Ciudad Augusta*,
Ensangrentada por la ley injusta
De la ominosa ceguedad romana.

—

Para pisar una region distante
Donde tan sólo el infortunio espera
Al fatigado vïajero errante,
Ancianos de clarísimo semblante,
Vírgenes de sombría cabellera;

—

Matronas que con férvida ternura
Estrechan á inocentes pequeñuelos,
Hermosos como el astro que en los cielos
Rasga las nieblas de la noche oscura
Envuelta en manto de enlutados velos;

—

Fuertes mancebos de inspirada frente,
Débiles niñas de febril mirada,
Tristes enfermos de gemir doliente,
Se confunden y avanzan lentamente
Sobre la tierra de la patria amada,

—

Y en tarda y muda procesion, desfilan
Acallando sollozo lastimero;
Y al desgarrarse en un adios postrero,
En los ojos las lágrimas rutilan
Cual el sol en las armas del guerrero...

—

Mas como rasga el éter la centella,
Surgen las huestes del feroz tirano,
Ensangrentando la campiña bella
Con el cuerpo infeliz de la doncella,
Del tierno niño y del humilde anciano;

—

Y rugiendo las bárbaras legiones,
Satélites de un mónstruo sin entrañas,
Al anegar en sangre los bridones,
Cadáveres hacinan en montones
Y despojos en fúnebres montañas;

—

Y de los muertos se desprende un rio
Que se desborda, y crece á cada instante,
Y se convierte en catarata humeante
Que azotará la frente del impío
Y barrerá las plantas del jigante...

—

El despeñado abrasador torrente,
Que vá creciendo, la ciudad inunda,
Y por la tierra se desata ardiente;
¡Que la sangre del mártir esplendente
Todo lo llena, y celestial, fecunda!...

—

¡Cada gota de sangre que vertida
Sea ante el ara impura del pagano,
Ha de trocarse en ola de un Océano
Que rasgará la nave carcomida
Y vacilante del poder romano!...

NI SOLOS NI JUNTOS.

Eres envidia y quebrantos
De los encantos más bellos;
Pues tus hechizos son tantos,
Que el menor de tus encantos
Vale más que todos ellos.

—

La dulce flor se consume,
Vive un instante no más;
Y tú eres rosa que das
Embriagante perfume
Sin consumirte jamás.

—

El sol, con ósculos rojos,
Trueca el jardin en Eden;
Y tú le causas sonrojos;
Que los astros de tus ojos
Brillan de noche tambien.

—

No siempre el ave hechicera
Alza su cántico tierno;
Mas tú eres pájaro eterno
Que si canta en primavera,
Canta tambien en invierno.

—

Déjame, pues, que yo alabe
Un vivo encanto mejor
Que la flor y el sol y el ave;
Que á la vez ninguno sabe
Ser ave y llamas y flor.



AL MAR.

Á MI ESTIMADO COMPAÑERO D. JOSÉ MATHEU.

ANTE esas inmensidades
¿Quién el paso no detiene?
¿Qué busca el hombre que viene
A escuchar tus tempestades?
¿Qué admira en tus soledades?
¿Qué intenta buscar en ellas?
¿Podrá ser que á sus querellas
Y á sus anhelos respondas,
Ya con tus mágicas ondas,
Ya con tus rojas centellas?

¡Cuántos, fosfórico mar,
Habrán buscado en tu espuma
Alivio al ánsia que abruma,
Un lenitivo al pesar!
¡Habrán venido á buscar
Algo en tus olas escrito!
¡A suspirar con el grito
De tus fantásticas olas!
¡A medir, contigo á solas,
La eternidad, lo infinito!

Tus olas vienen y van,
Marcharon las que vinieron,
Y las espumas que huyeron,
A la playa volverán;
A enrojecerte vendrán
Nuevas luchas y heroismos;
Pero no los hombres mismos
Ni sus mismas amarguras,
Volverán á las honduras
De tus oscuros abismos.

¡Tú eres el mar que enamora,
Y se tiñe de cambiantes;
Y entre arrecifes punzantes
Se deshace, y gime, y llora,
Y prodigios atesora
Allá en sus senos fecundos!
¡El mar de abismos profundos
Y soledades de plata!
¡El mar que se irrita y mata,
Y besa todos los mundos!

¡Tú eres el mar que en reposo
Y en dulces gemidos duerme,
Y al buque pálido, inerme,
Le presta lecho amoroso!
¡Tú eres el ronco coloso
Que á los cielos desafía!
¡El mar de espuma bravía
Que ilumina la centella;
Y entre peñascos se estrella;
Y llegar al cielo ansía!

¡Ya te cubren pardos velos!
¡Ya eres inmensa esmeralda!
¡Ya se matiza tu espalda
Con el color de los celos!
¡Ora escupes á los cielos
Tus espumas matadoras!
¡Ya te cubren las auroras
De melodías y encanto!
¡Ya infundes al hombre espanto
Y con rayos te coloras!

¡Tú eres el mar que serenas
Inmensidades mostrabas,
Y tus abismos poblabas
De corales y sirenas!
¡A quien ponerle cadenas
Quiso el orgullo oriental!
¡Y otro tirano brutal,
Ardiendo en cólera vana,
Harto ya de sangre humana,
Clavaba en tí su puñal!

¡Tú eres el mar susurrante
Y de nereidas poblado!
¡Cuyo rumor encantado
Hechizaba al navegante!
¡La misma fiera espumante
Que bullía, y se irritaba,
Y, desatándose brava
Con las centellas y el trueno,
Las escuadras en su seno
Para siempre sepultaba!

¡Tú tienes enfurecidas
Olas de roncos clamores,
Por los lívidos fulgores
Del relámpago teñidas;
Y, sin miedo á las tupidas
Caliginosas marañas,
Cruzando de esas montañas
La bullidora extension,
Un nuevo mundo Colon
Arrebató á tus entrañas!

Tu eres abismo preñado
De tesoros y armonías,
Y de tu espuma los dias
Brotan cual sueño irisado;
De tí se eleva el nublado,
La tromba oscura que abate;
¡Y tu cólera combate,
Y naves y rocas hiere:
Y tu grandeza no muere,
Y siglos y siglos late!

¿Pero eres bastante extenso
Y grande en iras y en calma?
¿Ante lo inmenso de un alma
Puedes tú llamarte inmenso?
¿A mí que adoro, que pienso,
Me asombrará tu clamor?
¿Qué vale el rudo furor
De tus olas vïolentas?
¡Hay más horribles tormentas
En los mares del amor!

¡Al verte más colosal,
Siempre pequeño te ví;
Pues arde dentro de mí
La llama espiritüal!
Dios una chispa inmortal
Me arrojó de su saber:
¡Tú eres el mismo de ayer
Sin saber lo que eres hoy,
Miéntras yo sé lo que soy,
Lo que mañana he de ser!

¡Cede tu furia siniestra
Y te miro limitado!
¡Del Señor que te ha crëado
Eres sólo débil muestra;
Y ostento yo de su diestra
El poderío radiante!
¡Tengo tus olas delante,
Y no me aterras, y veo:
En tí, jigante, un pigmeo;
En mí, pigmeo, un jigante!

Un nuevo sol abrillanta
El espacio enrojecido;
Un pueblo rueda abatido,
Y otra nacion se levanta;
La humanidad adelanta,
Y tú no puedes ser más;
¡Y lo que fuiste serás,
Sin que te apene ni asombre!...
¡Sólo el progreso del hombre
Crece, y no acaba jamás!...

¡Cuando voy á contemplarte,
Mar de soberbia grandeza,
No bajo yo la cabeza
Ni me humillo á saludarte!
¡Puedes hervir y calmarte;
No calmar mi frenesí!
Tus olas y honduras ví
Y te pude recorrer;
¡Pero tú no puedes ver
Los abismos que hay en mí!

¿Llaman abismo profundo
A tus grandezas, oh mar?
¿Quién llegaría á sondear
Las ánsias del moribundo?
¡Sobre los mares del mundo
Siempre ardoroso suspiro,
Y el viento, en músico giro,
Rasga fosfóricos tules,
E inmensidades azules
En tus cristales admiro!

¡Es más dulce que tu canto
El beso de la hermosura,
Y hay más intensa amargura
En las oleadas del llanto!
¡Y si te vistes de encanto
Al deponer tus enojos,
Mirar podemos de hinojos
En amorosas querellas,
Inmensidades más bellas
Tras el cristal de unos ojos!

Si cuando besa la brisa
Tus espaldas suspirante,
Sonries al navegante
Cual la deidad más sumisa,
Es más gentil la sonrisa
De la mujer adorada;
Y si tu furia anonada
Y te oscureces impuro,
¡Aun puede ser más oscuro
El fulgor de una mirada!

¡Tú eres siervo enfurecido
Que las arenas combaten!
¡Tus rudas olas no laten
Como el pecho estremecido!
¡En tu ardoroso latido
No hay una pena secreta!
¡Una mano te sujeta
A ese lecho donde gimes,
Y vuela á espacios sublimes
La inspiracion del pöeta!

Tus hondas iras estallan,
Y luego encuentras reposo;
Y aunque en rodar hervoroso
Con los peñascos batallan,
Ceden las olas, y callan,
Y no calla el corazon;
El miserable peñon
Te obliga á retroceder:
¡Mira si puedes poner
Barreras á la ambicion!

Ves opuesto á tu pujanza
Un vil puñado de arenas,
Y nadie pone cadenas
Al vuelo de la esperanza;
Tu hirviente espuma se lanza
A escupir al firmamento,
Y luego un triste lamento
Exhalan tus soledades...
¿Quién ata las tempestades
Que surgen del pensamiento?

¡Brota la calma en seguida
De tus siniestros furores!
¿Cuándo acaban los dolores,
Las tormentas de la vida?
Hierve tu espuma encendida,
Ir adelante desea,
Y á la hervorosa marea
Se opone débil muralla...
¡Pon, si puedes, una valla
A la invasion de la idea!...

¡Vé el hombre un mundo ruïn,
Y te busca en su ansiedad;
Recorre tu inmensidad,
Y luego le encuentra fin!
Bajo un dosel de carmin
Le muestras índica palma;
Pero su sed no se calma,
Y su ansiedad se renueva;
¡Que el infinito lo lleva
El hombre dentro del alma!

¡Quieres tu fondo ocultar,
Y llegamos á tu fondo!
¡El corazon es más hondo!
¿Quién lo podría sondear?...
De tus prodigios, ¡oh mar!
El hombre lánzase en pos:
Si abismo somos los dos,
Si mereces ese nombre,
¡A tu abismo baja el hombre!
¡Al del hombre, sólo Dios!...



QUÉ ES AMOR.

¿No entiendes, niña,
Qué mal te han hecho?
¿Lo que á tu pecho
Presta calor?
¿Lo que ninguna
Sabe explicarse?
¿Lo que es amarse?
¿Lo que es amor?...
Unir los cuerpos,
Unir las almas,
Como dos palmas
Que en el verdor
Del mismo tronco
Pueden besarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
¿Viste á dos rios
Murmuradores,
Regando flores,
Unir su hervor,
Buscar un lago
Donde acostarse?
Eso es amarse,
Eso es amor.

¿No ves la ténue
Dorada nube
Que á los piés sube
Del Crëador;
Alma que al mundo
Logró arrancarse?
Eso es amarse,
Eso es amor.
¿La primavera
Tender su manto,
Y al dulce canto
Del ruiseñor,
Aves y flores
Entrelazarse?
Eso es amarse,
Eso es amor.
¿La mariposa
De ricas galas,
Tender las alas
Hácia el fulgor,
Y en viva lumbre
Precipitarse?
Eso es amarse,
Eso es amor.
¿El arroyuelo
Verter sus perlas,
Y recogerlas
Sedienta flor,
Y á su contacto,
Vivificarse?
Eso es amarse,
Eso es amor.

Torrente altivo
Que se desata,
Cual viva plata,
Murmurador,
Buscando arenas
Donde borrarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
Raudal que aumenta,
Rio creciente,
Veloz torrente
Que, bullidor,
Abismos pide
Para calmarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
Cisnes que besan
Mansa laguna;
Rayo de luna
Que en surtidor
Lleno de lirios,
Baja á posarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
Latir los astros
Allá en la esfera,
Cual si algo hiciera
Vibrar su ardor,
Cual si quisiesen
Correr, juntarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.

Buscar las tórtolas
Feliz retiro,
Y en un suspiro
Germinador,
Dias y noches
Acariciarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
Ave que el árbol
Vé allá en el suelo,
Y al dulce hijuelo
Busca en redor,
Y la escuchamos
Gemir, quejarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
Leon que herida
Su compañera
Por mano artera,
Vé con furor;
Y un pecho busca
Donde cebarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
Ciudad sitiada,
Muros deshechos;
Heróicos pechos
Que el invasor
Sublimes mira
Sacrificarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.

Bravas que ansiaban
Sobre sus hombros,
Causando asombros
Al sitiador,
A esposos rudos
Sólo llevarse...
Eso era amarse,
Eso era amor.
Madre que estrecha
Contra el regazo,
Con un abrazo
Desgarrador,
Al dulce fruto
Que vió agostarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
Angel que cruza
Fúnebres lechos,
Y en tristes pechos
Que holló el dolor,
Hogueras tiene
Donde abrasarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
Mártir que amparo
Pidióle al cielo,
Cuando en el suelo
Sintió el furor
De hambrientas fieras
Acrecentarse...
Eso fué amarse.
Eso fué amor.

Palmera erguida
Sobre el desierto,
Brindando al yerto
Batallador
Sombra y frescuras
De que ampararse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
La castellana
Que iba á la reja
A oïr la queja
Del trovador,
Y con sus cantos
A embrïagarse...
Eso era amarse,
Eso era amor.
La dama hermosa
Que en el torneo,
Con el trofeo
Del vencedor
A un bravo ante ella
Miró postrarse,
Eso fué amarse,
Eso fué amor.
Los paladines
Que fenecian,
Y no querian
Más alto honor
Que con las *bandas*
Amortajarse...
Eso era amarse,
Eso era amor.

Fantasma etéreo,
Visible apénas,
Que á las almenas
Vá sin temor,
Y busca abismos
A que arrojarse...
Eso es amarse...
Eso era amor.
Allí abatida
Ciudad moruna,
Sin media luna,
Sin defensor;
Un rey que llanto
Le dió al marcharse...
Eso era amarse,
Eso era amor.
Cima de nieve
Que el sol consume;
Pájaro implume
Que, sin temor,
Quiere á los cielos
Vivaz lanzarse...
Eso es amarse...
Eso es amor.
Noches oscuras,
Hondas callejas;
Vetustas rejas,
Gentil cantor
Que acude dócil
A lamentarse...
Eso es amarse...
Eso era amor.

Sombra que cruza,
Mano que llama;
Pálida dama
Que al mirador
Se lanza, ansiosa
De presentarse...
Eso es amarse...
Eso era amor.

Farol que débil
A un Cristo alumbra;
Triste penumbra
Que infunde horror;
Rival que acude
Para vengarse...
Eso es amarse...
Eso era amor.

Ojos que, al turbio
Farol del Cristo,
A otros han visto
Lanzar fulgor;
Y centellean
Hasta encontrarse...
Eso es amarse...
Eso era amor.

Dos embozados
Que, con espadas
Ya ensangrentadas
Por el valor,
Junto á una verja
Van á matarse...
Eso es amarse...
Eso era amor.

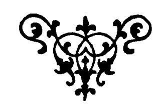
Doncel herido
Que cae al suelo;
Grito que al cielo
Lanza el pavor
De hermosa vírgen
Al desmayarse...
Eso es amarse...
Eso era amor.
Lecho de rosas,
Dosel de estrellas;
Músicas bellas,
Dulce calor;
Ojos que irrádian
Al contemplarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
Isla que surge
De las espumas,
Entre las brumas
Del mar traidor,
Para que el náufrago
Vuele á salvarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
Raudal purísimo
Que dá al sediento
Vívido aliento
Reparador,
Cuando entre arenas
Iba á postrarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.

Canto grandioso
Que alzar fecundos
Saben los mundos
Al Crëador,
De oro y de llamas
Al coronarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
Volcan que rompe
Dormidos hielos,
Y hasta los cielos
Abrasador,
En besos ígneos
Quiere elevarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
Ojos que buscan
Entre los astros
Fugaces rastros
Del esplendor
Que un dia vieron
De aquí alejarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
Por las cadenas
De un solo beso
Sentirse preso
Rey vencedor
Que á cien monarcas
Viera humillarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.

Vision blanquísima
Que vá llorosa;
Sobre una losa
De albo color,
Todas las noches
A reclinarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
Buscar dos séres
Vivo reflejo,
Y en un espejo
Deslumbrador,
Sus esperanzas
Cristalizarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
Astros que brillan,
Dulces gemidos;
Ecos perdidos,
Vago rumor;
Labios que pugnan
Por encontrarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
Dos picos juntos
Allá entre ramas;
Formar dos llamas
Un resplandor,
Y de dos séres
Un sér formarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.

Mística vírgen
Que se consume,
Cual un perfume
Que, volador,
Sube á los cielos
A evaporarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
Dos corazones
Latir unidos,
Y en sus latidos
De dulce ardor,
Penas y dichas
Comunicarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
Por siempre unirse
De tiernos séres,
En los placeres
Y en el dolor,
Y áun en la ausencia,
No separarse...
Eso es amarse,
Eso es amor.
Y si del mundo
La muerte arranca
Al uno, en blanca
Luz ó vapor,
En pos el otro
De aquél lanzarse...
¡Eso es amarse!
¡Eso es amor!...

¿No entiendes, niña,
Qué mal te han hecho?
¿Lo que á tu pecho
Presta calor?
¿Lo que ninguna
Sabe explicarse?...
Pues es amarse,
Pues es amor.



Á LA BRILLANTE POETISA DOÑA ROSARIO ACUÑA,

INSPIRADA AUTORA DE «RIENZI EL TRIBUNO».

JAMÁS el arpa en mi mano
Vibró en acordes sonidos
Para halagar los oïdos
De despreciable tirano,
Por temor al hierro insano
Que allá en su diestra fulgura;
Pero deja que dulzura
En sus cantares te brinde
Aquel que sólo se rinde
Al saber y á la hermosura.

Hechicera pöetisa
Que por siervos tuyos cuentas
El fragor de las tormentas
Y el suspirar de la brisa:
¿Cómo celeste sonrisa
Robas al blanco lucero,
Y haces crugir el acero,
Y vibrar la fuerte espada.
Y á la niña enamorada
Le das rumor lastimero?

¿Quién te presta esos rumores?
¿Quién hace por tus endechas,
Para ese númen estrechas,
Girar mundos de colores?
¿Y quién de alados cantores
Te presta el dulce gorjeo,
Y el murmullo jiganteo
Del rio al dejar su cáuce,
Y los gemidos del sáuce
Que llora ante un mausoleo?

Dios presta á tu fantasía
El relámpago y el rayo,
Y de las flores de Mayo
El color y la ambrosía;
Dios á tus versos envía
El encantado verjel,
Los aromas y la miel
De un dia primaveral,
Y la tristeza mortal,
Y el lloro amargo de hïel.

Tú que en cielos luminosos
Como una diosa combates,
Puedes lidiar con los vates
Más ardientes y gloriosos,
Y tal vez á esos colosos
Abatir uno por uno;
¡Que acaso no arda en ninguno
La tempestad de la idea,
Tan rica como flamea
En tu *Rienzi el Tribuno!*

Siempre aplaudida has de ser
Con rugiente frenesí;
Ya que, fundiéndose en tí
Para aumentar su poder,
La hermosura y el saber
Celebraron un convenio;
¡Y has de oïr, desde el proscenio,
Cómo inmensa tempestad
Saluda á la majestad
De la belleza y del génio!

Ya que en tu mágica lira
Arde el fuego juvenil,
Y el tierno aroma de Abril
En tus cantares se aspira,
Y un iris por ellos gira
De fantásticos cambiantes,
Y de tus cuerdas vibrantes
Surgen fosfóricas hadas,
Y melodiosas cascadas
De estrellas y dïamantes;

Ya que no cabe en el suelo
El alma que en tí se encierra,
Y desde la baja tierra
Tanto te acercas al cielo;
Ya que remontas el vuelo
A deslumbrantes regiones
Que vemos cual pabellones
Flotar sobre esta morada,
Y paseas la mirada
Por cielos y por naciones;

Ya que el Señor quiso hacer
De tu poético númen
Un melodioso resúmen
De belleza y de saber;
Que en un cuerpo de mujer,
El aliento de un Titan,
Y el ardoroso volcan,
Y el rugido de la pena,
Cual mar entre humilde arena,
Aprisionados están;

Ya que la fama, sumisa,
Te lleva sobre sus alas;
Ya que te adornan las galas
De inmortal sacerdotisa,
Presta una eterna sonrisa
A la diosa *Libertad;*
¡Que tienen necesidad
De flores, unos altares
En donde ha dejado á mares
Su sangre la humanidad!...

1876.

ZORRILLA.

¿QUIÉN eres tú? ¡Llamarada
Que no se extingue jamás;
Pöema que escrito estás
En esta tierra adorada;
El resplandor de la espada
En la gloriosa contienda;
El aroma de una ofrenda,
La cruz de un templo sencillo;
El torrëon del castillo,
Las sombras de la leyenda!
¡Tú eres la llama que brota
De cuanto ha sido y existe!
¡El eco, el arrullo triste!
¡El brillo de férrea cota!
¡Eres la mística nota
Que hace vibrar el salterio;
Eres el hondo misterio,
Los ecos, las luces fátuas,
Los sáuces y las estátuas
Que pueblan el cementerio!
¡Las dulces gotas caïdas
Sobre las verdes praderas;

Las solitarias palmeras
En rojo suelo nacidas;
Florestas descoloridas,
Prismas, y rayos, y aureolas;
Lagos de mágicas olas,
Mares de espigas doradas
Que se encienden, matizadas
Por otro mar de amapolas!
¡El lenguaje del rosal
Donde cantan ruiseñores
Exhalando sus amores
En suspiro musical;
El murmullo sepulcral
Del sáuce que, misterioso,
Guarda el eterno reposo
De una tumba y de una cruz
Envueltas en el capuz
De un dia frio y lluvioso!
¡Los celajes de la bruma,
Las misteriosas marañas,
Y las líquidas montañas
De la fantástica espuma;
El cisne de nívea pluma,
El fuego, el vivo crisol:
El moribundo arrebol,
La flor de pálido broche;
Los misterios de la noche,
Y las hogueras del sol!
¡Frescas gotas de rocío
Que en los árboles titilan;
Las centellas que rutilan
Como sierpes del vacío;

Las llamas de ardiente estío,
Y los crudísimos hielos;
El murmurar de arroyuelos,
El Aquilon pavoroso,
Y el arco que extiende hermoso
Sus colores por los cielos!
¡Ya dulce y verde follaje
De arboledas encantadas,
Y de avecillas nevadas
El hechicero plumaje;
Ya la hermosura salvaje
De que el desierto se cubre
Cuando ráfaga insalubre
Conmueve su arena roja;
Y el crugir de estéril hoja
Allá en las tardes de Octubre!...
¿Quién eres? ¡Nave velera
Que corta mares dormidos,
Y los ásperos rugidos
De ardiente y burlada fiera
A quien una mano artera
Prendas de amor arrebata;
Y la pasion insensata,
La sombra, el piélago amargo,
Y el dulcísimo letargo
Que presta la flor que mata!
¡Ora púdica azucena,
Ora lascivos claveles;
Ya puñados de verjeles,
Ya inmensidades de arena;
Ya una atmósfera serena
Y de púrpuras teñida;

Ora region maldecida,
Helada, infecunda, inerte;
Ya las sombras de la muerte,
Ya las luces de la vida!
¡Ya el águila que se entrega
Al viento, y, de nube en nube,
Como relámpago sube,
Y miéntras al sol no llega,
Del huracan con que juega,
Las fieras ráfagas doma;
Ya la inocente paloma
Que arrullos de amor exhala,
Y duerme, abatida el ala,
En blando lecho de aroma!
¡Ya las rojizas hogueras
De un desierto desolado;
Ya el öasis encantado,
De raudales y palmeras;
Ora infecundas laderas
Y miserables abetos;
Ya los árboles escuetos
Que el Otoño hace gemir,
Y parecen, al crugir,
Una legion de esqueletos!
¡Ya céfiro que aletea
Entre las móviles frondas;
Ya bajel que por las ondas
Como un cisne se pasea;
Ya nube que centellea,
Ya brillador metëoro;
Ya crepúsculo incoloro
Que con temor se dilata;

Ya sol que en rios de plata
Vierte á torrentes el oro!...
¿Quién eres? ¡El valle ameno
Que semeja una esmeralda;
La deslumbrante guirnalda
Que desciende al níveo seno;
El estampido del trueno,
El dulce acorde argentino;
El manantial cristalino
Saltando en el prado verde,
Y el fantasma que se pierde
En alas del torbellino!
¡Ora cráter que se inflama,
Y arde, y ruge sin descanso;
Ora límpido remanso
Ceñido de fresca grama;
Ya sangriento panorama
De horizonte abrasador;
El fantasma brillador
Que se alza de la laguna,
Y el blanco rayo de luna
Perdido en el surtidor!
¡Ya bella, encendida rosa;
Ya triste azucena pálida;
Ora dormida crisálida,
Ora fugaz mariposa;
Ya la gala bulliciosa
Del espléndido torneo;
Ya el triste chisporroteo
Del blandon que, con su brillo,
Presta un sudario amarillo
Al rostro oscuro del reo!

¡Ya el negro buitre que acecha
A la avecilla nevada,
Para gemir desgarrada,
Como un ensueño deshecha;
Ya la lívida sospecha
Que cruza por nuestra mente,
Como relámpago ardiente
Por oscura inmensidad;
Ya el dolor, la realidad
Abrumadora y candente!
¡Ya pálida castellana
Que blanco lirio semeja,
Conmoviendo con su queja
Los hierros de su ventana;
Ya firmamentos de grana,
Y quejidos lastimeros;
Crugir de espuelas y aceros,
Y los cascos y clarines,
Y vencidos paladines
Y sangrientos caballeros!
¡Ya, en fin, el soplo armonioso
De la vírgen alborada;
La doncella enamorada
Del paladin valeroso;
Ya el ronco mar proceloso
Lanzando enérgico grito;
Algo inmortal que está escrito
Con indelebles destellos,
Y como los astros bellos,
Habla de un Dios infinito!...

—

De tu númen inflamado
Salta la chispa ardorosa,
Y tu mano poderosa
Rasga el oscuro nublado
En que se envuelve el pasado
De sociedad fenecida;
¡Y tu mirada atrevida
Abarca mundos extensos,
Los horizontes inmensos
De los orbes y la vida!
¡Tú muestras el bien que encierra
En sus amores la paz,
A cuyo soplo, feraz
Palpita la madre tierra!
¡Al arcángel de la guerra,
Oscuro acero esgrimiendo,
Y con sus alas cubriendo
Paisajes enrojecidos
Donde los muertos y heridos
Se hacinan en grupo horrendo!
¡Remedas la confusion
Del estrépito marcial,
La llamarada mortal
Que se escapa del cañon;
Y haces arder la ilusion
De enamorada doncella
Estremeciéndose bella
Ante amoroso doncel,
Y contemplándose en él
Como en el mar una estrella!
¡Tú eres ecos y rumores
De los tiempos que pasaron;

Tú cantas como cantaron
Los antiguos trovadores;
Y haces oir los clamores
De la morisca algarada,
Y das rayos á la espada
De cristianos caballeros,
Y haces vibrar los aceros
Que llegaron á Granada!
¡Tú presentas la vestal
Conducida al sacrificio,
Arrastrada hácia el suplicio
Por una turba brutal!
¡La gótica catedral,
Con su régia esplendidez!
¡Ya resonando, tal vez,
En armoniosa plegaria!
¡Ora muda y solitaria,
Y en nocturna lobreguez!
¡Tú evocas el lujo obsceno
De espléndidas saturnales!
¡Generaciones sensuales
Revolcándose en el cieno!
¡Al sublime Nazareno
Allá en la cruz moribundo!
¡Los muertos que del profundo
Rasgan el negro capuz!
¡Y los brazos de la cruz
Extendidos sobre el mundo!
¡Aquí tu númen no cabe,
Y sublime se levanta,
Y á la region sacrosanta
Volar magnífico sabe!

¡Tú pides cantos al ave
Y resplandores al dia;
Tú exhalas la melodía
Que encierra el ángel, no el hombre,
Al invocar ese nombre
Dulcísimo de María!
¡Tú eres el tierno gemido,
Las hermosas ilusiones;
Tú enlazas los corazones
En amoroso latido!
¡Tú nos describes el nido
Por los vientos arrastrado!
¡Las inclemencias del hado
Que se goza en arrancar
De la calma del hogar
Para siempre á un sér amado!
¡Clamores tu númen presta
A las vibrantes campanas,
Y vestiduras galanas
A la magnífica fiesta!
¡Tú eres rumor que contesta
A otros labios que suspiran!
¡Las mariposas que giran
En torno de hechizos rojos!
¡Y la llama de unos ojos
Que en otros ojos se miran!
¡Tú brillas en las aureolas
De la frente inmaculada;
Tú ruedas con la cascada
Que salta en fúlgidas olas;
Tú los montes arrebolas,
Y das á las tumbas frio;

Tú prestas verde atavío
A las flores campesinas,
Y haces crecer las espinas
En el alcázar sombrío!
¡Tú evocas el sueño insano
Del déspota que, ambicioso,
Olvida en su afan odioso,
Que el hombre es *hombre,* es su hermano!
¡Tú le ciñes al tirano
Borrascosa dïadema!
¡Tú eres la gloria suprema,
La tempestad deslumbrante!
¡El relámpago del *Dante*
Al fulminar su anatema!
¡Tú bajas á los malditos
Oscuros antros del crímen,
A las simas donde gimen
Y se arrastran los precitos!
¡Tú remedas esos gritos
Que las almas condenadas
Arrojan, martirizadas
Por mil legiones impuras,
Que celebran sus torturas
Con siniestras carcajadas!
¡Tú evocas tristes legiones
Que ruedan en giro ardiente,
Cercadas eternamente
De risas y maldiciones!
¡Tú iluminas los panteones,
Y los abismos inflamas!
¡Tú haces crugir las escamas
Del mónstruo que salta airado,

Y se enrosca al condenado,
Y lo revuelca entre llamas!
¡Tú haces girar colosales
Y monstrüosas serpientes,
Y despeñados torrentes
De mil furias infernales!
¡Y á las cumbres celestiales
Prestas excelso fulgor,
Y haces oir el rumor
De las legiones aquellas
Que vibran cual arpas bellas
A los piés del Crëador!...

—

Ya que sabes hechizar
Con el brillo de tu magia,
Y la tórtola te plagia
En su doliente cantar;
Que haces sentir y llorar,
Y padecer, y gemir;
Que eres etéreo zafir
Y matinal rosicler;
Una llama del *ayer*
Que alumbrará el porvenir;
Ya que tu génio fragante
Es eterna primavera,
Y como el ave altanera,
Huellas la cumbre distante;
Ya que, al poder deslumbrante
De misterioso conjuro,
Enciendes el antro oscuro
De las sombras del pasado,

Y descorres inspirado
El cendal de lo futuro;
Ya que tu regio läud
Sube al alcázar augusto,
Y sabe cantar al justo,
Y el amor y la virtud;
Que cantas la excelsitud
Del mártir y el heröismo,
Y das al réprobo el mismo
Fulgor del ángel infiel,
Del semblante de Luzbel
Cuando rodaba al abismo;
Tú que en los mundos adquieres
El anhelado renombre,
Y pensar haces al hombre
Y llorar á las mujeres;
Tú que de todos los séres
El habla entiendes, y sabes
Lo que se dicen las aves,
Lo que sus vuelos auguran,
Lo que las olas murmuran
A luces, peces y naves;
Tú que logras arrancar
A los muertos de las fosas,
Haciéndoles misteriosas
Armonías escuchar;
Tú que les haces saltar
De sus lechos funerarios,
Arrastrando los sudarios
Por sombríos cementerios,
A contarte los misterios
De los profundos osarios;

Tú que el témpano arrebatas
A latitudes glaciales,
Y á los cielos tropicales,
Encendidas cataratas;
Tú que torrentes desatas
De melodía celeste,
Y cubres el valle agreste
De mágicas espesuras,
Y eres las alas oscuras
De la guerra y de la peste;
Tú que ves la crëacion
Estrecha para tu aliento,
Y estalla tu pensamiento,
Y vuela tu corazon
A la sublime region
Donde nace la mañana:
¡Dame tu luz soberana
Para dorar esa frente
Con un relámpago ardiente
Cual los ojos de *Bibiana!*
¡Deja que admire suspenso
Toda esa mágia infinita
Que un pedestal necesita
Como los orbes inmenso!
¡Envuelva el humano incienso
Tu lira en blanco vapor;
Ya que hasta el célico ardor
La altiva frente levantas,
Miéntras se pierden tus plantas
En abismos de verdor!...
Tú eres gentil hechicero
De encantamientos sublimes;

Esparces rayos, y gimes
En suspiro lastimero;
Tú prestas rostro severo
A la dama castellana,
Belleza á la circasiana,
Y celos á la odalisca,
¡Y eres la guzla morisca
Que tañe hermosa sultana!

¡Hombres y génios no dudan
En desnudar los verjeles,
Y por darte sus laureles,
Los verjeles se desnudan;
Las tormentas te saludan,
Y el águila y el neblí;
Y si *el hoy* aplaude así
Tus hechizos inmortales,
El mañana pedestales
Fabricará para tí!

¡Tú eres la excelsa montaña
Que con relámpagos brilla!
¡Una gloria de Castilla
Que ya no cabe en España!
¡El aplauso te acompaña
Por donde quiera que vas,
Y con aplauso hollarás
Las alturas del *Parnaso:*
Que para el sol hay ocaso;
Para tus glorias, jamás!

¡Tú supiste alzarte al risco
De donde bajó Pelayo,
Y le robaste aquel rayo
Que descendió hasta el morisco

Arrancándole al aprisco
Del verde suelo andaluz!
¡Tú eres cantor de la cruz,
De aquella raza bendita
Que la arábiga mezquita
Llenó de cristiana luz!
Tú resplandeces con tanta
Jigante alteza y fervor,
Que tu númen vencedor
Sobre el mortal se levanta,
Y de esa gloria que encanta,
Y en dulzuras nos anega,
Y hasta los ángeles llega
Sin encontrar enemigo,
¡Tienes el mejor *testigo*
En el *Cristo de la Vega!*
¡Tú eres envidia del ave
Y del murmullo del viento;
Tú vences en dulce aliento
Al manso céfiro suave;
Tú tienes la ignota clave
De los misterios y honduras
Del sér de las crïaturas
Y los mares y las simas,
Y corazones animas,
Y tempestades y alturas!
¡Tú eres rey de trovadores
Y encantador de doncellas!
¡Tú exhalas flores y estrellas,
Y con estrellas y flores,
Viertes aromas y albores
En amoroso convenio!...

¡Tú ostentas sobre el proscenio
La majestad castellana!...
¡Tú eres la España cristiana
Fundida en la luz del génio!...



EL CIEGO.

A MI BUEN AMIGO EL DISTINGUIDO POETA ARAGONÉS

D. PABLO ORDÁS Y SABAU.

(IMITACION.)

¡Me decís que existe un cielo,
Y en el cielo brilla un sol;
Que ese sol vierte á raudales
Maravilloso fulgor!
¡Que sus pupilas de rayos
Son la mirada de Dios,
El encanto de los hombres,
La luz de la crëacion!
¡Que existen vívidas llamas,
Y un insecto volador
Que de la luz gira en torno
Con delirante pasion!
Yo que de ardiente deseo
Mariposa eterna soy,
No puedo ver ni las lágrimas
Que surgen de mi dolor,

Ni puedo hallar en ninguno
Caridad ni compasion;
Que nadie sabe medir
El mal de aquel que no vió
Jamás el cielo bañado
En purísimo esplendor,
Y en aureolas y colores
Que nunca pude ver yo...
¡Ay del que vive sumido
Eternamente en *el hoy!...*
¡Qué eterna la noche mia!
¡Qué eterna noche, gran Dios!...

—

Decís que la vista abarca
En la terrena mansion,
Horizontes encantados
De brillo deslumbrador;
Mares de plata y de púrpura
Por donde girando voy;
Horizontes infinitos
Que alegran el corazon;
Que la tierra es un jardin
En donde vive la flor,
Y donde el pájaro vuela
Y exhala armónica voz;
Que el rio besa las plantas
Con espumoso vapor;
Y hay fuentes, lagos azules,
Inagotable extension;
Olas de espuma en que bulle
El pez saltando veloz,

Y el bajel roza cristales
Cual fantástica ilusion;
  Y todo es luz, movimiento
Vida, y encanto, y color,
Al anegarse en los rayos
De inmenso y dorado sol...
  ¡Mas eso no es para mí;
Que hundido en sombras estoy!...
¡Qué eterna la noche mia!
Qué eterna noche, gran Dios!...

—

  Decís que la primavera
Es encantada estacion;
Decís que sonrie un Mayo
De aromas y de verdor,
  Y luego viene un estío
Donde todo es arrebol,
Espigas, próvidos frutos,
Que á los mundos dá el Señor;
  Y despues llega el otoño
Con triste y lúgubre són
Robando al árbol las hojas
Qué ardiente llama abrasó;
  Y luego asoma un invierno
De crudísimo rigor,
Y da sudarios de nieve
Que desgarra el Aquilon;
  Decís que las tempestades
Nublan el rostro del sol
Y que sacuden los mundos
En siniestra confusion;

Que los rios se desbordan
En torrente asolador,
Y que los mares se agitan
Cual me agito en sombras yo...
¡Luz hermosa del espacio!
¡Atmósferas de color!...
¡Qué eterna la noche mia!
¡Qué eterna noche, gran Dios!

—

Decís que el cielo cubierto
Por cendal aterrador,
Se vá serenando hermoso
Y acalla su ronca voz;
Decís que torna la calma,
Y se desgarra el crespon
De las tormentas, y el iris
Cubre el cielo que rugió,
Y que el espacio es entónces
Sonrisa del Crëador,
Y todo nada en la púrpura
De deslumbrante arrebol.
Decís que, al morir el dia
Que jamás me iluminó,
Asoma un astro de plata
De melancólico albor;
Que hay virginales estrellas
En la celeste extension,
Y luceros en el mundo
Que exhalan rayos de amor;
Que las mujeres son ángeles,
Y los dulces hijos son

Espejo donde os mirais...
¡Donde nunca me ví yo!...
¡Hijos del alma, hijos mios!...
¡Y cuán desdichado soy!...
¡Qué eterna la noche mia!
¡Qué eterna noche, gran Dios!...

—

Me decís que existen águilas
De vuelo ardiente y veloz,
Que se bañan en Océanos
De celestial resplandor;
Me decís que hay golondrinas
Que emigran á otra region,
En busca siempre de flores,
En busca siempre de sol...
¡Y, para huïr de estas sombras,
Sus alas Dios me negó!...
¡Alas quiero para alzarme
Del abismo donde estoy!
¡Alas que rompan las nubes
De este cendal opresor!
¡Alas que rasguen la noche
De mi pobre corazon!...
¿Decís que hay muertos y vivos?
¡Un vivo muerto soy yo!...
Si hay en el mundo piedad,
¡Tened de mí compasion!...
¡Quiero ver la luz del cielo!
¡Los pedazos de mi amor!
¡La frente de la mujer
Que dulces hijos me dió!...

¡Luz hermosa del espacio!
¡Atmósferas de color!...
¡Qué eterna la noche mia!...
¡Qué eterna noche, gran Dios!...



LA ESPOSA DE DIOS.

(BALADA.)

Avanza, caballo mio,
Volando sobre la tierra;
Cruza la altísima sierra,
Y no te detenga el rio;
Que al dueño de mi albedrío
Aquel alcázar encierra...
¡Volando sobre la tierra,
Avanza, caballo mio!...

Ya que eres hijo del viento,
Avanza sobre sus alas
Por esos montes que escalas
Veloz como el pensamiento;
No aminore tu ardimiento
El tibio vapor que exhalas...
¡Avanza sobre sus alas,
Ya que eres hijo del viento!...

Detente, noble corcel;
Corcel indómito, pára...
¿El buen Dios me desampara?
¿Qué dice el tañido aquel?
¿Aquella gente en tropel?
¿Aquella iglesia tan clara?...
¡Corcel indómito, pára;
Detente, noble corcel!...

—

¿Es boda ó fúnebre entierro?
¿Quién es la esposa ó la muerta?...
¡La negra duda despierta
Punzante, en mí, como el hierro!
¿Por qué, al dejar mi destierro,
Pregunta una voz incierta:
«Quién es la esposa ó la muerta?
¿Es boda ó fúnebre entierro?»

—

Respondedme, buen anciano:
¿Nadie la causa sabría
De esa estridente armonía
Del campanario lejano?
—Por Doña Luz de Arellano...
—(¡Por la Luz del alma mia!)
¿Nadie la causa sabría?
¡Respondedme, buen anciano!

—

—Doña Luz á profesar
Tuvo al fin que resignarse,
Anhelando libertarse
De más oscuro pesar;
No queriendo ante el altar
Con un traidor enlazarse,
Tuvo al fin que resignarse
Doña Luz á profesar.

—

De mal de amores ha muerto
En angustioso dolor;
Que, á otro dulcísimo amor
El noble espíritu abierto,
Al verse allá en el desierto
Del claustro aquel opresor,
En angustioso dolor
De mal de amores ha muerto.

—

Dicen las tristes campanas
Con sus lenguas de metal,
Que una mujer celestial
Vuela á mansiones lejanas;
¡Y que son nubes livianas
Los ensueños del mortal,
Con sus lenguas de metal
Dicen las tristes campanas!—

—

Las plumas de la cimera
Dando al aire el caballero,
Aguija al corcel ligero
Y sus ijares lacera;
Y hácia mansion lastimera
Avanza lívido y fiero,
Dando al aire el caballero
Las plumas de la cimera.

—

Llegar ven al templo santo
Al doncel que por su amada
Palpita, y su frente helada
Cubre de besos y llanto;
Y contemplan con espanto,
La muerta erguida, abrazada
Al doncel que por su amada
Ven llegar al templo santo.

—

En su asombro, aquella gente
No se opone á la salida
Del robador, que encendida
Espada esgrime valiente;
Y al avanzar, cual torrente,
Con el alma de su vida...
¡No se opone á la salida,
En su asombro, aquella gente!...

—

Con *la esposa de su Dios*
Llegó hasta el noble corcel,
Y colocándola en él,
Lánzase alígero en pos;
Y ya en el corcel los dos,
¿Quién vencerá, si el doncel
Llegó hasta el noble corcel
Con *la esposa de su Dios?*

—

«¡Pues te arrebato á la muerte,
Mia has de ser y serás;
No ha de arrancarte jamás
A mi amor la aciaga suerte!»
Y aguija al caballo fuerte,
Y murmura una vez más:
«¡Mia has de ser y serás,
Pues te arrebato á la muerte!»

—

¡La funeraria mansion
Aun alumbran los blandones,
Y avanzan rudos bridones
En desbordado escuadron,
Para matar la pasion
De aquellos dos corazones!...
¡Aun alumbran los blandones
La funeraria mansion!...

—

Corcel, dama y caballero
Van acercándose al rio;
Pero al mortal desafío
Responde dardo certero,
Y, el noble bruto guerrero
Desangrándose bravío,
Van acercándose al rio
Corcel, dama y caballero.

—

¿A dónde marchan los tres?
¡Sólo Dios sabe el lugar;
Pues en correr y avanzar
Está el supremo interés!
Llegan al rio... despues
Ruedan tambien sin cesar...
¡Sólo Dios sabe el lugar
A donde marchan los tres!...



BLANCA-FLOR.

Á MI DISTINGUIDO COMPAÑERO EL BRILLANTE ORADOR ARAGONÉS

D. FAUSTINO SANCHO Y GIL.

(IDILIO.)

Como allá en lozanos meses
Suele elevarse galana
Sobre el jardin aromoso
La rosa entre humildes dalias,
En una aldea feliz
De la costa catalana,
Una niña celestial
A quien *Blanca-Flor* llamaban
Por su nevada belleza
Y sus purísimas gracias,
Hermosas como el anuncio
Maravilloso del alba;
Una niña en cuyos ojos
Dos firmamentos brillaban,
Y cuyas manos de nieve
Y pudorosa mirada

Eran hermosos encantos
Que aprisionaban las almas,
Como la aurora á los cielos
En mil destellos de nácar;
Una niña cuyo talle
Hechicero se doblaba,
Cual el tallo de los lirios
A las caricias del agua;
Cuyos cabellos en oro
Celeste se desataban,
Y cuya voz en gorjeos
Brotaba de la garganta,
Entre las vírgenes bellas
De los contornos reinaba,
Y á los apuestos donceles
Veía siempre á sus plantas;
Reinando entre las hermosas
Como la flor sobre galas,
Indiferente veía
Correr las horas amargas
De la azarosa existencia,
De las desdichas humanas,
Sin recordar *el ayer*,
Sin presentir *el mañana*,
Sin escuchar las ardientes
Enamoradas palabras;
Y, sin saberlo quizás,
Atraía las miradas
De los nobles caballeros
Que, con luciente coraza,
Y sobre altivos corceles
De deslumbrantes gualdrapas,

Atravesaban la aldea
De la costa catalana
Donde vivia la flor
A quien *Blanca-Flor* llamaban.
Era que el vírgen capullo
Vivía en su cárcel mágica,
Y no podia del sol
Sentir las célicas llamas;
Y la inocente doncella
No pedia enamorada
El rocío del amor
Que la sed del pecho calma;
Pero el capullo bien pronto
Exhalará su fragancia,
Cual surge la mariposa
De la dormida crisálida.

—

Un dia que amaneció
Bañado en púrpura y grana,
Un dia de claro estío,
Una de aquellas mañanas
Esplendorosas y puras
En que las torres y casas
Del pueblo resplandecian
Cual blanco grupo de garzas,
Por la aldea venturosa
Sobre arenas acostada,
Un caballero cruzó
De varonil arrogancia,
Vistiendo con altivez
El férreo casco y las mallas,

Y presentándose al frente
De rica escolta gallarda,
De pajes y de escuderos
Y tropas de todas armas,
Y de brïosos corceles
Y de régios oriflamas.
Marcial llegaba y apuesto,
Sobre el corcel de batalla
Que á las tormentas robó
El fiero ardor y las alas.
Verde el flotanté penacho
Y verde tambien la banda,
¡Eran de un bello color!
¡Del color de la esperanza!...
Al cruzar el caballero
Deslumbrador, asomada
La doncella celestial
Está á la humilde ventana.
El noble doncel la mira,
La mira para abrasarla,
Y hacer hervir en su cáliz
Una tormenta de lava...
¡Cuán pronto desvanecióse
La aparicion encantada!
Pasó el gentil caballero,
Pasó la escolta galana,
Y á lo léjos se borraron
Como una sierpe de plata,
Cual rayo que se evapora,
Cual una indecisa raya.
El caballero pasó,
Pasó tambien la mañana

De deslumbrantes destellos
Y de riquísimas galas;
  Que todo muere en el mundo,
Que todo en la vida pasa:
¡Sólo las penas no mueren!
¡Sólo no mueren las lágrimas!...

—

  ¿Por qué, desde aquel instante,
La doncella inmaculada,
La *Blanca-Flor* de la aldea
No abandona su ventana?
  ¿Y allí suspira llorosa
Desde la rica alborada
Que con sus cánticos llega
Amorosa á despertarla,
  Hasta que el ángel del sueño
Las noches tétricas llama,
Y se recogen los pájaros
Para dormirse en las ramas
  De los naranjos y mirtos
Y limoneros que esmaltan
De verdores y matices
Las campesinas moradas?
  ¿Por qué solloza la niña?
¿Por qué se queja? ¿Qué aguarda?...
¡Misterios del corazon,
Del cáliz de una flor blanca!...
  ¿Por qué sus ojos, azules
Cual la techumbre estrellada
Con que deslumbran los cielos
Incomparables de España,

De oscuro cerco se visten
Y húmedas perlas exhalan,
Que van cayendo sin ruido
Sobre unas manos nevadas?
¿Por qué á veces los rumores
Que surgen de su garganta,
Prestan tristeza al murmullo
Del mar que gime á sus plantas;
Y llegan con las espumas,
Génios y chispas fantásticas
Quizá á pedir algo amargo
A la sombría ventana?
¿Por qué las brumas se ciernen
Sobre aquella vírgen pálida?
¿Acaso siente un vacío
Que el corazon le desgarra?
¿Es acaso mariposa
Que gira buscando llamas,
Y más y más las desea
Cuanto las vé más lejanas?
¿Por qué suspira la niña
De pupilas azuladas?
¿Por qué ruedan de sus ojos
Esos destellos de nácar?
¿A qué tan hondo quebranto?
¿Por qué tan honda mudanza?
¿Quizá ya es rosa el capullo?
¿Acaso la vírgen ama?
¿Será el rocío á las flores
Lo que al amor la esperanza,
Y el amor á la mujer,
Rocío, luz y fragancia?

¿Por qué solloza la vírgen?
¿Por qué suspira?... ¿Qué aguarda?...
¡Misterios del corazon,
Del cáliz de una flor blanca!...

—

Miéntras ella con los ojos
Salva la verde enramada
De los frondosos naranjos
Que cercan la humilde estancia;
Miéntras la niña doliente
Los bellos párpados baña
En amarguísimas nubes
Que se deshacen en lágrimas,
Aquel gentil caballero
Que tales desdichas causa,
¿A dónde marchó seguido
De aquella escolta gallarda?
¿A dónde fué con las plumas
Y las flamígeras mallas?
¿A dónde huyó aquel doncel
De las pupilas volcánicas?
¿Tal vez no recuerda ya
Aquellas otras extáticas
Que con las suyas quemó
En la aldea catalana?...
Miró á la vírgen doncella
Y ardió amoroso al mirarla,
Y hoy es hoguera su pecho
Que va extendiéndose rápida;
Pues para arder el amor
Y entrelazarse dos almas,

Es suficiente un suspiro,
Es bastante una mirada;
Que el lenguaje de los ojos
Tiene sublimes palabras,
Y á veces sólo una frase
Es elocuencia que basta.
El caballero gentil
De la riquísima banda
Y de flotante penacho
Del color de la esperanza,
Leyó un pöema de amores
En las pupilas fantásticas
De aquella vírgen hermosa
Y como los lirios pálida;
Y en unos ojos azules,
Dejó perdida la calma,
Y algo que estaba adormido
En sus hirvientes entrañas.
¿El caballero tal vez
Apagar querrá sus ánsias
En los labios de la flor
Que le espera enamorada?
¿Quizá la flor de pureza
Habrá de verse mañana
Juguete del huracan
Que los jardines desgarra?
¡Flor que en divino verjel
Te ostentas inmaculada!
¡De las tormentas falaces
Los dulces pétalos guarda;
Que el huracan es traidor
Y con las flores que arranca

Un instante se divierte
Y luego al polvo las lanza,
  Y de los ricos colores
Y las celestes fragancias
Queda un recuerdo fugaz
Como incoloro fantasma!...

—

  Es noche hermosa de luna;
El mar es lago de plata,
La luna brilla serena
Sobre un joyel de esmeraldas;
  Es una noche en que vuelan
Las almas enamoradas,
Y giran por los espacios
De dichas imaginarias;
  En las alturas, luceros;
En los naranjos, las auras
Bullen y gimen armónicas,
Y los inundan de mágia;
  Los misteriosos susurros
De la arboleda y del agua
En lenguas incomprensibles
A los espíritus hablan;
  Lenguas que entiende el poeta
Y el corazon que se abrasa
En el recuerdo indeleble
De la mujer adorada.
  En una noche purísima
Donde los astros irrádian
Y se comprenden los séres
Que melancólicos aman.

La *Blanca-Flor* de la aldea,
Allá en la triste ventana
De su humildísimo albergue,
Aparece solitaria...
¿A quién la vírgen doncella
Todas las noches aguarda?
¿Qué mal tristísimo el sueño
De sus párpados arranca?
¿Por qué tantas noches hace
Que está la niña asomada,
Asomada con sus penas
Y con sus dudas y lágrimas?
¡Hermosa flor que agoniza,
Celeste lirio que baña
Con sus blanquísimos rayos
La bella luna plateada!...
¿Por qué se inclina la flor
Y en sed eterna se abrasa?
¿Pide tal vez algun ósculo
Que vivifique su sávia?...
¿Por qué sonrie la niña
Y al fin se yergue gallarda?...
Es que ha sentido un rumor
Que sus tormentos aplaca,
Y ese rumor la conmueve,
Y con sus ecos alcanza
A serenar aquel rostro
Que triste lloro nublaba;
Es que algo siempre esperado
Al fin los éteres rasga;
Es que el lejano susurro
Le trae un mundo que encanta;

Es que ha escuchado su pecho,
Y no ha de verse engañada;
¡Que si se engaña el oïdo,
El corazon no se engaña!...

—

No se engañó: el paladin
De la riquísima banda,
Y del penacho esplendente
Y del creston de esmeraldas,
Es el que llega volando
Sobre las férvidas alas,
Sobre los cascos chispeantes
De su corcel de batalla.
El caballero ostentoso
Que abrasó de una mirada,
Es el que sube veloz
Hasta la humilde ventana;
El que al oïdo murmura
Incomprensibles palabras,
El que vierte de sus ojos
Destellos, astros que irrádian;
El que á la pálida niña,
Amante y trémulo, enlaza,
Para elevarla á regiones
De resplandores y llamas...
Antes que bañen los cielos
Las dulces tintas del alba,
¿Qué será de *Blanca-Flor*,
Rosa purísima y blanca
Como el destello primero
De virginales mañanas,

Como los sueños del niño
Que vé surgir á las hadas
De blanquecinos celajes
Y del fulgor del alcázar,
Joya de aromas y perlas,
Y surtidores, y estátuas?
¡Dos flores crecen purísimas
En los jardines del alma:
Una flor es la pureza
Y otra flor es la esperanza!
Blanca-Flor, hermosa niña
Que vuelas como una garza
Por los cielos encantados
De mil ilusiones mágicas:
¿No ves que son esos brazos
Acaso las férreas garras
Del gavilan que se lleva
A la paloma insensata
Que anheló dejar el nido
De las dulcísimas calmas,
Y que algun verde rosal
Cubrió tal vez con sus ramas?
Quizás el beso que junta
Dos bocas enamoradas,
Sea el veneno que mate
Los ensueños de tu infancia...
¡Quizás la célica flor
A quien *Blanca-Flor* llamaban,
Ha perdido para siempre
Sus esencias más preciadas!
¡Ay, si la flor de la aldea
Pierde todas sus fragancias!

¡Si la pureza le roban
Y la esperanza le matan!

—

A aquella noche de ensueños
Otra siguió matizada
Por los rayos del amor
Que en inmensos panoramas
Y en horizontes riquísimos
Deslumbrador se desata,
Y los sentidos enciende
Y el corazon embrïaga.
¡Noche funesta y traidora
De promesas y falacias!
¡El ángel de la pureza
Huyó tendiendo las alas!
¡Aquella niña gentil,
Ayer tan pura y tan casta.
Fïando en dulces halagos,
Sueña con ser castellana
Allá en hermoso castillo
Donde podrá enamorada
Adorar al caballero
Fascinador que idolatra!
Allí en las cumbres del cielo
Vivas estrellas se apagan
Envueltas en los girones
De negra y flotante gasa;
El génio de las tormentas
Desciende de la montaña;
La lluvia, triste y monótona,
Por las techumbres resbala;

Algun relámpago á veces
Cielos y honduras aclara;
Tristeza envuelve al espíritu,
Tristeza el árbol exhala;
Gimen las aves que cruzan
Por la tormenta azotadas;
A veces el rayo vibra
Y entre las flores estalla;
El mar con sordos murmullos
Presta horror á la borrasca;
Alguna nave perdida
Allá entre peñascos salta;
Murmura el trueno lejano
Cual monte que se desgarra...
¡Parece que llora el rio
Sobre las flores tronchadas!...
Lentas transcurren las horas
Y vuelve á lucir el alba,
Y los dulcísimos pájaros
A cantar sobre las ramas...
La blanca flor de la aldea
Hoy no asoma á la ventana...
¡Aun la llaman *Blanca-Flor;*
Pero si es flor, *ya no es blanca!...*

—

¡Ay de las niñas que sueñan
Con alturas azuladas,
Y al despertar entre sombras,
Sobre eriales se arrastran!
¡Abismos del corazon,
Honduras que el pecho guarda;

El rayo del pensamiento
Para mediros, no basta!
¡Qué soplos desgarradores,
Qué fieras é impuras ráfagas,
Qué nubes asoladoras,
Qué despiadados fantasmas,
Os pueblan si la ilusion
Deslumbradora se apaga,
Si no llega á vuestras simas
El rayo de la esperanza!
Pasó la noche traidora
En que rodó deshojada
La pureza virginal
De aquel sér que idolatraba.
Llegó el invierno, y la nieve
Cubrió las tristes cabañas,
Y volvió la primavera
Con sus tintas sonrosadas;
Pero jamás la estacion
De la luz y de las auras
Volvió para aquella niña
A su mansion solitaria;
Y es que aquella niña débil
De dulcísima mirada,
Y hermosa cual la primera
Ilusion que nos encanta;
Etérea cual la blancura
De las nubes nacaradas,
Y como los lirios triste,
Y las azucenas pálida,
Siente la horrible tormenta
De la mujer que idolatra,

¡Y siempre suspira amante,
Y sólo un dia es amada!

—

Al prado vuelven las flores,
Sobre los árboles cantan
Los pájaros que á las hembras
Festejan con dulces arpas,
Estremeciendo las frondas
De la feliz enramada,
Y prestándole á la brisa
Tesoros de voces lánguidas;
Las mariposas extienden
Sobre los campos sus alas,
El manantial claras perlas
Al blando césped regala;
Y el caballero gentil
El de los ojos de llamas,
El de las dulces promesas
El de las plumas gallardas,
No vuelve nunca á los brazos
De la niña enamorada,
La de los ojos de cielo,
La de las trenzas doradas;
Que todo muere en el mundo,
Que todo en la vida pasa;
Sólo vive el desengaño,
Sólo el dolor no se acaba;
¡Sólo las penas no mueren,
Sólo no mueren las lágrimas!
¡Si hay algo que no se extingue,
Y todas las dichas mata;

Si hay algo que dura eterno,
Son las heridas del alma
Que oculta eternos amores,
Y no se siente adorada!...

—

¿Por qué tristísimas doblan
A muerto allí las campanas?
¿Quién es la niña que ocultan
Las hojas de aquella caja?
¿Sobre quién rodó la tierra,
Al crugir las paletadas
Que, secas, ¡ay! resonaron
Sobre una muerta olvidada?
¡Divina flor de pureza
Que ayer celeste brillabas!
¿A dónde está el esplendor
Aromoso de tus galas?
Jugaron, ¡ay! con tus pétalos
Las tormentas despiadadas,
Para arrojarlos al polvo
De la mansion de la nada;
Y de los muertos colores
Y las marchitas fragancias,
Hoy apénas una cruz
Con sus tristes brazos habla...
¡Murió la niña que fué
Rival hermosa del alba
Y de los lirios que crecen
Al arrullo de las aguas!...
¡Tal vez algun caminante,
Distraïdo, con sus plantas

Huelle la tumba sencilla
Que sólo la luna, casta,
  Besa con trémulos rayos,
Cual temiendo profanarla,
Como el sol con sus alegres
Resplandores la profana!
  Pero el que sepa sentir,
Llorar la ajena desgracia,
Podrá estimar la inscripcion
Que, sobre mísera lápida,
  Dejó un amante tal vez
De la niña enamorada
Que orgullo fué de una aldea
De la costa catalana:

  «Aquí yace *Blanca-Flor*,
Porque dejó de ser blanca;
Porque, al perder la pureza,
Perdió tambien la esperanza.»



Á UNA DISTINGUIDA SEÑORITA,

ÉMULA DE GUSTAVO DORÉ.

CUANDO tu mano blanquísima,
Señora de oscuro lápiz,
Se posa sobre el papel,
Y del papel un paisaje,

Como por arte de mágia
Comenzando á destacarse,
Sucesivamente van
Apareciendo follajes,

Lagunas, cisnes, arroyos
Céspedes, pájaros, árboles,
Y montañas sorprendentes,
Y vaporosos celajes,

Llenos de vida y color
Y encanto tan inefables,
Que parece que las ramas
Se columpian en los aires,

Y que las fuentes suspiran
Y que murmuran las aves,
Miéntras los montes verdean
Y se sonrien los valles,

Miéntras los cielos envian
Por entre pardos cendales
Un destello de esa luz
Que en tus negros ojos arde;

Quisiera tener el arpa
De los númenes brillantes
Para decir lo que siento
En un celeste lenguaje;

Quisiera robar al cielo
Las aureolas inmortales
Para ceñir esa frente
Con algo que fuera grande

Como el mérito que ostentas
A mis ojos, y que nadie
Inspirado te cantára
Cual yo supiera cantarte;

Pues al ver tantos hechizos
Y al estimar cuánto valen
Las maravillas que abortas
Sobre esta mísera cárcel,

No sé qué fascinacion,
Qué poder incontrastable
En mis sentidos ejercen
Tu lápiz y tu semblante,

Que á descubrirme me obligan
Y me obligan á que exclame:
¡Benditos sean los génios!
¡Benditos sean los ángeles!...

EL MUNDO MÁS BELLO.

No en vano de flor hermosa
Tienes el mágico nombre;
Que haces que el valle se asombre
Y palidezca la rosa:
Yo quiero ser mariposa
Nutrida siempre en tu miel;
Y ¿cómo no, si el verjel
No tiene flores tan bellas,
Y reina de todas ellas
Podrías tú ser en él?

¿Qué importa que, musical,
Por alfombras de color,
Y de verdor en verdor,
Y de rosal en rosal,
Su murmurante cristal
Desate el blando arroyuelo,
Siendo frescura y consuelo
De las pompas campesinas,
Si en tus palabras divinas
Escucho acordes del cielo?

¿Qué me importa que, sonora,
Por entre fúlgidas galas
Vaya batiendo sus alas
La brisa murmuradora;
Que la bellísima aurora
Surgiendo de noche oscura,
Cubra el cielo de hermosura
Y acalle espantos y enojos...
Si hay más llamas en tus ojos,
Y en tus labios más ternura?

¿Qué me importa el aleteo
Y los arrullos amantes
De tórtolas palpitantes
Que une ardoroso deseo;
El melodioso gorjeo
Del avecilla que canta
Y acordes notas levanta
En misteriosa arboleda,
Si no hay pájaro que pueda
Competir con tu garganta?

¿Qué importa que estalle el trueno
Y que el fiero rayo vibre,
O que el cielo, hermoso y libre,
Se ostente y luzca sereno;
Qué importa el paisaje ameno
De verde frondosidad,
La amorosa soledad
De las selvas encantadas...
Si yo puedo en tus miradas
Perderme en la inmensidad?

¿Qué importa que, vïolenta,
La tempestad se acreciente,
Y que brote el rayo ardiente
Del seno de la tormenta,
O que en noche cenicienta
Se apague toda armonía,
Y ningun astro sonría
En el célico tisú...
Si no hay más mundo que tú
Para mi amor, alma mia?...

—

¿Qué me importan las más suaves
Y musicales dulzuras,
Ni las marinas llanuras
Con sus ondas y sus naves;
Ni las selvas, ni las aves,
Ni armonías, ni colores,
Ni los hermosos albores
De algun astro moribundo...
Si para mí no hay más mundo
Que el mundo de mis amores?

¿Qué me importa cuanto encierra
El seno de las montañas,
Ni de cuanto en sus entrañas
El bravío mar entierra?
¿Qué me importa de la tierra
Ni de sus galas mejores?
Sólo quiero que me adores
Con el amor más profundo;
¡Que para mí no hay más mundo
Que el mundo de mis amores!

Si el cisne blancuras toma
En las nieves de tu cuello
Y es dorado tu cabello,
Y te envidia la paloma;
Si hay en tus labios aroma
Y en tu voz hay ruiseñores,
Y en tus ojos brilladores
Hay astros que arden fecundos...
¿Para qué quiero más mundos
Que el mundo de mis amores?

Debieras siempre adorarme
Con delirante porfía;
O, por mi mal, si algun dia
Quisieses abandonarme,
Recordar que, al despojarme
De mi encanto y tus fulgores,
Trocaría yo en dolores
Todo el bien en que me inundo,
¡Para morir sin el mundo
De mi dicha y mis amores!...

QUEJAS.

—

«Tú, ingrato, con ausentarte,
Abandonarme podrás;
Yo no puedo abandonarte,
Aunque intentes alejarte
Para no volver jamás.

—

¡Y te burlas de mi ruego,
Y para escarnio mayor,
Dices que buscas sosiego,
Hastiado de tanto fuego,
Hastiado de tanto amor!

—

¿Así un corazon discurre,
Y con sus burlas me ofendes,
Y en más agravios incurre?
¿Tanto cariño te aburre,
Y abandonarme pretendes?

—

Pon mares entre nosotros,
Pon simas entre los dos,
Y huye tú cual huyen otros;
¡Que no quitareis vosotros
Un mundo que nos dá Dios!...

—

Nada importa que me dejes
Y de mí vayas huyendo;
Pues, por mucho que te alejes,
Y en tus empeños no cejes,
¡Yo estaré al ingrato viendo!

—

No tiene, pérfido, no,
Inmensidades el mar
Que me priven de mirar,
Y mirarte quiero yo,
Y te veré sin cesar.

—

Opon barreras y mares,
Y busca más horizontes;
Que en alas de mis pesares,
Aunque, ingrato, te separes,
Cruzaré mares y montes.

—

¡Vete ya, te puedes ir!
¡En pos de lejanos climas,
Ingrato, puedes partir!
¡Que yo tengo oscuras simas
De donde no has de salir!

—

Aunque tus burlas me ultrajen,
No matarás mi pasion;
Podrás irte á otra region,
¡Pero no arrancar tu imágen
Del fondo de un corazon!»

—

¡Pobre del alma infinita
Que arde en amor, confïada
En una frase maldita!...
¡Palabra en la arena escrita,
A un tiempo escrita y borrada!...



LA FUENTE DE LA AMARGURA.

(FRAGMENTO DE UN DRAMA.)

¡Oh abundantísima fuente!
¡Oh fuente de la amargura!
¿De qué siniestra hendidura
Brotarás eternamente?

—

¿De dónde, de dónde brotas
Entre maléficas plantas,
Que creces, y te ajigantas,
Y nunca, nunca te agotas?

—

¡Y no cesas de brotar,
Y no acabas de crecer;
Y más te van á beber,
Y más te empeñas en dar!

—

Con tanto como bebí,
¿Tendré que beber de nuevo?...
Bebiendo como yo bebo,
¿No habrás de agotarte, dí?

—

¿Con que, bebiéndote yo,
No das las últimas gotas?
Yo te bebo... ¿y no te agotas?
¡Pues no has de agotarte, no!...

EL MAR DEL DESENGAÑO.

¡Oh mar que oscuro te ví,
Y con horror te miré
Cuando en tus olas me hundí!
¡Cuán oscuro te encontré!
¡Cuánta amargura bebí!

—

¡Qué oscuro te veo á solas,
Y envuelto por tus crespones!...
¡Tus naves son corazones!...
¡Ay, si me dejan tus olas
Sin alma y sin ilusiones!

—

¡Jamás tu furia se calma,
Y en cada horrible peñon
Van dejando una ilusion
El roto esquife del alma,
La nave del corazon!

—

El Océano es muy hondo,
Pero allí un tesoro anida...
¡De tu hondura maldecida,
De tus entrañas sin fondo,
Ninguno sale con vida!...

—

¡Tú destrozas sin cesar,
Y al náufrago que desmaya
Más muerto lo has de arrojar
Que el cadáver que á la playa
Nos escupe el otro mar!...



LOPE DE VEGA.

Quien en pos de tí llegó,
¿Podrá elevarse hasta tí?
Acercarse puede, sí;
Pero ¿alcanzarte? Eso no;
Que Dios en tí se mostró
Jigante á la humana grey;
Que avasallas como rey,
Y, *Fénix de los ingenios*,
Dominas en los proscenios
Con los rayos de tu ley.

Mueren las aves y flores,
Y las dichas y el dolor;
Que todo cede al furor
De los siglos vencedores,
Que aniquilan destructores
Con su despótica mano;
Y late, y brilla lozano
Tu númen primaveral;
Pero tú no eres mortal,
¡Eres algo sobrehumano!

Nadie llega á la eminencia
A donde voló tu númen
Como grandioso resúmen
De la suma omnipotencia;
La pompa de tu existencia
Es eternal florecer,
Y en las flores puedes ver
El *ayer* y el porvenir;
¡Mas siempre debes decir
Lo que ellas dicen de *ayer!*

¿Por qué de ninguna edad
Jamás surgió igual alteza?
¿Tal vez la naturaleza
No tiene fecundidad?
¿No sabe la humanidad
Ser grande de nuevo aquí?
¿No encierra otro *Lope* en sí,
O es que el mundo sigue absorto
Sin saber cómo un aborto
Tan grande produjo en tí?

Tu frente elévase audaz
A donde ninguna fué,
Y sabes hundir el pié
En una sima feraz;
Tu corona todo un haz
De relámpagos destella;
¡Y hace el númen que descuella
Y astros y flores humilla,
Con *La Estrella de Sevilla*,
Que *humille al sol* una estrella!

Cual si hubieras presentido
Que aquel sol que esclavizamos
Y á nuestros cielos atamos
Como jigante vencido,
Un dia hubiera podido
Negarse á ser español,
Fué tu númen el crisol
De donde brotó una hoguera
Que, al remontarse á la esfera,
Le dijo al sol: «*¡No eres sol!*»



CERVANTES.

¿Ha muerto nuestro poder?
¿No somos nada en el mundo
Que á nuestro esfuerzo iracundo
Temblaba humillado ayer?
¿Hemos dejado de ser
La nacion que fuimos ántes?
¿Veremos agonizantes
Perderse un inmenso dote?
¿Nada nos queda?... ¡El Quijote!
¡El tesoro de Cervantes!

¡Aquel loco dió un tesoro
Que áun la tierra vé sumisa!
¡Cómo brotaba la risa
De una pluma tinta en lloro!
¿Aquel lenguaje sonoro
Ha de extinguirse quizás?
¡Acaso fascine más
En cada siglo que avance,
Y á otras edades se lance
Sin apagarse jamás!...

¿Apagarse? ¡Miéntras haya
Un rayo de inspiracion;
Miéntras viva esta nacion,
Y en nobles pedazos vaya
Dejando de playa en playa
Su corazon palpitante,
Irá con ella el brillante
Prodigio que nos has dado,
Y sobre el orbe humillado
Se elevará deslumbrante!...

¡A tí te prestó la altura
Demencia tan peregrina,
Que cual presea divina
Resplandece tu locura!
¡Sumido en honda amargura
Diste un tesoro esplendente!
¡Tambien Colon fué un demente,
Y el Hombre-Dios un falsario!
¡El justo sube al Calvario!
¡El génio delira y miente!

¡Oh tú que no has de borrarte
Cual renombre pasajero,
Miéntras fulgure un lucero,
Miéntras en pié quede el arte,
Ni del mortal alejarte
Sin que su vida se agote!
¡Más que imperar, ser azote
De un mundo deslumbrador,
Quisiera llamarme autor
De tu ingenioso Quijote!...

¡Era el hidalgo ingenioso;
Pero manera no halló
De morir, ni descendió,
Con el olvido, al reposo!
¡Como fascina el coloso
Que á carcajadas sabía
La andante caballería
Abatir de aquellos siglos,
Con sus sombras y vestiglos
Que forjó la fantasía!

¡Y tú, el cautivo de Argel,
El soldado de Lepanto,
Vertiste sangre en el llanto
Y apuraste amarga hïel!
¡Tú que en oscuro papel
Dejabas fuego bendito;
Tú que acallabas el grito
Que de tu pena brotaba,
Eras Titan que luchaba
Por abortar lo infinito!

¿No eres tú una muestra acaso
De esos divinos atletas,
Que, cual errantes cometas,
Al perderse en el ocaso,
Saben dejar á su paso
Una flamígera cáuda?...
¡Pasad en pléyada ráuda,
Génios que alzaros sabeis!...
¡Es fuerza que os alejeis
Para que el hombre os aplauda!..,

¡En tí quisieron los hados
Ahogar el divino incendio!
¡Tú fuiste amargo compendio
De esos génios desdichados
Que, en un rincon olvidados,
Con llanto y con sangre escriben
Los abortos que conciben
En un eterno sufrir,
Y muriendo han de vivir,
Y muertos es cuando viven!

Aquella gente no hallaba
En tu fulgor, lo insondable;
Aquella edad miserable
Con el desprecio pagaba
La inmensidad que brotaba
De tu númen venerando;
Y tú ibas agonizando,
A carcajadas muriendo,
¡Y el mundo lee rïendo
Lo que escribias llorando!

¡Edad ingrata que viste
Al sol dorar dos Españas!
¡Vibró el génio en tus entrañas,
Y amarga copa le diste!
¡Mísera edad que tuviste,
Con tus gloriosas legiones,
Poderes y adulaciones
Para insensatos y necios;
Para Cervantes, desprecios;
Para Quevedo, prisiones!

¡Mísera edad que apagaste
Aquella vida gloriosa
Sin señalar ni la fosa
En donde al génio arrojaste!
¡Amarguísimo contraste
Que apesadumbra y aterra!
¡El suelo que tanto encierra,
Calla... teme ser robado;
Que hay un orbe sepultado
En un puñado de tierra!...

Tu edad no te comprendió,
No podia comprender
El asombroso poder
De aquel que la iluminó;
Que el mundo necesitó,
Estudiándote á tu muerte,
¡Siglos para comprenderte
En toda tu inmensidad,
Pidiendo á la eternidad
El tiempo de enaltecerte!

Vivias aprisionado
En angustiosa morada,
Y la inmortal llamarada
De tu cerebro inflamado,
Surgia en oro arrancado
Al fuego de cumbres bellas;
¡Y las lágrimas aquellas,
Cual luminoso tropel,
Caian sobre el papel
En una lluvia de estrellas!

¡Respete el hombre, y demande
Para tu génio un altar;
Pero tal vez, al pisar,
Hollando tus restos ande!
Aquella España tan grande
Fué muy ingrata contigo;
Mas tú, sin pan, sin abrigo,
Viste los años correr;
Que mártir podias ser,
¡No podias ser mendigo!

Te desgarraba un volcan,
Y tu labio sonreía;
La España á tí no quería
Darte un pedazo de pan,
Y tú, soberbio Titan,
Orbes de llamas le has dado;
Y sólo el mundo humillado
La humillará, cuando brote
De otra nacion un *Quijote*
Como el que tú le has legado!

Eras lumbrera del arte
Que fulguraba grandiosa
Ante una edad orgullosa
Que pasó sin saludarte;
No sabian admirarte,
Ni tampoco te humillabas,
Y bien con tu edad obrabas
En no quererte humillar...
¡Cómo podia pagar
La inmensidad que le dabas!

¡Acaso nunca lleguemos
A medir lo que has escrito,
Pues abarcar lo infinito
Los mortales no sabemos!...
¿Te admirará que adoremos
Algo celeste en tu nombre?...
¡No es posible que te asombre;
Pues si estás entre los dos,
Estás más cerca de Dios
Que de tu génio está el hombre!...

Grande es el rey que á sus greyes,
Con sus victorias, fascina;
Grande es aquel que domina,
Que á todos impone leyes;
Grande es el rey que á los reyes
Ata á su carro de guerra;
¡Pero algo más grande encierra
Para la tierra asombrada,
Esa inmortal carcajada
Que está llenando la tierra!...

¡Los dolores de su vida
Los tomaba el hombre á juego,
Sin ver que un llanto de fuego
Brotaba de inmensa herida!
¡La carcajada surgida
De aquel abismo profundo,
No era el rumor infecundo
Que se extingue poco á poco!...
¡Las carcajadas del loco
No caben hoy en el mundo!

Aquella risa inmortal
Que edades y siglos llena,
De los antros de la pena
Brotó en rumor celestial;
Aquel génio colosal
No se deshizo en oleadas
De carcajadas menguadas
Que hubieran de irse apagando...
¡Si era un loco derribando
Todo un mundo á carcajadas!...



CALDERON.

AUNQUE ya no dominamos
Sobre un imperio asombroso,
Ni de nuestro cielo hermoso,
Esclavo al sol contemplamos;
Aunque ya no nos bañamos
En un eterno arrebol,
¡Aun, desde el suelo español,
Deslumbrar al sol podemos
Con un rayo que lancemos
De los rayos de *ese sol!*...
¡Honre siempre nuestros lares
La Europa que nos ha visto
Llevar la enseña de Cristo,
Hasta los índicos mares!
¡Dejar sepulcros y altares
Al abismo y la montaña!
¡Atar el astro que baña
Los mundos de polo á polo!...
¡Si no hay tierra, un palmo solo,
Que no haya pisado España!...
¡Luz de la luz, patria mia!
Con un rayo de tu gloria,

Para brillar en la historia,
A un pueblo le bastaría;
Tu corona es como el dia
Eterno de la belleza:
¡Si tu abatida cabeza,
Triste, se inclina hácia el suelo,
Aun con los astros del cielo
Compite en fuego y grandeza!
  ¡Aun puedes con el pasado
Iluminar el presente!
¡Aun puedes alzar la frente
Ante aquel mundo asombrado
Que, á tus piés encadenado,
Besaba humilde tus piés,
Miéntras dabas un *Cortés*
Y eras señora de *Flandes!*...
¡Pueblo de glorias tan grandes,
Vive de glorias despues!...
  Ejemplos al mundo dimos
Que toda nacion invoca;
Con aquella *Reina Loca*
Tierno poëma escribimos;
Otra *Lucrecia* tuvimos
En *María Coronel*,
Y en el divino verjel
De los sublimes amores,
Brillan como eternas flores
Los Amantes de Teruel.
  Del orbe fuimos espanto,
Y holló nuestra valentía
Los franceses en Pavía
Y los turcos en Lepanto;

Al indio un lábaro santo
Le llevó nuestra constancia,
¡Y áun laureles y fragancia
Son de inmarchita corona,
Los escombros de Gerona
Y las llamas de Numancia!
  La tierra donde el cuchillo
De Guzman vibró en la guerra,
Es tambien la hermosa tierra
De Velazquez y Murillo;
La tierra que excelso brillo
Debió al guerrero teson,
Del sepulcro una legion
Puede evocar de jigantes:
¡A Lope, á Tirso, á Cervantes,
A Rojas, á Calderon!...

—

  ¡Calderon! ¡Nombre esplendente
Que en nuestros labios no cabe,
Y llenar la esfera sabe,
Y vuela de gente en gente,
Sin hallar un Occidente
En que su brillo sucumba!
¡Donde todo se derrumba,
En la morada del hombre,
Entre mortales, un nombre
No puede hallar una tumba!...
  Si en este mundo engañoso
Todo un engaño ha de ser,
Y es dulce sueño el placer,

Y el mal es sueño angustioso;
Si se derrumba el coloso
Como grandeza irrisoria,
Y nuestra dicha ilusoria
Se apaga en la sombra triste,
¿Nada en los mundos existe
Que no fenezca?... ¡Tu gloria!
¡Oh lumbrera colosal
Que al orbe hallaste pequeño!
No todo en la vida es sueño,
Ni es sueño el lauro triunfal;
Arde la llama inmortal
En tus florones sagrados;
¡No es haz de sueños menguados
Esa corona divina
Que eternamente ilumina
A los siglos asombrados!
Fenecerán los guerreros
Que avasallen y fulminen,
Y con su espada dominen
Reyes y pueblos enteros;
Rodarán los altaneros
Alcázares del orgullo;
Querrá abrirse otro capullo
En mil hojas de ilusiones,
Y otro huracan de ambiciones
Lo barrerá, en su murmullo;
Cien colosos se unirán
Para lanzarse á la guerra
Y de la faz de la tierra
Una nacion borrarán;
Cien naciones hallarán

Tumba en sombríos convenios;
Pero ¿quién, sobre proscenios
Que de luz la gloria inunda,
Podrá arrancar su fecunda
Corona al rey de los génios?
   La coronada milicia
De guerreros y tiranos
Que profanan con sus manos
El altar de la justicia;
El déspota que acaricia
Un rojo puñal sangriento,
Cenizas que barra el viento
Habrán de verse mañana,
¡Y es eterna soberana
La majestad del talento!
   ¡Deja que un ánsia infinita
Rojos aceros desnude!
Para que el mundo salude,
El opresor necesita
Hollar con planta maldita
Alguna hermosa region;
Hacer flotar su pendon
Sobre un Océano humeante...
Tu sombra tiene bastante
Con decir: «¡Soy Calderon!»

—

   Rueda la cúspide dura,
Vive la flor un momento;
Cae el alto monumento,
Y se apaga la hermosura;

Muere allí en la mar oscura
La centella purpurina;
El rayo abate la encina
Que de cien pompas se viste;
¡Pero tu númen subsiste,
Y no es un sol que declina!
  Todo verdor se consume,
Todo destello se apaga;
Muere la dicha que halaga,
Vuela el soñado perfume;
Muere el audaz que presume
Vencer en ruda pelea;
Se extingue el fuego, la idea
Que bulle allá en nuestra mente...
¡Pero vive eternamente
Tu *Alcalde de Zalamea!*
  Rasgos de mísera pluma,
Delirios que el loco fragua,
¡Son frase escrita en el agua!
¡Chispa perdida en la bruma!
¡Ola de pálida espuma
Que, allá entre escollos punzantes,
Se rasga en bellos cambiantes,
Y luego el mar la recibe!...
¡El génio es mano que escribe
Con astros y dïamantes!...
  Cae del monte la peña,
Rueda tambien el penacho
De cedros, que dá al picacho
Una corona risueña;
Despierta el hombre que sueña,
Teme el ingrato que olvida,

Y se deshace en seguida
El resplandor halagüeño;
Pero aquella *Vida es Sueño*
Es sueño eterno en la vida!
Hierve la mar turbulenta
Y sobre oscuro arrecife
Se estrella el mísero esquife
Bajo techumbre sangrienta;
La despiadada tormenta
Desgarra el monte fecundo;
Las selvas barre iracundo
El destructor vendaval...
¡Que barra tu pedestal!...
¡No es fácil barrer un mundo!
Aunque nos cerque la bruma;
Aunque el peñon se desplome,
Y la existencia que tome
Más vuelo, al fin se consuma;
Tu vida es luz, y perfuma,
Y no se debe acabar,
¡Cual no es posible agotar
Esas olas de topacio,
La inmensidad del espacio,
Las soledades del mar!...
Aun puede un trono exigir
El pueblo que tanto ha sido,
Y del pasado florido,
Algo dar al porvenir;
Aun podemos conseguir
Respeto y admiracion,
Sin lanzar á una nacion
Mortal y fúnebre reto;

¡Que basta á inspirar respeto
La sombra de Calderon!...

—

¡A España ultrajes le ahorran
Los laureles que le diste!
¡Las huellas de espuma triste
En triste arena se borran,
Y cuantos más siglos corran,
Habrán de ensalzarte más,
Y las edades verás
Desvanecerse á tu paso,
Y al sol tener un ocaso
Que tú no tengas jamás!
¡No te puedes extinguir,
Ni hallar en nadie desden,
Y miéntras vivas, tambien
Harás á España vivir!
A los astros del zafir
Pediste mágica alfombra;
Y cuando un astro te nombra,
Acaso saluda á España;
¡Que cielos y mundos baña
El resplandor de tu sombra!...
Hoy ya no tiene Castilla
Los lëones que á los reyes
Hacían, como á sus greyes,
Doblar la fuerte rodilla;
Un sol eterno no brilla
Sobre nuestra tierra hermosa;
Siega una fúnebre diosa
Juventud y frutos bellos,

Y esperanzas y destellos
Se van hundiendo en la fosa.
  Hoy nuestra pompa mejor
Rueda al soplo de la muerte,
Y en ceniza se convierte
El árbol deslumbrador;
Hoy un ángel matador
Extiende sus negras alas;
Hoy van muriendo las galas,
Y se agostan las semillas,
Y no cantan los *Zorrillas*,
Y enmudecen los *Ayalas*.
  Hoy no llega nuestro brazo
A las regiones distantes
Que vimos esclavas ántes
Humillarse á férreo lazo;
Sólo nos queda un pedazo
De aquella tierra encantada
Que de la espuma irisada
Brotar hizo el *Genovés*,
Para que fuera *Cortés*
A ganarla con su espada.
  Muerto aquel brio guerrero
Que arder *Numancias* hacía,
Y en los campos de Pavía
Nos daba un rey prisionero;
Apagado el rayo ibero
Que deslumbrante vibraba,
Y los pueblos hacinaba
A los piés de alta Matrona
Que, con el sol por corona,
Pisó en la tierra una esclava;

Muerta aquella esplendidez,
Muertas las bravas legiones
Que erguian nuestros pendones
Con indomable altivez,
Alguien se atreve tal vez
A mostrarnos compasion;
Pero ¡qué brava nacion,
Qué pueblo, qué gente extraña
Desprecia, si dice España:
«Soy madre de Calderon!»



HERIDA INCURABLE.

(FRAGMENTO DE UNA OBRA DRAMÁTICA.)

LA triste existencia mia,
Juguete del desengaño,
Es una larga agonía
Que es más honda cada dia,
Y siempre inventa otro daño.

Huello con planta desnuda
El erïal donde estoy
Pisando la espina aguda,
Y de Dios en busca voy,
Y sólo encuentro la duda.

Creo ver que una beldad
Enamorada me mira,
Y en delirante ansiedad,
Pienso encontrar la verdad,
Y hallo sólo otra mentira.

Jamás el laurel me ciño
Que la ficcion me promete;
Busco la gloria, el cariño,

Como detrás de un juguete
Se lanza anhelante un niño;

Y el brillo que me entusiasma
Y me envía sus reflejos,
Es vapor que atrae y pasma;
Y al acercarme al fantasma,
Siempre le miro más léjos.

Y ansiando felicidad,
Se deshace la ilusion,
Y es mi sola realidad,
Una oscura inmensidad
Ver siempre en mi corazon.

El alba tiene blancura,
Y tierra y cielos alegra
Matando la noche oscura...
¡Mi corazon es hondura
Siempre amarga, siempre negra!

Que nací para llorar,
Y padecer, y gemir,
Y dolorido vivir,
Viviendo para penar,
Sin penar para morir.

Porque es tal mi vida ingrata,
Que al agrandarse mi herida,
Mi existencia se dilata;
Que á otros la pena los mata,
Y á mí el dolor me dá vida.

Y ante el pesar que sufrí,
Por mi mal, siempre juzgué
Goce el dolor que perdí,
Comparando el mal que hallé
Con aquel que ántes sufrí.

Lo que ayer amargo hallaba,
No me parece dolor,
Y mi dolencia se agrava,
Y aquí, donde todo acaba,
Mi mal es siempre mayor.

Y en mi eterno padecer,
No pueden, ni mi sufrir
Abstenerse de crecer,
Ni el mal pasado volver,
Ni yo muriendo, morir.

¡No puedo morir, es cierto;
Que vivo de la afliccion!
Pero los muertos ¿qué son?
¿Acaso no soy un muerto?
Muerto tengo el corazon.

¿Mas acaso puede ser?
¿Me engaño ó miento quizá?
¿Muerto, y sabe padecer?
Ha muerto para el placer...
¡Para el dolor... vivo está!...

EL DIOS QUE ADORO.

Le busco en la armonía—del pájaro sencillo
Que canta sus amores—con lengua musical,
Y allá en el mar que alumbra—relámpago amarillo
Al azotar las olas—siniestro vendaval.

Le busco en los espacios—por donde el trueno gira
Cual imponente carro—que cruge aterrador,
Y en los acordes dulces—de la sonora lira,
Y allí entre las espumas—de mágico vapor.

Le busco de la vida—sobre el crisol fecundo,
A cuya llama todo—se siente florecer,
Y en la postrer mirada—que lanza el moribundo
A la mansion á donde—jamás ha de volver.

Le busco entre los hielos—y entre las llamas rojas
Que vierte sobre flores—el sol primaveral,
Y cuando el frio otoño—las amarillas hojas
Del árbol arrebata—con hálito glacial.

Mas nunca allá en el rio,—ni en la gentil floresta,
Ni en las oscuras alas—del áspero Aquilon,
Encuentro al Dios sublime—que resplandores presta
Y llena de esperanzas—mi humilde corazon.

¡El Dios de mis altares—está sobre un osario,
Y un cielo oscurecido—lo envuelve en su capuz;
El Dios de mis amores—está sobre el Calvario,
Y abrojos le coronan—y espira en una cruz!

El Dios que yo venero,—de cuyo santo nombre
Siento brotar dulzuras—en manantial de fe,
¡Es el que dió su sangre—por redimir al hombre!
¡El que pisaba abrojos—con el desnudo pié!

¡Yo adoro al Dios humilde—que se miró azotado
Por los ingratos hombres—á quienes redimió!...
¡Mi Dios es el *Dios-Mártir!*...—¡El Dios del desdichado!
¡Ese es el Dios sublime—por quien palpito yo!



NUESTRO SEÑOR CRUCIFICADO.

(Á LOS EXCMOS. SEÑORES MARQUESES DE AYERBE.)

¡BÁLSAMO dulce que apagas
El padecer terrenal!
Deja que llegue el mortal
A besar tus hondas llagas...

—

¡Fulgor y amparo del triste!...
¡Qué inmensas tus llagas son!
¡La llaga del corazon
Dice que *amaste y sufriste!*

—

Tu faz, que alumbra á cien greyes,
La ensangrientan los abrojos;
¡Pero la besan de hinojos
Los mendigos y los reyes!

—

Heridas tienes las manos,
Desgarradas las ostentas,
¡Y al hombre dicen sangrientas
Que todos somos hermanos!

—

Esas plantas sacrosantas
Que hirió la humana impiedad,
¡Dicen á la humanidad
Que se prosterne á tus plantas!...

—

Señor que monarcas ves
Prosternados de rodillas:
Oye las preces sencillas
De cuantos besan tus piés...

—

El mundo ante Tí no encierra
Ni gerarquías, ni honores;
¡Y *los buenos* son mejores
Que los *grandes de la tierra!*

—

¡Rey de todo lo crëado!
¡Hijo del eterno Amor!...
¡Qué jigante es el *Señor
De Reyes*, crucificado!

—

¡Señor que en cielos dominas
Y eres luz de toda luz!
¡Qué inmenso estás en la cruz
Con tu corona de espinas!...

—

¡Grande es Dios cuando su nombre
El espanto deja en pos;
Pero más sublime es Dios
Espirando por el hombre!...

EL HOMBRE SIN FE.

¡Ay de aquel desventurado
A quien abate la duda,
Y en esta existencia ruda
Gime siempre atormentado!
Ese mortal desdichado
Miéntras exista, será
El ave que errante vá,
Y que jamás se detiene,
Sin saber de dónde viene,
Sin saber á dónde irá.

Yo, por fortuna, no ignoro
Con auxilio de la fe,
Lo que fuí, lo que seré,
Lo que es el mundo en que moro;
Sé que *el mañana* es tesoro
De la mansion donde estoy;
Que si ave mísera soy,
Alas flamígeras tengo,
Y no ignoro á lo que vengo,
Ni tampoco á dónde voy.

Tú que te ves, por tu mal,
Ave que yerra al acaso
Sin presentir á su paso
Un eden primaveral,
Odias el triste erïal
Que atravesamos los dos;
Yo que voy de un nido en pos,
Gozaré miéntras camine...
¡Pues sé que del cielo vine,
Y voy volando hácia Dios!



LENGUAJE UNIVERSAL.

Cuando á veces, quieto el mar,
Bajo doseles de aureolas,
Entre las músicas olas,
De un lugar á otro lugar,
Vemos los peces cruzar
El piélago bullidor,
Con ropajes de color
Que deslumbran á su paso,
Hablándose van acaso
En un lenguaje de amor.

Cuando ante el férreo cancel
De la reja de una hermosa,
Resuena la melodiosa
Y triste voz de un doncel,
Y de la ausencia crüel
Se lamenta el trovador,
En aquel dulce rumor
En que se escapa una vida,
Hay un alma dolorida,
Hay un lenguaje de amor.

Cuando en un rostro esplendente
Una tímida doncella
Se mira cual diosa bella
En lago fosforescente,
Y aquella nítida frente
Se enciende en vivo rubor,
Y se baja con temor
Miéntras arde brilladora...
El rostro que se colora
Es un lenguaje de amor.

Cuando un astro hermoso riela
En la dormida laguna,
Y al presentarse la luna,
Suspira el lago que anhela
Ver sus rayos, y se encela
Hasta del ténue vapor
Que se opone al resplandor
De aquella vírgen mirada...
Aquella lengua encantada
Es un lenguaje de amor.

Cuando se encienden los ojos
Sin saber quizá el motivo,
O con anhelo agresivo
Miran ardiendo en antojos;
Cuando los párpados rojos
Se rasgan en brillador
Torrente fascinador
Donde se escapa la pena...
El llanto que el rostro llena
Es un lenguaje de amor.

Cuando los labios se agitan
De una doliente doncella,
Y en inefable querella,
Como dos flores palpitan,
Y entreabrirse necesitan
Para dar paso al calor
De un suspiro abrasador
Que quiere salir del pecho...
De aquel dulcísimo lecho
Surge un lenguaje de amor.

El amor vive doquiera,
Todo aquí desea amar;
El arroyo corre al mar,
El hombre amansa la fiera;
El sol, la luna hechicera,
El ave, el aura, la flor;
Cuanto dá luz y calor,
Y cuanto murmura ó gime,
Son un lenguaje sublime.
Son un lenguaje de amor.

¿Cómo, pues, no he de querer
A quien á amar me convida,
Al encanto de mi vida,
A la vida de mi sér;
A la celeste mujer
Que con labio tentador
Despierta á mi alrededor
Un bello mundo inflamado;
Que habla un lenguaje encantado.
El lenguaje del amor?

¿Cómo, pues, no habré de amar
A la mujer adorada,
Que adora con su mirada
Y gime por adorar?
¿No habré de alzarte un altar
Para amarte con fervor,
Si das celeste fulgor
Cuando tus ojos me miran,
Y esos labios que suspiran
Son un lenguaje de amor?



LA MUJER.

—

¡La mujer! ¡Celeste nombre
De dulzura indefinible!
¡Hermoso eden apacible!
¡Oasis de inspiracion!
¡Nombre que, así como rueda
Sobre el jardin, en estío,
El matutino rocío,
Desciende hasta el corazon!

—

¡La mujer! ¡Mirada pura,
Clarísimos manantiales,
De donde brota á raudales
La humana felicidad!
¡Jardin que encierra encantado
Las flores del sentimiento!
¡Verjel que embalsama el viento
De la triste realidad!

—

¡La mujer! ¡Frase que enciende
Los dolores y la guerra!
¡Nombre que abismos encierra
De desventura crüel!
¡La mujer! ¡Angel caïdo
Que tiene en el pecho nuestro
Acaso un trono siniestro,
Cual otro en sombras Luzbel!

—

¡La mujer! ¡Impuro arroyo
De cuyas espumas brota,
Lentamente, gota á gota,
Todo un mundo de pesar!
¡Manantial envenenado
Que bebemos con delirio,
Y ni la sed ni el martirio
Jamás consigue calmar!

—

Una mujer nos inspira
Las ideas tenebrosas,
Y las empresas gloriosas,
E impone la esclavitud;
Una mujer es la llama
Que enciende nuestro tormento:
Y sabe ofrecer asiento
En su pecho, á la virtud.

—

¡Una mujer!... ¡Mucho vale!
Cuesta mucho... ¡cuesta tanto!
¡Quizá una vida de llanto
A un corazon juvenil!
¡A un monje, tal vez el alma
¡Quizá á un rey, ser parricida!
¡Y aquella ciudad querida,
Su Granada, á Boabdil!

—

¡Una mujer es la antorcha
De corazones guerreros!
¡Por ella los caballeros
Luchaban bien en la lid!
¿No fué *Isabel* el espanto
De muchedumbre agarena?
¿Acaso no fué *Jimena*
El noble aliento del *Cid?*

—

La mujer hace á los vates
Alzarse en inmenso vuelo;
La mujer hizo que el cielo
Descendiera hasta un pincel;
Ella es aroma del númen,
Ella dió el rayo brillante
Que ardió en la mente del *Dante*,
De *Petrarca* y *Rafäel*.

—

¡La mujer! ¡Angel de luz
Arrancado á las alturas!
¡Océano de ternuras
Y de caricias y amor!
¡Dulce perfume que mata!
¡Brillante abismo que quema!
¡Es la desdicha suprema!
¡Es el eterno dolor!

—

Una mujer es el puerto
De venturas y de calma;
Una mujer es el alma
De la existencia de dos;
Es el sér enamorado
Que en otro sér se completa;
¡Algo que sueña el pöeta!
¡La madre que nos dá Dios!

—

Ella es el rayo de gloria
Que ilumina nuestra mente;
¡Y por ella el delincuente
Anhela volverlo á ser!
¡Es el cielo de la tierra,
Y es en la tierra el infierno!
¡Es contraste, emblema eterno
De dichas y padecer!

—

¡Es vaso dïamantino
Cuyas aguas trasparentes
Se agitan resplandecientes
Al beso matutinal!
¡Raudal que el sediento busca
En voraz desasosiego,
Y al acercarse, vé en fuego
Trocarse el claro raudal!

—

¡Ya pura cual la alborada,
Ya crüel y matadora,
Siempre sabrá vencedora
Sobre nosotros reinar;
Que es necesaria al espíritu
Como el arroyo al sediento,
Y á los pulmones el viento
Que anhelamos respirar!

—

¡Por ella la altiva Troya
Un dia lucha y desprecia
Todos los rayos de Grecia,
Y en llamas siéntese arder!
Tambien la hermosa Judith,
Con un trofeo jigante,
Logra al asirio triunfante
Arrancarle su poder!

—

Por ella dejó Rodrigo
Abrir á los agarenos
Los horizontes amenos
De deslumbrante verjel;
¡Pero tambien una dama
De resplandor sobrehumano,
Alzó el solio castellano
Sobre el altar del infiel!

—

¡Ya se ostente como rosa,
Ya cual triste pasionaria,
Siempre un alma tributaria
Querrá vivir de su luz;
Que nuestra vida, sin ella,
Es como prado sin flores,
Y se envuelve en los dolores
Cual en siniestro capuz!

—

¡Sea la luz ó la sombra,
Es vida de nuestra vida,
Y dentro del alma anida,
Y hace gozar y sufrir;
Y el hombre desea ansioso,
O gozando ó padeciendo,
Con ella vivir muriendo,
Y no sin ella vivir!

—

La pasion de Cleopatra,
La fiebre de Mesalina,
Todo es amor que domina
Y avasalla á la mujer!
¡Una mujer es locura,
Es delirio, es impureza;
Pero en su misma vileza
Ostenta inmenso poder!

—

Ella mata el albedrío
Con amantísimos lazos;
¡Que al calor de sus abrazos,
Se extingue la voluntad!
¡Ella sabe hacer del justo
A veces un miserable,
Y hace llegar al culpable
Tal vez á la santidad!

—

¡Ella dió á los paladines
El noble arranque guerrero,
Y vibraba en el acero
Que deslumbrante brilló
Sobre el corcel valeroso,
Vencedor en cien batallas,
Donde sangrientas murallas
De cadáveres holló!

—

¡Palpita allá en encantados
Maravillosos colores,
Y de sublimes pintores
En la excelsa crëacion!
¡Ella tiñe los paletas
Con los matices del sueño
Donde fulgura halagüeño
El génio de la ilusion!

—

¡Sabe del vil egoïsta
Formar un sér compasivo,
Y del sér que late altivo,
Un oscuro criminal!
¡Por ella el mundo se trueca
En borrascoso proscenio,
Y por ella estalla el génio
En tormenta colosal!

—

¡Ya es el dulcísimo arrullo
De enamorada avecilla!
¡Ya cual relámpago brilla
Del ardor canicular!
¡Ya es un lago cristalino
Y de perenne reposo!
¡Ya torrente impetüoso
Que se agita sin cesar!

—

¡Ora es águila que vuela
Y hasta el sol ardiente sube!
¡Ya las alas del querube!
¡Ya la nieve del jazmin!
¡Ora frescura y matices
De la floresta encantada!
¡Ya tormenta despiadada
Que mata el verde jardin!

—

Por ella padece el hombre,
Y el triste sube con ella
A una mansion que destella
Amor y felicidad;
Y por ella el hombre puede
Remontarse allí hasta el cielo,
Y hundirse luego en el hielo
De una eterna oscuridad.

—

¡O con ella hasta la gloria
De las cumbres elevarse,
O con ella despeñarse
Hasta el infierno tambien!
¡O arder con ella y hundirse
En un piélago profundo,
O del páramo infecundo
Elevarse hasta el Eden!

—

Por ella el guerrero cede,
Y se convierte en esclavo;
Y á sus piés fallece el bravo
Ardiente batallador,
Y tambien se agota el brio
Indomable de la espada,
Y el alma nunca domada,
Siente invencible temor.

—

Ella en alas nos eleva
De candente torbellino;
Es relámpago divino,
Es venturoso idëal:
Por ella la sombra eterna
Llegó á merecer el hombre;
¡Y hoy invocamos su nombre
Para librarnos del mal!

—

¡Tiene entre sus dulces manos
Hermosas plantas floridas
Que embalsaman las heridas
Del alma y del corazon!
¡Tiene las alas oscuras
Del vendaval turbulento,
Y nos hunde en el tormento
De vivir sin ilusion!

—

Una mujer es el cáliz
Que oculta divino gérmen
En donde las dichas duermen
Del brillante porvenir;
Es el raudal de esperanza
En donde beber queremos,
Y las dulzuras bebemos
Del amor, hasta morir.

—

¡Ella tambien, como el ángel
Soberbio de la hermosura
Que se hundió en la noche oscura
Del padecer eternal,
Nos atrae hácia el abismo
Del dolor y de la guerra,
Y cien halagos encierra
De resplandor sin igual!

—

¡Tambien es el ángel puro
Que sobre el sol se levanta
Y mira bajo su planta
Una alfombra de arrebol;
Y á la mansion nos eleva
De las galas infinitas,
Donde no hay flores marchitas
Ni eternidades sin sol!

—

¡Ella es alma de los séres,
Esencia de toda esencia;
El sol de nuestra existencia,
El aroma del placer!
¡Por ella se agita el mundo;
Ella inspira las hazañas;
Y nos lleva en sus entrañas,
Y nos hace padecer!

—

Ella en el pecho despierta
El heroïsmo sublime;
Ella nos salva y redime,
Y nos infunde valor!
¡Envenena como el agua
Del estanque deletéreo!
¡Es el arcángel etéreo!
¡El luminoso vapor!

—

¡El querube que desciende
Al lecho de la amargura,
A la triste sepultura,
Al olvidado panteon!
¡El sér hermoso que estrecha
Con amantísimos brazos,
Y sabe dar á pedazos
La vida del corazon!

—

¡Su corazon es un libro
De bellas páginas rojas,
Cuyas purísimas hojas
No sabemos descifrar;
Mas, con letras indelebles,
Un nombre queda grabado,
Y de aquel orbe inflamado
Nadie le puede arrancar!...

—

¡Yo quiero, en mi ardiente anhelo,
Sea cual fuere mi estrella,
Ser desdichado con ella,
No sin ella ser feliz!
¿Y cómo existir podría
El alma sin sus amores?
¡No tienen jugo las flores
Que carecen de raïz!

—

¡Por ella el guerrero busca
Laureles en su camino;
Por ella cruza el marino
Las soledades del mar!
¡Por ella el hombre se agita
En una lucha insensata,
Y por un ósculo mata,
Y se dá muerte al matar!

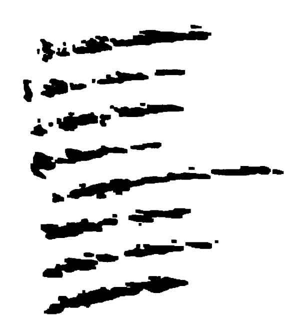
—

[illegible] el [illegible]estro
[illegible] [illegible],
[illegible] [illegible] [illegible]ime,
[illegible] [illegible]dad,
[illegible] [illegible] los muertos
[illegible] [illegible]das,
[illegible] [illegible] ensangrentadas
[illegible] [illegible] ceguedad!

—

Ella á los pobres [illegible].
Ella ampara al [illegible]
Es el vergel [illegible]
La luz de la [illegible]
Virgen que el [illegible]
Ardiendo [illegible]
¡Desdad [illegible] que [illegible]
Sobre un oscuro [illegible]

—



L
Y
S

De
Es
Es
I
Lle
¡Y
Par

¡T
Hern
Que
Del a
¡Ti
Del ve
Y nos
De viv

¡Es la hermana que padece
Con nuestra adversa fortuna!
¡La madre que allá en la cuna
Nos hizo ayer sonreïr!...
Es, en fin, algo que adoro
Hasta en sus mismos agravios;
¡Y toda el alma en sus labios
Quiero dejar al morir!...



EL ÁRBOL DE LA ILUSION.

Hondo nido de ilusiones
Es el corazon humano;
Las ilusiones son aves
Que lo alegran con sus cantos.

—

¡Ay si las barre del nido
El soplo del desengaño!
¡Oh, qué triste queda el pecho!
¡Oh, qué mudo queda el árbol!



¿POR QUÉ?

Pregunta á las aves—que van dulcemente
Tendiendo las alas,—buscando un hogar,
Un lecho de rosas,—un nido esplendente,
Qué afan les impulsa—refugio á buscar.

Pregunta á las olas—que juntan su espuma
Y besan la playa—con húmedo hervor,
Qué buscan girando—y hendiendo la bruma,
Ansiosas de arenas,—ó fresco verdor.

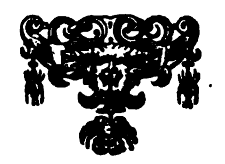
Pregunta á la brisa—que besa á las flores,
Acaso dormidas—en mágico eden,
Qué busca en aquellos—celestes colores
De donde el aroma—se exhala tambien.

Pues aves y brisas,—espumas y nidos,
Y aromas y flores,—diránte á la par,
Con alas y soplos,—y hervor y gemidos:
«Buscamos amores,—queremos amar.»

¡Pregunta si adora—los cielos el ave;
Mas no le preguntes—al ave *por qué!*
¿Por qué aman las flores?—¡Ninguna lo sabe!
¿Por qué te idolatro?—¡Tampoco lo sé!

¿Por qué de tus ojos—fenezco cautivo,
Y ardiendo, á tus plantas—mi amor me arrojó?
¿Por ser hechicera?—No es ese el motivo:
Pues hay más hermosas—que nunca amé yo.

¿Por qué aman los hombres?—¡Hermosa, lo ignoro!
¿Por qué aman las aves?—Tampoco lo sé...
Pregunta, alma mia,—pregunta si adoro;
¡Mas nunca, bien mio,—preguntes *por qué!*



LA INSPIRACION.

¿INSPIRACION? La busco...—palpita por doquiera,
Y el *cósmos* prodigioso—que fulgurando está
Ante mis ojos siempre,—ni un rayo tan siquiera
De inspiracion grandiosa—con su esplendor me dá.

No brota de las perlas—que bulliciosas saltan
A despertar los lirios—del fresco surtidor,
Ni de las bellas nubes—que el horizonte esmaltan,
A trechos, con sus tintas—de nacarado albor.

Tampoco se desprende—del águila que el vuelo
Levanta vencedora—sin miedo al huracan,
Ni de la ardiente lava—que escupe al alto cielo
El encendido cráter—de secular volcan.

No surge de los rios—que arrojan sus arenas
Y matan los encantos—de eden deslumbrador,
Ni de azuladas olas—pobladas de sirenas
Que al navegante hechizan—con labio tentador.

No surge de los cálices—hermosos de las flores
Que son la dïadema—frondosa del Abril,
Al palpitar teñido—de aureolas y colores
Bajo un dosel de grana,—topacios y marfil.

No surge del marchito—jardin que amarillea
Quemado por las llamas—del resplandor solar,
Ni de las ruinas tristes—de solitaria aldea
Besadas por los rayos—de blanco luminar.

No brota de la nube—de amores y de incienso
Que del altar se eleva—buscando otra region,
Ni de las negras alas—del huracan inmenso
Que azota los cristales—del pardo torrëon.

No brota de las claras—fosforescencias bellas
Que vibran en las ondas—serenas de Stambul,
Cuando á puñados salen—las vírgenes estrellas
Y cual doradas chispas—esmaltan el azul.

No surge de las ondas—del melodioso rio
Que al lago pide lechos—en donde descansar,
Ni del torrente oscuro—que lánzase bravío
Desde empinadas rocas—al proceloso mar.

No brota de los valles—ni de la altiva sierra,
Ni del albor que cubre—fosfórica extension,
Ni de los mil prodigios—que el Universo encierra
En cuanto pueda fértil—mostrar la Crëacion.

No surge del espectro—que del panteon se arranca
Para flotar de un aire—fantástico á merced,
Ni del alegre vuelo—de la paloma blanca
Que busca azul remanso—donde apagar su sed.

No brota de la luna—que se deshace en rayos
Sobre el penacho verde—del índico palmar,
Ni de las negras cruces—y fúnebres desmayos
Que truecan los sepulcros—en misterioso altar.

No surge de las hondas—siniestras carcajadas
Que pueblan de los réprobos—la lúgubre mansion,
Ni brota de los antros—de oscuras llamaradas
En donde tiene un trono—de espinas la afliccion.

Ni en la sonrisa pálida—que, triste y misteriosa,
A las alturas presta—la luz crepuscular,
Ni entre las vivas llamas—de tempestad gloriosa
Jamás pude un destello—de inspiracion hallar.

No surge de los cantos—que sirven de conjuros,
Y á su rumor despiertan—las sombras del *ayer*,
Y allá en sus frios lechos,—como el dolor oscuros,
Los muertos se disponen—su cárcel á romper.

No brota del delirio—preñado de secretos
Que evoca de las tumbas—en giro colosal,
Legiones de fantasmas,—de sombras y esqueletos
Que saltan sobre el mármol—del hielo sepulcral;

Ni cuando se conmueven—los mundos cinerarios
Que llena de despojos—una deidad crüel,
Y envueltos en flotantes—fosfóricos sudarios,
Se arrancan á las tumbas—los muertos en tropel;

Ni cuando ya el hechizo—se apaga de unos plectros
Que atraen al que mora—bajo glacial mansion,
Y en impalpable giro—desfilan los espectros,
Y vuelven á las tumbas—en blanca procesion.

No surge del recuerdo—de tiempos que pasaron,
De poesía estéril—y encanto sin igual;
De aquellas castellanas—que un dia se asomaron
A las almenas tristes—de la mansion feudal.

No brota de la ojiva—del gótico castillo
Detrás de cuyas rejas—la dama creo ver
Que acongojada siente—crugir con el rastrillo
Las armas de un amante—que nunca ha de volver.

No surge de las trovas,—ni del cantar del bardo,
A cuyo melancólico—dulcísimo rumor,
La hermosa que blancuras—hace envidiar al nardo,
Brillante como un sueño—se asoma al mirador.

No surge de muradas—magníficas mansiones
Que al castellano altivo—servian de broquel,
Miéntras soñaba acaso—ceñirse otros florones,
Y á su indolente planta—dormíase el lebrel.

No brota del castillo—poblado de juglares
Y alegres ballesteros—que, en báquico festin,
Celebran las hazañas—y luchas singulares
En que venció á los moros—cristiano paladin.

No brota del torneo—donde la bella alcanza
Ver á sus piés rendido—famoso justador,
Que, al peso de sus iras—y al bote de su lanza,
Miró ceder los brios—del paladin mejor.

No surge de los tiempos—de sombra y poesía,
De tormentosas lides,—de amores y de fe;
De aquella edad oscura—que arder el hierro hacia,
Y mundo de tinieblas—y de dulzuras fué.

No surge de las luchas—en donde los aceros
Dejaban de sus glorias—sangriento mar en pos,
Y en el combate rudo—gallardos caballeros
Morian por *su dama,—sus reyes y su Dios...*

La inspiracion no brota—de fuente cristalina
En donde nace el fresco,—pomposo manantial,
Ni de los lagos donde—fosforescente ondina
Sale á buscar el beso—de un astro virginal.

La inspiracion no brota—de alcázares frondosos,
De las mansiones verdes—que habita el ruiseñor;
Y está en esa garganta—de donde, melodiosos,
Parecen escaparse—los génios del amor.

La inspiracion existe—y enciende tempestades,
Y hace rugir tormentas—de amores y ansiedad;
Mas es porque en tus ojos—hay dos inmensidades,
Y el cielo es una sola—dorada inmensidad.

La inspiracion existe;—pero es, hermosa mia,
Surgiendo de esos labios—que afrentan al rosal,
Y son nido de un ave—de amor y melodía
Que surge de entre abismos—de perlas y coral.

La inspiracion existe;—mas es en los destellos
Que exhalan tus hechizos—cual célico arrebol;
Pues para hacer las hebras—que ostentas por cabellos,
Acaso un haz de rayos—Dios arrancóle al sol.

Tu seno que yo admiro—y enciende mis antojos,
Oculta los fulgores—del pérfido volcan;
¡Debajo de los hielos—están los mares rojos,
Y nieves ocultando—tu corazon están!

Tú llegas junto al rio—cual tímida avecilla,
Y á tus nevadas plantas—sus moradores ves;
Que acuden, con las ondas,—humildes á la orilla,
Y entre la blanca espuma—van á besar tus piés.

Cuando tus plantas huellan—el líquido palacio
Del mar, á quien dá el cielo—doseles de carmin,
Las suspirantes olas—elevan al espacio
La queja lastimera—de un padecer sin fin.

¡Las perlas que tú tienes—abrasan los abismos,
Que gimen envidiosos—en incesante hervor!...
¡Tal vez quiso arrancarlas—de entre sus labios mismos
Y verlas en tus labios,—la diosa del amor!...

—

Tú que, adorada siempre,—la inspiracion me diste,
No ceses como antorcha,—de arder é iluminar;
¡Pues si tu amor me falta,—seré la nave triste
Que á las heladas peñas—de noche arroja el mar!...



¡MUERTA!

¿Aquellos labios rojos como el fuego,
Son los que mudos y sin vida, miro?...
¡No pueden suspirar, y yo suspiro!...
¡No recordaba, ciego,
Que una ilusion ha de apagarse luego!

—

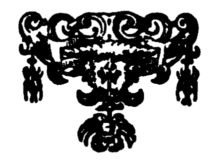
¡Me abrazaste, y jamás habré de verte
Rodear mi cuello con amantes lazos,
Quedando tú, por irrisoria suerte,
En brazos de la muerte!
¿Por qué la muerte no me dá sus brazos?

—

Como el fuego del sol resplandecia
Tu deslumbrante faz maravillosa,
¿Y ha de cubrirte despiadada losa
Tan pronto, vida mia?
¡Las flores sólo han de vivir un dia!

—

Gotas de sangre en esos ojos vierto,
¿Y de tu horrible sueño no despiertas?
¡Mudos tus labios, y tus manos yertas!
¡Hermosa mia!... ¡has muerto!...
¡Tambien están mis ilusiones muertas!...



QUIMERAS.

Mujer que las luces—y aromas del cielo
Hiciste un instante—sentir al mortal:
Si quiso la suerte—robarte á mis ojos,
Lograr sus intentos—no pudo jamás.

Si miro en las cumbres—de un monte perderse
La bella sonrisa—del astro solar,
El rayo postrero—tu imágen colora,
El último rayo—se lleva tu faz.

Si, absorto, en la orilla—detengo mi paso
Y miro las ondas—de hirviente cristal,
Las perlas y espumas—me fingen tu imágen,
Y se hunde con ellas—de nuevo en el mar.

Si enciende las cumbres—relámpago ardiente,
Dorando la noche—con brillo fugaz...
¡Tendiendo los brazos,—mirándome ansiosa,
En alas del viento,—te miro pasar!...

Si el iris asoma—con mágicos prismas,
Y sorda se aleja—crüel tempestad,
Allí entre los rayos—de hermosos colores,
Cercada de nubes—tu imágen está.

Si miro una estrella,—perdida en los aires
Los mares azules—del cielo rasgar,
Con ella tu imágen—se pierde en la bruma,
Y allá te persigue—mi vívido afan...

Yo lloro con sangre—las dichas perdidas,
Los goces que al alma—le hiciste apurar;
Y brota del llanto—que vierte ardorosa,
La imágen que veo—surgir celestial...

Volaron mis dichas;—contigo volaron
Mis dulces ensueños—en giro fugaz...
Aun puedo mirarte...—te besan mis ojos;
Pero ¡ay! ¿de qué sirve—mirarte no más?...

Mis lágrimas surgen—y vuelve tu imágen,
Y al par de mi llanto,—secándose vá;
¡Y para que vuelva—tu imágen querida,
Se secan mis ojos—de arder y llorar!...

Al ver del rocío—la fúlgida gota
Que apágase al beso—del fuego estival,
Ardiendo en sus prismas—tambien se deshace
La imágen celeste—que allá ví girar.

Si rotas las nubes,—en hilos de plata
Desciende la luna,—cual triste deidad,
A arder en las ruinas—del monte lejano,
Allí tu alba imágen—fantástica vá.

Si juntan dos aves—su pico amoroso,
Y un beso en los aires—se escucha vibrar,
¡Tu imágen del beso—se escapa hechicera,
Y dura el instante—del beso no más!

Si arrójase un cisne—con gráciles plumas
A un lago fosfórico—de terso cristal,
Tambien de los círculos—que deja á su paso,
Tu imágen se eleva—cual sueño falaz.

Si se abre un capullo—de vírgenes pétalos
Que el aura acaricia—celosa quizás,
Del cáliz abierto—tambien apareces
Gentil cual las tintas—de fresco rosal.

Si busco del mundo—la gloria y placeres
Que sólo en tus labios—yo pude encontrar,
Inmensa tristeza—me angustia y aflige,
¡Y todo murmura—que *no existen ya!*

Si corro á la tumba—que guarda tus restos,
Los tristes desmayos—que sombra le dan,
En lúgubres voces—remedan los ósculos,
Que amor de tus labios—hacía brotar.

Podrás vaporosa—girar por las cumbres,
Y dar al olvido—los mundos quizá;
Mas nunca olvidarme—podré del pasado,
Pues ¡ay! ¿de qué sirve—mirarte no más?

Y cuando en el lecho,—que ayer fué de amores,
Las dichas perdidas—creyendo encontrar,
Mis brazos te buscan,—encuentro el vacío;
Que estoy con mis penas,—mas ¡ay! tú no estás...

No estás á mi lado;—que estás en el alma,
El alma abrasando—que es fúnebre altar;
Y así no te quiero,—te quiero en mis brazos,
¡Y nunca á mis brazos—volver puedes ya!

Yo lloro con sangre—las dichas perdidas,
Y vierto con ella—tan hondo pesar,
Que veo en mis lágrimas—tu imágen celeste,
Ardiendo llorosa,—surgir de mi afan.

¿Qué vale mirarte?—¿mirarte tan sólo,
Y siempre ver léjos—tu albor celestial?
¡Secaron mis ojos—los rayos vertidos,
Y seca está el alma—de arder y llorar!

Si tú de las fosas—heladas y tristes
Alzarte pudieras—cual blanca deidad,
Y al lecho que tienes,—llevarme amorosa,
¡Qué sueño tan dulce—sintiera yo allá!

Si tú del sepulcro—surgir consiguieras
Y un beso tus labios—me diesen no más,
¡El alma de nuevo—con él me darias,
Y en olas de sangre—volviérala á dar!...

—

Si enciende las cumbres—relámpago ardiente,
Dorando la noche—con brillo fugaz...
¡Tendiendo los brazos,—mirándome ansiosa,
En alas del viento,—la miro pasar!...



HASTA CUÁNDO.

Murió mi cielo, feneció mi amada...
Fugaz huyó cual deslumbrante estrella...
¡Qué horrible noche aquella!
¡Yo la ví silenciosa, amortajada!
¡Iba su cuerpo á deshacerse en nada,
A ser vil polvo crëacion tan bella!

—

Yo besaba aquel rostro oscurecido
Por si á mis besos revivir podia...
¡Lloraba en mi agonía,
Surgiendo en cada lágrima un gemido!
Y, acaso en sueños, resonó en mi oïdo
Un eco funeral que *¡adios!* decia.

—

Y ví, abrasado en la desdicha suma,
Lijeras aves, y el etéreo bando
Huyó, á mi amor llevando
Entre sus alas de nevada pluma;
Y mi bien al perderse allá en la bruma,
Cual voz llorosa, repitió: *¡hasta cuándo!*

—

Aun el recuerdo apenador existe,
Y en mi tortura, delirante y loco,
Aquel ensueño invoco,
Y hácia la cumbre á donde ayer subiste,
Elevo siempre una mirada triste
Buscando aquel resplandeciente foco.

—

¿Y juzgarás, mi bien, á un alma ingrata
Porque tu acento resonó aflictivo,
Y con ardor altivo
El alma mia no voló insensata?...
¡El parasismo del dolor no mata!
¿Cómo puede matar, cuando yo vivo?

—

Aquel lamento cual las auras blando,
No fué á estrellarse sobre un pecho duro;
Aun veo el cielo oscuro
Que iluminaste, al ascender volando,
Y escucho aquel tristísimo *¡hasta cuándo!*
Y ¡hasta cuándo! ángel mio, yo murmuro...

TRES HISTORIAS.

(DOLORA.)

I.

HISTORIA DE UN BESO.

Dentro de un alma sincera
Nació de un vívido afan,
Y convertido en volcan
En una boca hechicera,
Como flamígera hoguera
Hasta otros labios llegó,
Y allá en un pecho encendió
Tan ardiente embrïaguez,
Que en mil besos otra vez
Fué al alma donde nació.

II.

HISTORIA DE UN SUSPIRO.

Lamento de un alma loca
Que adora sin esperanza,
Por la puerta de una boca
A los espacios se lanza.

Al contemplarse perdido,
Dónde esconderse no sabe;
Pero al fin encuentra nido
En la garganta de un ave.

Y el ave que ántes cantaba
Sólo al fulgor de la aurora,
Hoy sus gorjeos no acaba;
¡Pero no gorjea... llora!

III.

HISTORIA DE UNA LÁGRIMA.

La enjendró un presentimiento
De agudo y próximo daño;
Arrancóla un desengaño
Del alma en que tuvo asiento.

Para matar toda fe
Y matar toda ilusion,
Del alma fué al corazon,
Y de allí á los ojos fué.

Al saltar... ¡míseros ojos
Los que abrasó con su fuego!
En una mejilla luego
Fué dejando surcos rojos.

Cayendo sobre verdores,
En una flor se posó...
¡Donde aquella flor murió
No han vuelto á nacer más flores!...

EN EL ÁLBUM DE LA ILUSTRE MARQUESA

DE VILLA-ALEGRE.

BELLA es la nieve que cubre
La cima de las montañas,
Bella la espuma que arroja
Sus perlas sobre las playas;

Bello el cisne que se tiende
Sobre el azul de las aguas,
Bella la nube teñida
Con los reflejos del nácar;

Bello el armiño que ostenta
Su blancura inmaculada,
Y la azucena, purísima
Cual las sonrisas del alba;

Pero más bello es el rayo
Que de tus ojos exhalas,
Tan puro como el hechizo
Que brota de tu garganta;

Pero más bello es tu rostro,
Donde algo célico irrádia
Que sólo irrádia en la frente
Del ángel ó de las santas;

Pero es más dulce y más bello
Tu nombre, angélica Blanca,
Y más bella que tu nombre
Y que tu rostro es tu alma.

—

No te asombre si la altura
Te niega sus resplandores,
O si al mirarte, las flores
Sonríen con amargura.

¿No han de inferirles agravios,
No han de causarles enojos
Las estrellas de tus ojos
Y las rosas de tus labios?

—

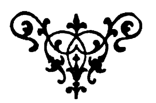
Tú que haces palidecer
A la flor y á las mujeres,
¿Qué representas? ¿quién eres?
¿Eres acaso mujer?
Algo hay tan puro en tu sér
Y ostenta tan alto vuelo,
Que los séres de este suelo
Dicen que aquí no has nacido,
Angel de luz desprendido
De las hogueras del cielo.

EL MONTE DE LA EXISTENCIA.

Sin una planta florida,
Sin una fuente argentada,
¡Qué penosa la subida!
¡Qué siniestra la bajada!

—

Ved á los unos subiendo,
Ved á los otros bajando;
¡Qué pocos suben rïendo!
¡Y cuántos bajan llorando!



Á UNA BELLA DAMA.

¿Sois realidad ó mentira?...
¿Cómo habré yo de cantaros
Con las cuerdas de mi lira,
Si aquel que un instante os mira,
Tan sólo sabe admiraros?

Sois bella cual la paloma
Y los nidos de su amor;
Mas por ventura ¿sois flor.
Encanto, delirio, aroma,
Un hada, un sueño, un vapor?

Sólo sé que, nacarada
Como la nube de tul
Que se eleva en la alborada,
Sois etérea como el hada
Que huye de azul en azul;

Que no son imaginarios
Delirios de un soñador,
Que humilleis al ruiseñor,
Y enmudezcan los canarios
Para escucharos mejor;

Que reflejo celestial
Es vuestra mirada pura,
Más pura que el manantial
En cuyo terso cristal
Tiene un espejo la altura;

Que si arranca un duelo grave
A vuestros ojos dos perlas,
No ha de faltar algun ave
Que vaya con pico suave
En vuestro rostro á beberlas.

Solo sé que una mujer
No es de otros orbes destello,
Ni ostenta el mágico sello
Que os hace en la tierra ser
Cifra de todo lo bello.

En nuestros mundos perdida,
¿Quién sabe lo que sois vos?
¿Quizá estrella desprendida?...
¡Quizá una perla caïda
De entre las manos de Dios!

DOS HERIDAS.

Hermosa niña inocente
Que corres por la pradera
En donde la primavera
Se ostenta resplandeciente,
Cogiendo para tu frente
Una guirnalda hechicera
A la orilla placentera
De enamorada corriente:

—

No confíes; ten cuidado
Miéntras alegre te inclinas
Sobre galas purpurinas
Para tejerte un tocado,
¡Y ese prodigio adorado
De tus manos blanquecinas,
No abrasen con sus espinas
Las verdes flores del prado!

—

Porque al irlas á arrancar,
Te podría acontecer
Hallarte, en vez de un placer,
Con un acerbo pesar,
Y por quererte adornar,
Acaso llegarte á ver
Sumida en un.padecer
Que te forzára á llorar.

—

Si una flor, al que camina
Buscando fresco esplendor
Le brinda con su color
Y su fragancia divina,
Tambien abrojos hacina,
Y si es muy bella una flor,
Es hondo y largo el dolor
Que nos produce la espina.

—

¡Y herida la mano, siente
Que las pompas y frescura
No valen esa tortura
Que causa el abrojo ardiente!
¡La flor es gala rïente
Que á la tarde muere oscura,
Y queda la herida impura
Del verde tallo inclemente!...

—

Y no sólo en el verjel
El abrojo oculto está,
Y acaso tiempo vendrá
En que desprecies su miel,
Y no busques en aquél
La flor que perfumes dá,
Hallando en otras quizá
Un abrojo más crüel.

—

Cuando en sus pompas mentidas
El amor te brinde flores,
Recuerda que entre verdores
Hay espinas escondidas,
Y que, pronto desteñidas
Las hojas y sin olores,
No fenecen los dolores
Causados por las heridas.

—

Puede ser grande el tormento
De una herida material
En el valle terrenal
Que es mansion del sufrimiento;
Pero más ensañamiento
Muestra el abrojo letal
Que desgarra en el mortal
Las fibras del sentimiento.

—

¡Y más peligrosas son
Que las del valle lozano,
Las flores que ostenta ufano
El verjel de una pasion!
¡Si todas en la afliccion
Pueden hundir al humano,
Las unas hieren la mano,
Las otras el corazon!

—

¡Niña que tras flores vas!
De herirte el cielo te guarde;
Que si no cesa ese alarde,
Algun dia sentirás
Que se cierra, cuando más,
Herida que en nieves arde...
¡La de la mano, muy tarde!
¡La del corazon, jamás!....



MADRIGALES.

I.

No pidas perlas al mar,
Ni te sonrías al verlas
De sus entrañas brotar;
Que ha de quererte robar
Para beberse otras perlas.

II.

Tus ojos vió la primavera, y vive
Suspirando en un lecho de corales.
¿No ha de arder en tus labios, si recibe
El calor de dos cielos tropicales?

III.

No intentes en jardines brilladores
Mostrar tus labios rojos;
Porque, al mirarlos, las hermosas flores
Se morirán de enojos.

Jamás esas dulcísimas miradas
Eleves á los cielos;
Pues al ver tus pupilas azuladas,
Se nublarán de celos.

IV.

Cuando á la dulce y vírgen primavera
Ardientes besos el estío dá,
Tal vez huyendo de mortal hoguera,
En tu garganta á refugiarse vá.

—

Al fenecer el nebuloso invierno
Y serenarse el oriental zafir,
La primavera, del perfume eterno
De tu garganta volverá á salir.

V.

EN EL ÁLBUM DE UNA DAMA.

—

AL ATEO QUE LEYERE.

El Dios que adoro, que ilumina el mundo,
Es todo llamas, y bondad, y amor...
¿Te miras en los ojos de sus ángeles,
Y dices, necio, que no existe Dios?

—

Acepta un reto. El álbum que contemplas,
Hoy desde un ángel hasta mí llegó...
Cámbia con él tan sólo una mirada,
Y vuelve entónces á decir: «¡No hay Dios!»

VI.

Deja que adore, en mi pasion, de hinojos
Tanta hermosura; que saber anhelo
Si girones de cielo son tus ojos,
O dan tus ojos resplandor al cielo.

VII.

Etérea como crisálida
Al abrirse en mariposa,
¿Por qué serás tan hermosa?
¿Por qué naciste tan pálida?

Yo creo, luz de mi amor,
Que eres, tan pálida y bella,
Lágrima de alguna estrella,
Suspiro de alguna flor.

DOLORAS.

I.

NUESTRO DESTINO.

NUESTRA existencia es llorar,
Nuestro destino sufrir,
Y, cuando ménos, morir
Es concluir de penar.
A Dios debemos volar,
Pues de su esencia venimos;
Por la ruta que seguimos
Sin temores avancemos;
Que para morir, nacemos,
Y para vivir, morimos.

II.

AL NACER Y AL MORIR.

(IMITACION.)

Cuando aquí naciste bella
Para ventura y consuelo,
Alcé los ojos al cielo
Como buscando una estrella.

—

Cuando, envidioso quizás,
Te arrancó el cielo de aquí,
A contemplarlo volví...
¡Pero buscaba *un sol más!*...

LO QUE SERÍAS.

TÚ *serías, niña hermosa,*
Entre las aves jilguero,
En el espacio un lucero,
En el jardin una rosa.

Yergue la altiva cabeza
Que esparce á rayos el oro,
Para ser quebranto y lloro
De tanta mustia belleza
Como te vé, con tristeza,
Fulgurar maravillosa;
Que si el cielo en flor pomposa
Te trocára de un pensil,
La más hermosa de Abril
Tú serías, niña hermosa.

Tu semblante tropical
Robó destellos al sol,
Y puede dar arrebol
Al topacio cenital;
De tu labio musical
Brota un susurro parlero,
Y desparrama hechicero
Tan acordes melodías,
Que, á ser pájaro, serías
Entre las aves jilguero.

Leve es tu planta nevada
Cual de antílope ó gacela,
Y huyes gentil, como vuela
Por los espacios un hada;
Tu magnética mirada
Es un eterno venero
De resplandor altanero
Sobre viviente alabastro,
Y serías, á ser astro,
En el espacio un lucero.

—

Tú luces cual la sencilla
Vïoleta entre el zarzal;
Como el águila caudal
Sobre la nube que humilla;
Como el relámpago brilla
En soledad tenebrosa;
Como la estrella amorosa
Luce en nocturnos vapores,
Y resplandece entre flores
En el jardin una rosa.

—

De tu celeste hermosura
Contenta puedes estar;
Que te la debe envidiar
Toda humana crïatura;
Como un sueño de ventura
Es tu semblante de diosa;
Tú serías, niña hermosa,
Entre las aves jilguero,
En los aires un lucero,
En el jardin una rosa.

Á LA INSPIRADA POETISA

DOÑA PILAR DE CÁVIA.

(EN SU ÁLBUM.)

Me atrevería á cantarte
Si fueras una mujer;
Pero debo enmudecer,
Enmudecer y admirarte.

Aunque yo cantarte anhelo,
¿Qué hará el hombre ante quien brillas,
Sino admirar de rodillas
A todo un ángel del cielo?

Y si exhalo alguna nota,
Algun pálido cantar,
¿Qué puede importarle al mar
Que le añadan una gota?

Al escaparse un rumor
De mis labios desprendido,
¿Llegará dulce al oïdo
De tan gentil ruiseñor?

Que yo alabe el soplo tierno
De tu labio celestial,
¿No es con lo rudo y mortal,
Cantar lo dulce y lo eterno?

Y si yo encontrase al fin
Algo de aroma y color,
¿Para qué quiere otra flor
Ese celeste jardin?

Pretender á tu hermosura
En mis versos encerrar,
¿No fuera querer juntar
El abismo con la altura?

Y si luz mi mente arroja,
¿Qué es un poco de arrebol
Para añadírselo á un sol
Que al de los cielos sonroja?

Que yo cante á una deidad
Que hácia eternas llamas sube,
¿No es querer en pobre nube
Encerrar la inmensidad?

—

Aunque pidiendo una frase
De entusiasta adoracion,
Hácia Dios la frente alzase,
Y un torrente me arrojase
De fuego y de inspiracion,

¿Podría la esplendidez
De algun labio juvenil
Cantar el estro gentil
Que sabe ser á la vez
Pájaro, sol y pensil?...

—

Si en estas páginas bellas,
Sin conocerlo, quizás
Dejo flamígeras huellas...
Cielo de tantas estrellas,
¿Qué hará de una estrella más?...



UN ADIOS. (1)

LA primavera vendrá
Con amoroso calor
Y á llenar de resplandor
Las campiñas volverá;
Al jardin que muerto está,
Silencioso, sin colores,
De melodías y flores
Y de verde esplendidez
Cubrir deberá otra vez
La estacion de los amores.

Al dar á este hermoso cielo
Angustiosa despedida;
Cuando á ciudad tan querida
Me arranque con desconsuelo;
Al dejar el fértil suelo
Que tantas glorias encierra;
Cuando deje atrás la sierra,
Amargamente diré:
¿Quién sabe si volveré
A pisar tan noble tierra?

(1) Composicion que leyó, en el Teatro Principal de Zaragoza, el primer actor D. Leopoldo Valentin.

¡La aurora será mañana
Para mí noche inclemente,
Pues no alumbrará mi frente
Tu sol de púrpura y grana!
Debo á una tierra lejana
Ir á buscar mi sustento...
¡En este amargo momento
Quisiera, zaragozanos,
Estrecharos esas manos,
Y deciros lo que siento!...

¡Oh Zaragoza preclara,
Dormida sobre laurel!
Aunque una mano crüel
Mis pupilas desgarrára,
Para que yo no mirára
El eden que ver me has hecho,
¡Neciamente y sin provecho
Mis ojos desgarraría,
Porque siempre te vería
En el fondo de mi pecho!...

DESPEDIDA. (1)

¡No hay más horrible agonía
Que ahogar el hondo lamento
De un alma triste y sombría,
Y ante la ajena alegría
Ocultar el sufrimiento!

—

¡No hay pesar más inclemente,
Más intenso, más profundo,
Que el del artista doliente
Que ante un mundo indiferente
Ha de ocultar *este mundo!* (2)

—

Cuando nos mata la pena
De llorar á un sér querido,
Para el actor dolorido
Es un Calvario la escena,
¡Y á este Calvario he subido!...

—

(1) Composicion escrita para el distinguido actor D. Antonio Zamora, pocos dias despues del fallecimiento de su esposa, la inolvidable actriz D.ª Cándida Dardalla.

(2) El mundo del corazon.

Cuando en el pecho llevamos
Siniestro abismo sin luz,
Y una sonrisa mostramos,
¡Qué negra cruz arrastramos!
¡Y cuánto pesa esta cruz!...

—

No hay más amargo sufrir
Que mostrarse alegre, cuando
Se siente el actor morir,
¡Y hacer *por fuera* reïr,
Y estar *por dentro* llorando!

—

¡Palabras, frases no encuentro,
No existe voz lastimera
Que exprese la angustia fiera
De llevar la muerte dentro
Y la sonrisa *aquí fuera!*

—

¡Ver todo un mundo delante,
Y hacer reïr el que gime!...
¡El actor en ese instante
No es un hombre, es un jigante,
Es todo un mártir sublime!

—

Mas cuando hïere el pesar
Y el espíritu solloza,
Y no podemos llorar,
¡Oh, cuán hermoso es pisar
Esta noble Zaragoza!

—

Cuando las penas encienden
El pecho en lúgubre hervor,
¡Qué dulce es para el actor
Hallar almas que comprenden
Lo inmenso de su dolor!

—

Tú abarcaste mi ansiedad,
Lo inmenso de un alma triste;
Mi padecer comprendiste,
Y tú, la noble ciudad,
¡Con qué nobleza aplaudiste!...

—

Me hicistes estremecer;
Porque aplaudido y honrado
El actor no pudo ser...
¡Sí el mártir de su deber!
¡Sí el esposo desdichado!...

—

Del dulce bien que perdí
Allá dejé los despojos,
Y algo tambien dejo aquí;
Que al despedirme de tí,
Siento nublarse mis ojos...

—

Me desgarra una afliccion,
Un pesar que sólo calma
Con su nobleza Aragon:
¡Si allá dejé el corazon,
Aquí dejo toda el alma!

—

Bendigo tu hermoso nombre,
Tus sentimientos adoro;
No te admire, no te asombre:
Pocas veces llora el hombre...
Pues bien... ¡yo creo que lloro!...

—

Nada vale cuanto doy,
Pues eres y diste tanto;
Mas yo, que tan poco soy,
De tantas grandezas hoy
Me llevo un recuerdo santo.

—

¡Por todo el bien que me has hecho
Te juro en mi despedida,
Que ya tu imágen querida
No han de arrancarme del pecho
Si no me arrancan la vida!

—

Tú abarcaste mi ansiedad,
Lo inmenso de un alma triste;
Mi padecer comprendiste,
Y tú, la noble ciudad,
¡Con qué nobleza aplaudiste!...

Á ZARAGOZA. (1)

LA hermosa España que da
Torrentes de lumbre bella,
Entre jigantes descuella,
Y en el mundo brillará
Miéntras tú brilles en ella.

Tú exhalas rayos ardientes,
Y gloriosa el hierro esgrimes;
Tú el amor divino sientes,
Y eres crisol de valientes
Y de mártires sublimes.

¡A tanto llega tu gloria,
Que España, nunca humillada,
Fuera grande y respetada
Tan sólo con la memoria
De tu grandeza pasada!

(1) Composicion leida en el Teatro Principal por el eminente actor D. Antonio Vico.

Nunca tus hijos, cual greyes
Hundidas en sombra eterna,
Fueron esclavos de reyes,
¡Y tú, el altar de las leyes,
Fuiste la *Troya* moderna!

—

Quería el *Aguila* más
Laureles, y te buscó,
Y tú le rugiste *¡atrás!*
Y el coloso que jamás
Se estremecía, tembló.

—

Una epopeya española
Tu nombre homérico encierra;
¡Que ante el génio de la guerra
Hacer supiste tú sola
Lo que no hacía la tierra!

—

El inmortal invasor
Que holló los hierros más duros
Con indomable valor,
Lanzó el rayo matador
Sobre tus débiles muros;

—

Pero el jigante que así,
Viendo tus muros abiertos,
Quiso reinar sobre tí,
No hallaba esclavos aquí:
¡Aquí sólo hallaba muertos!

—

El génio de Napoleon
Las ígneas alas batía,
Y en su grandiosa ambicion,
Conquistaba una nacion
Batallando un solo dia.

—

¡Aquí, donde eran muralla
Los pechos aragoneses,
Cada piedra á los franceses
Les costaba una batalla
Y batallar muchos meses!...

—

Ya que dejaste las huellas
Por doquier, de un esplendor
Que sobre el orbe destellas,
Y tus hijas son centellas
De tempestades de amor;

—

Pues sábias leyes has hecho
Y eres flamígero escudo,
¡En este lenguaje rudo
Que surge franco del pecho,
Aragon, yo te saludo!

—

Partiré mañana, sí;
Pero entusiasta te digo
Que aunque me aleje de aquí,
¡Pues estás grabada en mí,
Sabré llevarte conmigo!

—

Deja al cariño fecundo
Que resplandores demande
Y llene un altar profundo:
Tú no cabes en el mundo;
¡Pero *este mundo* es muy grande!

—

¡En pago de tus mercedes,
Aquí te encierro, Aragon;
Y tú que en la lid no cedes,
Lucha conmigo si puedes,
Y sal de mi corazon!...



BRINDIS. (1)

ARAGON, hermosa tierra
De vates y de guerreros:
Tus mujeres son luceros
Que en la paz como en la guerra
Saben brillar hechiceros.

Aun te cubres de fulgor,
Aun das clarísimos séres;
Aun te admiramos, áun eres
Cuna de aquellas mujeres
Que se morian de amor;

Aun á la altura arrebatas
La inspiracion con que brillas,
En que tu génio delatas;
Aun sabes darnos *Zapatas*,
Aun puedes darnos *Pradillas*.

(1) Pronunciado en un banquete ofrecido á la inspirada escritora aragonesa de que se hace mencion.

Siempre la frente, Aragon,
Te ceñirás de arrayan,
Y las mujeres serán
El más hermoso floron
Que tus coronas tendrán;

Aun, como sombras divinas
Coronadas de laureles,
Se levantan de tus ruinas
Las *Buretas* y *Agustinas*,
Las *Sanchos*, las *Isabeles*;

Aun ciñes mágica aureola,
Aun resplandeces sereno
Sobre la tierra española:
Aun la patria de Argensola
Puede dar una *Jimeno*.

—

Mas ya que humilde vertí
Las frases que pronuncié,
¿Mostrarme injusto podré
Con las damas que hay aquí?

Si el estelar resplandor
Es como aroma del cielo,
Y se sonríe en el suelo
Como una estrella, la flor,

Siempre sereis las mujeres
Isla de amor y de calma,
Flores, estrellas del alma,
Aroma, luz de los séres.

Brindad conmigo, señores:
A la salud de estas bellas,
De este puñado de estrellas,
De este puñado de flores.



Á LA INSIGNE ESCRITORA ARAGONESA

DOÑA CONCEPCION JIMENO DE FLAQUER.

¿Sabeis quién resplandece en la memoria
O deja en la region del pensamiento,
Como el astro que cruza el firmamento,
Una estela magnífica de gloria,
Un rasgo de pasion y sentimiento?

¿Sabeis quién arde y brillador penetra
Hasta el fondo del alma más sombría?
¿Quién esparce un raudal de melodía
Y lleva palpitando en cada letra
Un cielo de ilusion y poesía?

¿Sabeis quién deja luminosas galas
Que no fulguran en verjel terreno?
¿Quién deja el oro que en azul sereno
Esparce el ángel al batir las alas?...
Un nombre, un mundo: *Concepcion Jimeno.*

¿OLVIDARTE?

En tu dulcísimo aliento
Toman su voz las palomas
Que desde el nido de aromas
Se elevan al firmamento;
Al perfume de tu aliento
Roba su esencia el azahar,
Y suspiras como el mar
A quien las brisas conmueven...
¡Como los ángeles deben
A Dios en el cielo hablar!

Que yo llegára á olvidarte
El destino pretendió,
¡Como si aquel que te amó
Pudiera dejar de amarte!
De mí no supo alejarte,
Apartándome de tí;
Nunca llegaste hasta mí
Cual moribundos reflejos...
¿Podías estar tú léjos
Si yo te llevaba *aquí?*

¡En mi pobre corazon
Esculpida te llevaba,
Y jamás en él dejaba
De acariciar mi pasion
Esos hechizos que son
Llamas y aromas de un sér!
¡Tan hermosa como ayer
El amor me hacía verte,
Y en mí no sabrá la muerte
Tu imágen desvanecer!

¡Tú el dulce consuelo has sido
De unas horas sin bonanza!
¡El destello de esperanza
Que por doquier me ha seguido!
¡El paraíso florido,
El manantial brillador,
Que apagaban mi dolor
Y mi loco frenesí!
¡Tú vives dentro de mí
Como en el alma el amor!...

¿Que es el amor? ¡Es el puerto
De la nave combatida;
Es la esperanza, la vida
Para el espíritu muerto!
¡En la arena del desierto.
Arroyo y frondosa palma!
¡En las tormentas, la calma;
Entre las sombras, Dios mismo
Que trueca en dorado abismo
El negro abismo de un alma!...

CANTARES.

I.

Tienden sus alas hermosas
A los espacios las aves;
De las nubes brotan rayos,
Y de la angustia cantares.

—

El corazon que no sufre
Tampoco sabe cantar;
¡Del dolor surgen las notas!
¡La luz, de la tempestad!

—

Hay nombres que son irónicos,
Que son un sarcasmo, Blanca;
A tí *Blanca* te pusieron
Por la blancura del alma.

—

En el arroyo pretendes,
Hermosa niña, lavarte;
Pero blanca tu conciencia
No quedará aunque te laves.

—

¿A qué me hiciste esperar,
Si no puedo ser feliz?
Si han de mentirme tus ojos,
¿Por qué me miras así?

—

Del fuego de tu mirada
Surge el rayo de la fe;
Mas ese rayo es mentira,
Y tu mirada tambien.

—

Mientes al hablarme, hermosa,
Y tambien tus ojos mienten;
Pero, ingrata, yo deseo
Que me estés mintiendo siempre.

—

Por un beso de tus labios
El alma te diera, niña;
¡Por tu amor... ni sé pensar
Lo que mi amor te daría!

II.

¡Cuán presurosas volásteis,
Horas de ardiente ilusion!
¿Por qué, al marcharos, dejásteis
Sin alas á un corazon?

—

Me miraste, te miré,
Y tan hermosa te ví,
Que lo que yo te dejé
Me falta en el pecho á mí.

—

Cuando adoramos, sentimos
El mal de aquel que adoramos;
Y si sonríe, reïmos,
Y si solloza, lloramos.

—

Al árbol vuelven las aves,
A los jardines las flores;
¡Pero, ingrata, tú no sabes
Ni recordar mis dolores!

—

¡Hoja que ayer era verde,
Y hoy mústia en las sombras vaga!...
¡Soy el fulgor que se pierde!
¡El acorde que se apaga!

—

Traicion me has hecho, y te obcecas
En burlarte de mi afan...
¡Esperanzas!... ¡Hojas secas
Que se lleva el huracan!

—

Mi corazon moribundo
Perdió el albor que adoraba;
¡Todo se acaba en el mundo,
Y mi agonía no acaba!

—

Cuando mi amor te recobra
Está tu sepulcro abierto...
¡Ay del bajel que zozobra
Al llegar feliz al puerto!...

—

III.

Los astros allá en el éter
Forman un rico tisú,
Y en la tierra brotan astros
Del lloro que exhalas tú.

—

El iris brilla entre nubes,
Todo recobra la calma;
Lo que vosotras matais
Nunca renace en el alma.

—

Es más dichoso que yo
El bien perdido que adoro:
Ella sonríe en el cielo,
Y yo ante un sepulcro lloro.

—

Al nido que abandonaron
Las aves han vuelto ya;
La juventud que se aleja...
Se aleja... no volverá...

—

Al apagarse la luz
De la postrera ilusion,
Envuelve una noche eterna
Los hielos del corazon.

—

Lloran las nubes, el viento
Entre los mármoles zumba;
Yo ya no tengo una lágrima
Que dejar sobre esa tumba.

—

La cuna quedó vacía,
Un ángel nos roba Dios;
Para formar aquel ángel
El alma dimos los dos.

—

Aquella campana anuncia
Que está una fosa entreabierta...
¡Qué bien estaría allí
El alma que tengo muerta!

—

¿Qué dice esa pobre madre
Con tan crüel sollozar?
Que el corazon le hace falta,
Y se lo van á enterrar!...

—

Padre mio, no estás solo
Allí en tu helada mansion...
¡En el nicho que tú tienes,
Tengo yo mi corazon!

IV.

Gime en sombras el pöeta,
Y brota luz de su afan:
¡La zarza y la vïoleta!
¡El hielo sobre el volcan!

—

Enamoras, y haces daño
Con tu mentido fervor:
¡Con la ilusion, el engaño!
¡Tras de la dicha, el dolor!

—

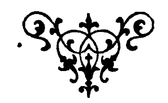
Oculta anhelos traidores
Esa frente angelical:
¡El áspid entre las flores!
¡El cieno bajo el cristal!

—

Tu labio ha sido perjuro,
Y prometiste ser fiel:
¡La luz y el abismo oscuro!
¡Las nieves sobre el verjel!

—

Sentirás frio en tu pecho
El dia que yo sucumba...
¡Hay abrojos en el lecho!
¡Hay flores sobre la tumba!...



PLACERES Y ENGAÑOS.

¡Ay del menguado que espere
Eternas las dichas ver
En mundos donde el placer
Es relámpago que muere
Al instante de nacer!

Si has de matar la pasion
Abrumadora que siento
Y combatir mi afliccion,
No me dejes corazon,
Y llévate el pensamiento.

Yo sólo decirte sé
Que arrancar de mi memoria
Aquel dia no podré;
¡Que si un relámpago fué,
Fué un relámpago de gloria!

¡Yo sólo decirte quiero
En mis pesares, ingrata,
Que morir de angustia espero,
Y sin tus ojos me muero,
Y que el recuerdo me mata!

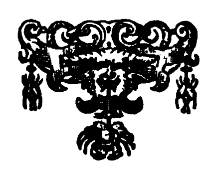
¡Pero ni sé lo que digo,
Ni qué decirte podría,
Si en mi doliente agonía,
Quisiera hundirte conmigo
En la fosa, ingrata mia!

—

¿Por qué en el fúnebre anhelo
De ardoroso parasismo,
En tí he buscado consuelo,
Si la mujer es un cielo
Que nos arroja al abismo?

—

¡Ay del menguado que espere
Eternas las dichas ver
En mundos donde el placer
Es relámpago que muere
Al instante de nacer!...



TRISTE Y HERMOSA.

Cien prodigios atesora
Ese semblante gentil;
Tu boca esparce un Abril,
Y en tu faz dejó la aurora
Su nacarado marfil.

—

En tus labios seductores
Bebe amor el alma loca,
Y cual de un nido de flores,
Invisibles ruiseñores
Se desprenden de tu boca.

—

De tus ojos surge el rayo,
Y si lloran, vierten perlas,
Y el ave acude á beberlas,
Y las mañanas de Mayo
Anhelarían verterlas.

—

Tú das á la brisa aroma
Y á las almas resplandor,
Y blancura á la paloma,
Y esencia y matices toma
En esos labios la flor.

—

Cuando se cierran tus ojos,
De sombra el alma se viste
Y de amarguras y enojos;
Y si los abres, sonrojos
Dan al cielo, y vida al triste.

—

Tu aliento envidian las rosas,
Y hasta esa faz nacarina
Descienden las mariposas,
Creyendo hallar amorosas
El clavel que las fascina.

—

Tus pupilas son estrellas
Y tus labios un pensil,
Y eres luto de las bellas;
Que sobre todas descuellas
En tu verdor juvenil.

—

Tú robaste gallardía
A las palmas del desierto,
Y de tu labio entreabierto
Se escapa la melodía
Como la nave del puerto.

—

Tus labios envidia el prado,
Tu frente el rayo de luna,
Y tu cuello nacarado
Humilla al cisne nevado
Que recorre la laguna.

—

En tus niñas luminosas
Se encienden vivos anhelos,
Y la altura siente celos
Al ver cuál saben hermosas
Ser dos purísimos cielos.

—

Eres pura cual la fuente
Que en dia primaveral
Brota del monte luciente,
Y llevas sobre la frente
Dïadema virginal.

—

Eres la gallarda nave
Que divide el mar ligera
Y corta las olas suave;
El dulce aliento del ave
Que canta á la luz primera.

—

Eres un rayo de gloria,
Una esperanza querida,
Un eden que nadie olvida
Y se graba en la memoria
Cual la ventura perdida.

—

Eres brillante promesa,
Giron de azulado tul
Que el arrebol atraviesa;
Eres el aura que besa
Los verjeles de Stambul.

—

Eres la hermosa ilusion
Donde amantísimo late
El gérmen de la pasion;
El rayo de inspiracion
Que arde en la mente del vate.

—

Eres el númen divino
De la ardiente pöesía;
Eres la luz, la armonía,
El idëal peregrino
Que crea la fantasía.

—

Todo parece pequeño
Ante tu vírgen belleza
Que tiene toda la alteza
Y resplandores de un sueño
De deslumbrante viveza...

—

Y sin embargo, tus ojos
Dicen que no eres feliz,
Y están tus párpados rojos,
Y esa tez, en tus enojos,
Va perdiendo su matiz.

—

Lloras, y en fúlgidas piras
Despiertas la adoracion
De todo aquel á quien miras...
Eres hermosa... y suspiras...
¡Secretos del corazon!

Á UNA MADRE DESDICHADA.

Los crudos filos de la muerte impía
Te arrebataron un amante esposo,
Y desde entónces gime sin reposo
El dulce pecho que adorar sabía
Al sentir su latido caloroso.

¡El bien perdido amarga tu memoria,
Y el negro cáliz del dolor apuras!
¡Son tus ideas cual la muerte oscuras;
Que allá sobre una caja mortüoria
Se deshojaron todas tus venturas!

¡Qué amargo llanto desprender debiste
Al robar una tumba los despojos
Del sér amante que á tu lado viste,
Y que en flores trocaba los abrojos
Y los dolores de este valle triste!

¡Oh, qué terrible soledad helada
Allá en el corazon no sentirías,
Cuando, lloroso, murmurar le oïrías:
«Los despojos que ves acongojada,
Serán puñado de cenizas frias!»

«¡El corazon que ardió sobre tu pecho,
Loco de amores y de afanes loco,
Acariciando el tuyo en casto lecho
De delicias y amor, dentro de poco
Ha de perderse en un sepulcro estrecho!»

«¡Esos ojos que ardian al mirarte,
No han de lucir, ni volverán á abrirse,
Ni podrán amorosos contemplarte,
Ni sus destellos luminosos darte,
Y en las hogueras de tu luz fundirse!»

«¡Los ojos que en su fúnebre codicia
Te arrebató la muerte, y esas manos
Que estrechaban las tuyas con delicia,
No pueden prodigarte una caricia,
Y serán vil juguete de gusanos!»

«¡Ya es un pedazo de materia... nada;
Ya por los brazos de la muerte preso,
No puede oïr tu voz enamorada,
Ni perderse en la tuya su mirada,
Ni fundirse dos almas en un beso!»

Entónces ¡ay! los temblorosos brazos
Alzarías á Dios en tu agonía,
Y en sombrío dolor, le gemiría
El corazon, rasgándose á pedazos,
Lo que decir el labio no sabría.

Clavando la mirada en los crespones
Del lecho funeral, y en la mortaja

Que cubria tambien tus ilusiones;
Contemplando la luz de los blandones
Que servian de marco á negra caja;

Al fulgor de las llamas amarillas
Que doraban la faz de un crucifijo;
Prosternada en el suelo, de rodillas
Ante el sublime Dios á quien te humillas,
Quizá tu pecho quejumbroso dijo:

«¡Vuelve tus ojos á una esposa amante;
Devuélveme al esposo que yo pierdo
En este horrible y malhadado instante;
No me dejes, buen Dios, ese punzante
Martirio doloroso del recuerdo!»

«¡Horas pasadas que jamás reviven
Nuevo esplendor en la memoria adquieren,
Y el pensamiento sin cesar nos hieren,
Y en nuestro sér adoracion reciben
Los séres amantísimos que mueren!»

«¿No apagarás mi acento doloroso?
¿Puedes acaso devolver la calma
A la mujer que llora sin reposo,
Si al arrancarme al adorado esposo,
Me has arrancado la mitad del alma?»

«¿Tu voluntad acataré sumisa?
¿No buscaré en los mundos del espacio
El celestial albor de su sonrisa?...
¡Las dulces horas vuelan tan aprisa!
¡Las amargas caminan tan despacio!...»

¡Triste es mirar cuál se convierte en lodo
El verde y adorado paraíso
En donde el cielo demostrarnos quiso
Que á todo alcanza, y que lo puede todo
Quien hunde en los dolores de improviso!

¡Triste es ver á las prendas adoradas
Del corazon, desvanecerse, y verlas
Hundirse allá en la fosa, como perlas
En el fondo del mar abandonadas,
Y sin poder bajar á recogerlas!

¡No han de volver á contemplarte aquellos
Alegres ojos, en los tuyos fijos
Cual ansiando beber en sus destellos!
¡Pero te quedan tus amantes hijos,
Y puedes verle al contemplarte en ellos!

Yo sé bien que el amor no es movediza
Arena vil que el aire desparrama,
En mujer que no sabe tornadiza
Convertir en puñados de ceniza
El resplandor de la celeste llama.

Yo sé bien que el cariño verdadero
No se apaga jamás allá en el fondo
Del ardoroso corazon sincero,
Y que el primer amor será el postrero,
Y el último pesar será el más hondo.

¡Triste es mirar verjeles desteñidos:
Que muera el bien, y la ilusion sucumba,

Y se apague el placer entre gemidos,
Y que los dulces séres más queridos
Se pierdan en el hielo de la tumba!

¡No pueden nuestros brazos estrecharlos,
Y en un lecho descansan infecundo;
Mas nos resta el consuelo de llorarlos,
Y tambien la esperanza de encontrarlos
En un mundo mejor que nuestro mundo!

No llore más tu corazon cobarde,
Y si ves una aureola nacarada
Que allá en las cumbres infinitas arde,
¡Piensa tal vez que, al declinar la tarde,
Desde el cielo te envía una mirada!

¡El tiempo no transcurre tan despacio,
Ni los recuerdos en las sombras hunden;
Que las almas se elevan al espacio,
Y se entienden, se besan, se confunden
Volando en esos mares de topacio!

Y si ha quedado silencioso el nido
De los castos placeres y venturas
Con la ausencia infeliz del sér querido;
Mañana encontrarás lo que has perdido,
En regiones de luz, jamás oscuras.

¿Ansías que la pena te taladre,
Y sucumbir á tus dolores quieres?
¿Serás débil cual míseras mujeres,
Sin recordar acaso que la madre
Ha de cumplir dulcísimos deberes?

¿De tu existencia, esposa desolada,
No son los hijos un pedazo hermoso?
¿En sus ojos no late el amoroso
Y esplendente calor de otra mirada,
Y en sus besos, los besos de tu esposo?

¿Quieres morir, porque la dicha rueda
Al soplo misterioso de los hados,
Y que tu vida á sus rigores ceda?
Mision más santa que llenar te queda:
¡Amparar á tus hijos desdichados!

Eleve al cielo esa mirada pura,
Y deje al fin la dolorida esposa
De beber ese cáliz de amargura;
¡Que ya tu lloro se elevó á la altura,
Y hay muchas flores sobre aquella losa!...



EL DELITO Y LA PENA.

Une tempête sous un crâne.
(V. Hugo).

Supiste, aciago y maldito,
Burlar el fallo inclemente
Con que paga un inocente
Tu tenebroso delito;

Pero nunca burlarás
Lo que no puede burlarse,
Ni engañarnos, ni engañarse,
Ni perdonarte jamás.

El hondo remordimiento
Es arcángel vengador
Que nos hunde en el dolor
Del más profundo tormento.

Él las venturas empaña,
Y nunca pidas clemencia;
Que está Dios en la conciencia,
Y es un Juez que no se engaña.

En tí mismo, un tribunal
Te acusará siempre adusto:
Para todos serás justo,
Y para tí criminal.

Y en tu lecho, atormentado,
Verás, rasgando los vientos
Como fantasmas sangrientos,
Al muerto y al acusado.

Sintiendo sobre tu frente
El rayo, la maldicion,
Recordarás la prision
En que gime el inocente,

Y al verle, con paso augusto,
Subir la grada fatal,
Para todos criminal,
Para tu conciencia justo,

Te dirá el profundo grito
Del Dios que las almas llena,
Que el dolor no está en la pena,
Está siempre en el delito.

ENSUEÑOS PERDIDOS.

(FRAGMENTO DE UN POEMA.)

«Ensueños de alegría,
Bellísimas mujeres,
Hechizos y placeres,
Eternos sois quizás?
¿Qué sois terrenas glorias,
Placeres y beldades?
No más que vanidades,
Relámpagos no más.

—

Aduerman al espíritu
Dulcísimos beleños;
¡Cuán pronto de esos sueños
La mágia acabará!
¿Qué son las ilusiones
Del hombre apetecidas?
Pompas ayer floridas,
Hoy marchitadas ya.

—

Flores un dia sólo
Del aura acariciadas,
Ayer iluminadas,
Hoy sombras de su ayer;
Flores que arranca el viento
Y al polvo arroja yertas;
Que viven poco, y muertas,
No vuelven á nacer.

—

Tesoros y prodigios
De rayos y dulzuras,
Inmensas espesuras
De lujo tropical;
Lenguaje rumoroso
De la arboleda umbría,
Celeste melodía,
Suspiro musical;

—

Maravillosos pájaros
De espléndidos ropajes,
Auroras y celajes
De vivo rosicler;
Prodigios luminosos
De grutas cristalinas
Que pueblan las ondinas
Cual sueños de placer;

—

Inmensos horizontes,
Cristales irisados,
Torrentes encantados,
Llanuras de verdor;
Alcázares grandiosos,
Divinos panoramas,
Océanos de llamas,
Océanos de amor;

—

Fantásticas mujeres
Que os ví cruzar el cielo
Envueltas en un velo
De gasas y de tul;
Fosfóricas visiones,
Imágenes doradas,
Estrellas arrancadas
Al luminoso azul;

—

Hermosa primavera
De *cármenes* felices,
Celajes y matices
De albor crepuscular;
Maravillosas notas,
Susurros celestiales
De brisas matinales
Que besan el palmar;

—

Fosforescente lago
Que cercan verdes frondas,
Miéntras allá en las ondas
Se baña una deidad
Al rayo de la luna
Que rasga nacarina
La pálida neblina
De oscura soledad;

—

Ensueños que arrancábais
Al corazon latidos,
Ensueños ya perdidos
Por siempre para mí:
Al sitio que dejásteis
Quisiera devolveros,
Porque sentí al perderos...
¡No sé lo que sentí!...

—

Pasásteis como pasan
Las dulces alegrías,
Los venturosos dias,
La alegre juventud...
¡Y como os ví á vosotros
Morir en el vacío,
Me perderé en el frio
Rincon de un atäud!...»

¿QUÉ BUSCABA?

La tarde declina ya...
En aquella mansion pálida
Donde los vivos aprenden,
Donde los muertos descansan;
  En un triste cementerio
De tumbas y calles blancas,
En cuyos nichos se encierran
Tantas muertas esperanzas,
  Tantas bellezas marchitas,
Y tantas pompas y galas
Por la mano de la muerte
Heridas ó deshojadas,
  Que con aquello que son,
De lo que somos nos hablan
En este valle infeliz
De las sombras y las lágrimas.
  Sepulcros y mausoleos,
Nichos y cruces, y estátuas
Por el fulgor del crepúsculo
Trémulamente bañadas,
  Semejan un grupo vago
De espectros y de fantasmas
Que hacen de aquella mansion
Misteriosa y solitaria,

Un imperio de tristeza,
Una siniestra morada
Tan triste como los pliegues
De la incolora mortaja
Que á nuestros ojos oculta
Y eternamente arrebata
Los seductores hechizos
De la mujer adorada...
Mansion por donde tal vez
Fúnebres sombras divagan,
Al envolverse en la clámide
De vestidura fantástica...
Mansion que puebla de espectros
Nuestra mente acalorada,
Que surgen y se deshacen
Allí cual las luces fátuas...
Triste mansion de sepulcros
Y de flores sin fragancia,
De cipreses solitarios
Y de losas cinerarias.

—

El siniestro guardador
De aquella tétrica estancia,
Sombrío y meditabundo
Quizás un huésped aguarda.
Aquella verja de hierro
Por un ángel coronada,
Habrá de abrirse otra vez
Y enterrar otra esperanza...
Allí á lo léjos resuena
El eco de otra desgracia;

De nuevo en el cementerio
Suenan las sordas pisadas
De un cortejo temeroso
Que entre los nichos avanza
Callado como la muerte,
Precedido de una caja.
Es una mujer hermosa
Como el destello del alba,
La que en el triste ataud
Yace por siempre encerrada.
Llega el instante supremo
En que las pompas humanas
Se pierden allá en el nicho,
Para que en él se deshagan
Y en cenizas se conviertan
Entre sombras despiadadas,
A donde no llega el rayo
Alegre de la mañana
Que luce para los vivos
Cuando los cielos se aclaran
Y de reinar angustiosa
La noche lúgubre acaba.
Hermosa es la niña muerta:
Aun de su faz marchitada
La lívida amarillez
No robó todas las galas;
Es bella cual la ilusion
De los sueños de la infancia,
Como el ropaje de nieve
Que corona la montaña;
Parece un ángel dormido
Que tiene rotas las alas.

Y sobre un lecho de sombras
Tranquilamente descansa.
  ¿Qué habrá sido del amante
Que vivió de su mirada?
¡Qué mal ha tronchado al lirio
De los pétalos de nácar!
  ¡Qué tristes son los recuerdos
Cuando la muerte arrebata
A nuestros ojos la dicha
Que nuestro pecho alumbraba!
  ¡Qué secas son y qué tristes
Las últimas paletadas
Que suenan sobre un cadáver,
Que caen sobre una caja!
  ¡Otra ilusion para siempre
Quedó en sombras sepultada!
¡Qué triste es el nicho aquel!
¡Qué hermosa la niña estaba
  Cuando los rayos postreros
De una tarde sin bonanza,
Fueron á herir temblorosos
Las nieves de la mortaja!
  De nuevo se abre la reja
Y aquellos que acompañaban
A la niña sin ventura,
De la mansíon funeraria
  De los muertos, vacilantes
Y con tristeza se apartan,
Cual si algo del corazon
En aquel sitio dejáran...

—

Tendió la noche su manto,
Y el viento en impuras ráfagas
Azota el desmayo triste
Y las dormidas estátuas.
Un hombre está silencioso
Contemplando la morada
De aquella mujer hermosa
Que la muerte deshojára.
Es el guardian de las sombras,
De las tumbas olvidadas,
El frio sepulturero,
La imágen de la desgracia.
La noche sigue envolviendo
Al cementerio en sus gasas
Oscuras como el dolor
Que á los malvados abrasa.
¡Qué medita el hombre aquel
Ante aquella tumba pálida!
¿Acaso si el Dios inmenso
Es tan sólo una palabra
Que inventó la insensatez
De las quimeras mundanas,
Y en la tumba se hunde todo
Lo que fingen nuestras ánsias?
¿Que la tumba es la verdad
Y que los nichos nos hablan,
Con el hielo de los mármoles.
De las necias esperanzas
Que acariciamos aquí
Ante horizonte de llamas,
Y con sudario mortal
Las impiedades apagan?

¿Piensa si habrá otra existencia,
Y allá á las regiones altas
Que las auroras de fuego
Y de cambiantes esmaltan,
Los hombres suben buscando
El puerto de bienandanza,
Despues de caer heridos
Por las terrenas borrascas?
¿Piensa tal vez que hasta un cielo
Las ilusiones dïáfanas,
Desde el lodo de la tierra,
Por un instante nos alzan,
Para venir á parar
A las mansiones heladas,
Donde los vivos aprenden
Donde los muertos descansan?

—

La fiebre está en aquel cráneo...
Las sombrías llamaradas
De aquellas negras pupilas,
Como de un cráter, se escapan...
Al fin con trémula mano
Empuña la dura azada,
Y al nicho de aquella muerta
Inseguro la levanta...
Cruge la tierra un momento
Y deja paso á la caja
Donde dormido aquel ángel
Sigue en tristísima calma.
Aquella mano frenética,
Tiembla, vacila... y desgarra

Cual por un génio maléfico
Eternamente impulsada...
La luna lívido rayo
Sobre aquel cuadro derrama,
Y otra vez la mano tiembla
Del impío que profana
Los prodigios virginales.
De aquella flor marchitada
Sobre la cual un infierno
De mil tormentas batalla.
Torna el impío otra vez
A gemir... y despedaza
Entre sus manos un cráneo,
Y cuando al fin, en sus ánsias,
Piensa encontrar lo que busca,
El triste rayo se apaga
Que una deidad melancólica
Desde la bruma arrojára,
Y hundidas en sombras quedan
Las sepulturas fantásticas,
Las pupilas del sacrílego
Y la muerta profanada...

—

¿Quién sabe lo que el malvado
Allí en el cráneo buscaba?
Algun enigma quizá...
Tal vez la mansion del alma...
¡Qué tristes son las tinieblas
En la mansion solitaria
Donde los vivos aprenden,
Donde los muertos descansan!

EL CORAZON.

I.

EN LA TUMBA DE MI PADRE.

(EPITAFIO.)

Fuiste un perfecto varon;
A amar me enseñaste á mí...
¡Ay, deja que junto á tí
Entierre mi corazon!

II.

Alma mia, nò mereces
Ese marchito tesoro
De flores que al suelo ofreces...
Hoy dicen que me aborreces,
Y ayer dijeron *te adoro*.

Van al lodo desde el cielo,
Pues las llevaste á tus labios,
Y hoy las arrojas al suelo;
Tú las condenas al hielo,
Y yo siento los agravios.

¡Pobres flores!... ¿No las quieres
Porque les falta el matiz,
Y otras lozanas prefieres?...
¡Cómo jugais las mujeres
Con nuestro pecho infeliz!

Emblema de mi pasion
Son esas flores que arrojas,
Y esencia del alma son...
¿No sientes que con sus hojas
Deshojas mi corazon?

III.

El llanto que se escapa de tus ojos,
Jamás se apaga en mí:
Y lloras, y despues de muchos dias
Siento tu lloro, en padecer sin fin.

—

Las lágrimas, hermosa, que tú viertes,
Aquí las siento yo...
¡Son las gotas de plomo derretido
Que caen en mitad de un corazon!

IV.

Vísteis, cubierta de gasas
Y blanco tul brillador,
A una dama que, girando
Sobre dorado salon

Lleno de aroma y rumores
Y artificioso arrebol,
En los brazos de un galan
Vá como garza veloz
Hendiendo músicas ondas
De embrïagante vapor;
Y al éxtasis de la danza,
Aproximarse los dos
Hasta rozarse los labios
Cual leves alas?... O yo
No entiendo nada de besos,
O en ése habló el corazon.

—

Y si el apuesto galan
Que á la doncella estrechó
Entre sus brazos, tal vez
Dió á la beldad una flor
Que prendida al frac estaba,
Y cual feliz galardon,
Ella la oculta en su seno
De nieves deslumbrador,
Y cuando piensa que nadie
Sorprenderá su pasion,
La besa hasta deshojarla
Y marchitar su verdor,
Y allá en su seno de nieve
La oculta otra vez... ó yo
No entiendo nada de flores,
O en ésa está el corazon.

—

Y si amaste alguna vez,
Y amaste á quien te adoró,
Y abandonado dejaste
Al objeto de tu amor;
Si con el llanto en los ojos
Esas manos estrechó,
Y una lágrima encendida
Brotando de la afliccion,
Desde unos cielos nublados
Sobre tus manos rodó,
Que temblaron al sentir
El ardoroso calor
De aquella inflamada perla
De unas pupilas... ó yo
No entiendo nada de lágrimas,
O en ella ardió el corazon.

—

Y si un dia al penetrar
En los antros del dolor,
Alivias al desdichado
Que yace en esa mansion,
Y recuerdas que los tristes
Son predilectos de Dios,
Y que Dios habla en el pobre
Cuando en una bendicion
Exhala su gratitud
Para el noble bienhechor
Que se apiadó de su angustia
O su mortal afeccion;
Y llora aquel que bendice,
Y besa tu mano... ó yo

No entiendo de bendiciones,
O en ésa vá el corazon.

—

Cuando el poeta á las aves
Les pide dulce rumor,
Y condensa los murmullos
De toda la Crëacion;
Cuando se eleva impaciente
Hasta las cumbres del sol,
O á la voz del sentimiento
Pide la amarga expresion;
Cuando el poeta con llanto
Baña su armónica voz,
Y llora el eden perdido
Y el marchitado esplendor;
Cuando el poeta suspira
Y llora en su canto... ó yo
No entiendo nada de voces,
O en ésa está el corazon.

—

Cuando los truenos estallan
Y la cólera de Dios
Parece arder en los rayos
Y en el siniestro Aquilon;
Cuando en ritmo cadencioso,
Intenso, conmovedor,
De la lira ó de las arpas
Se escapa una vibracion;
Cuando alegra las florestas
El canto del ruiseñor

Y el manantial se desliza
Como azulada ilusion;
  Y hay sonrisas en los cielos
Y en los semblantes... ó yo
No entiendo de sensaciones,
O sentirá el corazon.

—

  Si la miseria infeliz
Se ofrece á tu alrededor
Cubierta con sus andrajos
Y su punzante afliccion;
  Si en oscuros hospitales,
Ante el lecho del dolor
Donde espira un pobre niño
Sobre mugriento jergon;
  Si ante negros ataudes
Que fria mano hacinó
Para rodar á la fosa
De los pobres, el ardor
  De una lágrima en tu faz
Correr no sientes... ó yo
No entiendo qué son desdichas,
O no tienes corazon.

—

  Si una niña enamorada
Que de tí se enamoró
Como del astro del dia
El amante girasol,
  Al recibir el papel
En que tu mano escribió

Para llorar de la ausencia
El implacable rigor,
Contra su seno de nieve
Largo tiempo lo estrechó,
Con impulso irresistible
De amargura y de pasion,
Y aquella carta, del pecho
Subió á los labios... ó yo
No entiendo nada... ó la niña
Tiene malo el corazon.

—

Si cuando apaga la muerte
Con su aliento destructor
La angelical hermosura
Del niño que acarició
A una madre venturosa,
Hundida en las sombras hoy
Al ver en un atäud
La marchitada ilusion,
Y esa madre lleva al pecho
La mano, y desgarrador
Sollozo envía á la caja
Que se hunde en triste panteon...
O yo no entiendo á las madres,
Ni sus angustias, ó yo,
En esa caja enterrado,
Veo más de un corazon.

V.

¿Qué tiene la pobre niña
A quien el lirio robó
Blancuras inmaculadas
Que nunca tuvo la flor?
¿Por qué suspira, nublados
Los ojos por la afliccion?
¿Qué pena traidora oculta,
Qué recóndito dolor
Cubre de un cerco los ojos
Donde el relámpago ardió?...
¡Pobre niña!... *Tiene enfermo,*
Tiene enfermo el corazon.

—

¿Qué aguarda asomada siempre
Mirando el lejano alcor?
¿Al amante que tal vez
Le hizo perjuro traicion?
¿Qué aguarda desde la tarde
Hasta que el pálido albor
De la luna palidece
Ante las llamas del sol?
¿Qué aguarda todas las noches
En el triste mirador?...
¡Pobre niña!... *Tiene enfermo,*
Tiene enfermo el corazon.

—

¿Por qué en las tardes de Otoño
De extraña y lúgubre voz,
Vé con tristeza las hojas
Que el huracan arrancó

Del jardin que amarillea
Sin aroma y sin verdor?
¿Por qué palidece más
Cada dia en su mansion,
La doncella solitaria
A quien la fiebre agostó?...
¡Pobre niña!... *Tiene enfermo,*
Tiene enfermo el corazon.

—

¡Pobre niña!... Agonizante
Sobre el lecho, pide á Dios
Tal vez que vuelva el ingrato
Que un dia la abandonó...
¡Qué pronto toda en aroma
Ha de trocarse la flor!
Allí en un blanco atäud
La blanca vírgen se hundió...
¿Tal vez la doncella pálida
Ha muerto de mal de amor?...
¡Pobre niña!... *¡Le dolía,*
Le dolía el corazon!

¿Á DÓNDE?

(IMITACION. (1))

Es una tarde de otoño,
Es una tarde glacial;
Del árbol las hojas caen,
Las flores han muerto ya;
Amarillento está el cielo,
Sombría la inmensidad,
La lluvia rueda monótona,
Y el despiadado huracan
Azota los torreones
De la mansion señorial
Que allí á lo léjos parece
Un espectro, que del mar
Ha surgido tenebroso
En la tormenta voraz,
Para añadir más tristezas
A la tristeza otoñal...
Un caballero adelanta
Sobre soberbio alazan
Hollando las hojas mústias
Que el viento hacinando está.

(1) Refiérese al pensamiento, no á la forma, que es distinta por completo.

Negro es el casco que lleva,
Y triste oculta la faz;
Nevados son sus cabellos,
Y afronta la tempestad.
Tambien hay nieve en el monte,
Y dentro vive el volcan...
¿A dónde vá el caballero
Que tan taciturno vá?

—

El caballero adelanta...
Ni le aterra el vendaval,
Ni oponen valla á su paso
El rio ni el encinar;
Remonta el abrupto monte,
Salva el oscuro breñal,
Y corre, y avanza siempre
Sin ver si deja detrás
Algun enemigo oculto
Que le sorprenda quizá
Miéntras él sólo se obstina
En subir y en avanzar;
Y cuanto más el camino
Se oscurece, avanza más,
Y desafía las alas
Del proceloso huracan.
¿A dónde vá el triste anciano
De continente marcial,
Con la tristeza en el rostro,
Sin miedo á la tempestad,
Sin techo en que guarecerse
De la lluvia torrencial

Que el firmamento le arroja
Sin descanso ni piedad?
  ¿A dónde vá el buen anciano,
A dónde el anciano irá
Con el corcel de batalla
Y el arreo militar?
  Las canas del mústio rostro
Con su nieve, anunciarán
Que las humanas pasiones
En él no combaten ya.
  Si su cabello es de plata,
Es plata el hervor del mar...
Tambien hay nieve en el monte,
Y dentro vive el volcan.

—

  El caballero adelanta
Y camina sin cesar,
Encontrando á cada instante
Otra yerma soledad
  Que sólo anima algun pájaro
Con su medroso aletear,
Que vuela con alas tímidas
Buscando un nido quizá.
  Oscura sigue la tarde,
Oscura sigue la faz
Del vïajero, encorvado
Sobre el soberbio alazan.
  Acaso sobre la frente
Flota algun negro pesar,
Algun pesar más oscuro
Más triste, más colosal

Que las borrascas del cielo
Bajo el cual sigue tenaz
El caballero sombrío,
En su eterno caminar.
Un pueblo mira cercano,
Y pronto déjalo atrás,
Despreciando la cabaña
Y el trozo de negro pan
Que le ofrece un campesino
Asomado allí á su hogar,
Y que ha visto al caballero
Tan taciturno, pasar.
¿Tal vez será el hospedaje
Indigno de noble tal,
E indigna la humilde choza,
Del triste anciano será?
¡Qué oscuro el rostro del noble!
¡Qué oscura la inmensidad!...
¿A dónde vá el caballero
Que tan taciturno vá?

—

De un campanario lejano
Comiénzase á destacar
La silüeta, cual sombra
Que de un lecho sepulcral
Surgido hubiese, buscando
Más tenebroso lugar
Que el lugar donde los muertos
Aprisionados están.
La noche con sus crespones
Y horror empieza á reinar,

Y espanto infunde en el alma
La brumosa inmensidad;
  Y el caballero prosigue
Su camino, sin temblar
Ante los ruidos salvajes
De la triste soledad;
  Llevando siempre en el rostro
Las sombras de algun afan
Más horrible y más oscuro
Que ese cielo, bajo el cual
  Vá caminando sin tregua,
Sin miedo, sin descansar
Un instante, el caballero
Del valeroso alazan.
  Un aldea el horizonte
Allí léjos á blanquear
Empieza, y el caminante
El paso acelera audaz,
  La distancia disminuye,
El pueblo próximo está...
Cerca del pueblo una iglesia
Se alza sombría y glacial,
  Y el caballero adelanta,
Adelanta sin cesar...
¿A dónde vá el caballero
Que tan taciturno vá?

—

  Hácia aquel paraje triste,
Perdido en alto breñal,
Aproxímase el jinete
En su fria terquedad;

A la iglesia solitaria
De tristeza sin igual,
Que sirve de cementerio,
Al olvidado lugar,
El caminante se acerca,
Y el vïajero tenaz,
Ante sus puertas heladas,
Vacila, pero no más
Que unos instantes, y luego
A su camino fatal
Quiere volver, cuando un hombre
Que frisa en la ancianidad,
Le dice con melancólica
Y triste voz: «¿Dónde vais?
Venid al pueblo cercano
Y allí un hospedaje habrá
Para vos, buen caballero,
El del soberbio alazan;
Que descanso necesita
Ese corcel que montais.
¿Buscais dónde resguardaros
Del furor del vendaval?
¿Un lecho buscais tal vez,
La lumbre amorosa, el pan?
Pues el sustento y la lumbre
En mi cabaña hallará...
Es humilde lo que ofrezco...
Es rica la voluntad.
¿Venís ante esos sepulcros
Algo del alma á buscar?
¿Habeis perdido algun sér
Que no habeis de ver jamás?...

Y el caballero responde
Cual un eco sepulcral:
«Hacedme paso... yo busco
Lo que nadie puede dar...»

—

Y el acicate al corcel
Hace sentir, y detrás
Deja bien pronto al anciano,
Sumido en honda ansiedad;
Y el caballero adelanta
Siempre, en su eterno pesar,
En ese afan que le impele
A ir en pos de un *más allá*.
¿Pero eso que el noble busca
Podrá, en su anhelo, encontrar?
Y si á encontrarlo llegase,
¿En dónde lo encontrará?
Camina siempre, y de un monte
Salva la cuesta, sin dar
Descanso al bravo corcel,
Que á veces hasta el pretal
Se hunde en el suelo fangoso
Donde el siniestro huracan
Hacina troncos que arranca
Al altivo peñascal.
Camina siempre, y andando,
No vé en su perplejidad,
Que adorna una triste cruz
Aquel desierto lugar.
Un eremita vestido
De negro y tosco sayal,

Le sale al encuentro, y dice:
«Hermano, la tempestad
Es la cólera del cielo,
E impune, nadie podrá
Ni burlarse de sus rayos
Ni de su influjo mortal.
Entrad, que el santo recinto
Amparo á todos nos dá.»
—«Hacedme paso... no puedo
Detenerme, ni jamás
Me detendré, aunque rodára
Sobre mí esa Inmensidad.»
—«¿Qué busca el impío?»
—«Busco
Lo que no me habeis de dar.»

—

Y á la luz de los relámpagos
Y al grito del temporal,
El caballero se yergue
Y hace al corcel avanzar,
Y monte abajo, se lanza
Como vision infernal,
De sima en sima rodando
En alas de un huracan.
Y avanza, y camina siempre,
Y no encuentra valladar
Que se le oponga, y no sepa
Remontarlo el alazan,
Bañado en espuma hirviente,
Y sintiendo el pertinaz
Acicate que le obliga
Eternamente á volar.

Y no ceja el caballero,
Y mayor tenacidad
Al obstáculo más grande
Opone en lid desigual.
Desciende al valle, y entónces
Torna al monótono andar,
Y á la eterna pesadumbre
De su amarguísimo afan.
Léjos asoma, muy léjos,
Triste castillo feudal,
Y cual grupo de palomas
Allí á sus plantas están
Algunas blancas viviendas,
Cual si durmieran allá
Bajo las garras de hïerro
De un oscuro gavilan...
De pronto, alegres corceles
Que á la mansion señorial
A guarecerse sin duda
Con sus ginetes irán,
Rodean al caminante,
El de apostura marcial,
El de los blancos cabellos
Y melancólica faz;
Y el jefe de aquella tropa
Dice al anciano, al pasar:
«Venga al castillo el anciano
Que tan taciturno vá.
La tormenta es despiadada,
Y allí os aguarda un hogar;
Que próxima está la noche,
Y oscuro el camino está.»

—«Id en buen hora... no dejo
Mi camino.»
—«¿Qué buscais?»
—«Yo busco lo que vosotros,
Lo que nadie me ha de dar.»

—

Y clavando el acicate
Sin reposo y sin piedad
Al noble bruto guerrero
Que hierve en espumas ya,
En su siniestro camino
El fosco jinete audaz
Adelante sigue, y sigue
Avanzando sin cesar.
Al fin divisa una aldea
Que, como escudo mural,
En medio de un montaña
A un risco engarzado está.
Vivo relámpago entónces
Ilumina aquella faz
Taciturna, y nebulosa
Como el génio colosal
Que el cielo llena de brumas
Y de horror la soledad
Por donde el buen caballero
Torna otra vez á volar,
Y á despeñarse, al fulgor
De las centellas, fugaz
Como espectro pavoroso,
Como vision infernal.
Y vé cercana la aldea,
Y un templo aparece allá,

Que la corona, y la viste
De sombría majestad.
Desmonta el buen caballero,
Y se aproxima al umbral
Del templo, y llama con dura
Y seca tenacidad.
Un sacerdote responde
A aquel eco sepulcral,
Y al caballero pregunta
Con sorda voz: «¿Qué buscais?»
—«Yo busco, yo voy buscando
Lo que la tierra no dá,
Lo que no existe en la tierra...
El sueño... la eternidad,
La eternidad que, si existe,
Sólo Dios la puede dar...»
Y ante un sepulcro sombrío
Donde una mujer está
Encerrada para siempre,
Fosforescente puñal
El caballero se clava
Para dar tumba á su afan;
Y ante aquel cuadro siniestro
De extraña sublimidad,
Tiende sus alas oscuras
El génio del vendaval,
Y solloza la borrasca,
Y crece la tempestad,
Cual si quisieran sus gritos
Y relámpagos prestar
A aquel sangriento cadáver
Un inmenso funeral,

Que crece, y gime, y llamea,
Y no termina jamás.

—

¿No era el cabello de plata?
¿No es plata el hervor del mar?...
Tambien hay nieve en el monte,
Y dentro ruge el volcan.



ECOS DEL ALMA.

I.

AQUELLA mujer querida
Dejó el lodo terrenal
Y á la cumbre celestial
Subió en vapor convertida...
Sin la vida de mi vida
¿Cómo habré yo de vivir?
No hay más amargo sufrir
Que el dolor que estoy sufriendo...
¡Qué triste es vivir, sintiendo
Mil muertes por no morir!

II.

(EPITAFIO.)

¿Por qué en tristísima calma
Hundió la muerte tus ojos,
Y nos dejó esos despojos
Sin arrancarnos el alma?
¡Si nunca estuvieron fijos
En la tumba donde están!
¡Si eternamante estarán
En el alma de tus hijos!

III.

¡Oh dulce esencia de amores
Que en el espíritu siento!
¿Qué valen las otras flores
Ante el aroma y colores
De la flor del sentimiento?

IV.

Las telas del corazon
Son hojas donde se escriben
Los sueños de los que viven
La vida de la ilusion.

V.

Habrás de hallarme herido;
Muerto no habrás de hallarme...
¿Qué otras heridas, ¡oh mujer ingrata!
Han de poder matarme,
Si esta sangrienta herida no me mata?

VI.

Los sueños de la ambicion,
Las doradas ilusiones,
Realidades y ficciones...
Humo y polvo, nada son.

VII.

Allá una flor, de gotas coronada,
Abre á la aurora sus hechizos rojos,
Como á dulce alegría inesperada
Sonríe una mujer enamorada,
Llenos tambien de lágrimas los ojos.

VIII.

Toda vida se convierte
Bien pronto en estéril hoja
De que á los mundos despoja
El otoño de la muerte.

IX.

Estos gemidos que exhalo
Son los sollozos del alma...
Lo que no puedo arrojar
Son las tormentas de lágrimas.

X.

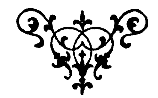
Tal vez el mústio jardin
Guarda un resto de perfume...
Tambien yo guardo el recuerdo
De aquel amor que te tuve.

XI.

Cuando más atrae el pájaro
Es cuando píos entona...
Un niño, cuando sonríe;
Una mujer... cuando llora.

XII.

¿Qué tiene aquella vírgen
Qué está tan pálida?
El corazon le duele,
Le duele el alma...
Murió la niña...
¡Qué hermosa estaba muerta
La pobrecita!



EL DOS DE MAYO.

Miéntras la patria española
De verdes lauros se vista,
Y oponga á toda conquista
Los rayos de excelsa aureola,
Y quede una gota sola
De la sangre en que arde el rayo,
Desde Bailén al Moncayo
No habrá un solo corazon
Donde no zumbe el cañon
Glorioso del *Dos de Mayo*.
Nunca marchito el laurel
De aquellas horas de gloria,
Se borrará de la historia
La lucha de un pueblo fiel
A sus grandezas, y en él
Las nuevas generaciones
Buscarán, contra ambiciones
Y ante el dolo y la asechanza,
La provechosa enseñanza
Y las sangrientas lecciones.

¡La traicion es el delito,
El crímen de la impotencia!
¡Libertad, independencia!
Este es el mágico grito
Que conmueve hasta el granito
De los sepulcros oscuros,
Y hace de los pechos, muros
Que oponen al invasor
Los pueblos, de su valor
Y de su alteza seguros.

—

Jigante altivo que retas
A los pueblos valeroso
Y con mano de coloso
A las naciones sujetas:
No pueden las bayonetas
Ser nuncios de libertad;
Del manto de esa deidad
No se ampara la traicion,
Y ante ella, en esta nacion,
Arderá la tempestad.
Esta es la tierra española,
Y á tanto y tanto valiente
No arrançarás de su frente
Una clarísima aureola;
La gloria los arrebola,
Y rayos serán despues,
Y ántes rodar á tus piés
Vieras las llamas del sol
Que humillarse un español
A las plantas de un francés.

El despotismo ominoso
No ha de vernos humillados,
Ni cual siervos, prosternados
Ante el guerrero glorioso,
Sin qüe nuestro suelo hermoso
No contemple enrojecido;
Que no es fácil ver uncido
A un pueblo de audacia fiera,
Al pueblo que cuando muera
Podrá llamarse vencido.
Tu empeño es fiebre irrisoria
Que se ha de desvanecer,
Y encontrará tu poder
Una losa mortüoria:
¿Sabrá tu carro de gloria
Llegar del Ebro hasta el Darro?
¿El noble español bizarro
Sucumbirá á la traicion?
¿Quién puede atar al lëon
Al débil yugo del carro?
Jamás la España á tus piés
Ha de ver tu ardiente saña,
Miéntras un hijo de España
Quede vivo ante un francés;
En la tierra de *Cortés*
Nadie ante el dolo se arredra;
Aquí la traicion no medra,
No asombra el rayo iracundo...
¡Sabrá el postrer moribundo
Defender la última piedra!...
En vano ansías hollar
Con tus plantas la corona

De una invencible matrona
A quien han prestado altar
El hondo abismo del mar
Y la arena del desierto;
Al pueblo que ha descubierto
Y ha vencido un continente,
Y alzará la altiva frente
Miéntras no le veas muerto.
¡En vano arderá tu afan
Sobre tus altos pendones;
En vano tus mil legiones,
Como ardoroso volcan,
Sus iras arrojarán
Sobre los hijos de España!
¡De la olvidada cabaña
Saldrá el guerrero bravío,
Y el rayo saldrá del frio
Aprisco de la montaña!
¡En vano querrás vencer
A los hijos de este suelo,
Y las águilas el vuelo
Aquí han venido á tender;
Que te harán retroceder
Los españoles que saben
Tener fe donde se graben
Los nombres de los que mueren
Y matar las glorias quieren
Que hoy en la tierra no caben!
¡En vano el bronce resuena!
¡Los valientes de esta raza
No consienten la mordaza
Ni la extranjera cadena!

¡Fuertes águilas del Sena,
Vuestro arrojo es infecundo!
¡Despertad al iracundo
Lëon que yace dormido,
Y al escuchar su rugido,
Temblará otra vez el mundo!...

—

Llegaron los extranjeros,
Retumbaron los cañones,
Y las dormidas legiones,
Empuñaron los aceros;
Las mujeres en guerreros
Convirtió la lucha humeante,
Y en nuestra patria espirante
Halló el francés asombrado,
En cada peña un soldado,
En cada niño un jigante.
Aquel rayo de la guerra
Que se llamó Napoleon
Y tremoló su pendon
Cruzando, de sierra en sierra,
Las naciones de la tierra
Donde se alzó omnipotente;
Aquel grandioso torrente,
Aquel génio varonil...
¡En España fué el reptil!
¡Fué la traidora serpiente!
Pero una brava ciudad,
El corazon de Castilla,
A la extranjera cuchilla
A la francesa impiedad,

Opuso la majestad
De un heróico sacrificio;
Y al rodar en el suplicio
La sangre propiciatoria,
Un carro de inmensa gloria
Se derrumbó al precipicio.
Cuando á la meta llegaban
De su ambicion, los traidores,
Y ser altivos señores
Los extranjeros soñaban;
Cuando tal vez aguardaban
Ver realizados sus sueños,
Y poder llamarse dueños
De más trofeos aquí,
Como lëones, así
Rugían los madrileños:
«Caiga el audaz que nos hiere,
Que el honor nos arrebata,
Y aquí verá cómo mata
El pueblo que mata ó muere;
Caiga el que ultrajes infiere
A noble nacion opresa:
Si aquí busca hermosa presa,
No corra una sangre sola:
¡Corra la sangre española
Mezclada con la francesa!
¡A defender nuestro hogar!
¡A defender nuestro suelo!
¿No tenemos, vive el cielo,
Alientos para luchar,
Ni sangre que derramar,
Los niños y los ancianos?

¡Guerra á muerte á los tiranos
Y á la nacion libertemos!...
—¡Armas!—¿Armas? ¡Las tenemos:
El corazon y las manos!
¡A luchar, y al combatir,
La sangre toda á verter!
¡Si no es posible vencer,
Todos podremos morir!
¡A matar, y á sucumbir
Con los verdugos quizá!
¡Que la patria oponga ya
El corazon de sus bravos,
Y el francés, no sobre esclavos,
Sobre muertos reinará!
Y si vencer no podemos
Luchando como valientes,
Entre despojos hirvientes
Como españoles caeremos,
Y en la agonía sabremos,
Sino quebrantar el yugo
Con que humillarnos le plugo
A esa falanje siniestra,
Arrojar la sangre nuestra
A la frente del verdugo!»

—

Y fuego arroja el cañon,
Y los ojos lanzan fuego,
Y se lucha sin sosiego,
Sin tregua, sin compasion;
Y en la horrenda confusion
De una lucha sin piedad,

Lidia la heróica ciudad
Con ardimiento constante,
Sin reposar un instante,
Con fiera tenacidad.
¡E inerme, la brava gente
Contra el rayo combatiendo,
Es espectáculo horrendo
El que grandioso, imponente,
Ofrece luchando ardiente
Ese pueblo de Madrid!
¡Todos vuelan á la lid,
Y la muerte al paso ven,
Y lucha el niño tambien
Como aguerrido adalid!
Y rechina la cureña,
Y estalla el cañon bravío,
Y en inmenso vocerío
La multitud madrileña
Por las calles se despeña
Como sorda catarata;
Y en una lucha insensata
Morir valerosa quiere,
Y ó todo el que lucha, muere,
O todo el que lucha, mata.
Allí amantísima esposa
Ardiendo en sublime anhelo,
Y agitando un pequeñuelo
En sus brazos temblorosa,
Al esposo valerosa
Le dice lúgubre: «¡parte!
¡Si muerto llego á mirarte,
Si no vuelvo á verte ya,

En mi sangre aprenderá
La sangre tuya á vengarte!»
¡Allí en ardores y enojos
El voraz incendio aumenta;
Y la cólera fermenta
Y hacina nuevos despojos!
¡Como torrente entre abrojos
La sangre surge ardorosa
De otra hecatombe gloriosa
De cadáveres hollados,
Como girones robados
A una nacion valerosa!
Y miéntras el pueblo espira
A manos del asesino,
Y no cesa el torbellino
Aterrador de la ira
De avivar la roja pira
Que arde en los pechos iberos,
Nuestros valientes guerreros,
Por mandato de traidores,
Son tristes espectadores
De la infamia de extranjeros.
Y así las huestes marciales
De España, entre hierros gimen,
Al eco del bajo crímen
Y las descargas fatales:
«Las águilas imperiales
Son cobardes en su saña...
¿El rayo las acompaña?
¡Ay si rugir nos escuchan!...
¡Ya veremos cómo luchan
Con los soldados de España!»

¡Y caen nuevos valientes
Allá en el combate rudo,
Mas con el pecho desnudo
Ante cañones hirvientes;
Y ardorosos é impacientes
Ante ese crímen cobarde,
En bravos guerreros arde
El vivo rayo de Palas,
Y oponer plomo á las balas
Saben Däoiz y Velarde!...
Allí están los dos guerreros
De las huestes españolas,
Que se oponen á las olas
De hombres, y cascos, y aceros,
A los ejércitos fieros
Del jigante Napoleon,
Con la heróica decision
De quien combate un delito,
¡Sin más mandato que el grito
Sublime del corazon!...
¡Ya era morir y matar!
¡Ya no eran tropas noveles!
¡Y los franceses crueles
Allí pudieron llegar,
No miéntras pudo luchar
Uno ante cien y ante cientos,
Miéntras rayos turbulentos
Surgian de los cañones...
Cuando sólo hubo montones
De cadáveres sangrientos!...

—

Ya no surgen las centellas
De la contienda inhumana,
Y el sacerdote y la anciana,
Los niños y las doncellas,
Caen tambien ante aquellas
Legiones de sanguinarios;
Y á los rayos funerarios
De temerosos reflejos,
Pasan siniestros cortejos
De mártires y sicarios...
¿Qué importa esa crueldad?
¿Qué importa ese horrendo crímen?
¡Los corazones que gimen
En dolorosa ansiedad,
Serán luego tempestad
De exterminio y de venganza,
Y el ángel de la matanza
Al tender su oscuro vuelo,
Ahogará sobre este suelo
Toda ambiciosa esperanza!
Poco importa que se llenen
Los espacios de afliccion,
Y herido otro corazon,
Otras descargas resuenen;
Que atemoricen y apenen
Los ecos tristes que zumban;
Que los mártires sucumban,
Y rueden olas amargas...
¡Las fatídicas descargas
En toda España retumban!...

—

¡Contempla ya á tus soldados
En verdugos convertidos;
Escucha los alaridos
De mil pechos lacerados,
De mártires desgarrados
Por el plomo de tu hueste!...
¡Que la venganza me preste
Sus fatídicos colores,
Y la faz de los traidores
Humille el rayo celeste!
Tus satélites azotan
A enfermos y agonizantes,
Mas de las fosas humeantes
Fantasmas lívidos brotan;
Tus soldados no derrotan,
No combaten, asesinan,
Y sus espadas fulminan
Cual nubes en la tormenta,
Que inmensidad cenicienta
Con sus rayos iluminan.
¡Napoleon, la humanidad
Es sólo en tu boca un nombre!
¡A tu ambicion rueda el hombre;
Y apóstol de libertad,
Impones tu majestad
Y asesinas al anciano!
¿Abarcar así tu mano
Podrá cuanto el orbe encierra,
Sin entreabrirse la tierra
Para tragarse al tirano?
¡Con tus soldados marciales,
Con tus guerreras legiones,

Intentas á las naciones
Imponer tus idëales?
¡Los florones imperiales
Brotan de rojo capuz!
¡Eres apóstol de luz,
Y arrojas sombría lava!
¡Jesucristo conquistaba
Espirando en una cruz!
¿Y tu génio resplandece
Con poderío sublime,
Y á tus piés el orbe gime,
Y el lauro á tus plantas crece?
¿Ninguna valla aparece
Que se oponga á tu camino?
¡Tal vez te juzgas divino,
Y aquí, en la tierra española,
Te has conquistado otra aureola,
La aureola del asesino!...

—

¡Fenecen los que al engaño
Se oponen y á oscuro dolo,
Porque en este pueblo solo
No reine el poder extraño!
¡Napoleon, así, en tu daño,
A tus rudas tropas ves
Querer hollar con sus piés
A los bravos que laceran!...
¡Fueran bajos si quisieran
Tomar el rey que les dés!...

Ya los valientes dormidos
Despiertan para el combate,
Ya todo en España late
Cual mares embravecidos;
Ya no se escuchan gemidos,
Nadie tiembla ni solloza;
Todo el que muere, destroza;
Hay heroismo, hay constancia,
Y se alzan sobre Numancia
Las ruinas de Zaragoza.
Ya los soldados noveles
Son aguerridos soldados
Y estandartes desgarrados
Son alfombra de corceles,
Y ante sangrientos laureles
El enemigo se aterra...
Ya los génios de la guerra
No nos miran con desden...
¡Los cañones de Bailen
Han alumbrado la tierra!...
Tienden sus alas oscuras
Los génios del exterminio,
Y al extranjero dominio
Roban cadenas impuras;
De las hondas sepulturas
Surgen legiones sombrías;
En nuevas lides bravías,
Nuestras huestes vencedoras
Cuentan las luchas por horas
Y por victorias los dias.
¡Sigue la horrible matanza,
Y espectros ensangrentados,

De los sepulcros helados
Surgen pidiendo venganza;
En cuanto la vista alcanza
Es un palenque hervoroso,
Y se lucha sin reposo,
Sin descanso y sin piedad,
Y anuncia esa tempestad
Que ya vacila el *Coloso*!...

—

¡Vosotros que en noche fiera
Fuísteis sangrientos despojos,
Sin que os cerrára los ojos
Una dulce compañera,
Sin que una madre pudiera
Cubriros de ardientes besos!
¿Al ver á los bravos presos
Romper su cadena odiosa,
Allá dentro de la fosa
No temblaron vuestros huesos?
De aquí, del sepulcro abierto
En este país altivo
Donde apénas hay un vivo
Que no llore por un muerto;
De ese sepulcro cubierto
De laurel, la moribunda
Gloria que ardió sin segunda
Un dia á nuestra altivez,
Tornó á brotar otra vez;
¡Que vuestra sangre es fecunda!

¡Jamás extienda su manto
Sobre esa tumba, el olvido,
Y que un pueblo agradecido
Lo riegue siempre con llanto!
En ese túmulo santo
Seguros habeis de estar;
En él podeis descansar
Tras glorioso combatir;
¡Que bien supísteis morir,
Y os han sabido vengar!
¡Olvidado no ha de ser
Vuestro sublime martirio!
Si rodásteis al delirio
De aquel que pensó vencer;
Si rodásteis al poder
De la extranjera ambicion,
Sabe una noble nacion
Daros pompa mortüoria,
Laureles en la memoria,
Sepulcro en el corazon.
¡Oh mártires inmolados
Por la ambicion extranjera!
¿Os vengaron de manera
Que os sintiérais asombrados?
¿Fuísteis bastante vengados
De aquel ciego frenesí?
¿No os profanaron aquí
Almas pobres y enfermizas?...
¡Calientes vuestras cenizas,
Al francés llamaron, sí!
¡Hubo impíos que olvidaron
A los bravos que murieron,

Y los franceses volvieron,
Y vuestras tumbas pisaron!
¡Sólo una vez las hollaron,
Y no han de hollarlas jamás!...
Si vuelven una vez más,
¿Que las pisen dejareis?...
¡No!... ¡De las tumbas saldreis
Para gritarles *atrás!...*



RECUERDOS.

Cuando asoma feliz la primavera;
        En la estacion dorada
En que bulle la atmósfera azulada,
Y se tiñe de verde la pradera,
        Y rica cabellera
Desata el sol de púrpura encantada;

Cuando ostenta el magnífico follaje
        Que besa el manso rio,
Como estrellas las gotas de rocío;
Y hermosas aves de gentil plumaje,
        Prestándoles lenguaje,
Dan en las ramas armonioso pio;

Cuando á nuestro horizonte tiende el vuelo
        La errante golondrina;
Cuando salta la linfa cristalina
Sobre la alfombra que matiza el suelo,
        Y osténtase en el cielo
Toda la régia majestad divina;

Entónces algo fúnebre me aterra,
        Y el esplendor que encanta,
Y el arpegio que al cielo se levanta

Desde el aroma que el jardin encierra,
Y la purpúrea sierra,
Y el éter que palpita y se abrillanta;

Todo me abate cual desdicha aleve,
En ese mundo externo;
Pues en vez de sentir su influjo tierno
Y agitarme cual todo se conmueve,
Mi pecho, envuelto en nieve,
Sigue entre brumas de implacable invierno.

Y cuando veo la sonrisa fuera,
Y los floridos dones,
Recuerdos de mis muertas ilusiones,
Me quejo al Dios que, en su poder, no hiciera
Más que una primavera
Para el verjel de nuestros corazones.



LA PRISIONERA Y LAS GOLONDRINAS.

(FRAGMENTO DE UN IDILIO.)

I.

¿A dónde vais, golondrinas,
Tan silenciosas volando,
Con vuestras plumas rasgando
Ese cendal de neblinas?

¿Os aterra este paisaje,
Esta fria soledad,
Y buscais la inmensidad
De purpurino ropaje?

¿Os aterran los desnudos
Lugares que el viento azota;
Y huyendo á mansion remota,
No hallareis jardines mudos?

¿Os aterran esas brumas,
Y buscais dorado sol
Que os inunde de arrebol
Y matice vuestras plumas?

La selva, ayer tan florida,
Helada mirais é inerte;
Aquí hay un frio de muerte,
Y vais en busca de vida.

El cielo es pardo capuz,
La tierra está sin colores,
Y vosotras quereis flores,
Y vosotras quereis luz.

El verjel perdió sus galas
Y bajo el hielo ha de verse,
Y necesitan perderse
Entre flores vuestras alas.

El cielo es lóbrego tul,
Es un fantástico velo,
Y vosotras quereis cielo,
Quereis cielo muy azul.

Vosotras os alejais
Hácia un mágico país,
Y de allá luego venís
Al nido que abandonais.

Dejásteis ya una ventana
De quien envidiosa estoy;
Que si ella os vé marchar hoy,
Os verá volver mañana.

Golondrinas que de aquí,
De mi ventana os marchais,

¡Acaso cuando volvais,
No volvais á verme á mí!...

II.

¿No habré de llorar al veros
De estos lugares partir,
Cuando tiene el porvenir
Sus desengaños arteros?

¿No han de cubrir los crespones
Del llanto mi corazon,
Si volais á otra region
Cual un grupo de ilusiones?

¿Si al volar hácia el Estrecho
Que nuestros mundos separa,
Me abato cual si quedára
Sin ilusiones, mi pecho?

¿Y no me habrá de afligir
Vuestra inclemente partida,
En estas sombras perdida
Y condenada á sufrir?

¿No habrá de envolverme el manto
Del dolor y la tristeza,
Si pierdo vuestra belleza,
Prodigio que adoro tanto?

¿No me habrá de entristecer
El veros ir hácia el mar,

Si yo, que os veo marchar,
Quizá no os mire volver?

Oïd mi *adios* plañidero,
Golondrinas hechiceras;
Oïd, dulces vïajeras,
Tal vez el *adios* postrero.

¡Quizá no os vea yo más;
Que si nosotras volamos,
Una sola vez nos vamos,
Y no volvemos jamás!...

Deslumbrará la estacion
En que las flores renacen,
Y las nubes se deshacen,
Y se alegra el corazon.

Volverá otra primavera
Con su manto de colores,
Y de nuevos resplandores
Se teñirá la pradera.

Vendreis con rumbo hácia aquí,
A mi ventana vendreis...
¡Quizá cuando volvereis,
No volvais á verme á mí!

III.

Golondrinas, os marchais
Y os persigue mi dolor,

Que, al alzarse volador,
Os seguirá á donde vais.

¡Qué alegres seguís volando,
Y yo cuán triste me quedo!
¡Tengo frio... tengo miedo...
Adios... Dios sabe hasta cuándo!

Tengo miedo de morir...
Querría veros volver,
Y quizás no pueda ver
Lo que habrá de revivir.

En vuestras alas hermosas
Lleváos este suspiro...
¡Con cuánta tristeza os miro
Alejaros presurosas!

Golondrinas que os marchais,
¿Llegar acaso os veré?
¿Quién sabe lo que seré
Cuando vosotras volvais?

Golondrinas que partís
Hácia region más clemente,
¿Aun besareis esta frente
Al volver de aquel país?

Hoy besásteis mi ventana,
Esta frente temblorosa...
¡Sólo una cruz y una fosa
Acaso beseis mañana!

Volais huyendo del frio,
Volais huyendo del hielo...
¡No sé por qué vuestro vuelo,
Hiela el espíritu mio!

¡Adios, bando volador
Que, despreciando mis quejas,
De estos lugares te alejas
Buscando un nido mejor!

Brillarán hermosos dias
Tras estas horas crueles,
Anegando los verjeles
En perfumes y armonías.

Vendreis con rumbo hácia aquí,
A mi ventana vendreis;
Pero cuando volvereis,
¿Volvereis á verme á mí?...

IV.

¡Que nada amargue el camino
Por donde avanzando vais,
Y que voleis y os perdais
En un eden purpurino!

¡Que nunca el vuelo os fatigue!
¡Adios, hermosa bandada!...
Si no mi triste mirada,
El corazon áun te sigue...

¡Adios, dulces peregrinas
Que aquí dejais hondas huellas,
Y acaso sois las más bellas
De las bellas golondrinas!

¡Buscando horizontes rojos,
Hácia otros cielos volais,
Y el corazon me dejais
Oscuro como mis ojos!

¡Mis ojos que son oscuros
Como la noche del llanto!...
¡Me dan tristeza y espanto
Estos celajes impuros!...

Os marchais pidiendo calmas
A un vivo, inmenso tesoro,
Donde á torrentes hay oro,
Donde verdean las palmas.

¡Ay si volviendo de allá,
El huracan os hiriese!
¡Como alguna nube os bese,
Mi alma esa nube será!

Os alejais al ver cómo
Se desnuda la enramada,
Y la region azulada
Es un sudario de plomo.

Os marchais porque el Octubre
Tiene un cendal funerario,

Tiene un inmenso sudario
Con que la tierra se cubre.

Os marchais porque se van
Las galas que el árbol pierde,
Y los árboles de verde
Otra vez se vestirán.

Vendreis volando hácia aquí,
A mi ventana vendreis...
¡Acaso no volvereis,
Ni volvais á verme á mí!...

V.

Sentí caer los crespones
Del duelo en mi corazon;
Volásteis á otra region
Cual un grupo de ilusiones...

¡Os miré rasgar el viento!
¡Qué léjos estareis ya!
¿Serán lágrimas quizá
Lo que en mis párpados siento?

¿Sin explicarme el *por qué,*
Tan sólo sé que yo lloro;
Mas cuando tanto os adoro,
¿Yo *por qué* lloro no sé?

Cuando allá en playas remotas
Veais gotas de rocío,

Pensad que del llanto mio
Pudieran ser esas gotas.

Mas si acaso os atrajesen
Y á la boca os las lleváseis,
Como dulces las halláseis,
Del llanto mio no fuesen.

Porque no puede esa altura
Donde el rayo centellea,
Hacer que amargo no sea
Lo que le dé mi amargura.

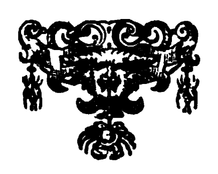
La lágrima un vapor es,
Al cielo vá ese vapor;
¿Quién sabe si alguna flor
Ha de beberlo despues?

¡Mas si en ardientes vapores
Al cielo mi llanto sube,
Habrá de trocarse en nube
Que bañe amarga las flores!...

Se deshará el crudo invierno
A otra sonrisa de Dios...
¿Quién sabe si nuestro *adios*
No será un *adios* eterno?

¡Buscad allí esplendidez...
Y volved... Dios sabe cuándo!...
¡Quizá me vendreis buscando,
Y no me encontreis tal vez!

Golondrinas que de aquí,
De mi ventana os marchais,
¡Acaso ya no volvais,
Ni volvais á verme á mí!...



¿QUÉ HARÍAS?

(FRAGMENTO DE UN DRAMA.)

Yo sufro, por adorar,
El más horrible castigo;
Pues yo anhelo y no consigo,
Y el infierno es anhelar
Y no poder esperar,
Y adoro sin esperanza,
Sin mirar en lontananza
Un destello brillador
Que en nebuloso vapor
Pueda anunciar la bonanza.

No sé si al cielo arrebola
La hermosura por quien muero;
Yo solo sé que te quiero,
Y que te quiero á tí sola;
Yo no sé si á la amapola
Le das sonrojos, ni sé
Si hay blanca nieve en tu pié
Y en tus cabellos hay oro;
Yo sólo sé que te adoro,
Y como adoro, adoré.

Yo sólo sé que te he dado
El corazon, y confío
Que lo tendrás, amor mio,
Dentro del tuyo guardado;
Mas si un dia quiere el hado
Que mire una ingrata en tí,
Y olvidándote de mí,
Me matáras á traicion...
¿Qué harías del corazon,
Del corazon que te dí?...



LA MADRE Y LA CUNA.

Junto á una cuna vacía
Una madre arrodillada,
Como escultura nevada,
Permanece noche y dia.

Y es que en mortal desconsuelo,
Tiene, por triste fortuna,
El rostro sobre la cuna
Y el corazon en el cielo.



Á CUBA.

Hoy que á brillante perla—tributo humilde rindo,
Löando en mis cantares—tan próvida region,
Deidades que, armoniosas,—hollais el verde Pindo,
A oleadas y á torrentes—prestadme inspiracion.

Mas ¡ay! aunque mi mente—cual rayo vibre, y suba
A las alturas sacras—del fuego celestial,
¿Dónde hallaré grandezas—para cantar, ¡oh Cuba!
Tus rojos horizontes,—tu lujo tropical?

Acaso yo mañana—la alfombra cristalina
De ignotas soledades—me lance á recorrer,
Y asome entre las aguas—tu frente purpurina
Ante los ojos tristes—que cegarán al ver.

¿Quién sabe si algun dia—me lanzaré á las olas,
Y un puerto iré á tus playas—risueñas á pedir,
Para cegar mis ojos—al ver esas aureolas
Que á tus brillantes cielos—no cesan de cubrir?

¡Oh joya de los mares!—¡Fulgor de las Antillas!
Tal vez de entre la espuma—te miraré brotar
Como nereida hermosa;—que deslumbrante brillas,
Y orgullo siente y celos,—al sostenerte, el mar.

¡Oh maravilla fértil!—¡Oh Cuba, la hechicera
De esencias germinales—y florecer precoz!
¿Enaltecer tus galas—y tu fecunda hoguera
Ansío con la humilde—pobreza de mi voz?

¿Quién sabe si mañana,—del peregrino triste
Querré avivar acaso—la moribunda fe,
Y en la esplendente pompa—que te corona y viste,
Los rayos inmortales—del cielo buscaré?

¿Quién sabe si al buscarte,—se apagará mi aliento,
Y bajo ardientes llamas—caeré rendido yo,
Cual hoja desprendida—del tallo amarillento
Que un huracan de fuego—divino marchitó?...

¿Quién sabe si mañana—veré las maravillas
Que encierras en tu seno—de régia esplendidez;
Y al contemplar tus pompas,—humilde y de rodillas,
Me elevaré á las cumbres—en fervorosa prez?

¿Quién sabe si buscando—la sublimada alteza
Y ricos esplendores—que en mis delirios ví,
Al contemplar tus cielos,—humilde la cabeza
Que inmensidades finge,—yo bajaré ante tí?...

¡América! ¡La vida,—la llama, el ardimiento!
En todo el sello ostenta—de augusta majestad:
Son grandes las ideas,—es grande el pensamiento:
¡Es un altar sublime—de fuego y libertad!

Allí los vates cantan—y exhalan el arrullo
De enamoradas aves—en su feliz cancion;
Y arrancan á sus plectros—el fúnebre murmullo
Que sabe con sus alas—alzar el Aquilon.

Si ensalzan la hermosura—jigante de su suelo,
Conmueven los sepulcros—y el tronco secular:
Y brota de sus liras—la tempestad del cielo,
Y acaso envidia el ave—su armónico cantar.

¡América! ¡Sus valles,—sus cielos y sus montes;
Sus bosques que cobijan—al colosal reptil;
Sus pumas y sus tigres;—sus anchos horizontes,
Sus llamas dan grandezas—al alma varonil!

¡América! ¡Prodigio,—verjel maravilloso
Poblado de rumores—y eterno florecer!
¡Allí todo es sublime—y osténtase grandioso!
¡Allí se eleva el alma—sobre el terreno sér!

Allí los hombres, siglos—en un instante viven,
Y escrita ven en todo—la célica *Verdad;*
Allí el amor es grande;—que allí no se conciben
Sinó grandes pasiones,—y amor y libertad.

Allí son los deseos—las olas y torrentes
De un mar que siempre bulle—con palpitante hervor;
Allí son las hermosas—cual mágicas serpientes
Que atraen, y seducen,—y asfixian con su amor.

Allí todo es de fuego,—de lava esplendorosa,
De deslumbrantes rayos,—de vida colosal;
De llamas son los aires—y el beso de la hermosa
Que agítase en el vértigo—del tálamo nupcial.

Allí el insecto tiene—metálicos reflejos,
Y existen horizontes—de roja claridad,
E inmensos son los mares—que brillan como espejos,
Mirándose los astros—en otra inmensidad.

Allí no hay nada oscuro,—ni el suelo, ni la esfera,
Y sólo existen sombras—y dulce languidez
En la amorosa vírgen—de negra cabellera,
De pálido semblante,—de nacarada tez.

Allí tiene susurros—y música encantada
En su penacho, el verde—feraz cañaveral;
Y cuando se despeña—jigante la cascada,
Remeda en sus murmullos—la voz del vendaval.

Allí los lechos flotan,—cual aves en el cielo,
Bajo un dosel de grana,—topacios y rubí;
Mecidos por las brisas,—en incesante vuelo,
Se aduermen los amantes—en brazos de una hurí.

Allí relampaguean—los horizontes rojos
Y los espacios brillan—cual fúlgido volcan;
Relámpagos la vírgen—desprende de sus ojos,
Y cielos ignorados—descubren al galan.

Allí las selvas tienen—aromas seculares
Y el campo se reviste—de perenal verdor,
Y el pensamiento humano—allí fabrica altares
En un eden grandioso—de libertad y amor.

Allí los montes hierven;—se cubren las montañas
De nieves que les prestan—un nítido cendal;
Pero apresadas rugen,—quemando sus entrañas,
Las vívidas hogueras—del fuego tropical.

Allí si corre el rio,—las franjas de verdura
Que besa con sus olas—en musical tropel,
Ofrecen deslumbrantes—tesoros de hermosura,
Guirnaldas olorosas—cual célico verjel.

Allí donde los dias—se cuentan por hogueras
Y en las pupilas astros—no cesan de brillar,
Dorados son los cielos—doradas las palmeras,
Y el Dios inmenso tiene—maravilloso altar.

Allí la brisa es dulce,—brillantes los colores;
A un pájaro sustenta—la miel de cada flor;
El árbol es un nido—de génios voladores,
Y pájaros y flores—son lenguas del amor.

Allí todo es jigante:—de la alborada bella
No surge el dia triste—de pálido capuz,
Y en tormentosas noches—el rayo y la centella
Alumbran los espacios—con incesante luz.

Allí es el verde suelo—riente paraïso
En donde tiene el árbol—ropaje brillador,
Y hay valles y horizontes—en donde el cielo quiso
Verter á manos llenas—aromas y esplendor.

Allí tienen las selvas—que gimen encantadas
Murmullos asombrosos—de hechizo sin igual;
Y el fuego rueda en olas,—y en rios, y en cascadas
Al desgarrar las brumas—el fuego matinal.

Allí tienen los montes—peñascos jigantescos
Que los volcanes sólo—consiguen remover,
Y hay blancas cordilleras,—y cóncavos dantescos
Donde ningun crepúsculo—dejó su rosicler.

Allí donde la mente—florece y se dilata,
El alba es una aurora,—la aurora todo un sol,
Y el sol en cada rayo,—divina catarata
Que esparce todo un mundo—de vida y de arrebol.

Los bosques que la fiera—jamás domada pisa,
Al indio ofrecen pompas—y solitario hogar;
Y un canto eleva siempre—de adoracion sumisa
El manantial que besa—los troncos del palmar.

Eterna primavera,—con inmarchitas galas,
Las soledades cubre—de lujo tentador,
Y pájaros vivaces—ostentan en sus alas
Los iris y los prismas—de múltiple color.

La vista abarca y mide—grandiosos horizontes
De lumbres asombrosas,—de brillo sin rival,
Y el hielo oculta llamas,—que allí tienen los montes
Las sempiternas nieves—y el fuego perenal.

Espléndidos paisajes—que, al delirar utópicos,
Los génios no podrian—siquiera concebir,
Se tiñen bajo el fuego—jigante de los trópicos
Con algo que los hombres—no saben describir.

Allí los rios crecen,—y bajan á los mares
Llenando de dulzuras—su lúgubre amargor;
Allí bajo los besos—del sol caniculares,
Donde una flor perece,—surge una nueva flor.

¡América! ¿Quién puede—cantar sus maravillas,
Sus plantas jigantescas,—sus bosques de maïz?
¿Sus plátanos frondosos,—sus palmas amarillas,
Sus cielos abrasados,—su inspiracion feliz?...

¡Qué noches estrelladas!—¡Qué auroras esplendentes!
¡Qué bella, qué radiante—la lumbre tropical!
¡El fuego encandescido—que salta en mil torrentes,
Tiñe las verdes tierras—en ósculo inmortal!...

Allí las aves tienen —canciones hechiceras,
Allí se tiñe todo—de púrpura y rubí;
Dorados son los aires,—doradas las palmeras,
Dorados son los sueños,—todo es dorado allí.

Allí florece Cuba,—para que Dios asombre
A los humanos siempre—con su inmortal saber;
Que allá el Señor palpita,—como diciendo al hombre:
¡Aquí tienes la muestra—de todo mi poder!

En todas partes vive,—se agita y resplandece
Aquel que con su aliento—llenó la inmensidad;
En Cuba es donde acaso—maravilloso ofrece
En todas sus grandezas—su excelsa majestad.

Ya preste el arroyuelo—su música al ambiente
Regando con sus aguas—la esplendidez sin fin
De secular alfombra,—ó agítese el torrente
Que tiñen los relámpagos—de chispas y carmin;

Ya sea cuando el alba—deshácese en rocío
Sobre los verdes árboles—que ansía acariciar,
O tormentosas lluvias—en cada gota un rio
Sobre el rorrente arrojan—que se despeña al mar;

Ya cúbranse de púrpura—magníficos penachos
Al beso que dá un alba—de rosa y de zafir,
Y en rios y florestas,—en valles y en picachos,
Un resplandor de fuego—comience á relucir;

Ya sea cuando el ave,—de la floresta orgullo,
Eleva entre las hojas—su voz matutinal,
Y dan hermosos séres,—al escuchar su arrullo,
Todo el amor que esconde—su cáliz virginal;

Ya el desatado viento—conmueva las montañas
Al borrascoso impulso—de colosal poder,
O en lánguidos suspiros—al plátano y las cañas
Vaya la dulce brisa—frescuras á ofrecer;

En todas sus grandezas,—en todos sus detalles
Tantos prodigios guarda—su próvida extension;
Tal lujo hay en sus montes,—tal mágia hay en sus valles,
Que allá sentir no puede—la duda el corazon.

¡País de vida ardiente,—de fuego esplendoroso,
De susurrantes brisas,—de eterno florecer!
¡Refugio de hermosura—que, allá del mar brumoso,
El triste navegante—contempla aparecer!

¡Acaso en sus entrañas—algo divino late,
A cuyas vibraciones—jugo las plantas dan:
Y hay en la flor un pájaro,—y en cada mente un vate,
Y en cada vate el fuego—de un mágico volcan!

Las bellas allí tienen,—entre sus labios rojos,
De llamas infinitas—abrasador crisol,
Y la amorosa vírgen—desprende de sus ojos
Un rayo de aquel fuego—que dió existencia el sol.

La brisa en los penachos—de fúlgidos palmares
Y en el verdor del fresco—gentil cañaveral,
Confunde sus encantos—al grito de los mares
Y al trino de los pájaros—de notas de cristal.

Los campos se revisten—de esplendoroso brillo,
Los cielos de colores,—el corazon de ardor,
Y acaso el más humilde—y oscuro pajarillo
Prodigio es en sus plumas,—prodigio en su rumor.

Susurros melodiosos—de lenguas musicales
Hechizan la morada—frondosa del jardin,
Y sus encantos muestran—los ricos cafetales,
Los plátanos que forman—Océanos sin fin.

Hay fuego en sus entrañas;—son oro sus arenas,
Y brilla en sorprendente—feraz vegetacion:
¡Es un jigante inmenso—que arroja á manos llenas
El fuego, la armonía—la fe, la inspiracion!...

¡Oh Cuba que entre espumas—fantástica sonríes
A los errantes nautas—que aparecer te ven
Cual deben á los árabes,—en sueños, las huríes
Mirarles desde el fondo—de su mentido eden!

¡Oh Cuba luminosa—que brillas como estrella
En el joyel inmenso—que á España dá esplendor,
Y que eres una perla—más deslumbrante y bella
Que todos los delirios—del vate soñador!

Aunque jamás yo pude—ver ese eterno dia
Que se desprende mágico—de tu aromosa faz,
Ni me anegué en las olas—de dulce melodía
Que brotan de las galas—de tu extension feraz,

Yo sé que bien mereces—tu colosal renombre;
Yo sé que tienes aves—de vívido matiz,
Que eres verjel de aromas—en donde puede el hombre
Soñar, y hallar venturas—el soñador feliz;

Que vístense tus cielos—de majestad tan pura
Cuando la aurora surge—del vespertino tul,
Que si admirar pudieran—tu fúlgida hermosura,
Celosos, se nubláran—los cielos de Stambul;

Que el sol encuentra un nido—de aromas y embelesos,
Sobre tu faz rosada—tendiendo su carmin;
Que en brazos de los mares,—mecida por sus besos,
Pareces la nereida—de aquel azul confin;

Yo sé que eres un vivo—tesoro de ambrosías,
De tintas y matices—y embrïagante olor;
Yo sé que son tus noches—serenas cual tus dias,
Y son tus dias bello—caudal de resplandor;

Que tan gentil supiste—surgir y prodigiosa,
Radiante y coronada—de tanta esplendidez,
Que satisfecho acaso—de tu grandeza hermosa,
Más grandes maravillas—no hará Dios otra vez;

Que, como si tú fueras—un sueño del deseo,
El portentoso Artífice—nos dice allí: «¡Mirad!
¿Qué valen las blasfemias—del infecundo ateo
Ante esa muestra sola—de la inmortal *Verdad?*»

Yo sé que de tu frente,—magnífica y serena,
Brota en fulgor divino—la sacra inspiracion;
Yo sé que arden tus campos—, y la arboleda amena
Palpita con acorde—de eterna vibracion:

Y *¡amor!* suspira el aire—que gime entre las cañas;
¡Amor! entre los plátanos—el pájaro gentil;
¡Amor! tu firmamento;—*¡amor!* esas montañas,
Y *¡amor!* esas llanuras—que son eterno Abril...

¿Y una mansion de dichas—es reino de la muerte,
Cubierto de sepulcros—el mágico verjel?
¿Por qué pavor infundes?—¿Por qué lastima el verte
Templar tu sed en sangre—que arroja el pecho fiel?

Los ecos de mi lira—son ecos de la angustia
Del corazon que siente—las garras del dolor
Ante el dolor materno,—y ante la patria mustia,
Tambien se vió privado—de la ilusion mejor.

Deshechos los hogares,—sin brazos el ingenio,
Acrecen tus dolores,—amengua tu poder;
Y los oscuros males,—en fúnebre proscenio,
Las alas tenebrosas—no cesan de extender.

Acaben los delirios—y la ominosa saña
Y brille en las alturas—un iris de perdon;
Pues ¡ay! los pobres ciegos—que gritan *muera España*,
Reniegan de su madre,—malditos hijos son.

Acaben los impíos—de alzar su mano impura
Contra la triste madre—que ansía perdonar;
Deshaga las tinieblas—un rayo de ventura,
Y vuelva la concordia—magnífica á brillar.

¡Maravillosa Cuba!—¡Region desventurada
Que á tantas madres robas—el fruto de su amor!
¿Por qué si eres la vida,—te ofreces despiadada
Cual lúgubres abismos—de sombras y dolor?

¿Por qué la llama impura—y el fratricida acero
Agostan los tesoros—del próvido joyel,
En una lucha estéril—donde el audaz guerrero
No puede conquistarse—la rama de laurel?

¿Por qué de tus ingenios—el esplendor devoran
Las lívidas hogueras—de eterna destruccion,
Y pobres madres gimen,—y hambrientos niños lloran,
En la orfandad sumidos—y en luto y afliccion?

¿Por qué de tus florestas—sangriento vaho exhalas,
Y no el aroma dulce—de dichas y de paz,
Y el ángel de la guerra—con sus oscuras alas
Ansía hundir en sombras—tu deslumbrante faz?

¿Por qué luchar sin tregua,—con ánsia parricida?
¿Tal vez la noble España—fué ingrata y te humilló?
¡Ultrajes de las madres—el hijo los olvida;
Que ellas tambien perdonan—al hijo que ultrajó!

¿Tal vez niegas el nombre—de madre y protectora
A la nacion sublime—que te arrancó del mar?
¡Lo afirman tus altares,—el astro que los dora,
La sangre que te dimos!...—¡Atrévete á negar!...

El huracan siniestro—rugiendo se desata
Matando la belleza—de alegre juventud,
Y es un torrente impuro—la cristalina plata,
Y la extension de flores—es mísero atäud...

¿Acaso los ingratos,—al maldecir, no vieron
Alzarse del sepulcro—la sombra de Colon
Para gemir inmensa:—«¡Son ellos los que os dieron
La fe de Jesucristo,—la cruz, la religion!»

¡España es vuestra madre:—con sangre del hermano,
Con sangre que es la vuestra,—su pecho desgarrais!
¡Sus hijos somos todos;—unamos nuestras manos,
Y no salte en más olas—la sangre en que os bañais!...

¡Oh Cuba desdichada,—la sombra del delito
Caerá sobre tu frente—cual fúnebre vapor!
¡Los descarnados restos—del platanar marchito
Son el trofeo oscuro—del ciego matador!

¡La guerra destructora—desnuda tus campiñas,
Y vuelve con sus rayos—las pompas á tronchar!
¿Qué génio misterioso—se goza en que te tiñas
Con tanta sangre estéril,—vertida sin cesar?

¿Qué génio con sus iras—impele al crudo Marte,
Los haces de sus dardos—lanzando en ronca voz,
De tantas galas útiles—crüel á despojarte,
Cual ruedan las espigas—segadas por la hoz?

¿Quién con sangrientas manos—tal vez no se maldijo
En esa lucha impía—satánica y sin fin,
Si en cada muerto siempre—la España pierde un hijo,
Y el matador, sin gloria,—tan sólo es un Caïn?...

¡La paz con sus venturas—á iluminar comience;
Depónganse los odios,—depóngase el rencor!
¡En luchas fratricidas—perdona aquel que vence;
Que hermanos somos todos,—vencido y vencedor!

Si no cumple una madre—con un deber sagrado,
¡Qué bello es en un hijo,—qué bello el olvidar!
Si el hijo es quien ultraja,—¡qué ingrato y qué menguado
Cuando á la madre humilla—que quiere perdonar!

¡Perdon, olvido, amores!—¡Ellos serán el fruto
Bendito de concordia,—de venturoso bien!
¡El lloro ante los muertos,—la vida tras el luto!
¡Sobre las muertas galas,—las flores de otro eden!...

Estos serán los lauros—de la mejor victoria,
Y no la lid que es tumba—de tanta juventud...
¡España quiere daros—la libertad, la gloria;
España ya no quiere—sombría esclavitud!...

Mas si otra vez, ¡oh Cuba!—levantas insensata
La parricida mano—contra el que sér te dió,
¡El Dios de las justicias—hunda la tierra ingrata
En el abismo á donde—Castilla te arrancó!...

Jamás podrán romperse—los sacrosantos lazos
Que nacen en la sangre—del seno maternal:
¡Cubanos... españoles!—España abre los brazos...
¡Que unir pueda dos mundos—su abrazo colosal!...



DOLORAS.

I.

LA VIDA ES SUEÑO.

¿Todo es ficcion pasajera?
¿Ficcion cuanto el hombre mira?
¿Todo un engaño, mentira,
Sueño, delirio, quimera?
¿No habrá pompa verdadera?
¿Todo es humo y vanidad?
¿Dónde está la realidad
Que buscamos con empeño?
¿Nunca despierta del sueño
La dormida humanidad?

—

Y si es un sueño la vida,
Ya luminoso, ya triste;
Y duerme aquel que no existe,
Bajo losa empedernida,
Y la humanidad dormida
Descansa en la eternidad,
¿Dónde está la realidad
Que el mortal á ver no acierta?
¡El sepulcro!... ¡Allí despierta
La dormida humanidad!...

II.

LA PAZ Y LA GUERRA.

Arboles, mieses doradas,
Jardines, pájaros, fuentes;
Hermosas, labios rïentes,
Cantares, dulces miradas;
Aves, aldeas nevadas,
Arroyos, alegres prados,
Mancebos enamorados,
Pechos que arden y suspiran...
¡Tiernas madres que se miran
En sus hijos adorados!

—

Nube de furias insanas,
Sangre, mortíferas huellas;
Sin amante las doncellas,
Sin hermano las hermanas;
Luto, dolientes campanas,
Tinieblas, campos desiertos,
Sepulcros, despojos yertos
Que horribles buitres devoran...
Y madres... ¡madres que lloran
Por sus pobres hijos muertos!

III.

(IMITACION DE BECQUER.)

Rasgando el velo de la noche triste
Volverá matutino rosicler;
Pero tú, de la sombra á donde fuiste,
¿Cuándo podrás volver?

Sécase el agua que del cielo brota,
Seca al rocío el estival ardor;
Pero ¿qué humano corazon agota
Las olas del dolor?

Volverán las tormentas y la calma
A reinar sobre el nicho donde estás;
¡Pero tú, padre mio de mi alma,
Tú nunca volverás!

Sepultarse en país desconocido
Hombres y ensueños sin cesar veré;
Pero yo tu memoria en el olvido
Jamás sepultaré.

Las lágrimas que dejo en esa losa
El sol las seca con sus rayos ya;
Pero en el alma mia dolorosa
¿Quién ¡ay! las secará?

Helado arroyo volverá en su lecho
A recorrer primaveral region;
¿Pero qué mano deshará en mi pecho
El mal del corazon?

Volverán las tormentas y la calma
A reinar sobre el nicho donde estás;
Pero tú, padre mio de mi alma,
¡Tú nunca volverás!...

DOS PATRIAS.

Á ZARAGOZA.

Yo he visto el azul del cielo,
He visto el oro del sol,
En un emporio español,
En un magnífico suelo;

Yo he debido á la fortuna
Ser hijo de Barcelona,
La de la excelsa corona
Y nobilísima cuna;

En Barcelona he nacido,
En la ciudad inmortal
De dïadema condal
Y de dosel encendido;

En la ciudad de las flores
Y los nobles *conselleres*,
Del trabajo y los talleres
Y de los gayos cantores;

En esa ciudad que el mar
Con olas azules besa,
Cual bravo que á una princesa
Se humillára sin cesar;

En esa provincia altiva
Que *Moncadas* dió en la lid,
Y hace á la flor y á la vid
Brotar de la roca viva;

En la tierra catalana
Que es tierra de libertad,
En la espléndida ciudad
Que vive para *el mañana;*

En ese pueblo que brilla
Por sus conquistas gloriosas,
Y en sus empresas honrosas
A los más grandes humilla;

La tierra que por fecundos
Horizontes se dilata;
La tierra que miéntras lata,
Sabrá latir en dos mundos;

El pueblo de la riqueza,
Que sus blasones mantiene;
El pueblo franco que tiene,
Y tuvo, y tendrá grandeza;

Ese pueblo que trabaja,
Y hace un altar del taller,
Y ante soberbio poder
Ni cede ni se rebaja;

El pueblo que *almogavares*
Y reyes artistas dió;
El pueblo que sojuzgó
Las naciones y los mares;

El pueblo que á Grecia fué
Y que daba *Berengueres;*
El de las bellas mujeres,
Y del honor y la fe;

El pueblo de historia inmensa
Y de glorioso pasado,
Y en que le juzguen honrado
Vé la mejor recompensa;

El eden de verdes hojas
Y del azul Llobregat;
El pueblo del *Montserrat*,
De la fe y las *Barras Rojas;*

El pueblo de trovadores
Y de las *córtes de amor;*
El pueblo batallador
Y de reyes vencedores;

El pueblo de la constancia,
De las *Barras* y la azcona;
El pueblo aquel de Gerona
Ante las huestes de Francia;

Ese pueblo donde, al peso
De la fatiga encorvados,
Los obreros son soldados,
Son mártires del progreso;

El pueblo trabajador,
Sobrio, entusiasta, lëal,
Que pide un hilo al metal
Y corceles al vapor;

La tierra de los obreros
Que en el trabajo se escudan;
Esa tierra á quien saludan
Y admiran los extranjeros...

Pero tambien otra tierra
Es la noble patria mia;
¡Lo dicen la idolatría,
La pasion que un alma encierra!

Este es un suelo sagrado
A quien dar la vida ansío:
¡Aquí nació el padre mio,
Y aquí le tengo enterrado!

Mi sangre, mi corazon,
El alma que oculta llevo,
¡Nada es mio... se los debo
A este glorioso Aragon!...

Cuando todo calle en mí
Y falte luz á mis ojos,
¡Que mis terrenos despojos
Los cubra la tierra aquí!

Yo quiero que mi cabeza
Halle esta tierra querida;
Quiero ser gota perdida
En el mar de tu grandeza;

Quiero ser chispa no más
En tus hogueras de gloria;
¡Yo quiero que en tu memoria
Mi amor no muera jamás!...

Yo no pido que me dés
Ni un aplauso ni una palma;
Mas deja que exhale el alma
En mis versos, á tus piés.

Aquí, en recuerdos. la aurora
A otro crepúsculo enlazo,
Y es cada verso el pedazo
De un corazon que te adora.

El padre que tanto amé
Y que tanto te adoró,
Sér de tu sér recibió
Y tierra en tu tierra fué.

Tú diste á mi padre un lecho
Sobre tu suelo adorado...
¿Qué darte yo, si te he dado
Todo el amor de mi pecho?

Nobilísima ciudad
Que sólo en el alma cabes,
Y ofrecer hidalga sabes
Amor y hospitalidad;

Tú que brillas soberana,
Que no cabes en la esfera:
¡Yo te doy el alma entera!
¡Dame una tumba mañana!

¡Que en este altar venerando
Deje mis últimos besos!
¡Que aquí descansen mis huesos,
Y el alma siga adorando!

¡Sé tú mi amor, mi sosten,
Mi fanatismo, mi altar;
Que yo te sabré adorar
Cuando haya muerto, tambien!...

Hoy sólo aguarda el creyente
Dejar la tierra en tu suelo,
Y desde aquí el alto vuelo
Tender á un orbe esplendente;

Hoy te llevo en mi memoria,
Y aguardará el peregrino,
En tu seno hallar camino
Para un öasis de gloria;

Hoy sólo mi pecho quiere
Para mañana una tumba,
Cuando al cuerpo que sucumba
Deje el fulgor que no muere;

Hoy sólo á pedirte vengo
Para el cuerpo tumba hermosa,
Un lecho junto á la fosa
Donde algo del alma tengo;

Pero si un dia, abatido
Por la tormenta crüel,
Fuera el oscuro bajel
Entre las sombras perdido;

Si muriese la esperanza
Que me dá la religion,
Y no viese el corazon
Un iris en lontananza;

Si, hollando abrojos el pié,
La serpiente de la duda
Sintiera el alma, desnuda
De adoracion y de fe;

Si fuese un ciego, un impío,
Siempre vendría á pedir...
¡Un lecho donde dormir
Al lado del padre mio!...





SONETOS RELIGIOSOS.

LA CREACION.

Fundido el cáòs en grandiosa lumbre
Al fulgor de un aliento poderoso,
Palpita el Universo esplendoroso,
Brillan los astros en la régia cumbre;
Por el vacío alada muchedumbre
De aves se extiende en murmurar gozoso,
Y salta el pez sobre el cristal undoso,
Y arde un Eden de amor y dulcedumbre.
El manantial que surge de la roca,
El ave tierna que al azul se lanza,
Cantan la gloria del excelso nombre;
Y omnipotente, el Hacedor coloca,
A su imágen fundido y semejanza,
Sobre los mundos, como rey, al hombre.

EL PRIMER HOMBRE.

Ante un árbol purpúreo y encantado
Y gala del Eden resplandeciente,
La tentacion en murmurar ardiente
Le brinda con el fruto codiciado.
Intenta resistir; pero abrasado
Por la risueña tentacion se siente,
Y cae matador sobre su frente
El angustioso estigma del pecado.
En incesante fatigoso anhelo
Gemir por él la humanidad debía
Condenada al eterno desconsuelo.
Por la mujer el hombre sucumbía;
Mas si nublaba una mujer el cielo,
Otra á los cielos sonreir haría.

CAIN.

Como reptil que surge del follaje
Se arrastra la traicion sobre la tierra,
Y el ángel del engaño y de la guerra
Presta á Caïn su tentador lenguaje.
La soledad augusta de un paraje
Sumido en calma sepulcral, no aterra
Al despiadado corazon que encierra
Con la esperanza un anhelar salvaje.
Abate al bueno la doblez menguada,
Y la traicion arrebató la vida
Al inocente, con siniestra mano.
De aquella horrible tierra ensangrentada
La voz del cielo ahuyenta al fratricida,
¡Y le sigue el espectro del hermano!

EL DILUVIO.

A empleo vil la humanidad se entrega,
Y se arrastra y revuelca por el cieno,
Sin recordar que del cenit sereno
Puede surgir la tempestad que ciega.
El rudo instante de exterminio llega,
Y brilla el rayo, y se despeña el trueno,
Y, desgarrado tormentoso seno,
En agua el monte colosal se anega.
Sobre los mares vá flotando el *Arca*,
Miéntras la altura en rayos se desploma
Sobre la frente del mortal esquivo.
Cubierto ya cuanto el humano abarca,
Sonríe el cielo, y la gentil paloma
Tiende las alas hácia el verde olivo.

LA TORRE DE BABEL.

No poseyendo un indomable vuelo
Para lanzarse al piélago infinito
Donde se apaga el borrascoso grito
Que arroja ardiente en su ambicion el suelo,
Presa los hombres de febril anhelo,
Pretendian con ánimo inaudito,
Amontonando escalas de granito,
Hollar un dia la region del cielo.
Al rumor de mil lenguas, imponente
Abrumadora confusion desgrana
Los haces mil de la ambiciosa gente.
¡Así rueda el soberbio! ¡Así mañana
Rodará la ambicion!... ¡Qué fácilmente
Abate el cielo la soberbia humana!

EL PUEBLO DE DIOS.

Sintiéndose de cerca perseguido,
Buscando las arenas del desierto,
Avanza en angustioso desconcierto
Sobre un país por la venganza herido.
Ante un mónstruo que salta dividido,
Cual por el hacha desgarrado y muerto,
Camino vé de salvacion abierto
El pueblo entre los pueblos escogido.
En ira el ciego acosador se enciende,
Y en monton caballeros y pëones
Avanzan hácia el mar con heroïsmo.
Augusto brazo salvador se extiende,
Y el déspota, y los carros y legiones,
Cual fiera hambrienta, se tragó el abismo.

EL SALVADOR.

Por el lodo los pueblos se arrastraban
Como en la orgía lúbrica bacante,
Y la pureza, el corazon amante
De la mujer infames profanaban.
Los ominosos ídolos se alzaban
Sobre la sangre de un altar humeante,
Y el cuerpo del esclavo, palpitante
Las fieras en el circo desgarraban.
Para volcar al ídolo pagano,
Apoteosis del vicio y de la guerra,
Nace Jesús cual miserable humano.
Humilde choza al Salvador encierra:
¡Así nace el *Divino Soberano*
Que adorarán los reyes de la tierra!

EL PUEBLO DEICIDA.

La cuna de sus glorias abatida
Al rayo de las armas vïolento,
Es triste arena que desliga el viento
Sobre el mundo, la raza maldecida.
Áun por la tierra, con penosa vida,
Se arrastra cual fantasma macilento,
Llevando el *inri* de la cruz sangriento
Sobre la frente, el pueblo deïcida.
Como el soplo que rasga la palmera,
Lo desparrama un huracan maldito
En amarillos haces por doquiera.
Miéntras exista, gemirá proscrito,
Y eternamente caminando, espera,
Y eterno le persigue su delito.

JERUSALEM.

Ayer á los humanos asombraba
Tu colosal esplendidez fecunda,
Y no sentía tu cerviz la inmunda
Argolla vil de miserable esclava.
Luego el poder de tu soberbia acaba
Hundido al peso de mortal coyunda:
¡Debía ser eterna moribunda
La que á *Dios moribundo* contemplaba!
Miradla allí... ¡No se levanta al beso
Que el sol arroja de la edad moderna
Donde huracan abrasador palpita!
Miradla allí... ¡Bajo el horrible peso
De una implacable maldicion eterna,
Áun se estremece la *ciudad maldita!*...

JUDAS.

¿No tiembla cuando al ciego fanatismo
Entrega la *Verdad* que nos redime
Y sólo el arma del amor esgrime
Contra el poder brutal del Paganismo?
Báñase en sombra el firmamento mismo
Para no ver que la traicion imprime
En una faz de resplandor sublime
Un beso más oscuro que el abismo.
Llora el traidor su suerte malhadada,
Y no puede apagar el fuego interno
Que le röe cual sierpe despiadada.
Rueda á las simas del dolor eterno,
Y al verle, una siniestra carcajada
De rabia y mofa le arrojó el infierno.

¡MARÍA!

¡Nombre que canta, al sonreïr, el dia,
Y sobre el lecho del dolor fulgura;
Nombre que el alma en su deliquio apura
Cual sublime raudal de pöesía!
¡Nombre que exhala un mundo de armonía,
Todo un pöema de inmortal dulzura!
¡Iris risueño en la tormenta oscura;
Esperanza del hombre en la agonía!
¡Faro que luce en la voraz tormenta
Que los cimientos del altar socava,
Y ante la duda y la impiedad, alienta!
¡Nombre que en todo corazon se graba;
Que á la faz de los siglos representa
La redencion de la mujer esclava!

DIOS.

Tú no me puedes asombrar, Dios mio,
Ni cuando el huracan desencadenas
O con el iris un cenit serenas
Que largas horas aterró sombrío,
Ni porque diste al ancho mar bravío,
Por toda valla un cinturon de arenas,
Y de mil astros el vacío llenas
Y los haces girar por el vacío.
No me asombras, Dios mio, porque sabes
Dar luz al dia y á los dias lecho,
Fragor al rayo y música á las aves;
Pero, ¿cómo, Dios mio, cómo has hecho,
Cuando en la misma inmensidad no cabes,
Para caber en este humilde pecho?

LA CRUZ.

Nunca padron de una mayor vileza
Se ha convertido en joya más preciada,
Ni nunca pequeñez tan malhadada
Ha podido ostentar tanta grandeza.
Ayer, hundiendo en funeral tristeza,
Era tan sólo del verdugo amada,
Y al dedicarle un beso, una mirada,
Hoy se descubre el hombre la cabeza.
¡Miradla!... Ella rasgó malditos lazos;
En ella estuvo Cristo moribundo;
Ella con hondo pié cerró el infierno.
¡Ved cómo extiende los jigantes brazos
Y recoge las lágrimas del mundo
Y las arroja al trono del Eterno!

EL CIELO Y EL INFIERNO.

¿De fe llevais el corazon vacío,
Y, no esperando por vivir sin ella,
Ni presentís una region más bella,
Ni horror os causa otro lugar sombrío?
Ved, ya cadáver sobre lecho frio
De paja inmunda, á virginal doncella...
Venid, mirad: sobre la pompa aquella
Yacen los restos de malvado impío.
¡La vírgen!... ¿En su rostro ántes doliente,
Por vaporosa luz transfigurado,
No se sonríe el cielo dulcemente?
Mirad, mirad el rostro del malvado:
¿No dicen las arrugas de su frente
Que á sombra eterna ha sido condenado?

LA CAIDA DE LUZBEL.

El Dios jigante abandonó el reposo,
Y al despertar de su quietud, desea
Y su deseo inmensidades crea
Y desvanece el cáos tenebroso.
De una mirada enciende el dia hermoso,
Toda esa luz que en lo infinito ondea,
Y en inflamadas cumbres centellea
Un ángel de esplendor maravilloso.
Engreïdo Luzbel con su hermosura,
No presiente el horrendo cataclismo
Que está forjando su soberbia impura...
¡Pretendia reinar sobre Dios mismo,
Cuando, indignada, retembló la altura;
Y fué rey, pero rey en el abismo!

EL NAZARENO.

¡Miradle!... No es el Dios que arde en los vientos
Y envia un rayo á las soberbias frentes;
Que no conciben abrasadas mentes
Sin encender abismos de tormentos;
Que ruge en borrascosos firmamentos,
Y en sus venganzas se ostentó á las gentes
Cual eco aterrador de cien torrentes,
Ceñido de relámpagos sangrientos.
Es un Dios de palabras cristalinas;
Un Dios humilde, el Dios crucificado
Que fueron á besar las golondrinas;
¡Dios que perdona, mártir azotado;
El Dios que el hombre coronó de espinas,
Y perdonaba en una cruz clavado!

EL PUEBLO MALDITO.

Miradle allí: sobre su faz maldita
Lleva un estigma aterrador escrito;
Que inmenso como el mar es su delito,
Y como el mar su pena es infinita.
Miradle allí: la pena le concita
Y siempre debe caminar proscrito,
Y á todas partes le persigue él grito
Del odio eterno que, angustiado, evita.
En busca siempre del hogar materno,
Siente el ardor de estío sofocante,
Cruza las nieves de implacable invierno;
Busca afanoso una mansion distante,
Y al llegar, otra vez el grito eterno
De la desdicha rugirá *¡adelante!...*

Á NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

Tú eres raudal que ánima placentero
Y de las cumbres celestiales mana;
Tú lates en la histórica campana
Que hizo vibrar el indomable acero;
Tú haces cantar como el albor primero
Que anuncia al mundo la gentil mañana,
Y fuiste la bandera soberana
Que en los combates tremoló el guerrero...
¡Rayo de amor que aduerme al que solloza!
¡Reina que abates el mundano encono!
¡Luz del alcázar y la triste choza!
¿Nada Aragon ostentará en su abono?
¿No latirá jigante Zaragoza,
Si á Zaragoza le pediste un trono?...

—

Por Tí de llamas Aragon se viste;
Por Tí salvó los procelosos mares
Y arrebató banderas seculares
Que como alfombra colosal tuviste:
Por Tí la gloria de Aragon subsiste,
Y se adormece el mar de los pesares,
Y brillas en los místicos altares
Y en el profundo corazon del triste.
Tu nombre salvador nos acompaña;
Tú flotas sobre históricos pendones
Que inmensa gloria de destellos baña:
Miéntras vibren por Tí los corazones,
Jamás lëones faltarán á España;
¡Que Zaragoza te dará lëones!

—

¡Sacro pöema de dulzuras hecho
Y que desciende hasta las almas suave!
Brilló en la cruz de aragonesa nave,
Y flota allí sobre angustioso lecho:
Lo pronuncia y bendice nuestro pecho;
Lo escribe el astro y lo murmura el ave;
Y sólo, inmenso, en una tierra cabe
Que halló á su gloria el Universo estrecho.
Ruede al influjo de tu nombre santo,
Dorado rio de esperanzas bellas
Sobre las almas que marchita el llanto;
¡Roba al dolor las encendidas huellas,
Y envuelve esta ciudad en ese manto
Que Jesucristo salpicó de estrellas!

JESUCRISTO.

Avanzando hácia tétrico jigante,
Al peso de la cruz se arrastra herido;
Ya se aproxima al Gólgotha, escupido
Por un pueblo que ruge delirante.
Llegó el momento, el salvador instante
De ser por Dios el hombre redimido:
Ya exhala el *Mártir* su postrer gemido;
Ya pende de la cruz, agonizante.
Allá en la cima de un osario inmundo,
Al peso de dolores sobrehumanos
Inclina la cabeza moribundo.
Espira al fin, y sus sangrientas manos
Dicen al cielo: *¡Yo defiendo al mundo!*
Dicen al mundo: *¡Todos sois hermanos!*

EL DIOS-MÁRTIR.

La libertaba de ominosa suerte,
Y era escupido por la plebe oscura;
Y sublime luchaba su dulzura
Contra la mano despiadada y fuerte.
Cuando su cuerpo se doblaba inerte,
Nos abria las puertas de la altura,
Y al ofrecernos su existencia pura,
Nos arrancaba al yugo de la muerte.
Miéntras gire en el éter inflamado
La baja tierra y de verdor se alfombre,
Serán los mundos un altar sagrado:
Jamás los siglos borrarán el nombre
Del Dios sublime que se vió azotado
Por predicar la libertad del hombre.





SONETOS ELEGIACOS.

EN LA TUMBA DE MI PADRE.

Las amarguras á expresar no acierto
Del más fatal de mis crüeles dias:
Yo te besaba, y tú no te sentías
De besos y de lágrimas cubierto;
A mi llorosa voz tu labio yerto
No contestaba nunca... ¿Y cómo habias
De responder á las caricias mias,
Padre del corazon, si estabas muerto?
Tan roto el pecho desde entónces tiene,
Que de las tumbas á la triste calma
Buscando paz el hijo tuyo viene.
Ese mármol crüel, padre del alma,
Deja que bese el rojo labio mio...
¡Qué inmóvil, ay!... ¡Dios de bondad, qué frio!...

Verdes campiñas de esplendor florido
La primavera mágica ilumina;
Extiende el sol su lumbre purpurina,
Y el otoño se anuncia en un quejido;
Huye del suelo por la nieve herido
Pájaro errante que hácia el *Sur* camina;
Pero vuelve la oscura golondrina
A visitar su abandonado nido.
De gayas flores el prado se reviste,
Y vuelven á los árboles del prado
Las aves dulces que en las ramas viste.
¡Tú no vuelves jamás á nuestro lado,
Y no te vemos, y estarás tan triste,
Y solo, y frio, en tu sepulcro helado!...

—

¿Qué podría decir para que fuese
Digno de mi dolor cuanto dijera,
Si por no verte en esa tumba fiera
Toda la sangre de mi pecho diese?
¿Ni cómo aguardo que mi lengua exprese
Cuanto murmura el alma lastimera,
Si para hablarte sollozando, espera
Que, arrodillado, tu sepulcro bese?
¿No es cierto que las voces que te envio
Hallan un eco en tu mansion brumosa,
Y no es verdad que cuando el rostro mio
En este mármol con dolor se posa,
Se filtran ¡ay! por este mármol frio
Y calientan mis lágrimas tu fosa?

—

HERMENEGILDO COLL DE VALLDEMÍA.

¡Ay del mortal que nunca se conmueve
Y tiene el frio corazon de hïelo,
Y puede ver sin angustioso anhelo
Cómo la muerte á deshacer se atreve,
Con el sudario horrible de su nieve,
Aquella pompa que sirvió en el suelo
De verde asilo y bienhechor consuelo
A quien huyó de la impiedad aleve!
¡Yo ni en los senos de la nube oscura
Que sin cesar fosfórica descarga
Brillantes rayos sobre agreste hondura,
Ni en el acíbar, ni en la hïel amarga,
No encuentro hervor, no encuentro una amargura
Igual á la amargura que me embarga!

—

Verde refugio puede hallar el ave
Entre las hojas del frondoso huerto;
En la abrasada arena del desierto
Presta la palma una frescura suave;
La tempestad, al combatir la nave,
Puede empujarla hácia seguro puerto:
¿Dónde encontrar, pues tu grandeza ha muerto,
Quien nuestro luto y nuestra angustia acabe?
Para expresar tanto dolor no hay quejas;
Que todo es triste, pálido, incoloro;
Pues miéntras libre y volador te alejas
Hácia las galas del excelso Coro,
¡Aquí en el mundo solamente dejas
Raudal eterno de encendido lloro!

—

Avanza el pértel cuyo aciago vuelo
Es anuncio de próxima tormenta;
Se extiende cual cortina cenicienta
Por los espacios asfixiante velo,
Y la enlutada inmensidad del cielo
El brillador relámpago ensangrienta,
Al estallar la furia turbulenta
Que anega al mundo en angustioso duelo...
Pero ¿qué vales, tempestad hirviente,
Cuando algun pecho desgarrar se siente,
Y su ardorosa inmensidad sin calma,
Guarda en sus nubes manantiales rojos,
Y en el fuego que cae de los ojos
Rueda la sangre en que se enciende el alma?

—

¿Mas ¡ay! por qué, sin reposar, me aflijo,
Y el lloro amargo en mis pestañas brilla,
Y desfallezco, y doblo la rodilla,
Y una plegaria al Hacedor dirijo?
¿Es que las alas de la mente fijo
Sobre enlutada y fúnebre capilla,
Y la luz de los cirios amarilla
Alumbra un atäud y un crucifijo?
¿Por qué esa caja mísera me aterra,
Sin poderla arrancar de mi memoria?
¿Es que una gloria de mi patria encierra?
Contemplad esa caja mortüoria...
¿Juzgais, impíos, que podrá la tierra
Rodar oscura sobre tanta gloria?

—

¿Qué me dice el rumor de la campana
Al llegar hasta mí como un lamento?
¿Me dice acaso con su sordo acento,
Que cuanto miro es una sombra vana,
Y en vano intenta la ambicion humana
Fundar aquí sobre eternal cimiento;
Pues, humo todo, y pequeñez, y viento,
Ceniza el hombre debe ser mañana?
Gemidos sus rumores me parecen,
Porque recuerdan una flor perdida
Donde tan pocas deslumbrantes crecen;
¡Pero dicen al alma dolorida
Que cuando génios como tú perecen
Es porque existe otra jigante vida!

—

Si yo tuviese el númen peregrino,
Eso que nunca en mi cerebro tuve,
Y brillar cual las alas del querube
Pudiera el génio en árido camino,
Y ave fuera que, hendiendo el torbellino,
Se remonta triunfal de nube en nube,
Y al horizonte luminoso sube
Hasta bañarse en el fulgor divino;
Para rendirte una grandiosa ofrenda
Al sol pidiera inspiracion brillante;
Pero ni aquel que hasta su fuego ascienda
Ha de sentir inspiracion bastante;
Que hay alma que te llore y te comprenda;
No puede haber, no hay númen que te cante.

—

El trueno que fantástico murmura
Y se despeña en el espacio hirviente;
La centella arrojándose estridente
A los abismos de la mar impura;
El rayo que deshace la espesura,
Las gotas que se truecan en torrente,
La inmensidad magnífica y rugiente
Que se cubre de aciaga vestidura;
El huracan que selvas anonada
Y abate cedros y la altiva roca
Al resplandor de un horizonte rojo,
No expresarían el celeste enojo
Cual lo expresaba el soplo de tu boca,
Por las mismas tormentas no humillada.

—

El ruiseñor que en el verjel sombrío
A los más dulces cánticos iguala;
La brisa leve que con sútil ala
Los árboles rozó del bosque umbrío;
El adios melancólico del rio
Al despedirse de frondosa gala;
La música, el perfume que se exhala
De una floresta en el dorado estío;
Cuanto una régia vibracion produce,
O en los espacios se dilata, y luce,
Atrae, asombra, y vencedor imprime
Un sello al mundo de inmortal grandeza,
Exhalar no podrían la belleza
De aquella excelsa inspiracion sublime.

—

Tú que evocabas un fúnebre sudario
De horror, y sombras, y tristeza lleno,
Haciendo oïr el pavoroso trueno
Que retumbára en el dormido osario,
Cuando, escupido como vil falsario,
Sangriento el rostro, desgarrado el seno,
Moria en una cruz el Nazareno
Sobre la impura cima del Calvario:
¡Pide á aquel Dios que á todos perdonaba
Cuando en suprema angustia agonizaba
Ante una turba fiera y vengativa,
Que nos perdone si llorar ansiamos
Y si el fallo sublime no acatamos
Que de tu excelso resplandor nos priva!

—

A pesar del acero despiadado,
Pomposa vuelve á retoñar la encina;
El iris en la esfera cristalina
Deshace los espectros del nublado;
Vuelven las hojas al desnudo prado,
Al nido volverá la golondrina:
¡Tú que volaste á la mansion divina,
Ya nunca volverás á nuestro lado!
Brilla en los cielos la purpúrea aurora,
El sol se apaga tras la breña inculta,
Y el alba al cénit otra vez colora...
¡Cuando una llama como tú se oculta,
No vuelve su sonrisa bienhechora,
Y en una noche eterna nos sepulta!

—

Barre la muerte el tronco carcomido
Y el árbol más frondoso y más lozano;
Mas ¿cuántas veces la segur en vano
Esa deidad siniestra no ha blandido?
¡Atrás, oh muerte! ¡Despiadado olvido!
¡No venza aquí vuestro poder tirano!
¡Que no muere el talento soberano,
Ni se olvida jamás al sér querido!
Cuando un sollozo de desdichas zumba
De nuestras almas en el orbe interno,
Y un coloso del arte se derrumba,
Y pierde la niñez un padre tierno,
¡Qué vale el ver cómo en helada tumba
Crecen los lauros de verdor eterno!

—

¿En dónde hallar una doliente frase
Que exprese nuestra fúnebre agonía?...
¡Bien que la muerte, al dominar impía,
Sabios y reyes por igual segase,
Si, al ménos, la grandeza respetase
De la virtud sublime que nos guia
A la region del venturoso dia,
Que tiene el sol por luminosa base!
Aunque bañes tu espíritu en el fuego,
En la luz de las célicas regiones,
¿Podrá tu voz desvanecerse luego?
¡No podrán fenecer sus vibraciones;
Porque tus labios con divino riego
Sabian fecundar los corazones!

—

Si amargamente, y sin cesar, gemimos,
Y al Hacedor una mirada alzamos,
Es porque ya las frases no escuchamos,
Las amorosas auras no sentimos
Del labio celestial donde bebimos
Olas de luz y la esperanza hallamos,
¡Y las amargas olas que arrojamos,
No bastan á llorar lo que perdimos!
En un puñado de ceniza inerte
Supo la muerte al atäud lanzarte;
Pero jamás vencer sabrá la muerte:
¿Quién podrá de nosotros arrancarte?
¡Vivo, nos fué imposible no quererte!
¡Muerto, imposible nos será olvidarte!

No es un acorde, una armonía, un canto,
Lo que se exhala de mi pecho herido;
Es un sollozo amargo, es un quejido
Envuelto en olas de afliccion y llanto.
Mísera noche descorrió su manto
En nuestro corazon desfallecido;
¡Que una celeste antorcha hemos perdido
Al remontarse hácia la luz un santo!...
Los que holleis la mansion de los despojos
Y del triste ciprés, clavad los ojos
En el panteon del sacerdote augusto
Que honrar no sé con mis humildes labios...
¡Ante el génio descúbranse los sabios!
¡Prostérnense los buenos ante el justo!...

Á MI ANTIGUO PROFESOR D. R. CUSPINERA.

Hoy llora triste y sin descanso el suelo
Tus altas dotes, tu saber fecundo,
Al remontarse sobre el lodo inmundo
El alma excelsa que tendió su vuelo.
¿Qué lenitivo, qué fugaz consuelo
Cabernos puede en nuestro mal profundo,
Si quiso Dios arrebatarte al mundo
Para adornar su venturoso cielo?
Ruede el laurel y ese sepulcro alfombre;
Que tus alumnos adorarte quieren,
Y miéntras vivan, vivirá tu nombre.
Cuando los filos de la Parca hieren,
En el olvido se sepulta el hombre;
Pero los hombres como tú, no mueren.

Á LA MUERTE DE DOÑA MARÍA VICTORIA.

Cebóse el viento en la inocente rosa
Y arrancóle su débil vestidura;
Pero la esencia se tornó á la altura
En invisible nube misteriosa...
¿No debe España contemplar llorosa
Cómo, en brazos de histérica amargura,
Gime el esposo por la madre pura,
Los hijos por la madre cariñosa?
¡No volará la estrella fugitiva
Por tenebrosa inmensidad desierta,
Sin que Dios en su seno la reciba!
De una mártir mirad la tumba abierta...
¡Los que pudisteis despreciarla viva,
Arrodilláos, adoradla muerta!

Á LA MUERTE DE LA REINA MERCEDES.

¿Será posible que al morir tu encanto
Las almas tiernas su afliccion no exhalen,
Ni que por nuestros párpados resbalen
Amargas olas de encendido llanto?
Las lágrimas que enciende este quebranto
Son de esas que jamás al rostro salen...
¿Por qué se quedan los que nada valen?
¿Por qué se marchan los que valen tanto?
¿Tal vez partís de esta mansion de duelo
Para que aumente la implacable guerra
Que nos envuelve en angustioso anhelo?
¿Qué triste arcano vuestra muerte encierra?
¿Acaso faltan ángeles al cielo,
Que nos viene á robar los de la tierra?

—

¡Así lo quiso la implacable suerte!
Las flores se deshojan en seguida,
Y los ángeles pasan de corrida,
Y la ilusion en llanto se convierte.
Si hondo gemido esta nacion os vierte,
Es porque, absorta en su dolor, olvida
Que un instante la flor tiene de vida,
Y vida para un ángel es la muerte.
Quizá algun rey que de sangrienta palma
Se apoderó con mano vencedora,
No fué al sepulcro á conseguir la calma.
Tranquila habeis de reposar, Señora;
Que mucho vale hacer llorar á un alma,
Y es el alma de un pueblo la que os llora.

—

CAMOENS.

Bajo un cendal de sombras despiadadas
El gran Cervantes, al llorar, reïa,
¡Y cuán amarga inmensidad vertia
En aquellas sublimes carcajadas!
Tambien allí en las Indias encantadas,
Palpitantes de fuego y poesía,
Otro génio lloraba, y escribia
Un pöema inmortal en las *Lusiadas*.
¡Nuestros mundos son áridos desiertos
Que recorren los génios fugitivos,
De lodo, y sangre, y de ansiedad cubiertos!
¡Todos ruedan á embates aflictivos!
¡Llanto, y laureles, y grandeza, muertos!
¡Miseria, y sombras, y desprecio, vivos!

THIERS.

Permite que hasta tí mi voz levante,
Aunque tan pobre, en mi humildad, me veo
Para cantar el nombre jiganteo
Que nunca Francia adorará bastante.
Afan glorioso te gritó *adelante*,
Y al conquistar un inmortal trofeo,
Probaste que en el barro del pigmeo
Puede latir el alma de un jigante.
Hoy del sepulcro á la sombría estancia
Te arroja aleve una deidad artera
Y el lloro corre en fúnebre abundancia;
Que al apagarte, celestial lumbrera,
No te pierde y te llora sólo Francia,
Sino tambien la humanidad entera.

FORTUNY.

El arte está de luto: allí en el hüerto
Que helado soplo desgarró aflictivo,
Doblóse un árbol de esplendor altivo,
Y España gime en funeral concierto;
Pero al brillar otro horizonte abierto
Ante el génio que vuela fugitivo,
El que todos amaban cuando vivo
Es llorado por todos cuando muerto..
Pero la muerte luchará irrisoria
Contra el prodigio que rodó al profundo
Misterio de una caja mortüoria;
Pues que, ceñido de laurel fecundo,
Te dan corona el fuego de la gloria,
Altar los hombres, pedestal el mundo.

NARCISO SERRA.

Inestimables joyas regalabas,
En entusiasmo al público encendías,
¡Y qué pobres ofrendas recibías
En cambio del tesoro que le dabas!
Como Cervantes, condenado estabas
En el trabajo á marchitar tus dias;
Como Cervantes, sonreir hacías,
Y cuando hacías sonreir, llorabas.
Al cabo vino el funeral contraste;
Que ya tus alas el azul coloran,
Y un mundo lleno de amargor dejaste.
Olas de llanto tu sepulcro doran...
¡Ayer rieron miéntras tú lloraste!
¡Hoy te sonríes miéntras todos lloran!

JERÓNIMO BORAO.

Los que lucir y florecer te vimos,
Y mudo, y yerto, y sin calor te vemos,
¿Qué mucho que de lágrimas reguemos
Ese sepulcro que á cerrar venimos?
En su ascension á un águila seguimos
Con los ojos del alma, y comprendemos
La inmensidad gloriosa que perdemos
Por el vacío inmenso que sentimos.
Grandioso fué tu amor, mucho brillaste;
Pero tambien, eternamente amado,
Honra y laureles y respeto hallaste.
¡Gloria de un pueblo á glorias avezado!
Por sólo un corazon que nos dejaste
¡Cuántos y cuántos, ay, no te has llevado!...

HARTZEMBUSCH.

Rodaron á la fria sepultura
El polvo vil, la miserable arcilla;
Mas en los ricos lauros de Castilla
Vive tu génio y tu renombre dura.
Tu creäcion, como los astros pura,
En el verjel de los amores brilla,
Y arde el cuadro sublime que á Marcilla
Ha unido al dulce nombre de Segura.
El huracan que arrebató la calma,
Y rasga montes, y desnuda el prado,
No abatirá tu esplendorosa palma;
Nunca tu esencia volará al pasado...
¡Volar no puede al infinito un alma
Que á los *Amantes de Teruel* has dado!

ESPRONCEDA.

Ya eras susurro blando como el lecho
Donde palpita la mujer querida,
Ya el eco triste de ilusion perdida
Que ayer doraba el amoroso pecho;
Ya hirvientes llamas, huracan deshecho,
Inmensidad rugiente y encendida,
Que, al brillar y rugir enfurecida,
Hallaba el orbe á su grandeza estrecho.
Tú exhalabas el grito de la angustia
Como vapor del llanto que se estanca
En el pecho que gime envenenado;
Y te perdiste en un abismo helado
Cual flor que el viento en el otoño arranca
Y allá entre nieves se deshace mustia.

LO QUE FUISTE.

¡Has volado á los mundos brilladores
Donde entre llamas el arcángel mora;
De donde surge la encendida aurora
Y el caudal de purpúreos resplandores!
¡El jardin se desnuda de colores,
Lloran las aves, y suspira Flora;
Que, con la muerte de tus galas, llora
A la mejor de sus excelsas flores!...
¡Fuiste el ensueño mágico que, puro,
Bañaba este arenal de pesadumbre,
Y sólo abrojos y amargura encierra!
¡Angel de luz que descendió á la tierra
Para mostrarnos la divina lumbre
Entre las nubes del abismo oscuro!

Á UNA MADRE.

Exhala el lloro que tu pecho encierra,
¡Oh madre desdichada y dolorosa!
Pero recuerda que voló dichosa
Desde el afan y la incesante guerra;
Y si la triste soledad te aterra
En que te deja, al escalar hermosa
La region de los astros luminosa,
Mira á los cielos, y jamás la tierra.
Cual torna al árbol su ropaje verde,
La dulce calma gozarás mañana
Aunque su dicha el corazon recuerde.
Voló feliz á los espacios Ana,
Y ¿qué valdrá la pequeñez que pierde
Ante la régia inmensidad que gana?

TU SEPULCRO.

Eras ardiente en tu pasion y hermosa
Como el volcan que se deshace en lava;
¡Y acaso no sabías que te amaba
Como al foco de luz la mariposa!
Hoy que la muerte, fria y silenciosa,
De arrebatarte la hermosura acaba,
Aquel mundo falaz que te adulaba
No arroja flores á la abierta fosa.
Hoy que la muerte, por fatal capricho,
Te condena á este lúgubre destierro,
El mundo olvidará lo que te ha dicho;
Yo que esta caja sollozando cierro,
No he de dejarte sola en ese nicho,
¡Y aquí en mi pobre corazon te entierro!

Á LA MUERTE DE D. TOMÁS PELAYO,

INICIADOR DE LAS VELADAS LITERARIAS EN EL CASINO PRINCIPAL DE ZARAGOZA.

¿Sin afliccion, señores, ni amargura
Veremos un sitial abandonado
Por el noble varon que supo honrado
Elevar este *Centro* de cultura?
¿Tal vez la muerte, con su mano impura,
Al amigo infeliz nos ha robado,
Quedando sólo del fulgor amado
Pavesas que cubrió una sepultura?
Le vimos ¡ay! en una caja yerto;
Con sus llamas huyó, cual fugitivos
Destellos que se elevan de un desierto;
¡Pero en estos instantes aflictivos
Honra sentir cómo se queda un muerto
Llenando el corazon de tantos vivos!





SONETOS ENCOMIÁSTICOS.

Á MI ADORADA MADRE.

Los susurros que pueblan el ambiente,
El pájaro entre rosas escondido,
Quisiera ser para hechizar tu oïdo
Y llegar á tu pecho dulcemente.
Tú eres amores, luminosa fuente
Que no caerá en la arena del olvido;
Pues yo á tu imágen le he formado un nido
De algo que no se expresa, que se siente.
La ingratitud es sombra de menguados;
Las llamas del amor no se evaporan
En corazones puros y acendrados.
Tus resplandores en mi pecho moran;
Que el pecho de los hijos adorados
Es un altar donde á su madre adoran.

¿EN DONDE?

Si mañana á la nube sonrosada
De tu inocencia, acaso vacilante,
Le llega al fin el proceloso instante
De verse como un sueño disipada;
Y los deseos de sentirte amada
Te hace sentir el corazon amante,
Y la pálida vírgen suspirante
Se convierte en esposa idolatrada;
Quien, borrando el ayer de la memoria,
Apagára en tu amor todo su anhelo
Y encerrase en tu amor toda su historia,
Si á otras regiones elevára el vuelo,
¿En qué cielo hallaría tanta gloria,
Ni gloria igual, ni tan hermoso cielo?

TUS HECHIZOS.

¡No los robes al sol, no los escondas!
De la *Vénus de Milo* son desdoro,
Etéreos como el céfiro sonoro
Que mece dulce en el jardin las frondas.
Ese cabello, con sus hebras blondas,
Al sol le muestra sin igual tesoro,
Como torrente que desata en oro
Las deslumbrantes y hechiceras ondas.
En tu frente algo hermoso centellea,
Más puro que el arroyo cristalino
Que allá en el verde musgo serpentea;
Y eres acaso, en el mortal camino,
Chispa arrancada á luminosa idea,
Giron rasgado del azul divino.

¿POR QUÉ?

Sobre este valle, donde todo acaba
Y muere la ilusion del que confía,
El recuerdo de dulce pöesía
En nuestro herido corazon se graba.
Quizá, por eso, cuando yo soñaba,
En mis delirios de pöeta un dia:
¿Qué debe ser un ángel? me decía;
¿Un ángel qué será? me preguntaba?
Entónces preguntaba á cada punto:
¿Será brillante cual la rica aurora?
¿Será del fuego celestial trasunto?
Desde que os ví resplandecer, señora,
No inquiero qué es un ángel, me pregunto
Por qué razon entre los hombres mora.

FRAY LUIS DE LEON.

Orgullo de la lengua castellana,
Eras rio de mansas dulcedumbres
Que descendias de celestes cumbres
Sobre este valle de la angustia humana.
A tu canto de estirpe soberana
Y grandeza inmortal, las muchedumbres
Sentian un destello de las lumbres
Que brotan del fulgor de la mañana.
Tu génio, con que animas y arrebolas,
Es un cristal de vívidas facetas,
Fresco tesoro de irisadas olas.
A tu poder la inspiracion sujetas,
Y te aclaman las musas españolas
Por príncipe inmortal de los pöetas.

GARCILASO.

La dulce vírgen, la gentil pastora
Que palpita en tus versos seductores,
Son tal vez un puñado de fulgores
Que arrebataste á la divina aurora.
La selva, á tu contacto, se colora
Y se viste de plácidos verdores,
Y el caramillo tañen los pastores
Prestándole armonía arrobadora.
Al beso de tus alas purpurinas,
Del lago azul en el cristal sereno
Aparecen las mágicas ondinas.
De amenidad y de dulzuras lleno,
Atraes con tus pláticas divinas
Como los frutos del cercado ajeno.

HERRERA.

Prez y honor de la tierra castellana,
Te remontaste á cumbres asombrosas
Sin fatigar las alas luminosas
Tintas en rayos, y zafir, y grana.
Brillante cual la luz de la mañana,
Dosel de fuego al camarin de rosas,
Te alzabas en grandezas armoniosas
Al límite de esfera sobrehumana.
Surgian de tu voz las tempestades,
La cólera del raudo torbellino
Que tala macilentas soledades;
Y hollando nubes, sigues tu camino,
Y atraviesas, de edades en edades,
La inmensidad, cual resplandor divino.

MELENDEZ.

¿Quién te prestó esa mágia portentosa?
¿Quién hizo á los acordes de tu lira
Dulces vibrar con el amor que aspira
El céfiro en el cáliz de la rosa?
¿Quién te cedió la música armoniosa
Del ruiseñor que en las florestas gira,
Y de la tierna vírgen que suspira
Y de carmin se tiñe ruborosa?
Desde que el soplo de tu voz galana
Surgió feliz cual si de Dios llegase,
Flora sonríe, de tu canto ufana,
Y, reclamando una amorosa frase,
Desplegó más hechizos la mañana
Porque tu dulce lira la cantase.

BRETON.

Dïadema de espléndidas aureolas
Hay en tus sienes, celestial reflejo
Del Dios que tiene luminoso espejo
En el cristal de las marinas olas.
Tú la escena conmueves y arrebolas
Vertiendo entre sonrisas el consejo,
Y es el fulgor de tu sin par gracejo
El alma de las musas españolas.
Miéntras todo se abate y se derrumba,
Sigues brillando cual divina estela
Sobre un abismo que siniestro zumba.
Por los espacios tu renombre vuela,
Y si tu cuerpo se perdió en la tumba,
¿Cuándo una tumba cubrirá á *Marcela?*

ZORRILLA.

No se agostó en España la semilla
De sus fecundas glorias deslumbrantes;
Que, si no tantos cual brillaban ántes,
Áun surgen resplandores de Castilla.
Esta nacion que luminosa brilla
Con el génio de Lope y de Cervantes,
Hoy añade á esa raza de jigantes
Otro coloso: el inmortal Zorrilla.
¡Cruza feliz como el raudal que baña
De perlas el verdor de la pradera!
¡Nada tu brillo celestial empaña!
¡Nada detiene la triunfal carrera,
Y si feneces al morir España,
Todo habrá muerto cuando España muera!

NUÑEZ DE ARCE.

¡Es el soldado que marcial desnuda
Ante los orbes luminosa espada,
Y al defender la libertad sagrada,
Con armoniosos cantos la saluda!
¡Estro viril que en la batalla ruda
Deslumbra cual celeste llamarada,
Respondiendo á la estéril carcajada
Que á Dios arroja sin cesar la duda!
¡Vate que llena el mundo con su nombre;
Astro que un dia iluminó el proscenio;
La inspiracion que dora el clasicismo!
El canto del honor y el patriotismo;
¡Todo un siglo fundiéndose en un génio!
¡Todo un génio encerrándose en un hombre!

ECHEGARAY.

No tienes la grandeza del coloso
Que vé á sus plantas fenecer edades
Y contempla rugir las tempestades
Inmóvil en su asiento prodigioso.
Con la fuerza del rayo impetüoso,
Tú te ajigantas y el proscenio invades,
Y abarca, como el mar, inmensidades
Ese génio infinito y borrascoso.
¡Cuántas veces el triunfo has conseguido,
Y lograste que un público irritado
Estallára en frenético rugido!
¡Cuántas veces, jadeante y subyugado,
Se descubre al torrente enfurecido,
Al huracan, al génio desbordado!

CAMPOAMOR.

Imágenes derramas brilladoras;
Te ríes de Aristarcos y anatemas,
Y al exponer magníficos problemas,
Los horizontes de la patria doras.
El drama Universal y las *Doloras*
Te ciñeron dos ricas dïademas,
Y si pequeños haces los pöemas,
La inmensidad en ellos atesoras.
Tú mides el abismo y la montaña,
Tú viertes las ideas entre flores,
Y en los astros tu espíritu se baña;
Tú cantas el amor y los dolores,
Y al aspirar tu esencia, no me extraña
Que tengas, como el sol, adoradores.

RUIZ AGUILERA.

Si mi ardoroso corazon pudiera
Exhalar las dulcísimas canciones
Con que á las dudas de tu siglo opones
El valladar de una inmortal hoguera,
Subiría, cual águila altanera,
Al nido de tus ricas vibraciones;
Mas no hïere mi voz los corazones
Como el arpa que pulsas hechicera.
El bardo del amor y la elegía
Podrá sin pena abandonar sus lares
En busca de la eterna pöesía;
Pues encerró en sus cantos los pesares,
Y á los tesoros de la patria mia
Les lega un corazon en sus *cantares*.

VÍCTOR HUGO.

Como al foco de luz la mariposa,
Quiero lanzarme á la imponente altura
Donde el divino Océano fulgura
De tu soberbia inspiracion grandiosa.
La libertad, inmaculada diosa,
Te inspira cantos de inmortal dulzura,
Y en centellas desatas tu amargura
Como fecunda inmensidad gloriosa.
¿Podrás sentirte acaso satisfecho?
¿Al rayo de tu númen esplendente
El universo no aparece estrecho?
Ruïn tal vez la tempestad se siente
Ante aquella que agítase en tu pecho
Y cubre de relámpagos tu frente.

CASTELAR.

¡Vivo fulgor que el huracan no empaña,
Mágico eden que no tendrá segundo;
Raudal de encantos, orador fecundo,
Sol que de gloria y majestad nos baña!
¡Jigante brillador cual la montaña
Rota al esfuerzo de su hervor profundo;
Astro inmortal que nos envidia el mundo,
Que áun hace al mundo saludar á España!
Titan del siglo, colosal lumbrera
Que haces latir y despertar al hombre
Al beso de una vírgen primavera:
Cuando tu fosa de laurel se alfombre,
Un nuevo sol palpitará en la esfera,
El mundo entero adorará tu nombre.

GOTTSCHALK.

Eres rumor de encantos inmortales
Y vivirás esplendorosos dias,
Más grande que las régias salmodías
Que elevan hasta Dios las catedrales.
Bate el génio sus alas musicales,
Y hasta los cielos tu dolor envías
Envuelto en las sublimes melodías
En que has sabido condensar tus males.
Miéntras al vivo resplandor intenso
Que arroja el sol sobre el verjel fecundo,
Conteste el orbe con brillante incienso;
Miéntras no cese de girar el mundo
Por los abismos del espacio inmenso,
Vivirá tu *Pöeta moribundo*.

MENDOZA VIVES.

¿Viste acaso, fecunda pöetisa
Que resplandeces cual brillante alhaja,
El hielo que se funde y se desgaja
Al percibir matutinal sonrisa?
¿Viste el raudal que hechizos á la brisa
Presta armonioso, y de los montes baja,
Y en los mares encuentra una mortaja
O en las arenas fúnebres que pisa?
Así el curso fugaz de la existencia
En sombrío cendal se desvanece,
Y el tiempo no perdona en su inclemencia;
Pero algo existe que jamás perece,
Y vivirá tu soberana esencia
Cual rio inmenso que en un mar se crece.

SELLÉS.

¡Cómo se siente circular la vida
De excelsa llama por tu sér lozano!
¡Cómo llega tu aliento sobrehumano
Hasta el fondo del alma estremecida!
En cieno ves la sociedad hundida,
Y al revolver su corazon insano,
Le echas al rostro con valiente mano
Toda la podre de tu horrenda herida.
Tú descendiste de inflamadas cumbres
A encender con el rayo de tus lumbres
Los valles nebulosos del proscenio,
Y entre abismos de sombras é impureza,
Eres la llama, la inmortal grandeza,
La vengadora tempestad del génio.

JULIO MONREAL.

No á columnas de arena movediza
Por los mares y el viento arrebatada,
Sino á fuertes cimientos confiada,
En tus manos la gloria se esclavíza.
No sin encantos, esa pluma hechiza;
Que tiene, en vez de rasgos, pincelada,
Y alardea de noble y atildada
En primorosa locucion castiza.
Con pertinaz mirada que no yerra,
Tanto extrajiste, en incansable vuelo,
De los tesoros que el pasado encierra,
Que si, alegrando el castellano suelo,
Tus modelos volviesen á la tierra,
Acaso te tomáran por modelo.

EDISSON, INVENTOR DEL FONÓGRAFO.

No en balde el hombre es crëador, ni en vano
La actividad del génio es infinita,
Y eterno bulle, y sin cesar palpita
Algo divino en el cerebro humano.
Edisson, jigantesco soberano
A cuyos piés la humanidad se agita,
Ni pedestal sangriento necesita,
Ni los rojos laureles del tirano.
Allá del cielo en el crisol distante
Sacro raudal de inspiraciones bebe,
Y los derrama en fuego deslumbrante.
Himno inmortal la humanidad le debe;
Que, con ser este siglo tan jigante,
Es jigante del siglo *diez y nueve.*

JACINTA PEZZANA.

¡Excelsa inspiracion, llama sublime
Que de las cumbres celestiales brota!
¡La inspiracion es luz que no se agota!
¡Es huella que en los mármoles se imprime!
¡Al verte el hombre, se estremece y gime,
Y volarás hasta la edad remota,
Cual vuela sin cesar la gavïota
Sobre el hervor que al navegante oprime!
Tú eres llama que nunca te consumes,
Y ves llenarse ante la rica hoguera,
De flores y palomas el proscenio;
Y en alas de palomas y perfumes
Sale tu nombre á recorrer la esfera,
Estrecha acaso para tanto génio.

ELENA SANZ.

Yo bien quisiera arrebatar al viento
Los mil susurros que prestó al follaje,
O envolver mi palabra en el ropaje
De tropical purpúreo firmamento;
Quisiera condensar el sentimiento
En la mágia y grandezas de un lenguaje
Que tiñera de gloria este homenaje
Rendido á la hermosura y al talento.
Pero ante un astro que de luz nos baña,
Y lleva ardientes encantadas olas
De melodía y fuego á tierra extraña;
Ante tí, que conmueves y arrebolas,
Yo sólo acierto á bendecir á España
Por ser cuna de tales españolas.

ANTONIO VICO.

Suene á tus piés la vívida alabanza;
Ya que llegando al corazon, fulguras
Como en las simas del dolor oscuras
Un rayo de alegría y de esperanza.
Tú eres el númen que laurel alcanza,
Y con alas brillantes y seguras
Consigues remontarte á esas alturas
A donde el génio volador se lanza.
La vibracion en la garganta espira;
Que ante el rayo sublime y palpitante
Con asombro descubro mi cabeza:
¡No pidas notas á mi pobre lira;
Que sé sentir la inspiracion jigante,
Mas no cantar la colosal grandeza!

RAFAEL CALVO.

A tu poder, estremecida, gime
El alma ruda que gemir te siente;
Puedes alzar en Aragon la frente
Que con sus hojas el laurel oprime:
El *Trovador*, que valeroso esgrime
Su acero fiel por la beldad doliente,
Al animarlo con tu génio ardiente,
Se ajiganta, aparece más sublime.
No temas, pues, que un esplendor que humilla
Y resplandece colosal, sucumba
Donde el altar de los amores brilla;
Tu régio pedestal no se derrumba:
Esta es la tierra que pisó *Marcilla*
Y sabes arrancarlo de la tumba.

Á PATROCINIO DE BIEDMA.

No sé si al hombre á siervo le reduces
Con el poder que en tu semblante existe,
Te conozco por cuanto produjiste,
Y por cuanto tambien feliz produces.
Tu pöesía es manantial de luces;
De torrentes flamígeros se viste:
¡Bien se conoce que al calor naciste
De los dorados cielos andaluces!
¿Quizá de un rayo de su luz provienes?
¿Quizá á tu paso enciéndese la rosa
Porque de envidia ó resplandor la llenes?
Yo solamente afirmaré una cosa:
Que si belleza cual ingenio tienes,
Serás como los ángeles hermosa.

EN CONTESTACION Á UN SONETO DE P. DE BIEDMA.

¿Honrar tal vez conseguiré halagüeño
A quien en sí la inmensidad condensa?
¡En vano lucha la emocion intensa!
¡Vano es tambien el generoso empeño!
La gloria admiro y con la gloria sueño
De la que un rayo á mi humildad dispensa;
Pero al mirarte fulgurar inmensa,
¿No he de sentirme, en mi ambicion, pequeño?
¿Debo ostentar un impotente alarde,
Cuando mi sér, como avecilla implume,
Para volar se me mostró cobarde?
¡Oh flor á quien el tiempo no consume!
Me has advertido que el aroma guarde,
Y eternamente guardaré el perfume.

—

No eres susurro de olvidada fuente,
Nota, suspiro que se lleva el viento;
Eres raudal de amor, de sentimiento
Que haces sentir como tu pecho siente.
No fulgura, no existe solamente
La inmensidad azul del firmamento;
Hay otra inmensidad, el pensamiento
Que centellea en tu inspirada frente.
Ante los rayos del divino foco
Que sin cesar alumbra tu existencia,
Para cantarte, tu fulgor invoco;
Pero es tan sólo una febril demencia
De aquel que luce y brillará tan poco,
Querer honrar esa inmortal esencia.

Á UNA INSPIRADA POETISA.

Cisne gentil de esta feraz ribera,
¿Quién presta á tu dulcísima garganta
Esa armonía que hasta Dios levanta
Su aroma de brillante primavera?
¿Qué lira, qué cantor no enmudeciera
Cuando tu labio arroba, y se abrillanta,
Y de los libres pájaros encanta
A la armoniosa multitud parlera?
Tú imitas los susurros de las aves,
Y llegas hasta el alma de los séres
Con los acordes de tus notas suaves;
Tú remontarte sobre el lodo quieres,
Y como el hombre remontarte sabes,
Pero sabes sentir cual las mujeres.

ESMERALDINA CERVANTES.

El arpa tuya gime como un ruego;
Es dulce cual los séres celestiales,
Y remeda la voz de los cristales
Que se despeñan en hirviente riego.
Ya es suspiro del mar que allá en sosiego
Se adormece entre verdes peñascales,
Ya el eco de rugientes vendavales
Que se desatan bajo un mar de fuego.
Ya es la adorable voz de la inocencia,
La voz amante que las penas calma
Y dá frescuras al verjel marchito;
Y siempre es algo de divina esencia
Que llega al corazon, y eleva al alma
A la inmensa region de lo infinito.

—

Mi humilde canto en la garganta espira,
Decir no puede el alma lo que siente,
Cuando allí, como un orbe sonrïente,
Tu nívea mano por el arpa gira,
Y á su contacto, celestial suspira,
Desdoro del canario y de la fuente,
Y llega en vibraciones á la mente,
Y hace arder y llorar al que delira.
Si quien se ostenta con prodigios tales,
Y de laurel sus sienes engalana,
Y como un ángel brilla en el proscenio,
Se ofrece con sonrisas matinales
Y con las flores de una edad temprana:
Es la sublime inspiracion, el génio.

—

¡Cuán bien hiciste, bella Esmeraldina,
En responder á nombre tan sonoro,
Al nombre de Cervantes, un tesoro
De aroma y de fulgor que no declina!
¡Que tú robaste á la mansion divina
Las dulces notas del celeste Coro;
Y no serás un ráudo metëoro,
Y un pedestal la gloria te destina!
Tú te remontas á la libre esfera
Cual blanca nave que del puerto zarpa
Y tiende libre sobre el mar su vuelo.
¡Si pareces vapor de una quimera!
¡Angel que con sus alas hiere el arpa
Y se evapora en el azul del cielo!

—

¿Deseas que enmudezcan los mejores
Cantos que el orbe eleva en el vacío?
¿Que muera el soplo de huracan bravío,
Que callen los torrentes bullidores?
¿Que enmudezcan los pardos ruiseñores
Y se adormezca el melodioso rio?
¡Pues que un arpa, amorosa como el pio
De las aves, exhale sus rumores!
Al poder de esas cuerdas placenteras
Vibrando dulces cual sublime verso
Que se eleva al zafir de las esferas,
Buscando amor en ese númen terso,
Nos verás á tus plantas cuando quieras.
Como Dios á sus piés el universo.

—

Si en este valle del dolor profundo
Donde la pompa altísima se atierra,
Y todo humano corazon encierra
Algo grande, magnético y fecundo,
Ansía el hombre, eterno moribundo,
Algo que apague la incesante guerra,
En tus alas alzarse de la tierra
Puede feliz hasta un excelso mundo:
Hasta un mar de fosfóricas visiones,
De hadas que vuelan en purpúreo giro,
De sublimes é inmensas vibraciones;
A un piélago de llamas y zafiro;
Que tu arpa vibrará en los corazones
Cual un beso de Dios, en un suspiro.

—

Acoge estos cantares como ofrenda
De quien nació tambien en Barcelona,
Y tu grandeza sin igual pregona
Aunque jamás hasta la cumbre ascienda.
Miéntras mi canto los espacios hienda,
Feliz prosigue tú de zona en zona,
Hallando á cada paso una corona
Y otro laurel en tu florida senda:
Que, para triunfo esplendoroso, tienes
Por compañeros, el laurel, las flores;
Las coronas, por verde testimonio;
Las estrellas, por orla de tus sienes;
Los vates, por joyel de admiradores,
Y la inmortalidad por patrimonio.

—

SONETO LEIDO POR EL PRIMER ACTOR SR. CEPILLO.

¡No dudaría, aunque de tanto dudo,
En robar á puñados los luceros
Prendidos en los ojos hechiceros
De las hermosas de este pueblo rudo!
¡Altar de Marte, luminoso escudo;
Verjel de sabios, cuna de guerreros;
Arca de glorias que abatió extranjeros,
Homérica ciudad: yo te saludo!
Sobre esta tierra de Sagunto hermana,
Hasta en la humilde desvalida choza
Palpita una grandeza soberana...
Algo amargo en mi espíritu solloza:
No sé qué siento *aquí*... me iré mañana...
¡Mi corazon se queda en Zaragoza!

Á CEPILLO, INTÉRPRETE DE «ALFONSO EL BATALLADOR.»

No te cercan relámpagos fugaces,
Sino aquel sol de llamas esplendentes
Que corona á los hombres eminentes
Y ante el cual se deslumbran los audaces.
Tú las regiones hollarás feraces
De sacros mirtos y purpúreas fuentes;
Pues haciendo sentir lo que tú sientes,
Ver y sentir algo inmortal nos haces.
Yo te saludo, atleta jiganteo
Que ayer lograste tras batalla ruda,
En la escena clarísimo trofeo,
Y yo á quien nunca atormentó la duda,
Allá entre nubes luminosas veo
Cómo el autor del drama te saluda.

AL ATENEO DE ZARAGOZA.

Vosotros que al laurel del literato
Añadís la grandeza y la hidalguía,
Y sois apoyo de la patria mia,
Y una valla oponeis al insensato:
Si yo, que toda cortesía acato,
No agradeciese vuestra cortesía,
Entónces, por mi mal, me contaría
En la grey del soberbio y del ingrato.
Cuando me dais inmerecida palma
Y hasta vosotros mi humildad elevo,
¿Podría yo permanecer en calma?
Perdone Dios si á sostener me atrevo
Qui si arrancarme puede Dios el alma,
Del alma nó la gratitud que os debo.

1879.

JOSÉ ARMET.

Tú eres ave que al viento desafía,
Un águila caudal de la Pintura
Que remontas tu vuelo hácia esa altura
En donde eterno resplandece el dia.
¡A mí, cuya insonora poesía
No debe alzarse de su esfera oscura,
Sólo me aguarda allá en la sepultura
Una noche sin fin, glacial, sombría!
Mas en tanto que vive y te respeta
Y enaltece los orbes soberanos
Que brotan de esa mágica paleta,
Deja que estreche con pasion tus manos,
Deja creer á un mísero poeta...
¡Que el pintor y el poeta son hermanos!

—

Crece el mortal, y en juventud rosada
Arbol se ostenta floreciente, erguido;
Pero el otoño arranca su vestido
Sin dejarle ni un hoja perfumada.
¡Cuán presto llega la vejez helada
A infiltrarse en su tronco carcomido,
Para que sea lo que tanto ha sido,
Cenizas sólo, podredumbre, nada!
Mas no te arredres si mañana empieza
A cubrirse de canas tu cabeza,
Cual de nieve los montes en invierno.
¿Qué te importan las canas y las nieves,
Cuando arrancar á tus *follajes* debes
Una corona de verdor eterno?

—

Como benigno el cielo te preserve
De fenecer en prematuro instante,
Y de tu númen rico y deslumbrante
Por largo tiempo el esplendor conserve;
Como tu estrella, como Dios reserve
A tu pincel feliz, tiempo bastante
Para abortarnos todo ese jigante
Mundo de fuego que en tu númen hierve;
Halagado serás aunque pretendas
Hundir los piés en aromada alfombra,
En verdes flores de amoroso brillo;
¡Pues cuando al templo de la Gloria asciendas,
Saldrán del templo á recibir tu sombra
Las sombras de Velazquez y Murillo!

—

A FRANCIA.

¡Honor á los fulgores soberanos,
A las grandezas de una raza amiga!
Grande, muy noble es la nacion que abriga
Tanto amor, sentimientos tan humanos,
Y que al tender las generosas manos,
Nuestras miserias y dolor mitiga:
Un sentimiento fraternal nos liga,
La caridad nos convirtió en hermanos.
Jamás estalle turbïon maldito
Ni oponga el ódio una mayor distancia
Que las barreras de crüel granito.
En la ciudad que recordó á Numancia,
Debe, españoles, resonar un grito:
¡Viva la hermosa, la jigante Francia!

1880.

¿POR QUÉ HAS MUERTO?

Devolverte, sin duda, Dios quería
Al resplandor de su sublime esfera,
Para que así algun mérito tuviera
La fe en el mundo; pues el alma impía
Que ni en cielos ni en ángeles creia,
Al mirar tu sonrisa placentera,
No era mucho, por cierto, que creyera,
Cuando en tí al ángel fulgurar veia.
A la région de la verdad subiste;
Con libres alas al zafir volaste,
Y en la luz de los astros te perdiste;
Mas cuando el vuelo luminoso alzaste,
¡Oh, qué risueña y qué veloz te fuiste!
¡Oh, qué amargos recuerdos nos dejaste!

LAS DOS BELLEZAS.

Á LA SEÑORA DOÑA FELISA IÑIGO.

El esplendor de la mujer hermosa
Es cual las galas que marchita el viento;
Embriaga á los hombres un momento
Como el vivo perfume de la rosa:
Pero el rayo, la esencia luminosa
De la virtud celeste y del talento,
La llama que surgió del pensamiento
No se pierde en las simas de la fosa.
No debiste nacer y evaporarte
Como perfume, sin dejar semilla,
O astro fugaz que las tinieblas parte;
Un dia sólo la belleza humilla,
Pero el divino resplandor del arte
Es belleza inmortal, y eterno brilla.





SONETOS DESCRIPTIVOS.

AL DISTINGUIDO FILÓLOGO D. A. SANCHEZ MOGUEL.

LAS CUATRO ESTACIONES.

EL INVIERNO.

Allí en traidora inmensidad amarga
A oscuras olas el bajel resiste,
Y la tormenta en su furor persiste,
Y nuevos rayos sobre el mar descarga.
Letal tristeza al corazon embarga,
De frio horror la inmensidad se viste;
El dia es corto, y amanece triste;
Triste es la noche, y pavorosa, y larga.
Cubre la tierra funerario velo;
Un soplo helado sus rigores vierte,
De toda vida despojando al suelo.
En sudario la altura se convierte,
Y la implacable rigidez del hielo
Nos recuerda el silencio de la muerte.

LA PRIMAVERA.

De luz se viste la encantada esfera,
Y al bañarse en el éter azulado,
Abre la flor el cáliz matizado
Prestando aroma á la gentil pradera;
El avecilla lánzase parlera
Desde un jardin á otro jardin dorado:
En el monte, en los cielos, en el prado,
Se sonríe otra vez la primavera.
Prestando al aire púrpura encendida
Y á las campiñas un ropaje verde,
Alegre torna la estacion florida...
¡Nadie las glorias del ayer recuerde!
¡No volverá la juventud perdida!
¡No la recobra el hombre que la pierde!

EL ESTÍO.

Del astro-rey que en el azul flamea,
Nada el influjo y la impiedad mitiga,
Y á guarecerse en el techado obliga
Al que bañarse en resplandor desea.
Ya la marchita planta amarillea,
Y el segador, con ímproba fatiga,
Tiende afanoso la tostada espiga
Con la segur que sin cesar chispea.
Descanso ansía el juvenil labriego;
Muertas las hojas del verdor lozano,
Sedientas piden las campiñas riego;
Pero jamás las llamas del verano
Devorarán como devora el fuego
En que se abrasa el corazon humano.

EL OTOÑO.

Sin gaya pompa la brillante cima;
Desnudos hoy de su feraz vestido
Las arboledas y el verjel florido
Que besa el aura y el raudal anima,
Las aves buscan en lejano clima
Purpúreas luces y frondoso nido,
Al morir en la selva el no aprendido
Acorde inmenso de armoniosa rima.
Cárdenas nubes los espacios hienden,
Y de angustiosa palidez cubiertas,
Desnudos brazos las campiñas tienden.
Gimen los vientos, y del árbol, yertas,
Las amarillas hojas se desprenden
Como del alma las venturas muertas.

LOS OJOS AZULES Y LOS OJOS NEGROS.

En los ojos que encierran una historia,
En la pupila negra y acerada
A veces brilla una tormenta airada
Que se hunde cual un hierro en la memoria.
Algo nos hace presentir la gloria
En la pupila tersa y azulada
Que puede suspirar enamorada
Por una dicha célica, ilusoria.
Los unos brillan cual sangriento acero,
Con la siniestra luz del insensato,
Y los otros cual mágico lucero;
Y ante los ojos del amante ingrato,
Los azules suspiran *¡que me muero!*
Y los negros fulguran *¡que te mato!*

EL AMOR.

Conmueve con su esencia esplendorosa,
Y sobre el mundo su fulgor destella;
Está en la sangre de mortal querella,
Y en el cáliz florido de la rosa;
Vive en los labios de la casta esposa,
Hierve en la faz de virginal doncella,
Y palpita en el beso que se estrella
En la valla sombría de una losa.
Gérmen excelso de un tesoro santo,
Hace luchar por inmortal renombre,
Y pide al vate fervoroso canto;
Y aunque maldice alguna vez su nombre,
O lo pronuncia en un raudal de llanto,
Es la esperanza y la ilusion del hombre.

LAS FLORES DEL SEPULCRO.

En las tardes sombrías y lluviosas
Del otoño desnudo de colores,
Parece que mil fúnebres rumores
Nos hieren con sus alas misteriosas.
¿Habeis visto las calles silenciosas
Que no ocultan placeres ni dolores?
¿Aquellos grupos de amarillas flores
Que crecen en el borde de las fosas?
¡Brotar tal vez de aquella tierra inerte
Las hizo alguna lágrima caïda
Del corazon que su amargura vierte!
¡Acaso con su faz descolorida
Nos hablan de las sombras de la muerte
Y de lo frágil de la humana vida!

LAS ESTRELLAS.

¡Génios de amor, estrellas encantadas
Que yo jamás de contemplar me sacio!
¡Vosotras tachonais ese palacio
Que formaron las manos incrëadas!
¿Sois pupilas quizá de hermosas hadas
Que tal vez se alzarían al espacio,
Y lanzais desde el mundo del topacio
Sobre el hombre dulcísimas miradas?
¿Qué sois vosotras, mágicas estrellas?
¿A dónde vais cuando la aurora absorbe
Con su luz vuestro encanto peregrino?
¿Qué haceis allí como los sueños bellas?
¿Cada una de vosotras es un orbe?
¿Acaso presidís nuestro destino?

LAS OLAS.

Si á la torre que sirve de atalaya
Y de altas pompas y de faro al puerto,
Voy á buscar un horizonte abierto
A la mente ardorosa que se explaya,
Anhelo, como el índico Himalaya,
Sobre todo reinar con triunfo cierto,
Y abarcar con mis ojos el desierto
Que me envía sus olas á la playa.
Ya llenas de fatídicas aureolas,
Ora teñidas de reflejos claros,
Ya portadoras del bajel, ya solas,
Venís ante mis ojos á estrellaros;
Mas, con ser tantas y con veros olas,
No ahogaríais mi fiebre de miraros.

LA TEMPESTAD.

Bajel lijero que la brisa alienta
Fugaz discurre por el mar sereno,
De albor y espumas susurrantes lleno,
Que como lago celestial se ostenta;
Pero luego el relámpago ensangrienta
La oscura inmensidad, y ruge el trueno,
Y, desgarrado el nebuloso seno,
Se desata en mil rayos la tormenta;
Y respondiendo á la ardorosa nube,
El mar en alas de su enojo sube
Hasta la altura que se enciende airada;
¡Y rugen los abismos matadores,
Y del bajel perdido en sus furores
Tan sólo dejan un recuerdo... nada!

EL OTOÑO DEL CORAZON.

Cuando llegan los fúnebres momentos
De tristes nieves y mortal congoja,
Huyen las aves, el árbol se despoja
De su dulce verdor y sus portentos,
Miéntras gime con míseros lamentos
El mustio valle, y la tormenta arroja,
Desde las ramas, á la estéril hoja,
Juguete vil de los airados vientos.
¡Aquel tesoro del dorado estío,
Sin que las pompas del ayer recuerde,
Se apaga entre las sombras del vacío!
Así mi corazon cual hoja verde
Lució tambien, y ante el engaño impío
Hoy en las brumas del dolor se pierde.

LA USURA.

¿Qué sois vosotros, frios agoreros
Que llegais como espectros funerales
Hasta el antro angustioso de los males
A profanar despojos lastimeros?
¡Séres inmundos, séres que, rastreros,
Os cebais en encantos virginales!
¡Sólo cobardes hienas y chacales
Habríais de tener por compañeros!
Engendro vil de la social laceria,
Sin comprender dolores ni cariño,
Vivís y comerciais, canalla odiada,
Con el giron que cubre la miseria,
Y con el hambre y desnudez del niño,
Y el dolor de la madre abandonada.

EL VOLTERIANO.

¿Nada en los mares del espacio lee
Y sobre el mundo del no sér medita,
Y en una sed de luces infinita,
Sólo en la paz de las tinieblas cree?
La impotencia de alardes le provee,
Y la impotencia sin cesar le irrita,
Y al blasfemar, su corazon palpita,
Y corazon para sentir, posee.
¿Duda, y maldice con impío labio
A lo inmortal que en la razon no cabe,
E infiere ciego un impotente agravio?
En busca siempre de ignorada clave,
Podrá orgulloso blasonar de sabio
Si se convence de que *nada sabe*.

EL JUGADOR.

¡No espereis que agradezca, ni recuerde,
Ni que adore, ni piense en *el mañana!*
¡Antes la fiera besaría humana
Los duros hierros que sangrienta muerde!
¡Exasperado gime cuando pierde,
Y febril se estremece cuando gana,
Y todo el fuego de su vida insana
Flota en las olas del tapete verde!
¡Siempre los ojos en la mesa fijos
Donde dejó con mano temblorosa
La honradez y los santos regocijos!
¡Jugando siempre en ansiedad rabiosa,
Se juega el pan, la vida de sus hijos,
Y el honor de una madre, de una esposa!

EL AVARO.

No tienes ni descanso, ni delicia
En ese eterno batallar insano,
Y no te aterra aparecer villano
Al apagar la sed de tu codicia.
En la fiebre de hidrópica avaricia
Te arrastras cual la sierpe en el pantano,
Y tu amarilla y temblorosa mano
Tan sólo las monedas acaricia.
Enamorado del metal sonoro,
El son del oro en tus oïdos zumba,
Y anhelas siempre amontonar el oro;
Y no es posible que tu afan sucumba;
Mas tienes que dejar ese tesoro,
Que no podrás llevártelo á la tumba.

EL GUERRERO.

Es encanto de niñas y donceles
Que sueñan con aquellos paladines
Que tenían la tierra por confines
Y el cielo por flamíjeros doseles,
Y pisaban montañas de laureles
Al resonar los bélicos clarines,
Y en roja sangre al salpicar las crines
Y el penacho triunfal de sus corceles.
Mas el guerrero que sus armas mida,
Sobre un monton de corazones yertos
Ha de posar la planta enrojecida.
Orbes de gloria á su ambicion abiertos
Le dan la eternidad; pero esa vida
La recoje de manos de los muertos.

EL PINTOR.

Tú depositas el fulgor divino
En la mágia sin fin de los colores,
Y haces brillar las deslumbrantes flores
Y el fosfórico lago cristalino.
Tú arrancas al siniestro torbellino
El nubarron preñado de furores,
Y robas al espacio sus ardores,
Y á la tarde su rostro blanquecino.
Tú arrancas á los mares sus bajeles,
Y atas el ave que murmura inquieta,
Y brotan de tus manos los verjeles.
Das vida á los delirios del pöeta,
Y arrebatas un mundo á tus pinceles,
Y las llamas del cielo á tu paleta.

EL MÚSICO.

Tú sabes desatar los vendavales
Y exhalas inefables melodías,
Y vuelas á las cúspides sombrías
A pedirles sus ráfagas letales.
Tú desciendes en límpidos cristales
Sobre las orlas del paisaje umbrías,
Y al aire azul y al corazon envías
El rumor de tus alas celestiales.
A los susurros de la brisa igualas
Con tus lamentos, y caudal de bienes
Es esa voz de donde un cielo exhalas;
Y si tan dulces vibraciones tienes,
Tal vez será que con sus dulces alas
Desciende un ángel á rozar tus sienes.

EL PÖETA.

Es el ala dulcísima del viento
Que refresca la mente enardecida,
La mano que desciende hasta la herida
Del alma rota por voraz tormento;
Es vibracion sonora, es el lamento
Que se escapa del arpa dolorida;
Es rumor de los mares de la vida,
Es un rayo de luz y sentimiento;
Titan que lucha por ganar un nombre,
Vívida antorcha de las almas puras,
Corazon que no entiende el egoïsmo;
Es algo que se abate hasta el abismo,
Y sabe remontarse á las alturas,
Y arde cual astro, y sufre como el hombre.

Á UNA MADRE.

Es de noche: la sombra despiadada
Hace más triste la crüel fortuna
Del mísero que cuenta una por una
Las frias horas en glacial morada.
En oscura vivienda abandonada,
Sin los fulgores de esperanza alguna,
Dando calor á miserable cuna
Una madre solloza arrodillada.
¿Dónde buscar un rayo de consuelo?
La fúnebre mansion sigue desierta
Miéntras la envuelve en un sudario el hielo.
La aurora brilla: el niño no despierta;
Los ángeles sonrïen en el cielo:
La madre... ¡pobre madre!... estaba muerta.

LA MADRE DE DIOS.

No tengo el rayo de la luz serena,
Ni las estrellas de la noche umbría;
No tengo la sublime melodía
Que los espacios celestiales llena;
No poseo el matiz de la azucena,
No poseo fulgor ni poesía,
Para cantar las glorias de *María*
Que el yugo holló de la mortal cadena:
¡Pero la adora el alma enamorada,
Y no en mi pobre corazon la fijo
De arcángeles servida, y sobre un trono!
¡Es la Madre de Dios desventurada!
¡La dulce Madre que contempla al *Hijo*
Muerto á las iras del humano encono!

EL SINAÍ Y EL CALVARIO.

Eras grande, de llamas coronado
Y de ardientes relámpagos vestido;
Eras jigante, ¡oh Dios! con el rugido
Del huracan inmenso y despiadado;
¡Pero eras más sublime, atormentado;
Tenías más grandezas, escupido
Por el pueblo que ansiaba descreïdo
Matar, y verte en una cruz clavado!
¡Uno fué asombros, otro fué bonanza!
¡El Sinaí aterró á los pecadores!
¡Al Gólgotha iba el rayo de esperanza!
Si sois grandes los dos y brilladores,
¡Al Sinaí fué el Dios de la venganza!
¡Al Calvario fué el Dios de los amores!

LAS CAMPANAS.

Vuestra voz sobrehumana nos infiere
Una siniestra herida, ó nos complace;
Pues ora anuncia un triste desenlace,
Ora un placer dulcísimo refiere;
Ya con sonoras vibraciones hiere,
Ya los ensueños de ilusion deshace:
Y alegres saludais al sér que nace,
Y fúnebres gemís por el que muere.
Desde las altas torres de granito,
Como el Simoun las orgullosas palmas,
Abatís la soberbia del maldito;
Que, siempre hiriendo desde eternas calmas,
Sois la punzante voz de lo infinito
Que vibra en lo infinito de las almas.

DANTE.

Es el génio brillante que pasea
Las alas de su mente escandecida
Por los antros inmensos de la vida
Cual por las olas de eternal marea;
La procesion de espíritus que ondea
En fúnebre girar, la eterna herida;
La deslumbrante inmensidad perdida,
Y la imágen de luz, la fe, la idea;
El vaporoso cielo iluminado
Por risueños albores de bonanza;
Los ángeles, el éter azulado;
La maldicion oscura, la venganza,
El grito aterrador del condenado
Que al abismo rodó sin esperanza.

EL CREYENTE.

Cuando en el sér la religion anida
Que es tesoro divino de consuelo,
El alma tiende á lo infinito el vuelo
Desde impura mansion descolorida.
Ciérrase entónces la profunda herida
Y muere el hondo y persistente anhelo,
Y brilla el sol, y se desgarra el velo
Que cubre al alma en el afan sumida.
No atormenta el dolor eternamente,
Ni eternamente la ansiedad lacera
El corazon herido del creyente;
Porque no puede la desdicha fiera
Hollar al infeliz que ora ferviente,
Y ama á su Dios, y en su grandeza espera.

EL ATEO.

Lástima sólo y compasion inspiras,
Que en todo apuras venenosas heces,
Y la crüel enfermedad padeces
De delirar en impotentes iras.
Cual hoja estéril sobre el mundo giras,
Y anhelando crecer, te empequeñeces,
Y sólo puedes conseguir á veces
Medir la pequeñez en que te miras.
Yo con el alma en las alturas veo
Algo que nunca un azadon entierra,
Y hallar los séres que perdí, deseo;
¡Y tú en la fosa que á tu madre encierra
Tan sólo puedes contemplar, ateo,
Un monton de gusanos y de tierra!

GRANADA.

Aun despojada de tu trono, vales
La que un sueño de mágias infinitas;
Que del Oriente, en tu recinto escritas,
Se grabaron las huellas inmortales.
Ceñida de laureles y rosales,
Salpicada de torres y mezquitas,
Para tantas bellezas necesitas
El fuego de las mentes orientales.
Sultana de Occidente, los *rabíes*
Enviaron un cántico sumiso
Al modo celestial como sonríes;
Y hacerte el cielo tan hermosa quiso,
Que obligas á soñar con las huríes
Y el amor de un dorado paraíso.

AL MAR.

Te admiro cuando mecen soñolientas
Tus blandas olas al bajel liviano,
O del cielo al ardiente soberano
Tersa y azul tu inmensidad presentas;
No cuando ruges y escupir intentas
Hasta las nubes tu furor insano:
Se desarrollan en el pecho humano
Más rudas y más lúgubres tormentas.
Por eso el dia que á las playas vienes
Rugiendo impuro, á tu furor respondo
Con amargas sonrisas y desdenes.
¡De qué te sirve parecer tan hondo,
Si fondo al cabo en tus entrañas tienes,
Y nuestro corazon no tiene fondo!

LA LIBERTAD.

¡Oh libertad! ¡Esencia que fulgura
Sobre el mundo que baña luminosa!
¡Tú apareciste cual fecunda diosa
Que sabe enamorar con su hermosura,
Y á tu presencia, deslumbrante y pura,
Huye de tí la tiranía odiosa,
Como al poder del alba esplendorosa
Huyen los génios de la noche oscura.
¡Siempre tu llama redentora hechice,
Y pues ástros y glorias acaudillas,
El oscuro mortal te divinice!
¡Tú alegras á los pueblos cuando brillas,
Y el tirano soberbio te maldice,
Y el siervo te saluda de rodillas!

EL SIGLO XIX.

Tú deslumbras, en mágico ardimiento,
Cual resplandor de inextinguible hoguera,
Y hasta pretendes desgarrar la esfera
Y volar *más allá* del firmamento.
Tú has convertido, con grandioso aliento,
En realidades lo que fué quimera,
Y la palabra, al caminar ligera,
Sus alas ha robado al pensamiento.
Eres Titan de alientos colosales,
Por quien el orbe se transforma y muda
Al rodar los antiguos idëales;
Eres la gloria en la pelea ruda,
El siglo de las llamas inmortales;
¡Pero tambien el siglo de *la duda...!*

EL REO DE MUERTE.

¡Con qué tristeza, en la fatal capilla,
Debe á su madre recordar un hijo,
Miéntras suena el alegre regocijo
Del mundo hermoso que lejano brilla!
¡Qué fúnebre la cera! ¡qué amarilla
Ilumina la faz del crucifijo!
¡Triste del reo que á su Dios maldijo!
¡Qué horrible y tenebrosa pesadilla!
Quizá, feliz, con el pasado sueña
Y apura el breve y amoroso jugo
De un esplendor que le acaricia falso;
Pero al borrarse la ilusion risueña,
¡Despertará en los brazos del verdugo
Para subir las gradas del cadalso!

EL CASTILLO FEUDAL.

Allá entre nubes piérdese altanero;
Hierve á sus piés la mar alborotada,
Respondiendo á la voz de la mesnada
Que pone cerco con ardor guerrero.
De las almenas surge el ballestero,
Y la flecha del arco disparada,
Desciende á clavarse en la acerada
Armadura del triste mesnadero.
Vuelan las flechas cual vibrantes plumas,
Y á nuevas lides sin cesar convidan,
Hasta llegar las noches con sus brumas.
Ni cercos ni tormentas le intimidan:
A sus plantas se estrellan las espumas,
Y en sus torres las águilas anidan.

LA DANZA DE LOS MUERTOS.

La luna sus sonrisas temblorosas
A los sepulcros olvidados lanza,
Como el rayo postrero de esperanza
Que ilumina las almas tenebrosas.
Abrense al fin las solitarias fosas,
Y una siniestra procesion avanza,
Y el eterno girar de oscura danza
Comienza sobre el frio de las losas.
Sordo rumor que entre cipreses zumba,
Huesos que crugen, voces lastimeras,
Carcajadas, fosfórica balumba
De lívidas y horribles calaveras,
Se pierden otra vez allá en la tumba,
Y luce la mañana en las esferas.

AL OCÉANO.

Ya rujas coronado de centellas,
Y alumbre el rayo tu infernal hondura;
Ya te llenes de cantos y hermosura,
Brindando amor tus soledades bellas;
Ya destructoras imponentes huellas
Dejes durante la tormenta impura
Sobre las rocas de la playa oscura
Donde grandioso tu furor estrellas;
Ora ilumine tu extension plateada
El astro que convida al sentimiento
Y hace gemir al alma enamorada;
Ya suspires, ya rujas turbulento,
¿Qué vale tu grandeza comparada
Con el jigante mar del pensamiento?

AL SOL.

Tú miras á los pueblos despertarse,
De vida y fuego y de grandeza henchirse;
En alas de una idea confundirse,
Al soplo de otra idea desgarrarse;
Y miras á los mundos agitarse,
Y sobre ruinas la ambicion erguirse,
Y con un siglo una nacion hundirse,
Y otra nacion en otro siglo alzarse.
Pero tú que nos ves eternamente
Girar por los abismos de la esfera
Pidiendo luz á tu soberbia frente,
Quizá eres chispa de jigante hoguera...
¡Quizá otro sol te escupiría ardiente
Al sacudir su inmensa cabellera!

AL ASTRO DE LA NOCHE.

¿Quién eres tú, fosforescente diosa
Envuelta en vestidura blanquecina?
El consuelo del hombre que camina
Bajo el manto de noche misteriosa;
Ilusion ó fantasma que se posa
Sobre la cruz de solitaria ruina;
Beso de amor que rasga la neblina
Y se apaga en la frente de una hermosa;
Pöema en torrëones vacilantes,
Chispas de plata sobre el agua inquieta,
El amor sobre pálidos semblantes;
Luz que no imita la mejor paleta;
El delirio, la luz de los amantes;
La inspiracion más dulce del pöeta.





SONETOS FILOSÓFICOS.

AL BRILLANTE ESCRITOR D. MÁRIO DE LASALA.

EL PEOR CONTRARIO.

Gracias al brio y á la férrea malla,
Y al corcel que rasgaba el acicate,
Incólume salia del combate
El paladin que se ostentó cual valla.
No todos morirán en la batalla
En donde el génio de las iras late,
Y cual la miés el segador abate,
Barre á los hombres la voraz metralla.
Hubo doncel que en tiempos legendarios
Luchaba sólo, y no quedaba preso
Entre cien escuadrones de adversarios;
Mas ¿quién saldrá de la batalla ileso
Cuando el arma que esgrimen los contrarios
Son un suspiro, una mirada, un beso?

LA MUJER VOLUBLE.

Eres mujer, y como hermosa, vana.
Y á la lisonja ofreces el oïdo,
Adorando el engaño fementido
Que sabe dar la adulacion humana.
Como el sol que, al través de tu persiana,
Deja en tu faz un ósculo encendido,
Es ardoroso el fuego que, rendido,
Te ofrece el hombre en ansiedad liviana.
¡Ay cuando espire tanta gentileza.
Cuando se borre el paraïso verde,
Y se llene de plata tu cabeza,
Y el pasado te angustie, y te recuerde
Que la del alma es la mejor belleza,
Por ser la sola que jamás se pierde!

LA VERDADERA BELLEZA.

Cuando temblabas cual marchita rosa
Que perdió los colores más lozanos,
Y desnuda, ante ofertas de livianos,
Tiritabas en noche tenebrosa;
Cuando implorabas compasion, llorosa,
Para tus padres míseros y ancianos...
Al recibir el óbolo en tus manos,
Eras hermosa, niña... ¡muy hermosa!
Hoy que, de àmantes tu palacio lleno,
Y llenas de esplendor tus antesalas,
Fulguran los brillantes en tu seno,
¿Acaso ostentas adorables galas?
Si eres hermosa, tu hermosura es cieno;
Si eres un ángel, ¿dónde están las alas?...

EL CORAZON.

Por tí la ciega humanidad camina
Y avanza siempre en luminoso ascenso,
Cual rica nube de aromado incienso,
Hácia el fulgor de la mansion divina;
En tí lo grande, lo inmortal germina,
Como la hoguera abrasador é intenso,
Y á un Dios de llamas un altar inmenso,
En tu grandiosa pequeñez, destina.
¡Tú á las alturas volador te lanzas,
Y eres del pobre inseparable amigo,
Y valla á las traiciones y asechanzas!
Faro del triste, y del amor abrigo,
Oasis de dulzura y de esperanzas...
¡Oh inmenso corazon, yo te bendigo!

LA GLORIA.

Por tí el poeta moduló hechicero
Su canto más ardiente y melodioso,
Y el génio que palpita esplendoroso
Fulgura como mágico lucero;
Por tí jigante combatió el guerrero
En la palestra del sangriento coso,
Y á tu poder fecundo y luminoso,
Arde y se agita el Universo entero.
¡Te ostentas como faro deslumbrante,
Y haces arder la tempestad interna
Del afan, en nosotros, incesante!
¡Tú los sepulcros engalanas tierna!
¡Sin tí, la vida es volador instante,
Y con tus llamas, resplandece eterna!

EL TIEMPO.

Vendrá otra noche, y lucirá otro Oriente;
Hojas arranca el tormentoso vuelo,
Y habrán, al cabo, de volver al suelo
Que amarillea fúnebre y doliente;
Sé que si ruge bullidor torrente,
En otra espuma apagará su anhelo,
Y que al cruzar la golondrina el cielo,
Vuela buscando luminoso ambiente.
Sé cómo el agua de las peñas fluye,
Y por qué brilla la luciente escarcha,
Y cuándo rayos el cenit esconde.
El tiempo sólo, en su volar, se excluye
A la avidez de la pupila, y marcha
Sin que nos deje vislumbrar á dónde.

MUDANZA.

Torno afanoso de lejana tierra;
Hallarte hermosa cual mis sueños creo:
Subo hasta el monte en que tus huellas leo,
Y la vista al tender, desde la sierra,
Sobre ese valle que tu nido encierra,
Y que tan rico me fingió el deseo,
Al torturarme el desengaño, veo
Nubes y luto, y soledad que aterra.
Huyó aquel génio hermoso de bonanza;
Desnudo yace el vívido collado
Que ostentaba el color de la esperanza;
De vil maleza se ha cubierto el prado;
Pero en tan honda y fúnebre mudanza,
Nada, bien mio, como tú ha cambiado.

EL CAMPO.

Reclinado en la grama dulcemente,
Bajo las ramas de un nogal frondoso,
Me arrulla el aura en sueño deleitoso,
Y suspira de amor la clara fuente,
Cuando jamás la sociedad demente
Pudo ofrecer á mi anhelar reposo,
Robando con aliento ponzoñoso
La religiosa súplica al creyente.
Allí el encono, la tormenta fiera
Sus negras alas de exterminio bate,
Y la ilusion apaga lisonjera;
Allí la duda, el perenal combate;
El alma aqui se diviniza, espera;
Aquí está Dios sobre el altar del vate.

LAS TEMPESTADES.

Rásgase un orbe de tinieblas lleno,
La montaña se agita y se estremece,
Y el risueño jardin desaparece
Bajo montones de hojarasca y cieno.
Despues del rayo y del oscuro trueno,
Más luminoso el iris resplandece,
Y el sol más bello en el zafir se ofrece,
Y el espacio sonríe más sereno.
Cual fiera encarcelada en su espelunca,
Arde sin fin la tempestad interna,
Y nuestras fibras desgarradas, crugen;
Las tempestades que en el alma rugen
Dejan abismos de una sombra eterna,
O no se apagan ni se alejan nunca.

EL CORAZON Y LA INTELIGENCIA.

Aunque los ojos con afan pasee
Por las alturas donde Dios palpita,
Hay quien en esa bóveda infinita
La inmensidad del Hacedor no lee.
Otro que ciencia y corazon posee,
En lucha eterna y colosal se agita:
¡Duda! la mente sin cesar le grita;
Y el corazon responde *¡cree! ¡cree!*
Miéntras para indagar de su existencia
Los altos fines, el humano acuda
Tan sólo á la orgullosa inteligencia,
En este siglo de mudanza ruda,
Segun dilate su esplendor la ciencia
Irá sembrando por doquier la duda.

TORMENTAS.

El sordo arroyo al resbalar sombrío,
El aciago torrente que se ostenta
Oscuro cual la nube cenicienta
De los inmensos mares del vacío;
Las tristes alas y el medroso pio
Del ave errante que ocultarse intenta,
Anuncios son de la voraz tormenta
Que rugirá cual desbordado rio.
Tristes augurios, al gemir, pronuncian
Los árboles temblando vacilantes
Ante las iras que en el cielo estallan.
Las tempestades que en el sér batallan,
Tambien se anuncian por los ojos ántes,
¡Y son más fieras cuando no se anuncian!

EL PEREGRINO.

No es el hombre avecilla pasajera
Que no consiente duradero enlace,
Y se pierde en las brumas, sin que trace
Señal alguna en la grandiosa esfera;
No es cual la nube, que al volar ligera,
En míseros girones se deshace;
No es chispa, no es relámpago; no nace,
Y vive, y muere como un sér cualquiera.
De sangre, y luto, y de ansiedad cubierto,
En busca siempre del raudal divino,
Cruzando abrojos y avanzando incierto,
¿Habrá de ser doliente peregrino
Que se pierda en la arena del desierto
Cuando un Eden le prometió el camino?

LA MUERTE.

¿Vísteis los rios que de alegre altura
Descienden ráudos hasta el hondo Océano,
Ora plateando pintoresco llano,
Ora rugiendo cual la nube oscura;
Ya respondiendo con sin par dulzura
A las sonrisas del verjel lozano,
Ora abatiendo con furor insano
Las tiernas flores de la selva pura?
Así, matando la inocencia impíos,
Ora luchando con bravura fuerte,
Ora perdiendo los grandiosos bríos;
Así, juguetes de contraria suerte,
Somos los hombres pasajeros rios
Que al mar corremos de la oscura muerte.

LAS NUBES.

¡Oh nubes de fosfórico ardimiento!
¡Imágen de doradas ilusiones!
Cuando el humo en fantásticas legiones
Se eleva en espirales por el viento,
Y ora en bandadas de color sangriento,
Ora en ricas cenefas, ó en crespones,
Os deshaceis cual mágicas ficciones
Allí en la inmensidad del firmamento;
Mi sér entónces, al medir la altura,
Y en ardiente y sublime vïolencia
Queriendo alzarse de su cárcel dura,
Me dice ante el engaño y la inclemencia,
Que cielos me abrirá la sepultura,
Y el humo de ese azul es nuestra esencia.

A LAS HERMOSAS VANAS.

Vosotras, bellas, que vivís de amores
Y en hermosura competís con Hebe;
Las que teneis en la garganta nieve,
Y en las pupilas célicos fulgores:
¿No recordais que aniquiló esplendores
Helado soplo de asechanza aleve,
Y que si aquí todo existir es breve,
Es el más breve el de las bellas flores?
Las que á fogosa juvenil alteza
Haceis gemir á vuestros piés esclava,
Contemplad en la flor vuestra belleza.
Oid al mundo que rendido alaba;
Mas si mirais cómo la flor empieza,
Mirad tambien cómo la flor acaba.

—

Venid, venid en áurea muchedumbre...
Cabellos que cual rayos se extendian
Y con aquel fulgor resplandecian
Que arroja el sol en la celeste cumbre;
Labios donde vivió la dulcedumbre
Y los aromas del Abril vivian;
Ojos que corazones encendian
Con sus hogueras de amorosa lumbre;
Embrïagante celestial mirada
Por donde una mujer enamorada
Dejó escapar á voces su secreto;
Todo, tantos hechizos acabaron,
Al soplo de la muerte se trocaron
En ese horrible pálido esqúeleto.

LA MUJER HERMOSA Y BUENA.

De sus labios no brota la querella,
Ni se agita humillada ni envidiosa;
Tiene el aroma dulce de la rosa
Y el fulgor luminoso de la estrella.
¡Esa mujer es adorable y y bella!
¡Es adorable, y bella, y virtüosa!
¡Esa mujer es doblemente hermosa!
¡Dichoso el hombre que idolatre en ella!
Esa mujer latiendo enamorada,
Será flor de perfumes celestiales
Por el sér y los labios aspirada;
Y al exhalar destellos sin iguales,
Dará luz á los ojos su mirada
Y al alma resplandores inmortales.

LA ENVIDIA.

¡Reptil que busca en la campiña amena
Gozar del logro de su vil intento,
Y con inmundo destructor aliento
Los fragantes jardines envenena!
¡Nube que empaña la region serena
Donde brillan las llamas del talento!
¡Mónstruo abrasado en infernal tormento
Que sólo goza con la angustia ajena!
Por doquier alevosa se desata,
Y hace dudar al que jigante lidia,
Y á la virtud altares arrebata.
¡Nada respeta, y vence con perfidia!
¡A cuántos génios escarnece y mata!
¡Cuántas grandezas desgarró la envidia!

EL REMORDIMIENTO.

Hay algo, sordo á las mundanas preces
Y á las ricas ofrendas terrenales,
Que hace apurar, sin fúnebres dogales,
La amarga expiacion hasta las heces.
El criminal se ha libertado á veces
De hombres ruïnes ó quizá venales;
Pero ¿cuándo podrán los criminales
Huïr de Aquel que juzgará á los jueces?
Espere el criminal en su demencia
Poder librarse del padron sangriento
Que ponga oscuro fin á su existencia:
¡Bien pronto habrá de hundirse en el tormento!
¡Cuán inflexible juez es la conciencia!
¡Qué verdugo será el remordimiento!

LA AMISTAD.

¡Dulce amistad, emanacion florida
Pura y fragante cual la tierna rosa!
Por doquiera se extiende, y amorosa
A la más dulce intimidad convida.
Abrillanta los goces de la vida
Que resbala feliz y esplendorosa,
Y deja un beso en la olvidada fosa,
Y dá consuelo al alma dolorida.
Para el que siente en el oculto lecho
Del alma sólo un resplandor liviano,
No tiene llamas de amistad mi pecho,
Y del amigo en quien hallé á un hermano,
La noble mano con amor estrecho,
Que estrecho un corazon en esa mano.

LA FE EN LO ETERNO.

La soñadora juventud se lanza,
Sin presentir los venideros daños,
A un monte de fosfóricos peldaños
Que seduce y deslumbra en lontananza;
Y aunque segun en su carrera avanza,
Halla el hombre más tristes desengaños,
No pierde la esperanza con los años,
Ni moribundo pierde la esperanza.
Ella es eterna y refulgente diosa
Que nos sonríe en nuestra edad primera
Y nos anima en la vejez brumosa.
¡Ay si en el trance de la muerte fiera,
Al aguardarnos la sombría fosa,
Aquel celeste resplandor huyera!

LA LUCHA NOBLE.

¡Oh juventud que ansías elevarte
Sobre las nubes del delirio humano!
Huye del templo brillador de Jano,
Y fabrica en la ciencia un balüarte;
Busca la luz por guia y estandarte,
Por arma el pensamiento soberano,
Por trofeos los lauros de Trajano
Y por conquista el esplendor del arte.
¡Oh juventud que mides las serenas
Y altas regiones de la luz, que aparta
Del lodazal de la ignorancia oscura!
Busca, al volar á la sublime altura,
No las grandezas del laurel de Esparta,
Sí el arrayan de la divina Aténas.

LA CREENCIA.

Como jardin que marchitó el estío,
Pasa fugaz la juventud florida
Y la ilusion que en su verdor anida
Muere al secarse matinal rocío;
El placer más intenso, en el hastío
Halla pronto una tumba aborrecida,
Y el esplendor más grande de la vida
Viene á perderse en atäud sombrío.
La gala que parece duradera,
Todo poder, toda ventura humana
Es soplo, una ficcion, una quimera.
¡Ay si la Fe, jigante y soberana,
No le dijese al moribundo: «espera;
No en polvo, en luz te trocarás mañana!»

LA CONCIENCIA.

Nadie conoce el crímen perpetrado,
Ni en tí contempla un criminal odioso;
Ese mundo te juzga virtüoso
Y se humilla al hipócrita y malvado.
¿Acaso los misterios del pasado
Te arrebatan las dichas y el reposo?
¿Acaso dia y noche, quejumbroso
Te cerca algun espectro ensangrentado?
No olvidarás lo que en la sombra has hecho
Si no apartas á Dios de tu camino
O arrancas la conciencia de tu pecho;
Esa voz que te grita es tu destino,
Y á solas, y en las calles, y en el lecho,
Eternamente te dirá *¡asesino!*

LA CARIDAD.

¡Oh Caridad, á quien el cielo envía
Inmensidades de pasion ferviente!
Doquier el hombre tu grandeza siente
Y en tu grandeza celestial confía;
Tú devuelves la paz y la alegría
Al pecho herido, al corazon doliente,
Y van tus labios á besar la frente
Del que gime en histérica agonía.
Tú buscas á los tristes y al soldado,
Y en hospitales fúnebres rodeas
Al pobre moribundo ensangrentado;
Tú doras la ciudad y las aldeas,
Tú llevas la esperanza al desdichado...
¡Oh dulce Caridad, bendita seas!

LA ESPERANZA.

Por ella, á viva conmocion despiertos
Y á germinal feliz magnificencia,
Respiran auras de celeste esencia
Y hallan vigor los corazones yertos.
Ella cubre de palmas los desiertos,
Endulza el erïal de una existencia;
Vive en todo, en la cuna, en la conciencia,
En el adios que damos á los muertos.
Todo lo envuelve en prismas de colores
Y promete una dicha que no alcanza
La humanidad sobre terrenas flores.
¡Desventurado aquel que no se lanza
A ese fanal de eternos resplandores
Y no muere abrazado á la Esperanza!...

LA AMBICION.

A un triste que con fúnebres ideas
Batalla como en mar tempestüoso,
Se le aparece un génio luminoso
Y dulce le murmura: «¿Qué deseas?
¿Inmensidades de oro y de preseas,
Islas de amor, jardines de reposo?
¿Ser vate ilustre, paladin glorioso,
Vencedor en titánicas peleas?
Tres dones nada más (y te lo advierto)
Concederé de aquellos que pidieres:
Medita, y pide con seguro acierto.»
«Dáme tesoros, potestad, mujeres...»
Olvidó la existencia, y cae muerto
Al ver surgir tres mundos de placeres.

EL CRIMINAL Y LA NOCHE.

El blando sueño no le presta alfombra,
Ni dosel el celaje del olvido;
Se aterra de los ecos, y el crugido
De los desnudos árboles le asombra.
Cree que el viento le maldice y nombra
Al exhalar su lúgubre quejido,
Y en el árbol que gime estremecido
Vé los siniestros brazos de una sombra.
Apénas llegue la indecisa tarde,
Fenecido un sosiego momentáneo,
El criminal se sentirá cobarde;
Y de la noche brotará espontáneo
Algo fatal que en las conciencias arde
Como aquella tormenta bajo un cráneo.

LO ETERNO.

Si hasta el ciprés se abatirá marchito
En su mansion tristísima de duelo,
Y ola que baña purpurino suelo
Quizá se pierda en arenal maldito;
Si vacilan los montes de granito
Y ablanda el sol la rigidez del hielo,
¿Acaso sólo es infinito el cielo?
¿Nada en los hombres arderá infinito?
Si es infinita la celeste esfera
Donde brilla el aliento soberano
De una inmutable perenal hoguera,
Tambien eterno es el dolor humano,
Y cuando el hombre aniquilarlo espera,
Espera siempre, pues aguarda en vano.

LA PENA DE MUERTE.

Jueces humanos que al poder terreno
Demandais los grilletes y el suplicio,
¿Acaso no arrojais al precipicio
De las tinieblas y la angustia, al bueno?
¿Quizá os cerneis sobre el azul sereno
Que no emponzoña con su aliento el vicio,
Y no llevais jamás al sacrificio
Al mártir que se eleva sobre el cieno?
¿No juzgais realidad una sospecha?
¿No sois tambien humanos deleznables
A quien la duda humilla eternamente?
¡No valdrá la vindicta satisfecha,
Con la sangre de todos los culpables,
La vida que robeis á un inocente!

LA LIMOSNA.

La caridad es dama recatada
Que allá sobre el dolor arde y palpita,
Ni de pompas y luces necesita
Para ser vista en la eternal morada.
La limosna que nace pregonada
Y ante pomposa multitud se agita,
Nunca será por el Señor bendita
Que murió en una cruz ensangrentada.
La vanidad á la pobreza insulta:
Limosnas haz, mas lo que dé la diestra
Que no llegue á saberlo la otra mano.
Ante aquel Mártir que salvó al humano,
Ménos irrádia la que más se muestra
Y resplandece más la que se oculta.

UN IMPOSIBLE.

Pídele al cielo que no alumbre hermoso
Al verter matinales resplandores,
Y no viertan los dulces surtidores
Sus claras perlas al jardin umbroso;
Que no destroce el rayo fragoroso
Que surge de horizontes matadores,
Y que apaguen tambien los soñadores
El fuego de sus almas tormentoso.
¿Podrán las aves olvidar sus galas?
¿Dejará de volar la mariposa
Si no le cortan las volubles alas?
Pues es lo mismo la mujer hermosa
Que con sus plantas á los hombres huella:
¡Será inconstante miéntras sea bella!

UN HIJO DEL SIGLO.

«¡Cómo me place el mágico ardimiento
Del águila que busca resplandores,
Y al matizar sus alas de colores,
El sol la baña, en la region del viento!
¡Cuán infeliz, en mi ansiedad, me siento
Al aspirar los célicos ardores,
Y no tener los brazos voladores
Con que se tiende el ave al firmamento!
¡Yo pretendo saber, en mis querellas,
Qué me oculta la atmósfera argentada
Donde giran el mundo y las estrellas!
¡Si es mentira esa bóveda azulada!
¡Si son engaño esas antorchas bellas!
¡Si detrás de ese azul tampoco hay nada!»

UN FILÓSOFO Á LA MODERNA.

«¡Fuerza es que el niño soñador despierte
Y amarga realidad toque en seguida!
¡Ay de los sueños de la edad florida!
¡Ay de la triste senectud inerte!
Nace el mortal, y su funesta suerte
Es pasar sobre el mundo de corrida,
¡Y un paso de la fúnebre caïda
Es abismo que acerca hácia la muerte!
¡Pensad cómo mañana nos veremos,
Si, cuando ayer sin esplendor nos vimos,
Ni sombra ya de nuestro ayer nos vemos!
Yo sólo sé que á padecer venimos,
Y que hacemos llorar cuando nacemos,
Y nos lloran tambien cuando morimos.»

LA FE.

Por ella el hombre se descubre y reza,
Y un epitafio en los sepulcros graba,
Y contempla en la vida que se acaba
Algo más grande que á brillar empieza.
Por ella un pueblo de sin par alteza
Siglos y siglos con valor lidiaba,
Y los *Guzmanes* y los *Cides* daba
Y los *Alfonsos* de inmortal grandeza;
Por ella late el corazon fecundo,
Por ella cantos el pöeta vierte,
Y al mar Colon arrebataba un mundo.
Por ella el débil se contempla fuerte,
¡Y por ella no tiembla el moribundo
Ante las hondas simas de la muerte!

LA FOSA.

Un muerto es un bajel que vá al osario,
Escupido de férvido olëaje...
Una sombra perdida en un celaje;
Hora contada del mortal horario.
¡Qué frio aquel imperio legendario!
¡Qué frio aquel tristísimo paraje!
¡Qué aterrador el último hospedaje
Que ofrece un cementerio solitario!
¿Llenando aquella hondura eternamente,
Ceniza nada más allí reposa?
¡No sé medir lo que el ateo siente!
¿Quién sondea la noche misteriosa?
¡Qué pobre es el abismo de la mente
Ante el abismo oscuro de una fosa!

LAS AMBICIONES.

No era yo el miserable Prometeo
Atado al férreo padecer profundo;
No era el dolor, el triste moribundo
Que se abrasa en la fiebre del deseo:
Soñaba ser un colosal Anteo
Que agitaba los brazos iracundo,
Y entre sus brazos deshacia el mundo;
¡Y sobre el mundo despertó el pigmeo!
¿Quién, delirante, el luminar no hüella,
Y no quiere volar, y no halla pocas
Las majestades de la altura bella!
Mas ruedan ¡ay! las ambiciones locas,
Y en el duro peñon el mar se estrella,
Y el bajel se deshace entre las rocas.

IMITACION.

El peregrino que resiste apénas
Al astro ardiente que su aliento agota,
Y diera un mundo á cambio de una gota
Para calmar el fuego de sus venas,
Puede matar las angustiosas penas
Al ver surgir como ilusion remota
El paraïso que luciente brota
Del lejano monton de las arenas.
Tras de marchar por fatigoso suelo,
Tambien buscando una region de calmas,
Los hombres pueden apagar su anhelo;
Que hay un refugio de inmarchitas palmas,
Y ŏasis de las almas es el cielo
Si es la tierra el desierto de las almas.

VIVOS Y MUERTOS.

Si muertos hay que adoracion reciben,
Muertos que vida en la memoria adquieren,
Tambien hay sombras que á los vivos hieren
Y allá en su faz un anatema escriben.
¡A los que llama celestial conciben,
Ultrajes, al morir, no les infieren,
Y los mortales deshonrados mueren
Para el mundo crüel en donde viven!
Vé el triste criminal rostros esquivos,
Y del osario de despojos yertos
Se levantan los númenes altivos:
Hay horizontes en la tumba abiertos:
El deshonor es muerte de los vivos,
Pero la gloria es vida de los muertos.

LA LIBERTAD.

Vírgen que angustias por matar se afana,
La llama el hombre en ansiedad constante,
Y si, atraida por su voz vibrante,
Le ofrece amor purísimo de hermana;
Luego la tiñe ruborosa grana
Y la marchita un beso sofocante;
Que casi siempre el lujurioso amante
Al tenerla en sus brazos la profana.
Deja un pueblo fatídica memoria
Por olvidar raquítico y liviano
Las enseñanzas que le dá la historia;
Siempre que un pueblo se revuelque insano
Del vicio inmundo en la funesta escoria,
Su podredumbre abortará un tirano.

EL TIRANO.

Toda nacion que al libertarse un dia,
De la piedad los manantiales seque
Y de ambiciosa intransigencia peque,
En otros hierros su ambicion expía;
Roto el férreo dogal que la oprimia,
Como en delirio destructor se obceque,
La libertad por la licencia trueque,
La trocará por nueva tiranía.
Al verse libre un pueblo, no descienda
A que un tirano su guarida alfombre
Con las cabezas que á sus plantas tienda...
Tiemblen los pueblos á su sólo nombre,
Pues el tirano es maldicion horrenda
Que, vengadora, encárnase en un hombre.

EL MONTE DE LA VIDA.

Al monte de la vida nos lanzamos,
Llegar á grande altura conseguimos,
Y vanamente en nuestro afan pedimos
Volver al punto que detrás dejamos.
Hácia nuevas alturas avanzamos
Al par que en altivez disminuimos,
Y más decrece cuanto más subimos,
Por no querer mirar á dónde vamos.
¿Subiremos la cuesta de la vida,
Al principio de flores matizada
Y un instante después descolorida,
Para, llegando hasta la cumbre helada
Donde concluye la fatal subida,
Rodar á los abismos de la nada?

—

Álzase un monte en púrpuras teñido
Atrayendo á la humana muchedumbre;
Pero al subir el hombre, aquella lumbre,
Aquel fulgor se habrá desvanecido.
Por misteriosos brazos impelido,
Sintiendo fatigosa pesadumbre,
Llega el mortal á la remota cumbre
Sin saberse explicar cómo ha subido.
Acaso entónces clava la pupila
En las nieves con hondo desconsuelo
Y ante un abismo aterrador vacila;
Mas en aquella cúspide de hielo,
Si la oscura materia se aniquila,
El luminoso espíritu vá al cielo.

—

MIS SUEÑOS.

Allí el monte de nieves coronado,
Y á sus plantas magnífica espesura;
El mismo arroyo que feliz murmura,
Deshecho en perlas su caudal plateado;
Las mismas flores anegando el prado
En olas de perfumes y dulzura;
Todo igual; todo vive; todo dura
Mucho más que mis sueños han durado.
¿Por alas invisibles adormido,
Soñára yo para que el bien perdido
Se trocase en memorias tan amargas?
Vosotras, dichas, cual fantasma leves:
¿A qué tan dulces para ser tan breves,
Habiendo angustias y afliccion tan largas?

RISA Y LLANTO.

Quien el destino que ennegrece ó dora
Busque en los hombres cuya faz expíe,
Observe á todos y jamás confíe
En apariencia como el mar traidora.
El placer en sonrisas se evapora,
En lágrimas la angustia se deslíe;
Pero á veces el hombre que sonríe,
Amargamente, al sonreirse, llora.
Lágrimas pide germinal encanto
A la pupila que un eden divisa,
Y carcajadas el mayor quebranto.
Por eso el hombre en la mansion que pisa,
Observa risa que parece llanto
Y llanto vierte que se acerca á risa.

LA FELICIDAD.

Imán eterno de la vida humana,
A todas horas su atraccion sentimos;
Fantasma brillador que perseguimos
Magnetizados por su lumbre vana.
Como vision fosfórica y liviana,
Cruza veloz, ligeros le seguimos,
Y si ayer alcanzarle no pudimos,
No le podremos detener mañana.
De poco sirve al jóven y al anciano,
A tiernos niños y á caducos viejos,
Tras él marchar cuando le ven cercano.
Cerca miran los hombres sus reflejos;
Pero al ir á tocarle con la mano,
Huye el fantasma y se le vé más léjos.

EL DESTINO DE LOS GÉNIOS.

¡Lenguas de hïel, como el reptil dañinas,
En vosotros cebarse eternamente,
Y las promesas de encantado Oriente
Apagarse entre fúnebres neblinas!
¡Ver enturbiar las ondas cristalinas
A que el sediento se acercaba ardiente;
Hasta los astros elevar la frente,
Y los piés desgarrarse con espinas!
Mas al cäer sobre la tierra yertos
Al soplo de huracanes aflictivos,
Mundos de gloria contemplais abiertos.
Génios que el orbe iluminais altivos:
¡Cuántos serán entre los vivos, muertos!
¡Qué pocos sois entre los muertos, vivos!

DOS TORMENTAS.

¡Abismos de amargura y sufrimiento
Que ardeis en mi cerebro palpitantes!
Huyó la tempestad, y de cambiantes
Se llena la extension del firmamento.
Yo no puedo acallar el pensamiento,
Y es huracan de todos los instantes...
¡Las tormentas estallan más jigantes
En estos mundos que en mi cráneo siento!...
El rayo que fulgura momentáneo,
Para calmar un piélago sombrío
Desciende de las nubes espontáneo;
¡Y yo no puedo este huracan impío
Desvanecer, sin arrancar del cráneo
La tempestad del pensamiento mio!

DOS INFINITOS.

Estalla en rayos el furor que encierra
La parda nube, y se estremece, y zumba,
Como en la boca de siniestra tumba,
En los negros abismos de la tierra;
La ronca voz del huracan que aterra,
Por el inmenso espacio se derrumba,
Y sobre el orbe, en fúnebre balumba,
Sus iras tiende pertinaz la guerra.
Nuncios de horror y tempestad insana,
Las nubes de la altura y las del suelo
Arden lanzando por doquier sus gritos,
Y rugen sin cesar dos infinitos,
Un infinito en el ardiente cielo
Y otro infinito en la ambicion humana.

LA ESTACION FLORIDA.

Intenso aroma en el verjel lozano,
Sonrisa azul en la brillante esfera;
La lengua se desata lisonjera,
El pensamiento bulle soberano;
Nubes de rosas al abrir la mano,
Todo al oïdo murmurando *espera*...
¡Cómo encanta la rica primavera
Cuando la siente el corazon humano!
Ensueños vagos cual celeste gasa,
Hacen girar á la mujer querida
Por un éter fantástico que abrasa.
Todo á dormirse en el placer convida;
¡Pero qué pronto con sus flores pasa
La primavera hermosa de la vida!

DICHAS Y PENAS.

Por más que á un ángel de hermosura adores,
Pues eres hombre y cual los hombres eres,
Ver deslizarse tu existir no esperes
Sin que marchitas esperanzas llores.
¿No mueren como chispas los amores?
¿Es eterno el amor de las mujeres?
Por un sólo momento de placeres,
¡Cuántas y cuántas horas de dolores!...
¿No ves aquel peñasco que resiste
Del mar á los esfuerzos colosales,
Haciendo siglos que luchando existe?
¿Ves aquel humo alzarse en espirales
Y confundirse con la bruma triste?...
Humo es la dicha, peña nuestros males.

LA NADA Y LO INFINITO.

Cuando al cäer de tarde quejumbrosa,
Como fin de tristísimo paseo
Aproximarme á la mansion deseo
En que dormido cuanto fué reposa,
Y, cruzando la verja misteriosa
Donde esculpida nuestra suerte leo,
Entre sepulcros un cadáver veo
A quien aguarda la entreabierta fosa;
Tiembla un momento el alma acongojada,
Acallo triste vacilante grito,
Y sobre el muerto clavo una mirada;
Mas pronto en viva conmocion me agito;
Que al contemplar junto á mis piés la nada,
Alzo la frente y busco lo infinito.

EL TORNO DE LOS EXPÓSITOS.

Algo existe en los hombres tan pequeño,
Que la razon humana no se explica,
Y que nada en el mundo justifica,
Ni el miasma impuro de fatal ensueño:
¿Qué corazon no acogerá risueño
A la esperanza que amanece rica?
Por su dueño el corcel se sacrifica,
Y el siervo muere por su ingrato dueño.
Las flores son los dulces regocijos
Que nacen de la hermosa primavera.
Y las ostenta como bello adorno;
Las aves alimentan á los hijos,
Y los defiende hasta morir, la fiera:
El hombre *es hombre*, y los arroja al *torno*.

EL NO SER.

Baja al sepulcro una mujer hermosa,
De muerte herida por dolor impío,
Y al deshacerse aquel tesoro frio,
Crece en las tumbas amarilla rosa.
El rio exhala niebla misteriosa,
Y luégo son partículas del rio
Las irisadas gotas de rocío
Que dá á la flor el alba luminosa.
Soplo de vida al Universo envuelve;
Un mundo se desnuda, otro se viste;
Una fuerza arrebata, otra devuelve.
Come la tierra del cadáver triste,
A beber en la luz el alma vuelve...
EL NO SER es lo sólo que no existe.





SONETOS HISTÓRICOS Y HERÓICOS.

DOÑA ISABEL II.

El peñon de los hielos se desgaja
Y hasta el oscuro valle se derrumba;
Huyen los sueños cual fugaz balumba,
Y el tiempo flores y beldades aja.
El rayo matador del cielo baja,
Y eco de muerte en los abismos zumba:
¡Para toda ilusion hay una tumba!
¡Para toda grandeza una mortaja!
Rodarán los alcázares inmobles
Al sentir la tormenta enfurecida,
Y abate el fuego los añosos robles;
Mas si teneis un alma bien nacida,
Y bravos sois, y blasonais de nobles,
¡No desprecieis la majestad caïda!

1872.

D. ALFONSO XII.

Mucho de excelso y generoso entraña
Vuestra grandeza honrada y salvadora;
Anhelais ser el rayo de la aurora,
No el huracan que tale la montaña.
Vuestra mano benéfica restaña
El padecer de la nacion que llora,
Y olvidais que una altísima señora
Lloró su desventura en tierra extraña.
¡La realidad colmó vuestros deseos,
Aquellas esperanzas deslumbrantes
Que cruzaban los altos Pirineos!
¡Tended los brazos sobre el pueblo amantes!
¡Recordar el dolor es de pigmeos!
¡Olvidar la desdicha es de jigantes!

1875.

LA GUERRA CIVIL.

¡España mia, colosal matrona
Que hasta el cielo tus rayos elevaste,
Y la dorada inspiracion buscaste
Allí en el astro que el zafir tachona!
El inmenso poder se desmorona,
Y apena el triste abrumador contraste,
Al medir la corona que llevaste
Con los abrojos ¡ay! de tu corona.
Tus propios hijos, con afan ardiente,
El seno maternal han desgarrado,
Y azota oscura tempestad tu frente.
Tu padecer es para mí sagrado;
¡Pero qué pobre veo tu presente
Al recordar tu colosal pasado!

Á LOS SOLDADOS VENCEDORES.

¡La contienda civil aborrecida
A la nacion no robará más brazos!
¡No rodarán al suelo los pedazos
Del pecho de una madre dolorida!
¡Si áun coloran la esfera enrojecida,
Con su siniestra luz, los fogonazos,
Son ya los postrimeros cañonazos
Que ahogan la contienda fratricida!
¡Cuando ya los contrarios fugitivos
Van á rodar á vuestras plantas yertos,
Luzca el verdor feliz de los olivos!
¡Vean los brazos del soldado abiertos!
¡Sea el laurel de los guerreros vivos!
¡Llorad tambien por los contrarios muertos!

LA GUERRA.

¡Ponzoña que corroe á las naciones,
Que las trueca en impuro matadero!
¡A la traicion del fratricida artero
Y al soplo de bastardas ambiciones,
Se desata la voz de los cañones,
Y centellea el estridente acero
Que siega, con la vida del guerrero,
Las más dulces y caras ilusiones...
¿Pero qué importa que los hombres mueran,
Y que se formen lúgubres montañas
De alegres pechos que ventura esperan?
Barra el cañon ciudades y cabañas...
¡Ay, madres infelices, si pudieran
Los tiranos sondear vuestras entrañas!

CONCHA.

¡Cuánto verdor y juventud lozanos
Allá en los campos de batalla mueren,
Y cuántos ciegos en la lucha quieren
Emular á los tigres inhumanos!
¡Arde el furor en las sangrientas manos,
Y hondas heridas á la patria infieren;
Que los que matan, despiadados hieren
El noble corazon de sus hermanos!
¡Oh indomable guerrero que supiste
Oponerte al furor de las cuchillas
Que ante la patria centellando viste!
Cual sol de gloria y de grandeza brillas,
Tú que, sublime al espirar, gemiste:
«*¡Muero, sí; pero muero en las guerrillas!*»

Á LOS VENCEDORES DE LA GUERRA CIVIL.

Rodó otra vez la tiranía adusta,
Y de nuevo rodó la tiranía
Al esfuerzo y sublime valentía
De vuestra mano que luchó robusta.
Como en arenas el palmar se incrusta,
Brille el perdon en la altivez bravía,
Ya que de nuevo á la opresion sombría
Ató á las plantas de la causa justa.
Vosotros que abatísteis á opresores,
Y los pechos, tal vez enrojecidos,
Opusísteis á hierros matadores;
Soldados valerosos y aguerridos:
¿Quereis más grandes ser los vencedores?
¡Pues generosos sed con los vencidos!

GERONA.

¡Oh inmenso Napoleon!... Cual los cometas
Cuya lumbre fatídica anonada,
Dejaste en pos de tu carrera airada
A cien naciones al terror sujetas.
Por sus campiñas húmedas y escuetas
Te vió pasar la Europa ensangrentada,
Al ofrecer la libertad clavada
En la punta de rojas bayonetas.
Tirano que de sangre te cubriste,
La libertad tu proceder no abona,
Pues en su nombre esclavizar quisiste.
Ansiaste ver en tu imperial corona
Brillar mi patria, y tembloroso viste
Cómo Numancia renació en Gerona.

SANTA-ELENA.

Yo te admiro, coloso de la guerra,
De cuyas iras, ante oscuro *ilota*,
Brotaba el rayo, como el fuego brota
Del rojo cráter de encendida sierra.
Tu altiva mano esclavizó la tierra,
Que hollar pudiste desangrada y rota,
Y sobre el mar de las edades flota
El nombre inmenso que un poëma encierra.
Para mostrarte oscuro á los que huyeron
Del sol que llamas arrojó á su paso
Sobre sangrienta y fúnebre balumba,
Y ejecutores del destino, fueron:
Bailén, tu eclipse; Waterlóo, tu ocaso,
Y Santa-Elena, tu sombría tumba.

EL DOS DE MAYO.

¡Lucha en la cual el hervoroso jugo
De hidalgas venas derramar se quiere,
Y ruge el bravo y por la patria muere
Dejando en ella sempiterno ostugo!
¡Reto lanzado al rostro de un verdugo
Que heróicos pechos á mansalva hiere;
Grito de un pueblo que morir prefiere
A doblegarse al extranjero yugo!
Si un dia, España, tu pasado afrentas,
Y, extinto el fuego que en tus venas arde,
A vil coyunda la cerviz presentas;
Para llamarte débil y cobarde,
De los sepulcros brotarán sangrientas
Las sombras de Däoiz y de Velarde.

AGUSTINA DE ARAGON.

¡No cede la impertérrita constancia;
El cañon los espacios ilumina,
Y escombros y cadáveres hacina
Sin poder abatir nuestra arrogancia!
¡Atrás, guerreros de la altiva Francia,
Cuyas enseñas la ambicion domina:
Que al fulgor de los rayos de *Agustina*,
Renacen las mujeres de Numancia!
¡Alzada sobre un pueblo moribundo,
Heróica el paso á los franceses cierra,
Y al temblar ese ejército iracundo,
Los asombrados génios de la guerra
Ven que es más fácil conquistar el mundo
Que un palmo sólo de esta heróica tierra!

DAÖIZ Y VELARDE.

¡Abismos de dolor! *¡El Dos de Mayo!*
¿Quién no ha medido su grandeza á solas!
¡Cómo ardieron las almas españolas
Al despertar de su infeliz desmayo!
¡Cómo arrancóse de Madrid el rayo
Que fulminó cual tempestad de aureolas,
E hizo brillar las gaditanas olas
Y fulguró en las cimas del Moncayo!
Arde el cañon y en los espacios zumba;
El patriotismo en los recuerdos arde,
Y el santo pedestal no se derrumba.
Declina al fin la luminosa tarde...
Llega la noche; enciéndese la tumba,
Y fulguran allá... ¡Daöiz... Velarde!

LA TUMBA DE NAPOLEON.

Ayer á los fatídicos rugidos
De los cañones, conseguiste alzarte
Sobre la Europa, que tembló al mirarte
Sobre cien pueblos caminar vencidos.
Tronos mirabas vacilar, y hundidos
Los cimientos de todo balüarte,
Llevabas, bajo el bélico estandarte,
Reyes al carro de tu gloria uncidos.
Tal vez recuerdes la incesante guerra,
Y compares las glorias y renombres
Con el sepulcro estrecho que te encierra;
Quizá en aquella soledad te asombres
De ver que bastan unos piés de tierra
Al que se alzaba sobre tantos hombres.

AL MARQUÉS DE LOS CASTILLEJOS.

¡Oh momento crüel! ¡Noche traidora!
¡Venció sombría la traicion impura,
Y allá de una implacable sepultura
Te perdiste en la sima aterradora,
Como se pierde estrella salvadora
En los celajes de la noche oscura!
¡Tu génio sin rival ya no fulgura!
¡Con qué dolor la libertad te llora!
¿Y en tu España caïste asesinado?
¡Con qué cobarde y alevosa saña
Al lëon atacaban enjaulado!
El que arrancó tu corazon á España,
No es español aunque español se llame:
¡No tiene patria un asesino infame!

Á LA NACION TURCA.

¡Hasta morir luchad, mahometanos,
Por causa tan hermosa y tan sagrada!
Los que ensangrientan vuestra tierra amada
No lidian en defensa de cristianos;
Por la ambicion de adustos soberanos
Vuestra tierra mirais ensangrentada:
¡Harto dice Polonia desdichada
La religion que tienen los tiranos!
Soy cristiano, y no falto á mi conciencia
Elevando los votos más ardientes
Por un triunfo en que vá vuestra existencia.
Tanto heroismo envidiarán las gentes,
Que luchais por la sacra independencia
Y morís como raza de valientes.

1877.

MORIONES.

Un nuevo triunfo de la muerte odiosa
Traidor apaga el fulgurante brillo
De aquella mano que arrancó el cuchillo
Del fratricida, á sanguinaria diosa.
Caiga el laurel en la entreabierta fosa
Cual verde manto, y mi cantar sencillo
Álcese en prez del vencedor caudillo
Que defendió la libertad gloriosa.
Tú que supiste conquistar la palma
Del patricio celoso y del soldado,
Desciende en paz á tu mansion de calma;
Que el indomable militar honrado
Eternamente quedará en el alma
De los valientes de Aragon, grabado.

EL CINCO DE MARZO.

Zaragoza inmortal, ciudad augusta,
Altares de grandeza y patriotismo:
Siempre opusiste al ciego fanatismo
Los nobles brios, la altivez robusta.
Como reptil, la tiranía adusta
Llegó hasta la mansion del heroïsmo;
Combatieron la luz y el despotismo:
Venció la libertad, la causa justa.
Aquí las huestes del tirano vieron
Cuán triste es el poder de los tiranos,
Y una leccion sangrienta recibieron.
¡Laurel al vencedor, zaragozanos!
Llanto piden tambien los que murieron;
Que todos eran ¡ay! nuestros hermanos.

LA LIBERTAD.

Emanacion del cielo, rica esencia
Que desciende de alturas inmortales,
No levanta á su paso vendavales
Ni ruge con ardiente vïolencia;
No es el vaho mortal de la licencia;
No reina sobre fosas sepulcrales;
No desea cadalsos ni dogales
Para gozar de efímera existencia.
No es fiebre que consume y arrebata;
No es aquella beldad que diviniza
Una pasion hidrópica, insensata;
No fué centella que alumbró rojiza;
No es la siniestra tempestad que mata:
Es el fresco raudal que fertiliza.

EL DESPOTISMO.

Los que jugais con las sangrientas penas
Del infeliz que su amargura vierte,
Y en el vencido que se postra inerte,
Os ensañais como cobardes hienas,
¿Olvidásteis que ruedan las almenas
Y el huracan en polvo las convierte?
¿Os empeñais en que el lëon despierte
Y os azoten el rostro sus cadenas?
¡Oh coronada turba de opresores!
No impidas que con sacros esplendores
La bienhechora libertad irradie.
¡Por oprimir al rio encarcelado,
Se desborda en torrente, y desbordado,
Ya no consigue detenerlo nadie!

LA ADULACION.

¡Maldita el arpa cuyas dulces notas
Se unieron al incienso, á los rumores
Que eleva una legion de aduladores
Al rey que bebe las sangrientas gotas
De unas espaldas por la mano rotas
De implacables verdugos y opresores,
Que hacen crugir, en lúgubres furores,
Látigo vil sobre tropel de ilotas!
Cuando un monarca engrandecerse quiera,
Sepa humillar la adulacion rastrera
Que en dulces tonos en las arpas vibre.
¡Ay del monarca que á los pueblos hiere,
Y turba esclava y vengativa quiere,
En vez de un pueblo generoso y libre!

EL ASTRO INMORTAL.

¿Por quién tus llamas esplendor adquieren
Miéntras el culto del mortal recibes?
¿De quién el fuego abrasador percibes
Con que tus rayos mis pupilas hieren?
Ruedan los hombres, y los pueblos mueren,
Y tú, grandioso, sobre todo vives,
Y las verdades que con oro escribes
Negarlas sólo los soberbios quieren.
Pero tú que, al dorar á nuestro paso
Esa azulada esfera indefinida,
Enciendes la mansion en que me abraso,
Eres llama de un astro desprendida,
¡Y cuántos soles formarán acaso
Una llama del *Sol* que nos dió vida!

LAS PIRÁMIDES DE EJIPTO.

Vetusto y silencioso monumento;
Colosos que, al vivir eternamente,
De nube en nube, remontais la frente
Anhelando rasgar el firmamento:
¿A qué debeis tan alto encumbramiento
Que asombro infundirá de gente en gente?
¿Sois crëacion de un númen esplendente?
¿Abortos de fatal presentimiento?
¿Quizá un arcano vuestro seno encierra?
¿Quizá algun rey, en su anhelar oscuro,
Pidió una tumba al hielo de la sierra?
¿Temió cobarde, al fabricar el muro,
Que no querria la fecunda tierra
Guardar los restos del tirano impuro?

COLON.

Yo del pasado tu martirio evoco;
Quiero llorar contigo tu amargura:
Tú presentiste un orbe de hermosura,
Y el hombre tuvo esa grandeza en poco.
Los hombres necios te llamaron loco,
Y América surgió de esa locura;
Entónces admiraron tu cordura,
Mas sin rendirte el galardon tampoco.
Jamás te alejes del sepulcro triste,
Ni la villana ingratitud te asombre
Que en el imperio terrenal subsiste.
¡No midas hoy la ingratitud del hombre;
Que al mundo colosal que tú le diste
Ni siquiera le supo dar tu nombre!

RAFAEL.

Deja á tantos y tantos opresores,
Desde altos czares hasta oscuros beyes,
Empujar con el látigo á sus greyes
Por escabrosa via de dolores;
Deja á tantos despóticos señores
Tantos caprichos erigir en leyes...
¿No vale más que alzarse en rey de reyes,
El título de rey de los pintores?
¿Qué importa que se juzgue omnipotente,
Y al mostrar su poder de zona en zona,
La Parca á todos igualar intente,
Si cuando al génio tétrica aprisiona,
No consigue arrancar la de su frente
Como arranca á los reyes su corona?

AL CENTENARIO DE CAMOENS.

¡Hijos del noble Portugal: España
Para vosotros no será extranjera
Miéntras los rayos de una misma hoguera
Nos iluminen, y el cristal que baña
Vuestras campiñas, bese la montaña
Donde mirais flotar nuestra bandera!
¡Todos formamos una raza ibera!
¡No somos hijos de una tierra extraña!
Esta nacion no ha de escucharos muda
Miéntras un grito ardiente y soberano
Cual vibracion magnética os sacuda;
¡Pero tambien recuerde un pueblo hermano,
Que es el pueblo de *Lope* el que saluda
Al inmortal pöeta lusitano!

LINCOLN.

Llegue á tus piés la humana muchedumbre
Y te salude con sublime grito,
Cual saluda ante el Gólgotha bendito
Al Dios que exhala redentora lumbre.
El Hombre-Dios, en la sangrienta cumbre,
Cual la esperanza brillará infinito:
Tambien, con sangre, otro pöema escrito
Dejaste por borrar la servidumbre.
Por tí, que resplandeces entre bravos,
La luz del sol al desdichado alegra
Que te prodiga celestiales nombres.
Tú arrancaste del yugo á los esclavos;
Para tu amor no había *raza negra:*
¡Eran la humanidad *todos los hombres!*

EL QUIJOTE.

No mora el génio entre los hombres cuando
Se le saluda con glorioso estruendo;
Pues en la tierra ha de vivir gimiendo
Y ha de pasar la vida agonizando.
El Quijote, tesoro venerando,
Tambien un númen lo abortó sufriendo,
Y anhelan todos devorar riendo
Lo que Cervantes escribió llorando.
Libro que el génio de fulgores baña,
Recuerda al mundo lo que fuimos ántes,
Así abatiendo la soberbia extraña.
Para crecer, para humillar jigantes,
No necesita otra grandeza España
Que abrir los labios y decir: CERVANTES.

GUZMAN.

Ante la plaza, la traicion, el cieno
Que apaga el noble y generoso brillo:
Dentro, la fe del paladin sencillo,
La lealtad y el ánimo sereno.
Con el desdoro brinda el agareno
Al triste padre, al varonil caudillo,
Y al rostro del infiel, en un cuchillo,
Desciende el alma de Guzman el Bueno.
¿A quién España no venció en la guerra,
Y á quién en los océanos no abisma
Que aquel jigante sacrificio encierra?
Espanto del latino y la morisma,
Si con *Numancias* asombró á la tierra,
¡Con los Guzmanes se asombró á sí misma!

GONZALO DE CÓRDOBA.

Tú le robaste á Portugal la aureola
Que se ciñe el guerrero sobrehumano,
Y humillaste el poder mahometano
Con tu fiereza que nació española;
Y no brillaste en una empresa sola
En honor del dominio castellano;
Que áun recuerda tu esfuerzo el *Garellano*
Y áun repite tu nombre *Ceriñola*.
Ante nadie humillabas la cabeza,
Y convertías en humildes greyes
A los guerreros de sin par fiereza;
A los más bravos impusiste leyes,
Y supiste probar con tu grandeza
Que hay vasallos más grandes que sus reyes.

EL ESCORIAL.

Como dosel fantástico de brumas
Que flota sobre el páramo marchito,
Tienes algo de horrible en lo infinito
De esa fria grandeza con que abrumas.
No es posible que tiembles, ni consumas
La vida de esas moles de granito,
Ni te conmuevas al fecundo grito
Del vapor que te arroja sus espumas.
Miéntras cual frio espectro te levantes,
Como al oscuro torrëon la yedra,
Te cercarán asombros incesantes;
¡Pero tu fria majestad arredra!
¡Son de piedra tus bóvedas jigantes,
Y mandó hacerte un corazon de piedra!

NUMANCIA.

Honra y orgullo del valor ibero,
Hasta las nubes vencedora alzaste
La frente que de llamas coronaste
Para humillar al enemigo fiero.
Con tu indomable proceder guerrero
Las águilas latinas asombraste,
Sin que á tus glorias la grandeza baste
Del canto heróico que vibró en Homero.
¡Aun nuestros pechos de entusiasmo inflamas!
¡Todavía combates altanera
Y sobre el orbe tu fulgor derramas!
Miéntras el mundo gire por la esfera,
¡Verá á tus madres encender las llamas,
Y arrojar á sus hijos á la hoguera!

AL CID CAMPEADOR.

¡Sosten de una naciente monarquía
A quien serviste de brillante escudo!
¡Por tí vencer á los infieles pudo
Fïando en tu suprema valentía!
Con la constancia que alentó bravía,
Brillar supiste en el combate rudo:
¡Yo admiro tu valor; yo te saludo,
Crisol de la grandeza y la hidalguía!
Otros vistieron como tú las mallas,
Y el horizonte de la gloria abierto
Vieron, hundidas invencibles vallas.
Otros lucharon por un triunfo cierto;
Otros ganaron, al morir, batallas:
¿Quién, como tú, las ha ganado muerto?

GARCÍA DE PAREDES.

Como al furor del huracan las mieses,
Juntas las armas que brillaron solas,
Ciñe los cascos rosicler de aureolas,
Y relinchan los potros cordobeses;
Bosques de lanzas, por doquier, y arneses
Brillan cual rios de encendidas olas...
¿Acaso las legiones españolas
Se aprestan á luchar con los franceses?
Sobre un puente, cual olas torrenciales
Un ejército avanza en ronca saña,
Desatando sus huestes colosales;
Y el paso cierra un hombre, una montaña,
Para probar que con guerreros tales
Bien puede mundos conquistar España.

EL GRAN CAPITAN.

Bastábale el fulgor de las moharras,
Al nombre de una célica princesa,
Para trocar en mísera pavesa
El valor de las huestes más bizarras.
Abatió las moriscas cimitarras,
Y fué á luchar con la altivez francesa
Como avanza el lëon sobre la presa
Y la deshace en sus sangrientas garras.
Supo ganar un reino esclarecido,
Y tras de noble combatir ardiente,
Le relegaron al oscuro olvido.
La baja envidia se enroscó al valiente,
Y el fuego del lëon era vencido
Por la astucia crüel de la serpiente.

HERNAN CORTÉS.

Allí un lecho de espumas y de aureolas;
Allí los bosques, cual inmenso muro,
Oponen vallas ante el pecho duro
Que aliento pide á sus grandezas solas.
Atrás, bajeles y encantadas olas;
Delante, el mar del porvenir oscuro
Que más y más te alejará el seguro
Camino de las playas españolas.
Volver no quieres á los patrios lares,
Y á las llamas arroja tu heroïsmo
La salvacion y la mejor defensa.
Los bajeles sepúltanse en los mares,
Y al rasgar las entrañas del abismo,
Álzase el astro de tu gloria inmensa.

PEDRO EL CRUEL.

Cual si pudiese abandonar los lechos
Que atesoran las tumbas de Castilla,
Como un espectro ensangrentado brilla
Y aterra acaso á temerosos pechos.
Con la sangrienta fama de sus hechos
Y en bravas luchas asombró á Sevilla,
Y al amparo del cetro y la cuchilla,
Hizo valer su estirpe y sus derechos.
Cercado de traidores y falsarios,
Aquel rey que soñaba con la gloria,
Buscaba entre la plebe sus sicarios;
Y ante unas lides de fatal memoria,
El Crüel le llamaron sus contrarios,
Y *Justiciero* le llamó la historia.

FERNANDO EL CATÓLICO.

Al fin Italia te rindió tributo,
Y nuevos mundos á tus plantas viste,
Mas en el colmo del honor tuviste
Que abandonar el codiciado fruto.
Castilla toda se vistió de luto
Por la mujer que esclavizar supiste,
Tú que, en tus glorias de monarca, fuiste,
Más que guerrero y valeroso, astuto.
Y si la astucia alguna vez te abona,
Con la doblez y el miserable encono
Respondiste al espléndido regalo.
La ingratitud manchaba tu corona,
Y nublan los fulgores de tu trono
Las sombras de *Colon* y de *Gonzalo*.

ISABEL I.

Llama gloriosa, resplandor del cielo,
Asombro del imperio granadino,
Brillaste cual relámpago divino
Que rasga el tul de funerario velo.
Raudales de ternura y de consuelo
Brotaban de tu labio cristalino,
Y fundabas tu gloria y tu destino
En ser honor del castellano suelo.
De bravos caballeros adorada,
Desvaneciste el hálito infecundo
De la intestina lucha despiadada.
Sondeaste las alturas y el profundo,
Y llevaste tu ejército á Granada,
Y con tus joyas conquistaste un mundo.

JUANA LA LOCA.

Tú en un esposo el existir cifrabas
Para que al tiempo venidero asombres
Y los jardines del amor alfombres
Con el laurel del pecho en que te grabas.
Para expresar tu adoracion no hallabas
Ardientes frases ni amorosos nombres;
¡Y debias ser reina entre los hombres,
Pues más que las mujeres adorabas!
Ahogado el hondo y penetrante grito
Que surge del amor cual de las olas,
Y de las dichas el verjel marchito,
Ante un cadáver sollozando á solas,
Todo un pöema nos dejaste escrito:
¡El amor de las reinas españolas!

CÁRLOS I.

Cumplido y valeroso caballero,
En el ardiente corazon sentía
Algo grandioso que buscar le hacía
Las glorias del amor y del guerrero.
De águila tuvo el entusiasmo fiero,
Y de lëon la terca valentía,
Y por lides contó la de Pavía,
Y por siervo un monarca prisionero.
Al paso vencedor de sus legiones,
Como torres que el viento desmorona,
Rodaban á sus plantas las naciones.
Mandó sus huestes á la indiana zona,
Y por doquier paseaba unos leones
Que engarzaron el sol á su corona.

FELIPE II.

En ambiciones consumió la vida,
Y astuto y previsor cual la serpiente,
Abarcaba su diestra omnipotente
La Europa, que temblaba estremecida.
Con el hombre la hoguera enrojecida
Ansiaba alimentar eternamente;
Y si la historia le llamó el *Prudente*,
Quizá un muerto le llama el *Parricida*.
Abrasado en impura vïolencia,
Era sólo una máscara en sus manos
El místico fervor de su existencia.
Feneció consumido de gusanos,
Que debieron nacer en la conciencia
Si es que tienen conciencia los tiranos.

FELIPE III.

Por tender la mirada á lo infinito,
No ves la tierra consumida y yerma;
Pálido brote de una estirpe enferma,
Tal vez el reino dejarás marchito.
Por ser buen padre y por rezar contrito,
El cetro das á Calderon y á Lerma,
Sin ver que estados y grandezas merma
La codicia letal del favorito.
Ante el monarca en que la fe palpita,
Sobre el morisco lánzase, en su encono,
La intolerancia, no la fe bendita;
Y bien poco atesoras en tu abono,
Pues más que ser devoto, necesita
Grandeza un rey para ocupar el trono.

FELIPE IV.

Hoy que, falto de galas y renombres,
Sólo un recuerdo de otros dias eres,
En pugna seguirán los pareceres
Por más que al génio en tu defensa nombres;
Y no sientas enojo, ni te asombres,
Pues prodigaste el oro y los placeres,
De que sepan juzgarte las mujeres
De un modo más benigno que los hombres.
La historia, que domina, y no respeta
Coronas ni hermosura, te ha juzgado
Y á su fallo implacable te sujeta.
Quizá no fué tan grande tu pecado;
Eras un rey con alma de pöeta:
Querías y soñabas demasiado.

CÁRLOS II.

Ni exiges á la córte el incensario,
Ni el grito de la guerra te entusiasma;
Sino que, envuelto en deletéreo miasma,
Te aterras ante un orbe imaginario.
Olvidando el imperio legendario
Cuya grandeza á las naciones pasma,
No eres rey, eres lúgubre fantasma
Que no tiene más cetro que el rosario.
Aquellos nobles españoles fieros
Se truecan en misérrimos testigos
De las burlas y amaños extranjeros,
Y conviertes, muriendo entre enemigos,
Una España de vates y guerreros
En un pueblo de frailes y mendigos.





SONETOS AMOROSOS.

¡BIEN MIO!

Como el que llega sin temor ni duelo,
Despues de largo y fúnebre ostracismo,
Con un amor que raya en fanatismo
A ver el patrio luminoso cielo;
Como aquel que, apurado el desconsuelo
De verse hundir en el oscuro abismo,
Saludase el valor y el heroïsmo
Del hombre audaz que le volviera al suelo;
Cual se saluda la bendita raya
Que anuncia *tierra* al náufrago desnudo
De aliento, en un valor que ya desmaya;
Como el que llega, tras combate rudo
Con las tinieblas, á dorada playa,
¡Eden deslumbrador, yo te saludo!

SIEMPRE.

Oigo tu voz magnética, argentina.
En las olas del rio cristalino,
Y se eleva tu cuerpo peregrino
Allá en la fuente que habitó la ondina.
Te contemplo en el alba blanquecina,
En la torre lejana del camino,
Y en brazos de glorioso torbellino
Tambien te miro fulgurar divina.
Te admiro entre la luz, entre las brumas,
En el arroyo que de blanca espuma
Salpica el cáliz de encendidas rosas,
Y te veo en alturas prodigiosas,
Y aquí en el fondo de mi sér te veo,
Y verte siempre y adorar deseo.

SIEMPRE, ALMA MIA.

En el raudal armónico, argentado,
Que besa el césped de amoroso brillo;
En el ave que surge del tomillo,
Y vá, de flor en flor, cruzando el prado;
Sobre las hojas del verjel tronchado,
En el oro del árbol amarillo;
En la torre del gótico castillo
Por rojiza centella iluminado;
En los senderos de la selva verde;
En el bajel que suspirante zarpa
Y en azulada inmensidad se pierde;
En las cuerdas dulcísimas del arpa,
En la imponente majestad del templo,
Allá tu imágen celestial contemplo.

¿DÓNDE BRILLAS?

Sobre el fulgor del odorante cirio
Que en blanquecino altar las sombras mata;
En el dulce consuelo que desata
La acerba ligadura del martirio;
En las hogueras del voraz delirio
Que en horizonte inmenso se dilata,
Y en el rayo de luna, hilo de plata
Que vá posarse en tembloroso lirio;
En el fuego inmortal de la victoria
Ante quien dobla el bravo la rodilla,
Dejando al mundo perenal memoria;
En el altivo resplandor que humilla,
En los sueños espléndidos de gloria,
Allí tu imágen deslumbrante brilla.

ALLÍ ESTÁS.

En la encendida matadora llama
De quien las mariposas son trofeo;
En el fulgor donde pöemas leo
Y el oro á mares por doquier derrama;
En el ardiente inmenso panorama
Que descorren las fiebres del deseo,
Allí tu imágen seductora veo,
Allí tu imágen celestial me inflama.
Sobre la flor que el huracan se lleva,
En la lluvia de chispas que se eleva
Del encendido hogar que se desploma;
Entre las alas de gentil paloma,
En los senderos de idëal paisaje,
Allá flotas sutil como un celaje.

¿DÓNDE TE ENCUENTRO?

Sobre el cristal que brillador resbala
Como ensueño gentil por la pradera;
En el ave que á triste compañera
Sus arrullos dulcísimos exhala;
Sobre la rica exhuberante gala
De que el árbol se viste en primavera;
En el humo, en las chispas de la hoguera
Que al horizonte su esplendor regala.
De la irisada jigantesca nube
Que vuela alegre hácia la cumbre roja,
Como un águila audaz que al cielo sube;
De la centella que al verjel se arroja
Y hunde la frente del ciprés altivo,
De allí brotas cual sueño fugitivo.

¿DE DÓNDE BROTAS?

De aromas, y color, y dulcedumbres,
Encerrados en senos virginales;
De los vidrios de oscuras catedrales
Pobladas de fervientes muchedumbres;
De los rumores é indecisas lumbres
Que palpitan en noches estivales,
Del humo que se eleva en espirales
A deshacerse en las lejanas cumbres;
Del dulce beso de inocente niño
Que corresponde al maternal halago
Con adorables muestras de cariño;
Del resplandor fosfórico del lago
Que se puebla de aureolas y de ondinas...
¡Tu imágen surge, y celestial, fascinas!

EN TODAS PARTES.

En la fecunda miés que amarillea,
En la doliente tórtola que gime;
Allá en el cáliz donde un beso imprime
El insecto voluble que aletea;
En el volcan inmenso de la idea,
En el perdon que al criminal redime;
En la luz del relámpago sublime
Ante el grito de gloria y de pelea;
En los senderos de la selva verde,
En las blancas almenas del castillo
Que entre nubes fosfóricas se pierde;
En las hojas que al árbol amarillo,
Como ilusiones, el otoño arranca...
Flota tu imagén cual los cisnes blanca.

POR DOQUIER.

En el dulce verdor del cáliz fresco
Que miel y aromas y placer destila;
Sobre gota de lluvia que titila
En la rama del árbol pintoresco;
En la cumbre del monte jigantesco
A donde apénas llega la pupila,
Y donde oscuro torrëon vacila
Cual sombra de un ayer caballeresco;
En la raya del dia anunciadora,
En el ígneo relámpago que dora
La oscura inmensidad del horizonte;
Sobre la nieve del lejano monte,
Sobre el penacho de gentil palmera,
Allí flota tu imágen hechicera.

DONDE QUIERA.

En el rastro de estrella voladora
Y en la rica vision fosforescente;
En los perfumes de encantado ambiente,
En los jardines que el Abril colora;
En el rayo de sol que arde, y desflora
Al virginal capullo dulcemente,
En los iris de lágrima rïente
Cayendo sobre mano bienhechora;
En donde bulla el germinal suspiro
De enamorado corazon, más hondo
Que los abismos del Océano inmenso;
En la espiral del amoroso incienso,
Y en las cumbres más altas, y en el fondo
Del lago azul y de mi sér, te miro.

EN TODO.

En cuanto bello las pupilas hiere,
Y al ardoroso espíritu complace;
En la linfa que el ánsia satisface
De quien matar la sed del alma quiere;
En la vision que desarrollo adquiere
Y en el azul espacio se deshace;
En el placer, en la ilusion que nace;
En la amargura, en el dolor que muere;
Donde la vida de la muerte brote;
Donde jamás la caridad agote
El raudal de consuelos sobrehumanos,
Y al antro del dolor etéreas manos
A recoger á un desdichado bajen...
¡Allí sonríe tu celeste imágen!

ETERNAMENTE.

Sobre el escudo de la torre altiva
Que fué cuna de raza legendaria;
En el cáliz de triste pasionaria,
En las hojas de dulce sensitiva;
Allá del sol entre la llama viva,
Y en el labio que entona una plegaria,
Y en blanquecina almena solitaria,
Paseo ayer de una beldad cautiva;
Entre los iris de rïente acuario,
En los dulces suspiros del canario
Allá en el oro de la jaula preso;
Donde resueña un amoroso beso,
Donde una pena al corazon se arranca,
Flota tu imágen cual los cisnes blanca.

¿DÓNDE TE CIERNES?

En los acordes de armonioso coro,
En el susurro de flotante vela;
En el albor, que apénas se revela,
De crepúsculo pálido, incoloro;
En las alas del ráudo metëoro
Que por los mares infinitos vuela
Dejando en ellos luminosa estela
De chispas brilladoras como el oro;
En la rïente matutina gota
Sobre rojo clavel evaporada,
Y en blanca nube por el iris rota;
En la luz, en la régia llamarada,
En las alturas donde el génio flota,
Allí flota tu imágen adorada.

TÚ ERES PORTENTO.

¡Tú eres portento que los ojos miran
Para quedar al punto deslumbrados,
Y por siempre girar esclavizados
Cual los insectos que amorosos giran
En torno de la llama á quien suspiran
Y de que anhelan verse devorados!
¡Los ojos son tambien séres alados
Que besan, y te buscan, y deliran!
Tú de su trono á la beldad despojas,
Y causas, á la par que los sonrojas,
Al ígneo sol y á las hermosas celos;
Y de tal luz tus galas se revisten,
Que haces gemir: ¿Los ángeles existen?
Pues ¡ay! tambien existirán los cielos.

TUS ENCANTOS.

No extraño que te muestres vanidosa
Y á toda adoracion indiferente,
Ni que levantes sin temor la frente
Ante las bellas, como altiva diosa;
Que en esos labios de coral y rosa
Y esa mirada cual el rayo ardiente,
No haya un poco de amor para el doliente
Herido pecho que jamás reposa:
Pues al dorar las cumbres inmortales
El albor de tus galas celestiales
Donde todo lo bello se condensa,
Acaso el Hacedor se sonreiría
Como al verter el luminoso dia
En que bañó la crëacion inmensa.

¿QUIÉN NO SE RINDE?

Si hasta los astros tu fulgor levantas
Y á todas las bellezas has vencido,
¿Qué vencedor no acudirá rendido
A prosternarse á tus hermosas plantas?
Si á las alondras con tu voz encantas,
¿Qué ruiseñor no te dirá al oïdo:
«Calla, ó el cetro lloraré perdido
De tanto brillo y de dulzuras tantas?»
Si es tu faz de los ángeles reflejo,
¿Quién no apetece contemplarla, y verla
Libre del soplo que las galas troncha?
Y si del alma es tu hermosura espejo,
¿Cómo será la deslumbrante perla
Que viva ardiendo en la adorable concha?

¡QUÉ BELLA!

Hermosas son las perlas matinales,
Las argentadas gotas de rocío
Que dan frescuras al eterno estío
En que viven las plantas tropicales;
Hermosos los suspiros musicales
Del ave que, lanzándose al vacío,
Vuela á perderse en el jardin umbrío
Poblado de laureles y rosales.
Pero brisas, y pájaros, y flores,
Que hechizan con su música armoniosa,
Y sus alas, y aromas y colores,
Al sentir tu belleza luminosa,
Acallando un instante sus amores,
Amargamente se dirán *¡qué hermosa!*

TU BELLEZA.

Rico de albores y de sombra escaso,
En tu rostro el del ángel se refleja,
Y tu hermosura vencedora deja
Una estela flamíjera á su paso;
A ese talle de lirio envidia acaso
Para sus galas, la punzante abeja,
Y eres gentil cual nube que se aleja,
Como el dia al perderse en el ocaso.
Si como el fuego tropical rutilas,
¿Los cielos de tus mágicas pupilas
A un sólo azul no causarán agravios?
¿En qué beldad no encenderás sonrojos,
Si fulgura el relámpago en tus ojos
Y Abril colora tus divinos labios?

ERES GENTIL.

Eres gentil cual virginal blancura,
Como la luz cuando la tarde espira,
Y tu aliento es el aura que suspira
En las frondas de mágica espesura;
Eres brillante cual la nieve pura
Que en blandos copos por el éter gira,
Y lo inmenso del cielo no me admira
Ante la inmensidad de tu hermosura.
Al admirar tus galas prodigiosas
Y el fulgor de esos claros luminares,
Como reina te aclaman las hermosas;
Y si los libres azulados mares
Surcáras tú de las alturas bellas,
Te aclamáran por reina las estrellas.

LA PRIMAVERA ETERNA.

Aromas y suspiros celestiales
De los verjeles de tu boca exhalas,
Y al mar robó, para mayores galas,
Un puñado de perlas y corales.
¿Con tal belleza y con hechizos tales,
Al ángel mismo en esplendor no igualas?
Sólo quizá porque te faltan alas,
No sois, bien mio, enteramente iguales.
¿De dónde, bella, los perfumes tomas
Que surgen dulces de tu boca tierna,
Ese nido de músicas y aromas?
No extraño que allí el pájaro se cierna,
Que acudan á besarla las palomas,
Pues está allí la primavera eterna.

DUDA.

Al contemplarte con voraz empeño,
La roja frente juvenil sacudo
Por si una mano misteriosa pudo
Hundir mis sienes en letal beleño.
Sér cual las flores del Eden risueño,
¿Cómo no muere en erïal tan rudo?
Por eso, al ver cómo sonríes, dudo
Si eres verdad ó deslumbrante sueño.
Naciste aquí, como arenales rojos
Buscó tambien para crecer la palma
Que el caminante saludó de hinojos.
Oasis bello de pureza y calma,
Penetras por las niñas de los ojos,
Y cual beso de Dios, llenas el alma.

NO EXISTE.

No existe cual la tuya gentileza;
Tu voz es aura, melodioso canto;
Tienes algo de célico, de santo,
Y el querubin envidia esa cabeza.
¿Qué humano orgullo, qué mortal grandeza
Tanto batalla y se defiende tanto,
Que no se rinda ante el sublime encanto
Del vírgen esplendor de tu belleza?
¿Quién no desprecia ante tu frente el oro?
¿Quién dejaría de besar sumiso
En esas plantas virginal tesoro?
Hacerte el cielo tan hermosa quiso,
Que cuando llegues á gemir *te adoro*,
Las mundos abrirás del Paraïso.

LO COMPRENDO.

Tu acento es el susurro de las frondas
Que el aura agita con su pluma suave;
Eres gentil cual la gallarda nave
Sobre el cristal de las azules ondas;
Basta el tesoro de esas hebras blondas
Para que el hombre tu hermosura alabe,
Y en todo sér tu resplandor se grabe,
Y tú á esa fama de sin par, respondas.
Tan adorable te contemplo y bella
En los hechizos que tu faz destella,
Y de tal modo mis pupilas hieres,
Que puesta en tí la adoracion, y siendo
Mujer el alma de mi amor, comprendo
Que podamos morir por las mujeres.

EN NADA.

En la serena gota de rocío
Bordando el cáliz de la flor temprana,
En el ave que eleva á la mañana
El incesante y melodioso pío;
En el fuego del sol, cuando el vacío
Se viste alegre de zafir, y grana,
Y en el fuego que cruza tu ventana
Y te besa con labio que no es mio;
En cuanto bello á la mirada asombra,
En cuanto ostenta sin igual riqueza,
En el aura envidiosa que te nombra,
En todo, en fin, no encuentro esa belleza
Que sabe hacer que me parezca sombra
La luz de ardiente y celestial viveza.

SIN TÍ.

¿Qué vale un dulce perfumado ambiente
Que á embrïagarnos y á soñar convida?
¿Oïr, en la floresta embellecida
Por un rayo de luna sonrïente,
Ál dulce ruiseñor, miéntras la fuente
Una música exhala no aprendida,
Si no reclina una mujer querida
En nuestro pecho su nevada frente?
¿Qué son las pompas del jardin florido
Donde gorjea el pájaro sonoro
Respondiendo á un amor correspondido,
Si, de sus labios, cual feliz tesoro,
Una mujer amada á nuestro oïdo
No deja deslizar un *yo te adoro?*

TUS LABIOS Y TUS OJOS.

Tales glorias, mi bien, no se describen:
En la luz y en los *cármenes* aquellos
Busque el insecto vívidos destellos,
Y dulce néctar las abejas liben.
Aroma y tintas mágicos reciben
Del eterno fulgor tus labios bellos...
¿No vivirá la primavera en ellos
Cuando tan cerca de dos soles viven?
Mueran del sol los deslumbrantes rayos,
No vuelvan á surgir de entre despojos
La primavera y sus hechizos gayos;
Que el mundo así te adorará de hinojos;
Pues á tu boca pediré otros Mayos,
Y nuevos soles robaré á tus ojos.

¿QUÉ ERES, BIEN MIO?

Eres dorada nube en el interno,
Oscuro abismo de ardorosas mentes;
Eres la hermosa linfa de las fuentes
Rodando fresca sobre el valle tierno;
Flor que no mata el despiadado invierno
Con el rigor de soplos inclementes;
Sobre mares oscuros y rugientes,
Isla de luces y verdor eterno.
Eres celeste y perfumada brisa
Para arrojar vivificante aroma
Sobre pálidos valles enfermizos;
Y aplaca los tormentos tu sonrisa,
Y acaso el iris sus colores toma
En el cielo idëal de tus hechizos.

UN POEMA.

Para quedar tu espíritu grabado
No necesita fulgurar dos veces
Ante aquel cuyas fibras estremeces
Cual beso apetecido y no aguardado.
Como sueño por hadas evocado,
Ante los ojos viva resplandeces,
Y nunca con tu albor desapareces
Del alma en cuyo fondo has penetrado.
En el fondo del alma en que penetras,
Por brilladoras indelebles letras
Queda tu nombre para siempre escrito,
Y son allí tu imágen y tu nombre
Un pöema inmortal como el que el hombre
Vé á los astros trazar en lo infinito.

FUERAS .OASIS.

Fueras öasis en la ardiente arena
Y de mágia el desierto llenarías;
Iris bendito en tormentosos dias;
Rayo de luna en solitaria almena.
En el jardin serías azucena,
Entre las aves ruiseñor serías,
Y fueras en los vientos armonías,
Y en los mares fantástica sirena...
En las alturas nacarada aurora,
En los cielos arcángel soberano,
En la mente ilusion deslumbradora;
Y hacerte quiso la divina mano,
Rayo de luz que los abismos dora
Del insondable corazon humano.

¿QUÉ ERES?

Bálsamo eterno sobre eterna herida;
Los vapores fantásticos, el hada
Que surge de la mente acalorada
Por amorosas llamas encendida;
Entre las brumas y el fragor perdida,
Deslumbrante y poética alborada;
Una flor por los cielos arrojada
Al estéril sendero de la vida;
Beso que endulza amargos corazones;
La calma en la rugiente vïolencia
Del insondable mar de las pasiones;
Nube de fértil regalada esencia:
Un mundo de celestes ilusiones
En la triste verdad de la existencia.

¿QUÉ ERES TÚ?

En el amargo padecer que abate,
Dulce esperanza de divino aliento;
Eres vida, y amor, y sentimiento
Allá en el alma fria que no late:
Eres la paz en el mortal combate,
El bálsamo de ardiente sufrimiento;
Célica voz entre el rugir del viento,
La inspiracion para el dormido vate.
A tu contacto todo se embellece,
Dás aroma á la mustia vïoleta,
Y donde pisas, un eden florece.
Tú haces vibrar la fibra más secreta,
Tú eres una verdad que se parece
A los dorados sueños del pöeta.

¡QUÉ BELLA!

¡Aparicion celeste, hermosa ondina
Que en el cristal de la esperanza mora!
¡Faro que alumbra el corazon, aurora
De germinal esplendidez divina!
¡Rumores de una música argentina
Que penetra hasta el pecho arrobadora!
¡Destellos de ilusion fascinadora
Que aparece radiando blanquecina!
Eso eres tú, dulcísimo tormento
Por quien gime celoso y delirante,
Sin apagar sus ánsias, el sediento.
¡En el volcan del corazon amante
Fulguran tus hechizos, y los siento;
Mas no es posible que jamás los cante!

DÓNDE ESTÁS.

Yo te aspiro, te veo por do quiera:
En el albor de la naciente aurora,
En el rayo primero que colora
La verde soledad de la pradera;
En la esperanza, en la ilusion primera
De aquel que canta á la mujer que adora,
Y en la mágica chispa brilladora
Que se desprende de la ardiente hoguera;
En las ondas del límpido arroyuelo,
En el öasis mágico de calma,
En las montañas que corona el hielo;
En las tormentas, en la verde palma,
En el azul purísimo del cielo
Y en las eternas brumas de mi alma.

EL OASIS.

¡No sean en mi espíritu doliente
Las esperanzas que acaricio hermosas,
Ensueños nada más, ó mariposas
Perdidas en los mares del ambiente!
Hay en el Sahara una mansion riente,
Vestida de palmeras rumorosas,
Que brinda con frescuras deliciosas
Y con la espuma del cristal luciente.
Bajo un cielo que brilla sofocante,
Hay un öasis que á dormir convida
Tras de apagar la sed al caminante.
Sé tú, bien mio, esa region florida;
Sé para el triste que fallece amante
Oasis del desierto de la vida.

DOS GRANDEZAS.

Rasgan mis ojos la cortina oscura
De un horizonte de tinieblas lleno,
Y me divierto en contemplar sereno
El hondo mar que aterrador murmura.
Sobre mi frente, la sublime altura
Al desgarrar su tormentoso seno,
Hace estallar en el espacio el trueno
Miéntras el rayo sin cesar fulgura.
No siento amor, ni adoracion, ni espanto,
Cuando me cerca la mortal fiereza
Del mar envuelto en borrascoso manto:
Al ver la inmensidad de tu belleza,
Es cuando brota de mi pecho un canto
Para el Dios que formó tanta grandeza.

SÓLO ELLA.

Mujeres de volcánica hermosura
Que abrasais en delirios y en antojos,
Y trocais el espíritu en despojos
Del resplandor que en vuestra faz apura;
Mujeres de dulcísima ternura
Que en esos labios cual la fiebre rojos,
Guardais el cielo que los negros ojos
Prometen al amor y á la locura:
¿Cual pobres chispas del fulgor celeste
Cruzar os veo en áureo torbellino
Sin que mi pecho adoracion os preste?
¿No sois vosotras el iman divino
Que, soñador, apetecí? ¿No es este
El inefable eden que yo imagino?

¿QUÉ ES?

¿Hierve tal vez mi corazon, amante?
¿Será tal vez pasion lo que yo siento?
Si fuese amor, ¿qué inmensidad, qué acento
Pudiera ser, para expresar, bastante?
Para sentir ese dolor constante
Una existencia es poco sufrimiento,
Porque sufriendo, revivir me siento
Con nuevo ardor y vida más jigante.
Si no es amor, ¿por qué me mortifica
El cuerpo, el alma, el corazon, la mente,
Y en ardoroso afan se centuplica?
Y si es amor este anhelar ardiente,
¿Dónde hallar la expresion? ¿cómo se explica?...
Nadie explica el amor cuando lo siente.

EL MUNDO.

¿Es tal vez la feraz Naturaleza
Con sus áuras, sus rayos y sus flores?
¿Serán los vendavales matadores
Y el ancho mar de colosal belleza?
¿Serán el lloro amargo, y la tristeza,
Y la nube preñada de rigores,
O las galas, y títulos, y honores,
Que se compran con sangre ó con riqueza?
No es el rumor del beso moribundo
De las bacantes en la loca orgía,
Ni las hogueras del saber fecundo;
No es la aurora de fuego y melodía,
No son los astros de la noche: el mundo
Son tus hechizos, adorada mia.

SOÑAR CONTIGO.

Soñar contigo es despreciar beldades
De ardientes ojos y amorosos dones;
Es alzarse al vapor de las regiones
Donde viven inmensas tempestades;
Es correr y cruzar inmensidades
Pobladas de volcánicas ficciones;
Pero despues de tales ilusiones,
¡Qué angustiosas serán las realidades!
¡Yo creo verte aparecer risueña
Respondiendo á los vívidos empeños
De mi pasion ardiente y halagüeña!
¡Los orbes son á mi anhelar pequeños!...
¡Oh, qué bello soñar, si así se sueña!
¡Qué triste el despertar de tales sueños!

EL AMOR.

Es dulce fuego, resplandor divino
Que se siente en el alma, y se divisa
Allá en las dulces hojas que á la brisa
Prestan eterno y melodioso trino;
Es el rubor que llena purpurino
Una frente que bájase sumisa;
Una mirada, un beso, una sonrisa;
El placer, el dolor: nuestro destino.
En las ciudades y en la oculta selva
Ni un sér palpita que el amor no envuelva
En su fuego magnético y fecundo;
Amor es luz que vivifica el lodo;
Amor es gloria, es padecer, es todo:
Es la esencia de Dios que llena el mundo.

AMAD.

Amad, y brotará la melodía
De vuestras hondas fibras más secretas;
Rotos los lazos con que están sujetas
A miserable estéril atonía,
Se anegarán en fuego y ambrosía
Almas sin luz, como el invierno escuetas:
¿Anhelais convertiros en pöetas?
Buscad en las mujeres pöesía.
Su amor buscad, que la mujer al triste
Sabe inundar de bienhechor consuelo
Y de esplendores á las almas viste.
Amad, impíos, y si en vuestro anhelo
Dudar pudierais de que el cielo existe,
Un beso os probará que existe el cielo.

TÚ.

¿Por qué en mis sueños un eden presumo
Aspirar de fulgores y alegría,
Y en ellos flotas, adorada mia,
Cual las delicias del encanto sumo?
¿Por qué al delirio del placer me abrumo,
Y con la aurora, realidad impía
Mata las glorias que verdad creia,
Y se deshace la vision en humo?
¡Todas las noches llegas hechicera,
Y rasgas los doseles movedizos
Del camarin donde mi afan te espera!
¡Todas las noches siento tus hechizos,
Y siento sobre mí tu cabellera
Que por tus hombros se desata en rizos!

DELIRIO.

Yo ví esa faz bañada en los sonrojos,
Y como el triste que febril se agita,
Y perdon, moribundo, necesita,
Luz y existencia te pedí de hinojos:
Cuando esos labios deslumbrando rojos
Cual llamarada célica, infinita,
Cumplir ansiaban la promesa escrita
En el azul divino de tus ojos;
Cuando tu aliento el rostro me abrasaba;
Cuando el volcan de un amoroso empeño
Rugía ardiente en encendida lava;
Cuando iba á ser de tus hechizos dueño,
Y á mis labios tus labios acercaba,
Entónces ¡ay! se evaporó aquel sueño.

TUS LABIOS.

Abrasada de ardores, la corola
Un alba busca de frescor henchida;
Sobre la playa dulce y conmovida
Su espuma deja el mar, ola tras ola;
Ciñe la luna de plateada aureola
Al lago azul, como á deidad dormida,
Y al cielo y á la tierra estremecida
Un sol de vivas llamas arrebola.
Todo es amor en la mansion terrena
Y en las altas regiones celestiales
Que un dia eterno de fulgores llena:
Y ese encanto de perlas y corales
No ha sabido jamás fundir mi pena
Al calor de sus besos tropicales.

NO IMPORTA.

Tu imágen bella en mi interior se graba,
Y el alma resplandece á tu presencia;
Y al percibir tu deslumbrante esencia,
Corre en mis venas la amorosa lava.
Palpita el corazon que yerto estaba
Y al calor de tu mágica inflüencia,
Siento el dulce esplendor de otra existencia
Que en mis sueños de gloria ambicionaba.
Huyó la fugitiva mariposa;
Cayó, por frio vendaval deshecho,
El tallo dulce que ostentó la rosa.
Tú renacer la primavera has hecho,
Y eres la flor que se destaca hermosa
En el verjel de mi amoroso pecho.

¿POR QUÉ?

¿Por qué me dice su mirada *espera?*
¿Por qué me busca con amante empeño?
¡Si es este hermoso paraïso un sueño,
Si es este sueño una fugaz quimera!
¡Cómo tiende los brazos hechicera
Y su rostro ilumínase halagüeño
Para brindarme á convertirme en dueño
De lo que el alma esclavizar quisiera!
¿Y no sabes, mi bien, por qué deliro?
¡Porque te adoro como á Dios se adora,
Porque en tus ojos mi esperanza miro;
Porque tu amor es la divina aurora
Por cuyas llamas sin cesar suspiro,
Y tu alba imágen en mi pecho mora!

¿QUIERES SABERLO?

Si todo altivo corazon palpita
Y arde á tus piés cual mísero trofeo,
Y al corazon dormido del ateo
Tu voz hermosa, celestial le grita,
Para hacerle vibrar en la infinita
Adoracion, y te responde *creo,*
¿No pretendes saber lo que deseo
En el afan sublime que me agita?
Cual la flor y la gota de rocío,
Cual la herida y la venda que la calma,
Como el arroyo que se lanza al rio,
Como dos hojas de una misma palma,
Cual labios que se juntan, ángel mio...
¡Confundir nuestras almas en un alma!

¿CANTARTE?

Si mi lira tuviese la dulzura
Que pueden exhalar los ruiseñores,
O el eco de armoniosos trovadores,
O del raudal la melodía pura;
Si fuese el aura que fugaz murmura
Sobre un lecho de rosas y verdores,
Cantaría tus régios esplendores,
La excelsa majestad de tu hermosura.
La inspiracion, para cantarte, llamo,
Y este lenguaje que brotó incoloro,
No expresa la ansiedad en que me inflamo;
Mas, aunque falto de cantar sonoro,
Puedo decir con mis suspiros *amo,*
Y con los ojos repetir *te adoro.*

EL PUERTO.

¿Escuchaste tal vez, en tu egoïsmo,
Estallar y rugir las tempestades
En aquellas profundas soledades
Donde lucha el bajel con heroïsmo,
Y ora se eleva al firmamento mismo
Preñado de rigores é impiedades,
Ora rasga otra vez inmensidades
Y vuelve á despeñarse hasta el abismo?
Una estrella, en su horrible desamparo,
Ansiosa busca la infeliz barquilla
Que la ilumine con destello claro.
Así, bien mio, ante mis ojos brilla,
Y sé el consuelo, el luminoso faro
Que me conduzca á la amorosa orilla.

EL ESCOLLO.

¿Víste el bajel que rudos vendavales
Quiere evitar, y aterrador desierto
De negras olas atraviesa incierto,
Privado de fulgores celestiales:
Y cuando busca un término á sus males
Y piensa hallar el venturoso puerto,
Tiembla, y vacila, y se desgarra abierto
En las rocas de frios peñascales?
Así el afan con la esquivez detienes,
Y el corazon que en amorosos lazos
Pensó gozar de inextinguibles bienes,
¡Cuando buscaba el puerto de tus brazos,
Se estrelló en el peñon de tus desdenes,
Y en el mar del dolor se hundió á pedazos!...

LO QUE QUISIERA SER.

Si fueras el arroyo cristalino
Que aparece entre flores murmurante,
Yo sería el sediento caminante
Que bebiese en tus aguas de contino;
Si fueras el oscuro torbellino
Que mata la floresta en un instante,
Fuese el tamo amarillo y vacilante
Que halláras en mitad de tu camino.
Si fueses rio, y musical gimieras
De perlas y de náyades cubierto,
Alegre esquife de tu azul me vieras;
Si tú fueses bajel, yo fuera puerto;
El ave fuese yo, si nido fueras;
Si fueses tumba... yo sería el muerto.

AGONÍA DE UNA FLOR.

En alegre rosal, donde palpita
Armonioso tropel de ruiseñores,
Brilla una flor que, regalando amores,
Al suspiro del céfiro se agita.
Sonrïendo, parece que te invita
A llevarla á tus labios seductores:
¿Por qué pierde sus galas, sus colores,
Y se estremece, y tiembla, y se marchita?
Llegó tal vez, como ponzoña hirviente,
El vírgen labio de gentil doncella
A herir la flor que agonizar se siente?
Ninguna pudo competir con ella,
Y al despojarla de su trono oliente,
Halló en tus labios otra flor más bella.

¿QUÉ IMPORTÁRA?

¡Si yo pudiese, en mi pasion profunda
Sacrificára la gloria apetecida
Por un instante sólo de esa vida
Que de tí espera el alma moribunda!
¡Esa jigante esplendidez fecunda,
Esa inmortalidad esclarecida
Que al alma que fulgura ennoblecida
De eterno y claro resplandor inunda!
¡Sacrificar la gloria! ¿Qué importára?
¡El brillo de una vida tan inmensa
Por un instante de tu amor, trocára!
¡Si hay más fulgor en tu mirada intensa!
¡Más gloria existe en tu pupila clara,
Y es tu amor más grandiosa recompensa!

TU HERMOSURA.

¿Quién tu hechicera luz no adoraría
Si eres el dulce amor de los amores,
Y enojo de las aves y las flores,
Y resplandor de la esperanza mia?
¿Si no conoces valla ó gerarquía,
Ni encantos que te humillen vencedores,
Y puedes ejercer con opresores
La más crüel y dura tiranía?
¿Por qué te miro suspirar llorosa,
Y sumida en un orbe de tristeza
La frente que se alzaba luminosa?
¿Anhelas triunfos, majestad, riqueza?
A mí me basta la ilusion hermosa
Que despierta en el alma tu belleza.

ESPERANZAS.

Cuando admiré, para tormento impío,
Tu belleza fecunda como el prado
Que, de ricas flores matizado,
Se engalana con gotas de rocío,
Al fuego de amoroso desvarío,
Me forjé la ilusion de ser amado;
Pero aquel sueño por mi amor forjado,
Desvanecióse ante tu labio frio.
Como, inclemente al asomar el dia,
Sufrir no puede una glacial mañana
Arbol que nace como triste engendro;
Como ruedan las flores del almendro,
Perdió la pompa *por nacer temprana,*
Murió entre nieves la esperanza mia.

LOS LABIOS Y LOS OJOS.

Deja que apague en tu divino aliento
Donde late el susurro de esas hojas
Que prestan nido al ave, las congojas
Y el inefable padecer que siento;
Deja que busque linfas el sediento;
Deja que busque entre las galas rojas
De ese abierto clavel con que sonrojas
A los jardines, bálsamo al tormento.
Deja que apague un huracan de antojos
En los labios que beso por sorpresa
Aunque la acerba ingratitud expresen;
Si te beso, alma mia, con los ojos,
Y el alma siempre con los ojos besa,
Deja á los labios que tambien te besen.

ARPEGIOS.

Con sus arpegios la pradera encantan
Las dulces aves que amorosas giran,
Y con pasion adoran, y suspiran,
Y hasta el cielo sus cánticos levantan;
Los mios surgen, vibran, se ajigantan,
Y nacen en el pecho donde espiran:
¡Tu hermosura es de aquellas que se admiran!
¡Jamás será de aquellas que se cantan!
Mas batallando como yo batallo
Por expresar lo que en el ama abrigo,
¿Sólo en el alma melodías hallo?
Aunque expresar mis penas no consigo;
Aunque á tu vista me estremezco y callo,
¿Nada tal vez con mi silencio digo?

TÚ ME ATRAES.

Tú me atraes cual nota en que palpita
La inmensidad de un amoroso grito,
Como atrae el rumor de lo infinito,
Y la mañana con su luz bendita;
Cual sueño de ambicion que nos incita
Y nos lleva tambien hasta el delito,
Como el volcan que surge del granito
Y en mar deslumbrador se precipita.
En esta vida de opresion y agravios
Que en sus albores me alumbró ilusoria
Y acabará por deshacerse en nada,
Yo sólo ansío en tu voraz mirada
Hallar volcanes de pasion y gloria,
Y gloria hallar en tus celestes labios.

NO BASTA.

Aunque surgieran de mi pecho amante
Las grandezas de vates prodigiosos,
No hallaría los ecos dolorosos
De una pasion que aumenta á cada instante;
No te basta de un alma palpitante
Escuchar los acordes melodiosos:
He de acercar mis labios amorosos
A tu adorada boca suspirante.
Sólo entónces el alma te diría
El padecer en que me agito preso,
Y bulle, y se ajiganta cada dia.
Jamás mis penas con la voz expreso:
¿Qué canto, qué lenguaje, vida mia,
Podrá decir lo que dijera un beso?

TU HERMOSURA Y TU ESQUIVEZ.

¡Bello es el ténue luminoso rizo
En que partes tu régia cabellera;
Hermoso ese rumor de primavera
Que de tí surge en inefable hechizo!
¡Bello tambien ese clavel rojizo
De tu boca adorada y hechicera,
De quien el cielo, para hacer que muera,
Alcázar dulce de los besos hizo!
Yo no quiero adormirme en tu regazo,
Quiero que vengas á enconar mi herida;
Acércate, crüel; no te rechazo:
¡Arranca todo el corazon, mi vida,
Pues en cada tristísimo pedazo
Encontrarás tu imágen esculpida!

NUESTRA SUERTE.

¿Por qué la suerte, mísera, permite
Que seas nieve, sin fundirte luego
En los volcanes que alimento ciego
Y habré de alimentar miéntras palpite?
Si con los hielos tu esquivez compite,
Y sigues sorda al ardoroso ruego,
¿Para qué quiere un corazon el fuego,
El volcan que las nieves no derrite?
¡Apuro la afliccion hasta las heces,
Y en vano busco el angustiado lloro,
Y mis amargas penas escarneces!
De tu altivez, en mi dolor, lo imploro;
No te pido que adores: ¿me aborreces?
¡Pues aborrece como yo te adoro!

NUNCA.

El monte, el valle, la lejana altura,
Se cubren de un sudario ceniciento;
Apaga el ave su armonioso acento,
Y gime dolorida la espesura;
El ardiente relámpago fulgura
Entre las nubes que amontona el viento,
Y desgarra el crespon del firmamento
La mar que ruge y se desata oscura.
Mas torna el iris á dorar la palma,
Y los crespones nebulosos parte,
Y vuelve todo á la perdida calma.
Yo que jamás conseguiré olvidarte,
Ni aplacaré la tempestad del alma,
Ni podré como al iris saludarte.

NO ME CULPES Á MÍ.

No es culpa mia si febril deliro
Abrasado en frenéticos antojos;
Si anhelo verte para ser despojos
De las hogueras que en tu faz admiro;
Si como ardiente mariposa giro
Persiguiendo las llamas de tus ojos,
Y de tu boca á los encantos rojos
Anhelo dar el alma en un suspiro.
No me culpes á mí porque te quiera,
Por querer en mi angustia no quererte
Queriendo siempre cual jamás quisiera.
Culpa á los hados, culpa á nuestra suerte;
Culpa al cielo, pues quiso que te viera;
¡Culpa á Dios, que tan bella quiso hacerte!

VEN.

¡Eterna luz de mis delirios, hada
Del azul de los sueños desprendida!
Arrebátame el alma dolorida,
O no te muestres fria y despiadada;
¡Porque es robarme una ilusion dorada
En los crisoles del amor fundida,
Que, por mi mal, no volverá, perdida,
Perdida sólo para ser llorada!
Quítame, pues, el corazon si quieres;
Mas no intentes robarme tu cariño
Como sabeis robarlo las mujeres:
¡Si jugais con nosotros como el niño
Con el juguete frágil que destroza,
Y en desgarrarlo entre sus manos, goza!

NO IMPORTA.

Cuando las sombras de la noche oscura
Llenan la etérea inmensidad del cielo,
Y duerme el ave que tendió su vuelo
Sobre el verjel de espléndida hermosura;
Cuando la fuente gime en la espesura
Como voz melancólica de duelo,
Y, de fantasmas al poblarse el suelo,
Se pierde en nubes tétricas la altura;
Las negras sombras no me causan pena,
Ni el silencio, mortal melancolía,
Ni los espectros de la bruma, enojos;
Pues del zafir de tus serenos ojos
Brota un eterno y amoroso dia
Que el pecho mio de fulgores llena.

EL ÖASIS MÁS BELLO.

De ese cielo fantástico, irisado,
Nunca me sienta, por mi mal, caïdo,
Ni me sienta jamás desposeïdo
De ese esplendor cual la ilusion dorado;
Que ese jardin á donde yo he volado
Y se me ofrece mágico y florido,
Ninguno aquí le olvidará perdido,
Sólo se pierde para ser llorado.
Amor es llama, germinal esencia,
Claro fulgor que diviniza el suelo,
Isla de flores y celestes calmas;
Unir los cuerpos y juntar las almas
Para que vuelen á un inmenso cielo
Desde el hondo erïal de esta existencia.

LLANTO.

Si cual rayo de amores y belleza
Tu ardorosa mirada resplandece,
Me llega al corazon, y me estremece
Esa nube de llanto, de tristeza.
¿ Por qué se abate tu gentil cabeza
Cual tembloroso lirio que fenece,
Ni ya tu cuerpo seductor ofrece,
A los ojos su gaya gentileza?
¿Por qué ese lloro sin cesar destilas?
¿Por qué angustiada y sin consuelo lloras?
¿Quién pudo al ángel inferir agravios?
¡Deja que suban mis amantes labios
A beber esas perlas brilladoras
En el abismo azul de tus pupilas!

LUZ Y SOMBRAS.

Al ver, en insensato paroxismo,
Y de nubes y rayos á despecho,
Que hay encerrado en un mezquino lecho
Algo mayor que el pensamiento mismo,
Y el génio, y la ambicion, y el heroismo,
Sondear no pueden un rincon estrecho,
Comprendo que el abismo de mi pecho
Es más hondo y voraz que el otro abismo.
Mas como sabe el ardoroso dia
Rasgar el velo de la noche oscura
Y devolver al ave su armonía,
Puede el sol de tu amor y tu hermosura
Trocar en otro abismo de alegría
Este insondable abismo de amargura.

¿QUÉ HALLARÁS?

Hoy me desprecias, y marchitas siento
Las ilusiones que forjé dichoso,
Tan grandes como el sueño del coloso
Que sueña con llegar al firmamento;
Hoy me desprecias, y el voraz tormento
Que me desgarra, crece doloroso,
Y mi cerebro, sin hallar reposo,
No cesa de rugir calenturiento.
Si mañana cesase tu desvío,
¿Hallarías el orbe que derrumbas
Al soplo helado del desden impío?
Tal vez un dia á la pasion sucumbas,
Y al fin me busques, para hallar, bien mio,
La soledad, el hielo de las tumbas.

CONTRASTE.

Por una senda caminé florida;
Quise avanzar, y ciego y delirante,
Veo en la muerte una deidad amante
Que me libre de angustia aborrecida.
¿Qué hallar en la existencia dolorida
Sinó amarguras y dolor punzante,
Un nuevo desengaño á cada instante,
A cada paso otra sangrienta herida?
El alma entera por tu amor ofrezco,
Y á las tormentas en mi ayuda llamo,
Y burlas sólo á tu desden merezco.
¿Es que en mis iras la piedad reclamo?
¿Es que la boca te dirá *aborrezco*,
Miéntras los ojos te repitan *amo?*

¡BIEN MIO!

Deja que tiña el miserable suelo
De vivos y celestes resplandores;
Deja que un soplo germinal de amores
Mate la fiebre de incesante anhelo;
Y pueda un dia al apagar mi duelo
Y la llama mortal de mis dolores,
Sobre tus labios aspirar las flores,
En tus pupilas contemplar el cielo.
¡Oh brilladora imágen adorada
Que siempre léjos de mis brazos miro,
Como al sol en la atmósfera azulada!
¿No ves que, ansioso, deliré, y deliro,
Y te busco, y te besa mi mirada,
Y siempre te persigue mi suspiro?

¿QUÉ ANHELO?

Pisar no quiero un erïal de abrojos,
Ni hallar en tí la despiadada roca;
Sí, como aquel que la piedad invoca,
Besar tus plantas y adorar de hinojos:
Quiero en tus labios cual mi fiebre rojos,
Matar el ánsia de mi pena loca;
Quiero robar á tu encendida boca
Lo que prometen tus azules ojos.
Quiero en mi afan que aumenta y nadie calma,
Sentir que te doblegas al exceso
De mis delirios, como herida palma;
Y, por la nieve de tus brazos preso,
Que me arrebates en un beso el alma,
Y que me dés la tuya en otro beso.

ÁNSIA ETERNA.

¡En ánsia eterna por lograr me afano
La sin igual felicidad que ansío;
Pues, para burla del anhelo mio,
Es un fantasma que, al sentir mi mano,
Vuela, y se aleja, y se deshace vano
Allá en los senos de un vapor sombrío!
¡Tú eres las brumas, el celaje frio!
¡Yo soy la llama, el eternal verano!
¿Quién pudo hacer que mi delirio ciego
En sus alas volcánicas me lleve
Hácia la cumbre á donde nunca llego?
¿Por qué el eterno amor no te conmueve,
Y ante la nieve no se apaga el fuego,
Ni el fuego sabe deshacer la nieve?

SÓLO TU AMOR.

Amor, sólo tu amor mi pecho llena,
Y sólo gime y por tus gracias late;
Que la pasion, cual vívido acicate,
Le hace volar en amorosa pena.
La mano que sus calmas enajena,
Al desgarrarlo en perenal combate,
En más horrible padecer lo abate
Al ostentarse á su dolor ajena.
Alma mia, excelencia prodigiosa,
Emanacion que mis sentidos hïere,
Y los agita en fiebre dolorosa;
¿Por qué desgarras al que adora y muere,
Si cuanto más le burlas desdeñosa
Con más ardor idolatrarte quiere?

TU DESVÍO.

Si cuanto tienes de portento altivo,
De compasion y de piedad tuvieras,
Con tus ojos las ánsias consumieras
Del que fenece, á tu poder, cautivo;
Mas con el hielo de tu rostro esquivo
Y con sarcasmos é ironías fieras,
Al desgarrarme despiadada, hicieras
Que exista muerto para el goce, un vivo.
¿No respondes á ofertas insensatas?
¿No respondes al grito lastimero
Que alcé á las frases que vertiste ingratas?
¡Pero no ves, bien mio, que te quiero,
Y con desvío tan crüel, me matas,
Y me matas de modo que no muero!

AMOR.

Amor es algo que en el sér fulgura,
Es algo que no explica el que lo siente;
Puro raudal, abrasador torrente
Que se despeña en una sima oscura.
Amor es paraïso de ventura,
De claras linfas y de fresco ambiente;
Amor es un infierno, una serpiente
Que al corazon se enrosca y lo tortura.
Amor es ir agonizando al peso
De horribles celos y de duda impía,
Y de delirios retorcerse preso.
Amor es iris que la altura envía;
Son almas que se funden en un beso...
¡Eres tú desgarrándome la mia!

ENGAÑO.

Astros de una deidad maravillosa
Que roba su dulzura á los jilgueros,
Tus ojos son espléndidos luceros
Robados á la noche más hermosa;
Como rayo de luna temblorosa
Que platea el verdor de los oteros,
Halagan tus fulgores hechiceros
A la mirada que te busca ansiosa.
Mas cual flor matizada de colores
Que se ostenta en un tallo ponzoñoso
Salpicado de abrojos brilladores,
Tu labio enrojecido y ostentoso
Ofrece gloria, y despertar dolores
Sabe en aquel que apeteció el reposo.

¿QUÉ ANHELO?

Besar el rostro con que hermosa brillas
Dentro del sér donde fulgura impreso;
Embrïagarme en el dorado exceso
De los fulgores con que al cielo humillas;
Sentirme por las áureas maravillas
De tu hermosura, eternamente preso,
Y unir tus manos en eterno beso
Y adorarte, bien mio, de rodillas.
No dejes ¡ay! que desfallezca inerme,
Sin conseguir, desde erïal de abrojos,
Sobre la altura de mi amor cernerme.
Yo anhelo que me mires con sonrojos,
Y como rayo abrasador perderme
En el azul abismo de tus ojos.

FUEGO Y NIEVE.

¿Dónde puede sentirse más aguda
Y honda afliccion que la existencia mia
Que se desata fúnebre y sombría,
De toda gala y de placer desnuda?
¡Por qué implacable, y despiadada, y ruda,
Me haces sufrir en tétrica agonía,
Y á mis delirios permaneces fria,
Y á mis suspiros permaneces muda?
¿Por qué á mi paso te arrojó el infierno,
Si el hado habia de formarte aleve,
Y hacerme á mí cual tus promesas tierno?
¡Si eres peñon que nunca se conmueve!
¡Fuego, mi sér; tu corazon, invierno!
¡Mi amor, de llamas; tu esquivez, de nieve!

CONTRASTE.

¿Qué importa qúe á ofrecerte se resuelva
Su cetro el ruiseñor, y cuando asomas,
Dejen las aves las floridas lomas
Porque á hechizarlas tu hermosura vuelva?
¿Que tu hermosura sin igual, envuelva
Al jardin en dulcísimos aromas,
Y exhales el rumor de las palomas
Que gimen apareadas en la selva?
¿Que ante tus ojos pierda en el contraste
El claro azul del firmamento mismo
A cuyos resplandores humillaste,
Si eres llama que enciende el paroxismo,
Y á la serpiente la doblez robaste,
Y el alma oscura al tenebroso abismo?

DELIRIOS.

¡Si pudieras medir mi sufrimiento,
Entónces comprendieras, alma mia,
La inmensa adoracion, la idolatría,
El inefable amor que por tí siento!
¡Si pudiese abarcar el firmamento,
Las estrellas del cielo arrancaría,
Y con sus rayos á tu frente haría
La dïadema que soñó mi aliento!
¡Mas todo rueda, ó cede, ó se desgasta;
Y hasta es ruïn la inmensidad que invoco,
Y con mi afan su pequeñez contrasta!
¡Si cuanto abarca el pensamiento loco,
Para cambiarlo por tu amor, no basta,
Y para darlo mi pasion, es poco!

MÁS HERMOSA.

Tú abrasas sin cesar mi pensamiento,
Tú me enloqueces y por tí deliro;
En los aromas del jardin te aspiro,
Entre sus auras palpitar te siento;
Que cuando al soplo musical del viento
Abrirse el cáliz de las flores miro,
Me parece que exhalan un suspiro
Y en él me envían tu aromado aliento.
Del blanco cisne en la nevada pluma
Hallo tu imágen, y tu imágen bella
Surge del mar entre rïente espuma;
Y al ocultarse enrojecida estrella,
Manos de fuego escriben en la bruma:
Huyó diciendo ¡más hermosa es ella!

OYE.

¿No escucharás las angustiosas preces
Con que un raudal para el sediento pido;
Pues, por ardientes llamas consumido,
Del ánsia apura las amargas heces?
¡Palpitas adorada, y resplandeces
Dentro del hondo corazon herido,
Que no roba á tu amor ningun latido,
Y por tu amor quiere latir mil veces!
¡Mágico ensueño que se funde en oro,
Celeste llama, salvador lucero
De cuyos rayos la existencia imploro!
Ya sabes por mis labios que te quiero,
Mis pupilas te han dicho que te adoro...
¡Estas lágrimas dicen que me muero!

¿QUÉ QUIERO?

Que tus labios no sean tan impíos
Ni tú más dura que insensible roca,
Ni ver rodar sobre mi fiebre loca
Desengaños crüeles y sombríos.
Quiero en dichas trocar mis desvaríos
Y el angustioso afan que me sofoca,
Y apagar un *me muero* de tu boca
En un *me matas* de los labios mios.
Quiero piedad, que con amor me trates;
Quiero que, á fuerza de adorar, me abatas
Y poco á poco el alma me arrebates.
Quiero apurar delicias insensatas,
Desfallecer, morir, que tú me mates...
¡Que me mates, mi bien, como tú matas!

PROMESA.

Al fin levanto al cielo mi cabeza,
Al fin el aura matinal respiro,
Y por doquier felicidad aspiro
En dulces olas de sin par riqueza.
Ya no siento la mísera flaqueza
Ni exhalo la afliccion en un suspiro;
Ya en todas partes la alegría miro,
Y el entusiasmo ardiente, y la belleza.
Ya no busco el verjel en lontananza,
Y no gimo soñando con la aurora
De la lejana dicha y la bonanza:
Ya los abismos de mi pecho dora
El rayo de clarísima esperanza
Que anuncia realidad deslumbradora.

LUEGO.

Al fin ha visto el resplandor el ciego
Que entre las sombras del dolor gemía;
El mundo del encanto y la alegría
Álzase en mí con luminoso fuego.
A la esperanza sin temor me entrego,
Sin presentir engaños ni falsía;
Que allá en los ojos de la amada mia
Brilló el fulgor que ha de abrasarme luego,
¡Morirán los afanes con que lidio!
¡Aquella frase no vibró ilusoria
En la oscura mansion de mis dolores!
¡La ingrata, al fin, me ha prometido amores!
¡Génios de luz, arcángeles de gloria,
Ni vuestro cielo en mi esperanza envidio!

LA NOCHE.

¡Qué hermosa, qué gentil la noche llega,
Salpicada de plata y luminares!
¡Oh, qué dulces los músicos cantares
Que exhala el bosque con que el viento juega!
¡Cuántas dulzuras en la inmensa vega
Coronada de frondas seculares!
¡Ayer me ahogaba un mundo de pesares!
¡Hoy un torrente de placer me anega!
¿No vales más que el universo entero?
¡Acaso un cielo me dará la muerte,
Y sé tan sólo que morir no quiero!
¡Qué más gloria, mi bien, que poseerte!
Y si, robado á tus caricias, muero,
¡Qué más infierno, hermosa, que no verte!

ESTA NOCHE.

¡Esta noche! ¡Qué bella es esta frase!
¡Cuántos mundos encierra en un sonido
Cuando resbala dulce en nuestro oïdo
Cual si del cielo del amor llegase,
Y hasta las sombras fúnebres bajase
Desde el fuego del orbe escandecido
Que tan lejano se ostentó, cernido
Sobre el dolor que al alma atormentase!
¡Esta noche! Grabada en la memoria
Quedó esta frase cual suspiro tierno
Que encierra en una voz toda una historia.
Por ella acaso sentiré lo eterno,
O en un beso de amor toda la gloria,
O en un engaño vil todo el infierno.

LA CORONA DE AZUCENAS.

¿Te acuerdas?... ¡Qué estrelladas, qué serenas
Las bóvedas del cielo trasparente!
¡Cómo gemía el manantial luciente
Al rodar sobre mágicas arenas!
¿Te acuerdas?... ¡Respondías á mis penas
Con amoroso suspirar doliente!
¡Cómo brillaba en tu encendida frente
Un puñado de blancas azucenas!
¿Te acuerdas, ay? En lánguido embeleso,
Al fin matabas mi crüel fortuna,
Y de tus labios se escapaba un beso...
Pálida entónces se ocultó la luna;
Rasgó despues aquel cendal espeso:
Pero ¿las flores?... No alumbró ninguna.

LA LUZ.

¡Antes la selva el huracan desmoche
Que arda el sol con dorada cabellera!
¡Unámonos en sombra placentera
Como dos hojas de florido broche!
Nunca el celoso corazon reproche
Que el mio, ardiendo en amorosa hoguera,
Para gozar de tu pasion, quisiera
Trocar los dias en eterna noche.
¡Si yo, en delirios que el amor no calma,
Del dia creo recibir agravios,
Y lloro en mis delirios y embelesos,
Para adorarte no tener más alma,
Para besarte no tener más labios,
Para tus labios no tener más besos!

IMPOSIBLE.

¿Querrás que mi pasion no me delate,
Que te mire cruzar resplandeciente,
Y que de tí me aleje indiferente,
Y el fuego á mis miradas arrebate?
¿Tal vez ignoras el voraz combate
Del alma mia que morir se siente
Cuando recuerda el palpitar ardiente
Con que tu pecho junto al mio late?
Pide verdores al jardin deshecho,
Pídele al mar que te devuelva el rio
Que fué á perderse en su hervoroso lecho:
Pide entusiasmo al corazon vacío,
Pide que cese de latir tu pecho;
Mas no le pidas fingimiento al mio.

EL DIA ETERNO.

Tendió la noche su angustioso manto
Desvaneciendo el resplandor del dia;
Y sin embargo, al avanzar sombría,
Vistió mi sér de llamas y de encanto.
¿Por qué la noche que llenó de espanto
Un corazon que en el pesar ardía,
A tu poder inmenso, hermosa mia,
Me cerca libre de mortal quebranto?
¡Luz de mis ojos!... ¡Por mi mal, recelo
Al calmar en tus labios mis antojos
Y al verme preso de amorosos lazos,
Que un ángel quiera descender del cielo
Envidiando los cielos de esos ojos,
Envidiando la gloria de esos brazos!

EL SUEÑO.

Una noche, poblada de rumores
Y luces que hechizaban mis sentidos,
Soñaba con arcángeles vestidos
De nubes de luceros brilladores;
Atmósferas de dicha y de colores,
Donde sonaban besos y latidos,
Regalaban el alma, los oïdos,
En armoniosos ecos tentadores.
Aquel fuego volcánico y luciente
Me enajenaba, sí; pero á los lazos
De tu hermosura desperté, y pequeño
Me pareció aquel orbe refulgente;
Pues son más dulce realidad tus brazos
Que la quimera celestial de un sueño.

UNA MUJER.

¡Una mujer! Una mujer, bien mio,
Es el glorioso eden de la existencia
Que dulce vierte su aromosa esencia
Sobre este valle tenebroso y frio.
La vida sin amor es el hastío,
La noche del insomnio y la inclemencia,
Quedando, sin su mágica inflüencia,
Desierto el mundo, el corazon vacío.
¡Una mujer! ¡Oasis encantado
Que el delicioso manantial concede
Al sediento que gime atormentado!
¡Toda amargura á sus hechizos cede,
Y hasta el impío que se vé adorado,
Si no bendice, blasfemar no puede!

ELLA.

Como engarzada en azulado techo
Brilla entre brumas luminosa estrella,
Luce su imágen adorada y bella
Donde mis ánsias un altar le han hecho.
Hallo el zafir de lo infinito estrecho
A mi ansiedad, para volar con *ella*
Cuando mis labios con sus labios sella
Y el mio busca su amoroso pecho;
Cuando exhala un suspiro á mi suspiro,
Y enciende su mirada en mi mirada,
Y entre sus labios un verjel aspiro;
Cuando apuro una esencia no soñada,
Y en el azul de sus pupilas miro
Desvanecerse el alma enamorada.

RECUERDOS Y TRISTEZAS.

Al cabo suspiraste sin rebozo,
Y brilladora como el régio *Sirio*,
Temblabas á mis ojos, y el martirio
Del ayer se exhalaba en su sollozo.
¡Qué mezcla de tortura y alborozo
Al doblarte en mis brazos como un lirio!
¡Mezcla de glorias é infernal delirio!
¡Noche de angustias é inefable gozo!...
Despues del lazo de la noche aquella
Nos separó la inmensidad sombría
Que entre nosotros descorrió mi estrella.
Suspiro ardiente de la angustia mia,
¡Ay, si pudieses, al hablar con *ella*,
Morir diciendo que el dolor te envía!

TODO.

Quiero besar tus ojos adormidos,
Y que me lancen su primer destello,
Y algo grandioso, y palpitante, y bello,
Murmurar con el alma á tus oïdos;
Tus latidos contar con mis latidos,
Y los labios posar sobre tu cuello,
Y el perfume aspirar de tu cabello,
Y el aroma sentir de tus vestidos.
Quiero escuchar enamoradas frases,
Quiero mirar aquello que tú mires,
Y la tierra besar por donde pases;
Yo quiero suspirarte y que suspires;
Yo te quiero abrasar y que me abrases,
Y morir en tus labios cuando espires.

LA DISTANCIA.

No importa que del pecho te separes
Donde un altar te ofrezco soberano;
Que la distancia ha de querer en vano
Entre los dos alzar sus valladares.
El hombre llega al fondo de los mares,
Y montes rasga su ambiciosa mano;
¿Pero quién puede al corazon humano
Arrancarle su amor y sus pesares?
¿Qué importa la distancia, si me quieres
Y en tu cariño la pasion concentro
Que no supe ofrecer á otras mujeres?
¿Qué importa que te roben, si te encuentro,
Grabada en indelebles caractéres,
En el fondo del alma... más adentro!

LA ALTURA Y LA SIMA.

Yo ví en el cielo una deidad hermosa
Iluminar la inmensidad oscura,
Y allá en el seno de la niebla impura
Desvanecerse cual vision dudosa.
Así dejó una estela dolorosa,
Una cauda de fuego y de tortura,
La esperanza risueña que en la hondura
Del pecho mio fulguró amorosa.
El engañoso amor de las mujeres
Apénas brilla, cuando ya perdido,
Se truecan en martirios los placeres.
¡Aquellas dichas un instante han sido
Para arrojarme al padecer eterno
De recordar la gloria en el infierno!

¿QUÉ TE LLEVAS?

Los que piedad y compasion tuvieron,
Eso que tú no tienes ni conoces,
Jamás las tristes angustiadas voces,
Del corazon herido desoyeron.
¿Cómo olvidar las que por siempre huyeron
Ardientes horas de supremos goces,
Que si fueron relámpagos veloces,
Relámpagos de amor, de gloria fueron?
¿Y tus promesas á olvidar te atreves,
Cuando, amante y falaz, me prometías
Nuevos delirios y dulzuras nuevas?
¿Con el desden de esas miradas frias,
Me preguntas ingrata, qué te llevas?
Te llevas ¡ay! las esperanzas mias.

EL DESPERTAR.

¿No vés el ave que en las copas duerme
A un dulce beso revivir parlera,
Y al zafir encantar y á la pradera,
Dejando el lecho en que yacía inerme?
¿Y tú querrás abandonado verme
A la inaccion oscura y lastimera?...
¡Qué delicioso despertar tuviera
Si viniese tu amor á conmoverme!
Como descansa en la inaccion el yermo
Campo que fué por la segur herido,
Descanse el roto corazon enfermo.
No resuene tu voz nunca en mi oido;
Yo no sufro angustiado miéntras duermo
Sobre el oscuro lecho del olvido.

¿OLVIDO?

La luz crüel que el huracan despide
Y abrasa el tronco que brilló en el prado,
No ardió jamás como el dolor airado
Que de mi suerte, sin piedad, decide.
Tu labio infiel con insistencia pide
Que aprecie como amigo al sér amado;
¡Intentas olvidarte del pasado,
Y acaso aguardas que tambien le olvide!
¿Con eso pretendiste contentarme?
¡No puedo contentarme con tan poco,
Ni un poco de amistad ha de bastarme!
Que me aborrezcas te reclamo loco;
Pero jamás has de poder odiarme:
¡Que no sabes querer, ni odiar tampoco!

¿QUÉ SOY?

¿Qué soy en mi existencia aborrecida?
¿Qué soy, en estos mundos, combatido
Sin cesar del engaño fementido
Que al alma infiere dolorosa herida?
¡Ave que gime en erïal perdida
Sin compañera para hacer el nido
Donde dar sus tormentos al olvido
Y gozar de la calma apetecida!
¡Grano de arena que recorre triste
Las soledades de crüel desierto
Donde el furor del huracan persiste!
¡Bajel que busca sin cesar el puerto!
¡Algo que, infausto, para el mal existe
Y para el mundo del placer ha muerto!

Á MANSALVA.

La tiranía del engaño impones,
Negándome el derecho de quejarme;
Que tú puedes burlar, y hasta robarme
Sin el afan que aterra á los ladrones.
Tú me robas el sér hecho girones,
Y de ensueños y vida al despojarme,
A mansalva has podido asesinarme
Usando alevosías y traiciones.
Nuestro existir, si la esperanza ha muerto,
Es helado y brumoso como el nicho
De todo aroma y resplandor desierto;
¡Y tú con vil malignidad, has dicho,
Cuando herida tan honda me has abierto,
Que adoras y desprecias... *por capricho!*

¿Á QUÉ?

Si yo en las llamas de tu luz me baño;
Si yo tengo, envidioso en mis recelos,
Hasta del aire que respiras, celos,
Y los ojos que miras me hacen daño,
¿Por qué ha podido, á mi amargura extraño,
Tu corazon ajigantar mis duelos?
¿Por qué me alzaste á luminosos cielos
Para lanzarme al frio desengaño?
¿A qué mostrarme un paraïso hermoso
Para matar sus flores en seguida,
Y un abismo ofrecer tempestüoso?
¿A qué ofrecerme una pasion mentida,
Para soñar ardiente y doloroso
Con el fulgor de la ilusion perdida?

AYER Y HOY.

¡Con cuántas amarguras y recelo,
Con cuántas penas y mortal tristeza,
Presentía el rigor de la vileza
Con que pagaste mi mayor anhelo!
Envuelta el alma por oscuro velo
Vislumbraba el fulgor de tu belleza,
Y en las sombras hundida mi cabeza,
Queria alzarme á la region del cielo.
No sé, en mis penas, ¡oh mujer impía!
Cómo mi sér enciendes y abrillantas,
Despues que me inferiste tal agravio;
Pues si piedad y luces te pedia,
Hollabas mi cabeza con las plantas
Que tantas veces oprimió mi labio.

SUEÑO Y REALIDAD.

El poeta que roba á la maleza
Del bosque aciago de misterios lleno,
Algo amargo al jugo del veneno,
Algo triste á los ecos de tristeza,
Levanta delirante la cabeza
Hácia la nube en que se forja el trueno,
Para pedir angustias á su seno,
Al influjo mortal de tu belleza.
El que, de inmensa pesadumbre herido,
Mira en la tierra fúnebre desierto
Donde se arrastra ciego y abatido,
Si la esperanza es un placer incierto,
Prefiere estar en la ilúsion dormido,
Que en el dolor de la verdad despierto.

JURAMENTO.

Si el dulce juramento no te pesa,
Dame el jardin que miro en lontananza
Cual isla de tesoros y bonanza
Donde la brisa los palmares besa;
En realidad convierte la promesa,
No rechaces al náufrago que avanza;
Que á un mar ardiente el corazon se lanza
Y de gemir y batallar no cesa.
Ven á calmar con venturosos lazos
El afan insaciable de mi pecho
Que un dia en paz adormecido tuve;
Disipe el sol la tormentosa nube,
O rasga más la herida que le has hecho
Al corazon que te daré á pedazos.

¡QUÉ ETERNAS!

¡Las dichas del amor se disiparon
Y con mi sér los desengaños juegan,
Y olas de fuego las pupilas ciegan
Que en azulados ojos se miraron!
¡Qué veloces los dias que pasaron!
¡Cuán amargos y eternos los que llegan!
Pues, sin piedad, á devolver se niegan
Las dichas ¡ay! que por mi mal volaron.
Con tu mano la mia no acaloras;
Me has robado el fulgor de tu hermosura,
Y jamás en el alma te evaporas.
¡Cuán largos mi dolor y mi tortura!
¡Qué ráudas vuelan las felices horas!
¡Cuán eternas las horas de amargura!

TRISTEZAS.

La juventud se apaga, llega el frio
De la vejez á la alegría extraño,
Y, cual de nubes al morir el año,
Nos envolvemos en cendal sombrío.
Todo se extingue, ó se desata impío
Y viene á conspirar en nuestro daño,
Y la ilusion se trueca en desengaño,
Y se apaga el placer en el hastío.
Nada constante en la eternal mudanza
Y los embates de este mundo vemos
Que al fin á oscura soledad nos lanza.
Dichas y engaños conservar queremos;
Y queda al fin tan sólo una esperanza,
Y ésa tambien á veces la perdemos.

VIDA Y MUERTE.

¡Al acabarse mi existencia breve,
Tu boca ardiente mi cadáver hïera,
Y si á tu beso abrasador no ardiera,
Un beso al ménos, al sepulcro lleve!
El hado quiso atormentarme aleve,
Y yo en tu amor y en tu desden sintiera,
Toda la gloria en una inmensa hoguera,
Todo el infierno ante una horrible nieve.
Pero no pienses que en mi afan eterno
Te maldigo en mi pecho, en mi memoria,
Y amor ansío generoso y tierno.
Acabe en muerte la amorosa historia;
Que vivir sin tu amor es el infierno
Y morir á tus besos es la gloria.

LA INCONSTANCIA.

A veces, acosado por la pena,
Escalo esos peñascos de granito,
Y contemplo ese piélago infinito
Que de espuma y rumor las playas llena.
Algo infinito en la extension resuena,
Llegan las olas con rugiente grito,
Y el nombre que en la playa dejo escrito
Las espumas lo borran de la arena.
Entónces mido mi dolor constante;
Entónces, en el ánsia que me abruma,
Veo que sois volubles y engañosas;
Que arena es la pasion de las hermosas,
Y la inconstancia, matadora espuma
Que borra el nombre del burlado amante.

LA CUMBRE Y LA SIMA.

¡Triste es oïr alegre carcajada
Respondiendo sarcástica, estridente,
Al padecer y al suspirar doliente
Del alma que agoniza enamorada!
¡Que la mujer amante y adorada
No sepa idolatrar eternamente!
¡Trocar el fuego de un regazo ardiente
Por las tinieblas de la noche helada!
¡Triste, rodar desde lozana cumbre
Donde el fulgor de la alborada tierna
Ahuyenta la sombría pesadumbre!
¡Triste, que el ángel del dolor se cierna
Sobre el que ha visto la amorosa lumbre
Antes de hundirse en una sombra eterna!

OLVIDO.

Ingrata, tú jamás me has comprendido,
Ni comprenderme, ni matarme puedes;
Ni á las angustias de mi ruego cedes,
Ni sabes otorgar lo que te pido.
Yo deseo sentirme aborrecido,
No que á mis plantas humillada ruedes:
¡Ya ves que son humildes las mercedes
Que te exige quien tanto ha merecido!
¡El olvido tan sólo! ¿No reparas
Que yo quiero grabarme en tu memoria
Como en mi pecho tus pupilas claras?
¡El olvido es la losa mortüoria!
¡Si odiases como adoro, me matáras,
Y morir á tus manos fuera gloria!

NO PODRÁS.

Yo te busco en la mágica grandeza
De la purpúrea tarde cuando espira,
Y en el albor del astro que nos mira
Cuàl rayo de cariño y de tristeza;
En el labio dulcísimo que reza,
En el ave amorosa que suspira,
Y en los acordes de la dulce lira
Que exhala un canto de inmortal belleza.
Yo te busco en el cáliz de la rosa,
En el lago, en el músico aleteo
Del aura que se anuncia rumorosa;
Y arrancarte no puedes al deseo;
Que siempre el alma ha de quedarme, hermosa,
Y arder en ella tu hermosura veo.

EL PORVENIR.

¿No ves el porvenir que me destinas
Hiriéndome con labios matadores?
¡La vida que doraban los amores
Es antro de tristezas y neblinas!
¡Fuente de glorias y mansion de ondinas
Fué ayer esta existencia de dolores!
¡Camino ayer de sonrosadas flores,
Sin flores hoy, es erïal de espinas!
Tú eres la mano que de herir no cesa;
Yo soy quien bebe ponzoñoso jugo,
Presa de angustia y del delirio presa...
Yo siento, herido y sin quejarme, el yugo;
Soy la angustiada víctima que besa,
Al espirar, la mano del verdugo.

JAMÁS.

¿A los arranques del pesar sombrío,
Ingrata mia, responder no quieres,
Y en tu esquivez tristísima prefieres
Burlarte aleve del dolor impío?
¿Piensas que hïela el desengaño frio?
¿Aguardas que te olvide? No lo esperes:
¡Todo el amor y todas las mujeres
No han de arrancarte al pensamiento mio!
¡Siempre en mi esencia brillarán tus galas,
Por más que labios sin piedad ultrajen,
Miéntras al hielo tu esquivez igualas!
Aunque mis ojos á la tumba bajen,
¿Quién á mi sér arrancará las alas?
¿Quién á mi sér arrancará tu imágen?

CONFIANZA.

¡Ay del ciego infeliz que la cadena
De una existencia oscura y dolorosa
Piense romper en brazos de una hermosa
De azul pupila y sienes de azucena!
¡Ay del que busque una region serena,
Y cual las galas del jardin frondosa!
¡Cuán pronto la corriente venturosa
Será el raudal impuro que envenena!
¡Ay si la loca insensatez comete
De dar oïdos á la voz mentida
Que una brillante inmensidad promete!
¡Hoja ha de ser que volará perdida!
¡Será el bajel que se hundirá! ¡El juguete
De las fieras borrascas de la vida!

MI PASION.

Anegado en un mar voluptüoso,
Y cual las olas del dolor, rugiente,
Los relámpagos surgen de mi mente
Y del fondo del alma borrascoso.
La libertad perdida y el reposo,
Nadar en fuego el corazon se siente,
Y de tus ojos en el fuego hirviente
Busca llamas mi espíritu ardoroso.
Sólo consigo en mi ansiedad suprema,
Y al abrasarme en tu esquivez ingrata,
Encerrar en mi pecho un anatema;
Y en esta lucha estéril, insensata,
Yo soy la luz de la pasion que quema,
Y tú el rigor de la esquivez que mata.

EL PARAISO PERDIDO.

¿Dónde están las riquezas brilladoras
De aquel falaz y espléndido tesoro?
¿Dónde están las imágenes de oro
Que en mis brazos bullían tentadoras?
¿Por qué fueron tan rápidas las horas
De aquellas noches que perdidas lloro?...
¿Y tú pudiste responder «¡te adoro!»
Al preguntarte con pasion ¿me adoras?...
Mató tu engaño, celestial bonanza;
A horrible sima despeñarme quiso
Para que grite en mi dolor eterno:
¡Si ya infierno es perder toda esperanza,
Tras de gozarse un dia el paraïso,
Mide, cruel, lo que será el infierno!...

ILUSIONES MUERTAS.

¡Mis ilusiones?... ¡Rosa marchitada,
Divina rosa que perdió su esencia,
Al desatar su frígida inclemencia
Una mujer purpúrea como un hada!
¿Y flor en un momento deshojada,
A una eterna agonía me sentencia?
¿De qué sirve en el mundo la existencia
Sin el amor de la mujer amada?
Ese desden que el corazon me hiere,
Que de esperanzas le dejó desierto,
¿Para matar mi amor, matarme quiere?
Ha de matarme tu desden, es cierto;
Pero un amor como mi amor, no muere,
Y te amaré yo más despues de muerto!...

ESPERANZAS.

¡Es tan fácil romper un juramento
Que para siempre quiso unir dos séres,
Y tan sencillo, murmurar: «*no esperes*,
Apaga en el olvido el sufrimiento!»
¡Si pudieras sentir lo que yo siento,
Este mal, esta herida que me infieres!...
¡Sonrisas y promesas de mujeres!...
¡Ay, esperanzas que se lleva el viento!
Como al ŏasis el Simoun sus lazos
Tiende arrancando la dorada palma
Y se la lleva en sus oscuros brazos,
Así el engaño arrebató mi calma,
Puesta en vosotras, que si sois pedazos,
Pedazos sois del corazon y el alma..

RECUERDO.

Aunque me hïeras con acento duro,
No lograrás hacerme desdichado;
Que, á pesar de sentirme tan odiado,
Yo no te puedo aborrecer: lo juro.
Sabrás trocarte en insensible muro,
No puedes reclamar lo que me has dado,
Y yo sabré vivir de mi pasado
Y ahogar en él el desengaño oscuro.
Aun en el alma fulgurando impreso
Late el recuerdo que anhelante miro,
Y de admirar y de sentir no ceso.
¡Ya no puedes robarme aquel suspiro!...
¡Ven á robar, si puedes, aquel beso
En que tu esencia todavía aspiro!

TODO.

¡Algo divino y celestial reflejas,
Y finges la pasion y el sentimiento!
¡Enciendes más el ansia del sediento,
Y luego el dulce manantial le alejas!
¡Sorda á la voz de mis amargas quejas,
Algo del pecho que me arrancas, siento;
No quieres acabar mi sufrimiento,
Y la mitad del corazon me dejas!
Mas yo vivir no puedo de esta suerte;
Que es vida más horrible que la muerte
Vivir en la agonía de este modo:
¿Qué puedo hacer de un corazon partido?
No me dés la mitad: no te la pido:
¡Te pido ingrata, que lo arranques todo!

EL CRÁTER.

¿Qué llegaría á ser la tierra esclava
Si jigantescas fáuces no tuviera
Para arrojar la corrosiva hoguera
Que de rugir en su interior no acaba?
¡Ay del volcan en que se agita brava
La inmensidad que libertarse espera,
Si no tuviese una garganta fiera
Para lanzar la destructora lava!
¡Ay si no salta en lágrimas deshecho
El raudal amarguísimo que viene
A dar la muerte al corazon que adora!
¡Ay del hombre angustiado que no llora!
¡Ay del que llanto bienhechor no tiene,
O si lo tuvo, lo guardó en el pecho!

LA SOMBRA.

Cuando el fiero nublado se aproxima,
Y llega, y rayos de exterminio lanza,
El mar hirviendo en colosal pujanza
Intenta alzarse hasta la etérea cima:
Mas luego el iris la extension anima
Y á serenar el horizonte alcanza,
Y reflejo feliz de la esperanza
Las olas son de la hervorosa sima.
Pero la sombra que en mi pecho vive
No conseguí jamás desvanecerla,
Y nueva vida del dolor recibe.
¿No quieres ser la cristalina perla
Para el árbol marchito, amarillento?...
¡Cuán pronto has olvidado un juramento!

DOS ABISMOS.

El amor es el alma de la vida,
La muerte del amor es el hastío;
¡Ay si la mano de crüel desvío
Anega en sombras la ilusion querida!
Sólo la tumba que á dormir convida
Allá en un lecho misterioso y frio,
Puede brindarme con el bien que ansío,
Darme la calma que lloré perdida.
Ya que morir mi corazon has hecho,
Abra el sepulcro sus heladas puertas
Y déme oculto y silencioso lecho;
Que ansío hallarlas á mi paso abiertas
Para arrojar en ese abismo un pecho
Que es otro abismo de ilusiones muertas.

ESCUCHA.

Si á los afanes que de un alma viste
Surgir cual hondo turbïon de fuego;
Si á los suspiros de angustioso ruego
La crüeldad de tu altivez resiste;
Si en alejarme, ese rigor, persiste
Del dulce manantial de mi sosiego,
Ante la tumba no sonrías luego
Donde descanse silencioso y triste.
Si de matarme tu inclemencia trata,
No dejes fulgurar ante mi losa
Esa sonrisa aleve que me mata;
Que acaso me alzaría de la fosa
Para gritar: ¡yo te maldigo, ingrata!...
Para gemir: ¡yo te perdono, hermosa!

EL INFIERNO.

Pues quiso un dia mi voluble estrella
Envolverme en un mágico destello,
De la falsía impura me querello
Que ha disipado la ilusion más bella.
¿Qué son los labios que su amor no sella?
¿El rostro que no siente su cabello?
¿Los tiernos brazos que enlacé á su cuello?
¡Los ojos ¡ay! para no verme en *ella!*
El réprobo que gime atormentado,
No sufre tan amargo parasismo;
Que no ha visto la gloria el condenado.
Mi mal supera al del infierno mismo;
Que desde el cielo, ingrata, me has lanzado
A las tinieblas del oscuro abismo.

¿PARA SIEMPRE?

¿Del dulce amor las celestiales flores
Para siempre en tu sér se han marchitado,
Y por rendirte al oro, habrás comprado
Raudal inagotable de dolores?
¿Por alcanzar mentidos esplendores
Al hombre que te adora has despreciado?
¡Puede ser que recuerdes el pasado,
Y que, angustiada al recordarlo, llores!
¿Miéntras coronas tu nevada frente
Con dïadema de ostentosas perlas,
Nada aquel pecho que adoraba, siente?
¿Tus tristes ojos no querrán verterlas
Convertidas mañana en un torrente?...
¡Cómo iría mi boca á recojerlas!...

NUNCA.

En vano, hermosa, condensar intento
En frases la pasion que me sofoca,
Y el ánsia viva que á adorar provoca
A quien arde en vapor calenturiento;
Que, embrïagado en tus caricias, siento,
Y ante el fulgor de tu mirada loca:
Para adorarte, la existencia poca;
Para volar, mezquino el pensamiento.
¿Cómo, bien mio, mi pasion bastarte
Podría nunca, ni sabrá mi suerte
Darme jamás lo que quisiera darte?
¡Tengo un alma no más para quererte!
¡Sólo una vida tengo para amarte!
¡Para morir por tí, sólo una muerte!

TUS LÁGRIMAS.

Oye, alma mia: por piedad, no llores,
Ni maldigas la saña de los hados;
Que yo te haré para esos piés nevados
Una alfombra de rayos brilladores;
Que toda tu desdicha y tus rigores
Tambien serán por mi pasion llorados;
Y yo sabré en tus ojos adorados
Beber el manantial de tus dolores.
Vuelva á tu rostro el bienhechor sosiego,
Cual de las nubes la sombría gasa
El iris llena de matices luego;
Que el pecho mio tu dolor traspasa,
Y cada gota de tu llanto es fuego
Que el lacerado corazon me abrasa.

NI CONTIGO NI SIN TÍ.

O en tus amores un volcan percibo,
O me desprecia tu sonrisa aleve;
¡O hirviente mar que el huracan conmueve,
O la dureza del peñon altivo!
Ya me deslumbra el resplandor más vivo,
Ya me acongoja la implacable nieve;
¡O el alma infiernos en tus ojos bebe,
O burlas hallo en tu mirar esquivo!
O bien arroja tu esquivez ingratas,
Heladas frases cual punzante acero,
O la pasion en huracan desatas...
Si me desprecias, sin tu amor me muero,
Y si me adoras, con tu amor me matas:
¡Mata, bien mio; que me mates quiero!...

¡SI TE QUIERO!

¡Como el ciego las llamas que ha mirado
Y en el altar de su memoria adora!
¡Como las aves la encendida aurora
Que baña en régia púrpura el collado!
¡Como al recuerdo del amor pasado
El corazon que silencioso llora!
¡Como el bajel la playa salvadora,
Y la voz de *perdon*, el condenado!
¡Jamás tu amor ardiente me arrebates;
Que ya, sin alma y delirante, veo
En mi existencia un lazo que se trunca!
Pero te adoro... ansío que me mates,
Y matarte tambien... eso deseo:
¡No que te alejes, ni me olvides nunca!...

¡MATARTE!

¡Hermosa mia!... ¡Qué sarcasmo impío
Esa palabra de insensato encierra!...
¿Qué oscura mano tus pupilas cierra,
Sin sentir el calor del labio mio?
Aquí en mi frente ha penetrado el frio
De algo funesto que mi sér aterra,
Y el pensamiento, al abarcar la tierra,
Brumas vé sólo y padecer sombrío...
¿Por qué gimes, y tiemblas, y vacilas,
Como el árbol en dias borrascosos?
¿Qué angustia sientes? ¿Qué dolor te abate?
¿Por qué ese pulso con la fiebre late,
Y tus labios no vibran amorosos,
Y no se escapa el sol de tus pupilas?...

LA NOCHE ETERNA.

¡Ay del que llora sobre el nicho yerto
A quien la brisa gime plañidera!
¡Del ave que perdió su compañera,
Y el nido vé, que acaloró, desierto!
¡Ay del que mira un horizonte abierto
De luz y vida, á su ilusion primera:
Y nunca teme, ni jamás espera
Hallarse en brazos del dolor despierto!
Llegó la noche silenciosa y triste,
No tan fria y tan negra como el alma
Que de crespones fúnebres se viste...
¡Ay del que llora la perdida calma!
¡Ay del humano que muriendo, existe
Sin un raudal amigo ni una palma!

SIN ELLA.

¡La última llama de un ayer amado!
¡La última chispa en la amorosa hoguera!
¡Huyen, y matan la ilusion postrera
Que alimentaba el pecho enamorado!...
¿Y el celeste verjel se ha marchitado?
¡Si yo no quiero que mi vida muera!
¡Que muera mi ilusion, mi vida entera,
La vida de una vida que yo he dado!
¿Y no sabrá el dolor hallar el modo
De romper esta cárcel fabricada
De miserable padecer y lodo!
¿Quién ¡ay! me roba la mujer amada?
¡Si era mi encanto, mi existencia, todo;
Y sin ella... sin ella todo es nada!

ESTÁS MUERTA.

¡Misérrimos contrastes de la suerte
Que en tus hechizos se cebó inhumana!
¡Ayer, divino resplandor; mañana,
Triste puñado de ceniza inerte!
¡Nublado aquel azul que supo hacerte
Rival del cielo y de la luz hermana!
¡Aquellos labios de encendida grana,
Amoratados por la fria muerte!
¿Y por la tumba esos despojos presos,
Bajo cipreses, una losa yerta
Manaña impía cubrirá tus huesos?
¡Alma del alma! ¡Por mi amor... despierta!...
¿Despertarte no pueden estos besos?
¡Alma mia... no duermes... estás muerta!

LA MUERTE.

Cuando gimo y te llamo de esta suerte,
Y el rostro tuyo con mi llanto riego;
Cuando el alma en un ósculo te entrego,
Y no logro con ella conmoverte;
Cuando en mis brazos te contemplo inerte
Sin contestar á mi ardoroso ruego,
Es que no pueden la pasion y el fuego
Luchar con los rigores de la muerte.
Si con mi vida despertar pudiera
Tu cuerpo hermoso por la muerte helado,
Al punto el alma, el existir te diera;
Pero querría fenecer llorado,
¡Pues al sentir tu llanto, recibiera
Algo tambien del corazon que he dado!

DENTRO Y FUERA.

El rumor de encantada melodía,
Las auras de purísima dulzura;
Las esplendentes llamas y hermosura
Del sol que alumbra un venturoso dia;
Los torrentes de aromas y armonía
Que brotan de la mágica espesura,
Mi corazon inundan de amargura
En tenaz y crüel melancolía.
¿Qué representa un hechicero encanto?
¿De qué sirve la célica bonanza
Si dentro ruge sin cesar el llanto?
Cuando á las sombras el dolor nos lanza,
¿No ha de sonar como sollozo el canto
Al corazon que pierde la esperanza?

BASTO YO.

¿Por qué el dolor no morirá al instante
En esta vida deleznable y corta?
¿Qué el angustiado corazon reporta
De una existencia oscura y vacilante?
El alba luce; en el cenit radiante
El sol tesoros de alegría aborta;
Todo sonríe y canta... mas ¿qué importa?
¿No soy tal vez para llorar, bastante?
Si nadie al hondo padecer responde,
No faltará para llorar mi duelo
Todo este mar que el corazon esconde...
¡Mas no puedo, en horrible desconsuelo,
Verter el llanto de la angustia!... ¿En dónde
Habrá otro abismo cual mi amargo anhelo?

LA ALEGRÍA Y LA TRISTEZA.

El ave con sus labios seductores,
El susurrar de la bullente plata
Que entre jardines el cristal desata,
Y arroja perlas, y despierta amores;
El iris salpicado de colores
Que al vacío sus sombras arrebata,
Aumentan la tristeza que me mata,
Con sus cantos, y aromas, y fulgores.
¡A qué las llamas de risueños dias!
¡A qué las voces de armonioso aliento!
¡A qué las celestiales armonías!
¿Para qué luce hermoso el firmamento,
Si las brillantes esperanzas mias
Son flores ¡ay! que ha deshojado el viento?

MEMORIA.

Al recordar los míseros despojos
De la mujer que sonrió adorada,
Mi angustia se deshace desbordada
Por el cristal de los nublados ojos;
Solloza el pecho en fúnebres antojos,
Y arde en dolor el alma ensangrentada
Que sintió, por fortuna malhadada,
Convertirse las rosas en abrojos.
Fria y traidora, me robó la esencia
De tu hermosura, la implacable suerte
Que á padecer al corazon sentencia;
Y yo no acierto, al contemplarte inerte,
Si es más triste luchar con la existencia
O dormirse en el sueño de la muerte.

LÉJOS SIEMPRE.

El alma que se agita dolorosa,
Cual torrente voraz de breña en breña,
Elévase á la cumbre, y se despeña,
Y jamás se detiene ni reposa.
En el deseo agítase angustiosa
Cuando febril y delirante sueña;
Que tu celeste imágen halagüeña
Aléjase cual nube vaporosa.
La vé pasar en luminoso giro,
Y al contemplarla alzándose del suelo,
Se deshace y la sigue en un suspiro.
¡Triste de mí, que en angustioso duelo,
El resplandor de mi esperanza miro
Perderse dulce entre el vapor del cielo!

NO IMPORTA.

Deja que brille esplendoroso el dia
Y se vista de llamas y hermosura,
Pues es bastante la tormenta oscura
Que amarga vierto en esa losa fria;
Deja que el mundo engañador sonría
Al abrirse tu infausta sepultura:
¡No pidas otros gritos de amargura,
Que ya es bastante la amargura mia!
¡Mas no; que ansío contemplar enjuto
El manantial, y sin verdor el huerto,
Rindiendo todo á mi dolor tributo!
¡Quiero que cese el matinal concierto!
¡Quiero vestir la inmensidad de luto!
¡Quiero que llore, pues mi dicha ha muerto!

ALLÍ.

Adusta mano en atäud impío
Tus adorados restos encerraba;
Sobre un coche despues los arrojaba
Que por las calles avanzó sombrío.
Pronto el cortejo que en el llanto mio
Y en mi angustia crüel no reparaba,
Por las desiertas calles avanzaba
De un cementerio solitario y frio.
Hay algo inmenso, abrumador, que aterra,
En aquella mansion de los panteones
Que sólo cruces y ceniza encierra.
Quedaste bajo fúnebres llorones...
¡Allí dejaban un monton de tierra!
¡Y yo dejaba allí mis ilusiones!

EL DOLOR NO MATA.

Yo sueño que amorosa me conduces
Por las crujías de ese frio imperio,
Para volar despues á otro hemisferio
Libre de angustia y pálidos capuces;
Yo sólo veo las extrañas luces
Que horror añaden al fatal misterio
De ese helado y sombrío cementerio
Que adornan los desmayos y las cruces.
Mas con la fiebre lúgubre, insensata,
Se deshace el espectro fugitivo,
Y en la penosa realidad ingrata,
¡Te llamo, y tus palabras no percibo!
¡Lloro, y no lloras!... ¡El dolor no mata;
Pues te contemplo inanimada, y vivo!

DOS MUNDOS.

¡Cómo brillaba azul el firmamento!
¡Cómo exhalaba el ave sus canciones!
¡Cuánto amor, y qué dulces vibraciones,
Cual de un arpa, volaban hasta el viento!...
¡El cielo es un sudario ceniciento!
¡La luna besa cruces y panteones!...
¡Aquel mundo era un mundo de ilusiones!
¡Este, el mundo que está en mi pensamiento!
No siento ya las llamaradas rojas
Que eterno ardor sobre la tierra vierte,
Y me pierdo en un orbe de congojas.
No llega el sol al corazon inerte,
Y veo en los cadáveres, las hojas
Que se lleva el Otoño de la muerte.

SIEMPRE.

Imágenes de espléndida riqueza,
Delirios de pasion, sueños de gloria,
¡Qué destellos dejais en la memoria,
En un mundo de brumas y tristeza!
Mueren los rayos de gentil belleza;
La vida es una página ilusoria,
¡Página breve de una triste historia
Que en luto muere y con sollozo empieza!
Todo fenece, y en dolor acaba;
La dicha es esplendente metëoro
Que en los recuerdos brillador se graba...
¿Y yo no puedo sollozar? No lloro;
¡Pero del modo aquel que te adoraba,
Muerto mi bien, para sufrir te adoro!

TU IMÁGEN.

El ave no serás que dulcemente
Saluda al blando nido á su regreso,
Ni yo el mortal que, de la fiebre preso,
Halla las linfas de amorosa fuente.
Aquel cielo de luz resplandeciente
En mis entrañas ha quedado impreso:
Yo no puedo besarte, no te beso;
¡Pero te besa el alma eternamente!
¡No puedes verme ni tus rayos darme;
Se extinguió la ardorosa llamarada
Con que supiste un dia deslumbrarme!
Rodó tu cuerpo al orbe de la nada;
Pero ¿qué mano puede arrebatarme
De *aquí dentro* tu imágen adorada?

DENTRO DEL ALMA.

Si en mi ardoroso padecer supiera
Animar ese cuerpo marchitado,
Y escuchar de tu labio enamorado
La dulce frase que vibró hechicera,
Mi pecho moribundo reviviera
Y rasgára el crespon infortunado
Que sirve de sarcófago enlutado
Al sér que hechizo de mis ojos era.
En las tinieblas de mi sér te encuentro,
Y sin morir jamás estos antojos,
Vive este lazo que jamás se trunca;
Que mi suerte fatal es verte *dentro*,
Verte en el alma, y nunca ante mis ojos,
¡Siempre en el pecho, y en los brazos nunca!

JAMÁS.

Ninguno ha de robarte á la mirada
De mi sér que se enciende en el deseo,
Y que, sordo al humano clamoreo,
No puede oïr tu voz enamorada.
Yo contemplo tu faz idolatrada;
Yo contemplo tus ojos, los poseo;
Estás dentro de mí; pero te veo
Allá en horrible féretro acostada.
Siempre serás la imágen aflïctiva;
Siempre estarás ante mis ojos yerta,
Hollada como dulce sensitiva;
Que si á olvidar el corazon no acierta,
¡No te veré cual te adoraba viva,
Te adoraré como te he visto muerta!

EL PORVENIR.

Quizá mi amor, ardiente y vïolento,
Fué una mezcla de goce y de agonía;
Pero ansiaba vivir, porque vivía
De aquellos rayos que vibrar no siento.
Hoy vivo nada más de mi tormento,
Y huyó la gloria que latir me hacía,
Y al perderte, me abraso como ansía
Celeste lluvia el arenal sangriento.
Yo no puedo olvidar lo que me has dado;
Sé que mi ansioso corazon doliente
Recordará una dicha sobrehumana:
Amores y ventura fué el pasado,
Una tumba y silencio es el presente...
¡Un recuerdo mortal será el mañana!

ANTE ESE NICHO.

¡En tu hermosura luminoso sello
Resplandecía! ¡Crëacion hermosa
Que enlazaba á los lirios y á la rosa,
Y rayos tuvo por gentil cabello!
¿Por qué mató deslumbrador destello
Una deidad oscura y misteriosa?
¿Cuándo la muerte no apagó envidiosa
Todo lo dulce, y amoroso, y bello?
La muerte, esa deidad que por capricho,
O por envidia, hirió tus galas yertas,
Hiela mis labios que su amor te han dicho —
Ante esas calles frias y desiertas,
Tumba es mi corazon, es otro nicho
Que guarda un mundo de venturas muertas.

ME ADORABAS.

Ante las simas de un sepulcro abierto,
¡Cómo en el triste corazon se graba
El sueño venturoso que se acaba
En una vida de placer incierto!
Yo era la nave de hervoroso puerto;
Me adorabas, hermosa, y te adoraba:
Era, mi bien, que entónces yo soñaba,
¡Y esta es la realidad en que despierto!
Quizás el orbe de los astros huellas,
Y desde el cielo luminoso envian
Un dulce rayo tus pupilas bellas;
¡Y al contemplarte, acaso temblarian
De amores ó de celos las estrellas,
Miéntras las glorias de mi sér morian!

BRUMAS.

Aquellos astros de hermosura, aquellos
Enamorados ojos que nublaron
Las hogueras del sol, y me miraron
Al exhalar clarísimos destellos,
¡No han de abrirse jamás!... ¡Eran tan bellos!
¡Con qué celeste ardor iluminaron!...
De tal suerte en el alma se grabaron,
¡Que ha de morir para que mueran ellos!
Ya no puedo temblar á tu presencia
Cual hoja en el Otoño... ya no asombras
Con los prodigios de una dulce esencia.
¡Ni me escuchas, bien mio, ni me nombras!
¡Qué triste es para el hombre la existencia
Cuando está lleno el corazon de sombras!

RECUERDO.

¡Huyes del mundo, y mi ardorosa mano
No consigue vencer ni retenerte!
¡Qué despiadada y fúnebre mi suerte!
¡Qué deleznable el poderío humano!
¡Como fantasma mísero y liviano
Huye el placer, y al soplo de la muerte
Se trueca todo en un puñado inerte
De lodo vil que se deshace vano!
Todo alcázar terreno se desploma,
Todo jardin humano se consume:
Por eso te marchitas y te pierdo.
La dicha se deshace en un aroma,
Y el recuerdo tambien es un perfume...
¡Qué mortal el perfume del recuerdo!

¡ALMA MIA!

¿Será posible que de amarme ceses,
Y de arder y gemir enamorada,
Y con aquella célica mirada
Que tanto me decía, nada expreses?
¿Y buscando tu cuerpo, sin que beses
Mi boca por la fiebre acalorada,
Iré á besar tu sepultura helada
Cuando bañe la luna esos cipreses?
Hasta que al peso del dolor sucumba,
¡Cuán infeliz recordaré el pasado
Que en las sombras contigo se derrumba!
Pero al llamarte el labio que has besado
Quizá un instante me abrirás la tumba,
Y entónces ¡ay! me dormiré á tu lado...

UNA ETERNIDAD.

¿Y aquel tesoro de prodigios, llena
Las tristes sombras de ese nicho estrecho?
¡Todo un jardin de amores se ha deshecho,
Y húndese en brumas la ilusion serena!
¿Y el atäud, bien mio, te encadena,
De mi pasion y angustias á despecho?
Ese nicho está helado cual mi lecho,
Esa tumba es oscura cual mi pena.
Ese nicho es la imágen de mi suerte,
Esa tumba es cual frio balüarte
Que opone á mi dolor un muro inerte.
¡Sólo nací para llorar y amarte!
Tuve un dia no más para quererte...
¡Tengo una eternidad para llorarte!

MIS ILUSIONES.

¡Oh primavera de follaje umbrío,
Cuán presto en brazos de un volcan te arrojas!
Surge el verano de entre nubes rojas,
Y con su fuego morirá el estío.
Llega el otoño amarillento y frio,
Del ave angustia y del jardin congojas...
¿Quién sabe á dónde marcharán las hojas
Que la tormenta se llevó al vacío?
Envuelto en nubes como el mal sombrías,
Llegó el invierno, y crecerá en rigores,
Y lucirán primaverales dias.
El árbol vuelve á desprender verdores...
¿Por qué os marchásteis, ilusiones mias,
Si no volveis como las otras flores?...





SONETOS DE CONSONANTES FORZADOS.

(SÉRIOS Y FESTIVOS.)

LA ESTÁTUA DE HIELO.

(IMITACION.)

Era una tarde de plomizo *velo*,
Que daba copos de existencia *breve*:
Atormentado por el cierzo *aleve*,
En un sudario se envolvía el *suelo*;
Y, nunca muerto el ardoroso *anhelo*
Que siento yo por tus encantos, *Hebe*,
Cogí á puñados congelada *nieve*,
Y bella imágen fabriqué de *hielo*.
Aquel prodigio, duro cual la *roca*,
Que yo compuse á rígidos *pedazos*,
Llamó al delirio de mi mente *loca*;
Pero al sentir los amorosos *lazos*,
Se deshizo la imágen en mi *boca*,
Y en vano te buscaba entre mis *brazos*.

EL TEMPLO.

El que ansíe horizontes *inmortales*
Cual ave tierna que se agita *implume*,
Antes que el soplo del pesar le *abrume*,
Cansado de las luchas *terrenales*,
Pise el umbral de augustas *catedrales*
Donde amoroso incienso se *consume*,
Y se dilata el célico *perfume*
Al par de melodías *celestiales*.
Ante el fulgor, y el oro de las *palmas*,
Y el órgano de armónicas *dulzuras*,
Jigante voz os gritará allí *dentro*:
«Este es el mundo de la vida, el *centro*
De la verdad, y de las luces *puras*
En donde apagan su ansiedad las *almas*.»

NO PUEDES.

¿Viste quizá, desde la altiva *reja*
A que asomarte luminosa *sueles*,
Al insecto que cruza los *verjeles*,
Cuando á las galas del jardin *festeja*,
Y de una flor hácia otra flor se *aleja*,
Y enamora á la rosa y los *claveles*,
Y dulce, en cambio de purpúreas *mieles*,
Oro en las hojas de las flores *deja?*
Aunque mis labios sin piedad te *ultrajen*,
En él no puedes contemplar la *imágen*
De tu voluble proceder *mentido*;
Pues si eres mariposa de las *almas*,
Ni con el oro de promesas *calmas*
Al corazon que abandonaste *herido*.

LA OPRESION ETERNA.

Los que sufrieron la opresion *sombría*
De un déspota crüel, más *inhumanos*
Luego ensangrientan las convulsas *manos*
Con la venganza que el encono *ansía.*
El noble pueblo que en hermoso *dia*
Quiere en sus hijos contemplar *hermanos*,
Vé con dolor que cambian los *tiranos,*
Y siempre queda en pié la tiranía.
¡Allí el tirano en un fangal se *encharca*,
Y cieno y sangre en sus delirios *bebe,*
Y con hogueras su dominio *marca!*
¡Allí el pueblo que ruge y se *conmueve!*
¡De la opresion oscura del *monarca*
A la opresion sangrienta de la *plebe!*

EL DIOS DEL HOMBRE.

Todo en los orbes su poder *demuestra*;
Su sonrisa es el éter *cristalino;*
Su cólera, el ardiente *torbellino,*
La tempestad, la ráfaga *siniestra.*
Rige los orbes su impalpable *diestra*
Y les señala en el azul *camino;*
Pero en el hombre, en su inmortal *destino,*
Es donde inmenso sus grandezas *muestra.*
Tan sólo el hombre, al sublimarse, *puede*
Medir la hondura del abismo, y *vaga,*
Y al pensamiento le arrebata *asombros;*
Y cuando el orbe se desquicie, y *ruede,*
Y en hondo cataclismo se *deshaga,*
Surgirá como luz, de los *escombros.*

DIÁLOGO ENTRE UN POETA Y UN FILÓSOFO.

—¿Qué es el infierno? ¿Cómo lo *presientes?*
—Es algo pavoroso y *deslumbrante,*
Las llamas, el Océano *asfixiante*
De furias, y de chispas, y *serpientes*
Que al espíritu enlázanse *crugientes*
Sin dejarle en reposo un solo *instante:*
El infierno magnífico del *Dante,*
Con sus antros y fúnebres *torrentes.*
—Amigo mio: todo lo *contrario;*
Ficciones son de que tu mente *pueblas*
Y asustan á la baja *muchedumbre:*
Tu infierno es un infierno *imaginario;*
Más infierno es gemir en las *tinieblas*
Sin esperanza de ninguna *lumbre.*

LA HONRADEZ POLÍTICA.

Yo te admiro, y saludo con *respeto,*
Tú que, llegando á codiciada *meta,*
Y con más esperanzas que un *pöeta*
Al delirar con el soñado *objeto,*
Sigues siendo un escuálido *boceto*
De hombre que se resiste á la *paleta,*
Por no querer trocarse en la *piqueta*
Que *abre* al país á la ambicion *sujeto.*
Yo te saludo, sin igual *tesoro,*
Ave rara, magnífico *dechado*
De maravillas que desprecia el *oro;*
Que, á pesar de las cimas que has *hollado,*
En donde muchos pierden el *decoro*
Puedes decirnos: «Soy un hombre *honrado.*»

EL VIEJO Y LA NIÑA.

—Si ves mi blanca cabellera *inculta*,
Movible como inmensa *catarata*
Que en indomables olas se *desata*
Y al ampo mismo de la nieve *insulta*,
Vé al medir el afan que se *sepulta*
Dentro de un sér que desgarró una *ingrata*,
Que son las olas del torrente *plata*,
Y bajo nieves el volcan se *oculta*.
Los viejos adoramos más *aprisa*:
¿Qué importará la nieve en la *cabeza*
Si el corazon para adorar no es *viejo?*—
La niña entónces le acercó un *espejo*,
Y se alejó con infantil *presteza*,
Llevándose en la boca una *sonrisa*.

RETRATO DE UN MILICIANO.

Es oso de la villa *coronada*
El miliciano Aquiles *Aparicio*
Que *bien parece* haciendo el *ejercicio*
Y al ladearse el morrion en la *parada*.
Parece un *mato diez de una puñada*,
Y si la patria, junto al *precipicio*,
Le reclama con ánsia su *servicio*,
Ejercicio y morrion quedan en *nada*.
En pos de las *revistas* sin *sosiego*,
Allá en un largo leviton se *embosca*,
Y se presenta más gentil que *Riego*.
Gasta mostachos y la cara *fosca*;
Pero en la vida se le ha visto en *fuego*,
Y ni mató el susurro de una *mosca*.

¿OISTE?

—¿Oïste los acordes *matinales*,
El arrullo que exhala la *paloma?*
¿Oïste al aura acariciar la *loma*,
Y rodar cristalinos *manantiales*,
Cuando asoman las llamas *inmortales*
De donde el mundo su existencia *toma*,
Y el sol radiante de hermosura *asoma*,
Y dora el risco, y templos, y *breñales?*
¿Oïste la dulcísima *armonía*
Que el ave tierna en el frondoso *nido*
Eleva á Dios al despuntar el *dia?*
¿Escuchas el rumor de este *latido?*
—Todo lo escucho... lo escuché...—¡Alma *mia!*
Debes tener un excelente *oïdo*.





SONETOS HUMORÍSTICOS.

BOCETOS, SEMBLANZAS, Y ANALOGÍAS LITERARIAS.

AL MAESTRO CABALLERO. (1)

Como las nubes por el fuego rotas
Y azotadas por recios vendavales,
Se desatan en vívidos raudales,
En cristalinas y fecundas gotas,
Así de cumbres encendidas brotas
Agitado por fuerzas inmortales,
En torrentes de perlas celestiales,
De amor, de luz, de inspiracion, de notas.
Envuelto en esplendores y armonías,
Vuela tu nombre hasta region extraña
Para vivir inextinguibles dias.
Lumbre gloriosa tus grandezas baña,
Océano inmortal de melodías,
Orgullo y prez y admiracion de España.

(1) Los abonados á una platea del Teatro de Pignatelli de Zaragoza, con ocasion de cierto beneficio y ciertas tarjetas.

Tú tienes la tristeza del lamento,
La ronca voz de la voraz tormenta,
La brillantez del astro que se ostenta
En la region del azulado viento;
Tú sabes el rugido turbulento
Arrebatar á la afliccion sangrienta,
Y algo en tus notas poderoso alienta
Que las cuerdas vá á herir del sentimiento.
Tú derramas el *garbo sin segundo*,
Ese algo que *toreros* y *manolas*
Lucen de España en el verjel fecundo,
Y en armoniosas y brillantes olas
Condensas todo el fuego con que al mundo
Abrasan las mujeres españolas.

NOTA.

No es nuestra musa ejemplo de coquetas
Que siempre mienten cuando dicen «*quiero*,»
Ni sabe, aguda y con poder certero,
Sobre la gloria disparar säetas;
Pero *Martes* y sabios y pöetas,
Todos, señor Fernandez Caballero,
Han de tener alguna tacha ó *pero*,
Y está el *pero* de usted en las *tarjetas*.
Deploramos horrible dïablura
Que sentaría bien á un *caricato*,
Y no del arte á tan gentil figura.
Figura ó figuron, nos dió un mal rato;
Que pudiese á la tal *caricatura*
Tomar algun *guason* por el retrato.

CÁNOVAS (Ó SEA EL MÓNSTRUO).

No falta alguno que te juzga *feo*,
Y te mira, con ojos de catastro,
Como giron vendido allí en el *Rastro*,
Como trozo de capa ó de manteo;
Pero yo que jamás *politiqueo*
Ni hácia el monte político me arrastro,
En tu grandeza colosal un astro
De celestiales llamaradas veo.
Pëor acaba lo que mal se inicia,
Y temo que, si Dios no lo remedia,
Te llame *Don Soberbio* la malicia;
Mas no te apene el que mordaz te asedia,
Porque mañana, para hacer justicia,
Han de llamarte *Doña Enciclopedia*.

SAGASTA.

Si su carácter no pecó de tierno
Ni vibra dulce como amante lira,
Su voz es tan ardiente cual la pira
Que á las almas consume en el infierno.
Robusto atleta, luchador eterno
Que mata ó vence, ó desgarrando, espira,
Es *casi* un *Pí* cuando al gobierno aspira,
Y *todo* un *Nocedal* en el gobierno.
Ojo, cuidado en despertar *el hasta*,
El hasta cuándo durará el *peinado*
En un país en que hasta el *bú* se gasta.
Mucho *aquel*, y muchísimo cuidado,
Y no se diga del señor Sagasta:
«¡Que Sagasta se *gasta*... está *gastado!* »

1874.

CASTELAR.

Por doquier hallarás adoradores
Entre los hombres que los tronos aman;
Y, á pesar de pesares, te proclaman
Su Júpiter, su rey, los oradores.
O no viertan tus labios esas flores
Que miel y aromas sin cesar derraman,
O no muestres enojos si te aclaman
Por *príncipe imperial* los ruiseñores.
Sin ocuparme de si alguna gente
Te pone tachas con eterno encono,
Debo decir rotunda y llanamente,
Sin ceremonias, y en tu honor y abono,
Que, aunque digno de ser *un presidente,*
Eres más digno de ocupar *un trono.*

—

Tu fama colosal como ninguna
No cesa de volar de zona en zona,
Y por doquier la fama te pregona,
Y ya la gloria te meció en la cuna.
Te adormece y te mima la fortuna
Que á tantos escarnece y abandona,
Y echa á tus piés una inmortal corona
Que te proclama *rey* de la tribuna.
Dudo, al oïr tus labios sin rivales,
Si con tus labios, de las auras mengua,
Los cielos hoy una corriente entablan:
Si algo eterno palpita entre mortales,
Si en vez de hablarnos una humana lengua,
Son ángeles tal vez los que nos hablan.

ECHEGARAY.

Su génio abrumador, hecho retazos,
Génios hiciera á los que nunca ablandan,
Y vanamente con afan demandan
Al público flexibles espinazos.
A la greña, á matar, á puntillazos
Las ecuaciones con los versos andan,
Y en su númen acaso se desmandan
Por darse besos y por darse abrazos.
Que al resolver una ecuacion, asombre,
Y con asombro inmenso, se le vea
Entre oradores conquistarse un nombre;
Sea *ex-ministro*, y dramaturgo sea,
Y cuanto quiera ser; pero ¿es un hombre?
Eso... permita usted que no lo crea.

ALARCON.

Aunque me exponga á lenguas de barbero
Por dirigirme á un industrial fecundo,
Desafiando el *qué dirán* inmundo,
Quiero decir (porque decirlo quiero)
Que, al pasar tan ilustre sombrerero,
Los sombrereros, como todo el mundo,
Hasta los piés, en saludar rotundo,
Deben quitarse humildes el sombrero.
A muchos sombrereros mendicantes
Que tristes sueñan con hacerse ricos,
Debes ceder el tuyo unos instantes;
Porque yo, chiquitin entre los chicos,
Me juzgára un coloso entre jigantes,
Con *uno nada más* de los *tres picos*.

—

¿QUÉ SABEN Ó QUÉ SUPIERON?

Rizar y desollar, los peluqueros;
Coser y descosernos, las modistas;
Bullir *bajo el reloj*, los centralistas,
Y mil *distingos* fabricar y *peros;*
Fingir, las bellas; gobernar, Cisneros,
Y las coquetas, menudear conquistas;
Los ciegos, dar á la adüana *vistas*,
Y tú, lucir y fabricar sombreros.
¡Y qué sombreros! ¡Qué sombreros! ¡Digo!
¡Si tú formáras sociedad conmigo,
Y quisieras poner sombrerería!
Estoy seguro de que al otro dia
El sombrerero más astroso y flaco
Nada tendría que envidiar á Baco.

ZAPATA.

Yo no soy como fúnebre lechuza
Que huye azorada del solar destello,
Y halla muy dulce, y saludable, y bello,
Beber aceite en lamparin ó alcuza.
Yo gusto de la noble escaramuza,
Mas no, á tu vista, tocaré á degüello,
Como hicieran un dia con el cuello
Del justo y famosísimo Lanuza.
De mí no temas mordedura ingrata,
Y *piés* tan sólo sacaré del plato
Por la razon de carecer de *pata.*
Pese á tu nombre, tu grandeza acato;
Porque, sin duda, tú serás *Zapata*,
Mas no pariente de ningun *zapato.*

MANUEL DEL PALACIO.

Yo no pretendo, necio y petulante,
El alto nombre merecer de hermano;
Yo no te pido que me dés la mano
Ni que me juzgues aprendiz del Dante;
Mas deseo, siquier por un instante,
Discutir con tu ingénio soberano,
Porque tambien á veces al enano
Le gusta hombrearse con algun jigante.
Pues mercedes jamás iré á pedirte,
Bien puedo llano, y sin temor, decirte
Aunque á los romos mi osadía asombre,
Que si no pasa, ni con mil apuros,
Una moneda falsa de dos duros,
Al duro mármol pasará tu nombre.

MOSCATEL.

Pues que te llamas Moscatel, es obvio
Que eres un vino á todas luces bueno,
Y haces á muchos estallar cual trueno
O como estalla de impaciencia un novio.
Sabes salirte de cualquier agobio,
Y cuentas, matemático y sereno,
Las arrobas que pesa el buen Toreno
O los chalecos que atesora Orovio.
Tu propiedad rondaron como á niña
Que, además de rumbosa y de soltera,
No teme entrar de parlamento en riña;
Y digiste: la vendo al que la quiera;
Pues no es fácil que sepa por la *Viña*
De *Moscatel* andar la *Filoxera*.

GRILO.

Aunque me llames—y no soy—plagiario
De Reina (Don Manuel), hacerte quiero
Un retrato ***hasta allí,*** de cuerpo entero,
Y rodar por un mundo imaginario.
¿Quién eres tú? Las alas del canario,
Los dulces sueños del amor primero,
Los rumores y aromas del otero,
Y los iris que pueblan el acuario.
¿Quién eres tú? Fosforescente brillo
Que colora las pálidas mezquitas
O la techumbre del hogar sencillo;
Un soplo de dulzuras infinitas,
Las almenas del gótico castillo,
Y la cruz, y la alondra, y las *ermitas.*

RICARDO DE LA VEGA.

Rimador nada estéril, y espontáneo
En ofrecer amenas variedades,
Se le llama, entre artísticos cofrades,
El *Don Juan de la Cruz* contemporáneo.
Al que se duele de un ardor cutáneo
Le aplica el aguijon *sin salvedades,*
Y levanta más rudas tempestades
Que aquella tempestad dentro de un cráneo.
Él á los necios les halló ribetes
De *pedantesco dómine,* y les llega
Como á estómago flaco los sorbetes.
No es un autor escuálido *de pega,*
Y el *autor* de ese autor de cien sainetes,
Es el mismo *Ventura de la Vega.*

LEOPOLDO CANO.

Ignoro, á fe, si te apellidan *Cano*
Por faltarte abundosa cabellera,
O si demuestra tu aficion guerrera
Ese nombre que ostentas soberano;
Y aunque veraz fotografía á mano
No tenga yo, para poder certera
Mi musa conducirse justiciera,
No ha de intentar reproducir en vano.
¿Quién eres tú? Celeste llamarada
Cuyas chispas no surgen cual la espuma,
Raudal de perlas, y á la postre nada;
Y esta es cabal definicion en suma:
Un guerrero que vence con la espada,
Y espada de Toledo es con la pluma.

PALACIO VALDÉS.

Escritor de *intencion*, y nada manco,
Como un arroyo bulle, y se desliza
Para hechizar, y no diré que hechiza
Cual un billete sustancial de *Banco;*
Mas, en odio quizás á todo estanco,
Rencor no guarda, ni con saña *atiza;*
Y pega, y pega bien, y la paliza
La sabe dar *así*... con guante blanco.
Pero tambien, de justiciero modo
Sabrá elogiar, sin *salvedades*, todo
Lo que á su vista brillador irrádie;
Y no será insolente, ni agresivo,
Ni envidioso será, por un motivo:
Porque no tiene que envidiar á nadie.

BLASCO.

Ligero y volador cual la piragua,
No há menester de tardo amanüense;
Aragonés un tanto *parisiense*,
Y con un pecho de volcan ó fragua,
De un lazo nada más, ó de una enagua,
O de un hermoso pié *liliputiense*,
Y en ménos tiempo que lo diga ó piense,
Hace comedias cual bebemos agua.
Miéntras pueda gastar alguna *perra*,
No haga ninguno á los manjares asco
Que la cocina de ese ingénio encierra.
Los versos son á modo de chubasco,
Y es cierto que murió *Narciso Serra*,
Mas algo vive de su gloria en *Blasco*.

DOS EMINENCIAS CRÍTICAS.

Empiezo por el ínclito *Revilla*
Que reparte *á siniestro* sus favores,
Y es patron de acerados escritores,
Y horror de *escribidores* en Castilla.
Sin perdonar á Echegaray, que brilla
Matador cual lanceta de doctores,
Siega famas, y vates, y oradores
Ruedan al filo de mortal cuchilla.
Clarin es una voz de extraordinaria,
De incomparable intensidad que borra
El poder de la *claque* mercenaria;
Y le han llamado, por armar camorra,
El jefe de la *Porra literaria*,
Y es un temible jefe de esa *Porra*.

BREMON Y FERNAN-FLOR.

En dos palabras retrataros quiero,
Y tal vez gemiré desesperado,
Porque yo, retratista desdichado,
Quizás en vano retratar espero.
Adelante: Bremon... un revistero
Que á la brillante *Ilustracion* ha dado
Patente de periódico *ilustrado*
Ante la ilustracion del mundo entero.
Fernan-Flor es profundo cual los mares,
Terso como el cristal de las lagunas,
Dulce como el rumor de los palmares,
Y, pese á las envidias importunas,
Lunático de *lunes* sin lunares,
Lunático especial de claras lunas.

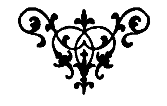
ORTEGA MUNILLA Y PEREZ GALDÓS.

Munilla no es quizás el paladin
Que á los palenques de la lucha vuela
Con férrea lanza y con punzante espuela,
De luz sediento y de inmortal botin;
Pero roba sus tintas al jazmin,
Es el fulgor de nacarada estela,
La delicada luz de la acuarela,
El dulce aliento de feraz jardin.
Y á tí, Perez Galdós, que tanto vales,
Pese á la ruda grey tradicional,
¿Qué te diré en renglones desiguales?
Los *episodios* no te *pintan* mal;
Que, al fin, *Los Episodios Nacionales*
Te hacen ser una gloria nacional.

VELARDE Y REINA.

El áureo brillo del guerrero alarde,
El resplandor sublime del Calvario,
Los fantasmas del mundo legendario
Que allá en los cielos andaluces arde;
La blanca sombra que, al morir la tarde,
Recorre el cementerio solitario,
El ángel que corona el santüario,
El aroma y la luz: eso es *Velarde*.
La melodía, el alma que se viste
De tristezas y lúgubres crespones,
Y el sol que el fuego de mil rayos peina;
La lucha heróica, el suspirar del triste,
La esperanza, el dolor, los corazones
Que enamorados laten: eso es Reina. (1)

(1) El consonante, por hablar de Reina,
Me ha forzado á decir que el sol SE PEINA.





SONETOS FESTIVOS.

Á LOS VATES MELENUDOS.

A nadie doy; pero si alguno toma,
Que con su pan y acíbar se lo coma.

¡Oh vates de la fiebre y los enojos,
Y de punzante horrenda carcajada,
Que á vuestros piés la tierra matizada
Contemplais de serpientes y de abrojos;
Que por inmensos horizontes rojos
Paseando sin cesar vuestra mirada,
En una inmensidad ensangrentada
Haceis girar ensangrentados ojos!
Vates que hallais esta mansion angosta,
Y gemís cual horrible plañidera
A quien el fuego del dolor no agosta:
Id al *Juan Lanas* que sufriros quiera;
Que siendo ayer tan sólo la *langosta*,
Hoy ¡vive Dios! ya sois la *filoxera*.

¡Oh vates del dolor; vates llorones,
Cercados de lechuzas y neblinas;
Procesion enlutada que caminas
Vertiendo tan amargos chaparrones!
Sea el mundo region sin ilusiones,
Y de horror y de lúbricas sentinas;
Impura senda que regale espinas,
Debiendo luego regalar panteones.
¡Oh negros vates, cuya voz aterra;
Pozo de angustia y de fantasmas pozo!
Idos en sana paz, ó idos en guerra.
Dejadnos en aqueste calabozo,
Y si fuese una *lágrima* la tierra,
No querais convertirla en un *sollozo*.

—

¡Oh vates, cuyas fúnebres pupilas
Despiden llamaradas tormentosas,
Y que podrían reventar furiosas
En miriadas de bárbaros *Atilas!*
Marchad en largas y sangrientas filas
Al reino de las tumbas silenciosas;
Que vuestras negras enlutadas fosas...
¡Poder de Dios!... se cubrirán de *lilas*.
¡Oh génios de fatídica garganta!
¡Oh lenguas de lagartos y escorpiones!
¡Oh impuros vates de gruñir que espanta!
Dignáos visitar otras regiones;
Que han de salir, donde pongais la planta,
Unas plantas famosas... de *melones*.

—

QUEVEDO.

Vuelen las notas á sonar vibrantes;
Pero pobres serán, que eres Quevedo;
Y con ninguno compararte puedo
De los que son, y los que fueron ántes.
Tú eras génio de ráfagas punzantes,
Y al burlador le armabas un enredo,
Y señaló tu musa con el dedo
La frente de traidores y farsantes.
Hijo mimado de las ricas musas,
Al retratar al hombre en dos plumadas,
Ni ajenas faltas ni la propia excusas.
Ni de tu mismo padecer te apiadas,
Y por sollozos carcajadas usas...
¡Qué llanto tan crüel las carcajadas!

CALDERON.

Yo, como el sér que hundido allá en el lodo
Eleva una mirada al sol risueño,
Y sin temor de que le arrugue el ceño
Porque le mire de soberbio modo,
Me atrevo á ver, y lo atropello todo,
Y bien terciado el hongo, y con empeño,
Admiro en eso de la *Vida es sueño*
Un aborto mayor que *Quasimodo.*
¿Toda existencia pasará ilusoria,
Y de las tristes vanidades yertas
No quedará siquiera una memoria?
¿Sueño es la vida? Calderon, no aciertas;
Que para entrar en tu mansion, la gloria
Supo hallar una *Casa con dos puertas.*

ZORRILLA Y LO QUE ADORA.

¿Sabeis quién es? Un génio esclarecido
Que roba al aura sus murmullos suaves;
El viento que acaricia blancas naves
Sobre un mar que aparece adormecido;
Es algo puro como el dulce nido
Donde murmuran sin cesar las aves;
Y vá á los cielos, y posee llaves
Que á abrir el sér del desdichado han ido.
Es una gloria que nos dió Castilla;
Mas sobre todo, hasta su misma gloria,
¿Sabeis qué adora el inmortal Zorrilla?
Un portento grabado en su memoria,
Una excelencia aguda, *una perilla*
Que ciertamente *pasará á la historia.*

TODO UN SEÑOR.

¿Qué es lo que vale en Gibraltar y en Suecia,
Y donde quiera se le rinde culto;
Y á su poder, la falta de más bulto,
No abulta casi nada, ó se desprecia;
Y á sus encantos, la persona necia
Por fuerza guarda algun saber oculto,
Y el pedante que al sabio llama *estulto,*
Sabe más que los *siete* de la Grecia?
Con la ayuda del mago de quien hablo,
Serás todo un apuesto caballero
Y te reirás de Dios y del dïablo;
Tendrás faja, si quieres ser guerrero;
Tendrás altar, si quieres un retablo...
Ese grande poder es el dinero.

ENTREMETIMIENTO.

Pues que se trata de meter, me meto,
Y que metan ó no, ya estoy metido;
Mas, por meterme, ¿no me habré salido
De las angustias del primer cuarteto?
Salir aguardo del segundo aprieto,
Que, á la verdad, no es tanto como ha sido;
Pues, á fuerza de andar, he conseguido
A la mitad hallarme del soneto.
Está el primer terceto comenzado,
Y así que un poco con las musas bregue,
Lo dejaré del todo ajusticiado;
Y pronto nadie el galardon me niegue,
Pues al fin del soneto habré llegado,
Aunque á *Frey Lope* ni á los piés le llegue.

NO PREGUNTES.

Ni pienses tú que mi pasion vacila,
Y soy tan sólo pedantesco sabio
Que vive nada más del astrolabio
Y del lucero que mejor rutila;
¡No pretendas, volcánica Lucila,
Saber la causa de un eterno agravio!
¡No preguntes ansiosa con el labio,
Ni preguntes tambien con la pupila!
¡No me pregunte esa pupila negra!
¡No le preguntes á tu pobre Antonio
Por qué jamás sonríe ni se alegra!
¡Porque ansía enlazarse en matrimonio,
Y si se casa, has de imponerle suegra,
E impuesto en una suegra está el demonio!

Á UNA CHATA.

No soy amante de sacar la pata
Ni de entonar tampoco el *aleluya;*
Mas contra el necio que de amar te excluya,
Soy harto amigo de charlar en plata.
El mundo necio sin piedad te trata,
Y exige vil que de tus gracias huya,
Por una falta que, en verdad, no es tuya,
Pues sin tu vénia te sacaron chata.
Jamás el hombre pecará de listo,
Y no merece tan indignos tratos
Esa nariz exigua, ¡vive Cristo!
¿Quién puede responder, ¡voto á Pilatos!
Cuando nadie en la tierra los ha visto,
Si los ángeles son... ó no son chatos?

Á UN NASON.

«Érase un hombre á una nariz pegado,»
Dijo con gracia sin igual Quevedo;
Y yo, á mi vez, asegurarte puedo
Que aquel señor anduvo equivocado
Si pensó que á *Nason* tan *narigado*
Debian señalarle con el dedo:
Tu narigon es narigudo enredo
Mucho más insolente y descarado.
El hombre aquel de narigon sesudo,
Si renaciera, dirigir felices
Podría al cielo fervorosos salmos;
Pues al verte, el modesto narigudo
Vería, con un palmo de narices,
Otras narices de cuarenta palmos.

Á UN OJO.

¿Eres eterno manantial de enojo?
¿Fuente gentil que se desliza eterna?
¿Eres mensaje de la angustia interna,
Siempre doliente, y brillador, y rojo?
¡Quiero cantarte con el verso cojo
(Pues á mi ver le falta alguna pierna)
Que triste brota de mi musa tierna
Ante ese llanto perenal del ojo!
¡Llora desde la tarde hasta la aurora,
Pues es llorar inofensivo y santo
En la mujer que arroyos atesora!
¡Nunca sujetes en el ojo el llanto!
¡Llora, hija mia; por el ojo llora!...
Bueno es llorar, Inés... ¡pero no tanto!

CONSIDERANDO.

Considerando, pollos casaderos,
(Aparte que, en ganancias por millones,
A destajo vendiendo *polisones*,
Suelen hacerse ricos los tenderos)
Que modistas y sabios peluqueros
Construyen con pomadas y ficciones
Bellezas que conquistan corazones
Al fulgor de la luna ó de mecheros:
Os debo aconsejar, por vida mia,
Aunque me atraiga el femenil reproche,
Que contempleis á la mujer de dia;
Pues si, amorosos, la juzgais de noche,
Podeis llevaros un crüel petardo:
De noche todo *Mizifuz* es pardo.

LAS PLUMAS.

¿No recuerdas? Temblaba en tu *pamela*
Un ave (un no sé qué) del Paraíso;
Yo te miraba desde el cuarto piso
Del tëatro (ó corral) de la Zarzuela.
Falto de calmas, de timon y vela,
¿Qué hacer, Señor? Me enamoré... ¡preciso!
¡Si enamorado, como yo, *Narciso*
Tambien se hubiese, angelical Marcela!
Mas hoy que tantos *regalillos sumas*,
Y el cielo de mi amor, tan estrellado,
Llegó á cubrirse de siniestras brumas
(Y con sus truenos me dejó *tronado*),
Veo que aquellas *seductoras plumas*
Han sabido dejarme *desplumado*.

ADIVINANZA.

Pasea sus artísticos contornos,
Y de chulos y guapos se destaca;
Habanos lleva en la gentil petaca,
Y la chaqueta con la mar de adornos;
Y de la plaza en los candentes *hornos*
Cien toros despachó de un *mete y saca*,
Como invitó (sin ofrecerles *vaca)*
A los ministros á comer en *Fornos*.
Quizá no monta potros cordobeses,
Mas se trata, y de *tú*, con los marqueses
Que le agasajan como á dios del suelo;
No derrocha en brillantes y calesas,
Pero hace palpitar á las duquesas,
Y hace á los duques...—¿Si será Frascuelo?

DE MAL EN PEOR.

Miéntras reine el amable cesarismo
Con la sabia justicia de la espada,
O asome tras la humeante barricada
La encantadora faz del comunismo;
Miéntras impere el rudo barbarismo
Sobre la frase culta y atildada,
Y responda al dolor la carcajada,
Y al arrebato de la fe, el cinismo;
Miéntras haya un Madrid y provincianos
Que le *suden* el pan de cada dia,
Y suegras y caseros inhumanos,
Los hombres gemirán en su agonía:
«¿Qué importa que cambiemos de tiranos
Si siempre queda en pié la tiranía?»

LO SÉ.

Sé que tu inmenso tocador es urna
De almazarron y artificial cabello,
Y para darte juvenil destello,
Con el dentista el peluquero turna;
Sé que la brocha corre y te embadurna
Desde la frente hasta el nevado cuello,
Y que ese rostro, por la noche bello,
No es tan hermoso con la luz dïurna.
Aunque mi musa pique, y se desmande
Contra el poder de artística destreza,
Y sin que el brillo artificial me ablande,
Al contemplar tu garbo y gentileza,
Repetiré, Asuncion: «¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!»

AL DISTINGUIDO ACTOR D. JULIO PARREÑO.

Aunque jamás ha de medir ni un codo
Un pobre *escribidor* tan chiquitito,
¿Acaso ser jigante necesito
Para elogiar de justiciero modo?
Muchos tal vez se vestirán de godo,
O de Arlequin, ó *ganso*, ó de chorlito;
Pero actores que estudien el *sanscrito*
Son *aves raras* en el mundo todo.
Otros el *cútis* sin cesar se adoben
Para cubrir arrugas del pellejo,
Y sin cesar al público joroben;
Sigue haciendo *de barba:* es buen consejo;
Que, por hacer *de viejo* cuando jóven,
Jóven te harás al fenecer de viejo.

SONETO-DESPEDIDA.

¿Ese constante general favor
Debe ni puede consentir desden?
¿No he de reïr, y hasta llorar tambien,
Al demostrarles gratitud y amor?
Otros por cien les han causado horror,
Yo carcajadas arranqué por cien;
Llorar acaso les han hecho bien,
Pero reïr no les harán mejor.
El fresco lauro recogido *acá*,
Por ser verdor que he cosechado *aquí*,
Conmigo siempre por doquier irá;
Y aunque me marche léjos, *muy allí*,
Señoras y señores, hasta *allá*
Aquí y *acá* les llevará *Carsí*.

Á UNOS OJOS NEGROS.

Si he de cantar en entusiasmo altivo
Y hacer en notas su gentil retrato,
No vayan á tomarlo á desacato
Cuando les brinde con el verde olivo;
Porque pudieran, sin tener motivo,
Darme esos ojos un funesto rato;
Pues son de aquellos que si dicen *mato*,
Matan, y el muerto permanece vivo.
Ojos que ablandan insensible muro,
Y vierten rayos, al sentir enojos,
Y luz del cielo ante el amante duro,
Hacen gemir é idolatrar de hinojos,
Y son tormentas, y volcan oscuro,
Y el *Non plus ultra* de los negros ojos.

LA HISTORIA DE CADA DIA.

Una esposa feliz, un noble esposo
Que acaso en rudo pasará de *Otelo;*
Pero que adora con igual anhelo
Que aquella fiera ardiente y amorosa;
Un Tenorio, reptil tan cauteloso,
Que se desliza aleve y con recelo,
Y consigue apagar su impuro anhelo
En la fiebre quizá de un sér hermoso.
Primero, acorde palpitante y blando
Que resuena cual arpa melodiosa,
Y ojos ardiendo y sin cesar brillando;
Despues la sombra que arderá sañosa,
Y el miserable que se irá, dejando
Abandonada á la infeliz esposa.

Y TE ESPANTAN LOS PARNÉS.

Ilumina cual ráudo metëoro
La fingida pasion de esas sirenas,
Que, cual vampiro, os rasgarán las venas
Y os chuparán la sangre y el decoro.
Con dulces labios os dirán *te adoro*,
Serán sus brazos mágicas cadenas,
Y verterán amor á manos llenas
Si á llenas manos les verteis el oro.
Os atraerán como á mimado niño
Hácia esa boca que fingiros sabe
Amor más puro que la piel de armiño.
Copa serán de la dulzura suave;
Pero tambien se acabará el cariño
En cuanto el oro que le deis, se acabe.

LA MAR.

Cuando te miro luminosa y bella,
Ya como espejo de bruñida plata
Que los abismos del zafir retrata
Y un esplendor fosfórico destella;
Ya cuando impura la fugaz centella
Sobre las negras olas se desata,
Y tu espuma es hirviente catarata
Que con furor en el peñon se estrella;
Ya cuando das un beso suspirante
A la nave que vuela presurosa,
O ruges al perdido navegante,
¿Sabes qué dice esta mirada ansiosa?
¿Sabes qué dice este latido amante?...
Que sal te ha dado mi morena hermosa.

EL ASTRO DEL DIA.

¿Quién eres tú, magnífica lumbrera,
Que, flotando en las célicas regiones,
Contemplas cien y cien generaciones
Huïr deshechas cual fugaz quimera,
Y al invierno seguir la primavera,
Y sucederse dias y estaciones,
Y hundirse siglos, y morir naciones
Sin que perezca tu dorada hoguera?
¿Quién no mira en el cálido rastrojo
Las huellas de tu lumbre, que el labriego
Adora y busca con febril antojo?
¿Quién no contempla con delicia un fuego
Que las alturas ilumina rojo?
¿Quién no contempla tu grandeza?—*El ciego.*

LA LUNA.

Aparicion que surges misteriosa
Y esparces melancólicos albores,
Y plateas azules surtidores,
Y en el lirio descansas temblorosa:
Tú eres la luz, la protectora diosa,
La mágica ilusion de los amores,
E inspiras á los dulces trovadores
La endecha más sentida y armoniosa.
¡Cómo bañas la mente del pöeta!
¡Cuánta hermosura prestas al castillo!
¡Cuál sabes argentar nuestro planeta!
¡Cómo ilusiona tu amoroso brillo!...
Y ¿por qué no serás... *media peseta?*
Haría un gran papel en mi bolsillo.

LA HERMOSA Y LA FEA.

Diz que las feas (libres del *gomoso*
A quien la hermosa encenderá el deseo),
Sin ser jamás deslumbrador trofeo,
Pueden felices encontrar reposo;
Mas como tienen corazon fogoso,
Y envidia tienen, en verdad, yo creo
Que lo triste se aviene con lo feo
Muchísimo mejor que con lo hermoso.
Toda mujer, por verse venturosa,
Irá luchando hasta que al postre vea
Que no ha nacido para ser dichosa.
¿Cómo es posible que dichosa sea?
«¡Ay infeliz de la que nace hermosa!»
¡Ay de la pobre que ha nacido fea!

SOLUCION DEL PROBLEMA.

Belleza y fëaldad son los achaques
Que martirizan á los tiernos séres
Donde buscan aromas y placeres
Los sabios, y tambien los badulaques.
Si son hermosas sufrirán ataques,
Y el eterno *¿querrás?* ó *¿no me quieres?*
Y si se miran feas, las mujeres
Ni verán la *casaca* ni los *fraques*.
¿Cuál es posible que dichosa sea?
«¡Ay infeliz de la que nace hermosa!»
¡Ay de la pobre que ha nacido fea!
A la mujer á quien el mundo acosa,
Id á decirle si abdicar desea
De sus hechizos, para ser dichosa.

EL CARNAVAL ETERNO.

Ninguno quiere que le pongan taras,
¡Y el prójimo, Jesús, y qué *tárado!*
El mundo sigue y seguirá enredado,
Y las cosas jamás se ponen claras.
Tiene uno cara de doscientas varas,
Y no dan en llamarle *bien carado;*
Y el otro, á quien llamáran *descarado,*
Al dia puso un celemin de caras.
¿Y en Carnaval? Cuando españolas netas
Saben verter del antifaz artero
Dos manojos de rayos ó saëtas,
Algunos dicen con semblante austero:
«¿Hasta cuándo, Señor, habrá caretas?...»
Y ellos la gastan... —¿Todo el año?— Entero.

LA CANTONAL Y LA HACIENDA.

¿Quién pudo ver sin explosion de risa
A los gobiernos que *cien lustros* cuentan,
Y en nuestra España con aplauso asientan
Un pié más duro que la inquieta brisa?
Señores gobernantes, dénse prisa,
Si por gobierno (ó *cosa así)* se ostentan;
Pues hay *descamisados*, y algo intentan,
Y es dejarnos á todos sin camisa.
Señores gobernantes, caballeros:
No abandoneis para ocasion remota
El acabar con la civil contienda;
Pues á este paso quedará la Hacienda
Hecha un *Adan*, ó marchará en *pelota*,
Y está muy flaca para andar *en cueros.*

UNA ÉMULA DE CASCABEL.

El hombre triste alguna vez se alegra,
La tempestad apaga sus mugidos;
Cambiamos de camisa y de partidos
Más veces que azotada es una negra.
El marido infeliz se reïntegra
A costa del caudal de otros maridos,
Y tambien hay bribones elegidos
Que cambian de mujer y ***hasta de suegra***.
Cambia el incendio de ardorosas llamas,
Y de vivos colores deslumbrantes
La faz arrebolada de las damas;
Y cambian de opiniones los farsantes,
Y de peces el mar, y el pez de escamas,
Y tú de ropas, y tambien de amantes.

NUESTRO SIGLO.

Sabe burlar al que le cerca aleve;
No aguanta pulgas ni *tití*, ni ***mona***,
Y abate el humo, cual viril persona,
Del que á luchar con su poder se atreve.
Todo lo antiguo, sin piedad, remueve,
Y sabe declamar, y no perdona
Ni religion, ni trono, ni corona,
Este famoso siglo *diez y nueve*.
Sin miramiento y parlanchin, se cuela,
Y con su luz ha desasnado al bobo,
E hirió lechuzas y ahuyentó vestiglos.
Sobre fugaz locomotora vuela,
Rasga los montes, y tal vez *en globo*
Marche á juntarse con los otros siglos.

LO IMPOSIBLE.

De cien formas y modos los amantes,
Estableciendo eléctricas cadenas,
Hablarse pueden, y cambiar sus penas
Y sus planes á todos los instantes,
Y del ardor que almacenaron ántes
Arrojar el caudal á manos llenas;
Que hasta los sabios de la sabia Aténas
Ante el amor serían ignorantes:
Ante el amor que á reyes y á villanos
Les dá un poder que todo lo derroca,
Y consigue prestar á los humanos
Calor que funde el hielo de una roca,
Vista que escucha, lenguas en las manos,
Y manos en los ojos y en la boca;
Y tanto dice, y toca,
Y escucha, y mira de tan vários modos,
Que yo hablaré por mí... ¡nadie por todos!

LA NOVIA... DE TODO ENAMORADO.

Sobre beldades por gentil descuella,
Y tambien por brillante y melodiosa;
Tiene algo de inmortal, algo de diosa:
O un ángel es, ó ¡qué mujer tan bella!
¿Quién, las pupilas al clavar en ella,
No se pregunta: «Es ilusion hermosa?
¿Del Paraïso desprendida rosa?
¿De las alturas arrancada estrella?
¿Acaso perla que del alba vino
A resonar en nuestro amante anhelo
Cual las otras en vaso cristalino?
¿Acaso es hada que recorre el suelo?
¿Quizá una chispa del fulgor divino?
¿Quizá un arcángel que bajó del cielo?»
Y acaso es un *camelo*
Que no tendrá más galas ni otras dotes
Que un metro de nariz, y áun de ***bigotes.***

UNO DE LOS TRES.

Burla intenciones como el asta aviesas,
Con sabios *quiebros* y lucidas *eses*,
Y, valeroso matador de reses,
Invita al *grande* á brilladoras mesas:
Rumboso cual mantillas y calesas,
Quizás un *jole* arranca á los ingleses;
Le tutean ministros y marqueses,
Y le aplauden y miman las duquesas.
Maneja el trapo con donaire y brio:
Mete el estoque con bravura y maña;
Es un gran personaje de este suelo:
Que, segun un doctor amigo mio,
Los hombres importantes en España
Son Ducazcal, el *Húsar* y *Frascuelo*.

EL PUGILATO Y LOS TOROS.

El tieso inglés que con indigno ultraje
Nos vilipendia hasta ponerse rojo
(Y vé salir *descuadernado* ó cojo
Al *boxeador* á quien prestó homenaje,
Sin afëar que un puñetazo encaje
Media nariz en donde estuvo un ojo),
Tal vez sintiendo *humanitario* enojo,
Llama á los toros diversion salvaje.
Hembras que abrasan á quinientas *millas*,
Diestros que evitan al *burel* con maña,
Cuernos que dejan por doquier astillas,
Hacen gritar, entre *pitillo* y *caña:*
¡Bien por los *bichos* que *pedís mantillas!*
¡Bien por las hembras y la sal de España!...

HISTÓRICO.

Voy á contar, lector, un *sucedido*
Que sucedió no há mucho no sé dónde;
Pero, caro lector, ¿á quién se esconde
Que poco importa la omision ú olvido?
De *Mario* y *Sila*, en suerte, á un entendido
Examinando, hablar le corresponde,
Y á la pregunta extraña no responde
Haciendo mueca de no haber oïdo.
Preguntado otra vez, sufre un *Calvario*,
Y sudor agonístico destila,
Y al postre, con semblante estrafalario,
Sostiene un sabio *de primera fila*,
No que fué *Sila* la mujer de *Mario*,
Sí que fué *Mario* la mujer de *Sila*.

ANTES TODO.

Ántes el cielo su furor desate
Y se me tenga por inícuo hereje,
O de *brujo* la tierra me moteje
Y con horrible crüeldad me trate;
O me tengan por necio y botarate,
Y que ninguno en sus ideas ceje,
Y un avispero sin nariz me deje
O me la deje hermana del tomate.
Cuando se cubra la ciudad de lodo
Y sollocen los árboles escuetos,
En cueros ande ó parecido modo;
Dance en brazos de brujas ó esqueletos,
O de una suegra; lo prefiero todo,
Todo, mi bien, á unos... zapatos prietos.

¿POR QUÉ?

Cae del árbol la corteza ruda,
Caen las bayas del acerbo espino;
Cesa de oïrse el melodioso trino
En el verjel que el huracan desnuda;
Cesa la fiebre de abrasar aguda,
Y de arder el furioso torbellino;
Mueren las noches y el fulgor divino
A quien el ave con amor saluda;
Cesó la audaz dominacion francesa;
Cesan los vientos de azotar el tallo
Del cual hicieron desdichada presa;
Cesa de amar y de reñir un gallo...
Pero si todo ante mis ojos cesa,
¿Por qué no cesa de dolerme el callo?

EL LINDO.

Tú que posees gracias nunca vistas
Y produces desmayos y mareos,
Y despiertas volcánicos deseos
En fregonas, y en *ducas*, y en artistas,
Y no echas un piropo á las modistas
Cual se lo echamos los que *somos feos*,
Y cuentas las mujeres por trofeos,
Y las miradas cuentas por conquistas:
Pues aman *de cabeza* las mujeres,
Y está el amor muy léjos de su quicio,
Y los faisanes antepone al *mónis*,
No te amarán si un *pelagatos* eres,
Y á mí, á pesar del hosco frontispicio,
Si el *din* poseo, me verán *Adónis*.

LO INDIVISIBLE.

No negaré con huecas negaciones
Aquello de que todo es *divisible*,
Ya que, buscando un vivo comestible,
El Krupp tritura y trituró naciones.
No pocos, por muchísimas razones,
Aseguran que el átomo invisible
Se puede dividir, es susceptible
De un número sin fin de divisiones.
A la sublime ciencia esclarecida
De todos esos sabios desmedidos,
Una respuesta lanzaré cumplida:
Pese á los sabios por *haber* y *habidos*,
¡No puede hallarse cosa más *partida*
Que esta España á quien *parten* los *partidos!*





SONETOS VARIOS.

LAS MADRES.

Ni siquiera servimos para padres.
(Espronceda.)

Lo mismo en la ciudad que en las montañas
Son la pureza, el venturoso lazo;
En todas partes el materno abrazo
Sabe hechizar palacios y cabañas.
¡A toda impura adoracion extrañas,
Con cuánto amor las madres al regazo
Acercan el dulcísimo pedazo
Que arrebató el amor á sus entrañas!
Para pagarles, ¿bastarán aquellas
Notas del alma que el afecto ansía
Poder alzar en cariñosos nombres?
¿Saber amarlas cual nos aman ellas?
Para lograrlo, menester sería
Que fueran madre alguna vez los hombres.

EMINENCIAS SOCIALES.

El verdugo es un noble caballero
Que triunfa, y vive de sangriento jugo;
Encarnacion brillante de ese yugo
En que se impone un brazo justiciero.
No está sólo; le queda un compañero
De que dotarle á la fortuna plugo;
El hermano, la sombra del verdugo
Debe ser el glacial sepulturero.
Son hombres que se arrastran sobre el lodo,
Y sin embargo, lo dominan todo,
Y nadie de su cetro les despoja.
Pueden estar gozosos de su suerte:
Son vivos que se nutren de la muerte,
Y el uno guarda lo que el otro arroja.

EL SEÑOR FEUDAL.

Ostenta rico y brillador plumaje
Sobre el duro creston de su cimera,
Y al desplegar al viento la señera,
Reclama del valiente un homenaje.
Tristes siervos le prestan vasallaje,
Y los mira cual águila altanera;
Que tiene mucho su altivez, de fiera,
Y su dominio, de opresion salvaje.
Ajeno á todo sentimiento blando,
Quizás su duro corazon se inflama
Sólo al luchar con el opuesto bando;
O arde tal vez en amorosa llama,
Y combate, y fenece batallando
Por la gloria de Dios, y por su dama.

EL SIERVO.

Es un espectro de mirada ansiosa,
De flacas manos y semblante enjuto;
Un sér que nace entre miseria y luto,
Y muriendo, se arrastra hácia la fosa.
En su sangre, en sus hijos, y en su esposa,
Debe rendir un bárbaro tributo;
Que, de más triste condicion que el bruto,
Aquel hombre no es hombre, es *una cosa*.
Ni la noche le ampara dulcemente,
Ni el sol envía con su frente gualda
Brillante aurora al corazon doliente.
¡Siempre aquel llanto que la faz escalda!
¡Siempre el yugo humillando aquella frente!
¡Siempre el látigo hiriendo aquella espalda!

LA CASTELLANA.

Allí asomada á la brillante ojiva,
Y bella cual las llamas del deseo,
Quizá espera el ardiente clamoreo
Y el fulgor de dorada comitiva;
Y ansía acaso en su ambicion altiva,
Contemplarse la reina del torneo,
Y mirar á sus plantas el trofeo
Que le rinda el doncel á quien cautiva.
Es el lucero que entre nubes flota,
La flor que crece sobre inculta peña
De donde un soplo de tormentas brota.
Es bella como el mundo que se sueña;
Pero, miéntras quizás á un siervo azota,
Acaricia al lebrel que la desdeña.

LA MENDIGA.

Es de noche; magníficos salones
Ábrense á un mundo que al placer despierta...
De nieves sigue la ciudad cubierta
Y en el cielo hay tristísimos crespones.
En busca de una noche de ilusiones,
Cruzan cien damas la brillante puerta,
Y una mendiga allí, con mano yerta,
Llama en vano á los buenos corazones.
Arriba, luz, y amor, y regocijos;
Abajo, los semblantes macilentos
Que holló la mano de fortuna aleve:
¡Una madre abrazándose á sus hijos!
¡Tres séres cadavéricos, hambrientos,
Agonizando allá sobre la nieve!

EL SACERDOTE.

La faz rugosa, los cabellos canos,
Sello le dan de majestad augusta;
Es la perla celeste que se incrusta
En el hogar de míseros aldeanos.
Eleva á Dios las temblorosas manos
Siempre en favor de la grandeza justa,
Y opone luz á la ignorancia adusta,
Y en los tristes contempla sus hermanos.
Sus labios celestiales atesoran
Las amorosas frases que redimen,
Y al pecho llegan, y las almas doran.
Ensalza el bien, y compadece el crímen;
Es el faro que alumbra á los que lloran;
Es el padre de todos los que gimen.

LA CACERÍA.

Al anunciarse el venturoso dia,
De su mejor hechizo se engalana,
Y el rostro celestial de la mañana
Esparce por doquiera su alegría.
Nos aguarda el placer... la cacería
Será famosa: alegre caravana,
Cual multitud que el huracan desgrana,
Lánzase en pos de la voraz jauría.
Rastros de sangre quedan en las hojas;
Los perros luchan, y el herido ciervo
De sangre el bosque delicioso llena.
La víctima fenece entre congojas;
Que no hay encanto sin dolor acerbo,
Ni placer que no acabe en una pena.

NO SUPE.

Como recuerda el corazon herido
A la mujer que deslumbró hechicera,
Y fué la luz de la ilusion primera
Y último rayo de esperanza ha sido,
Grabada en mi cerebro dolorido
Estás con la sonrisa postrimera
Que en tu labio brilló, cual una hoguera
Que se apaga en un cielo enrojecido.
Quiso mi sér hácia tu amor lanzarse,
Y al contemplar el resplandor que exhalas,
En los fulgores de tu luz bañarse;
Quise buscar tus celestiales galas,
Y al verte enmudecí, como, al alzarse,
Miró fundidas *Ícaro* sus alas.

EL VERDUGO.

Yo querría en mi afan calenturiento
Ver á mis piés un pueblo encadenado,
Y bañar mi cuchillo ensangrentado
En el señor y en el mendigo hambriento;
Pero, en la fiebre hidrópica que siento,
Yo no puedo juzgarme desdichado:
Mi mano sobre reyes se ha posado,
Y hollé coronas cual giron sangriento.
Miéntras el hombre injuria mi vileza,
El hacha, ardiendo, sobre el cuello brilla,
Y no respeta honores ni belleza;
Y quisiera ante un mundo que me humilla,
De los hombres formar una cabeza,
Y hacer del pensamiento una cuchilla.

¿QUÉ AMBICIONO?

¡Tantas miserias á mi lado veo!
¡Hay tantas sombras en la vida humana!
¿Qué sabe el hombre si podrá mañana
Libertarse del yugo del pigmeo?
¿Me preguntais, amigos, qué deseo?
¿Por qué mi sér agítase y se afana?
¿Si ansío hallar adulacion liviana
O recoger deslumbrador trofeo?
¿Me preguntais, amigos, qué ambiciono?
¿Qué esperanza mi espíritu acaricia?
¿Si anhelaría remontarme á un trono?
Ver sobre el trono alzada la Justicia,
Y á todos ver ante la ley iguales:
Esos son mis eternos idëales.

EL LENGUAJE MÁS BELLO.

Para calmar las ánsias que sentimos
Dulce y propicia una ocasion buscamos,
Y, al fin, la dulce soledad hallamos,
Y algo tan tierno en nuestros ojos vimos,
Que nuestros labios un instante unimos,
Y tambien los espíritus juntamos:
Nada en aquel momento nos hablamos,
¡Y cuánto, vida mia, nos dijimos!
Desde aquel dia que, en aquel paraje,
Nido de gloria y mágico embeleso,
Hasta mis labios tu hermosura atraje,
Siento, bien mio, en amoroso exceso,
Que los sabios no tienen un lenguaje
Tan hermoso y fecundo como un beso.

EL CEMENTERIO.

El cementerio no es region que asombra
Ni con tormentas ni floridos Mayos;
Allí no hay llamas, ni verjeles gayos,
Ni el eco dulce que estremece ó nombra.
¿Quién sabe si, al platear la triste alfombra
De mustias flores con inciertos rayos,
La luna presta albor á los desmayos,
Y paso dan á blanquecina sombra?
Todo duerme... no hay séres fugitivos...
¡Allá las nieves y el descanso ciertos!
¡Aquí el dolor y cuadros repulsivos!
Allá cipreses y sepulcros yertos...
¡Oh, qué triste es el mundo de los vivos
Al regresar del mundo de los muertos!

LA MUJER Y LA AVISPA.

Prendado de una flor aposentada
En un ramaje de verdor pomposo,
A quien robaba el lánguido reposo
Con sus alas la brisa perfumada,
Quise besarla con pasion, y airada
Surgió una avispa de su seno hermoso,
Para dejar un surco doloroso
En mi boca febril y ensangrentada.
Más peligrosa es la mujer, en donde
Vive el engaño del crüel olvido
Con que á las llamas del amor responde:
Y bajo un labio hermoso y encendido,
La falsedad, cual aguijon, se esconde
Para dejar el corazon herido.

EL BAILE.

¡Qué bella, qué dulcísima la danza
Cuando te siento resbalar ligera!
Bellísimo es danzar para el que espera
Acercarse al oäsis de bonanza,
Y en vértigo fugaz, la dicha alcanza
De estrechar á una vírgen hechicera
Que nos habla y escucha lisonjera
Y á las regiones del amor nos lanza.
Como la flor que del jardin deshecho
Se lleva el borrascoso torbellino,
Giras veloz bajo purpúreo techo.
En tus brazos el baile es torbellino,
Es estrechar á un ángel contra el pecho
Y arrebatarse en éxtasis divino.

LAS MUJERES.

Sin presumir de sabio y lisonjero,
No me hallaré contrarios *pareceres*
Al juzgarlas de llamas y placeres
Halagador y celestial venero;
Mas nadie ceda al ímpetu primero
De su fervor, que todas las mujeres
(O *casi* todas), al oïr *¿me quieres?*
Les cuesta poco responder *¡te quiero!*
Si vuestra ardiente indignacion provoco
Y por matar vuestros engaños lucho,
A un hombre cuerdo no tacheis de loco:
Yo en vuestro acento la sirena escucho;
Pues decir que quereis os cuesta poco,
Y querer *de verdad* os cuesta mucho.

¿QUÉ ES AMOR?

Es vano que preguntes y caviles,
Y tu mirada con mis ojos riña,
Miéntras testigo la feraz campiña
Se mire de tus juegos infantiles.
Aguarda á que ante bozos juveniles
Tu hermosa frente de rubor se tiña:
Á que no seas una aurora, niña,
Y no cuentes los años por abriles.
¿Por qué te empeñas en que yo te cuente
Lo que ni sabios de experiencia llenos
Podrían explicarte claramente?
Todos serán, para sentirlo, buenos;
Pero el amor es algo que se siente,
Y el que lo siente más... lo explica ménos.

NADIE.

Voluble el hombre engañador que alaba,
Volubles el favor y la riqueza;
Inconstante la mágica belleza
Que vé en nosotros una grey esclava;
Voluble el Etna que en ardiente lava
Ruge mortal, y humilla su fiereza;
Voluble el niño que á vivir empieza,
Y el mismo anciano que la vida acaba.
Voluble el pecho que adornó de blondas
Y de preseas un rendido amante;
Volubles los rumores de las frondas;
Volubles, la cabeza delirante,
El humo, el viento, la mujer, las ondas:
Mas nada existe como tú, inconstante.

LAS SEDUCIDAS.

La seduccion, hermosa, á lo que infiero,
No es tan temible cual la pinta alguno,
No siempre en sus palabras oportuno
Ni en todos tiempos y ocasion sincero.
Vamos á ver: que llegue un caballero,
Llámese Cárlos, Florentin ó Bruno,
Y veremos qué saca el importuno
Si tú te empeñas en decir *no quiero*.
Bellas mujeres que llorais heridas
Por el pago tristísimo que os damos,
¿No blasonais de aleves y fingidas?
¿Seduciros nosotros anhelamos?
¿Vosotras no anhelais ser seducidas?
¿Os dejais seducir? Pues seduzcamos.

PARÍS.

Que sus lindezas el ingenio dé
No es necesario, ni feliz paleta,
Para exponer la universal trompeta
De la moderna y victoriosa fe.
Mucho *Tortoni* y la *Maison Dorée*,
Sin olvidar la *Morgue*, y la griseta,
Y que un saludo vale.*una peseta*,
Y *dos pesetas*, el *pardon*, *mosié*.
País en que se dan con parsimonia
Saludos *grátis*, y al inglés se dan
Con mucho *chic* y mucha ceremonia;
La tierra de las trufas y el *Champan*;
La *Comun*, la moderna Babilonia:
¡La patria de *Mabille* y del *Can-can!*

EL REPARTO SOCIAL.

¿Por qué ese cacareo inoportuno?
¿Para qué discutir de tantos modos
Si el bien ajeno pertenece á todos
O si es del *ciento* lo que tiene *el uno*,
O si no debe disfrutar ninguno
De este país de alarbes y de godos,
O si se habrían de partir *á codos*
Los aires y hasta el reino de Neptuno?
¿Para cerrar *comercios* y talleres,
Y echarnos á vivir con los *seis cuartos*
Que vinieran despues de mil *quehaceres?*
¿Para quedarnos en *ayunas* hartos?
Tratad de repartirnos las mujeres
Y me avendré mejor... con los repartos.

LO DE CANFRANC.

¿Quién, vestido de estrellas luminosas,
De ricas envolturas consteladas,
Se opone á que se miren perforadas
Las entrañas de un mónstruo pavorosas?
¿Quién sabe con palabras, y otras cosas,
Librarnos de peligros y algaradas,
Y despierta el enojo (ó carcajadas)
De las personas que estimó medrosas?
¿Quién al pasado con afan se aferra,
Y no quiere rasgar el Pirineo
Por temor á extranjeros fantasmones?
¿Quién llena el porvenir de nubarrones
Y se niega á colmar nuestro deseo?...
La Junta consultiva de la Guerra.

1880.

MAJESTADES.

Era una noche oscura, silenciosa,
De un dia de los tiempos que pasaron
Y con sus tristes sombras se llevaron
Las brujas y vestiglos á la fosa.
En una encrucijada pavorosa
Dos bultos negros, al pasar, chocaron,
Y de esta suerte lastimosa hablaron,
Aunque no de manera lastimosa:
—Yo soy el soplo de la fe iracundo,
La inteligencia del poder que encharca
Con sangre hereje la mitad del mundo.
—Yo soy un rey que el Universo abarca.
—¡Yo el *Rey Felipe* que nació *Segundo!*
—Pues eres mi *segundo:* soy la Parca.

LA RUTINA.

Hay álguien que no pasa de tres codos
Y se juzga un aborto de jigante,
Y muchos temen avanzar bastante
Recordando los tiempos de los godos.
¡De cuántas formas y en diversos modos
Se impone la rutina vergonzante!
El siglo dice á todos *¡adelante!*
Y la rutina *¡atrás!* nos dice á todos.
Ante esa pequeñez que nos domina
Alcen los hombres vengadora mano,
Y caigan la opresion y la rutina,
Que nacen á la sombra del tirano
Como el vapor mortal en la sentina
Y el reptil venenoso en el pantano.

LOS REYES GUERREROS Y DEVOTOS.

¿Qué son los reyes? Han de ser pilotos
Que dirijan la nave del gobierno,
Y no la lleven hácia un mar eterno
De tempestades y de buques rotos.
No han de buscar en piélagos ignotos
La guerra y los furores del Averno,
Ni ménos, por temor al hondo infierno,
Convertir los soldados en devotos.
Ha de haber sacerdotes y soldados,
Y armamentos tambien, y bendiciones,
Sin faltar ordenantes y ordenados.
No sea un rey contrario á devociones,
Mas no deben fantasmas coronados
Con rezos gobernar á las naciones.

EL ESPEJO.

Tú nos dices verdades inhumanas,
Y eres raudal de deslumbrante gozo;
Pues lisonjero te contempla el mozo,
Y para el viejo de la burla emanas.
Tú nos sueles decir por las mañanas
Desnuda la verdad y sin rebozo:
¡Qué alegre y dulce al apuntar el bozo!
¡Qué amarga y triste á las primeras canas!
¡Siempre tus frases á la niña arroben,
Y al quintañon, en salvador consejo,
El ánsia necia de agradar le roben!
¡Oh complaciente y despiadado espejo!
¡Cómo te busca y te sonríe el jóven!
¡Cómo te teme y te maldice el viejo!



POESÍAS FESTIVAS.

LA JOTA ARAGONESA.

AL DISTINGUIDO POETA ARAGONÉS D. AGUSTIN PARAÍSO.

Que aquí naciste me han dicho,
Y acaso sea verdad;
Mas lo que puedo afirmarte,
Y sin temores de errar,
  Es que, ya nacido hubieras
En Turquía ó Portugal,
En Aragon ó Canarias,
En Pekin ó Gibraltar,
  Tierra en que hubieses nacido
Sería piramidal,
Más que todas las pirámides
Que en todo el Egipto habrá;
  Sería tierra de encanto,
Jacarandosa hasta *allá*,
Y de *María Santísima*,
Y otras santas además,
  Y si me apuran, de todas
Cuantas fueren y serán
O deban ser cortesanas
De la Córte celestial.

Mas (seas de donde fueres,
Ya seas de allí ó de acá)
Por si es cierto lo que han dicho,
Y ésta, tu tierra natal,
Escucha dos palabritas,
Dos palabritas no más,
Que se me escapan del cuerpo
Sin poderlo remediar;
Y no dando los doctores
Remedio para este mal,
Este mal, mal que te pese,
En malos versos irá
Sobre tus blandos oidos
Su furor á descargar,
Y no en descargas melódicas,
Por cierto, descargará.
Atencion, señora mia:
Que ya comienza á tronar;
Mucha atencion á los truenos:
Hé aquí la tempestad.
Delante de ella las musas
Despavoridas huirán;
Pero vayan en buen hora,
Que nada á mí se me dá;
Y si me das un aplauso
O cuatro *lapos* me das,
Por ser tú quien me los dé,
Eso sí se me dará.
Mas doy fin á digresiones,
Y comienzo voy á dar
A lo que yo nunca dí
Por aquello de *darán*.

Escucha, pues; que no exijo
De tan amable beldad
Sino atencion y paciencia:
Paciencia... comienzo ya.

—

Cuando asombrado te miro,
Cuando te miro, Pilar,
Desplegando de tus gracias
El delicioso caudal;
Con esos blondos cabellos,
Esa cintura sin par,
Esa garganta de nieve,
Esos labios de coral;
Esas pupilas mas bellas
Que la azul inmensidad,
Esa frente nacarina,
Ese aliento de rosal;
Esos brazos que á las alas
Se podrían comparar
De las palomas que vuelan
Ansiosas de libertad;
Y esos piés que, por lo chicos,
No conociendo rival,
Siempre pidiendo espejuelos
Y microscopios están;
Cuando triplicas el mérito
De ese baile nacional
Que es de propios y de extraños
Alabado sin cesar,
Bailándolo tú de un modo
Tan adorable y con tan

Maravilloso *braceo*
Y gracia tan singular,
  Y tan hechiceras gracias
Y garbo tan sin igual,
Que hasta las piedras conmueves
Cual *disturbio popular*,
  (Y se conmueven las piedras
De toda la capital,
Las de Torrero *inclusive*,
Y del Moncayo además),
  Y al conmoverse, te llaman,
Y te gritan: «¡Bueno vá!
Viva la sal que se cria
En esta brava ciudad,
  Y las hembras celestiales
Que la gloria son acá,
Y que bailando en el pecho
Eternamente estarán!»
  Yo no sé lo que me pasa,
Yo no sé lo que me dá;
Pero tales cosas siento
Y siento un vértigo tal,
  Que, sin querer, me levanto
Y no ceso de exclamar:
¡Bien por las hembras *juncales*,
Bien por todo lo *barbian*,
  Y bien hayan con mil bienes
Las Pilares *de verdad*
Que se crian por la tierra
De la Vírgen del Pilar,
  Y leves como las alas
De brisa primaveral,

Bailan mejor que los ángeles,
Mil veces mejor quizá!
(Si es que los ángeles bailan
Sobre la alfombra solar,
O en otro sitio cualquiera,
Que poco los sitios dan.)
Y te digo, aunque sin garbo
(¿Dónde mi garbo estará?);
Aunque sin gracia, te digo,
Graciosísima Pilar,
(¡Y te lo digo de veras,
Con toda veracidad!)
Que de mirar no descanso,
Ni me canso de mirar,
Y estar mirando querría
Por toda una eternidad;
Y cuando miro, en mi pecho
Se desata un temporal
De deseos de mirarte
Tan enorme y pertinaz,
Y de mirarte me acosa
Un tan hidrópico afan,
Que bien quisiera ser ojos
O tener muy muchos más,
Muchos más ojos que tiene
La capa de un escolar
Despues de haberle servido
Un lustro entero y cabal:
Y que hojas secas arrastra
El vïolento huracan,
Y que estrellas guarda el cielo
Y que arenas tiene el mar,

Y el Océano tormentas,
Y rayos la tempestad;
  Aunque despues en tëatro,
O barracon infernal,
Como espantoso fenómeno
Me tuvieran que enseñar,
  Pagando el espectador
La cuarta parte de un real,
Partida esa cuarta parte
Por cerca de la mitad;
  Y aunque ladráran los canes,
Y hasta rabiasen quizás,
Al percibir tantos ojos
Y ente tan particular,
  Como no se hubiera visto
Ni semejante ni igual
Desde el instante en que Dios
Confeccionó al buen Adam.
  Mas ya que de ojos hablamos,
Ya que hablamos de mirar
Y quisiera estar mirando
Por toda una eternidad,
  ¡Ay, mira, Pilar, que tienes
Un *aquel* tan hasta *allá*,
Un *aquel*, tantos *aqueles*
Tan singulares, Pilar,
  Que yo no sé qué me diga,
Ni tampoco qué dirán,
Cuantos admiren el garbo,
De ese tu cuerpo sin par!
  ¡Si estás formada, estás hecha
De terroncitos de sal,

Y tanta sal en Cardona,
No se ha criado jamás!
  Y si el mar se vuelve dulce
Has de volverlo á salar,
Y si eres tú quien lo sala,
¡Qué *resalado* será!
  ¡Qué terremotos por tí
En los pechos se armarán!
¡Cuántos tendrán en el alma
El furor del vendaval,
  Y cuántos por tí los vientos
Y otras cosas beberán,
Aunque sea, si tú quieres,
Un pozo de rejalgar;
  Aunque sea, si lo mandas,
El *Manzanares*, que vá
Recogiendo *las lindezas*
De toda una capital!
  Porque, Pilar, si eres rubia,
¡Ay, qué rubia eres, Pilar!
¡Si das *envidia* á las hembras,
Y el *opio* á los hombres das!
  ¡Si eres un pozo de gracia,
Pero de gracia *hasta allá!*
¡Eres pimienta, *clavillo!*
¡Eres canela, *la mar!*
  La mar es muy poca cosa:
¡El diluvio universal
De los más universales
Que el Universo verá!
  Y además, una docena,
Y otra docena además,

¡Y cuenta que esos diluvios
Son de pimienta y de sal!
Y en cada gota hay más garbo
Que perlas en mares hay,
Y con tu sal, *resalada*,
Tanto podrías salar,
Que de sal y de pimienta
La España á llenarnos vas;
Y si vas á Andalucía,
Los andaluces dirán,
Con toda la sal del mundo
Que el cielo les supo dar:
«¡Viva la sal y la gracia
Que se vienen por acá!
¡Ole, mi niña, ¡por Dios!
¡La sal de Dios! ¡La ciudad,
Con todos los *macarenos*,
De *Sevilla*... eres, Pilar!
¡Eres la sal más salada
Que escupe labio *juncal*
En esta tierra que luce
Sobre todo lo *barbian!*
¡Eres, niña, un buen alijo,
Un contrabando que dar
Puede á los *carabineros*
Inagotable caudal!
¡Tienes sal para vender
A toda la cristiandad!
¡Mira que somos cristianos
Y nos gusta la que das!
¡La de María Santísima
La que á nosotros nos dan,

Es un granito de aquella
Que derramándose está!
¡Por Dios, Pilar, *salerosa!*
¡No sales, *salero,* más!
¡Si salas otro poquito...
El mismo Dios vá á ser sal!»
Y si esto dirían ellos,
Los de aquí ¿qué no dirán?
¿Y qué querrás que te diga
Al querer finalizar,
Cuando no se acaba todo,
Ni acaba la guerra en paz,
Y *cerquita* de los puertos
Tantos escollos están?
Mas, para fin de romance,
Voy á endilgarte un cantar,
Que, aunque dos bledos no valga,
Ha de valer por final.
Escucha, pues, y no digas,
Despreciando el *qué dirán*,
Que no planteo un problema
Inmenso, descomunal;
Que *el mar es muy poca cosa*
Con toda su inmensidad,
Comparado con tu *rumbo*
Y con tu garbo *de acá*...

Si es cierto, niña, que Dios
De una lágrima hizo el mar,
¡Para hacerte á tí, canastos,
Si tuvo Dios que llorar!...

CABOS SUELTOS.

I.

EL BESO DE DOS ALMAS.

En un dulcísimo beso
Dos pobres almas se hallaron,
Y de esta manera hablaron
Al desatar *la sin hueso*.
—Traes poquísimo ardor.
—Quién te lanzó desde abajo.
—A mí el interés me trajo.
—A mí me trajo el amor.
—Para burlar he salido.
—Yo salí para abrasarte.
—Yo me propuse engañarte.
—Y yo abrasar no he podido.
—¿Qué tal por allí se pasa?
—¿Será tu casa un tesoro?
—Frio es el cuerpo en que moro.
—Horrible hoguera es mi casa.
—Pues somos polos extremos,
¿Te agradaría cambiar?
—Por aquello de probar...
—¿No cambiarías?—Cambiemos.—

Y aunque sin alas ni piés,
Ligeras van como un niño,
La una hácia ardiente cariño,
La otra hácia el vil interés.
Pronto las junta otro beso,
Y las dos se hablan así:
—Vengo encantada de allí.
—Yo tiritando regreso.
—Queda con Dios.—¡Pues me gusta!
—Queda con Dios.—¡No te irás!
—Espero que cederás
A una demanda tan justa.
—No cedo.—Tampoco yo.
—¡Atrás! te digo.—No cedo.—
Y terminando el enredo,
Un soplo se las llevó.
Y desde entónces en calma
Julian y Cándida viven,
Y los pobres no conciben
Que están viviendo sin alma.

II.

A un noble señor conducen
A enterrar con grande séquito
De llorones y de curas
Y de carruajes espléndidos;
Pero ántes de que el sepulcro
Lo envuelva para *in eternum*,
Piden á voces y á coro
Ver el cádaver los deudos;

Y en seguida algunos vivos
Ostentan color de muerto,
Que el difunto resucita
Cuando destapan el féretro...
—¿Y vive?—Murió otra vez
De la cara que pusieron,
Al verle resucitar,
Los llorosos herederos.

III.

¿Diz que las mujeres sábias
No suelen pecar por bellas?
¡Qué pecadora excepcion
Harías tú de la regla!

—

¿Bella entre las bellas eres?
Consejo tal no te asombre:
Fíate poco del hombre,
Y ménos de las mujeres.

IV.

¿Conque, morena taimada,
Ayer te fuiste á bañar?
No lo niegues, que hoy la mar
Está mucho más salada.

—

Hoyuelos peligrosos,
Dulces hoyuelos:
¡Cuántas almas *Amor*
Entierra en ellos!

El alma mia
Hace que está enterrada
Ya muchos dias.

—

¡Y qué parlanchines son
Los ojos de esa morena!
Parece que andan diciendo:
«Soplen ustedes, que hay *quema*.»

V.

Mal corazon, Asuncion,
Que tienes, dice Gonzalo.
¿Cómo has de tenerlo malo
Si no tienes corazon?

—

En los lazos caería
Del matrimonio,
Si las niñas naciesen
Como los hongos.
Habiendo suegras,
No quiero yo casarme
Tambien con ellas.

—

—¿Tienes narices, Vicente?
—¡Sí, señor! ¡Pues ya lo creo!
—¿Dónde están? Yo no las veo,
Y veo perfectamente.

—

Deja que *epizootia* insana
Siga siendo horrible azote;

Que miéntras tengas cogote
No habrá de faltarnos lana.

—

Compróse unos lentes Cárlos,
Y la compra no sirvió.
—¿Por qué?—Porque no compró
Nariz donde colocarlos.

VI.

Vales más que todo el mundo,
Y te lo voy á probar:
En tus ojos hay dos mares,
Y en el mundo un sólo mar.

—

¿Con que jamás has rezado?
Pues vente á ver á mi suegra,
¡Y ya veremos entónces,
Amigo mio, si rezas!

—

Los árboles se desnudan,
Huyen medrosas las aves:
Lo que no muere en Otoño
Es el frio de un cesante.

—

Si quieres saber amar,
Yo conozco á una morena
Que á la primera leccion,
¡Jesucristo, y lo que enseña!

CUENTO ANDALUZ.

AL DISTINGUIDO ESCRITOR ARAGONÉS D. AGUSTIN PEIRO.

Por algo, y más de una cosa,
Y de doscientas, sería
La tierra de Andalucía
Tierra gentil y engañosa;
Y si dudais, escuchad,
Y pase á *luengas edades*
Esta verdad de verdades
Que es cuento muy *de verdad.*
Aunque romo y baladí,
Y de misérrima lira,
Jamás pudo la mentira
Fabricarse un nido en mí.
Jamás he sido *embustero,*
Lectores mios, y pase
Lo vulgar de *aquesta frase,*
Y pase *aquesta* sin *pero;*
Que el *pero,* como el *no yo,*
Se me queda atragantado,
Y nunca estuve sentado
Bajo el *famoso reló.*

El buen Jimeno Velazquez,
Conde del Rojo-Capuz,
Era un señor andaluz
Rival de *Manolo Gazquez*.
Mentia con fanatismo,
Y si—vamos al decir—
No hallaba con quien mentir,
Mentia consigo mismo;
Y si sus labios decian
Verdad por casualidad,
Los oyentes, en verdad,
Ni la *verdad* le creian.
Con razon muy poderosa.
Todos creian *de lleno*
Que la mentira y Jimeno
Eran una misma cosa.
Y tantísimo mentia,
Y las gentes, á la par,
Tanto dieron en tomar
Al *revés* lo que decía,
Que si clamaba: «esto es luz,»
Todos contestaban: «sombra.»
—Son guijarros.—Pues alfombra.
—Es garza.—Pues avestruz.
—Que es tuerto.—Pues con seis ojos.
—Con dos pupilas.—Es ciego.
—Aire del Norte.—Pues fuego.
—Perlas y flores.—Abrojos.
—Que está de jiba adornado.
—Erguido como una escoba.
—Que es esbelto.—Habrá joroba.
—No hay joroba.—Jorobado.

—Que es un santo.—Es una arpía.
—Es un esquife.—Es un coche.
—Que es de dia.—Que es de noche.
—Mala noche.—Hermoso dia.—
Y hubo razon y motivos
Para hacer, en varios puntos,
Dudar á muchos difuntos
Si estaban muertos ó vivos;
Y si con labios de miel
Elogiaba á una doncella,
Veían un hombre en ella,
Y hasta una vírgen en él;
Y (lector, no te incomodes)
Ninguno tenía dudas
¡De que habría al mismo *Judas*
Hecho dudar si era *Herodes!*
Hubo personas sensatas
A quienes dijo: «ya ves...
¡Cuán diminutos tus piés!»
Y se dijeron: «¡qué patas!»
A tanto las cosas fueron,
Que perjuró por su nombre,
Y repitió: «¡yo soy hombre!»
Y tampoco le creyeron.
Y tanto aquello aumentó,
Que dijo á su propia madre:
«¡Soy el hijo de mi padre!»
Y tampoco le creyó.
Y al padre dijo: «¡te advierto
Que de *mi madre* soy hijo!»
Y ni áun el padre de fijo
Sabia si era bien cierto.

Y á su abuela: «¡Abuela mia!»
Le dijo, no sin cautela;
Y le contestó su abuela:
«*¡Se lo cuentas á tu tia!*»
Y fué á su tia, en su anhelo,
Gritando: «¡Tia del alma!»
Y ella repuso con calma:
«Vete á contarlo á tu abuelo.»
«¿A mi abuelo? ¿Dónde está?»
Respondió desesperado,
Y oyó en rumor apagado:
«¡Tu abuela te lo dirá!»
Y fué á su abuelo, en secreto,
Y «¡soy tu nieto!» le dijo;
Y él: «¿eres hijo de un hijo?
Puedes muy bien no ser nieto.»
Y, ya frenético y loco,
Llegó á gritar: «¡yo soy *yo!*»
Y le escucharon, y no...
¡No le creyeron tampoco!



ÍNDICE.

	Páginas.
Prólogo..	III
A mi querido tio D. Víctor Balaguer.	XXI
¡Padre mio!	XXIII
A Nuestra Señora del Pilar.	1
En la muerte de mi padre.	5
Caridad.	24
Inundaciones de Aragon.	34
La hecatombe de Logroño.—Al ejército español.	45
Las glorias de Zaragoza.	52
En la muerte de mi sobrino Víctor.	83
Jerónimo Borao.	87
A mi amado tio Joaquin.	93
A tí.	95
Tus hijas.	99
Iman de un ave.	104
Thiers.—A Francia.	107
Ayala.	112
Más léjos.	120
¿Dónde estás?	121
Tus ojos..	123
A la señorita Mendoza Tenorio.	127
Contrastes.	136
Colon.	147
Mi deseo.	152
El sol y tus ojos.	154
A una dama.	155
Al ateo.	158
En la muerte de S. M. la Reina D.ª María de las Mercedes..	174
El beso.	202
Dios.	212
Los mártires de Zaragoza.	222
Ni solos ni juntos.	225

PÁGINAS.

Al mar. 227
Qué es amor. 236
A la brillante poetisa D.ª Rosario Acuña. 249
Zorrilla. 258
El ciego.. 269
La esposa de Dios. 275
Blanca-Flor. 281
A una distinguida señorita. 299
El mundo más bello.. 301
Quejas. 305
La fuente de la amargura. 308
El mar del desengaño. 309
Lope de Vega.. 311
Cervantes. 314
Calderon. 322
Herida incurable.. 332
El Dios que adoro. 335
Nuestro Señor Crucificado. 335
El hombre sin fe.. 337
Lenguaje universal.. 339
La mujer. 343
El árbol de la ilusion. 358
¿Por qué? 359
La inspiracion. 361
¡Muerta! 368
Quimeras. 370
Hasta cuándo. 375
Tres historias. 377
En el álbum de la ilustre Marquesa de Villa-Alegre.. . . . 379
El monte de la existencia. 381
A una bella dama. 382
Dos heridas.. 384
Madrigales.. 388
Doloras. 391
A la inspirada poetisa D.ª Pilar de Cávia. 394
Un adios. 397
Despedida. 399
A Zaragoza. 403
Brindis. 407
A la insigne escritora aragonesa D.ª Concepcion Gimeno. . 410

	PÁGINAS.
¿Olvidarte?	411
Cantares	413
Placeres y engaños	419
Triste y hermosa	421
A una madre desdichada	425
El delito y la pena	431
Ensueños perdidos	433
¿Qué buscaba?	437
¿A dónde?	453
Ecos del alma	465
El dos de Mayo	469
Recuerdos	486
La prisionera y las golondrinas	488
¿Qué harías?	498
La madre y la cuna	500
A Cuba	501
Doloras	517
Dos patrias	520

SONETOS RELIGIOSOS.

I.—La creacion	527
II.—El primer hombre	528
III.—Cain	528
IV.—El diluvio	529
V.—La torre de Bábel	529
VI.—El pueblo de Dios	530
VII.—El Salvador	530
VIII.—El pueblo deicida	531
IX.—Jerusalem	531
X.—Judas	532
XI.—¡María!	532
XII.—Dios	533
XIII.—La cruz	533
XIV.—El cielo y el infierno	534
XV.—La caida de Luzbel	534
XVI.—El Nazareno	535
XVII.—El pueblo maldito	535

PÁGINAS.

XVIII.—Á Nuestra Señora del Pilar. 536
XIX. 536
XX. 537
XXI.—Jesucristo. 537
XXII.—El Dios-Mártir. 538

SONETOS ELEGIACOS.

XXIII.—En la tumba de mi padre. 539
XXIV. 540
XXV. 540
XXVI.—Hermenegildo Coll de Valldemía. . . . 541
XXVII. 541
XXVIII. 542
XXIX. 542
XXX. 543
XXXI. 543
XXXII. 544
XXXIII. 544
XXXIV. 545
XXXV. 545
XXXVI. 546
XXXVII. 546
XXXVIII. 547
XXXIX. 547
XL.—Á mi antiguo Profesor D. R. Cuspinera. . 548
XLI.—Á la muerte de D.ª María Victoria. . . . 548
XLII.—Á la muerte de la Reina Mercedes. . . . 549
XLIII. 549
XLIV.—Camoens.. 550
XLV.—Thiers. 550
XLVI.—Fortuny.. 551
XLVII.—Narciso Serra. 551
XLVIII.—Jerónimo Borao. 552
XLIX.—Hartzembusch.. 552
L.—Espronceda. 553
LI.—Lo que fuiste. 553
LII.—Á una madre. 554
LIII.—Tu sepulcro.. 554
LIV.—Á la muerte de D. Tomás Pelayo.. . . . 555

PÁGINAS.

SONETOS ENCOMIÁSTICOS.

LV.—Á mi adorada madre. 556
LVI.—¿En donde? 557
LVII.—Tus hechizos. 557
LVIII.—¿Por qué? 558
LIX.—Fray Luis de Leon. 558
LX.—Garcilaso. 559
LXI.—Herrera. 559
LXII.—Melendez. 560
LXIII.—Breton. 560
LXIV.—Zorrilla. 561
LXV.—Nuñez de Arce. 561
LXVI.—Echegaray. 562
LXVII.—Campoamor.. 562
LXVIII.—Ruiz Aguilera. 563
LXIX.—Víctor Hugo. 563
LXX.—Castelar. 564
LXXI.—Gottschalk. 564
LXXII.—Mendoza Vives. 565
LXXIII.—Sellés.. 565
LXXIV.—Julio Monreal. 566
LXXV.—Edisson, inventor del fonógrafo. 566
LXXVI.—Jacinta Pezzana. 567
LXXVII.—Elena Sanz. 567
LXXVIII.—Antonio Vico. 568
LXXIX.—Rafael Calvo. 568
LXXX.—Á Patriocinio de Biedma. 569
LXXXI.—En contestacion á un soneto de P. de Biedma. 569
LXXXII. 570
LXXXIII.—Á una inspirada poetisa.. 570
LXXXIV.—Esmeraldina Cervantes. 571
LXXXV. 571
LXXXVI. 572
LXXXVII. 572
LXXXVIII. 573
LXXXIX. 573
XC.—Soneto leido por el primer actor Sr. Cepillo. 574
XCI.—Á C., intérprete de «Alfonso el Batallador.» 574
XCII.—Al Ateneo de Zaragoza. 575

PÁGINAS.

XCIII.—José Armet. 575
XCIV. 576
XCV. 576
XCVI.—Á Francia. 577
XCVII.—¿Por qué has muerto?. 577
XCVIII.—Las dos bellezas.. 578

SONETOS DESCRIPTIVOS.

XCIX.—El invierno. 579
C.—La primavera. 580
CI.—El estío. 580
CII.—El otoño.. 581
CIII.—Los ojos azules y los ojos negros. . . . 581
CIV.—El amor. 582
CV.—Las flores del sepulcro. 582
CVI.—Las estrellas. 583
CVII.—Las olas. 583
CVIII.—La tempestad. 584
CIX.—El otoño del corazon.. 584
CX.—La usura.. 585
CXI.—El volteriano. 585
CXII.—El jugador. 586
CXIII.—El avaro.. 586
CXIV.—El guerrero.. 587
CXV.—El pintor.. 587
CXVI.—El músico. 588
CXVII.—El pöeta.. 588
CXVIII.—Á una madre. 589
CXIX.—La Madre de Dios.. 589
CXX.—El Sinaí y el Calvario. 590
CXXI.—Las campanas. 590
CXXII.—Dante.. 591
CXXIII.—El creyente.. 591
CXXIV.—El ateo. 592
CXXV.—Granada.. 592
CXXVI.—Al mar. 593
CXXVII.—La libertad. 593
CXXVIII.—El siglo XIX.. 594
CXXIX.—El reo de muerte. 594

PÁGINAS.

CXXX.—El castillo feudal. 595
CXXXI.—La danza de los muertos. 595
CXXXII.—Al Océano. 596
CXXXIII.—Al Sol. 596
CXXXIV.—Al astro de la noche. 597

SONETOS FILOSÓFICOS.

CXXXV.- El peor contrario. 598
CXXXVI.—La mujer voluble. 599
CXXXVII.—La verdadera belleza.. 599
CXXXVIII.—El corazon. 600
CXXXIX.—La gloria.. 600
CXL.—El tiempo. 601
CXLI.—Mudanza.. 601
CXLII.—El campo.. 602
CXLIII.—Las tempestades. 602
CXLIV.—El corazon y la inteligencia. 603
CXLV.—Tormentas. 603
CXLVI.—El peregrino. 604
CXLVII.—La muerte. 604
CXLVIII.—Las nubes. 605
CXLIX.—Á las hermosas vanas. 605
CL.. 606
CLI.—La mujer hermosa y buena.. 606
CLII.—La envidia. 607
CLIII.—El remordimiento.. 607
CLIV.—La amistad. 608
CLV.—La fe en Dios. 608
CLVI.—La lucha noble. 609
CLVII.—La creencia. 609
CLVIII.—La conciencia. 610
CLIX.—La Caridad. 610
CLX.—La Esperanza. 611
CLXI.—La ambicion. 611
CLXII.—El criminal y la noche. 612
CLXIII.—Lo eterno.. 612
CLXIV.—La pena de muerte. 613
CLXV.—La limosna. 613
CLXVI.—Un imposible. 614

PÁGINAS.

CLXVII.—Un hijo del siglo. 614
CLXVIII.—Un filósofo á la moderna. 615
CLXIX.—La fe. 615
CLXX.—La fosa. 616
CLXXI.—Las ambiciones.. 616
CLXXII.—Imitacion.. 617
CLXXIII.—Vivos y muertos. 617
CLXXIV.—La libertad. 618
CLXXV.—Él tirano.. 618
CLXXVI.—Él monte de la vida. 619
CLXXVII.. 619
CLXXVIII.—Mis sueños. 620
CLXXIX.—Risa y llanto. 620
CLXXX.—La felicidad.. 621
CLXXXI.—El destino de los génios.. 621
CLXXXII.—Dos tormentas.. 622
CLXXXIII.—Dos infinitos. 622
CLXXXIV.—La estacion florida. 623
CLXXXV.—Dichas y penas.. 623
CLXXXVI.—La nada y lo infinito.. 624
CLXXXVII.—Él torno de los expósitos. 624
CLXXXVIII.—Él no ser.. 625

SONETOS HISTÓRICOS Y HERÓICOS.

CLXXXIX.—Doña Isabel II. 626
CXC.—D. Alfonso XII. 627
CXCI.—La guerra civil.. 627
CXCII.—Á los soldados vencedores. 628
CXCIII.—La guerra. 628
CXCIV.—Concha. 629
CXCV.—Á los vencedores de la guerra civil. . . . 629
CXCVI.—Gerona. 630
CXCVII.—Santa-Elena. 630
CXCVIII.—El dos de Mayo. 631
CXCIX.—Agustina de Aragon. 631
CC.—Daöiz y Velarde. 632
CCI.—La tumba de Napoleon. 632
CCII.—Al marqués de los Castillejos. 633
CCIII.—Á la nacion turca.. 633

PÁGINAS.

CCIV.—Moriones.. 634
CCV.—El cinco de Marzo.. 634
CCVI.—La libertad. 635
CCVII.—El despotismo. 635
CCVIII.—La adulacion. 636
CCIX.—El astro inmortal.. 636
CCX.—Las pirámides de Ejipto.. 637
CCXI.—Colon.. 637
CCXII.—Rafael.. 638
CCXIII.—Al centenario de Camoens.. 638
CCXIV.—Lincoln. 639
CCXV.—El Quijote. 639
CCXVI.—Guzman. 640
CCXVII.—Gonzalo de Córdoba. 640
CCXVIII.—El Escorial. 641
CCXIX.—Numancia. 641
CCXX.—Al Cid Campeador. 642
CCXXI.—García de Paredes.. 642
CCXXII.—El Gran Capitan. 643
CCXXIII.—Hernan Cortés. 643
CCXXIV.—Pedro el Cruel. 644
CCXXV.—Fernando el Católico.. 644
CCXXVI.—Isabel I. 645
CCXXVII.—Juana la Loca. 645
CCXXVIII.—Cárlos I. 646
CCXXIX.—Felipe II.. 646
CCXXX.—Felipe III.. 647
CCXXXI.—Felipe IV.. 547
CCXXXII.—Cárlos II.. 648

SONETOS AMOROSOS.

CCXXXIII.—¡Bien mio! 649
CCXXXIV.—Siempre. 650
CCXXXV.—Siempre, alma mia. 650
CCXXXVI.—¿Dónde brillas?. 651
CCXXXVII.—Allí estás. 651
CCXXXVIII.—¿Dónde te encuentro?. 652
CCXXXIX.—¿De dónde brotas? 652
CCXL.—En todas partes. 653

	PÁGINAS.
CCXLI.—Por doquier.	653
CCXLII.—Donde quiera.	654
CCXLIII.—En todo.	654
CCXLIV.—Eternamente.	655
CCXLV.—¿Dónde te ciernes?.	655
CCXLVI.—Tú eres portento.	656
CCXLVII.—Tus encantos.	656
CCXLVIII.—¿Quién no se rinde?	657
CCXLIX.—¡Qué bella!	657
CCL.—Tu belleza.	658
CCLI.—Eres gentil.	658
CCLII.—La primavera eterna.	659
CCLIII.—Duda.	659
CCLIV.—No existe..	660
CCLV.—Lo comprendo.	660
CCLVI.—En nada.	661
CCLVII.—Sin tí.	661
CCLVIII.—Tus labios y tus ojos..	662
CCLIX.—¿Qué eres, bien mio?	662
CCLX.—Un poema.	663
CCLXI.—Fueras oasis.	663
CCLXII.—¿Qué eres?.	664
CCLXIII.—¿Qué eres tú?.	664
CCLXIV.—¡Qué bella!	665
CCLXV.—Dónde estás..	665
CCLXVI.—El oasis.	666
CCLXVII.—Dos grandezas.	666
CCLXVIII.—Sólo ella.	667
CCLXIX.—¿Qué es?	667
CCLXX.—El mundo.	668
CCLXXI.—Soñar contigo.	668
CCLXXII.—El amor.	669
CCLXXIII.—Amad.	669
CCLXXIV.—Tú.	670
CCLXXV.—Delirio.	670
CCLXXVI.—Tus labios.	671
CCLXXVII.—No importa.	671
CCLXXVIII.—¿Por qué?.	672
CCLXXIX.—¿Quieres saberlo?	672
CCLXXX.—¿Cantarte?	673

PÁGINAS.

CCLXXXI.—El puerto. 673
CCLXXXII.—El escollo. 674
CCLXXXIII.—Lo que quisiera ser 674
CCLXXXIV.—Agonía de una flor. 675
CCLXXXV.—¿Qué importára? 675
CCLXXXVI.—Tu hermosura. 676
CCLXXXVII.—Esperanzas. 676
CCLXXXVIII.—Los labios y los ojos. 677
CCLXXXIX.—Arpegios. 677
CCXC.—Tú me atraes. 678
CCXCI.—No basta. 678
CCXCII.—Tu hermosura y tu esquivez. 679
CCXCIII—Nuestra suerte. 679
CCXCIV.—Nunca.. 680
CCXCV.—No me culpes á mí. 680
CCXCVI.—Ven.. 681
CCXCVII.—No importa. 681
CCXCVIII.—El oasis más bello. 682
CCXCIX.—Llanto.. 682
CCC.—Luz y sombras. 683
CCCI.—¿Qué hallarás?. 683
CCCII.—Contraste. 684
CCCIII.—¡Bien mio! 684
CCCIV.—¿Qué anhelo? 685
CCCV.—Ánsia eterna.. 685
CCCVI.—Sólo tu amor. 686
CCCVII.—Tu desvío. 686
CCCVIII.—Amor. 687
CCCIX.—Engaño. 687
CCCX.—¿Qué anhelo? 688
CCCXI.—Fuego y nieve. 688
CCCXII.—Contraste. 689
CCCXIII.—Delirios. 689
CCCXIV.—Más hermosa. 690
CCCXV.—Oye. 690
CCCXVI —¿Qué quiero?. 691
CCCXVII.—Promesa. 691
CCCXVIII.—Luego.. 692
CCCXIX.—La noche.. 692
CCCXX.—Esta noche. 693

PÁGINAS.

CCCXXI.—La corona de azucenas. 693
CCCXXII.—La luz.. 694
CCCXXIII.—Imposible. 694
CCCXXIV.—El dia eterno. 695
CCCXXV.—El sueño. 695
CCCXXVI.—Una mujer. 696
CCCXXVII.—Ella. 696
CCCXXVIII.—Recuerdos y tristezas. 697
CCCXXIX.—Todo. 697
CCCXXX.—La distancia.. . . . . : 698
CCCXXXI.—La altura y la sima. 698
CCCXXXII.—¿Qué te llevas? 699
CCCXXXIII.—El despertar. 699
CCCXXXVI.—¿Olvido? 700
CCCXXXV.—¿Qué soy?. 700
CCCXXXVI.—Á mansalva.. 701
CCCXXXVII.—¿Á qué? 701
CCCXXXVIII.—Ayer y hoy.. 702
CCCXXXIX.—Sueño y realidad. 702
CCCXL.—Juramento. 703
CCCXLI.—¡Qué eternas! 703
CCCXLII.—Tristezas.. 704
CCCXLIII.—Vida y muerte.. 704
CCCXLIV.—La inconstancia. 705
CCCXLV.—La cumbre y la sima.. 705
CCCXLVI.—Olvido. 706
CCCXLVII.—No podrás. 706
CCCXLVIII.—El porvenir.. 707
CCCXLIX.—Jamàs.. 707
CCCL.—Confianza. 708
CCCLI.—Mi pasion. 708
CCCLII.—El Paraíso perdido. 709
CCCLIII.—Ilusiones muertas. 709
CCCLIV.—Esperanzas. 710
CCCLV.—Recuerdo.. 710
CCCLVI.—Todo. 711
CCCLVII.—El cráter. 711
CCCLVIII.—La sombra. 712
CCCLIX.—Dos abismos. 712
CCCLX.—Escucha. 713

PÁGINAS.

CCCLXI.—El infierno. 718
CCCLXII.—¿Para siempre? 714
CCCLXIII.—Nunca. 714
CCCLXIV.—Tus lágrimas. 715
CCCLXV.—Ni contigo ni sin tí. 715
CCCLXVI.—¡Si te quiero!. 716
CCCLXVII.—¡Matarte!. 716
CCCLXVIII.—La noche eterna.. 717
CCCLXIX.—Sin ella. 717
CCCLXX.—Estás muerta. 718
CCCLXXI.—La muerte.. 718
CCCLXXII.—Dentro y fuera. 719
CCCLXXIII.—Basto yo. 719
CCCLXXIV.—La alegría y la tristeza. 720
CCCLXXV.—Memoria. 720
CCCLXXVI.—Léjos siempre. 721
CCCLXXVII.—No importa. 721
CCCLXXVIII.—Allí.. 722
CCCLXXIX.—El dolor no mata. 722
CCCLXXX.—Dos mundos. 723
CCCLXXXI.—Siempre. 723
CCCLXXXII.—Tu imágen. 724
CCCLXXXIII.—Dentro del alma.. 724
CCCLXXXIV.—Jamás 725
CCCLXXXV.—El porvenir. 725
CCCLXXXVI.—Ante ese nicho. 726
CCCLXXXVII.—Me adorabas. 726
CCCLXXXVIII.—Brumas. 727
CCCLXXXIX.—Recuerdo. 727
CCCXC.—¡Alma mia! 728
CCCXCI.—Una eternidad. 728
CCCXCII.—Mis ilusiones. 729

SONETOS DE CONSONANTES FORZADOS.

CCCXCIII.—La estátua de hielo. 730
CCCXCIV.—El templo.. 731
CCCXCV.—No puedes. 731
CCCXCVI.—La opresion eterna.. 732
CCCXCVII.—El Dios del hombre. 732

PÁGINAS.

CCCXCVIII.—Diálogo entre un poeta y un filósofo. . . 733
CCCXCIX.—La honradez política. 733
CD.—El viejo y la niña.. 734
CDI.—Retrato de un miliciano.. 734
CDII.—¿Oiste?. 735

SONETOS HUMORÍSTICOS.

CDIII.—Al maestro Caballero.. 736
CDIV.. 737
CDV.—Nota. 737
CDVI.—Cánovas (ó sea el mónstruo). 738
CDVII.—Sagasta. 738
CDVIII.—Castelar. 739
CDIX. 739
CDX.—Echegaray. 740
CDXI.—Alarcon. 740
CDXII.—¿Qué saben ó qué supieron?. 741
CDXIII.—Zapata. 741
CDXIV.—Manuel del Palacio. 742
CDXV.—Moscatel.. 742
CDXVI.—Grilo. 743
CDXVII.—Ricardo de la Vega. 743
CDXVIII.—Leopoldo Cano.. 744
CDXIX.—Palacio Valdés.. 744
CDXX.—Blasco. 745
CDXXI.—Dos eminencias críticas.. 745
CDXXII.—Bremon y Fernan-Flor. 746
CDXXIII.—Ortega Munilla y Perez Galdós. 746
CDXXIV.—Velarde y Reina. 747

SONETOS FESTIVOS.

CDXXV.—Á los vates melenudos. 748
CDXXVI. 749
CDXXVII. 749
CDXXVIII.—Quevedo 750
CDXXIX.—Calderon.. 750
CDXXX.—Zorrilla y lo que adora. 751
CDXXXI.—Todo un señor. 751

PÁGINAS.

CDXXXII.—Entremetimiento. 752
CDXXXIII.—No preguntes. 752
CDXXXIV.—Á una chata.. 753
CDXXXV.—Á un nason.. 753
CDXXXVI.—Á un ojo. 754
CDXXXVII.—Considerando. 754
CDXXXVIII.—Las plumas. 755
CDXXXIX.—Adivinanza 755
CDXL.—De mal en peor. 756
CDXLI.—Lo sé. 756
CDXLII.—Al distinguido actor D. Julio Parreño. . . 757
CDXLIII.—Soneto-despedida. 757
CDXLIV.—Á unos ojos negros. 758
CDXLV.—La historia de cada dia. 758
CDXLVI.—Y te espantan los parnés.. 759
CDXLVII.—La mar. 759
CDXLVIII.—El astro del dia.. 760
CDXLIX —La luna. 760
CDL.—La hermosa y la fea. 761
CDLI.—Solucion del problema. 761
CDLII.—El carnaval eterno. 762
CDLIII.—La Cantonal y la Hacienda. 762
CDLIV.—Una émula de Cascabel. 763
CDLV.—Nuestro siglo. 763
CDLVI.—Lo imposible. 764
CDLVII.—La novia... de todo enamorado. 765
CDLVIII.—Uno de los tres.. 766
CDLIX.—El pugilato y los toros. 766
CDLX.—Histórico.. 767
CDLXI.—Antes todo. 767
CDLXII.—¿Por qué?. 768
CDLXIII.—Él lindo. 768
CDLXIV.—Lo indivisible. 769

SONETOS VARIOS.

CDLXV.—Las madres 770
CDLXVI.—Eminencias sociales. 771
CDLXVII.—El señor feudal. 771
CDLXVIII.—El siervo.. 772

PÁGINAS.

CDLXIX.—La castellana.. 772
CDLXX.—La mendiga.. 773
CDLXXI.—El sacerdote.. 773
CDLXXII.—La cacería. 774
CDLXXIII.—No supe. 774
CDLXXIV.—El verdugo. 775
CDLXXV.—¿Qué ambicióno?. 775
CDLXXVI.—El lenguaje más bello. 776
CDLXXVII.—El cementerio. 776
CDLXXVIII.—La mujer y la avispa.. 777
CDLXXIX.—El baile. 777
CDLXXX.—Las mujeres.. 778
CDLXXXI.—¿Qué es amor? 778
CDLXXXII.—Nadie. 779
CDLXXXIII.—Las seducidas. 779
CDLXXXIV.—París. 780
CDLXXXV.—El reparto social. 780
CDLXXXVI.—Lo de Canfranc.. 781
CDLXXXVII.—Majestades. 781
CDLXXXVIII.—La rutina. 782
CDLXXXIX.—Los reyes guerreros y devotos. . . . 782
CDXC.—El espejo.. 783

POESÍAS FESTIVAS.

La jota aragonesa.. 784
Cabos sueltos.. 793
Cuento andaluz. 798

FE DE ERRATAS Y OMISIONES.

PÁGS.	LÍNS.	DICE.	LÉASE.
9	4	¡Algo inmenso indefinible!....	¡Algo inmenso, indefinible!..
27	28	cual vuestros ojos bellos!...	cual vuestros ojos bello!...
122	13	De solitaria ermita,	De solitario bosque,
126	7	Y no sufre los enojos	Y no sufre mis enojos
163	23	lúgubres	fúnebres
184	12	Hoy, amparados	Hoy, amparada
185	20	pretende	pretende!
284	6	Y de régios oriflamas.	Y de régias oriflamas,
296	17	promesas	promesas,
378	18	Los que abrasó	Los que cegó
520	14	consellcres,	concelleres,
522	14	córtes	lides
581	3	fiorido	florido
595	9	las flechas	los dardos
627	1	D.	Don
648	9	Aquellos nobles españoles fieros	Aquellos españoles altaneros
660	14	Las mundos	Los mundos
661	6	de zafir, y grana,	de zafir y grana,
699	3	angustiadas voces,	angustiadas voces
702	17	al jugo	á los jugos
718	11	Manaña	Mañana
743	18	El Don Juan de la Cruz	El Ramon de la Cruz
759	14	que le deis	que les deis
794	28	cádaver	cadáver
798	8	Que es cuento	Que os cuento

Página 220, 1.ª octava, líneas 1.ª y 2.ª, donde dice:

¡Palpite el sér, y el inspirado verso
De luz el trono del Señor alfombre;

Debe leerse:

¡De luz el trono del Señor se alfombre,
Y vibre el alma en inspirado verso;

Los fólios 335 y 336 aparecen repetidos.

OMISION.

Página 234, despues de la décima 21.ª:

Con espumoso vapor
Llegas besando las playas,
En cuya arena desmayas
O suspiras bullidor;
Tu jigantesco furor
Aprisionado se vé,
Y estrellas tu enojo al pié
De miserables laderas,
¡Y no hay quien ponga barreras
A las alas de la fe!

Creemos oportuno indicar que, siguiendo el ejemplo de conocidos escritores en calidad de licencia poética, empleamos la palabra «abrojos» como sinónima de «espinas», «prez» en la acepcion de «plegaria» y algunas otras semejantes que seria ocioso enumerar.

(NOTA DEL AUTOR.)



